



CERO ABSOLUTO
ALLAN FOLSON

Lectulandia

Paul Osborn es un joven cirujano norteamericano que de niño presenci6 el asesinato de su padre. Años m6s tarde, se le presenta la oportunidad de vengar al asesino de 6ste cuando casualmente se encuentra con 6l en una cafetería de Par6s. Osborn estar6 acompa6ado de Vera Monneray, una doctora a la que ha conocido en un congreso en Ginebra y con la que mantiene una estrecha relaci6n. Mientras tanto, el inspector McVey est6 investigando una serie de decapitaciones; lo m6s curioso es que las cabezas halladas han sido sometidas al grado de congelaci6n del cero absoluto, algo que se creía imposible de realizar. Este caso le llevar6 a McVey a viajar a Par6s, donde de manera casual se cruza con Osborn. Mientras tanto, un terrible secreto relacionado con una secta nazi est6 a punto de ser descubierto.

Lectulandia

Allan Folsom

Cero absoluto

ePub r1.0

maherran 7.09.2018

Título original: *The Day after Tomorrow*

Allan Folsom, 1994

Traducción: Alberto Magnet

Ilustraciones: Guillermo Asensio

Diseño: Winfried Bährle

Editor digital: maherran

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Karen

UNO

París. Lunes, 3 de octubre

17.40

Cervecería Stella, rue Saint Antoine

Paul Osborn estaba sentado en medio del bullicio y el humo de los clientes que volvían del trabajo, abstraído en una copa de vino tinto. Se sentía cansado, dolido, confundido. Sin ninguna razón en particular, levantó la mirada. Al hacerlo, se le entrecortó la respiración. Al otro lado de la sala estaba sentado el hombre que había asesinado a su padre. Le parecía inconcebible que fuera él. Pero no cabía duda, absolutamente ninguna duda. Aquella cara le había quedado grabada a Osborn en la memoria para siempre. Los ojos hundidos, la mandíbula cuadrada, las orejas que sobresalían del rostro casi en ángulo recto, la cicatriz zigzagueante por debajo del ojo izquierdo cruzándole el pómulo hacia abajo, profunda, hasta el labio superior. La cicatriz se había vuelto menos visible, pero la conservaba. Al igual que Osborn, el hombre estaba solo. Sostenía un cigarrillo en la mano derecha y ahuecaba la mano izquierda en torno a una taza de café, concentrado en la lectura del periódico que tenía bajo el codo. Tendría al menos cincuenta años, tal vez más.

Desde donde estaba sentado, a Osborn le resultaba difícil adivinar su estatura. Tal vez un metro setenta, setenta y cinco. Un tipo robusto. Pesaría unos ochenta kilos. Tenía el cuello grueso y el cuerpo parecía curtido. La tez era clara, el pelo corto y rizado, negro entrecano.

El tipo apagó el cigarrillo y encendió otro, mirando al azar hacia el rincón donde estaba Osborn. Apagó la cerilla y volvió a la lectura de su periódico.

A Osborn le dio un vuelco el corazón y la sangre comenzó a golpearle con fuerza en las venas. De pronto, volvía a estar en Boston, aquel día de 1966. Iba a cumplir diez años y caminaba por la calle con su padre. Era una tarde a comienzos de primavera, una tarde con sol pero aún fría. Su padre vestía traje de ejecutivo y había dejado la oficina temprano para reunirse con su hijo en el metro de la calle Park. Desde allí habían cruzado por el Common y siguieron por la calle Winter en medio de la agitada muchedumbre de compradores. Se dirigían a las rebajas de la tienda de deportes Grogin's. El chico había ahorrado todo el invierno para comprarse un guante de béisbol, un guante de jugador de primera base, un modelo Trapper. Su padre le había prometido igualar la cantidad que pudiera ahorrar, y ahora contaba con un total de treinta y dos dólares. Ya habían avistado la tienda y su padre sonreía, cuando el hombre de la cicatriz y mandíbula cuadrada asestó el golpe. Salió de la multitud y hundió un cuchillo de carnicero en el vientre de su padre. En ese momento, miró de soslayo y vio al chico, que no entendía lo que estaba sucediendo. Fue entonces

cuando se cruzaron sus miradas. Luego el hombre siguió su camino y su padre se desplomó sobre el pavimento.

Revivía aquel momento, parado allí, sintiéndose terriblemente solo en la acera, mientras los paseantes se aglomeraban para observar, y su padre lo miraba desde abajo, impotente, confundido, mientras la sangre comenzaba a escurrírsele entre los dedos que instintivamente habían querido arrancar el cuchillo. Y sin embargo había muerto allí mismo.

Veintiocho años después y un continente de por medio, el recuerdo se desvaneció. Paul Osborn sintió que la ira lo engullía. En un instante, se levantó y cruzó el salón. Sin mediar una fracción de segundo, los dos hombres cayeron al suelo estrepitosamente con sillas y mesas. Osborn sintió que sus dedos se cerraban en torno a un cuello correoso, y que los pelos de una barba sin afeitar le rascaban la palma de la mano. Al mismo tiempo, su mano golpeaba descontrolada. Su puño era como un pistón desbocado que destrozaba piel y huesos, decidido a arrancar la vida de aquel rostro. A su alrededor, la gente gritaba, pero aquello no cambiaba nada. Su único impulso consistía en destruir para siempre aquello que se debatía entre sus manos.

De pronto sintió que lo asían por el mentón, luego por debajo de los brazos y lo levantaban a tirones para separarlo. Salió disparado hacia atrás y, un segundo después, se estrelló contra algo duro y cayó al suelo, vagamente consciente de que a su alrededor se desparramaba la loza. Luego oyó que alguien gritaba en francés para que llamaran a la policía. Miró hacia arriba y vio por encima de él a los tres camareros de camisa blanca y chaleco negro. A su espalda, el hombre se incorporaba a duras penas, luchando por respirar y sangrando copiosamente por la nariz. Al ponerse de pie, pareció darse cuenta de lo sucedido y miró, horrorizado, hacia su agresor. Rechazó la servilleta que alguien le ofrecía, salió disparado abriéndose paso entre la multitud hasta llegar a la puerta principal y escapó a toda velocidad.

Osborn se levantó de inmediato.

Los camareros se pusieron tensos.

—¡Apartaos de mi camino! —gritó Osborn.

Ellos no se movieron.

Si hubiese estado en Nueva York, o en Los Ángeles, habría gritado que aquel hombre era un asesino y que llamaran a la policía. Pero estaba en París, y aquí apenas lograba hacerse entender para pedir una taza de café. Incapaz de comunicarse, hizo lo único que podía hacer. Arremetió. El primer camarero se adelantó para cogerlo. Pero Osborn le llevaba quince centímetros y diez kilos de ventaja, y en ese momento corrió como si tuviera entre las manos una pelota de rugby. Bajó el hombro y lo hundió con fuerza en el pecho del hombre y, al empujarlo hacia un lado, hizo que arrastrara a los otros dos en una estruendosa y cómica caída, inmovilizándolos al clavarlos a unos sobre otros, en medio de un rincón destinado al servicio a medio camino entre la cocina y la puerta. Luego Osborn cruzó la salida y desapareció.

Fuera estaba oscuro y llovía. Era la hora punta y el gentío invadía las aceras.

Osborn corrió sorteándolo, barriendo la calle hacia delante con la mirada y con el corazón saliéndosele por la boca. Por aquí había escapado el tipo. ¿Dónde diablos se había metido? Estaba a punto de perderle el rastro, lo sabía. Y de pronto lo vio, media manzana más adelante, avanzando por la rue de Fourcy hacia el Sena.

Osborn apuró el paso. La sangre le latía aún con fuerza, pero en el violento exabrupto se había consumido casi toda su ira asesina, y comenzaba a recuperar la razón. A su padre lo habían matado en Estados Unidos, donde los asesinatos no proscibían. ¿Acaso era igual en Francia? ¿Existía tratado de extradición entre ambos países? ¿Y qué sucedería si el tipo era francés? ¿Enviaría el gobierno francés a un conciudadano a Estados Unidos para que lo juzgaran?

Media manzana más lejos, el tipo se volvió para mirar. Osborn se mezcló entre la multitud de peatones. Era preferible hacerle creer que había escapado, esperar a que se calmara, que abandonara sus precauciones. Y luego, cuando bajara la guardia, cogerlo a solas.

El semáforo cambió de color y, al igual que los coches, la gente se detuvo en la esquina. Osborn se encontró detrás de una mujer con paraguas. No mediaban más de tres metros entre él y su hombre. De nuevo vio el rostro nítidamente. No había ninguna duda. Lo había visto en sueños a lo largo de veintiocho años, y hasta podía dibujarlo cuando dormía. De pie, sin moverse, la ira volvía a adueñarse de él.

Cambió la luz del semáforo y el hombre cruzó la calle adelantándose a la multitud. Al llegar a la otra acera, se volvió, no vio nada, y continuó. Habían llegado a Pont Marie, y cruzaban el puente de l'Île St. Louis. A la derecha estaba Notre Dame. Cruzarían el Sena en dos minutos y se encontrarían en la Rive Gauche.

Por el momento, Osborn llevaba ventaja. Miró hacia delante, buscando una calle solitaria o un callejón donde sacar a su hombre de circulación. El asunto no era nada fácil. Si se movía demasiado rápido, corría el riesgo de llamar la atención. Pero debía actuar o perdería por completo la jugada si el tipo decidía entrar de pronto en una calle o parar un taxi.

La lluvia caía con más fuerza y los faros amarillos de los coches que transitaban a esa hora por las calles parisinas dificultaban la visión. Más adelante, el hombre giró a la derecha en el bulevar St. Germain y de pronto cruzó la calle. ¿Dónde diablos pensaba meterse? Y de repente Osborn entendió. La estación de metro. Si entraba, la multitud se lo tragaría en un instante. Osborn echó a correr, apartando bruscamente a las personas que encontraba a su paso. Y de pronto se abalanzó hacia la calle cortando el paso de los coches. Los cláxones hicieron que el hombre se volviera. Durante un segundo permaneció inmóvil, clavado donde estaba, y luego se alejó a paso rápido. Osborn sabía que lo había visto, y que el hombre era consciente de que alguien iba tras él.

Osborn bajó las escaleras del metro de un vuelo. Abajo, vio que el tipo compraba un billete en una máquina y luego se abría paso entre la multitud hacia el tornó.

Al mirar hacia atrás, el hombre vio a Osborn que se lanzaba corriendo escaleras

abajo. Con un gesto de la mano, introdujo el billete en la ranura del tornó. La barrera cedió y el hombre pasó. Giró bruscamente a la derecha y desapareció tras una esquina.

No había tiempo para comprar billetes o pasar por el tornó. Osborn apartó a una muchacha con el codo y saltó por encima, esquivó a un negro alto y corrió hacia el andén.

Un tren se había detenido en la estación. Vio subir al tipo. Las puertas se cerraron de un golpe y el tren partió. Osborn corrió unos cuantos metros y se detuvo. El pecho le dolía y le faltaba el aire. Sólo quedaban los raíles que brillaban en la oscuridad del túnel vacío. El hombre había desaparecido.

DOS

Michèle Kanarack miró al otro lado de la mesa, y luego tendió la mano. Su mirada desbordaba de amor y afecto. Henri Kanarack le cogió la mano y la observó. Aquel día cumplía él cincuenta y dos años, y ella tenía treinta y seis. Ya llevaban casi ocho años casados, y hoy le había dicho ella que estaba encinta de su primer hijo.

—Es una noche muy especial —dijo ella.

—Sí, muy especial. —Le besó la mano con gesto dulce, la soltó y sirvió el vino de una botella de Bordeaux tinto.

—Es la última copa —dijo ella—. Hasta que llegue el niño. Dejaré de beber mientras esté embarazada.

—Entonces, lo mismo digo. —Henri sonrió.

Fuera llovía a cántaros, y el viento sacudía el tejado y las ventanas. Vivían en el ático de un edificio de cinco plantas en la avenle Verdier, en el barrio de Montrouge. Henri Kanarack era panadero, se iba a trabajar todos los días a las cinco y no volvía hasta cerca de las seis y media de la tarde. Había una hora de viaje entre su piso y la panadería cercana a la estación del Norte, en el barrio norte de París. Había sido una jornada larga.

Pero ahora se sentía contento. Como se sentía contento con su hogar y con la idea de ser padre por primera vez a los cincuenta y dos años. Al menos así se había sentido hasta entonces, cuando aquel desconocido lo había atacado en la cervecería y luego lo había perseguido hasta el metro. El tipo tenía aspecto de americano. Aproximadamente treinta y cinco años. Constitución musculosa y sólida. Vestido con una chaqueta deportiva cara y vaqueros, parecía un ejecutivo en vacaciones.

¿Quién diablos era aquel tipo? ¿Por qué había hecho aquello?

—Oye, ¿te encuentras bien? —Michèle lo observaba. ¿A dónde iban a llegar las cosas en París si un panadero podía ser atacado en una cervecería por un desconocido cualquiera? Ella quería que Henri llamara a la policía. Y que luego contratara a un abogado y demandara al dueño de la cervecería.

—Sí —dijo—, me encuentro bien.

Kanarack no deseaba llamar a la policía ni demandar a la cervecería, a pesar de que tenía el ojo izquierdo casi cerrado debido a la hinchazón y el labio rojo y morado porque los golpes del hombre le habían hundido uno de los dientes superiores.

—¿Qué te parece? Voy a ser padre —dijo, intentando sacudirse la sensación.

—Nada de caras largas, al menos esta noche —dijo Michèle. Se levantó de la mesa, fue hacia él y le rodeó el cuello con los brazos—. Hagamos el amor para celebrar la vida. Una gran vida entre la joven Michèle, el viejo Henri y el futuro niño.

Kanarack se volvió y la miró a los ojos. Sonrió. Cómo no iba a sonreír. La amaba.

Más tarde, tendido en la oscuridad y oyendo la respiración de Michèle, Kanarack intentó borrar de su mente la imagen del hombre de pelo oscuro. Pero no lo lograba.

Le hacía revivir un temor profundo, casi primario, como si, hiciera lo que hiciese, o por mucho que huyera, algún día fueran a dar con él.

TRES

Osborn los observaba mientras hablaban en el pasillo.

Suponía que hablaban de él, pero no estaba seguro. De pronto el más pequeño dio media vuelta y se alejó, y el otro volvió a entrar por la puerta de vidrio, con un cigarrillo en una mano y una carpeta en la otra.

—¿Quiere tomar una taza de café, doctor Osborn? —preguntó. El inspector Maitrot era joven, seguro de sí mismo, su tono de voz era suave y era respetuoso. También era rubio y alto, rasgos poco comunes en un francés.

—Lo que quiero saber es cuánto tiempo piensa retenerme. —Osborn había sido detenido por la Police Urbaine por violar una ordenanza municipal que prohibía saltar las barreras de los metros. Cuando le preguntaron, Osborn había mentado, diciendo que el hombre lo había asaltado e intentaba robarle la billetera. Debido a una pura coincidencia, dijo, un rato después lo había visto en la cervecería. La policía lo relacionó entonces con el hombre que habían denunciado en la cervecería con llamada de alerta y lo habían llevado a la Prefectura Central para interrogarlo.

—Usted es médico —leyó Maitrot en una hoja grapada en el interior de la carpeta—. Es cirujano ortopédico, americano, y está de visita en París después de asistir a una convención médica en Ginebra. Vive en Los Ángeles.

—Sí —dijo Osborn, desgano. Ya le había contado la historia a un policía en la estación de metro, luego a otro poli uniformado en una celda de prevención en alguna parte del mismo edificio, y a un policía de civil que lo había escoltado a través de una serie de pruebas dactilares, fotos para el fichero y un interrogatorio preliminar. Ahora, en la pequeña célula de vidrio de la sala de interrogatorios, Maitrot volvía a preguntarlo todo desde el principio, detalle por detalle.

—No tiene mucha pinta de médico.

—Usted no tiene pinta de policía —respondió Osborn, displicente, intentando no crispase.

Maitrot no reaccionó. Tal vez no lo entendió, porque no le era nada fácil comunicarse en inglés, pero tenía razón, Osborn no tenía pinta de médico. Metro ochenta y cinco, pelo oscuro y ojos castaños, ochenta kilos, una mirada infantil y la constitución de un atleta.

—¿Cómo se llamaba la convención a la que asistió?

—No asistí a ella. Presentaba una ponencia. El Congreso Mundial de Cirugía. — Osborn habría querido decir: «¿Cuántas veces tengo que repetiros lo mismo? ¿Acaso no os comunicáis entre vosotros?». Debería haber tenido miedo, y tal vez lo tenía, pero aún estaba demasiado agitado para darse cuenta. Su víctima había escapado, pero lo más importante era que ¡finalmente lo había encontrado! Estaba aquí, en París. Y, con algo de suerte, seguiría aquí, en su casa o en cualquier bar, curándose las heridas y preguntándose qué le había sucedido.

—¿Y de qué trataba su ponencia? ¿Cuál era el tema?

Osborn cerró los ojos y contó lentamente hasta cinco.

—Ya se lo he dicho.

—A mí no me ha dicho nada.

—Mi ponencia versaba sobre las lesiones de los ligamentos cruzados anteriores. Tiene que ver con la rodilla. —Osborn tenía la boca seca. Pidió un vaso de agua. Maitrot no lo entendió o decidió ignorarlo.

—¿Qué edad tiene?

—Eso ya lo sabe.

Maitrot miró al techo.

—Treinta y ocho.

—¿Casado?

—No.

—¿Homosexual?

—Inspector, estoy divorciado. ¿Le parece eso suficiente?

—¿Desde cuándo es cirujano?

Osborn no dijo nada. Maitrot repitió la pregunta, mientras el humo del cigarrillo se elevaba en espiral hacia un ventilador en el techo.

—Seis años.

—¿Piensa usted que es relativamente bueno como cirujano?

—No entiendo por qué me hace estas preguntas. No tienen nada que ver con las razones por las que me han detenido. Llamen a mi despacho para verificar todo lo que he dicho. —Osborn estaba agotado y comenzaba a perder los estribos. Pero al mismo tiempo sabía que si quería salir de allí, tendría que cuidar sus palabras.

»Mire —dijo, con toda la calma y respeto que le era posible—, he cooperado con ustedes. He hecho todo lo que me han pedido. Huellas dactilares, fotos, he contestado a las preguntas. Ahora, por favor, quisiera que me dejaran en libertad o reclamaré al cónsul de Estados Unidos.

—Ha agredido usted a un ciudadano francés.

—¿Cómo sabe usted que es un ciudadano francés? —inquirió Osborn, sin pensarlo.

Maitrot no hizo caso de su reacción.

—¿Por qué lo ha hecho?

—¿Por qué? —dijo Osborn, con mirada incrédula. No había día en que, en algún momento, no oyera, una vez más, el cuchillo de carnicero hundiéndose en el vientre de su padre. Que no oyera la horrible sorpresa de su respiración entrecortada. Que no viera el terror en sus ojos cuando levantaba la mirada para preguntar ¿qué ha pasado? aunque sabía perfectamente lo que había ocurrido. Que no viera las rodillas flaquearle antes de que se desplomara lentamente en la acera. Que no escuchara el grito escalofriante de un extraño. Que no hubiera visto a su padre girarse e intentar levantarse, sabiendo que estaba muriendo, pidiéndole a su hijo, sin hablar, que le

cogiera la mano y que no tuviera miedo, diciéndole, con su silencio, que siempre lo amaría.

—Sí —dijo Maitrot, y aplastó un cigarrillo en el cenicero de la mesa a la que estaban sentados—. ¿Por qué lo ha hecho?

Osborn se incorporó en su silla y contó la misma mentira.

—Llegué al aeropuerto Charles de Gaulle desde Londres. —Debía tener cuidado y no dar una versión diferente de lo que había dicho en los interrogatorios anteriores—. El tipo me asaltó en un lavabo e intentó llevarse mi cartera.

—Usted tiene un aspecto muy sano. ¿Era un hombre grande?

—No especialmente. Sólo quería mi cartera.

—¿Y la consiguió?

—No. Se escapó.

—¿No lo denunció a las autoridades del aeropuerto?

—No.

—¿Por qué?

—No me robó nada, y yo no hablo muy bien francés, como se habrá dado cuenta.

Maitrot encendió otro cigarrillo y lanzó la cerilla consumida al cenicero.

—Y luego, por mera casualidad, se lo encontró en la misma cervecería donde se había detenido a tomar una copa.

—Sí.

—¿Qué pretendía hacer? ¿Cogerlo hasta que llegara la policía?

—Para ser franco, inspector, no tengo idea de qué diablos pensaba hacer. Me volví loco. Perdí la cabeza.

Osborn se levantó y miró hacia otro lado mientras Maitrot anotaba algo en la carpeta. ¿Qué iba a decirle? ¿Que el hombre contra el que se había lanzado había apuñalado mortalmente a su padre en Boston, Massachusetts, en Estados Unidos de América, el 12 de abril de 1966? ¿Que él lo había visto cometer el crimen y que no había vuelto a verlo hasta hacía unas cuantas horas? ¿Que la policía de Boston había oído con gran interés el cuento de terror del chico y que luego se había pasado años intentando dar con el asesino hasta que finalmente reconocieron que no podían hacer nada más? Sí, los procedimientos habían sido correctos. La escena del crimen y el análisis técnico, la autopsia, las entrevistas. Aquel chico, sin embargo, no había visto nunca a aquel hombre en su vida, y la madre no lograba identificarlo a partir de la descripción de su hijo. Dado que el arma del crimen no tenía huellas dactilares, y que el arma misma no era más que un vulgar cuchillo de supermercado, la policía tuvo que fiarse de lo único que tenían, a saber, las declaraciones de otros dos testigos presenciales: Katherine Barnes, una vendedora de edad mediana que trabajaba en Jordan Marsh, y Leroy Green, un guardia de la Biblioteca Pública de Boston. Ambos testigos se encontraban en la acera en el momento del ataque y los dos habían contado versiones que presentaban ligeras variaciones con respecto a la del chico. Sin embargo, al final la policía tenía exactamente los mismos elementos que al principio.

Nada. Finalmente, Kevin O'Neil, el joven y diligente inspector de Homicidios que había entablado amistad con Paul, fue asesinado por un sospechoso contra el que había declarado en un juicio, y el caso George Osborn dejó de ser una investigación asumida personalmente por un inspector y se convertía en un caso más sin resolver, enterrado en los archivos con otros cientos de casos similares. Ahora, tres décadas más tarde, Katherine Barnes, senil y retirada en un hogar de ancianos en Maine, tenía cerca de ochenta años, y Leroy Green había muerto. A todos los efectos, Paul Osborn era el último testigo vivo. Y ningún fiscal, treinta años después de los hechos, iba a esperar que un jurado condenara a un hombre basándose en la declaración del hijo de la víctima, que en aquel entonces sólo tenía diez años y que sólo había visto al sospechoso en el lapso de dos o tres segundos. La verdad lisa y llana era que el asesino había escapado. Esa noche, en una comisaría de París, aquella verdad seguía vigente, porque aunque Osborn llegara a convencer a la policía para que le siguiera la pista y lo detuviera, jamás sería llevado a juicio. Ni en Francia, ni en Estados Unidos, ni ahora ni en un millón de años. ¿Para qué decírselo a la policía? No serviría de nada y sólo complicaría las cosas si después, gracias a un golpe de fortuna, Osborn volvía a encontrarlo.

—Hoy estaba en Londres. Esta mañana.

De pronto, Osborn se percató de que Maitrot seguía hablándole.

—Sí.

—Dijo que había llegado usted a París procedente de Ginebra.

—Vía Londres.

—¿Para qué había ido a Londres?

—Turismo. Pero caí enfermo. Un bicho de éstos que duran veinticuatro horas.

—¿Dónde se hospedó?

Osborn se reclinó en el asiento. ¿Qué esperaban de él? Que lo encerraran o que lo soltaran. ¿Qué les importaba a ellos lo que había hecho en Londres?

—Le he preguntado dónde se hospedaba en Londres. —Maitrot lo miraba fijo.

Osborn había estado en Londres con una mujer, también médica, residente de un hospital en París y, según descubriría más tarde, amante de un importante político francés. En aquella ocasión, ella le había dicho que debían ser discretos y le rogó que no preguntara por qué. Él accedió, buscó y eligió un hotel celoso con la intimidad de sus clientes. Se registró a su nombre.

—El Connaught —dijo Osborn, esperando que el hotel hiciera honor a su reputación.

—¿Estaba solo?

—Bueno, basta —dijo Osborn. Se separó con un gesto brusco de la mesa y se levantó—. Quiero ver al cónsul de Estados Unidos. —Al otro lado de la ventana, vio que un agente uniformado, metralleta al hombro, se volvía y lo miraba fijo a los ojos.

—¿Por qué no se relaja, doctor Osborn?... Por favor. Póngase cómodo —dijo Maitrot, tranquilo, y luego se inclinó para anotar algo en la carpeta.

Osborn se echó hacia atrás y miró deliberadamente a un lado, esperando que Maitrot no insistiera en lo de Londres y siguiera con otro tema. Un reloj de pared marcaba casi las once. En Los Ángeles serían las tres de la tarde. O tal vez las dos. En aquella época del año, los husos horarios parecía que cambiaban constantemente, dependiendo de dónde se encontrara uno. ¿A quién diablos conocía allí que pudiese llamar en una situación como ésta? Jamás en su vida lo habían detenido. Y luego pensó que sí, que una vez lo habían detenido. A los quince años, en el instituto, lo habían detenido el día de Navidad por lanzar bolas de nieve por la ventana de un aula. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, había dicho la verdad. Porque no tenía otra cosa que hacer.

¿Por qué? Era la pregunta de siempre. La gente del instituto. La policía. Incluso sus pacientes. Preguntaban por qué les dolía algo. Por qué era necesario operarse, o por qué no. Por qué seguían sufriendo dolor cuando ellos pensaban que no debería ser así. Por qué no necesitaban medicación cuando ellos pensaban que sí. Por qué podían hacer esto y no lo otro. Luego esperaban que él les explicara. «¿Por qué?» era una pregunta que él estaba destinado a responder, no a preguntar. Eso sí, recordaba haber preguntado un «¿porqué?». Dos veces, en realidad. A su primera mujer, y luego a su segunda mujer, cuando le habían comunicado que lo dejaban. Pero ahora, en esa jaula de vidrio que era la sala de interrogatorios, en el centro de París, con un inspector francés que tomaba apuntes y fumaba un pitillo tras otro, de pronto supo que «por qué» era la palabra más importante del mundo para él. Y ahora quería preguntarla él, sólo una vez. Al hombre que había perseguido hasta el metro.

«¿Por qué asesinaste a mi padre, cabrón?».

De pronto le vino la idea de que si la policía había interrogado a los camareros de la cervecería, tal vez sabrían cómo se llamaba el tipo. Sobre todo si era cliente habitual o si había pagado con talón o tarjeta de crédito. Osborn esperó que Maitrot terminara de escribir.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo, con el tono más correcto posible.

Maitrot asintió con la cabeza.

—Este ciudadano francés al que se me acusa de haber agredido, ¿saben cómo se llama?

—No —dijo Maitrot.

En ese momento se abrió la puerta de vidrio y entró el segundo inspector, que fue a sentarse frente a Osborn. Se llamaba Barras, y le lanzó una mirada a Maitrot, que le respondió negando vagamente con un gesto de cabeza. Barras era un hombre pequeño, de pelo oscuro y ojos negros e inexpresivos. Un vello negro le cubría el dorso de las manos y llevaba las uñas cortadas a la perfección.

—En Francia no nos gusta acoger a los que buscan líos. Y eso incluye a los médicos. La deportación es un asunto bastante sencillo —dijo Barras, con voz monótona.

¡Deportación! «No, por favor —pensó Osborn—. Por favor, ahora no. Ni después

de tantos años, después de haberlo visto por primera vez. ¡Después de saber que está vivo y conocer su paradero!».

—Lo siento —dijo, disimulando su pánico—. Realmente lo siento... Perdí la cabeza, eso fue lo que pasó. Por favor, créanme, porque es verdad.

Barras se lo quedó mirando.

—¿Cuánto tiempo pensaba quedarse en Francia? —preguntó Barras.

—Cinco días —dijo Osborn—. Quiero ver París.

Barras tuvo un gesto de vacilación, luego se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó el pasaporte de Osborn.

—Su pasaporte, doctor. Cuando vaya a salir del país, avíseme y se lo devolveré.

Osborn miró a Barras y luego a Maitrot. Conque así pensaban solucionarlo. Ni deportación, ni detención. Lo seguirían de todos modos, y se asegurarían de que él mismo lo supiera.

—Es tarde —dijo Maitrot, levantándose—. Hasta luego, doctor Osborn.

Eran las once y veinticinco cuando Osborn salía de la comisaría. Había dejado de llover y una luna resplandeciente brillaba sobre la ciudad. Pensó en coger un taxi pero luego decidió regresar caminando al hotel. Caminar y pensar qué iba a hacer ahora con aquel hombre que había dejado de ser un recuerdo de la infancia para convertirse en un ser de carne y hueso, vivo en algún rincón de París. Con paciencia, lo encontraría. Y lo interrogaría. Y luego lo liquidaría.

CUATRO

Londres

La misma luna resplandeciente iluminaba un callejón cercano a Charing Cross en el distrito del Teatro. El angosto callejón tenía forma de ele y estaba sellado en ambos extremos por precintos de la policía que señalaban la escena de un crimen. Los peatones miraban desde ambos extremos atisbando por encima de los agentes de policía, para tener una idea de lo sucedido.

No eran los rostros de la multitud curiosa lo que atraía la atención de McVey. Era otro rostro, el de un hombre blanco de entre veinte y veinticinco años cuyos ojos hinchados sobresalían grotescamente de los cuencos. Lo había descubierto el vigilante de un teatro en un cubo de basura al vaciar el contenido de unas cajas después de una de las sesiones. Normalmente se habrían encargado del caso los inspectores de la Policía Metropolitana, pero esto era algo diferente. El superintendente Jamison había llamado a Ian Noble, de la Sección Especial, y Noble, a su vez, había llamado a McVey al hotel y lo había despertado de un sueño agitado.

No era sólo el rostro. Era la cabeza lo que constituía el principal motivo de interés de los inspectores de policía. En primer lugar, porque no había cuerpo. Y, en segundo lugar, porque la cabeza parecía cercenada con técnicas quirúrgicas. Cualquiera podía especular con la idea de dónde estaba el «resto» del cuerpo, pero el engorro de lo que quedaba era asunto de McVey.

Mientras observaba a dos cirujanos forenses sacar la cabeza del cubo y colocarla en una bolsa plástica y luego en una caja para transportarla, McVey pensaba que lo que sí estaba claro era que el superintendente Jamison tenía razón. La cabeza había sido separada del tronco por un profesional. Si no era cirujano, al menos se trataba de alguien que había utilizado un instrumento quirúrgico afilado y que poseía un gran conocimiento de las «Lecciones de Anatomía» de Gray.

El cuadro era el siguiente: en la base del cuello, allí donde se junta con la clavícula, se encuentra la unión de la tráquea y el esófago que conduce a los pulmones y al estómago, y el músculo constrictor inferior, que asciende flanqueando los cartílagos cricoideos y tiroideos...

Éste era precisamente el lugar donde la cabeza había sido decapitada, y ni McVey ni el comandante Noble necesitaban que lo confirmara un experto. Lo que sí necesitaban era que alguien les dijera si aquello se había producido antes o después de la muerte. Y tratándose de esta última posibilidad, cuál era la causa de la muerte.

Realizar la autopsia de una cabeza es como hacer la autopsia de todo un cuerpo, sólo que hay menos cuerpo.

Las pruebas de laboratorio llevarían entre veinticuatro horas y tres o cuatro días.

Pero McVey, el comandante Noble y el doctor Evan Michaels, el joven patólogo con cara de niño de la Oficina Central a quien habían llamado para encargarse del trabajo, compartían la misma opinión, a saber, que la cabeza había sido separada del cuerpo después de la muerte, y que la causa de dicha muerte era con toda probabilidad una dosis mortal de un barbitúrico, casi seguro Nembutal. Sin embargo, quedaba la incógnita de por qué los ojos se salían de las cuencas de aquella manera, y cuál era la causa de los hilillos de sangre que nacían de las comisuras de los labios. Eran síntomas que aparecían al respirar una solución gaseosa de cianuro, si bien no había pruebas claras.

McVey se rascó la oreja y se quedó mirando al suelo.

—Ahora le preguntaré acerca de la hora en que se produjo la muerte —le dijo Ian Noble secamente a Michaels. Noble tenía cincuenta años y estaba casado, tenía dos hijas y cuatro nietos. Su pelo canoso y cortado casi al cero, su mandíbula cuadrada y su esbelta figura le daban una prestancia de militar de antiguo cuño, algo nada inhabitual en un excoronel del Servicio de Inteligencia del Ejército y graduado por la Royal Military Academy de Sandhurst, promoción del 65.

—Eso es algo difícil de precisar —dijo Michaels.

—Inténtelo —dijo McVey, fijando a Michaels con sus ojos verde grisáceos. Quería una respuesta. Se sentiría satisfecho con una estimación prudente.

—Hay muy poca sangre, casi nada. Es difícil precisar el momento de la coagulación, ¿sabe? Puedo decir que llevaba algún tiempo donde se encontró, porque la temperatura es casi idéntica a la del callejón.

—No hay *rigor mortis*.

Michaels se lo quedó mirando.

—No, señor. Parece que no. Como usted sabe, inspector, el *rigor mortis* suele comenzar al cabo de cinco o seis horas. La parte superior del cuerpo es la primera afectada, después de unas doce horas, y la totalidad del cuerpo al cabo de unas dieciocho horas.

—No tenemos la totalidad del cuerpo —dijo McVey.

—No, señor, no la tenemos. —Más allá de cumplir con su deber, Michaels empezaba a desear haberse quedado en casa aquella noche, y dejarle a otro el placer de tratar con el irascible inspector de Homicidios americano, con el pelo más canoso que castaño, y que parecía conocer las respuestas a sus propias preguntas incluso antes de formularlas.

—McVey —dijo Noble, con expresión rígida—. ¿Por qué no esperamos a tener las pruebas de laboratorio y dejamos a nuestro pobre médico irse a casa a acabar su noche de bodas como es debido?

—¿Ésta es su noche de bodas? —preguntó McVey, asombrado—. ¿Esta noche?

—Era —dijo Michaels, inexpresivo.

—¿Y por qué diablos respondió a la llamada? Si no lo hubieran encontrado a usted, habrían buscado a otro. —McVey era sincero en su incredulidad—. ¿Y qué

diablos decía su mujer?

—Que no respondiera la llamada.

—Me alegra saber que al menos uno de los dos sabe de qué va el cotarro.

—Señor, es mi trabajo, ¿sabe?

McVey sonrió para sus adentros. Aquel joven patólogo estaba destinado a convertirse en un excelente profesional o en un funcionario apocado. Nunca se sabía.

—Si hemos terminado, ¿qué quiere que haga? —Le preguntó Michaels—. Jamás he trabajado para la policía de París. De hecho, tampoco he trabajado para INTERPOL.

McVey se encogió de hombros y miró a Noble.

—Yo estoy igual que él —dijo—. Tampoco he trabajado nunca con la policía de París ni con la INTERPOL. ¿Cómo y dónde guardáis las cabezas aquí?

—Guardamos las cabezas, McVey, de la misma manera que guardamos los cuerpos, o los trozos de cuerpos. Etiquetadas, selladas en bolsas plásticas y congeladas. —Era demasiado tarde para que Noble mostrara algún sentido del humor.

—Vale —dijo McVey y se encogió de hombros. Tenía sobradas ganas de terminar aquella noche. Dentro de pocas horas, los inspectores empezarían a trabajar en el callejón, a interrogar a todos y a cualquiera que hubiera visto algo en torno al cubo de basura unas horas antes de que encontraran la cabeza. Al cabo de un día, o de dos, a más tardar, tendrían los informes de laboratorio sobre las muestras de tejidos y de los folículos del pelo. Traerían a un antropólogo forense para determinar la edad de la víctima.

Los dos inspectores se marcharon y dejaron al doctor Michaels la labor de etiquetar, sellar en bolsa plástica y congelar la cabeza en el contenedor correspondiente. Recibió instrucciones especiales para que no abriera dicho contenedor más que en presencia del comandante Noble o del inspector McVey. Noble se dirigió a su casa de cuatro pisos recién reformada, en Chelsea, y McVey volvió a su pequeña habitación en el pequeño hotel de la calle de la Media Luna, al otro lado de Green Park, en Mayfair.

CINCO

Un día de nieve de febrero de 1928 lo habían bautizado con el nombre de William Patrick Cavan McVey en la iglesia católica de St. Mary, en lo que era entonces Leheigh Road, en Rochester, Nueva York. Cuando era niño, desde la escuela parroquial Cardinal Manning hasta el instituto Don Bosco, todo el mundo lo conocía como Paddy McVey, el hijo mayor del sargento de policía Murphy McVey. Pero desde el día en que solucionó el caso de los «asesinatos de los torturadores de las colinas» en Los Ángeles, veintinueve años más tarde, nadie volvió a llamarlo por ese mote, ni sus jefes, ni los inspectores colegas, ni la prensa, ni siquiera su mujer.

McVey era empleado del Cuerpo de Policía de Los Ángeles desde 1955, había enviudado dos veces y costado la universidad de sus tres hijos. El día en que cumplió sesenta y cinco años, quiso jubilarse. Pero no dio resultado. El teléfono seguía sonando. «Llamad a McVey, sabe todo lo que hay que saber sobre las agresiones a putas». «Hablad con McVey, no tiene nada que ver con esto pero podría venir a echar un vistazo». «No lo sé, llamad a McVey».

Finalmente, se trasladó a vivir a la casita de pesca que había mandado levantar en la montaña a orillas del lago Big Bear y pidió que retiraran la línea de teléfono. Pero apenas había tenido tiempo para ordenar sus cosas e instalar la televisión por cable cuando sus viejos amigos del Cuerpo comenzaron a subir a pescar. Y no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a preguntar las mismas cosas que preguntaban antes por teléfono. Finalmente, se dio por vencido, cerró la cabaña y volvió a trabajar a jornada completa.

Volvió a su vieja mesa de trabajo llena de muescas, a la misma silla con ruedecillas que rechinaban, asignado al departamento de Robos y Homicidios. No habían pasado aún dos semanas cuando entró Bill Woodward, inspector jefe, y le preguntó si le gustaría viajar a Europa con gastos pagados. Cualquiera de los otros seis inspectores de la sección se habría abalanzado a preparar su maleta Samsonite. McVey se limitó a encogerse de hombros y preguntó por qué y durante cuánto tiempo. No le entusiasmaba la idea de viajar, y cuando lo hacía, le gustaba ir a lugares cálidos. Eran los primeros días de septiembre. En Europa empezaba a hacer frío, y a él no le gustaba el frío.

—Supongo que «durante cuánto tiempo» depende de ti. El «porqué» es porque Interpol tiene siete cadáveres decapitados y no saben qué hacer. —Woodward le plantó una carpeta a McVey bajo las narices y desapareció.

McVey lo vio alejarse, miró a los demás inspectores en la sala, cogió una taza de café frío y abrió el expediente. En el ángulo superior derecho había una marca negra, que en el lenguaje de Interpol indicaba un cadáver no identificado y la solicitud de toda la ayuda posible. La marca era antigua. A esas alturas, los cuerpos ya habían sido identificados.

De los siete cuerpos, dos habían sido hallados en Inglaterra, dos en Francia, uno en Bélgica, otro en Suiza y el último había sido arrastrado por la marea cerca del puerto de Kiel, en Alemania occidental. Todos eran hombres y las edades fluctuaban entre los veinte y los cincuenta y tres años. Todos eran blancos y todos, al parecer, habían sido drogados con algún tipo de barbitúrico. A todos les habían cortado la cabeza con técnicas quirúrgicas exactamente en el mismo punto de su anatomía.

Los asesinatos habían sido cometidos entre febrero y agosto, y parecían haberse producido totalmente al azar.

Sin embargo, eran demasiado similares para parecer coincidencia. Pero eso era el único factor en común, porque el resto de los elementos no eran en absoluto similares. Ninguna de las víctimas estaba relacionada entre sí ni parecía conocerse. Ninguno tenía ficha criminal, y ninguno había llevado una existencia violenta. Y todos provenían de diferentes estratos sociales.

Lo que planteaba mayores dificultades eran las estadísticas. Más del cincuenta por ciento de las veces que se encuentra una víctima de asesinato, con o sin cabeza, el asesino es capturado. En estos siete casos no se había descubierto ni un solo sospechoso. En total, los especialistas de la policía de cinco países, incluyendo la unidad especial de investigación de Homicidios de Scotland Yard e Interpol, la organización internacional de policía, no habían logrado nada, lo cual era una fiesta para la prensa sensacionalista. Al final, el Cuerpo de Policía de Los Ángeles había recibido una llamada solicitando a uno de los mejores expertos en aquel singular mundo de la investigación de homicidios.

McVey había empezado por viajar a París, donde conoció al Inspector teniente Alex Lebrun, de la Prefectura Central de Policía de París, un tipo listo y simpático con una gran sonrisa y un cigarrillo sempiterno en la boca. A su vez, Lebrun le había presentado al comandante Noble, de Scotland Yard, y al capitán Yves Cadoux, responsable de la misión. Los cuatro hombres examinaron juntos el escenario de los crímenes en Francia. El primero estaba situado en Lyon, a dos horas al sur de París en TGV, el tren bala, y, paradójicamente, a un kilómetro del cuartel de Interpol. El segundo lugar era la estación de esquí de Chamonix, en los Alpes. Después, Cadoux y Noble acompañaron a McVey a una pequeña fábrica en las afueras de Ostende, en Bélgica; a un hotel de lujo a orillas del lago Ginebra en Lausana, en Suiza; a una pequeña ensenada rocosa a veinte minutos en coche al norte de Kiel en Alemania. Finalmente viajaron a Inglaterra. Primero a un pequeño piso frente a la catedral de Salisbury, a ciento veinte kilómetros al sudeste de Londres; luego a Londres ciudad, en una casa situada en una plaza en el exclusivista barrio de Kensington.

A continuación, McVey tuvo que pasar diez días en una fría oficina del tercer piso de Scotland Yard revisando los extensos informes policiales de cada uno de los crímenes, a menudo obligado a consultar ciertos detalles con Ian Noble, que disponía de una oficina mucho más cómoda y caldeada en el primer piso. Afortunadamente, McVey se dio un respiro cuando lo llamaron de Los Ángeles para que volviera a

declarar durante dos días en el juicio por asesinato de un traficante de drogas vietnamita que el propio McVey había detenido cuando el tipo intentaba matar a un conductor de autobús en el restaurante donde McVey estaba comiendo. En realidad, el acto de heroísmo de McVey había consistido en colocarle al tipo su revólver reglamentario del calibre 38 detrás de la oreja, y aconsejarle que se relajara.

Después del juicio, McVey iba a tomarse dos días libres como asuntos personales para volver luego a Londres. Pero por algún motivo, al inspector se le ocurrió someterse a unas sesiones de cirugía dental y convirtió los dos días en dos semanas. La mayor parte del tiempo lo pasó en un campo de golf cercano al estadio de Rose Bowl, donde el cálido sol que se filtraba a través de la niebla lo ayudó, entre golpe y golpe, a meditar sobre los asesinatos.

Hasta ese momento, lo único que las víctimas parecían tener en común, el único hilo conductor, era el corte quirúrgico practicado en las cabezas. Se trataba de algo que a primera vista parecía ser obra de un cirujano o de alguien con habilidades de cirujano que tenía acceso a los instrumentos necesarios.

Exceptuando eso, no había nada más que cuadrara. Tres de las víctimas habían sido asesinadas en el mismo lugar donde se las había encontrado. Las otras cuatro habían sido asesinadas en otro lugar, y tres de ellas habían sido abandonadas a la orilla de un camino, mientras que la cuarta había sido lanzada a las aguas del puerto de Kiel. Después de tanto tiempo en Homicidios, éste era el caso más confuso y extraño de todos los que había conocido McVey.

Y luego, después de guardar los palos de golf y tener que regresar a la humedad de Londres, agotado y desorientado por el largo viaje, acababa de reposar caer la cabeza sobre aquella cosa que el hotel pretendía hacer pasar por almohada, y cuando ya había cerrado los ojos, sonó el teléfono. Era Noble, llamando para informarle que una cabeza ajustaba con uno de los cuerpos.

Y eran las cuatro menos cuarto de la mañana, hora de Londres, y McVey estaba sentado ante lo que servía como mesa de escritorio en el armario que era su habitación, junto a dos dedos de whisky Famous Grouse, hablando en conferencia con Noble y el capitán Cadoux, en la línea de Interpol de Lyon.

Cadoux, un enérgico y macizo individuo con un enorme bigote daliniano que no podía dejar de acariciarse entre el índice y el pulgar, tenía ante sus ojos el fax del informe preliminar de la autopsia enviado por el joven forense Evans. En él se describía, entre otras cosas, el punto exacto en que la cabeza había sido separada del cuerpo. Era precisamente el mismo punto en el que se había producido la separación de la cabeza en los otros siete cuerpos.

—Ya lo sabemos, Cadoux, pero no es suficiente para que digamos con seguridad que los asesinatos están relacionados —dijo McVey, con voz cansina.

—Corresponde al mismo grupo de edad.

—Aun así, no es suficiente.

—McVey, tengo que advertirle que estoy de acuerdo con el capitán Cadoux —

dijo Noble, pausado, como si estuvieran bebiendo el té de las cinco. McVey volvió a mirar su reloj. Ya no tenía una idea clara de si era de día o de noche.

—Aunque no establezca una relación, se le parece demasiado como para ignorarla —concluyó Noble.

—Vale..., hay que preguntarse qué tipo de loco anda suelto por ahí —dijo McVey, aventurando la idea que siempre había tenido. Desde el momento en que lo dijo, Scotland Yard e Interpol reaccionaron del mismo modo.

—¿Cree que se trata de un solo hombre? —preguntaron al unísono.

—No lo sé. Sí... —dijo McVey—. Creo que es un solo hombre.

Luego, alegando que el desfase horario estaba a punto de derrumbarlo y preguntando qué tal si se ocupaban de aquello más tarde, McVey colgó. Podía haberles pedido su opinión, pero no lo había hecho. Eran ellos quienes habían solicitado su ayuda. Además, si pensaban que se equivocaba, lo habrían dicho. En cualquier caso, no era más que una corazonada.

Cogió el vaso de whisky y miró por la ventana. Al otro lado de la calle había otro hotel, pequeño, como el suyo. La mayoría de las ventanas estaban apagadas, pero en la cuarta planta brillaba una luz tenue. Alguien estaba leyendo, o tal vez ya se había dormido leyendo, o había dejado la luz encendida al salir y aún no había vuelto. O tal vez había un cadáver en la habitación, a la espera de que lo encontraran al día siguiente. Eso era lo que sucedía cuando se trabajaba como detective, las posibilidades para casi todo eran infinitas. Sólo con el tiempo conseguía uno desarrollar una intuición sobre las cosas, un sentido de lo que había en la habitación antes de entrar en ella, de lo que podía encontrar, de qué tipo de gente habría allí o había estado allí, y qué habrían estado urdiendo.

Pero en el asunto de la cabeza cercenada, no había habitaciones con luz tenue de por medio. Si tenían suerte, tal vez la encontrarían más tarde. Una habitación los conduciría a otra habitación y, finalmente, al lugar donde se encontraba el asesino. Pero antes, debían identificar a la víctima.

McVey terminó de beber su whisky, se frotó los ojos y lanzó una mirada atenta a la nota que había escrito en su libreta de apuntes: Cabeza/Artista/Esbozo/Periódico/DNI.

SEIS

A las cinco de la mañana, las calles de París estaban desiertas. El metro comenzaba a circular a las cinco y media, de modo que para llegar a la fábrica, Henri Kanarack dependía de Agnès Demblon, contable jefa de la panadería donde trabajaba. Ella, con un religioso sentido del deber, llegaba todos los días a las cuatro y cuarenta y cinco minutos, con su Citroën blanco adquirido hacía cinco años, y lo esperaba frente a su piso. Y todos los días, Michèle Kanarack miraba por la ventana de la habitación, veía a su marido salir a la calle, entrar en el Citroën y partir con Agnès. Luego se ceñía la bata, volvía a la cama y se quedaba despierta pensando en Henri y Agnès. Agnès era una solterona de cuarenta y tres años, una contable que nunca se quitaba las gafas, carente de atractivo para la imaginación de cualquiera. ¿Qué veía Henri en ella que no veía en Michèle? Michèle era mucho más joven, diez veces más guapa, con un cuerpo igualmente bonito, y se aseguraba de darle a Henri todo el sexo que quisiera, razón por la cual finalmente había quedado encinta.

Lo que Michèle no podía saber, y nadie jamás le contaría, era que Henri había conseguido el empleo en la panadería gracias a Agnès. Era ella quien había convencido al dueño, a pesar de que Henri no tenía ninguna experiencia como panadero. El dueño, un hombre pequeño e impaciente, de apellido Lebec, no había demostrado ningún interés en contratar a un nuevo empleado, sobre todo si tenía que costear su aprendizaje, pero cambió de parecer inmediatamente cuando Agnès amenazó con despedirse si no lo contrataba. Era difícil encontrar contables como Agnès, que conocieran los subterfugios de las leyes de impuestos. Finalmente, a Henri Kanarack lo habían contratado, no había tardado en aprender su oficio, se podía confiar en él y no estaba pidiendo aumentos de sueldo constantemente, como cualquier otro. En otras palabras, era un empleado ideal y, por esa razón, Lebec no había discutido con Agnès por el hecho de haberlo traído. Pero Lebec se preguntaba por qué Agnès había estado dispuesta a dejar su empleo por un individuo tan anodino y banal como Henri Kanarack.

—¿Sí o no, señor Lebec? —había sido su tajante pregunta. El resto era cosa del pasado.

Agnès disminuyó la marcha ante un semáforo intermitente y miró a Kanarack. Le había visto las heridas en el rostro al subirse. Ahora, bajo la luz del semáforo, su aspecto era aún más terrible.

—Has vuelto a beber —dijo, con tono frío, casi cruel.

—Michèle está encinta —dijo él, mirando hacia delante, observando los faros amarillos del coche que penetraban la oscuridad.

—¿Y tú, te emborrachaste de alegría o de pena?

—No me emborraché. Un hombre me atacó.

—¿Qué hombre? —preguntó ella, y lo miró.

—Nunca lo había visto.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Me escapé —dijo Kanarack, con la mirada fija en el camino.

—Finalmente te has despabilado ahora que te haces viejo.

—No se trata de eso. —Kanarack se volvió para mirarla—. Fue en la cervecería Stella, de la calle Saint Antoine. Estaba leyendo el periódico y bebiendo un café antes de volver a casa. De pronto, sin ningún motivo, un tipo se me echó encima, me tiró al suelo y comenzó a golpearme. Los camareros lo sujetaron y yo escapé.

—¿Por qué la tomó contigo?

—No lo sé —dijo Kanarack, y volvió a mirar el camino. La noche empezaba a convertirse en día, y el mecanismo automático comenzaba a apagar las farolas de la calle—. Luego me siguió, hasta el otro lado del Sena, entró en el metro, logré perderlo, y me metí en un vagón antes de que me alcanzara. Entonces...

Agnès cambió la marcha para reducir ante un hombre que cruzaba paseando a su perro. Pasó y volvió a acelerar.

—¿Entonces qué?

—Me acerqué a la ventanilla del vagón y vi que lo cogía la policía del metro.

—Así que estaba loco. Al menos la policía sirve para algo.

—Tal vez no.

Agnès le lanzó una mirada. Había algo que Henri no le había dicho.

—¿Qué pasa?

—Era americano.

Paul Osborn volvió a su hotel en la avenida Kléber a la una menos diez de la mañana. Quince minutos más tarde estaba en su habitación llamando a Los Ángeles. Su abogado lo puso en contacto con un colega. Éste le dijo que haría una llamada y que volvería a ponerse en contacto con él. A la una y veinte sonó el teléfono. La persona que llamaba estaba en París. Se llamaba Jean Packard.

Algo más de cinco horas y media después, Jean Packard estaba sentado frente a Paul Osborn en el comedor del hotel. Tenía cuarenta y dos años y estaba exageradamente en forma. Llevaba el pelo corto y el traje le colgaba sobre su cuerpo fibroso. No llevaba corbata y mantenía el cuello de la camisa abierto, tal vez para enseñar deliberadamente una profunda cicatriz de siete centímetros que le cruzaba el cuello en diagonal. Packard había sido legionario, y luego mercenario en Angola, Tailandia y El Salvador. Ahora era empleado de Kolb International, conocida como la mayor agencia de detectives del mundo.

—No garantizamos nada, pero hacemos todo lo posible, y para la mayoría de los clientes, eso suele ser suficiente —dijo Packard, con una llamativa sonrisa. Un camarero trajo café caliente y una pequeña bandeja de cruasanes, y se marchó. Jean Packard no tocó ni lo uno ni lo otro. Se limitó a mirar a Osborn fijo a los ojos—.

Permítame explicarle —pidió. Su inglés tenía un marcado acento pero era comprensible—. Kolb selecciona cuidadosamente a todos sus detectives, y todos tienen antecedentes impecables. Sin embargo, no trabajamos como empleados sino como contratados independientes. Las oficinas regionales nos encargan una misión y nosotros compartimos los honorarios con ellos. Fuera de eso, no nos piden nada más. De hecho, sólo dependemos de nosotros mismos salvo si solicitamos lo contrario. Para nosotros, la confidencialidad de los clientes es un valor casi religioso. Tratamos los asuntos entre nosotros, el detective y su cliente, lo cual es una garantía. Esto es algo que estoy seguro apreciará en los días que corren, cuando hasta la información más detallada está disponible para cualquiera que pueda pagarla.

Jean Packard levantó una mano y detuvo a un camarero que pasaba. Pidió un vaso de agua, en francés. Luego se volvió hacia Osborn y le explicó los procedimientos de Kolb.

Cuando se cumplimentaba una investigación, dijo, se le devolvían al cliente todos los archivos con documentos escritos, copiados o fotografiados, incluyendo los negativos. El detective presentaba luego a la oficina regional de Kolb un informe detallando la duración del trabajo y los gastos. A su vez, Kolb le pasaba la factura al cliente.

El camarero trajo el agua.

—*Merci* —dijo Packard. Bebió un trago, dejó el vaso en la mesa y miró a Osborn. —Como comprenderá, llevamos a cabo operaciones limpias, discretas y sencillas.

Osborn sonrió. No sólo le gustaba el método sino que además apreciaba el estilo y el modo de ser del detective. Necesitaba a alguien en quien confiar, y Jean Packard parecía ser esa persona. Aun así, el detective equivocado con el método equivocado podía provocar la fuga del hombre que buscaba y eso podía echarlo todo a perder. Luego estaba el otro problema, que hasta ese momento Osborn no sabía cómo abordar. Pero cuando habló Jean Packard, el dilema de Osborn se esfumó.

—Me gustaría preguntarle por qué quiere localizar a esta persona, pero tengo la impresión de que preferiría no decírmelo.

—Es algo personal —dijo Osborn, en voz baja. Jean Packard asintió con la cabeza, dando a entender que aceptaba la explicación.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Osborn revisó los detalles de lo poco que sabía sobre el hombre que buscaba. La cervecería en la calle Saint Antoine. La hora del día en que lo había visto. En qué mesa se había sentado. Qué bebía. El hecho de que fumara. La dirección que el hombre había cogido luego, cuando pensaba que nadie lo seguía. El metro del bulevar Saint Germain al que había corrido cuando se había dado cuenta de que lo seguían.

Osborn cerró los ojos para recordarlo, y describió a Henri Kanarack físicamente. Tal como lo había visto allí, sólo unas horas antes, en París, y tal como lo recordaba desde aquel otro momento, hacía años, en Boston. Jean Packard dijo poca cosa, preguntó algún detalle, pidió que repitiera otros. Tampoco tomó notas, y se limitó a

escuchar. La sesión terminó con un dibujo que Osborn hizo de Henri Kanarack de memoria en una hoja del hotel y que luego entregó a Jean Packard. Los ojos hundidos, la mandíbula cuadrada, la marcada cicatriz por debajo del ojo izquierdo cruzándole el pómulo hacia abajo, profunda, hasta el labio superior, las orejas que se separaban del rostro casi en ángulo recto. El dibujo era rudimentario, parecía hecho por un chico de diez años.

Jean Packard lo dobló por la mitad y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Dentro de dos días le diré algo —dijo. Terminó de beber el vaso de agua, se levantó y salió.

Durante un rato largo, Paul Osborn se quedó mirando hacia donde había desaparecido. No sabía cómo debía sentirse ni qué pensar. Por una mera circunstancia del azar, al escoger sin pensarlo un lugar para beber una taza de café en una ciudad de la que no conocía nada, todo había cambiado. Y el día que él había pensado que jamás llegaría, había llegado. De pronto había surgido la esperanza. No era sólo una retribución sino también una redención de la larga y terrible servidumbre a que lo había condenado aquel asesino. Durante casi tres décadas, desde la adolescencia a la condición de adulto, su vida había sido una tortura solitaria plagada de terrores y pesadillas. Muy a su pesar, el incidente volvía a rondarle la mente una y otra vez, alimentado implacablemente por el sentimiento de culpa que lo roía, como si fuese él el responsable de la muerte de su padre, que de alguna manera podría haber evitado si hubiera sido mejor hijo, más vigilante, si hubiera visto el cuchillo a tiempo para gritarle, o incluso para interponerse en el camino. Pero eso era sólo un aspecto. El resto era aún más oscuro y devastador.

Desde la niñez hasta su vida de adulto, a través de innumerables consejeros, terapeutas, hasta alcanzar una situación aparentemente segura de éxito profesional en que refugiarse, Osborn había luchado sin éxito contra otro demonio, aún más trágico: el terror paralizante y castrador de ser abandonado, iniciado con la drástica demostración de un asesino de cuán rápido podía desaparecer el amor.

Había sido verdad en ese momento y desde entonces seguía siendo verdad. Al principio, por las circunstancias, junto a su madre y su tía. Y, más tarde, en el curso del tiempo, con sus amantes y sus amigos. La culpa de lo que sucedía en su vida adulta era suya. A pesar de que comprendía sus causas, le seguía siendo imposible controlar las emociones. Cuando asomaban el verdadero amor o la verdadera amistad, el terror brutal de que alguien pudiera arrancársela una vez más surgía en él desde la nada y lo envolvía como una marea furiosa. Y de ahí una desconfianza y unos celos contra los que se sentía impotente. Debido a un puro instinto de autoprotección, la alegría, el amor y la confianza que habían existido se borraban de un plumazo.

Pero ahora, después de casi treinta años, había aislado la causa de su enfermedad. Estaba aquí, en París. Y cuando la encontrara, no lo notificaría a la policía, no intentaría la extradición ni seguiría los cauces de la justicia. Una vez que encontrara a aquel hombre, lo enfrentaría, y luego, como una enfermedad, lo eliminaría

rápidamente. La única diferencia era que esta vez la víctima conocería a su asesino.

SIETE

El día siguiente al funeral del padre de Paul Osborn, su madre decidió abandonar la casa y marcharse a vivir con su hermana a una casita de dos plantas en Cape Cod.

A su madre la llamaban Becky. Osborn suponía que era un apócope de Elizabeth, o de Rebecca, pero jamás había preguntado y jamás había oído que la llamaran por otro nombre que Becky. Al casarse con el padre de Paul tenía sólo veinte años y era estudiante de enfermería.

George David Osborn era un tipo apuesto, pero callado e introvertido. Se había trasladado de Chicago a Boston para matricularse en el Massachusetts Institute of Technology y, después de licenciarse, había comenzado a trabajar inmediatamente en Raytheon y luego en Microtab, una pequeña empresa de diseño técnico situada en la Ruta 128, en el centro de la alta tecnología. De su padre, Paul sólo sabía que diseñaba instrumentos quirúrgicos. Era demasiado pequeño para recordar qué tipo de instrumentos eran.

Lo que sí recordaba en la nebulosa que siguió al funeral era la mudanza desde la gran casa en los suburbios de Boston a una casa mucho más pequeña en Cape Cod. Y recordaba que, casi inmediatamente, su madre había comenzado a beber.

Recordaba las noches en que preparaba la cena para ambos, y luego dejaba que su plato se enfriara y se dedicaba a beber una copa tras otra hasta desvanecerse. Paul recordaba el temor que sentía a medida que las copas se le subían a la cabeza y él intentaba hacerla comer, pero ella se negaba. Al contrario, se irritaba.

Al principio eran pequeñas manifestaciones, pero su rabia siempre terminaba por alcanzarle a él. ¡Era culpa suya por no haber hecho nada! ¡Nada! Podía haber intentado salvar a su padre. Y si su padre viviera, decía, aún estarían en la gran casona de Boston, en lugar de tener que compartir aquella diminuta casa en Cape Cod con su hermana.

Y luego la ira se concentraba en el asesino y en la vida que le había legado a ella. Y luego estaban los de la policía, gente incapaz e impotente, hasta que finalmente la ira recaía sobre ella misma, la persona que más despreciaba, por no ser el tipo de madre que debería haber sido, por no estar preparada para lidiar con las secuelas de la tragedia.

A sus cuarenta años, la tía Dorothy era soltera y ocho años mayor que su hermana. Tenía un gran corazón y sufría de exceso de peso. Era una mujer sencilla y agradable que asistía a la iglesia todos los domingos, y era sumamente activa en la comunidad. Al traer a Becky y a Paul a su casa, hizo todo lo posible para que su hermana rehiciera su vida, para que volviera a la iglesia y estudiara enfermería, una carrera de la que un día estaría orgullosa.

—Dorothy no es más que una funcionaria que trabaja en la administración del condado —solía repetir su madre con el tercer Canadian Club con tónica—. ¿Qué

sabe ella de lo terrible que es criar a un hijo sin el padre? ¿Cómo va a entender que la madre de un chico de diez años tiene que estar pendiente de él cada día cuando llega del colegio?

¿Quién le ayudaría con sus deberes? ¿Quién le prepararía la cena? ¿Quién velaría para que no trabara malas amistades? Dorothy no lo entendía. No podía entenderlo. Y seguía insistiendo en lo de la iglesia, en la carrera y en una vida normal. Becky juraba que estaba dispuesta a irse de la casa. El seguro de vida les había dejado suficiente dinero para vivir solos, aunque modestamente, hasta que Paul terminara el instituto.

Lo que Becky no entendía era que Dorothy no hablara de la iglesia, ni de su carrera ni de una nueva vida. Hablaba de su afición a la bebida. Dorothy quería que lo dejara, pero Becky no tenía la menor intención de dejarlo.

Ocho meses y tres días después, Becky Osborn saltó con su coche en el puerto de Barnstable y esperó sentada en él hasta que se hubo hundido. Acababa de cumplir treinta y tres años. El funeral se celebró en la Primera Iglesia Presbiteriana en Yarmouth, el 15 de diciembre de 1966. El día estaba gris y el pronóstico anunciaba nieve. Veintiocho personas, incluyendo a Paul y Dorothy, asistieron a la ceremonia. La mayoría eran amigos de Dorothy.

El 4 de enero de 1967, a los once años, la tía Dorothy se convirtió en la tutora legal de Paul Osborn. El 12 de enero del mismo año, éste ingresó en Hartwick, una escuela privada para chicos en Trenton, Nueva Jersey. Durante los siete años siguientes, Paul viviría allí diez de los doce meses del año.

OCHO

El retrato que el técnico de la policía había dibujado de la cabeza decapitada fue publicado en los periódicos de Londres el martes por la mañana. Se le describía como persona desaparecida, y se rogaba a quien poseyera información que la transmitiera a la Policía Metropolitana de inmediato. Se facilitaba un número de teléfono con la advertencia de que, en caso deseado, se garantizaba el anonimato de quienes llamaran. A la policía sólo le interesaba tener noticias sobre aquel hombre para informar de su paradero a una familia destrozada por el dolor. No se mencionó que el rostro pertenecía a una cabeza cercenada del cuerpo.

Hacia medianoche no se había recibido ni una sola llamada.

En París, un retrato de otro tipo había tenido más suerte. Por el módico soborno de cien francos, Jean Packard logró refrescarle la memoria a uno de los camareros que había arrancado a Paul Osborn del cuello de Henri Kanarack, cuando luchaban en la sala de la cervecería Stella.

El camarero, un tipo pequeño de manos ligeras y afeminadas que coincidían con su manera de ser, había visto a Kanarack un mes antes, cuando trabajaba en otra cervecería, cerrada poco después a causa de un incendio. Al igual que en la cervecería Stella, Kanarack entraba solo y pedía un café. Luego abría el periódico y fumaba un cigarrillo. La hora del día era más o menos la misma, las cinco de la tarde. La cervecería se llamaba Le Bois, en el bulevar Magenta, entre la estación del Este y la plaza de la République. Una línea recta trazada entre Le Bois y la cervecería Stella mostraba la abundancia de estaciones de metro en ese sector. Y dado que el extraño no tenía aspecto de ser un hombre que cogiera taxis, era razonable pensar que había llegado hasta los dos locales en coche o a pie. Tampoco parecía muy probable que alguien aparcara el coche cerca de cualquiera de las dos cervecerías a la hora punta de la tarde, sólo para beber un *espresso* y hojear el periódico durante un rato. La lógica elemental sugería que había llegado a pie.

Tanto Osborn como el camarero habían mencionado el detalle de que el hombre llevaba una barba con la «espesura de las cinco de la tarde». Aquello coincidía con sus costumbres y aspecto de trabajador, y era razonable suponer que el hombre volvía a casa del trabajo, y dado que se había detenido al menos dos veces, daba pie a pensar que tenía la costumbre de hacer una pausa en el camino. A Packard sólo le quedaba dar una vuelta por otros cafés del sector entre las dos cervecerías. Si eso no daba resultados, se abriría en triángulos a partir de cada punto, hasta que encontrara otro café donde alguien reconociera el dibujo de Paul Osborn. En cada ocasión, mostraría su identificación, diría que se trataba de un hombre desaparecido y que la familia lo había contratado para dar con su paradero.

Ya en el cuarto intento, Packard habló con una mujer que reconoció el rudimentario retrato. Trabajaba como cajera en un café de la calle Lucien, cerca del bulevar Magenta. El hombre del dibujo había pasado por allí, un día sí y otro no, durante los últimos tres años.

—¿Sabe usted cómo se llama, señora?

Ante aquella pregunta, la mujer levantó una mirada suspicaz.

—¿Dice que está investigando para la familia y resulta que no sabe su nombre?

—Lo que pasa es que un día adopta un nombre, y al día siguiente otro.

—¿Es un criminal?

—Está enfermo...

—Lo siento, pero no sé su nombre.

—¿Sabe usted dónde trabaja?

—No, pero suele llevar una especie de polvillo fino sobre la chaqueta. Lo recuerdo porque siempre está intentando sacárselo de encima. Como un tic nervioso.

—He descartado las empresas de construcción porque los obreros de la construcción no suelen llevar cazadoras deportivas cuando van al trabajo ni cuando vuelven. Ni, desde luego, cuando trabajan —sentenció Packard. Pasaban algunos minutos de las siete de aquella noche cuando el detective se sentó a conversar con Paul Osborn en un rincón oscuro del bar del hotel. Packard le había prometido que se pondría en contacto con él dos días más tarde. Ahora tenía noticias antes de lo previsto—. Al parecer, nuestro hombre trabaja en un sector donde se deposita un residuo de polvo en su cazadora cuando queda colgada durante las horas de trabajo. Pasando a criba las empresas en un radio de mil quinientos metros a partir de los tres cafés, más de lo que normalmente suele caminar la gente después de la jornada laboral, hemos podido restringir razonablemente su profesión a los cosméticos, los químicos en polvo o los productos de repostería.

Jean Packard hablaba en voz baja. Sus informaciones eran breves y explícitas. Pero Osborn lo escuchaba como en un sueño. Una semana antes estaba en Ginebra, inquieto y preocupado por la ponencia que presentaba al Congreso Mundial de Cirugía. Siete días más tarde, se encontraba a oscuras en un bar, en París, escuchando a un desconocido confirmándole que aquel hombre estaba vivo. Que caminaba por las calles de París. Que vivía, trabajaba y respiraba allí. Que el rostro que él había visto era real. Que la piel que había tocado, la vida que había sentido entre sus dedos, aun cuando intentara sofocarla, era real.

—A esta hora, mañana, le facilitaré un nombre y una dirección —dijo Packard, y dio su informe por terminado.

—Bien —se oyó decir Osborn—. Muy bien.

Jean Packard lo miró un momento antes de levantarse. No le incumbía saber qué haría Osborn con la información cuando la tuviera. Ya había visto esa mirada en otros

hombres. Distante, turbulenta y resuelta. No le cabía la menor duda de que ese Kanarack, cuya suerte estaba librando al americano sentado ahora enfrente de él, tenía sus horas contadas.

De vuelta en su habitación, Osborn se desnudó y se dio la segunda ducha del día. Lo que intentaba era no pensar en el día de mañana. Cuando tuviera el nombre del tipo, cuando supiera quién era y dónde vivía, ya pensaría en lo demás. Cómo interrogarlo y, luego, cómo matarlo. Pensar en ello ahora era demasiado difícil, demasiado doloroso. Le recordaba todo lo que había de oscuro y terrible en su vida. La pérdida, la rabia y la culpa, la ira, el aislamiento y la soledad. Temor al amor, porque pensaba que lo despojarían de él.

Tenía la mitad de la cara cubierta con espuma de afeitar y limpiaba el vapor del espejo cuando sonó el teléfono.

—Sí —dijo en seguida, pensando que llamaba Jean Packard para explicarle algún otro detalle. No era Jean Packard. Era Vera, y le decía que lo esperaba en la recepción. ¿Era posible dejarla subir a su habitación?, preguntaba, ¿o tal vez estaba con alguien? ¿O tenía otros planes? Ella era así. Correcta, atenta, casi ingenua. La primera vez que habían hecho el amor le había pedido permiso para tocarle el pene. Venía, explicó, a decirle adiós.

Sólo tenía una toalla puesta cuando abrió la puerta y la vio en el pasillo, temblando, los ojos humedecidos por las lágrimas. Ella entró y él cerró la puerta, y luego la besó y ella lo besó a él y se abrazaron. Sus ropas quedaron desparramadas por todas partes. Él tenía sus labios sobre sus pechos, y la mano, en la oscuridad, entre sus piernas. Hasta que ella las abrió y él la penetró con alegría y todo se transformó en risas y lágrimas y en un deseo insondable.

Nadie decía adiós de aquella manera. Jamás. Nadie lo había hecho ni lo haría nunca.

Nadie.

NUEVE

Se llamaba Vera Monneray. La había conocido en Ginebra cuando, después de leer su ponencia, ella se acercó a presentarse. Le contó que era licenciada por la Facultad de medicina de la Universidad de Montpellier, y que cursaba su primer año de residente en el hospital St. Anne, en París. Estaba sola y celebraba sus veintiséis años. No supo explicar cómo había sido tan directa, pero él le había llamado la atención desde el momento en que comenzaba su discurso. Había algo en él que la incitaba a conocerlo. A descubrir quién era. A pasar un momento con él. En ese momento, no sospechaba si estaba casado o no. Ni le importaba. Si él le hubiese dicho que estaba casado, que tenía una mujer, o que estaba ocupado, ella le habría estrechado la mano, le habría dicho que su ponencia le había impresionado y se habría despedido. Y no habría sucedido nada.

Pero él no había dicho nada de eso.

Salieron y cruzaron el puente peatonal sobre el Ródano hasta llegar al casco viejo. Vera era una persona brillante y llena de vida. Tenía el pelo largo negro, casi azabache, y se lo recogía hacia un lado y lo sujetaba detrás de la oreja, y aunque hablara con toda la vehemencia del mundo, el pelo permanecía donde estaba sin soltarse. Tenía los ojos casi igual de oscuros, unos ojos jóvenes y ávidos de la larga vida que tenía por delante.

Al cabo de veinte minutos después de haberse conocido, se habían cogido de la mano. Aquella noche cenaron juntos en un pequeño restaurante italiano muy cerca del barrio de las putas. Resultaba curioso pensar que había una calle para las prostitutas en Ginebra. La reputación del país, basada en el chocolate, en los relojes y en su aura de sobriedad como centro de las finanzas internacionales, no acababa de encajar con las faldas ceñidas y abiertas a un lado que llevaban las fulanas en la calle. Pero ahí estaban, habitantes del par de manzanas que les habían destinado. Vera observó cuidadosamente a Osborn al pasar junto a ellas. ¿Se sentía inhibido, molesto? ¿Tal vez consumía en silencio la mercadería o simplemente vivía la vida sin complicaciones? «Todo junto —pensó—. Todo junto».

Y durante la cena, como sucedió en el transcurso de la tarde, pasó algo parecido, una silenciosa y tierna exploración entre un hombre y una mujer que se habían sentido instintivamente atraídos el uno por el otro. Cogerse la mano, intercambiar miradas y, finalmente, buscar en lo profundo de los ojos del otro.

En más de una ocasión, Paul se había excitado. La primera vez, miraban pasteles en un gran almacén. Estaba lleno de gente, y Osborn tenía la certeza de que todas las miradas estaban fijadas en su entrepierna. Cogió un pan grande y lo sostuvo discretamente delante de sí mientras simulaba mirar buscando algo. Vera lo vio y rió. Era como si fuesen amantes hacía mucho tiempo y compartieran una emoción secreta al mostrarlo en público.

Después de la cena, caminaron por la rue des Alpes y miraron la luna que salía sobre el lago Ginebra. A sus espaldas quedaba el Beau Rivage, el hotel de Paul. Él había pensado en la cena, en el paseo, en la noche, en todo lo que debía suceder hasta entonces. Pero ahora que estaba al alcance de la mano, no se sentía tan seguro de sí mismo como había creído. Habían pasado menos de cuatro meses desde su divorcio, apenas tiempo suficiente para recuperar la confianza de un joven médico, soltero y atractivo.

Intentó recordar cómo lo hacía en los viejos tiempos. ¿Le pedía a la mujer que subiera a su habitación? Tenía la mente en blanco y no lograba recordar nada. Pero no era necesario, porque Vera le llevaba una buena ventaja.

—Paul —dijo, cobijando un brazo en el suyo y atrayéndolo hacia sí para protegerse del aire helado que soplabla desde el lago—, lo que nunca se debe olvidar de una mujer es que sólo la llevas a la cama si es ella quien toma la decisión.

—No me digas. —Osborn quería ganar tiempo.

Tal como lo oyes.

Él metió la mano en el bolsillo, sacó una llave y la sostuvo en el aire.

—A la habitación de mi hotel —dijo.

—Tengo que tomar un tren. El TGV de las diez a París —respondió ella, como dando por sentado que él lo sabía.

—No entiendo —dijo Osborn, desconcertado. Ella no le había hablado del tren, ni le había dicho que se iba de Ginebra aquella noche.

—Paul, es viernes. Tengo cosas que hacer en París este fin de semana, y el lunes a mediodía tengo que estar en Calais. Mi abuela cumple ochenta y un años.

—¿Qué tienes que hacer en París este fin de semana que no pueda esperar hasta el próximo?

Vera lo miró sin decir nada.

—¿Entonces? ¿Qué dices?

—¿Qué pasaría si te dijera que tengo un novio?

—¿Qué hacen las bellas médicas residentes con los novios? ¿Salen de la ciudad para enrollarse con otros amantes? ¿Así es el mundo médico en París?

—Yo no me he «enrollado» contigo —dijo Vera, y dio un paso atrás, indignada. Pero de la comisura de los labios se le escapó una leve sonrisa. Él la vio, y ella se dio cuenta de que la había visto.

—¿Hay un aeropuerto en Calais? —preguntó Osborn.

—¿Por qué? —Vera volvió a apartarse.

—La pregunta es fácil —dijo él—. Sí, hay un aeropuerto en Calais. O no, no hay un aeropuerto en Calais.

Los ojos de Vera titilaron a la luz de la luna. Una brisa del lago le sopló sobre el pelo.

—No estoy segura...

—Pero hay un aeropuerto en París.

—Hay dos.

—Entonces el lunes por la mañana puedes volar a París y tomar el tren a Calais.

—Si lo que ella quería era esto, que él se liara, lo estaba consiguiendo.

—¿Qué iba a hacer aquí hasta el lunes por la mañana? —preguntó, y esta vez la sonrisa fue más abierta. Era evidente que quería liarlo.

—Para que un hombre consiga llevar a una mujer a la cama, tiene que ser ella la que tome la decisión —dijo, suavemente, y volvió a mostrar la llave de su habitación. La mirada de Vera se encontró con la suya. Estiró sus dedos y envolvió lentamente la llave con la mano.

DIEZ

Dos días no serían suficientes, pensó Osborn a la mañana siguiente. Vera acababa de salir de la cama y él la vio caminar por el lado y luego entrar al baño. Con los hombros hacia atrás, mostrando sin pudor sus pequeños pechos de alabastro, había cruzado la habitación con el paso de una bestia apenas domesticada, inconsciente de su grandeza. «Deliberadamente —pensó él— no lleva nada encima», ni la camiseta de los Kings de Los Ángeles que le había prestado para dormir y que ella no había usado, ni una de las tantas toallas desparramadas por el suelo en la ducha, rastros de tres episodios sexuales en la ducha. Era la manera que tenía de decirle que, para ella, la noche no había sido una simple travesura de la que estuviera avergonzada.

En algún momento durante las horas del amanecer, entre dos sesiones de amor, habían decidido pasar el resto del día viajando por Suiza en tren. Ginebra, Lausana, Zurich y Lucerna. Osborn habría querido ir a Lugano, en la frontera con Italia, pero iba a faltarles tiempo. «Lugano será el próximo viaje», recordó haber pensado antes de caer en un sueño bien ganado y profundo. Lugano e Italia.

Ahora, mientras la oía entrar en la ducha, tuvo una idea. Era sábado, 1 de octubre. Vera tenía que estar en Calais el lunes, 3 de octubre. Aquel mismo día estaba programado su viaje de Londres a Los Ángeles. ¿Qué pasaría si hoy, en lugar de estar paseando por Suiza, viajaran a Inglaterra? Tendrían esta noche y todo el domingo día y noche en Londres o adonde Vera quisiera ir en Inglaterra. El lunes por la mañana la dejaría en un tren a Dover, y de ahí cogería el ferry o el trasbordador hasta Calais, al otro lado del canal.

La idea de que todo estaba bien pensado le vino súbitamente y, sin pensárselo dos veces se volvió hacia el teléfono. Al empezar a hablar con la recepcionista para llamar a Air Europe, se dio cuenta de que estaba desnudo. Y que, además, tenía una erección, lo cual parecía ocurrirle cada vez que Vera estaba cerca de él. De pronto se sintió como un adolescente durante un fin de semana ilícito. A no ser porque, siendo adolescente, jamás había pasado un fin de semana ilícito. Esas cosas les sucedían a los demás, no a él. Fuerte y guapo como era —y había sido, incluso en aquel entonces— había sido virgen hasta casi los veintidós años, cuando aún era alumno de la Facultad de medicina. Las cosas que los otros chicos hacían él no las había hecho nunca, a pesar de que se jactaba de lo contrario para no parecer tonto. El culpable era, como de costumbre, el temor intenso y descontrolado de que el sexo llevara a la amistad, y la amistad al amor. Y una vez entregado al amor, sólo era cuestión de tiempo encontrar un medio de destruirlo.

Al principio, Vera dijo que no, que Inglaterra era demasiado caro, que todo era demasiado impulsivo. Pero entonces él le había cogido la mano, la atrajo hacia sí y la besó intensamente. Nada, le dijo, era más caro y más impulsivo que la vida misma. Y nada era tan importante para él como pasar con ella todo el tiempo que fuera posible,

y eso podían hacerlo mejor si viajaban a Londres juntos ese mismo día. Hablaba en serio. Vera lo notó en sus ojos cuando se apartó para mirarlo, y lo sintió en su contacto, cuando él sonrió y le acarició suavemente una mejilla.

—Sí —dijo, sonriendo—. Vamos a Inglaterra. Pero después, se acabó, ¿vale? — La sonrisa había desaparecido, y por primera vez desde que la conocía, Osborn vio una expresión de inquietud—. Tienes tu carrera, Paul. Yo tengo la mía y quiero que las cosas sigan así.

—Vale —dijo él, y asintió con una sonrisa. Pero cuando se inclinó para besarla ella se apartó.

—No, primero tienes que decir que estás de acuerdo. Después de Londres no volveremos a vernos.

—¿Tanto significa tu trabajo para ti?

—Lo que he tenido que hacer para terminar mis estudios de medicina... Y lo que aún me queda por hacer. Sí, significa mucho para mí. Y no pediré perdón por decirlo o por ser tan franca.

—Entonces —dijo Osborn—, vale, estoy de acuerdo.

La estancia en Londres no fue lo que ellos hubieran deseado. Vera quería hospedarse en algún lugar discreto, donde no existiera la posibilidad de encontrarse con un antiguo amigo de la facultad. «¿O con algún profesor o novio?», —preguntó Paul, provocador— y tener que rechazar una invitación a tomar té o a cenar. Osborn se registró en el Connaught, uno de los hoteles más selectos, más pequeños, mejor vigilados y más «ingleses» de Londres.

No tendrían para qué haberse molestado. El sábado por la noche fueron al teatro *Ambassadors* y vieron *Liaisons dangereuses*, a lo cual siguió una cena en el Ivy, frente al cine, y luego un paseo, los dos solos cogidos de la mano por el barrio de los grandes teatros, un paseo interrumpido por varias y divertidas copas de champán en los pubs en el camino, hasta terminar en un largo trayecto en taxi de regreso al hotel. En el asiento trasero se propusieron, entre murmullos sensuales y conspiratorios, hacer el amor sin que el chofer se diera cuenta. Y lo lograron. O al menos eso pensaban.

El resto del viaje de treinta y seis horas a Londres lo pasaron en la cama. Y no fue ni por el sexo ni por una decisión voluntaria. Primero Paul, y poco después Vera, cayeron víctimas de una comida en mal estado, tal vez de un violento ataque de gripe. Lo único que esperaban era que se tratara de una de esas gripes que duran sólo veinticuatro horas. Y así fue. El lunes por la mañana fueron en taxi hasta la estación Victoria. A pesar de sentirse débiles y víctimas de los temblores, ambos estaban casi en plena forma.

—Vaya manera de pasar un fin de semana en Londres —dijo él, mientras la cogía del brazo y caminaban juntos hasta su tren.

—En la enfermedad y en la salud —aclaró Vera, y lo miró sonriendo.

Más tarde, Vera se preguntó por qué había dicho eso, ya que sabía que esas palabras tenían un significado. Fue una inflexión de la voz que le salió naturalmente. Había intentado que todo fuera ligero y divertido, pero sabía que sus palabras no tenían ese tono. No estaba segura de lo que quería decir, y tampoco quería pensar en ello. Sólo recordaba que después Paul la había cogido en sus brazos y la había besado. Era un beso que recordaría toda la vida, un beso lleno de fuerza y entusiasmo, y al mismo tiempo rebosante de una energía y confianza en sí mismo que ella no había sentido en ningún hombre.

Recordaba haberlo observado desde la ventana de su compartimiento cuando el tren partió. Sin moverse, en medio de la enorme estación, rodeado de trenes, vías y gente, Osborn miraba, los brazos cruzados sobre el pecho, siguiéndola con unos ojos tristes, desconcertados, haciéndose cada vez más pequeño con cada vuelta del eje, hasta que, al final, salieron de la estación y Vera lo perdió de vista.

Paul Osborn la había dejado a las siete y media de la mañana del lunes, 3 de octubre. Dos horas y media más tarde, estaba en la tienda de «Duty Free» del aeropuerto de Heathrow, dando algunas vueltas antes de abordar el avión que lo llevaría a Los Angeles en doce horas.

Miraba las camisetas y los tazones de café y las pequeñas toallas estampadas con un mapa del metro de Londres cuando de pronto se dio cuenta de que estaba pensando en Vera. Luego anunciaron su vuelo y él caminó entre el tumulto de viajeros hasta la puerta de embarque. A través de la ventana, divisaba el British Airways 747 que en ese momento cargaba combustible y equipaje.

Desvió su atención del avión y miró su reloj. Eran casi las once, y Vera estaría a bordo del transbordador que cruzaba el Canal de la Mancha hacia Calais. Cuando llegara a casa de su abuela, las dos mujeres estarían juntas algo más de una hora y media y luego Vera tendría que correr a coger el tren de las dos a París.

Sonrió al pensar en Vera ayudando a la vieja de ochenta y un años a abrir los regalos de cumpleaños, contando chistes y riendo mientras comían tarta y bebían café.

Se preguntó si, por casualidad, hablaría de él. Y, si hablaba, cómo reaccionaría la vieja. Desfiló ante su mente la sucesión de abrazos de despedida, los adioses y las recriminaciones por una visita tan breve mientras esperaban el taxi que llevara a Vera a la estación. Osborn no tenía idea de dónde vivía la abuela de Vera en Calais, y en realidad ni siquiera conocía su apellido. ¿La abuela materna, o la paterna?

De pronto supo que todo daba igual. Lo que en realidad pensaba era que Vera estaría en el tren de las dos de Calais a París.

En menos de cuarenta minutos, sacaron su equipaje del 747 y Osborn se situó en la fila del vuelo de British Airways a París.

ONCE

Vera miró por la ventanilla del compartimiento de primera clase cuando el tren redujo la marcha y entró en la estación. Había intentado relajarse y leer durante el par de horas de viaje. Pero tenía la cabeza en otro lado, y tuvo que abandonar la lectura. Para empezar, ¿qué la había impulsado a presentarse a Paul Osborn en Ginebra? ¿Y por qué había dormido con él en Ginebra y luego viajado con él a Londres? ¿Tal vez estaba algo agitada y había actuado con un dejo de capricho infantil al sentirse atraída por un hombre guapo? ¿O tal vez había intuido inmediatamente algo más, un alma gemela y rara que en muchos sentidos coincidía con ella en sus nociones sobre la vida tal como era, y de lo que podía ser y a dónde podía conducir si estaban juntos?

De pronto se dio cuenta de que el tren se había detenido. La gente se levantaba, sacaba su equipaje de los maleteros del techo y empezaba a bajar del tren. Había llegado a París. Mañana volvería al trabajo, y Londres y Ginebra y Paul Osborn caerían en el olvido.

Con la maleta en la mano, bajó y caminó por el andén entre la multitud. El aire estaba húmedo y pesado, como si estuviera a punto de llover.

—¡Vera!

Ella levantó la mirada.

—¡Paul! —No cabía en sí de asombro.

—En la enfermedad y en la salud —dijo él sonriendo. Se acercó entre los pasajeros y le cogió la maleta para cargarla.

Osborn había cogido el puente aéreo de Londres, y luego un taxi desde el aeropuerto hasta la estación del Norte, donde estaban ahora. Entretanto, había reservado un billete de París a Los Ángeles. Se quedaría en París cinco días, y durante esos cinco días se dedicarían a estar juntos.

Osborn quería acompañarla a casa, a su piso. Sabía que tenía que ir al trabajo, pero deseaba hacer el amor con ella las horas que quedaban hasta entonces. Y luego, cuando ella terminara su turno y volviera a casa, harían otra vez lo mismo. Estar con ella, hacerle el amor, era lo único que importaba.

—No puedo —dijo ella, directamente, irritada porque había venido. ¿Cómo se atrevía a imponerse sobre ella de esa manera?

No era precisamente la reacción que Osborn esperaba. Los momentos que habían pasado juntos eran demasiado íntimos, demasiado perfectos. Demasiado tiernos. Y eso era algo que nacía de los dos.

—Me prometiste que después de Londres no habría nada más entre nosotros.

—Además de unas horas en el cine y una cena no se podría decir que hubiera gran cosa en Londres, ¿no crees? —sonrió él—. Ahora, si cuentas los vómitos, la fiebre, los escalofríos y todo eso...

Durante un momento, Vera no dijo nada. Luego salió la verdad. Se lo dijo rápida

y directamente. Sí, había otro.

No era prudente revelar su nombre, pero se trataba de alguien importante e influyente en Francia, alguien que jamás debía enterarse de que habían estado juntos en Ginebra o en Londres. Se sentiría profundamente herido, y ella no quería. Lo que Paul y ella habían vivido y compartido esos últimos días, había terminado. Y él lo sabía, porque entre los dos así lo habían acordado. Por doloroso que fuera, ella no podía y no quería volver a verlo.

Llegaron a la escalera mecánica y subieron hasta los taxis. Él le comentó que había un hotel en la avenida Kléber donde se instalaba siempre que venía a París. Se quedaría allí cinco días. Quería volver a verla, aunque sólo fuera para despedirse.

Vera desvió la mirada. Paul Osborn era diferente a todos los hombres que había conocido. Era gentil, cariñoso y comprensivo, incluso en medio de su dolor y su decepción. Pero aunque hubiera querido, Vera no se habría plegado a su deseo. Osborn no pertenecía al momento que ella vivía. No había otra solución.

—Lo siento —dijo, mirándolo a los ojos. Luego subió a un taxi, la puerta se cerró y ella desapareció.

—Así de simple —se dijo Osborn en voz alta.

Una hora más tarde se encontraba sentado en una cervecería de la calle Saint Antoine intentando armar el rompecabezas. Si hubiera seguido su plan original y no hubiese cogido el vuelo a París, faltarían sólo un par de horas para que su avión aterrizara en Los Ángeles. Cogería un taxi en dirección a su casa que se orientaba al Pacífico, sacaría a su perro Chesapeake de la perrera y luego iría a ver si los ciervos habían saltado por encima de la verja para comerse las rosas. Al día siguiente, volvería al trabajo. Ése habría sido el curso natural de las cosas si él se hubiera decidido. Pero no había sido así.

Sólo importaba Vera, quién era y lo que despertaba en él. Lo demás no tenía ninguna trascendencia. Ni el presente, ni el pasado ni el futuro. Al menos eso era lo que pensaba cuando de pronto levantó la mirada y descubrió al hombre de la cicatriz.

DOCE

Miércoles, 5 de octubre

Pasaban unos minutos de las diez de la mañana cuando Henri Kanarack entró en un pequeño colmado a media manzana de la panadería. El incidente con el americano seguía inquietándolo, pero no había sucedido nada en dos días y, al igual que su mujer y que Agnès Demblon, Kanarack empezaba a pensar que el tipo se había equivocado de persona o que simplemente se trataba de un loco. Estaba inclinado recogiendo varias botellas de agua mineral para llevar al trabajo, cuando el dueño del colmado, un tipo obeso y casi ciego, lo cogió súbitamente por el brazo y lo llevó a la trastienda.

—¿Qué pasa? —preguntó Kanarack, indignado—. Llevo los pagos al día.

—No es nada de eso —dijo Fodor, escrutando tras sus gruesas gafas para asegurarse de que no había clientes esperando ante la caja registradora. Fodor no era sólo el propietario sino también el dependiente, cajero, chico de los recados y vigilante.

—A primera hora ha venido un hombre. Un detective privado con un dibujo muy raro de usted.

—¿Qué? —A Kanarack se le saltó el corazón por la boca.

—Lo andaba enseñando. Y le preguntaba a la gente si lo conocían.

—¡Usted no le dijo nada!

—Desde luego que no. Ya notaba que se traía algo entre manos. ¿Qué es, un inspector de Hacienda?

—No lo sé —dijo Kanarack, y apartó la mirada. Un detective privado, y ya había llegado tan lejos. ¿Cómo? Volvió a mirar a Fodor—. ¿De qué empresa venía? ¿Le preguntó el nombre?

Fodor asintió y abrió el único cajón del mueble que servía de mesa de trabajo. Sacó una tarjeta y se la entregó.

—Dijo que lo llamáramos si lo veíamos.

—¿Si lo veíamos? ¿Qué quiere decir, veíamos?

—Yo y la gente que había en el local. Les preguntó a todos. Suerte que todos eran desconocidos y nadie sabía quién era usted. Ahora, no sé adónde habrá ido después ni si habló con alguien más. Si fuera usted, tendría cuidado al volver al trabajo.

Henri Kanarack no volvería al trabajo. Al menos ese día, y tal vez nunca más. Miró la tarjeta en la mano y llamó por teléfono a la panadería. Pidió hablar con Agnès.

—El americano me ha hecho seguir por un detective privado —dijo—. Si aparece por ahí, asegúrate de que hable contigo. Y que nadie diga nada. Se llama... —

Kanarack volvió a mirar la tarjeta— Jean Packard. Trabaja para una empresa, Kolb International. —De pronto se enfureció—. ¿Qué quieres decir, que qué le dirás? Dile que ya no trabajo ahí, desde hace tiempo. Si quiere saber dónde vivo, no lo sabes. Me enviaste algunos papeles cuando me fui y te los devolvieron sin nueva dirección. — Con esas instrucciones, y diciendo que volvería a llamar, Kanarack colgó.

Menos de una hora más tarde, Jean Packard entró en la panadería y echó un vistazo. Sus conversaciones con otros dos tenderos y con un chico que había visto el dibujo por casualidad lo habían conducido hasta allí. Una pequeña tienda de la panadería daba a la calle. Más allá, vio una oficina, y una puerta cerrada tras la cual, supuso, estaría la tahona.

Una mujer de edad pagó dos barras de pan y se volvió para salir. Packard sonrió y le abrió la puerta.

—*Merci beaucoup* —dijo ella al pasar.

Jean Packard la saludó con la cabeza y se volvió hacia la joven que había detrás del mostrador. Aquí trabajaba su hombre. No le mostraría el dibujo a nadie, porque no quería dar a entender que lo andaban buscando. Quería conseguir una lista con los nombres de los empleados. Aquella era a todas luces una pequeña empresa, y probablemente no tenía más de diez o quince empleados en nómina. Todos estarían registrados en la Oficina Central de Impuestos. Una búsqueda por ordenador haría coincidir nombres con direcciones. No sería difícil sondear a diez o quince personas. Conseguiría el nombre que buscaba por simple eliminación. La chica de la caja registradora vestía una falda corta y ceñida y tacones altos. Sus largas y bien torneadas piernas estaban revestidas por unas medias de malla. Tenía el pelo recogido en un nudo en la parte superior de la cabeza, grandes pendientes redondos y su arreglo habría maquillado a tres mujeres. Era el tipo medio chica medio mujer que se pasa la mayor parte del día esperando que llegue la noche. Un empleo detrás del mostrador en una panadería no le parecería una actividad apasionante, pero le ayudaría a pagar las cuentas hasta encontrar una solución más adecuada.

—*Bonjour* —dijo Jean Packard y sonrió.

—*Bonjour* —contestó ella, y le devolvió la sonrisa. Al parecer, el coqueteo en ella era algo natural.

Diez minutos más tarde, Jean Packard salió con media docena de cruasanes y una lista de la gente que trabajaba en el negocio. Le había dicho a la chica que pensaba abrir una discoteca en el barrio y que quería asegurarse de que los comerciantes y sus empleados recibieran invitaciones para la inauguración. A eso se le llamaba hacer buenas relaciones públicas.

TRECE

McVey tiritó de frío y vació agua hirviendo en un tazón de cerámica adornado con una bandera inglesa. Fuera caía una lluvia fría y del Támesis se desprendía una leve bruma. Las barcazas se desplazaban en ambos sentidos y el tráfico de coches fluía, denso, en la avenida que bordeaba el río.

Miró alrededor y encontró una pequeña cuchara de plástico sobre una servilleta de papel usada. Añadió al agua caliente dos cucharadas de descafeinado Taster's Choice y una cucharada de azúcar. Había comprado el descafeinado en un pequeño colmado en la esquina del cuartel de Scotland Yard. Se calentó las manos con el tazón, bebió un sorbo y volvió a mirar la carpeta abierta en la mesa. Era una lista de INTERPOL sobre los asesinos múltiples conocidos o sospechosos en Europa continental, Gran Bretaña e Irlanda del Norte. En total, había unos doscientos. Algunos habían purgado penas por delitos menores y los habían soltado, y otros estaban en la cárcel. Un puñado de individuos aún andaba suelto. Verificarían cada uno de los nombres en la lista. El encargado no sería McVey sino los agentes de Homicidios en los respectivos países. Le enviarían los informes por fax en cuanto los hubieran elaborado.

Con un gesto brusco, McVey dejó la lista a un lado, se levantó y cruzó la sala, con la mano izquierda como recogida en un puño abierto, restallando sin darse cuenta el dedo meñique contra el pulgar. Se sentía turbado por lo mismo que lo había turbado desde el comienzo, un sexto sentido de que quienquiera que fuese el que cortaba quirúrgicamente esas cabezas no tenía una ficha criminal. McVey dejó de pensar. ¿Por qué tenía que ser un hombre? ¿Por qué no podía ser igualmente una mujer? Las mujeres tenían actualmente igual acceso a las carreras de medicina que los hombres. En algunos casos, tal vez más. Y con la popular moda de conservar la línea, muchas mujeres estaban en excelentes condiciones físicas.

La primera corazonada de McVey era que se trataba de una sola persona. Si acertaba, el espectro de sospechosos disminuía de —posiblemente— ocho a uno sólo. Sin embargo, su segundo corolario, o corolarios, a saber, que el asesino tenía cierto grado de formación como médico y acceso a instrumentos quirúrgicos, que podía ser de uno u otro sexo, y que quizá no tenía ningún tipo de ficha criminal, elevaba las posibilidades al garete.

No tenía estadísticas a mano, pero si contaban todos los médicos, enfermeras, curanderos, alumnos de facultades de medicina, exalumnos, forenses, técnicos médicos y profesores de universidad con algún grado de práctica médica, sin contar el personal médico, hombres y mujeres del ejército, sólo considerando Gran Bretaña y Europa continental, las cifras debían de ser asombrosas. Aquello no era ningún pajar donde meter la aguja. Se parecía más a un mar de arena volando en el viento, e INTERPOL no disponía de una cuadrilla de hombres que pudiera separar el grano de

la paja hasta descubrir al asesino.

Había que reducir las posibilidades, y le correspondía a McVey hacerlo antes de hablar con nadie. Para eso, necesitaba más información de la que disponía. Pensó al principio que tal vez en algún punto podía haber pasado por alto algún vínculo entre el primer crimen y el último. En ese caso, la única manera de saberlo era comenzar desde el principio con los datos más claros en la mano: los informes de autopsia de la cabeza y los siete cuerpos decapitados.

Se disponía a llamar para pedirlos cuando sonó el teléfono.

—McVey —dijo al levantarlo.

—Sí, ¡McVey! ¡Lebrun, a su servicio!

Era el Inspector teniente Lebrun de la Comisaría Central de la Prefectura de París, el diminuto inspector que no dejaba de fumar y que lo había saludado con abrazo y beso la primera vez que, con sus zapatones talla cuarenta y cuatro, había pisado suelo francés.

—No entiendo qué significa, si es que significa algo —le advirtió, en inglés—, pero al revisar los informes diarios de mis agentes, he topado con una denuncia de agresión. Fue violento y bastante sonado, pero igual fue agresión simple, porque no se empleó arma alguna.

En fin, eso no es relevante. Lo que me llamó la atención es que el acusado es un cirujano ortopedista, un americano, que curiosamente estaba en Londres el día que su hombre del callejón perdió la cabeza. Sé que estuvo en Inglaterra porque tengo su pasaporte en mis manos. Llegó a Gatwick a las tres y veinticinco el sábado por la tarde, día 29. A su hombre lo mataron, al parecer, la tarde del día 30 o por la mañana el día 1. ¿No es así?

—Así es —dijo McVey—. ¿Pero cómo sabemos que se quedó en Inglaterra los dos días siguientes? —inquirió. Yo no recuerdo que la policía me sellara el pasaporte cuando llegué a París. Este tipo podría haber salido de Inglaterra y haber vuelto a Francia el mismo día.

—McVey, ¿usted cree que molestaría a un policía tan importante como usted sin haber averiguado nada más?

McVey encajó el estoque y lo devolvió.

—No lo sé —dijo—. Me lo estoy preguntando.

—McVey, intento ayudarle. ¿Quiere hablar seriamente o tengo que colgarle?

—Oiga, Lebrun, no cuelgue. Necesito toda la ayuda que me puedan dar —dijo McVey, y respiró profundo—. Lo siento. —Al otro extremo de la línea, oyó a Lebrun pedir una carpeta.

—Se llama Paul Osborn, y es médico —dijo Lebrun, al cabo de un momento—. La dirección que ha declarado es Pacific Palisades, en California. ¿Sabe usted dónde está eso?

—Sí. Yo no me lo podría pagar. ¿Qué más hay?

—Con el informe de la detención hay una lista de pertenencias personales que el

sujeto llevaba encima cuando lo encerraron. Hay una factura pagada con tarjeta de crédito en el hotel Connaught, en el distrito de Mayfair, y data del día 1 de octubre, la mañana en que se marchó. Y luego hay...

—Un momento —dijo McVey, y se inclinó sobre un montón de carpetas sobre la mesa y sacó una—. Lo escucho...

—Una tarjeta de embarque para el vuelo del puente aéreo Londres-París, con fecha del mismo día.

Mientras Lebrun hablaba, McVey revisaba varias páginas de ordenador verificando los destinos que la policía de París había recogido de las empresas de radiotaxi y que abarcaban las cuarenta y ocho horas que habían precedido al hallazgo de la cabeza. Los trayectos, donde se indicaba el nombre y el número de licencia del chofer, registraban los destinos hacia y desde el barrio del Teatro, cuándo y dónde se había recogido a los pasajeros, cuándo y dónde se los había dejado.

—Eso no lo convierte en un criminal —dijo McVey, y dio vuelta a una página y luego a otra, hasta encontrar un listado de las carreras al hotel Connaught. Recorrió las líneas con el índice, buscando algo específico.

—No, pero fue evasivo. No quiso hablar de lo que había hecho en Londres. Dijo que estaba enfermo y que se había quedado en la habitación.

McVey se escuchó a sí mismo gruñir. Cuando se trataba de asesinatos, nada era fácil.

—¿De cuándo a cuándo? —preguntó con todo el entusiasmo de que podía hacer gala, y colocó los pies sobre la mesa.

—Desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, y luego se fue.

—¿Alguien lo vio en el hotel? —dijo McVey y lanzó una mirada a sus zapatos, pensando que le iría bien ponerse tapas.

—No es que tuviera muchas ganas de hablar de ello.

—¿Lo ha presionado usted?

—En ese momento no había necesidad de hacerlo. Además, empezó a pedir asistencia legal —dijo Lebrun, y calló. McVey lo oyó encender un cigarrillo y aspirar una calada—. ¿Quiere que lo busquemos para volver a interrogarlo? —preguntó, para terminar.

De pronto McVey encontró lo que estaba buscando. Sábado, 1 de octubre, 23.11. Dos pasajeros recogidos en Leicester Square. Término del trayecto: hotel Connaught, 23.33. El conductor se llamaba Mike Fisher. McVey sabía de sobra que Leicester Square se encontraba en el corazón del barrio del Teatro, y a menos de dos manzanas de donde se había encontrado la cabeza.

—¿Quiere decir que lo han dejado ir? —preguntó McVey, y sacó los pies de la mesa. ¿Acaso era posible que Lebrun hubiera dado accidentalmente con el destripacabezas y lo hubiera dejado ir?

—McVey, intento ser amable con usted. Así que no me hable en ese tono. No teníamos ninguna justificación para retenerlo, y hasta ahora la víctima no ha venido a

presentar denuncia. Pero tenemos su pasaporte y sabemos dónde se hospeda en París. Estará aquí hasta el fin de semana y luego volverá a Los Ángeles.

Lebrun sabía cumplir con su trabajo. Seguro que no le gustaba cubrir aquel puesto de enlace entre la Prefectura de Policía de París e Interpol, ni trabajar para el capitán Cadoux, el frío y eficiente responsable de la misión. Tampoco le debía de apasionar tener que tratar con un poli de Hollywood, Los Ángeles, o hablar en inglés. Pero era el tipo de cosas que un funcionario debía hacer, y McVey lo sabía de sobras.

—Lebrun —dijo McVey pausadamente—. Mándeme por fax las fotos y luego espere. Por favor...

Una hora y diez minutos más tarde, la Policía Metropolitana de Londres había dado con Mike Fisher y el confundido taxista comparecía ante McVey. Éste le pidió que confirmara si había recogido un pasaje desde Leicester Square el sábado por la noche y lo había dejado en el hotel Connaught.

—Así es, señor. Un hombre y una mujer. Estaban muy enamorados además, se lo digo yo, porque no sé lo que estaban haciendo en el asiento de atrás. En realidad, claro que lo sabía —dijo Fisher, y sonrió.

—¿Es éste el hombre? —preguntó McVey, y le enseñó las fotos del fichaje de Osborn en Francia.

—Así es, señor. Es él, no cabe duda.

Tres minutos más tarde, sonó el teléfono de la oficina de Lebrun.

—¿Quiere que vayamos a por él? —preguntó Lebrun.

—No, no haga nada —dijo McVey—. Iré yo.

CATORCE

Cuando el avión Fokker en que viajaba aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle tres horas más tarde, McVey sabía dónde vivía Paul Osborn, dónde trabajaba, las licencias profesionales que llevaba consigo y su ficha en el Departamento de Tráfico. Y sabía que se había divorciado dos veces en el estado de California. También sabía que la policía de Beverly Hills lo había «retenido» y luego soltado por atacar al empleado de un aparcamiento que había destrozado la defensa derecha de su BMW nuevo en el estacionamiento de un restaurante. Era evidente que Paul Osborn tenía carácter. Era igualmente evidente para McVey que el hombre o mujer que buscaba no se había dedicado a cortar cabezas por una cuestión pasional. De todos modos, una cabeza caliente no significaba pasión las veinticuatro horas del día. Había lapsos de tiempo adecuados entre la ira con que se podía matar a un hombre, luego separarle la cabeza y dejar los restos en un callejón, al lado de un camino, flotando en el mar o bien abrigado bajo las mantas en un frío apartamento de una sola habitación. Y Paul Osborn era un cirujano entrenado, absolutamente capaz de separar una cabeza de su cuerpo.

El lado más oscuro de la situación era que, según los sellos de entrada en su pasaporte, Paul Osborn no había estado ni en Inglaterra ni en el continente cuando se habían cometido los demás asesinatos. Eso implicaba diferentes posibilidades: que era inocente; que no era quien decía ser y tal vez tenía más de un pasaporte; incluso que tal vez había sido el culpable en el caso de la cabeza en el callejón, pero no de los otros casos, lo cual, de ser cierto, significaba que McVey se equivocaba con su teoría del asesino solitario.

Así, en ese punto, era apenas algo más que un sospechoso circunstancial relacionado con el último crimen sólo debido a la coincidencia de tiempo, lugar y profesión.

De todos modos, era más que lo que tenían. Porque, hasta ese momento, no tenían nada.

Durante un momento, a Paul Osborn se le perdió la mirada. Y luego volvió a fijarse de inmediato en Jean Packard. Estaban sentados en la sala de la terraza en La Coupole, un animado lugar de reunión en el bulevar de Montparnasse, en la Rive Gauche. Hemingway solía beber allí, al igual que muchos otros escritores. Pasó un camarero y Osborn pidió dos vasos de Bordeaux blanco. Jean Packard negó con la cabeza y llamó al camarero. Jean Packard no bebía jamás alcohol. Pidió un zumo de tomate.

Osborn vio alejarse al camarero, volvió a mirar la servilleta de papel en que Jean Packard había escrito algo y que luego le había entregado. Había un nombre y una

dirección: Sr. Henri Kanarack, 175, avenida Verdier, piso número 6, Montrouge.

El camarero les trajo la bebida y se alejó. Una vez más, Osborn miró la servilleta de papel. La dobló con cuidado y se la metió en el bolsillo de la americana.

—¿Está seguro? —preguntó, observando al francés.

—Sí —dijo Jean Packard. Se echó hacia atrás y se cruzó de piernas, y le devolvió la mirada a Paul Osborn. Packard era un tipo duro, minucioso y con mucha experiencia, y Osborn se preguntó qué diría si dudaba de su palabra. Él no era más que un médico, y su primer intento para matar a Kanarack, aun considerando el impulso del momento y la ira desbocada, había fallado. Jean Packard era un profesional. Eso había dicho cuando se habían conocido. ¿Acaso un asesino profesional, como un mercenario contra un enemigo político o militar en un país del Tercer Mundo, era diferente de un asesino a sueldo en una gran ciudad cosmopolita? Tal vez el ambiente era diferente, pero dudaba de lo demás. El acto era el mismo, desde luego. Los honorarios también. Matabas y luego cobrabas. No existía ningún tipo de diferencias.

—Me pregunto... —dijo Osborn, prudente—, si alguna vez trabaja por cuenta propia.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, si no trabaja como *free lance*, o sea, si acepta tareas fuera de la agencia.

—Depende del tipo de tarea.

—¿Pero lo consideraría?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Es que entonces ya sabe de qué se trata... —dijo Osborn, y sintió el sudor en las palmas de las manos. Con un gesto delicado dejó su copa en la mesa y recogió la servilleta para frotársela entre las manos.

—Creo, doctor Osborn, que he hecho entrega de lo que había prometido. La factura la enviará la empresa. Ha sido un placer conocerlo y le deseo toda la suerte del mundo —dijo Jean Packard. Dejó un billete de veinte francos sobre la mesa y se levantó—. *Au revoir* —dijo, y pasando junto a un joven en la mesa de al lado, salió.

Paul Osborn lo vio salir, y luego pasar frente a los anchos ventanales que daban a la acera, hasta desaparecer entre el gentío del atardecer. Se mesó el pelo con gesto inconsciente. Acababa de pedirle a un hombre que matara a otro, y le había dicho que no. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho? Por un momento deseó no haber venido jamás a París, no haber visto jamás al hombre que ahora conocía como Henri Kanarack.

Cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa, borrarlo todo de un plumazo. En su lugar, vio la tumba de su padre junto a la de su madre. Y dentro de esa imagen se vio a sí mismo de pie ante la ventana de la oficina del director en Hartwick, viendo a su tía Dorothy, con su viejo abrigo de mapache, subirse a un taxi y alejarse en medio de una densa tormenta de nieve. La horrorosa soledad era insufrible. Aún lo era. El dolor

profundo era tan intenso ahora como lo había sido entonces.

Salió de su ensimismamiento y levantó la mirada. A su alrededor la gente reía y bebía, gozando de las horas después del trabajo o antes de la cena. Frente a él, una mujer elegante con un traje marrón, formal, tenía la mano puesta sobre la rodilla de un hombre y lo miraba a los ojos mientras le hablaba. Un clamor de risas proveniente de otra mesa le hizo volver la cabeza. Alguien llamó con los nudillos en el ventanal que tenía enfrente. Osborn miró y vio a una muchacha en la acera que observaba a través del vidrio, sonriendo. Por un momento, Osborn creyó que lo miraba a él, y luego un muchacho en la mesa de al lado se levantó de un salto, la saludó y corrió a reunirse con ella.

Cuando tenía diez años, un hombre le había arrancado y apuñalado el corazón. Ahora sabía quién era ese hombre y dónde vivía. No se echaría atrás. Ni ahora ni nunca.

Lo haría por su padre, por su madre, por él mismo.

QUINCE

Succinilcolina: relajante muscular depolarizante de acción rápida. Se inhibe la transmisión neuromuscular siempre y cuando se mantenga una concentración adecuada de succinilcolina en los receptores. Una inyección intramuscular puede inducir una parálisis cuya duración fluctuará entre setenta y cinco segundos y tres minutos. La relajación total se alcanza en el curso del primer minuto.

La succinilcolina, una especie de curare sintético, no tiene ningún efecto en el estado consciente ni en el umbral de dolor. Funciona como un simple relajante muscular, comenzando por los músculos elevadores de los párpados, de la mandíbula, de las extremidades, del abdomen, del diafragma y otros músculos del cuerpo, hasta los músculos de los pulmones.

Se emplea en operaciones para relajar los músculos, lo cual permite administrar dosis leves de anestésicos más delicados.

Un gota a gota compuesto de succinilcolina mantiene constante el nivel de anestesia a lo largo de una operación. Una sola inyección de 0,3 a 1,1 miligramos (la dosis varía según el individuo) produce el mismo efecto y tiene una duración de entre cuatro a seis minutos. Inmediatamente después, la droga se descompone en el organismo sin causar ningún daño ni producir manifestaciones patológicas porque los ingredientes de la succinilcolina —el ácido succínico y la colina— están normalmente presentes en el organismo.

Así, una dosis cuidadosamente medida de succinilcolina administrada por inyección causaría una parálisis temporal, lo necesario, por ejemplo, para que un sujeto se ahogue y luego el producto se disuelva en el organismo sin ser detectado.

En ese caso, un médico forense, a menos que analizara todo el cuerpo del fallecido con lupa, esperando encontrar un diminuto orificio provocado por una jeringa, no tendría otra posibilidad que declarar ahogo por inmersión accidental.

Desde el comienzo, en su primer año de residencia, al ver cómo se usaba la droga y observar los efectos en la mesa de operaciones, Osborn había jugado con su fantasía sobre lo que haría si algún día llegaba el momento y el asesino, por obra de algún milagro, se materializaba ante sus ojos. Había experimentado con ratones de laboratorio, y luego en sí mismo. Cuando se instaló en su despacho particular, conocía la dosis exacta de succinilcolina que debía inyectarle a un hombre para inmovilizarlo durante seis o siete minutos. Y, sin control sobre los músculos del esqueleto o respiratorios, seis o siete minutos en un agua lo bastante profunda eran más que suficientes para que ese mismo hombre se ahogara.

El ataque contra Henri Kanarack había sido iluso, y lo había perpetrado llevado por la pura emoción, por el golpe del reconocimiento exacerbado por años de ira

contenida. Al hacerlo, se había expuesto ante Kanarack y ante la policía. Pero ahora eso se había atajado. Sólo debía tener cuidado de que las emociones no volvieran a aflorar, como había ocurrido poco antes cuando le había hecho aquella propuesta a Jean Packard. No entendía por qué lo había hecho, excepto, tal vez, por miedo. El asesinato no era algo fácil, pero esta vez no se trataba de un asesinato, se dijo a sí mismo, sino de lo que habría sucedido si un jurado hubiera condenado a Kanarack a la cámara de gas. Que es lo que seguramente habría hecho si las cosas hubieran sucedido de otra manera. Pero no había sido así, y reconociéndolo tal como Osborn lo había hecho, con calma y seguridad, pensó en lo íntimo que se había vuelto ese asunto entre él y Henri Kanarack, y que ahora la responsabilidad no podía ser más que suya.

Sabía cómo encontrar a Kanarack. Y aunque éste sospechara que aún lo perseguían, no podría saber cómo lo encontrarían. Se trataba de sorprenderlo, llevarlo a un callejón o algún rincón apartado, inyectarle la succinilcolina y meterlo en un coche que lo estaría esperando.

Kanarack se resistiría, desde luego, y Osborn tendría que tenerlo en cuenta. La inyección era la clave. Una vez que se la pusiera, tendría que permanecer alerta durante sesenta segundos y Kanarack se relajaría. No más de tres minutos después, se paralizaría y estaría físicamente indefenso.

Si actuaba de noche y lo planeaba correctamente, Osborn podía usar esos primeros minutos para meter a Kanarack en el coche y conducir desde el punto del secuestro a un lugar apartado, a un lago, o mejor, a un río caudaloso.

Sacaría a Kanarack del coche, impedido pero vivo, y no tenía más que hundirlo en la corriente. Si tenía tiempo suficiente, incluso le haría tragar un poco de whisky. Así, cuando eventualmente sacaran el cuerpo del agua, tanto la policía como el forense pensarían que su víctima había bebido, que por algún motivo había caído al agua y se había ahogado.

Y para entonces, el doctor Osborn ya estaría en su casa de Los Ángeles, o volando en esa dirección. Y si la policía lograba atar los cabos sueltos y llegaba a interrogarlo por ello, ¿que podrían avanzar como hipótesis? ¿Que era algo más que una coincidencia que el hombre que había atacado él en la cervecería de París era el mismo que se había ahogado unos días más tarde?

Parecía difícil.

Osborn no sabía cuánto había caminado —desde el bulevar de Montparnasse hasta la torre Eiffel y al otro lado del Sena en el Pont d'Iena, más allá del palacio de Chaillot y hasta su hotel en la avenida Kléber. Tampoco sabía qué hora era y cuánto tiempo había pasado ante la barra de caoba del bar de la primera planta de su hotel, con la mirada perdida en la copa de coñac que tenía ante sí. Miró el reloj y vio que pasaban unos minutos de las once. De pronto, se sintió agotado. No podía recordar la última

vez que se había sentido tan cansado. Se levantó, firmó el recibo del bar y cuando se disponía a salir, recordó que no le había dado propina al camarero de la barra. Volvió y dejó un billete de veinte francos en la barra.

—*Merci beaucoup* —dijo el camarero.

—*Bonsoir* —dijo Osborn, y asintió con un gesto de la cabeza, sonrió levemente y salió.

El camarero vio a un cliente alzar el dedo y caminó hacia su mesa. El hombre había estado tranquilamente sentado, medio absorto en su copa a medio vaciar, la tercera que bebía en la hora y media que llevaba allí. Era un hombre gris de pelo cano, banal y solitario, el tipo de gente que se sienta en los bares de los hoteles en todo el mundo sin ser apercebido, esperando encontrar ese poco de acción que casi nunca se produce.

—*Oui, monsieur.*

—Póngame otra —dijo McVey.

DIECISEIS

—¡Tú dime por qué! —Henri Kanarack estaba borracho. Pero no era el tipo de borrachera que le destroza a un hombre la cabeza y le turba la lengua y no lo deja ni pensar ni hablar coherentemente. Estaba borracho porque tenía que estarlo. Así iba la cosa.

Faltaba media hora para la medianoche, y Kanarack se sentaba y paseaba alternativamente por el pequeño piso de Agnès Demblon en la Porte D'Orléans, diez minutos en coche de su propio piso en Montrouge. A primera hora de la tarde había llamado a Michèle y le había dicho que el señor Lebec, el dueño de la fábrica, le había pedido que lo acompañara a Rouen a ver un local donde pensaba abrir una segunda panadería.

Estaría ausente un día, tal vez dos. Michèle estaba entusiasmada. ¿Quería decir eso que iban a ascender a Henri? ¿Que si el señor Lebec abría una panadería en Rouen, designaría a Henri para administrarla? ¿Tendrían que trasladarse? Sería fantástico criar a su hijo lejos de la locura de París.

—No lo sé —dijo él, malhumorado. Le habían pedido que fuera, y no sabía nada más. Y acto seguido, colgó. Ahora miraba a Agnès Demblon, esperando que ella dijera algo.

—¿Qué quieres que te diga? —reclamó ella—. ¿Que sí, que el americano te reconoció y contrató a un detective privado para que te buscara? Y que luego entró en la tienda y esa chica estúpida le dio los nombres de los empleados, por lo que podemos suponer que te ha encontrado, o que te encontrará pronto. Y suponer que, sin duda, se lo ha contado al americano. Vale, supongamos que ha sucedido eso. ¿Qué vas a hacer ahora?

A Henri Kanarack le brillaron los ojos. Negó con la cabeza y cruzó la sala para servirse otra copa de vino.

—Lo que no entiendo es cómo el americano pudo reconocirme. Debe de ser doce años menor que yo, tal vez más. Hace veinticinco años que salí de Estados Unidos. Quince años en Canadá, diez años aquí.

—Henri, tal vez sea un error. Puede que te confunda con otra persona.

—No hay ningún error.

—¿Cómo lo sabes?

Kanarack bebió un trago y miró al vacío.

—Henri, eres un ciudadano francés. No has hecho nada aquí. Por primera vez en tu vida, la ley está de tu lado.

—La ley no significa nada si me han encontrado. Si son ellos, estoy muerto, ya lo sabes.

—No es posible. Albert Merriman ha muerto. Y tú no. ¿Cómo es posible que alguien haya establecido la relación, después de tantos años? Sobre todo un hombre

que no tenía más de diez o doce años cuando te fuiste de Estados Unidos.

—Entonces, ¿por qué diablos me persigue, eh? —le espetó Kanarack con una mirada cortante. Era difícil saber si tenía miedo o rabia. O ambas cosas a la vez—. Tienen fotos de aquel entonces. La policía las tiene, y ellos las tienen. Y no he cambiado tanto. Cualquiera de los dos podría haber enviado a ese tipo a buscarme.

—Henri —dijo Agnès con voz pausada. Necesitaba pensar, razonar, y no lo estaba haciendo—. ¿Por qué iban a buscar a un hombre muerto? O, incluso si así fuera, ¿por qué lo iban a buscar aquí? ¿Crees que envían a este tipo a todas las ciudades del mundo, esperando que te encuentre en la calle por casualidad? —preguntó, y sonrió—. Te estás ahogando en un vaso de agua. Ven, siéntate a mi lado —dijo, sonriendo amablemente y dando golpecitos en el sofá a su lado.

La manera en que Agnès lo miró y el tono de su voz le recordó otros tiempos, cuando ella era más atractiva que ahora. Recordó la época en que había comenzado a descuidar su aspecto deliberadamente por esa misma razón, para que ya no la deseara. Recordó los días en que ella lo rechazaba en la cama, hasta que al cabo de un tiempo ya no la deseó más. Era indispensable que Henri pudiera integrarse completamente, absorber la cultura francesa y convertirse en un ciudadano francés. Para eso, tenía que tener una mujer francesa. Con ese fin, Agnès Demblon no formaría más parte de su vida. Había vuelto a inmiscuirse sólo cuando Henri no encontraba empleo y ella pudo convencer a Lebec de que necesitaban un obrero más en la fábrica. Después de ese episodio, sus relaciones habían sido platónicas, como lo eran ahora, al menos desde su punto de vista.

Para Agnès era diferente, no había día en que el corazón no se le partiera al verlo. No había ni un momento en que no quisiera darle cobijo en sus brazos y en su cama. Desde el principio, lo había hecho todo ella. Le había ayudado a falsear su propia muerte, había actuado como su mujer al cruzar la frontera con Canadá y le había conseguido el pasaporte falso, hasta convencerlo finalmente de que dejara Montreal y se estableciera en Francia, donde ella tenía parientes y él podría desaparecer para siempre. Ella lo había hecho todo, hasta el punto de entregárselo a otra mujer, y su única razón era el amor inmenso que sentía por él.

—Agnès, escúchame. —Kanarack no fue a sentarse a su lado. Se quedó en medio de la habitación, mirándola fijamente. Había dejado la copa a un lado, y en la habitación reinaba un silencio absoluto. No había ruido de coches fuera, ni se escuchaba a la pareja de abajo riendo. Durante un momento, Agnès pensó que aquella noche habrían renunciado a sus riñas habituales y habrían ido al cine. O que ya dormían.

De pronto se percató del aspecto de sus uñas, largas y estriadas. Debería habérselas cortado hacía días.

—Agnès —insistió Henri. Esta vez su tono era apenas un murmullo—. Si hay algo que no sabemos, tenemos que descubrirlo. ¿Me entiendes? —preguntó.

Ella siguió mirándose las uñas un rato largo. Al final, levantó la cabeza. Habían

desaparecido del rostro de Henri el miedo, la rabia y la ira, como ella temía. Lo que había ahora era hielo.

—Tenemos que descubrirlo.

—*Je comprends* —murmuró ella, y volvió a mirarse las uñas—. *Je comprends*. Ya entiendo.

DIECISIETE

08.00

Era jueves, seis de octubre. Tal como se había pronosticado, el cielo estaba cubierto y caía una llovizna ligera y fría. Osborn pidió un café en la barra, lo llevó a una mesa pequeña y se sentó. El local estaba lleno de gente que iba al trabajo, aprovechando los últimos minutos antes de empezar la rutina del día. Bebían el café a sorbos, se entretenían con un cruasán, fumaban un pitillo, leían el periódico de la mañana. En la mesa de al lado, dos mujeres ejecutivas parloteaban en francés a toda velocidad. Más allá, un hombre de traje oscuro y abundante melena de pelo aún más oscuro, apoyado en el codo, leía *Le Monde*.

Osborn tenía pasaje reservado en Air France vuelo 003, desde París-Charles de Gaulle, el sábado 8 de octubre a las cinco de la tarde, y llegaba a Los Ángeles a las siete y media, hora local. Lo más apropiado, siguiendo el plan general, sería llamar al inspector Barras a la prefectura, informarle de su reserva y hora de partida, y preguntarle amablemente cuándo podía pasar a recoger su pasaporte. Una vez arreglado ese asunto, podía ocuparse de lo demás.

Era necesario matar a Henri Kanarack en algún momento del viernes por la noche, aprovechando la oscuridad, y para impedir que el cuerpo fuera descubierto demasiado pronto y demasiado cerca de París. Después de estudiar rápidamente el terreno, había optado por el Sena, su idea inicial. El Sena cruzaba París y luego giraba hacia el noroeste a través de la campiña francesa a lo largo de unos ciento ochenta kilómetros antes de desembocar en la bahía del Sena y el Canal de la Mancha en Le Havre. Descartando complicaciones imprevistas, si pudiese llevar a Kanarack a un punto al oeste de la ciudad, al atardecer del viernes, lo más temprano descubrirían el cuerpo durante el día del sábado. Para entonces, con una corriente favorable, habría viajado entre cincuenta y setenta kilómetros. Con suerte, incluso más. Pasarían días antes de que las autoridades identificaran un cuerpo hinchado y sin documentación.

Para cubrirse, Osborn necesitaría una coartada, algún hecho que probara que había estado en otro lado en el momento del asesinato. Una película, barruntó, sería lo más fácil. Compraría una entrada y con algún pretexto llamaría la atención del acomodador al entrar, suficiente para que, si surgía la pregunta, esa persona recordara haberlo visto en el cine y tuviera que decirlo. Su prueba sería el resguardo de la entrada, con hora y fecha de la sesión. Se sentaría en la sala a oscuras, esperaría a que empezara la película y se escabulliría por una salida lateral.

La sincronización dependería de la rutina diaria de Kanarack. Llamó a la panadería y supo que estaba abierta desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, y que las últimas pastas se ponían a la venta aproximadamente a las cuatro.

Osborn había visto a Kanarack en la cervecería de la calle Saint Antoine alrededor de las seis. La cervecería estaba a unos veinte minutos a pie de la panadería, y dado que Kanarack había escapado a pie después del ataque de Osborn, era presumible pensar, como Jean Packard ya había pensado antes, que o no tenía coche o no lo utilizaba para ir al trabajo. Si los últimos productos frescos estaban disponibles a las cuatro y Kanarack estaba en la cervecería a las seis, era razonable suponer que saldría del trabajo en algún momento entre las cuatro y media y las cinco y media.

A pesar de que octubre acababa de comenzar, los días se hacían más cortos. Osborn consultó el periódico y se enteró de que la lluvia seguiría durante los próximos días. Eso significaba que oscurecería más temprano, cerca de las cinco y media, fácilmente.

El objetivo más inmediato de Osborn era alquilar un coche y buscar un lugar aislado en el Sena, al oeste de París, donde pudiera echar a Kanarack al agua sin que nadie lo viera. Después, se dirigiría a la panadería y luego volvería al mismo lugar del río para asegurarse de que conocía el camino.

Finalmente, volvería a la panadería y se estacionaría enfrente, asegurándose de no llegar más tarde de las cuatro y media. Esperaría a que saliera Kanarack y observaría si se dirigía calle arriba o calle abajo.

La primera vez que lo vio, Kanarack estaba solo, y Osborn constató que no tenía la costumbre de salir con los compañeros de trabajo. Si por alguna razón salía acompañado el viernes por la noche, el plan alternativo de Osborn consistiría en seguirlo en coche hasta que se separara del acompañante, y entonces lo cogería en el lugar más apropiado del camino. Si Kanarack caminaba con alguien hasta el metro, entonces Osborn iría con el coche hasta su edificio y lo esperaría ahí. Era algo que prefería no hacer a menos que fuera absolutamente necesario porque había demasiadas posibilidades de que Kanarack se encontrara con gente que habitualmente saludaba volviendo a casa. De todos modos, si era la única alternativa, Osborn la ejecutaría. Habría querido tener más de una noche para ensayar sus movimientos, pero no era así y, pasara lo que pasase, tendría que aprovechar al máximo las circunstancias.

—Hola.

Osborn levantó la mirada, sorprendido. Estaba tan sumido en sus contemplaciones que no vio entrar a Vera. Se levantó rápidamente y le ofreció una silla. Ella se sentó enfrente. Al volver a su asiento, Osborn miró un reloj detrás de la barra. Eran las ocho y veinticinco. Miró a su alrededor y constató que casi había acabado el café mientras esperaba.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, un café solo —dijo, y sonrió.

Él se levantó, fue hacia la barra, pidió un café y esperó mientras el camarero lo

preparaba. Le lanzó una mirada a Vera, una mirada que luego se perdió más allá, recordando por qué estaba allí, y por qué le había pedido que se reuniera con él cuando terminara su turno en el hospital.

La succinilcolina.

Había intentado conseguir la droga con su propia receta en dos ocasiones, pero las dos veces le habían respondido que aquella droga sólo se podía conseguir en las farmacias de los hospitales, y que necesitaba la autorización de un médico local. Una llamada a la farmacia del hospital más cercano se lo confirmó. Sí, tenían succinilcolina. Y sí, necesitaba la autorización de un médico de París.

La primera idea de Osborn fue llamar al médico del hotel. Pero pedir una dosis de succinilcolina no era pedir una receta normal. Le harían preguntas, las cosas se podían complicar. Un médico nervioso incluso podía llamar a la policía para denunciarlo. Tal vez había otros medios, pero le llevaría tiempo cualquiera de ellos, y el tiempo ahora era su enemigo. Muy a su pesar, volvió a pensar en Vera.

Llamó inmediatamente a la farmacia del Hospital St. Anne, donde Vera cubría la residencia. Sí, había succinilcolina, pero, una vez más, no sin autorización local.

Pensó que si se lo montaba bien, tal vez un acuerdo verbal de Vera con los farmacéuticos sería suficiente. No quería implicar a un médico que la conociera, porque querría saber para qué quería Vera la droga. Se había inventado una historia para que contara ella, pero si se lo pedía a otro médico, resultaría complicado y arriesgado.

Luego dudó, y luego volvió a pensarlo, y finalmente la llamó al hospital a las seis y media y le pidió que se reunieran en un bar próximo a tomar un café cuando saliera del trabajo. Sintió que Vera vacilaba, y por un momento temió que se inventara una excusa y le dijera que no podía verlo, pero entonces ella dijo que sí. Su turno terminaba a las siete, pero tenía una reunión que acabaría después de las ocho. Se encontrarían entonces.

Osborn la observó mientras llevaba el café a la mesa. Después de un turno de treinta y seis horas sin dormir, más una reunión de una hora al terminar, Vera estaba fresca y despejada, incluso bella. No pudo dejar de contemplarla al sentarse, y cuando ella lo miró, le sonrió cariñosamente. Había algo en Vera que lo transportaba, sin importar lo que en ese momento pensara o la tarea que tuviera por delante. Quería estar con ella, consumirse en ella y dejar que ella se consumiera en él, ahora y para siempre. Nada de lo que los dos pudieran hacer en el futuro podía ser más importante que eso. El problema era que antes tenía que ocuparse de Henri Kanarack.

Se inclinó hacia delante y quiso cogerle la mano. Ella la retiró casi de inmediato y la deslizó hasta su falda.

—No hagas eso —advirtió, mirando alrededor de la sala.

—¿De qué tienes miedo? ¿Que alguien pueda vernos?

—Sí —dijo ella, y miró hacia otro lado. Bebió un sorbo de café.

—Tú volviste a mí, ¿lo recuerdas? A decir adiós... —dijo Osborn—. ¿Él lo sabe?

Bruscamente, Vera dejó la taza y se levantó para marcharse.

—Oye, lo siento —dijo él—. No debería haber dicho eso. Salgamos de aquí y vayamos a dar un paseo.

Ella vaciló.

—Vera, estás hablando con un amigo, un médico que conociste en Ginebra que te ha pedido que vengas a tomar un café con él. Y luego habéis salido a caminar juntos. Él acabó por volver a Estados Unidos y ya está. Médicos hablando de compras. Es una buena historia. Buen final, ¿vale?

Osborn tenía la cabeza inclinada hacia un lado y le resaltaban las venas del cuello. Vera no lo había visto enfadarse antes. No podía explicárselo, pero aquello le gustaba. Sonrió.

—Vale —dijo, con tono casi infantil.

Fuera, Osborn abrió el paraguas para protegerse de una lluvia fina. Pasaron al lado de un Peugeot rojo, cruzaron la calle y caminaron por la calle de la Santé en dirección al hospital.

En el camino, cruzaron un Ford blanco estacionado junto a la acera. El inspector Lebrun estaba al volante, y McVey sentado a su lado.

—Supongo que no conoce a la chica —dijo McVey, cuando vieron a Osborn y Vera alejarse. Lebrun puso el contacto y avanzó lentamente en la misma dirección.

—Me pregunta usted si la conozco, no si sé quién es, ¿verdad? Las expresiones en inglés y en francés no siempre significan lo mismo.

A McVey le costaba creer que alguien pudiera hablar con el cigarrillo sempiternamente colgado de la boca. Había fumado en una época, después de la muerte de su primera mujer. Había empezado a fumar para no beber. No servía de gran cosa pero ayudaba. Cuando ya no le sirvió más, lo había dejado.

—Su inglés es mejor que mi francés. Vale, sí, quiero decir si usted sabe quién es...

Lebrun sonrió, y se volvió para coger el micro de la radio.

—La respuesta, amigo mío, es... todavía no.

DIECIOCHO

Los árboles a lo largo del bulevar Saint Jacques comenzaban a teñirse de amarillo, aprestándose a dejar caer sus hojas antes del invierno. Algunas ya se habían desprendido, y la lluvia volvía resbaladizo el suelo. Al cruzar la calle, Osborn cogió a Vera por el brazo para sostenerla. Ella sonrió agradeciendo el gesto, pero apenas cruzaron, le pidió que la soltara. Osborn miró a su alrededor.

—¿Te preocupa la mujer que empuja el cochecito del bebé o el viejo paseando al perro?

—Los dos. Cualquiera de los dos. Ninguno —dijo ella, sin inflexiones en la voz, deliberadamente distante aunque sin saber por qué. Tal vez temía que la vieran. O no deseaba estar con él en ese momento, o tenía todas las ganas del mundo pero quería que él tomara la decisión en su lugar.

De pronto, Osborn se detuvo.

—No estás haciéndolo fácil —dijo.

Vera sintió que el corazón le daba un leve vuelco. Cuando se volvió, sus miradas se encontraron y se mantuvieron fijas, como aquella primera noche en Ginebra, o como se habían mirado en Londres cuando él la dejaba en el tren a Dover. Como se habían mirado en su habitación del hotel de la avenida Kléber cuando él abrió la puerta y se quedó parado solamente con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Qué es lo que no estoy haciendo fácil?

La respuesta de Osborn la sorprendió.

—Necesito tu ayuda y me está costando bastante encontrar un modo de pedírtela.

Ella no entendió, y se lo dijo.

Bajo el paraguas que él sostenía para los dos, la luz era suave y delicada. Osborn lograba distinguir el cuello de su bata blanca de hospital sobresaliendo bajo su anorak azul. Parecía más un miembro de un equipo de salvamento de alta montaña que una médica residente en un hospital urbano. Unos pequeños pendientes de oro caían del lóbulo de cada oreja como diminutas gotas de lluvia, acentuando su rostro delgado y convirtiendo sus ojos en dos enormes fuentes de esmeralda.

—Realmente es estúpido. Y ni siquiera sé si es ilegal. Todo el mundo actúa como si lo fuera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vera. ¿De qué estaba hablando? La quería despistar. ¿Qué tenía que ver eso con ellos?

—Tengo una receta para una droga y ahora me dicen que sólo se puede conseguir en las farmacias de los hospitales y que necesito la autorización de un médico establecido aquí. No conozco a ningún médico aquí.

—¿Qué droga es? —Preguntó ella, con visible expresión de inquietud—. ¿Estás enfermo?

—No —sonrió Osborn.

—Y entonces, ¿qué pasa?

—Ya te he dicho... que era una tontería —dijo, mirándola cohibido—. Tengo que presentar una ponencia cuando vuelva. Y digo bien, nada más volver. Debido a un motivo que se llama Vera, me he tomado una semana y debería haber vuelto al trabajo...

—Di lo que tengas que decir, ¿vale? —dijo ella, sonriendo, tranquila. Todo lo que habían hecho juntos era enriquecedor y romántico y profundamente personal, hasta la ayuda que se habían prestado mutuamente con las íntimas y engorrosas funciones fisiológicas durante la gripe de veinticuatro horas en Londres.

Salvo su primera conversación exploratoria en Ginebra, habían hablado muy poco, si no nada, de sus vidas profesionales, y ahora él estaba haciendo una pregunta cualquiera que tenía que ver precisamente con ese aspecto.

—Tengo que presentar una ponencia ante un grupo de anestésistas un día después de volver a Los Angeles. En un principio, tenía que hablar al tercer día, pero lo han cambiado y ahora soy el primero en la lista. La ponencia versa sobre los preparativos anestésicos antes de la cirugía, incluyendo las dosis de succinilcolina y su efectividad bajo condiciones de urgencia. He hecho la mayor parte de mi experimentación en laboratorio. Y no tendré tiempo cuando vuelva, pero aún me quedan dos días aquí. Y, al parecer, si quiero conseguir succinilcolina en París, necesito la autorización de un médico francés para que me la den. Y, como he dicho, no conozco a ningún médico.

—¿Te vas a automedicar? —Vera estaba sorprendida. Había sabido de médicos que lo hacían de vez en cuando, y casi lo había intentado en sus años de estudiante, pero se había acobardado y se había limitado a copiar de una investigación publicada.

—He hecho diversos experimentos desde los años de la facultad —dijo Osborn, con una gran sonrisa cruzándole el rostro—. Por eso soy un poco raro —advirtió, y bruscamente sacó la lengua, hinchó los ojos y se retorció una oreja.

Vera rió. Era un aspecto de él que no había visto, un humor tonto cuya existencia desconocía.

Osborn se soltó la oreja y se desvaneció el payaso.

—Vera, necesito la succinilcolina, y no sé cómo conseguirla. ¿Me puedes ayudar?

Parecía muy serio. Aquello tenía que ver con su vida y con su profesión. De pronto, Vera se percató de lo poco que sabía de él y, a la vez, de todo lo que deseaba saber. Qué creía y en qué creía. Qué cosas le gustaban, qué le molestaba. Qué cosas amaba, temía, envidiaba. Qué secretos tenía que jamás había compartido con ella o con nadie. Qué era lo que le había hecho fracasar en dos matrimonios.

¿Había sido culpa de Paul, o de las mujeres? ¿O simplemente él no sabía escogerlas? O... tal vez había algo más, algo profundo en él que volvía amarga una relación, hasta destruirla. Desde el comienzo, lo había sentido turbado, pero no conocía la causa. No era algo que pudiera señalar y entender. Era más profundo, y él lo mantenía oculto. Y sin embargo, permanecía. Y ahora, más que en ningún otro momento desde que se conocían, mientras él esperaba bajo el paraguas y le pedía que

lo ayudara, lo vio absorto en ello. De pronto se vio sumergida en un deseo de saber y apoyar y entender, más como un sentimiento que como una idea consciente. Era algo peligroso, y ella lo sabía, porque la atraía hacia un lugar al que no la habían invitado, a un lugar, estaba segura, donde nadie había sido invitado.

—Vera. —De pronto se percató de que aún estaban en la esquina y que Osborn le hablaba—. Te he preguntado si me podías ayudar.

—Sí —dijo ella, y lo miró sonriendo—. Déjame intentarlo.

DIECINUEVE

Osborn se mantenía cerca del mostrador de la farmacia del hospital intentando leer en francés unos folletos sobre la salud, mientras Vera iba con su receta al laboratorio del fondo. En un momento, levantó la mirada y vio que el farmacéutico hablaba y gesticulaba con ambas manos mientras Vera esperaba, una mano apoyada en la cadera, a que el hombre acabara. Osborn desvió la mirada. Tal vez había cometido un error al implicarla. Si llegaban a descubrirlo y se conocía la verdad, podían acusarla a ella de complicidad. Debería decirle que se olvidara de todo y pensar en algún otro plan para coger a Henri Kanarack. Dejó nerviosamente el folleto que estaba leyendo y se disponía a dirigirse hacia ella cuando la vio venir.

—Más fácil que comprar condones, y más raro, también —dijo cuando pasó junto a él y le lanzó un guiño.

Dos minutos más tarde, caminaban por el bulevar Saint Jacques, y Osborn llevaba ya la succinilcolina y un paquete de jeringas hipodérmicas en el bolsillo del abrigo.

—Gracias —dijo, suavemente, levantando el paraguas y sosteniéndolo para que ambos pudieran protegerse. Luego cayó una lluvia más gruesa y Osborn sugirió que cogieran un taxi.

—¿Te parece bien si caminamos, simplemente? —preguntó ella.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco.

Él la cogió por el brazo y cruzaron la calle sin esperar el cambio de luz. Al llegar al otro lado, Osborn la soltó deliberadamente. Vera sonrió, y durante los siguientes quince minutos caminaron sin decir nada.

Osborn estaba sumido en sus pensamientos. En cierto modo, podía respirar con alivio. Había sido más fácil conseguir la succinilcolina de lo que había imaginado. Pero le remordía la conciencia haberle mentido y utilizado, y eso le molestaba mucho más de lo que había pensado. De todas las personas que conocía, Vera sería la última que utilizara, o a quien no le dijera toda la verdad. Pero, recordó, la verdad es que no había tenido otra alternativa.

Hoy no era un día como los demás, ni él estaba dedicado a su quehacer de todos los días. Habían surgido antiguos y oscuros asuntos. Asuntos trágicos, que sólo él y Kanarack conocían. Y que sólo él y Kanarack podían solucionar. Volvió a inquietarle la idea de que si las cosas fallaban, Vera podía verse implicada, y acusada de complicidad involuntaria. Era muy probable que no terminara en la cárcel, pero su carrera y todo aquello por lo cual había trabajado podía verse perdido. Debería haber pensado en eso antes, incluso antes de comentárselo. Debería haberlo hecho, pero no había sido así, y el mal ya estaba hecho. Ahora tenía que pensar en lo que quedaba por hacer. Asegurarse de que las cosas no fallaran, de que él y Vera estuvieran protegidos.

De pronto ella le cogió la mano y lo hizo volverse para que la mirara. Al hacerlo,

se dio cuenta de que ya no se encontraban en el bulevar Saint Jacques y que cruzaban el Jardín des Plantes, los antiguos jardines del Museo de Historia Natural, y que casi habían llegado al Sena.

—¿Qué pasa? —preguntó él, intrigado.

Vera vio que Osborn la fijaba con la mirada, y supo que lo había sacado de una ensoñación.

—Quiero que vengas a mi piso —dijo.

—¿Que quieres qué? —preguntó él, a todas luces desconcertado. La gente pasaba de prisa por todos lados y los jardineros, a pesar de la lluvia, comenzaban a preparar su trabajo del día.

—Decía que quiero que vengas a mi piso.

—¿Por qué?

—Quiero darte un baño.

—¿Un baño?

—Sí.

A Osborn se le pintó una sonrisa en el rostro.

—Primero no querías que te vieran conmigo, y ¿ahora me quieres llevar a tu piso?

—¿Qué hay de malo en eso?

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó Osborn, que la había visto sonrojarse.

—Sí, resulta que me he propuesto darte un baño, y en esa cosa que tienes por bañera en el hotel no podrías bañar ni a un perrito.

—¿Y que pasa con... el franchute?

—No lo llames así.

—Si me dices cómo se llama, no lo llamaré así.

Vera guardó silencio durante un momento.

—Se acabó —dijo.

—¿Sí? —Osborn pensaba que bromeaba.

—Sí.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Osborn, cauteloso.

Ella asintió con la cabeza, definitivamente.

—¿Desde cuándo?

—Desde... no sé cuando. Desde que lo decidí, y ya está —sentenció. No tenía ganas de analizarlo, y su voz se apagó.

Osborn no sabía qué pensar, no sabía qué sentir. El lunes le había dicho que no quería volver a verlo. Que tenía un amante, un hombre influyente en Francia. Hoy era jueves. Hoy, el hombre era él y no el otro. ¿Realmente lo quería tanto como para eso? ¿O tal vez el asunto del amante no había sido más que un cuento para alejarlo, una manera conveniente de terminar con una aventura pasajera?

Se levantó una brisa del río que a Vera le revolvió el pelo y ella se lo recogió detrás de la oreja. Sí, sabía lo que se jugaba pero no le importaba. Lo único que sabía

era que en ese momento tenía ganas de hacer el amor con Paul Osborn, en su propio piso y en su propia cama.

Disponía de cuarenta y ocho horas antes de que comenzara su próximo turno. François, el «franchute» de Osborn, estaba en Nueva York y no la había llamado desde hacía varios días. En lo que a ella respectaba, tenía libertad para hacer lo que se le antojara, cuando y donde se le antojara.

—Estoy cansada. ¿Quieres venir o no? ¿Sí o no?

—¿Estás segura?

—Estoy segura —dijo ella. Faltaban cinco minutos para las diez de la mañana.

VEINTE

La despertó el teléfono. Durante un momento, no supo dónde estaba. A través de las puertas semiabiertas que daban al patio, penetraba una luz intensa. Más allá, sobre el Sena, el sol de media tarde había intentado en vano penetrar la densa y tenaz capa de nubes, y luego había desaparecido detrás de ella. Aún medio dormida, Vera se apoyó sobre un codo y miró a su alrededor. Había sábanas y mantas tiradas por todos lados, y sus medias y su ropa interior en el suelo, casi debajo de la cama. Y entonces se le despejó la cabeza y supo que estaba en el dormitorio de su piso y que sonaba el teléfono. Se cubrió con una sábana, como si el que llamaba pudiera verla, y cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Vera Monneray?

Era una voz masculina, una voz que nunca había oído.

—Sí... —repitió ella, intrigada. Hubo un claro clic en el otro extremo.

Vera colgó y miró a su alrededor.

—¿Paul? —llamó—. ¿Paul...?

Esta vez había un dejo de inquietud en la voz. No hubo respuesta y Vera supo que se había marchado. Al salir de la cama vio su desnudez retratada en el espejo antiguo encima de su mesa de tocador. La puerta del baño, a su derecha, estaba abierta. En el lavabo y en el suelo, junto al bidé, había unas toallas usadas. La cortina de la ducha se había desprendido y colgaba a medias sobre la bañera. Al otro extremo, uno de sus zapatos colgaba ceremoniosamente de la tapa del water. Alguien al entrar no dejaría de observar que en aquellas dos habitaciones —y quién sabía en qué otra parte del piso— se habían desarrollado unas largas y turbulentas sesiones de amor. Jamás en su vida había experimentado nada como en las últimas horas. Le dolía todo el cuerpo, y las partes que no le dolían estaban rozadas hasta la magulladura, la piel irritada. Se sintió como si se hubiera acoplado con una bestia, desatando una furia primitiva que había generado, minuto a minuto, movimiento a movimiento, una tormenta de fuego gargantuesca de apetitos físicos y emocionales de la que sólo la había librado el agotamiento total y absoluto.

Se volvió nuevamente y volvió a verse en el espejo. Se acercó. No estaba segura de lo que veía, exactamente, pero había algo diferente. La esbeltez de su silueta, los pequeños pechos, todo era lo mismo. El pelo, aunque completamente despeinado, no había cambiado. Era otra cosa. Algo en ella se había desvanecido, y en su lugar había algo nuevo.

El teléfono volvió a sonar, estridente. Ella lo miró, molesta por la intrusión. Siguió sonando, y Vera finalmente respondió.

—Sí... —dijo, distante.

—Un momento —respondió una voz.

¡Era él quien llamaba!

—¡Vera, bonjour! —surgió la voz de François en el auricular. Allí estaba, brillante, exigente.

Pasó un momento antes de que ella respondiera. Y en ese momento comprendió que lo que se había desvanecido en ella era la niña, que había cruzado una brecha de donde no había regreso.

Quienquiera que hubiera sido, ya no iba a serlo más. Y su vida, para bien o para mal, jamás volvería a ser como antes.

—*Bonjour* —dijo finalmente—. *Bonjour, François.*

Paul Osborn salió del apartamento de Vera a primera hora de la tarde y cogió el metro para volver a su hotel. Hacia las dos, vestido con una camiseta, vaqueros y zapatillas deportivas, conducía un Peugeot azul de alquiler por la avenida de Clichy. Siguiendo atentamente el mapa urbano de la agencia de alquiler, giró a la derecha en la calle Martre por la autopista que seguía hacia el noreste bordeando el Sena. En los siguientes veinte minutos, se detuvo en tres ocasiones después de haber cogido desvíos y caminos laterales. Ninguno de los puntos parecía adecuado. Y luego, a las dos treinta y cinco, pasó junto a un camino flanqueado por árboles que llegaba hasta el río. Giró para cambiar de sentido y se adentró por el camino. Quinientos metros más allá llegó hasta un parque apartado que se extendía sobre un monte que bordeaba la ribera este del río. Observó que el parque en sí mismo no era más que un amplio campo rodeado de árboles con un camino de tierra que lo contorneaba. Lo siguió hasta que el camino comenzó a desviarse nuevamente hacia la autopista. Entonces vio lo que buscaba. Una rampa de tierra y gravilla que llevaba al río. Se detuvo y miró hacia atrás. La autopista quedaba a casi un kilómetro de distancia y el camino estaba oculto por los árboles y la densa maleza.

En verano, con su acceso al río, el parque era probablemente muy concurrido, pero ahora, a las tres de la tarde de un jueves lluvioso de octubre, estaba completamente desierto.

Salió del Peugeot, caminó hasta la punta de la rampa y comenzó a bajar. Abajo, entre los árboles, apenas podía divisar el río. El cielo oscurecido y la llovizna cerraban el espacio circundante, creando una atmósfera donde él parecía el único ser existente. La rampa era inclinada y los vehículos habían formado grandes baches al utilizar la parte de abajo, sin duda, para soltar pequeñas embarcaciones.

Al llegar abajo, la inclinación disminuía. Osborn divisó una pila de troncos pudriéndose al borde del agua y supuso que el sitio había servido para embarcaciones mayores años atrás. Cuándo, y para qué fines, no podía saberlo. ¿Cuántos ejércitos, durante siglos, habrían pasado por aquí? ¿Cuántos hombres habían pisado donde él pisaba ahora?

A unos cinco metros de la orilla, la gravilla se convertía en una arenilla gris, y

luego, al llegar al agua, en un lodo rojizo. Osborn quiso probar la firmeza del terreno y avanzó hasta que pisó el lodo y sus pies se hundieron. Retrocedió, sacudiendo el lodo enganchado al calzado, y volvió a mirar el agua. Frente a él, el Sena fluía perezosamente, dejando atrás pequeñas olas que morían en la orilla. Más abajo, a menos de treinta metros, un promontorio de roca y árboles sobresalía abruptamente, cambiando el curso del agua y devolviéndolo a la corriente.

Osborn observó un rato largo, muy consciente de lo que estaba haciendo. Luego volvió sobre sus pasos, cruzó el descampado hasta llegar a unos árboles en la base de la colina que bajaba hacia el río. Cogió una rama larga, volvió al primer lugar y la lanzó al agua. Durante un momento, no sucedió nada, y la rama flotó sin moverse. Y luego, lentamente, la corriente la impulsó hacia delante, y en pocos segundos fue arrastrada en dirección a los árboles y hacia la corriente central. Osborn miró su reloj. La rama había tardado diez segundos en alejarse y luego ser arrastrada por la corriente. Otros veinte segundos, y ya se había perdido de vista, más allá del saliente de rocas y árboles. En total, cerca de treinta segundos desde que había lanzado la rama hasta perderla de vista.

Volvió sobre sus pasos y cruzó el descampado hasta el bosque en el otro extremo. Buscaba algo más pesado, algo que se pareciera al peso de un hombre. Al cabo de un rato, encontró el tronco sin raíces de un árbol muerto. Buscó un asidero, lo levantó y lo llevó a la orilla, volvió a hundirse en el lodo y lo lanzó al agua. Permaneció inmóvil un momento, al igual que la rama, y luego la corriente lo cogió y lo impulsó paralelo a la orilla. Cuando llegó a la curva del promontorio, se desvió hacia el centro de la corriente. Osborn volvió a mirar su reloj. Había tardado treinta y dos segundos en perderse y ser arrastrado por la corriente principal. El tronco pesaría unos veinticinco kilos. Calculó que Kanarack pesaba unos ochenta y cinco kilos. La relación entre la rama y el tronco era mucho mayor que la de éste con el peso de Kanarack, pero ambos habían tardado casi el mismo tiempo en alejarse y desaparecer del todo en la corriente.

Osborn sentía cómo le aumentaban las pulsaciones y le sudaban las axilas, ahora que todo cobraba visos de realidad. Funcionaría, ¡de eso estaba seguro! Comenzó a caminar, primero de lado, volviéndose, y luego corriendo por la orilla, más allá de los árboles, donde la tierra sobresalía hasta casi la mitad del río. Descubrió que allí el agua fluía, profunda y sin obstáculos. Sin nada que lo detuviera, físicamente incapacitado por los efectos de la succinilcolina, Kanarack flotaría como un tronco, aumentando la velocidad al llegar a la corriente principal. Menos de sesenta segundos después de que empujara el cuerpo desde la orilla, flotaría hasta el centro y sería arrastrado por la corriente del Sena.

Ahora tenía que asegurarse. Avanzando entre la hierba crecida, siguió la orilla entre arbustos y matorrales durante casi un kilómetro. Cuanto más avanzaba, más profundos se volvían los bancos del río y aumentaba la fuerza de la corriente. Al llegar a lo alto de un monte, se detuvo. El río seguía su curso ininterrumpido hasta

perderse de vista. No había islotes ni bancos de arena ni árboles muertos. Sólo el agua que discurría veloz y sin obstáculos cortando el agreste paisaje. Además, no había pueblos, fábricas, casas ni puentes. No había nada, hasta donde alcanzaba su vista, desde donde pudiera verse un objeto flotando en la corriente.

Sobre todo si se deslizaba en medio de la lluvia y la oscuridad.

VEINTIUNO

Lebrun y McVey siguieron a Osborn y Vera hasta los jardines del Museo Nacional de Historia Natural. Desde allí, un segundo coche de policía camuflado los siguió hasta el piso de Vera en la isla Saint Louis.

Al entrar, a Lebrun le comunicaron la dirección. Cuarenta segundos más tarde tenían una lista de los habitantes del edificio por intermedio de los buenos oficios de la Oficina de Correos y su búsqueda informática.

Lebrun la leyó por encima y se la entregó a McVey, que tuvo que colocarse las gafas. La lista confirmaba que los seis pisos del 18, Quai de Bethune estaban habitados. Dos de los nombres sólo llevaban las iniciales, lo cual indicaba que probablemente se trataba de mujeres solteras. Una era M. Seyrig, y la segunda una tal V. Monneray. Una búsqueda informática de los permisos de conducir reveló que M. Seyrig era Monique Seyrig, una dama de sesenta años, y que V. Monneray era Vera Monneray, una señorita de veintiséis. Menos de un minuto más tarde, por el fax del Ford de Lebrun llegó una copia del permiso de conducir de Vera Monneray. La foto confirmaba que era la acompañante de Paul Osborn.

En ese momento, desde la Prefectura de Policía llegaron órdenes para poner fin a la vigilancia. El doctor Paul Osborn, según le comunicaban a Lebrun, estaba siendo vigilado por Interpol, no por la Prefectura de Policía de París. Si Interpol quería que alguien mirase desde el otro lado de la calle mientras Osborn mantenía sus amoríos con una dama, que lo pagaran. La policía local no podía correr con esos gastos. McVey sabía perfectamente lo que sucedía con los presupuestos municipales, donde la administración hacía sus recortes y los políticos competían hasta por el último franco de las asignaciones. Así, cuando Lebrun, compungido, lo dejó a las puertas del cuartel general media hora más tarde, lo único que hizo McVey fue encogerse de hombros y dirigirse al Opel beige de dos puertas que Interpol le había dejado, sabiendo que sería él quien haría el trabajo pesado.

McVey tardó más de cuarenta minutos conduciendo en círculos hasta que encontró el camino de vuelta a la isla Saint Louis. Entró en un estacionamiento de la parte posterior del edificio de Vera Monneray. La fachada de piedra estucada que corría a lo largo de toda la manzana estaba bien cuidada y pintada recientemente. Las entradas de servicio, situadas a intervalos regulares, estaban aseguradas por sólidas puertas sin ventanas, lo cual hacía a la primera planta tan impenetrable como un cuartel.

McVey bajó del coche y caminó la media manzana por la calle adoquinada hasta la esquina al final del edificio. La lluvia y el frío no hacían las cosas más fáciles. Tampoco era fácil caminar con aquellos zapatos sobre los adoquines jodidamente resbaladizos. Sacó un pañuelo del pantalón y se sonó. Luego lo dobló con cuidado y lo guardó. Tampoco se le hizo más fácil cuando comenzó a pensar en uno de aquellos

días cálidos, envueltos en la bruma de la contaminación, caminando por el campo de golf de Rancho Park, en Pico, justo enfrente de los terrenos de la Twentieth Century Fox. Empezar por el tee ocho cuando el sol comenzaba a calentar el aire, y pasar las horas siguientes con sus tres colegas de la Sección de Homicidios de la oficina del Sheriff, todos ellos escapando de las tareas domésticas de sus días libres.

Al llegar a la esquina, McVey giró a la derecha y caminó hasta llegar frente al edificio. Le sorprendió ver que se encontraba justo encima del Sena. Si estiraba la mano, casi podía tocar las barcas que pasaban por abajo. Al otro lado del río, toda la Rive Gauche estaba cubierta por un manto de nubes que se extendía hasta perderse de vista, de derecha a izquierda. Miró hacia los apartamentos de arriba y pensó que casi todos debían de gozar de un paisaje similar.

¿Qué diablos podría costar un alquiler en ese sector?, se preguntó, y luego sonrió. Era el tipo de comentario que le habría hecho a su segunda mujer, Judy, la única verdadera compañera que había tenido en su vida. Con Valérie, su primera mujer, se había casado al terminar el Instituto, y eran los dos demasiado jóvenes. Valérie trabajaba como empleada en un supermercado y él luchaba por salir adelante en la Academia durante sus primeros años en el Cuerpo de Policía. A Valérie no le importaba ni el trabajo ni la carrera, sino los niños. Quería tener dos hijos y dos hijas, como en su familia. Y no pedía más. McVey llevaba tres años trabajando en el Cuerpo de Policía de Los Ángeles cuando ella quedó encinta. Cuatro meses más tarde, mientras él investigaba el robo de un coche, ella tuvo un aborto espontáneo y se desangró hasta morir mientras la llevaban al hospital.

Pero ¿por qué coño estaba pensando en eso?

De pronto levantó la mirada y se encontró escudriñando el interior a través de las filigranas del hierro forjado de la puerta de seguridad del edificio principal. Desde adentro, un vigilante uniformado lo miró, y McVey supo que la única manera de entrar allí sería con una orden judicial. Y aunque no la tuviera, y suponiendo que pudiera entrar, ¿qué esperaba encontrar? ¿A Osborn y Monneray en plena faena? ¿Y qué le hacía pensar que cualquiera de los dos estaba aún allí dentro? Habían pasado casi dos horas desde que Lebrun y sus hombres se habían largado.

McVey dio media vuelta y se dirigió al coche. Cinco minutos más tarde, al volante del Opel, seguía intentando dar con la salida de la isla Saint Louis para volver a su hotel. Se encontraba frente a una señal de stop y había tomado la última y definitiva decisión de girar a la derecha cuando vio una cabina telefónica en la esquina. La idea fue fulminante. Le cerró el paso a un taxi y se estacionó junto a la acera. Entró a la cabina, buscó V. Monneray y llamó a su piso. El teléfono sonó durante un rato largo. McVey estaba a punto de desistir cuando contestó una mujer.

—¿Vera Monneray? —preguntó.

Hubo una pausa.

—*Oui* —contestó ella.

McVey colgó. Al menos uno de ellos aún estaba allí dentro.

—¿Vera Monneray, 18 Quai de Bethune? ¿Un número y una dirección? —McVey cerró la carpeta abierta y se quedó mirando a Lebrun—. ¿Eso es toda la ficha?

Lebrun apagó un cigarrillo y asintió con un gesto de cabeza. Pasaban unos minutos de las seis de la tarde y se encontraban en el cubículo que Lebrun ocupaba como despacho en la cuarta planta de la Prefectura de Policía.

—Un chico de diez años escribiendo guiones para la tele se inventaría algo mejor —alegó McVey, con un tono de irritación poco habitual en él. Había pasado gran parte de la tarde, ilegalmente, en la habitación del hotel de Paul Osborn, sin encontrar nada más que ropa sucia, cheques de viaje, vitaminas, antihistamínicos, píldoras para el dolor de cabeza y condones. Con la excepción de los condones, no había nada que él mismo no tuviera en su habitación del hotel. No era que estuviera contra los preservativos, era que el sexo había dejado de interesarle desde la muerte de Judy, cuatro años antes. Durante todos los años que estuvieron casados, McVey había cultivado fantasías sensacionales sobre cómo hacérselo con todo tipo de mujeres, desde las adolescentes púberes hasta mujeres estilo perfumes Avon de mediana edad, y había conocido a muchas que estaban dispuestas a bajarse las bragas sin chistar delante de un inspector de Homicidios, pero él nunca se había prestado a ello. Y luego, cuando Judy se fue, nada de nada, ni siquiera las fantasías, parecían valer la pena. Era como un hombre que se había estado muriendo de hambre y que de pronto perdía el apetito.

Los únicos objetos de relativo interés entre las pertenencias de Osborn eran las facturas de restaurantes que había guardado en la sección de «actividades del día» de su agenda. Tenían la fecha de viernes, 30 de septiembre y sábado, 1 de octubre. El viernes correspondía a Ginebra y el sábado, a Londres. Las facturas eran de dos personas. Pero no había nada más. Así, Osborn había invitado a comer a alguien en las dos ciudades. Y lo mismo habían hecho cientos de miles de personas. McVey le había dicho a la policía de París que había estado solo en el hotel en Londres. Probablemente no le habían preguntado por la cena, sobre todo porque no tenían ningún motivo para preguntárselo. No más de los que ahora tenía McVey para relacionarlo a él con los crímenes de las decapitaciones.

Lebrun sonrió ante la consternación profunda de McVey.

—Amigo mío, se olvida usted de que está en París.

—¿Qué significa eso?

—Significa, mon ami, que un chico de diez años que escriba un guión de teleserie... —dijo Lebrun, e hizo una pausa muy efectista— probablemente no estará acostándose con el Primer Ministro.

A McVey se le desencajó la mandíbula.

—¿Está bromeando?

—No estoy bromeando —dijo Lebrun, y encendió otro cigarrillo.

—¿Osborn lo sabe?

Lebrun se encogió de hombros.

McVey le lanzó una mirada furibunda.

—O sea que no la podemos tocar, ¿no es así?

—*Oui* —dijo Lebrun, con una leve sonrisa en los labios—. Los inspectores de Homicidios veteranos, aunque sean americanos, deberían conocer las sorpresas que depara *l'amour*. O saber que sus ramificaciones pueden ser sumamente complicadas.

McVey se levantó.

—Si me lo permite, vuelvo a mi hotel y me voy a Londres —advirtió—. Y si tiene usted otros sospechosos tan importantes, verifíquelos personalmente, ¿vale?

—Recuerdo habérselo ofrecido en esta ocasión —dijo Lebrun, con un amago de sonrisa—. Pero puede que recuerde que la idea de venir a París fue suya.

—La próxima vez, convéncame de lo contrario —dijo McVey, y se dirigió a la puerta.

—McVey —dijo Lebrun, y se inclinó para apagar el cigarrillo—. No pude ponerme en contacto con usted esta tarde.

McVey no dijo nada. Sus métodos de investigación eran muy particulares, y no siempre eran del todo legales, ni solían implicar a sus compañeros, incluyendo la Prefectura de Policía de París, Interpol, la Policía Metropolitana de Londres y el Cuerpo de Policía de Los Angeles.

—Querría haber podido dar con usted —dijo Lebrun.

—¿Por qué? —preguntó McVey, con voz inexpresiva, pensando que tal vez Lebrun sabía algo y lo estaba poniendo a prueba.

Lebrun abrió el cajón de su escritorio y sacó otra carpeta.

—Estábamos investigando esto —dijo, pasándosela a McVey—. Podría habernos servido su experiencia.

McVey lo miró un momento y luego abrió la carpeta.

En sus manos sostenía las fotos de un asesinato encarnizadamente violento. Un hombre yacía muerto en lo que parecía un apartamento. Fotos más detalladas mostraban primeros planos de sus rodillas. Ambas habían sido destrozadas por un solo y potente disparo.

—Es un Colt 38 automático, fabricado en Estados Unidos, con silenciador. Lo encontramos a su lado. La cache tenía cinta adhesiva. No hay huellas ni número de registro —advirtió Lebrun, con voz queda.

McVey miró las otras dos fotos. La primera era del rostro del hombre. Estaba hinchado hasta tres veces el tamaño normal, y los ojos se le salían del cráneo en una expresión de terror. En torno al cuello tenía enrollado un cable de alambre que podría haber sido un colgador. La segunda foto era de las partes bajas. Los genitales de la víctima habían sido destrozados de un disparo.

—¡Jooder! —murmuró McVey, por lo bajo.

—Fue la misma arma —dijo Lebrun.

—Alguien quería que hablara —dijo McVey, y lo miró.

—Si hubiera sido yo la víctima, les habría dicho lo que hubieran querido —dijo

Lebrun—. Sólo con la esperanza de que me mataran.

—¿Por qué me enseña esto? —inquirió McVey. La Prefectura Central de la Policía de París tenía un expediente brillante en lo que se refería a las investigaciones de homicidios en la región metropolitana. Era evidente que no necesitaban sus consejos.

—Porque no quiero que vuelva a Londres tan precipitadamente.

—No lo entiendo —dijo McVey, y volvió a mirar la carpeta abierta.

—Se llama Jean Packard. Trabajaba como detective privado para la oficina de París de Kolb International. El martes, el doctor Osborn lo contrató para que localizara a alguien.

—¿Osborn?

Lebrun encendió otro cigarrillo, apagó la cerilla y asintió con la cabeza.

—El que hizo esto era un profesional, no Osborn —aventuró McVey.

—Ya lo sé. El departamento técnico encontró unas huellas dactilares borrosas sobre un vaso roto. No eran de Osborn y no teníamos nada en nuestro ordenador que coincidiera con ellas. De modo que las enviamos a Interpol en Lyon.

¿Y...?

—McVey, hemos encontrado el cadáver esta misma mañana.

—Pero no fue Osborn —dijo McVey, seguro.

—No, no fue Osborn —consintió Lebrun—. Y puede que sea una absoluta coincidencia y que no tenga nada que ver con él.

McVey volvió a sentarse.

Lebrun cogió la carpeta y la devolvió al archivo.

—Estará pensando que las cosas se complican, y que este Jean Packard no tiene nada que ver con los cuerpos decapitados y la cabeza suelta. Ahora también está pensando que vino a París a causa de Osborn, porque había una mínima posibilidad de que estuviera implicado. Y ahora, esto. Así que estará diciéndose que, si seguimos investigando, dedicándole tiempo, después de todo puede que haya una conexión... ¿Tengo razón o no?

McVey levantó la cabeza para responder. —*Oui* —dijo.

VEINTIDÓS

La limusina oscura esperaba fuera.

Vera la había visto llegar desde la ventana de su habitación. ¿Cuántas veces había esperado, junto a la ventana, verla aparecer por la esquina? ¿Cuántas veces se le había acelerado el corazón nada más verla? Ahora deseaba que no tuviera nada que ver con ella, como si ella observara desde otro piso y la intriga perteneciera a otra existencia.

Llevaba un vestido negro y medias negras, pendientes y un sencillo collar de perlas. Sobre los hombros llevaba una chaqueta corta de visón plateado.

El chofer abrió la puerta de atrás y ella subió. Un momento más tarde, el chofer se puso al volante y partió.

A las cinco menos cinco, Henri Kanarack se lavó las manos en el lavabo de los empleados de la panadería, introdujo su tarjeta en el reloj de la pared y marcó la hora de salida. Salió al pasillo donde guardaba su abrigo y encontró a Agnès Demblon esperándolo.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó ella.

—¿Por qué? Nunca me has llevado de vuelta a casa. Siempre te quedas hasta que entregan la caja del día.

—Sí, pero esta noche...

—Esta noche, especialmente —dijo Kanarack—. Hoy, esta noche. No hay nada diferente. ¿Me entiendes?

Sin dirigirle la mirada, se puso la chaqueta, abrió la puerta y salió a la lluvia. Era sólo un rato caminando desde la entrada de servicio a la calle de enfrente. Al girar en la esquina, se subió el cuello de la chaqueta para protegerse de la lluvia, y se alejó. Eran exactamente las cinco y dos minutos. Al otro lado de la calle, y dos portales más allá, había aparcado un Peugeot azul oscuro de alquiler, y la lluvia se acumulaba en pequeñas gotas sobre la carrocería recién encerada. En el interior, sentado en la oscuridad, estaba Paul Osborn.

En la esquina, Kanarack dobló a la izquierda hacia el bulevar Magenta. Al mismo tiempo, Osborn giró la llave en el contacto, salió del lado de la acera y lo siguió. En la esquina, giró a la izquierda en la dirección que había cogido Kanarack. Miró su reloj. Eran las cinco y siete y, con la lluvia, la calle estaba ya a oscuras. Al mirar hacia atrás, Osborn sólo vio a desconocidos, y por un momento pensó que lo había perdido, hasta que de pronto lo vio en la otra acera, caminando deliberadamente sin prisa. Por su manera tranquila de caminar, Osborn pensó que ya no temía que lo siguiesen y que tal vez consideraba el ataque y la persecución de la otra noche como un incidente curioso protagonizado por un demente.

Más allá, Kanarack se detuvo ante un semáforo, y Osborn también. Al parar, éste sintió que se apoderaba de él la agitación. «¿Por qué no hacerlo ahora? —Le preguntaba una voz interior—. Esperar que baje de la acera a la calle, ¡pisar el acelerador a fondo, atropellarlo y luego escapar! Nadie te verá. ¿Y a quién le importa, si te ven? Si la policía te encuentra, simplemente les dirás que estabas a punto de ir a verlos. Que pensabas que habías atropellado a alguien en la oscuridad y bajo la lluvia. Que no estabas seguro, que miraste pero no viste a nadie». ¿Qué podían decir ellos? ¿Cómo podían saber que era el mismo hombre? No tenían idea de quién era desde el comienzo.

«No, ¡ni lo pienses! Con tu impulsividad, ya lo echaste a perder la primera vez. Además, si lo matas así, jamás tendrás la respuesta a tu pregunta, y esa respuesta es tan importante como el hecho de matarlo. Así que cálmate, sigue tu plan y todo saldrá bien.

»La primera inyección de succinilcolina hará su efecto y destrozará sus pulmones por falta de oxígeno al faltarle el control de los músculos respiratorios. Estará ahogado e impotente, y más aterrorizado de lo que jamás ha estado en su vida. Te diría cualquier cosa si pudiera, pero no será capaz.

»Luego, poco a poco, el efecto de la droga se desvanecerá y comenzará a respirar nuevamente. Sonreirá, y pensará que te ha ganado por la mano. Y de pronto se dará cuenta de que estás a punto de inyectarle otra dosis. Mucho más fuerte que la primera, le advertirás. Y lo único en que pensará él será en esa segunda dosis y en el horror de repetir lo que acaba de vivir, sólo que esta vez a sabiendas de que será peor, mucho peor, si es posible. Entonces contestará tus preguntas, Paul. Te dirá todo lo que quieras saber».

Osborn se miró las manos y vio que tenía los nudillos blancos apretando el volante. Pensó que si apretaba un poco más, el volante se le haría trizas en las manos. Respiró profundamente y se relajó. La necesidad de actuar de inmediato desapareció.

El semáforo cambió y Kanarack cruzó la calle. Era de suponer que lo seguían. El americano o tal vez, aunque lo dudaba, la policía. En cualquier caso, no podía hacer nada que pareciera diferente de lo que había sido su vida, cinco días a la semana, cincuenta semanas al año, durante los últimos diez años. Salir de la panadería a las cinco, detenerse en algún lugar a beber una copa, y coger el metro a casa.

En la mitad de la manzana siguiente estaba la cervecería Le Bois. Siguió caminando sin prisa y con ritmo regular. Para el resto del mundo, no era más que un trabajador, agotado al final de su jornada. Pasó junto a una mujer joven que paseaba a su perro y llegó frente a Le Bois, abrió la pesada puerta de vidrio y entró.

Dentro, la terraza techada que daba a la calle estaba sumida en el humo y el ruido del gentío que se relajaba después del trabajo. Kanarack miró a su alrededor buscando una mesa cerca de la ventana donde pudieran verlo desde fuera, pero no había ninguna libre. A contrapelo, tuvo que sentarse en la barra. Pidió un café con Pernod y miró hacia la puerta. Si entraba un policía de civil, lo reconocería de

inmediato por la actitud y la postura del cuerpo al mirar a su alrededor. De civil o no, altos mandos o bajos, Kanarack sabía que todos los policías del mundo llevaban calcetines blancos y zapatos negros.

El americano era distinto. El feroz ataque de la primera vez había sido tan repentino que Kanarack no había alcanzado a verle la cara. Y cuando Osborn lo había seguido hasta el metro, Kanarack estaba muy agitado y la estación llena de gente. Por lo poco que recordaba, medía más o menos un metro ochenta y cinco, tenía pelo oscuro y era muy fuerte.

Le trajeron la copa y durante un minuto la dejó estar sobre la barra sin tocarla. Luego bebió un breve sorbo y sintió la mezcla cálida de café y licor en el vientre. Aún sentía las manos de Osborn aferradas a su garganta, los dedos incrustados salvajemente en su tráquea intentando estrangularlo. Eso era lo que no lograba entender. Si Osborn había venido a matarlo, ¿por qué había actuado de esa manera? Un disparo, o un cuchillo, desde luego. Pero ¿con sus propias manos y en un lugar público lleno de gente? Aquello no tenía sentido.

Jean Packard tampoco había podido explicarlo.

Había resultado fácil descubrir dónde vivía el detective, a pesar de que su teléfono y su dirección no estaban registrados. Hablando un inglés americano inconfundible, Kanarack había fingido una llamada desesperada a la sede de Kolb International en Nueva York al final de la jornada. Había dicho que llamaba desde el teléfono de su coche en Fort Wayne, Indiana, y que intentaba desesperadamente ponerse en contacto con su hermanastro, Jean Packard, un empleado de Kolb International, con el que había perdido contacto desde que Packard se había trasladado a París. La madre de Packard, una señora de ochenta años, decía, estaba sumamente enferma en un hospital de Fort Wayne y pensaban que no viviría más allá de aquella misma noche. ¿Había alguna manera de ponerse en contacto con su hermanastro?

Había una diferencia de seis horas. Las seis de la tarde en Nueva York era medianoche en París, y las oficinas de París estaban cerradas. El operador de Nueva York consultó con su supervisor. Se trataba de una urgencia legítima familiar. Si las oficinas en Francia estaban cerradas, ¿qué podía hacer? Al final del día, como todos los demás, el supervisor tenía prisa por partir. Después de un momento de vacilación, el código informático internacional dio luz verde y autorizó que le informaran al hermanastro de Jean Packard en Indiana su número de teléfono en París.

Un primo de Agnès Demblon trabajaba como operador en el parque de bomberos del Distrito Uno, París centro. Un número de teléfono se convertía en dirección. Era así de fácil.

Dos horas más tarde, a la una y cuarto de la noche del jueves, Henri Kanarack se encontraba frente al edificio de apartamentos de Jean Packard en Porte de la Chapelle, el sector norte de la ciudad. Unos veinte sangrientos minutos más tarde,

Kanarack bajaba por la escalera de servicio, dejando atrás lo que quedaba de Jean Packard tirado en el suelo del salón.

Al final, Packard le había dado a Kanarack el nombre de Paul Osborn y el nombre del hotel donde se hospedaba en París. Pero eso fue todo. A las otras preguntas, por qué Osborn había atacado a Kanarack en la cervecería, por qué había contratado a Kolb International para encontrarlo, si Osborn representaba o trabajaba para alguien, Packard no supo responder. Y Kanarack estaba seguro de que decía la verdad. Jean Packard se había portado como un duro, pero no era tan duro. Kanarack había aprendido bien su oficio en los años sesenta, lo habían entrenado con orgullo y rigor en las Fuerzas Especiales de Estados Unidos. Al frente de un pelotón de reconocimiento de largo alcance durante la primera época de Vietnam, le habían enseñado todos los métodos para obtener la información más delicada de boca del más testarudo de los adversarios.

El problema era que de Jean Packard sólo había obtenido un nombre y una dirección, la misma información que Packard le había dado a Osborn sobre él. De modo que, pensó Kanarack, Osborn sólo podía ser una cosa, un representante que la Organización había enviado para liquidarlo. Aunque el primer intento hubiese estado tan mal montado, no había otra razón posible. Nadie más podía reconocerlo o tener un motivo para matarlo.

Lo fastidioso era que, habiendo matado a Osborn, ellos enviarían a un segundo hombre. Es decir, si llegaban a saberlo. Su única esperanza era que Osborn trabajara por cuenta propia, que fuera un cazador de recompensas con una lista de nombres y rostros que cobraba una fortuna si entregaba a uno de ellos. Si Osborn había dado con él por casualidad y había contratado a Jean Packard, las cosas podían seguir funcionando igual.

De pronto, sintió una ráfaga de aire del exterior y levantó la mirada. La puerta de Le Bois se había abierto y había un hombre parado en la entrada. Era alto, llevaba sombrero y miraba a su alrededor. Al principio, barrió la terraza del café con la mirada, y luego la barra. Vio a Henri Kanarack y, con la misma rapidez, desvió la mirada. Un momento después, empujó la puerta y salió. Kanarack se calmó. El hombre alto no era un poli ni era Osborn. No era nadie.

Al otro lado de la calle, Osborn estaba sentado al volante del Peugeot y vio salir al hombre, que miró una vez más por la puerta y se alejó. Osborn se encogió de hombros. No lo conocía, no era Kanarack.

El panadero había entrado en Le Bois a las cinco y cuarto. Ahora eran casi las seis menos cuarto. Osborn había vuelto del parque junto al río a la hora punta en menos de veinticinco minutos y había aparcado delante de la panadería justo después de las cuatro. Le había dado tiempo para estudiar el barrio y volver al coche antes de que saliera Kanarack.

Al caminar una media docena de manzanas en ambas direcciones, Osborn vio tres callejones y dos entradas de descarga de unos almacenes cerrados. Cualquiera de los

cinco puntos serviría. Y si mañana por la noche Kanarack cogía el mismo camino que hoy, el mejor de los cinco puntos quedaría en su ruta, un callejón estrecho al que no daba ninguna puerta, sin iluminación, a menos de media manzana de la panadería.

Vestido con los mismos vaqueros y zapatillas deportivas que llevaba ahora, se colocaría una gorra y esperaría en la oscuridad a que pasara Kanarack. Entonces, con una jeringa llena de succinilcolina en una mano, y otra en el bolsillo como precaución, atacaría a Kanarack por detrás.

Le cogería la garganta con el brazo izquierdo y lo tiraría hacia el callejón y, al mismo tiempo, le pincharía certeramente en las nalgas, a través de la ropa. Kanarack reaccionaría con violencia, y Osborn sólo necesitaría cuatro segundos, para inyectar la dosis. Luego lo soltaría y le bastaría apartarse, y Kanarack podría hacer lo que quisiera. Atacarlo o escapar, daba igual. En menos de veinte segundos las piernas comenzarían a flaquearle, y veinte segundos más tarde, ya no podría sostenerse en pie. Cuando se desplomara, Osborn actuaría. Si veía a alguien, le diría que su amigo era americano y se sentía mal, y que lo llevaba hasta el Peugeot de la esquina para conducirlo a un hospital. Y Kanarack, víctima de la parálisis muscular, sería incapaz de oponerse. En el coche en movimiento, Kanarack estaría impotente y aterrorizado. Todo su ser estaría concentrado en un solo objetivo, respirar.

Al cabo de un rato, cuando cruzaran París y llegaran al camino del río y al parque, los efectos de la succinilcolina comenzarían a disiparse, y Kanarack volvería lentamente a respirar. Y cuando comenzara a sentirse mejor, Osborn cogería la segunda jeringa y le diría quién era él, y lo amenazaría con una dosis mucho más potente, una dosis que no olvidaría. Sólo entonces podría relajarse y preguntarle a Kanarack por qué había asesinado a su padre. Y no cabía ninguna duda de que Kanarack se lo confesaría.

VEINTITRÉS

A las seis y cinco minutos, Henri Kanarack salió de Le Bois y, sin prisa, caminó dos manzanas y entró en la estación de metro frente a la estación del Este.

Osborn lo vio partir, encendió la luz del interior y miró el mapa que tenía en el asiento. Quince kilómetros y casi treinta y cinco minutos más tarde, pasó junto al apartamento de Kanarack en Montrouge. Dejó el coche en una calle lateral, caminó una manzana y media y se detuvo en la sombra frente al edificio de Kanarack. Quince minutos más tarde, Kanarack llegó caminando por la acera y entró. Desde el comienzo hasta el final, desde la panadería hasta la casa, no había indicios de que pensara que lo seguían, o que corría peligro. Sólo la rutina de todos los días. Osborn sonrió. Todo marchaba sobre ruedas y según lo previsto.

A las siete cuarenta, estacionó el Peugeot frente a su hotel, le entregó las llaves a un botones y entró. Cruzó el salón de recepción y se acercó al mostrador para ver si había algún recado.

—*Non, monsieur*, lo siento —sonrió la chica de pelo castaño al otro lado del mostrador.

Osborn le agradeció y se volvió. Por algún motivo, estaba esperando que Vera lo llamara, pero estaba igualmente satisfecho de que no lo hubiera hecho. No era momento para distraerse. Ahora sólo necesitaba tranquilidad y concentrarse en lo que hacía. Se preguntaba por qué le había dicho al inspector Barras que se marcharía de París en cinco días. Podría haber dicho una semana o diez días, incluso dos semanas. Cinco días habían apresurado todo casi hasta el punto de hacerle perder el control. Las cosas sucedían demasiado rápido y la sincronización se encontraba en un punto demasiado crítico. No había lugar para los errores o para lo imprevisto. ¿Qué sucedería si Kanarack enfermaba y decidía no ir a trabajar al día siguiente? ¿Qué pasaría entonces? ¿Tendría que entrar en su piso a la fuerza y hacerlo allí? ¿Qué pasaría con tanta otra gente? ¿La mujer de Kanarack, la familia, los vecinos? No estaba contemplado que pasara algo así, sencillamente porque él no lo había contemplado. No tenía ninguna libertad, absolutamente ninguna. Era como sostener un cartucho de dinamita con la mecha encendida. Pero ¿qué podía hacer sino seguir adelante y esperar lo mejor?

Osborn dejó de pensar en ello, y en lugar de dirigirse hacia los ascensores, entró en una tienda de regalos para comprar un periódico en inglés. Sacó un ejemplar del anaquel y esperó su turno frente a la caja. Por un momento pensó qué habría sucedido si Jean Packard no hubiese encontrado a Kanarack tan rápido. ¿Qué habría hecho él? ¿Habría salido del país para luego volver? ¿Pero cuándo? ¿Cómo podía estar seguro de que la policía no había colocado alguna señal en el código electrónico de su pasaporte para alertarlos en caso de que volviera después de un tiempo? ¿Cuánto tiempo tendría que esperar antes de pensar que era seguro volver? ¿O qué habría

pasado si el detective no hubiese encontrado a Kanarack? ¿Qué habría hecho entonces? Afortunadamente, no era el caso. Jean Packard había hecho un buen trabajo, y ahora dependía de él llevarlo a buen término.

«Tranquilo», se dijo a sí mismo, y avanzó hacia la caja, mirando despreocupadamente el periódico.

Lo que vio era horripilante. Nada podría haberlo preparado para ver el rostro de Jean Packard mirándolo desde los titulares de la primera página: ¡Detective privado salvajemente asesinado!

Abajo, un subtítulo: «Exmercenario atrocemente torturado antes de morir».

La tienda de regalos comenzó a girar. Al principio, lentamente, y luego cada vez más rápido. Finalmente, Osborn tuvo que afirmarse contra un escaparate de dulces para contenerse. El corazón le palpitaba agitadamente y escuchaba el sonido de su propia respiración. Se recuperó y volvió a mirar el periódico. Ahí estaba el rostro, con el título y la frase más abajo.

De alguna parte oyó que el cajero le preguntaba si se sentía bien. Asintió vagamente y buscó unas monedas en el bolsillo. Pagó el periódico y logró salir de la tienda de regalos, en dirección a la recepción y los ascensores. Estaba seguro de que Henri Kanarack había descubierto a Jean Packard siguiéndolo a él, y después de invertir el juego, lo había liquidado. Buscó rápidamente el nombre de Kanarack en el artículo, pero no lo encontró. Sólo decía que el investigador privado había sido asesinado en su apartamento a última hora la noche anterior y que la policía había declinado hacer declaraciones sobre los sospechosos o los móviles.

Osborn llegó a los ascensores y se encontró esperando en medio de un grupo de personas a las que apenas observó. Tres de ellos podían ser turistas japoneses, y el otro era un hombre de aspecto corriente con un traje gris arrugado. Osborn miró hacia otro lado intentando pensar. Se abrieron las puertas del ascensor y salieron dos ejecutivos. Los otros entraron, Osborn con ellos. Uno de los japoneses pulsó el botón de la quinta planta. El hombre del traje gris pulsó el de la novena. Osborn pulsó el siete.

Se cerraron las puertas y el ascensor subió.

¿Qué hacer ahora? Lo primero en que pensó Osborn fue en las fichas de Jean Packard. Llevarían a la policía directamente a él y luego a Henri Kanarack. Luego recordó la explicación que le había dado Packard sobre los métodos de trabajo de Kolb International, y cómo se enorgullecía Kolb de proteger a sus clientes. Y que sus detectives trabajaban en completa confidencialidad con los clientes. Y que éstos recibían todos los documentos al final de la investigación sin que quedaran copias. Y que Kolb era apenas algo más que un garante del profesionalismo y el encargado de pasar las facturas. Sin embargo, Packard no le había entregado ningún documento. ¿Dónde estaban los documentos?

De pronto Osborn recordó su sorpresa al percatarse de que el detective jamás escribía nada. Tal vez no había documentos. Tal vez el investigador privado mantenía

la información lejos de todos y sólo al alcance de su mano. Le había entregado a Osborn el nombre y la dirección de Kanarack en el último momento, escrito a mano y en una servilleta de papel. Servilleta que Osborn aún conservaba en el bolsillo de su chaqueta. Tal vez era el único documento existente.

El ascensor se detuvo en la quinta planta y los japoneses bajaron. Las puertas volvieron a cerrarse y el ascensor subió. Osborn miró al tipo del traje gris. Le pareció vagamente familiar pero no lograba situarlo. En un momento, llegaron a la séptima planta. Se abrió la puerta y Osborn salió. El tipo del traje gris también salió. Osborn se alejó en una dirección y el hombre en la dirección contraria.

Mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación, Osborn respiró más tranquilo. El choque inicial que había experimentado ante la muerte de Jean Packard se había disipado. Ahora necesitaba tiempo para saber cuál sería su próximo movimiento. ¿Y si Packard le había hablado a Kanarack de él? ¿Le habría dado su nombre y le habría dicho dónde se hospedaba? Había matado al detective. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo con él?

De pronto, Osborn se percató de que alguien caminaba a su espalda por el pasillo. Miró hacia atrás y vio que era el hombre del traje gris. Al mismo tiempo, recordó que el hombre había pulsado la novena planta, no la séptima. Frente a él, se abrió una puerta y salió un hombre con una bandeja de platos sucios. Levantó la mirada y vio a Osborn, volvió a cerrar la puerta y Osborn oyó el ruido de la cadena de seguridad de la puerta.

Ahora él y el hombre eran los únicos en el pasillo. Se activó una señal de alarma. De pronto, se detuvo y se volvió.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Unos minutos de su tiempo —dijo McVey, tranquilo y no amenazante—. Me llamo McVey. Soy de Los Ángeles, igual que usted.

Osborn lo miró con atención. El hombre rondaba los sesenta y cinco años, un metro ochenta de alto y unos ochenta y cinco kilos. La mirada de los ojos verdes era notablemente afable, y el pelo castaño comenzaba a encanecer, tirando a la calvicie. Llevaba un traje común y corriente, probablemente de Broadway o de Silverwoods. Le brillaba el poliéster de la camisa celeste y la corbata no le hacía juego con nada. Tenía aspecto de abuelo, o incluso se parecía al aspecto que su propio padre tendría, si estuviese vivo. Todo esto tranquilizó a Osborn.

—¿Nos conocemos? —inquirió.

—Soy policía —dijo McVey, y le enseñó su placa del Cuerpo de Policía de Los Ángeles.

El corazón se le aceleró hasta la garganta. Por segunda vez en pocos minutos, pensó que se iba a desmayar.

—No entiendo —se oyó decir—. ¿Hay algún problema?

Por el pasillo se acercaba una pareja vestida de noche. McVey se apartó. El hombre sonrió y saludó con un gesto de la cabeza. McVey esperó a que pasaran, y

volvió a mirar a Osborn.

—¿Por qué no hablamos dentro? —Preguntó, mirando hacia la puerta de la habitación de Osborn—. O si prefiere, abajo en el bar. —McVey conservaba un tono calmado. El bar estaba bien si Osborn se sentía más cómodo. El médico no flaquearía, al menos ahora. Además, McVey ya había visto todo lo que tenía que ver en la habitación de Osborn.

Osborn sentía ansiedad, y tuvo que esforzarse para no mostrarlo. Después de todo, él no había hecho nada, al menos hasta ahora. Incluso pedirle a Vera que le consiguiera la succinilcolina no era, en realidad, ilegal. Tal vez jugaba un poco con la ley, pero no había cometido ningún crimen. Además, este McVey era del Cuerpo de Policía de Los Ángeles, y en París estaba fuera de su jurisdicción. «Tienes que estar tranquilo —pensó—. Ser correcto, y averiguar qué quiere. Puede que no sea nada».

—Aquí está bien —dijo Osborn. Abrió la puerta y entraron.

—Por favor, siéntese —dijo, cerrando la puerta. Dejó las llaves y el periódico en una pequeña mesa—. Si no le importa, me lavaré las manos.

—No me importa. —McVey se sentó en el extremo de la cama y miró a su alrededor, mientras Osborn iba al baño. Todo estaba como lo había dejado por la tarde, cuando después de mostrarle la placa a un ama de llaves, le había dado doscientos francos para que lo dejara entrar.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Osborn, mientras se secaba las manos.

—Si usted me acompaña.

—Yo sólo bebo whisky.

—Vale.

Osborn volvió con una botella de Johnnie Walker etiqueta negra a medio vaciar. Cogió dos vasos sellados en celofán de una bandeja esmaltada que se encontraba sobre un escritorio francés de imitación, sacó el plástico y sirvió para ambos.

—Por cierto, no tengo hielo —se excusó.

—Me da igual —dijo McVey, y miró las zapatillas deportivas de Osborn, recubiertas con el lodo seco—. ¿Andaba haciendo deporte?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Osborn, y le pasó un vaso a McVey.

—Como tiene el calzado con lodo... —dijo McVey, señalando con la cabeza.

—Yo... —vaciló Osborn, y lo disimuló con una sonrisa— salí a dar un paseo. Están plantando en los jardines frente a la torre Eiffel. Con la lluvia, no se puede caminar por ninguna parte sin pisar el lodo.

McVey bebió un trago de su whisky. Le dio a Osborn un respiro para preguntarse si se habría tragado la mentira. En realidad, no era mentira. Recordaba que el día anterior había visto cómo trabajaban en los jardines de la torre Eiffel. Había que distraerlo de aquello con rapidez.

—¿Y bien? —dijo.

—Pues bien —vaciló McVey—. Estaba en la recepción cuando usted entró en la tienda de regalos. Vi su reacción cuando leyó el periódico —dijo, señalando con un

gesto de la cabeza el periódico sobre la mesa.

Osborn bebió un trago. Bebía rara vez. Sólo después de esa primera noche en que había descubierto y perseguido a Kanarack y luego lo había detenido la policía de París, había llamado al servicio de habitaciones para pedir el whisky. Ahora, al beberlo, se alegraba de haberlo hecho.

—Por eso está aquí... —dijo, clavándole la mirada a McVey. «Vale, ya están enterados. Sé frío, no emocional. Averigua qué más saben».

—Como usted sabe, el señor Packard —y McVey pronunciaba «Packard» como la marca de coche, no «Pack-kard», como los franceses—, trabajaba para una empresa internacional. Yo había venido a París por otro asunto de trabajo con la policía francesa cuando ha sucedido esto. Ya que usted fue uno de los últimos clientes del señor Packard... —dijo McVey, sonriendo, y bebió otro trago de whisky—. En todo caso, la policía de París me ha pedido que viniera a verlo y que conversara con usted. Los dos somos americanos. Quieren saber si usted tenía idea de quién lo habría hecho. Como entenderá, no tengo ninguna autoridad aquí, sólo estoy ayudando.

—Ya lo entiendo. Pero no creo que yo sea la persona indicada para ayudarle.

—¿Le pareció preocupado por algo el señor Packard?

—Si estaba preocupado, no me lo comentó.

—¿Le importa que le pregunte por qué lo contrató?

—No lo contraté. Yo contraté a Kolb International. Lo mandaron a él.

—Eso no es lo que le he preguntado.

—Si no le importa, es un asunto personal.

—Señor Osborn, estamos hablando de un hombre que ha sido asesinado —dijo McVey, y parecía que estuviera hablando ante un jurado.

Osborn dejó su vaso. No había hecho nada y se sentía como si lo estuvieran acusando. Aquello no le gustaba.

—Mire, inspector McVey, Jean Packard trabajaba para mí. Está muerto y lo siento, pero no tengo la menor idea de quién puede haberlo matado o por qué. Y si ése es el motivo por el que ha venido, ¡se equivoca! —Osborn se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta con un gesto de enfado. Al hacerlo, palpó la succinilcolina y el paquete de jeringuillas que le había dado Vera. Había pensado en dejarlas al volver a cambiarse antes de ir al río, pero lo había olvidado. Al descubrir el paquete, su actitud cambió.

—Oiga... lo siento. No quería reaccionar así. Supongo que el impacto al enterarme de que lo han matado de esa manera... me pone un poco nervioso.

—Sólo permítame preguntarle si el señor Packard terminó el trabajo que le había encargado.

Osborn dudó. ¿Qué diablos quería este tipo? ¿Sabían algo del asunto de Kanarack o no? «Si dices que sí, ¿que sucederá entonces? Si dices que no, lo dejarás abierto».

—¿Lo terminó, doctor Osborn?

—Sí —dijo él, finalmente.

McVey lo miró un momento, y luego inclinó el vaso y acabó el whisky. Sostuvo el vaso vacío en la mano como si no supiera qué hacer con él. Luego pareció recuperar el hilo de su pensamiento y volvió a mirar a Osborn.

—¿Conoce a un tal Peter Hossbach?

—No.

—¿John Cordell?

—No. —Osborn estaba totalmente intrigado. No tenía la menor idea de qué hablaba McVey.

—¿Friedrich Rustow? —preguntó McVey, cruzándose de piernas. Entre el borde de los calcetines y el pantalón aparecieron unas espinillas blancas y lampiñas.

—No —repitió Osborn—. ¿Son sospechosos?

—Son personas desaparecidas, doctor Osborn.

—Jamás he oído ninguno de esos nombres —dijo Osborn.

—¿Ni uno solo?

—No.

Hossbach era alemán, Cordell era inglés y Rustow, belga, y eran tres de los decapitados. McVey registró en alguna parte de su disco duro mental que Osborn no había movido ni un pelo al escuchar los nombres. Un factor de reconocimiento cero. Era evidente que podía tratarse de un actor consumado que mentía. Los médicos lo hacían a menudo cuando pensaban que era preferible que el paciente no supiera nada.

—Y bien, el mundo es ancho y pasan muchas cosas —dijo McVey—. Mi trabajo consiste en encontrar el cabo donde todo se junta e intentar aislarlo.

Se inclinó hacia la pequeña mesa y dejó el vaso junto a las llaves de Osborn y se incorporó. Había dos juegos de llaves. Uno era de la habitación del hotel y el otro era un juego de llaves de coche con el dibujo de un león medieval en el llavero. Las llaves de un Peugeot.

—Gracias por su tiempo, doctor. Siento haberlo molestado.

—No se preocupe —dijo Osborn, intentando que no se hiciera patente su alivio. Aquello no era nada más que preguntas rutinarias de la policía. McVey sólo estaba ayudando a los polis franceses, y no había nada más.

McVey estaba junto a la puerta, y tenía la mano en el pomo cuando se volvió.

—Usted estaba en Londres el día 3 de octubre, ¿no es así?

—¿Qué? —La reacción de Osborn fue de sorpresa.

—Eso fue... —y McVey sacó una pequeña tarjeta plástica de su cartera y la miró —, el lunes pasado.

—No entiendo qué quiere decir.

—Estaba en Londres, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo... volvía a casa después de un congreso médico en Ginebra —dijo Osborn, y se percató de que tartamudeaba. ¿Cómo lo sabía McVey? ¿Y qué tenía que ver eso

con Jean Packard y las personas desaparecidas?

—¿Cuántos días estuvo allí?

Osborn vaciló. ¿A dónde lo llevaba todo aquello? ¿Qué andaba buscando?

—No entiendo qué tiene que ver esto —dijo, intentando no dar la impresión de estar demasiado a la defensiva.

—Sólo es un pregunta, doctor. Es parte de mi trabajo. Hacer preguntas. —McVey no pensaba dejarlo hasta que le diera una respuesta.

Osborn decidió ceder.

—Alrededor de un día y medio.

—¿Se hospedó en el hotel Connaught?

—Sí.

Osborn sintió un hilillo de sudor que le resbalaba por la axila derecha. De pronto, McVey había dejado de tener aspecto de abuelo.

—¿Qué hizo mientras estuvo allí?

Osborn sintió que el rostro le enrojecía de ira. Lo estaban arrinconando en una situación que ni entendía ni le agradaba. «Tal vez sepan lo de Kanarack», pensó. Y eso podría ser una manera de engañarlo para que hablara de ello. Pero no haría tal cosa. Si McVey sabía algo de Kanarack, sería él quien hablara, no Osborn.

—Inspector, lo que hice en Londres es asunto personal, y dejémoslo ahí.

—Mire, Paul. —McVey habló suavemente—. No tengo la intención de entrometerme en sus asuntos privados. Estoy hablando de unos individuos que han desaparecido. Usted no es la única persona con que he hablado. Sólo quisiera que me explicara qué hizo con su tiempo mientras estuvo en Londres.

—Tal vez debería llamar a un abogado.

—Si cree que necesita uno, no hay problemas. Ahí tiene el teléfono.

—Llegué el sábado por la tarde, y fui a ver una obra de teatro el sábado por la noche —dijo, desviando la mirada, con voz monótona—. Empecé a sentirme mal. Volví a la habitación de mi hotel y no me moví hasta el lunes por la mañana.

—Toda la noche del sábado y el domingo todo el día.

—Así es.

—No salió en ningún momento de su habitación.

—No.

—¿Pidió servicio de habitación?

—¿No ha tenido nunca uno de esos virus que duran veinticuatro horas? Estuve tumbado por los escalofríos y la fiebre, con una diarrea que se alternaba con antiperistalsis, lo que vulgarmente se conoce como vómitos. ¿Quién tendría ganas de comer?

—¿Estaba solo?

—Sí. —La respuesta de Osborn fue rápida, tajante.

—¿Y nadie más lo vio?

—No que yo sepa.

McVey esperó un momento y luego habló con voz suave.

—Doctor Osborn, ¿por qué me miente?

Hoy era jueves por la noche. Antes de partir de Londres a París, el miércoles por la tarde, McVey le había pedido al Comandante Noble que verificara la estancia de Osborn en el hotel Connaught.

Poco después de las siete de la mañana del jueves, llamó Noble. Osborn se había registrado en el Connaught el sábado por la tarde y se había marchado el lunes por la mañana. Había firmado con el nombre de Paul Osborn, Dr., de Los Ángeles y había subido solo a su habitación. Un rato después, se había reunido con él una mujer.

—¿Qué dice usted! —exclamó Osborn, intentando disimular su asombro con la irritación.

—Usted no estaba solo —dijo McVey, sin darle la oportunidad de negarlo por segunda vez—. Mujer joven, pelo oscuro, veinticinco, veintiséis años. Se llama Vera Monneray, y tuvo relaciones sexuales con ella en el taxi que los llevó desde Leicester Square hasta el hotel Connaught el sábado por la noche.

—¿Dios mío! —Osborn estaba fuera de sí. Cómo trabajaba la policía, qué cosas sabían y cómo lo sabían, era algo verdaderamente insospechable. Al final, asintió.

—¿Fue por ella por lo que vino a París?

—Sí.

—Supongo que habrá estado enferma todo el tiempo que lo estuvo usted.

—Sí, estuvo enferma...

—¿La conoce desde hace tiempo?

—La conocí en Ginebra a finales de la semana pasada. Vino conmigo a Londres. Luego volvió a París. Es residente en un hospital de París.

—¿Residente?

—Es médica. Será médica pronto.

¿Médica? McVey miró a Osborn. Es asombroso lo que se puede encontrar cuando uno escarba un poco. A él le importaban un comino los «límites» que fijaba Lebrun.

—¿Por qué no habló de ella?

—Ya le dije que era algo personal.

—Doctor, ella es su coartada. Sólo ella puede confirmar qué hizo usted los días que estuvo en Londres...

—No quiero comprometerla en esto.

—¿Por qué?

Osborn sintió que se le volvía a calentar la sangre. McVey comenzaba a invadir un terreno personal con sus acusaciones, y la verdad es que a Osborn no le agradaba aquella intromisión en su vida privada.

—Mire, usted dijo que no tenía ninguna autoridad aquí. ¡No tengo por qué estar hablando con usted, en primer lugar!

—No, no tiene por qué. Pero creo que tal vez quisiera hacerlo —dijo McVey, afable—. La policía tiene su pasaporte. Pueden acusarlo de agresión con agravantes,

si quieren. Yo sólo les estoy haciendo un favor. Si llegaran a pensar que usted no se ha portado bien conmigo, tal vez se lo pensarían dos veces antes de dejarlo ir. Sobre todo ahora que su nombre ha aparecido en el contexto de una investigación por asesinato.

—¡Ya le dije que yo no tuve nada que ver con eso!

—Tal vez no —consintió McVey—. Pero podría pasarse un tiempo en una prisión francesa hasta que ellos estuvieran de acuerdo con usted.

De pronto, Osborn se sintió como si acabasen de sacarlo de la máquina de lavar la ropa y estuviesen a punto de lanzarlo a la secadora. No le quedaba más que ceder.

—Puede que si me dijera usted qué es lo que quiere saber, pudiera ayudarle.

—Asesinaron a un hombre en Londres el fin de semana que usted estuvo allí. Necesito que se confirme qué estaba haciendo usted y a qué hora. Y la señorita Monneray parece ser la única que puede hacerlo. Desde luego, tiene muchas reservas para incriminarla, y resulta que con esas reservas ya la está incriminando. Si usted prefiere, puedo pedirle a la policía francesa que la recoja en su domicilio y luego conversamos todos en la Prefectura.

Hasta ese momento, Osborn había hecho todo lo posible por mantener a Vera fuera de todo aquello. Pero si McVey cumplía su amenaza, se enterarían los medios de comunicación. Si eso sucedía, todo el tinglado —su relación con Jean Packard, la estancia clandestina con Vera en Londres, hasta la historia de Vera y de la persona que estaba viendo—, todo se convertiría en comidilla de primera página. Los políticos podían hacer lo que quisieran con las vedetes y las guapetonas del día, y lo peor que podía sucederles era perder una elección o algún alto cargo. Pero su amiga estaría retratada en la portada de la prensa amarilla a disposición en todos los kioscos del mundo, probablemente en bikini. Para una mujer que estaba a punto de licenciarse en medicina era algo completamente diferente. A la gente no le agradaba la idea de que los médicos fueran tan humanos, de modo que si McVey insistía, Vera no sólo perdería su condición de residente sino que tiraría por la borda toda su carrera. Con o sin chantaje, Osborn era la única persona con que McVey había hablado de lo que sabía, y ahora le ofrecía que las cosas siguieran así.

—Es... —empezó a decir Osborn, y carraspeó—. Es... —De pronto se percató de que McVey había abierto una puerta sin proponérselo. No sólo en lo que se refería al asunto Jean Packard sino también para descubrir hasta qué punto estaba enterada la policía.

—¿Es qué?

—La razón por la que contraté a un detective privado —dijo Osborn. Era un farol pero tenía que correr el riesgo. La policía habría revisado cada uno de los papeles en casa de Jean Packard y en su despacho. Pero él sabía que Packard no escribía nada. De modo que estarían buscando cualquier pista y no les importaba cómo conseguirla, hasta para mandar a un poli americano a darle un susto—. Ella tiene un amante. No quería que yo lo supiera. Y yo no lo habría descubierto si no la hubiera seguido hasta

París. Cuando me lo dijo, me enfadé. Le pregunté quién era pero no quiso decírmelo. De modo que me propuse descubrirlo. —Con todo lo listo y duro que era McVey, si se tragaba la historia, significaba que la policía no sabía nada sobre Kanarack. Y si no sabían nada, no había razón para que Osborn no siguiera adelante con su plan.

—¿Y Packard descubrió quién era?

—Sí.

—¿Me lo quiere decir?

Osborn esperó el tiempo suficiente para que McVey sintiera que no le era nada fácil hablar de ello.

—Se está follando al Primer Ministro de Francia —dijo, en voz baja.

McVey lo miró fijo un instante. Era la respuesta correcta, la que él buscaba. Si Osborn estaba escondiendo algo, McVey no sabía qué era.

—Ya se me pasará. Estoy seguro que un día me reiré de todo esto. Pero ahora no.

La respuesta de Osborn era razonable, incluso algo sentimental.

—¿Le parece suficientemente personal? —le preguntó.

VEINTICUATRO

McVey salió del hotel y cruzó la calle hasta su coche. Tenía una doble corazonada. Una era que Osborn no tenía nada que ver con el asesinato de Londres, y dos, que realmente sentía algo por Vera Monneray, independientemente de con quién estuviera acostándose.

Cerró la puerta del Opel, se colocó el cinturón y puso en marcha el motor. Encendió los limpiaparabrisas para ver en medio de una lluvia que no paraba, giró en medio de la calzada para cambiar de sentido y volvió a su hotel. Osborn no había reaccionado muy diferente a como reacciona la mayoría de la gente cuando la interroga la policía, sobre todo cuando se es inocente. La gama de reacciones solía ir desde el impacto emocional al temor, a la indignación, que la mayoría de las veces terminaba en ira, a veces con la amenaza de demandar al inspector o incluso a todo el Departamento de Policía. O terminaba en una amable conversación en la que el policía explicaba que sus preguntas no eran nada personal, que sólo tenía que hacer su trabajo. Luego pedía perdón por su intromisión y se retiraba. Y eso era lo que había hecho él.

Osborn no era su hombre. Podía pensar en Vera Monneray como una lejana posibilidad. Tenía una formación médica y, probablemente, experiencia en cirugía. Bajo esa luz, coincidía con el perfil del asesino y había estado en Londres durante el último crimen. Pero ella y Osborn tendrían entonces la coartada de lo que habían estado haciendo. Podían haber estado enfermos, como declaraba Osborn, o podían haber pasado todo el tiempo engañándose mutuamente. Si ella había salido un par de horas, y nadie en el hotel la había visto, Osborn, que se creía enamorado, la cubriría, aunque hubiese salido. Además, McVey sabía que si la buscaba en los archivos, encontraría un expediente vacío. Sobre todo, Lebrun se encontraría en una situación delicada, y podía terminar poniendo en ridículo no sólo al Cuerpo de Policía sino a toda Francia.

La lluvia arreciaba. A McVey le preocupaba pensar que no disponía de más información sobre las decapitaciones de la que tenía al empezar, tres semanas antes. La verdad era que así solía suceder, a menos que se consiguiera algo concreto y rápido. Eso era lo que tenía trabajar en Homicidios, los incontables detalles, los cientos de pistas falsas que había que seguir, revisar, volver a seguir. Los informes, el papeleo, las entrevistas a mansalva que se entrometían en las vidas de desconocidos. A veces, había suerte, pero la mayoría de ellas no era así. La gente se enfadaba con uno y no se les podía culpar. ¿Cuántas veces le habían preguntado por qué se dedicaba a aquello? ¿A dar su vida por un oficio irritante y morboso, repugnante? Él solía encogerse de hombros y decir que un día se había despertado y se había dado cuenta de que aquél era su medio de ganarse la vida. Pero en su fuero interno lo sabía, y por eso lo hacía. No sabía de dónde surgía o cómo lo había incorporado. Pero sabía

qué era. El sentimiento de que las víctimas también tienen un derecho. Y sus amigos, y las familias que los quieren. Los asesinatos no podían quedar en la impunidad. Sobre todo si se pensaba de ese modo y se tenía la experiencia y la autoridad para hacer algo.

Giró hacia la izquierda y cruzó un puente sobre el Sena. No había sido su intención hacer esa maniobra. Ahora estaba perdido y el mapa se le había invertido. Luego se dio cuenta de que seguía un flujo de tráfico que pasaba por delante de la torre Eiffel. En ese momento, uno de esos detalles que siempre lo perseguían después de una entrevista o un interrogatorio, comenzó a punzarle en un rincón de la conciencia. El mismo tipo de punzada que le había hecho llamar al piso de Vera aquella tarde, sólo para ver quién contestaba.

Cogió el carril de la izquierda y siguió hasta encontrar la primera calle lateral, giró y volvió atrás. Se desplazaba por uno de los lados del parque, y entre los árboles divisó la estructura metálica iluminada en la base de la torre Eiffel. Un poco más allá, un coche salió de su aparcamiento junto a la acera y se alejó. McVey pasó junto a la plaza vacía, retrocedió y aparcó. Al salir, se levantó la chaqueta para protegerse de la lluvia y se frotó las manos para calentarlas. Siguió un sendero que bordeaba el Campo de Marte. La torre Eiffel se erguía a lo lejos.

Los jardines del parque estaban a oscuras y era difícil ver. Las ramas de los árboles que colgaban sobre el sendero lo protegían de la lluvia, y McVey intentó caminar bajo ellas. Su aliento se hacía visible en el aire claro de la noche. Se sopló las manos y las guardó en los bolsillos del impermeable.

Pasó cautelosamente junto a unas obras en la acera y caminó otros cincuenta metros en dirección al sector iluminado, desde donde se veía con claridad la torre irguiéndose en el cielo de la noche. De pronto, resbaló y estuvo a punto de caer. Recuperó el equilibrio y caminó hasta donde una farola iluminaba un banco del parque. La luz de la torre se derramaba sobre el césped que acababa de cruzar. La mayor parte de la superficie estaba removida para plantar césped nuevo. Apoyó una mano contra la baranda y se miró el zapato. Estaba mojado y cubierto de lodo. Vio lo mismo en el otro zapato. Satisfecho, se volvió y caminó hacia el coche. Era la razón por la que había venido. A verificar una sencilla respuesta a una pregunta igualmente sencilla. Osborn había dicho la verdad sobre lo del lodo.

VEINTICINCO

Michèle Kanarack jamás había visto a su marido tan frío y distante.

Estaba sentado, vestido sólo con ropa interior, una camiseta gastada y unos calzoncillos American Jockey, mirando por la ventana de la cocina. Eran las nueve y diez minutos de la noche. De regreso a casa a las siete, se había sacado la ropa y la había puesto inmediatamente en la lavadora. Después, lo primero que buscó fue el vino, pero se detuvo bruscamente, después de beber medio vaso. Luego pidió su cena y comió en silencio. No había dicho palabra desde entonces.

Michèle lo miraba sin saber qué decir. Lo habían despedido, de eso no había duda. Cómo y por qué, no tenía idea. Lo último que le había dicho era que se marchaba a Rouen con el señor Lebec a estudiar el posible emplazamiento de una nueva panadería. Ahora, apenas veinticuatro horas después, allí estaba, vestido con sólo la ropa interior y mirando hacia la noche.

La noche era algo que Michèle había heredado de su padre. Tenía cuarenta y un años cuando nació ella, y trabajaba como mecánico cuando los alemanes habían invadido París. Como miembro de la Resistencia, todas las noches subía tres horas al tejado del edificio después del trabajo para observar y tomar nota del tránsito de los vehículos militares nazis.

Diecisiete años después de que la guerra hubo terminado, llevó a la pequeña Michèle, de cuatro años, al edificio donde había vivido y subió con ella al tejado para enseñarle lo que hacía durante la ocupación. Como por arte de magia, los vehículos de la calle se habían convertido en tanques, camiones y motocicletas nazis, y los peatones fueron de pronto soldados nazis con rifles y ametralladoras. No importaba que Michèle no entendiera el objetivo de lo que su padre había hecho. Lo que sí importaba era que, al llevarla a ese edificio y subir con ella al tejado oscuro para contarle qué había hecho y cómo lo había hecho, compartía con ella un pasado secreto y peligroso, algo muy especial y personal. Y cuando Michèle se acordaba de él, era algo que cobraba importancia.

Ahora, deseaba que su marido fuera como su padre. Si las noticias eran malas, eran malas. Se querían, estaban casados y esperaban el nacimiento de un hijo. La oscuridad del exterior hacía aún más dolorosa la comprensión de su distancia.

Al otro lado de la habitación, se detuvo la lavadora al llegar al final del ciclo. Henri se levantó inmediatamente, abrió la escotilla y sacó su ropa de trabajo. La miró y lanzó una imprecación, cruzó la habitación y abrió violentamente la puerta de un armario. Empezó a meter la ropa aún mojada en una bolsa de basura y la selló con cinta plástica.

—¿Qué haces? —preguntó Michèle.

Él levantó bruscamente la mirada.

—Quiero que te vayas de aquí —dijo—. Que te vayas a casa de tu hermana en

Marsella. Vuelve a usar tu nombre de soltera y cuéntales a todos que te he dejado, que soy un asqueroso, y que no tienes idea de adónde he ido.

—¿Qué dices? —preguntó Michèle, con una mirada de estupor en el rostro.

—Haz lo que te digo. Quiero que te vayas, ahora. Esta misma noche.

—Henri, por favor dime qué sucede, por favor.

Como respuesta, Kanarack tiró la bolsa de basura al suelo y entró en la habitación.

—Henri, por favor, déjame ayudar... —imploró Michèle, y de pronto se dio cuenta de que Kanarack hablaba en serio. Entró en la habitación detrás de él, casi muerta de miedo, y se paró en la puerta mientras él sacaba dos viejas maletas de debajo de la cama. Las empujó hacia ella.

—Llévate éstas —dijo—. Podrás meter suficientes cosas dentro.

—¡No! ¡Soy tu mujer! ¿Qué diablos pasa? ¿Cómo puedes decir estas cosas sin darme una explicación?

Kanarack la miró un rato largo. Quería decir algo pero no sabía cómo. Y luego, fuera, sonó el claxon de un coche, una vez, dos veces. Michèle entrecerró los ojos. Lo empujó a un lado al dirigirse a la ventana. Abajo, en la calle, vio el Citroën blanco de Agnès Demblon con el motor en marcha, y los humos del escape ascendiendo en el aire de la noche.

Henri la miró.

—Te quiero —dijo—. Ahora, vete a Marsella. Te enviaré dinero.

Michèle se apartó de él.

—No fuiste a Rouen. ¡Estabas con ella!

Kanarack no dijo nada.

—Vete a la mierda, cabrón. ¡Vete con tu maldita Agnès Demblon!

—Tú eres la que debe irse —dijo él.

—¿Por qué? ¿Tal vez piensa ella trasladarse aquí?

—Si eso es lo que quieres oír, vale. Sí, ella se viene a vivir aquí.

—¡Entonces, vete al infierno, y que te pudras! ¡Vete al infierno, grandísimo hijo de puta! ¡Me cago en tu maldito nombre!

VEINTISÉIS

—Ya entiendo —dijo François Christian, pausadamente y sin emoción en la voz. Sostenía una copa de coñac en la mano, y mientras la agitaba levemente, miraba el fuego.

Vera no dijo nada. Ya era bastante difícil dejarlo. Le debía muchas cosas y no quería insultarlo a él ni a ninguno de los dos saliendo de allí como si fuera una puta, porque no lo era.

Faltaban unos minutos para las diez. Acababan de terminar de cenar y estaban sentados en el gran salón de un lujoso piso de la calle Paul Valéry, entre la avenida Foch y la avenida Victor Hugo. Vera sabía que François tenía también una casa en el campo donde vivían su mujer y sus tres hijos. También sospechaba que tenía más de un piso en París, pero nunca había preguntado. Tampoco había preguntado si era su única amante, porque sospechaba que no lo era.

Bebió un sorbo de café y lo miró. Él permanecía inmóvil. Su pelo aún era oscuro, estaba minuciosamente cortado, y tenía un toque entrecano en las sienes. Con su traje oscuro a rayas, puños blancos y tiesos que asomaban de la mangas de su chaqueta con precisión de sastre, tenía el aspecto del aristócrata que era. El anillo de bodas en su mano izquierda despidió un brillo a la luz del fuego cuando él bebió un trago, absorto, sin dejar de mirar las llamas. ¿Cuántas veces la habían acariciado esas manos? ¿Cuántas veces la habían tocado de un modo que sólo él sabía tocar?

Su padre, Alexandre Baptiste Monneray, había sido oficial de alta graduación de la Marina. Durante los primeros años de su vida, Vera, junto a su madre y a su hermano pequeño, habían viajado por el mundo siguiendo al padre en los destinos que le asignaban. Cuando ella cumplió dieciséis años, su padre se jubiló y comenzó a trabajar como consultor independiente en cuestiones de defensa, y se instalaron definitivamente en una casona del sur de Francia.

Allí, François Christian, en aquel entonces subsecretario del Ministerio de Defensa, se convirtió, entre otros, en un asiduo visitante. Y allí había comenzado su relación. Fue François quien le hablaba de las artes, de la vida y el amor. Y, en una ocasión muy especial, hablaron sobre sus estudios. Cuando ella le dijo que quería estudiar medicina, él se mostró desconcertado.

Ella alegó que era verdad. No sólo deseaba ser médica, estaba decidida a serlo, aunque no fuera más que por una promesa hecha a su padre a los seis años durante una comida dominical, cuando sus padres discutían de las carreras adecuadas para las jovencitas. Así, de la nada, ella había anunciado su decisión de ser médica. Su padre le había preguntado si hablaba en serio y ella dijo que sí. Incluso recordaba la ligera sonrisa con que miró él a su madre al dar su venia a la opción de Vera. Una sonrisa que ella había tomado como un desafío. Ninguno de los dos la creía capaz de hacerlo, ni de proponérselo. Fue el momento en que ella decidió demostrarles que se

equivocaban. Y en el momento de su resolución, algo había surgido en ella, una luz blanca que invadió su alrededor y conservó su fulgor. Y aunque Vera sabía que nadie más podía verla, se sentía cálida y consolada, y dueña de una fuerza más poderosa de lo que jamás había conocido. Entonces lo había interpretado como la confirmación de que la promesa hecha a su padre tenía visos de realidad, y que su destino estaba sellado.

Y aquella tarde, mientras le contaba esta historia a François Christian, apareció el mismo fulgor, y se lo dijo a él, que estaba allí. Sonriendo, como si entendiera cabalmente, él le había sostenido su mano en las suyas y le había dado ánimos para que siguiera la huella de sus sueños.

A los veinte años, Vera se licenció en la Universidad de París y fue aceptada inmediatamente en la Facultad de Medicina de Montpellier, ocasión que su padre aprovechó para ceder y darle todo su estímulo. Un año más tarde, después de pasar las fiestas de Navidad con su abuela en Calais, Vera se detuvo en París para visitar a unos amigos. Sin ningún motivo especial, tuvo de súbito la idea de visitar a François Christian, a quien no había visto en casi tres años.

No era más que una travesura, desde luego, sin otro motivo que saludarlo. Pero François era ahora el líder del Partido Democrático de Francia y una de las principales figuras políticas. Vera no supo cómo llegar hasta él a través de una red de colaboradores, y decidió presentarse directamente en su despacho para verlo. Para sorpresa suya, la hicieron pasar casi inmediatamente.

Desde el momento en que entró en la habitación y él se levantó para saludarla, Vera había sentido que algo extraordinario estaba sucediendo. Él pidió té y se sentaron junto a la ventana que daba al jardín de su despacho. François la había conocido a los dieciséis años, y ahora Vera tenía casi veintidós. En menos de seis años, una adolescente respondona se había convertido en una joven de extraordinaria belleza, inteligente y sumamente atractiva. Si ella no estaba del todo convencida de aquello, la actitud de él se lo confirmó, y, sin poder evitarlo, no le quitó los ojos de encima, algo que también le sucedió a él con ella. Esa misma noche François la había llevado a ese piso. Cenaron y luego él la desvistió sobre el sofá junto al fuego, donde ahora estaba sentado. Hacer el amor con él había sido la cosa más natural del mundo. Y seguía siéndolo, incluso después de que lo hubieran nombrado Primer Ministro para los próximos cuatro años. Y luego, Paul Osborn había entrado en su existencia, y en lo que parecía sólo un momento, todo había cambiado.

—De acuerdo —dijo él, con voz queda, volviéndose hacia ella. Al encontrarse sus miradas, él conservaba aún un gran amor y todo el respeto por ella—. Ya entiendo. —Dejó la copa y se levantó. Volvió a mirarla, como queriendo fijar la imagen para siempre en su recuerdo. Durante un rato largo, permaneció inmóvil. Finalmente, dio media vuelta y desapareció.

VEINTISIETE

Osborn se sentó en el borde de la cama y oyó a Jake Berger quejarse del humo que le hacía llorar los ojos y le tapaba la nariz, y de los treinta grados de calor que estaban convirtiendo a Los Ángeles en una olla a presión de contaminación que rozaba los límites de alerta en grado uno. Berger no paraba de hablar desde el teléfono del coche, en algún punto entre Beverly Hills y el opulento barrio de Century City. No parecía importarle mucho que Osborn se encontrara a diez mil kilómetros en París y que tuviera sus propios problemas. Hablaba más como un niño mimado que como uno de los mejores abogados de Los Angeles, el mismo que anteriormente le había dado a Osborn las señas de Kolb International y de Jean Packard.

—Jake, por favor, escúchame... —interrumpió Osborn finalmente, y le contó lo que acababa de suceder: el asesinato de Jean Packard, la visita inesperada de McVey, su trabajo con Interpol, los asuntos personales. No dijo que había mentido en lo referente a contratar a Jean Packard para averiguar la existencia del amigo de Vera, así como no había explicado los motivos para contratar a un detective privado cuando había llamado por primera vez.

—¿Estás seguro que era McVey? —preguntó Berger.

—¿Lo conoces?

—¿Que si conozco a McVey? ¿Crees que hay un solo abogado que alguna vez haya defendido a un sospechoso de asesinato en la ciudad de Los Angeles que no conozca a McVey? Es un tío duro y eficiente, y tenaz como un toro. Una vez que le hinca el diente a algo no lo deja ir hasta que ha terminado. Que ahora esté en París no tiene nada de sorprendente, porque lo han solicitado desde hace años los departamentos de Homicidios con casos raros en todo el mundo. La pregunta es, ¿por qué está interesado en Paul Osborn?

—No lo sé. Apareció de pronto y empezó a hacer preguntas.

—Paul —dijo Berger, sin vacilar—. McVey, Interpol. No te está interrogando por un asunto cualquiera. Necesito una respuesta concreta. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —dijo Osborn. No había huella de vacilación en su voz. Durante un momento, Berger guardó silencio, y luego le dijo a Osborn que no hablara con nadie más, y que si McVey volvía, que lo llamara a Los Ángeles. Entretanto, intentaría ponerse en contacto con alguien en París para que le devolvieran su pasaporte y pudiese salir de allí.

—No —dijo Osborn, bruscamente—. No hagas nada. Yo sólo quería saber qué pasaba con McVey. Gracias por tu tiempo.

Succinilcolina. Osborn leyó en el frasco a la luz del baño, y luego lo metió en su neceser con un paquete sellado de jeringas, cerró el neceser y lo guardó entre un

montón de camisas de la maleta que aún no había deshecho.

Se lavó los dientes, tragó dos píldoras para dormir, ajustó la doble cerradura de la puerta, fue hasta la cama y retiró las sábanas. Se sentó y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Le dolían todos los músculos del cuerpo por exceso de tensión.

Era evidente que la visita de McVey lo había hecho flaquear, y que su llamada a Berger había sido como un grito de socorro. Pero después de haberlo contado todo, de pronto se dio cuenta de que había llamado a la persona equivocada, al profesional equivocado, a alguien capaz de dar consejos legales pero no espirituales. La verdad es que había estado pidiéndole a Berger que lo sacara de París y de sus problemas, tal como antes había intentado pedirle a Jean Packard que matara a Kanarack. En lugar de Berger, debería haber llamado a su psicólogo en Santa Mónica para pedirle consejos para lidiar con su crisis emocional. Pero no podía llamar sin confesar su intención de cometer un asesinato. Y si lo hacía, el psicólogo estaba obligado por la ley a informar a la policía. Después de descartar eso, la única persona con que podía hablar era Vera, pero no podía hacerlo sin incriminarla.

En realidad, daba igual con quien hablara porque la decisión final era y sería sólo suya. O se olvidaba de Kanarack o lo mataba.

La aparición de McVey había complicado las cosas. Ingenioso y experimentado en su oficio, McVey no había mencionado a Kanarack ni una sola vez, pero ¿cómo podía estar seguro Osborn de que el inspector no sabía nada? ¿Cómo podía estar seguro de que si llevaba a cabo su plan la policía no estaría vigilándolo?

Se inclinó y apagó la luz del lado de la cama y se quedó tendido en la oscuridad. Fuera, la lluvia chocaba suavemente contra la ventana. Las luces de la avenida Kléber iluminaban los hilillos de agua que se deslizaban por el vidrio y los proyectaban, ampliados, en el techo de la habitación. Cerró los ojos y pensó en Vera y en cómo se habían amado aquella tarde. La veía, desnuda sobre él, con la cabeza echada hacia atrás y la espalda arqueada, tocándole los tobillos con su largo pelo. El único movimiento era la lenta y sensual acometida de ella con su pelvis deslizándose sobre él. Era como una escultura, una presencia medular de todo lo femenino. Niña, mujer, madre. A la vez sólida y líquida, infinitamente fuerte y sin embargo tan frágil que casi se desvanecía.

La verdad era que la amaba y pensaba en ella de un modo que jamás había experimentado. Sólo tenía sentido si miraba en su interior para buscar el deseo, el apetito y el sentido de lo fantástico que puede llegar a tener el amor consagrado de dos seres. Y supo sin dudar que ambos morirían en ese momento, que en el mismo instante se reunirían en la vastedad del espacio, y después de asumir la forma que fuera necesaria, seguirían adelante, entrelazados para siempre.

Si esa visión era romántica o infantil, o si era espiritual, daba lo mismo, porque era la verdad de Osborn. Y él sabía que, a su manera, Vera sentía lo mismo. Lo había demostrado aquella tarde cuando lo había llevado a su piso y habían hecho lo que habían hecho. Y eso había proyectado una luz sobre todo lo demás.

Si él y Vera habían de continuar juntos, él no podía tolerar que ese demonio interior actuara como lo había hecho con todas sus relaciones afectivas desde que era niño. Destruirlas. Esta vez había que destruir al demonio. Inexorablemente y para siempre, por muy difícil o peligroso que fuera, sin que importaran los riesgos.

Cuando finalmente las píldoras surtieron efecto y el sueño comenzó a apoderarse de él, el demonio de Paul Osborn se materializó ante sus ojos. Tenía el lomo curvado, era amenazante y llevaba un abrigo sucio y polvoriento. A pesar de que estaba a oscuras, lo vio levantar la cabeza. Tenía los ojos hundidos, la mirada fija, y las orejas se separaban, angulosas, del rostro. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y Osborn no lograba distinguir la cara, aunque instintivamente sabía que la mandíbula era cuadrada y que una cicatriz la cruzaba desde el pómulos hasta el labio superior.

Y no había duda alguna.

Estaba viendo a Henri Kanarack.

VEINTIOCHO

«Clic».

McVey sabía, sin mirar, que eran las tres de la madrugada y diecisiete minutos, porque la última vez que había mirado el reloj eran las tres y once. Se suponía que los relojes digitales no metían ruido, pero si uno se ponía a escuchar, no era así. Y McVey había estado escuchando y contando los «clics» mientras pensaba.

Había regresado al hotel después de la visita a Osborn y de su paseo en la lluvia frente a la torre Eiffel a las once menos diez. El pequeño restaurante del hotel estaba cerrado y no había servicio de habitaciones. Ése era el famoso viaje con todos los gastos pagados que ofrecía Interpol. Un hotel apenas habitable, con alfombras gastadas, camas duras, y comida si se llegaba entre las seis y las nueve de la mañana y las seis y las nueve de la noche.

Lo único que podía hacer era volver a la lluvia a encontrar un restaurante abierto, o utilizar el «bar» de la habitación, la pequeña nevera encastrada entre lo que servía de armario y el baño, que se inundaba cada vez que McVey se duchaba.

McVey no tenía intención de salir a la lluvia, de modo que era el «bar» o nada. Lo abrió con una pequeña llave incluida en el llavero del hotel y encontró queso, galletas saladas y un triángulo de chocolate suizo. Encontró una botella de blanco que resultó ser un excelente Sancerre.

Luego, al abrir el cajón de la mesa para ver la lista de precios del «bar», descubrió por qué el Sancerre era tan bueno. La botella de medio litro costaba ciento cincuenta francos, unos treinta dólares. Una miseria para un degustador profesional, y una fortuna para un poli.

Hacia las once y media, algo menos irritado, se desvistió, y cuando estaba a punto de entrar en la ducha sonó el teléfono. El comandante Noble llamaba desde su casa en Chelsea.

—Espere un momento, por favor, McVey —dijo Noble—. También está en la línea el doctor Michaels, el patólogo de nuestra oficina central, y voy a ver qué debo hacer para hablar en conferencia sin que nos desconectemos todos.

McVey se enrolló una toalla y se sentó en la mesa con chapa de formica frente a su cama.

—¿McVey? ¿Está ahí todavía?

—Sí.

—¿Doctor Michaels?

McVey oyó la voz del joven médico cuando se estableció el contacto.

—Aquí —dijo.

—Muy bien. Doctor Michaels, cuénteles a nuestro amigo McVey lo que acaba de contarme a mí.

—Es acerca de la cabeza que encontramos.

—¿La han identificado? —preguntó McVey, animado.

—Todavía no —advirtió Noble—. Tal vez lo que nos diga el doctor Michaels nos explique por qué está siendo tan difícil la identificación. Siga usted, doctor Michaels.

—Sí, claro. —Michaels carraspeó—. Como usted recordará, inspector McVey, había muy poca sangre en la cabeza. De hecho, casi no había nada. De modo que fue muy difícil precisar el momento de la coagulación para establecer la hora de la muerte. Sin embargo, pensé que con un poco más de información, debería poder definir un margen razonable sobre la hora en que el tipo fue asesinado. Pues bien, resulta que me fue imposible.

—No entiendo —dijo McVey.

—Cuando usted se fue, tomé la temperatura de la cabeza y seleccioné algunas muestras de tejidos que envié a analizar al laboratorio.

—¿Y...? —McVey bostezó. Ya era tarde, y comenzaba a pensar más en el sueño que en el crimen.

—La cabeza había sido congelada. Y luego descongelada, antes de que la dejaran en el callejón.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—No diría que no lo haya visto antes —dijo McVey—. Pero normalmente se puede saber de inmediato porque los tejidos del interior del cerebro tardan mucho en descongelarse. El interior de la cabeza está más frío que las capas del exterior del cráneo.

—No fue eso lo que sucedió en este caso. La cabeza estaba completamente descongelada.

—Acabe lo que tenga que decirnos, doctor Michaels —urgió Noble.

—Cuando las muestras de tejido nos demostraron que la cabeza había sido congelada, me llamó la atención el hecho de que la piel del rostro se movía bajo la presión de mis dedos como lo haría en condiciones normales, como si no hubiese sido congelada.

—¿Qué está insinuando?

—Le mandé la cabeza al doctor Stephen Richards, un especialista de micropatología en el Royal College of Pathology para que me explicara algo sobre la congelación. Me llamó en cuanto descubrió lo que había sucedido.

—¿Y qué había sucedido? —McVey comenzaba a impacientarse.

—Nuestro amigo tiene una placa metálica en el cráneo. Es, sin duda, el resultado de una operación en el cerebro realizada hace años. Los tejidos del cerebro no habrían mostrado nada, pero la placa sí. La cabeza había sido congelada, no únicamente solidificada, a una temperatura cercana al cero absoluto.

—Soy un poco lento a estas horas de la noche, doctor. No le entiendo.

—El cero absoluto es un grado de frío inalcanzable en los procesos de congelación. Esencialmente, es una temperatura hipotética caracterizada por la

ausencia de calor. Para aproximarse a ella se requieren técnicas de laboratorio sumamente sofisticadas que emplean helio líquido o enfriamiento magnético.

—¿Cuán frío es este cero absoluto? —preguntó McVey, que nunca había oído hablar de eso.

—¿En términos técnicos?

—En los términos que sean.

—Doscientos setenta y tres, coma, uno, cinco grados Celsius bajo cero, o cuatrocientos cincuenta y nueve, coma, seis, siete grados Fahrenheit bajo cero.

—¡Jooder! ¡Esos son casi quinientos grados bajo cero!

—Exactamente.

—¿Y qué sucede entonces, suponiendo que se alcance el cero absoluto?

—Lo he estado mirando, McVey —intervino Noble—. Significa que se llega a un punto en que cesaría todo movimiento lineal del conjunto de las moléculas de una sustancia.

—Todos los átomos de su estructura se habrían detenido absolutamente —añadió Michaels.

«Clic».

Esta vez McVey miró el reloj. Marcaba las tres y dieciocho minutos, viernes, 7 de octubre.

Ni el comandante Noble ni el doctor Michaels tenían idea alguna de por qué alguien iba a congelar una cabeza hasta tal grado y a deshacerse luego de ella. McVey tampoco lo entendía. Existía la posibilidad de que proviniese de una empresa especializada en congelación criogénica, donde se aceptan los cuerpos de los recién fallecidos y se los congela a bajas temperaturas con la esperanza de que en el futuro, cuando existiera una cura para los males de los que hubieran fallecido, se pudiera descongelar los cuerpos, operarlos y devolverlos a la vida. Para los científicos de todo el mundo, aquello no era más que un sueño, pero la gente lo pagaba y algunas empresas legalmente establecidas proporcionaban el servicio.

Había dos empresas de esas características en Gran Bretaña. Una en Londres y la otra en Edimburgo, y Scotland Yard las investigaría por la mañana a primera hora. Tal vez John Doe no había sido asesinado, y puede que le hubieran cortado la cabeza después de muerto, y se quisiera conservar legalmente para un futuro lejano. Puede que fuera la inversión del muerto, que hubiera destinado sus ahorros de toda la vida a la congelación criogénica de su cabeza. Otros hacían cosas más descabelladas.

McVey había colgado diciendo que volvería a Londres al día siguiente, y pidió que hicieran radiografías de los siete cuerpos encontrados para verificar que no aparecían operaciones en que se les hubiera implantado una placa metálica. Huesos de la cadera, tornillos que afirmaran huesos rotos, metales que pudieran ser analizados, como la placa en la cabeza de John Doe. Y si alguno tenía una placa

metálica, debían mandar inmediatamente el cadáver al doctor Richards del Royal College para descubrir si también había sido congelado.

Tal vez ésa era la pista que buscaban, el tipo de elementos incidentales que normalmente un inspector tenía delante de su nariz pero que permanecía invisible durante una, dos, tres, hasta diez revisiones. El tipo de detalle que siempre cambiaba el curso de las investigaciones de homicidios más difíciles, eso siempre que el poli encargado de investigar perseverara el tiempo suficiente para revisar las cosas una vez más.

«Clic».

3.19

McVey dejó la silla, abrió la cama y se dejó caer encima. Ya era el día siguiente. Apenas recordaba el jueves. McVey pensó que no le pagaban suficiente para este tipo de faenas. La verdad es que nunca les pagaban suficiente a los policías. Tal vez la cabeza congelada los conduciría a algún lado, tal vez no, no más de lo que habían avanzado con el asunto Osborn. Osborn era un tipo simpático, metido en problemas y enamorado. Qué casualidad, salir de viaje de negocios y terminar enrollado con la amiga del Primer Ministro.

McVey estaba a punto de apagar la luz y meterse bajo las sábanas cuando vio sus zapatos llenos de lodo seco bajo la mesa donde los había dejado. Suspiró, salió de la cama, los llevó al baño y los dejó en el suelo.

«Clic».

3.24

McVey se metió bajo las sábanas, se dio media vuelta, apagó la luz y apoyó la cabeza contra la almohada.

Si Judy aún estuviese viva, lo habría acompañado en este viaje. El único lugar al que habían viajado juntos, sin tener en cuenta los viajes a Big Bear para pescar, había sido Hawai. Dos semanas en 1975. Jamás habrían podido pagar unas vacaciones en Europa. Y bien, esta vez se las habrían pagado. No habría sido en primera clase, pero daba igual, lo habría pagado Interpol.

«Clic».

3.26

—¡El lodo! —exclamó McVey de pronto y volvió a sentarse. Encendió la luz, echó a un lado las sábanas y fue al baño. Se inclinó, cogió uno de sus zapatos y lo miró. Cogió el otro e hizo lo mismo. El lodo seco que cubría los zapatos era gris, casi negro. El lodo que había visto en el calzado de Osborn era rojo.

VEINTINUEVE

Michèle Kanarack miró el reloj cuando el tren salía de la estación de Lyon hacia Marsella. Eran las seis cincuenta y cuatro de la mañana. No había traído maleta, sólo un bolso de mano. Había cogido un taxi en el apartamento quince minutos después de haber visto el Citroën de Agnès Demblon esperando fuera. En la estación, compró un billete de segunda clase a Marsella y luego se sentó en un banco. Iba a esperar cerca de nueve horas, pero no le importaba.

No quería nada de Henri, ni siquiera ese hijo concebido en el amor hacía menos de ocho semanas. Lo repentino de los acontecimientos era abrumador. Y tanto más cuanto todo había parecido surgir de la nada.

Después de abandonar la estación, el tren cobró velocidad y París se transformó en una nebulosa. Veinticuatro horas antes, su mundo había parecido cálido y vivo. Cada día que pasaba, el embarazo la colmaba con más y más felicidad, y entonces Henri había llamado para decir que viajaba a Rouen con el señor Lebec para mirar una nueva panadería, tal vez, pensó ella, con la posibilidad de un trabajo administrativo. Y luego, de un manotazo, todo había desaparecido. Todo. La habían engañado y le habían mentido. No sólo eso, es que era tonta. Debería haber comprendido el poder que esa puta de Agnès Demblon tenía sobre su marido. Tal vez siempre lo había sabido y se había negado a aceptarlo. Sólo ella era la culpable de todo. ¿Qué mujer dejaría que a su marido lo recogiera y llevara al trabajo, día tras día, una mujer soltera, por muy poco atractiva que fuera? Sin embargo, cuántas veces Henri le había asegurado: «Agnès es una vieja amiga, mi amor, una solterona. ¿Qué interés podría tener yo por ella?».

«Mi amor». La manera en que lo decía la ponía enferma. Tal como se sentía en ese momento, los habría matado a los dos sin la menor contemplación. Fuera, la ciudad se transformaba en campos. Un tren pasó rugiendo en dirección contraria. Michèle Kanarack jamás volvería a París. Henri y todo lo que él significaba se había acabado. Definitivamente. Su hermana tendría que entenderlo y no intentar convencerla de que volviera.

—Vuelve a usar tu nombre de soltera. —¿Eso es lo que había dicho?

Eso es lo que haría. No bien hubiese encontrado un empleo y consiguiera un abogado. Se echó hacia atrás, cerró los ojos y escuchó el ruido del tren deslizándose por la vía rápida hacia el sur de Francia. Era el 7 de octubre. Exactamente dentro de un mes y dos días, ella y Henri habrían cumplido ocho años de casados.

En París, Henri Kanarack estaba enroscado como un feto, durmiendo en un sillón en el salón de Agnès Demblon. A las cuatro cuarenta y cinco había llevado a Agnès al trabajo y luego había regresado a su piso con el Citroën. Su propio piso, en el 175 de la avenida Verdier, estaba vacío. Si alguien entraba, no encontraría a nadie en casa, ni encontraría ninguna pista que indicara dónde podían haber ido. Las bolsas de plástico

de basura verdes con su ropa de trabajo, su ropa interior, zapatos y calcetines habían desaparecido en la caldera del sótano en cuestión de segundos.

Hasta la última prenda de ropa que llevaba puesta en el momento de matar a Jean Packard se había esfumado por los filtros hacia el aire y ahora estaba suspendida en partículas microscópicas sobre el barrio de Montrouge.

A quince kilómetros de allí, al otro lado del Sena, Agnès Demblon estaba sentada a su mesa de trabajo en la panadería, ocupada con las facturas que siempre enviaba el 7 de cada mes. Ya le había advertido al señor Lebec y a sus empleados que Henri Kanarack se había ausentado de la ciudad debido a problemas familiares, y que no se presentaría a trabajar al menos durante una semana.

A las seis y media ya había colocado unas notas escritas a mano sobre la mesa del teléfono y en el mostrador de la tienda, pidiendo que cualquier pregunta sobre Henri Kanarack fuera dirigida a ella.

A casi la misma hora, McVey recorría minuciosamente el parque del Campo de Marte frente a la torre Eiffel. La luz bajo la lluvia fina revelaba los mismos jardines rectangulares que había visto la noche anterior. Más allá, McVey vio otras zonas del camino en trabajos de remodelación. Más allá había los senderos, aún no removidos, paralelos unos a otros, intersectando con las líneas a intervalos de cincuenta metros. Caminó por todo el largo del parque por un lado, cruzó y volvió por el lado opuesto, estudiando el suelo al caminar. Sólo vio la tierra grisácea que nuevamente le ensuciaba los zapatos. Volvió sobre sus pasos para ver si había algo más. Vio venir hacia él a uno de los vigilantes. El hombre no hablaba inglés y el francés de McVey era imperdonable. Pero lo intentó de todas maneras.

—Tierra roja. ¿Me entiende? Tierra roja. ¿Hay tierra roja por aquí? —preguntó McVey y señaló el suelo.

—Tie-rroja —contestó el hombre.

—No. ¡Roja! El color ro-jo —deletreó McVey.

—Ro-jo —repitió el hombre, y miró a McVey como si estuviera loco.

Era demasiado temprano para aquello. Buscaría a Lebrun y lo traería para hacer las preguntas.

—Perdón —dijo, con el mejor acento que tenía, y estaba a punto de irse cuando vio el pañuelo rojo que colgaba del bolsillo trasero del hombre—. Rojo —dijo, señalándolo.

El hombre entendió, se sacó el pañuelo y se lo ofreció a McVey.

—No, no —dijo éste, y lo rechazó—. ¡El color!

—¡Ah! —Al hombre se le iluminó la cara—. *La couleur!*

—*La couleur* —repitió McVey, triunfante.

—*Rouge* —dijo el hombre.

—*Rouge* —repitió McVey, intentando imitar el sonido de la «r» como el parisino.

Luego se inclinó, cogió un puñado del lodo gris en la mano. —*¿Rouge?* —preguntó.

—*¿Le terrain?*

McVey asintió.

—*¿Rouge terrain?* —preguntó, y con un gesto del brazo abarcó los terrenos del parque.

El hombre lo miró.

—*Rouge terrain* —dijo, y señaló con el brazo como McVey.

—¡Sí! —se alegró el inspector.

—*Non* —replicó el hombre.

—*¿No?*

—No.

De regreso en el hotel, McVey llamó a Lebrun y le comunicó que estaba preparando su equipaje para volver a Londres, y que tenía el sentimiento cada vez más acuciante de que Osborn quizá no era tan legal como había pensado al principio, y que tal vez valiera la pena vigilarlo hasta el día siguiente, cuando debía recoger su pasaporte y volver a Los Ángeles.

—Ah, me olvidaba —dijo—. Tiene las llaves de un Peugeot.

Treinta minutos más tarde, a las ocho y cinco de la mañana, un coche de policía camuflado se estacionó en la acera frente al hotel de Paul Osborn en la avenida Kléber. En el interior, un inspector de civil se desabrochó el cinturón y se sentó a observar. Si Osborn salía —ya fuera a pie o a esperar que le trajeran el coche—, el inspector lo vería. Gracias a una llamada de teléfono y excusándose por haberse equivocado de número, había confirmado que Osborn aún estaba en su habitación. Una búsqueda de las empresas de alquiler de coches había proporcionado el año, color y placa del Peugeot que Osborn había alquilado.

A las ocho y diez, un segundo coche camuflado recogía a McVey en su hotel para llevarlo al aeropuerto. Era una cortesía del inspector Lebrun y de la Prefectura Central de Policía de París. Quince minutos más tarde, aún estaban en medio del tráfico. McVey, que a esas alturas conocía bien la ciudad, se dio cuenta de que su chofer no había elegido la vía más rápida para llegar al aeropuerto. Tenía razón. Cinco minutos más tarde entraron en el garage del cuartel de policía.

A las ocho y cuarenta y cinco, siempre con el mismo traje gris arrugado que lamentablemente comenzaba a ser su distintivo, McVey estaba sentado frente a Lebrun en su mesa de trabajo estudiando la ampliación de quince por veinte centímetros de una huella dactilar. Era un dedo entero y la imagen clara, recogida de una mancha en el trozo del vaso roto que el equipo técnico de Homicidios había encontrado en el piso de Jean Packard. Habían enviado el vaso al laboratorio de huellas dactilares de Interpol en Lyon, donde un experto en informática pudo extraer de la mancha una huella perfectamente identificable. La huella había pasado por un

escáner, ampliada, fotografiada y devuelta a Lebrun en París.

—¿Conoce usted al doctor Hugo Klass? —preguntó Lebrun, y encendió un cigarrillo y volvió a mirar la pantalla en blanco del ordenador.

—Especialista alemán en cuestiones de huellas dactilares —dijo McVey, y devolvió la foto a la carpeta y la cerró—. ¿Por qué?

—Usted tenía la intención de preguntar acerca de la precisión de esta huella, ¿no es así?

McVey asintió.

—Klass trabaja ahora fuera de la oficina de Interpol. Con el experto informático, trabajaron a partir de la mancha original hasta encontrar un patrón más o menos legible. A continuación, Rudolf Halder, de Interpol en Viena, realizó una prueba de verificación con un nuevo instrumento óptico de comparación que él y Klass han desarrollado en equipo. Un misil inteligente no podría ser más preciso.

Lebrun volvió a mirar la pantalla que permanecía en blanco. Esperaba una respuesta de una información que había solicitado a la base de datos del archivo criminal de Interpol en Lyon. Su primera solicitud le había sido devuelta como «no se encuentra en archivo», Europa. La segunda volvió con un «no se encuentra en archivo», América del Norte. Un tercer intento de «búsqueda automática» y el ordenador empezó a buscar «datos anteriores».

McVey se inclinó y cogió una taza de café. A pesar de que intentaba tenazmente actuar como un poli moderno y de utilizar el amplio espectro de tecnología punta que tenía a su disposición, seguía sin poder desprenderse de la vieja escuela. Para McVey, el trabajo se cubría cuando se tenía al hombre y las pruebas para respaldarlo. Luego, se iba tras él, poco a poco, hasta que se derrotaba. De todos modos, sabía que tarde o temprano tendría que acostumbrarse y tomarse las cosas con más calma.

Se incorporó, dio unos pasos hasta situarse detrás de Lebrun y observó la pantalla.

En ese momento, apareció un archivo de Interpol, Washington. Siete segundos más tarde, se leyó: Merriman, Albert John, buscado por asesinato, intento de asesinato, robo a mano armada, extorsión... Florida, Nueva Jersey, Rhode Island, Massachusetts.

—Un tipo simpático —dijo McVey. Luego la pantalla volvió a quedar en blanco, con la excepción de una sola línea: *Fallecido, Nueva York, 22 de diciembre, 1967.*

—¿Fallecido? —preguntó Lebrun.

—Su ordenador de última generación tiene un muerto matando a gente en París. ¿Cómo le va a explicar eso a la prensa? —preguntó McVey, inexpresivo.

Lebrun se lo tomó como una afrenta.

—Es evidente que Merriman ha falseado su muerte y se ha procurado una nueva identidad.

McVey volvió a sonreír.

—O eso o Klass y Halder no son los genios que parecen ser.

—¿Le molestan los europeos, McVey? —preguntó Lebrun, serio.

—Sólo cuando hablan una lengua que no conozco —dijo McVey, y se alejó, se detuvo mirando el techo y volvió sobre sus pasos—. Suponga que Klass y Halder tienen razón y es Merriman. ¿Por qué habría de salir de su escondite después de tantos años para cargarse a un detective privado?

—Porque algo lo obligó. Probablemente algo en lo que estaba trabajando el tal Jean Packard.

En la pantalla apareció la orden: Descripción física-Foto-Huellas dactilares-S/N.

Lebrun pulsó la S en su teclado.

La pantalla quedó en blanco, y luego apareció una segunda orden: Sólo fax-S/N.

Lebrun volvió a pulsar el Sí. Dos minutos más tarde, apareció una foto de la ficha policial, la descripción física y las huellas de Albert Merriman. En la foto aparecía Henri Kanarack, casi treinta años más joven.

Lebrun la miró y se la pasó a McVey.

—No lo conozco —dijo el inspector.

Lebrun se sacudió una ceniza de la manga, levantó el auricular del teléfono y le dijo a alguien que volvieran al piso de Jean Packard y a su despacho en Kolb International y lo revisaran todo más minuciosamente que la primera vez.

—También sugeriría que un técnico de la policía vea si pueden elaborar un esbozo del aspecto que tendría Merriman si aún viviera hoy —dijo McVey. Cogió un viejo bolso de cuero marrón que le servía de maleta y de equipo de homicidios portátil y le agradeció a Lebrun el café—. Ya sabéis dónde encontrarme en Londres —dijo—, en caso de que nuestro amigo Osborn hiciera algo que no debiera antes de volver a Los Ángeles. —Se dirigió a la puerta.

—McVey —dijo Lebrun—. Albert Merriman murió en Nueva York.

McVey se detuvo y se volvió lentamente, justo a tiempo para ver una sonrisa pintada en el rostro de Lebrun.

—Por el gremio, McVey, por favor, haga la llamada.

—Por el gremio.

Lebrun asintió y se incorporó para dejarle su silla a McVey.

TREINTA

Unos pasos más allá del edificio de la rue de la Cité, donde McVey intentaba comunicarse con el Cuerpo de Policía de Nueva York para informarse sobre Albert Merriman, Vera Monneray caminaba por la Porte de la Tournelle, mirando absorta el tráfico junto al Sena. Había sido una decisión correcta terminar su relación con François Christian. Sabía que la ruptura le había dolido, aunque se lo había comunicado con toda la gentileza y el respeto que tenía por él. No había dejado, se dijo, a uno de los miembros más importantes del gobierno francés por un cirujano ortopédico de Los Ángeles. La verdad en sí era que ni ella ni François podrían haber continuado como estaban y, al mismo tiempo, seguir desarrollándose. Y la vida sin ese desarrollo significaba marchitarse hasta finalmente morir.

Lo que había hecho no era más que un acto de supervivencia personal, algo que François habría hecho con ella en el futuro, cuando terminara por reconocer que su verdadero amor pertenecía a su mujer y sus hijos.

Desde lo alto de unas largas escaleras, se volvió y miró hacia París. Vio el Sena que se extendía a lo lejos y los grandes arcos de Notre Dame, como si fuera la primera vez.

Los árboles y los tejados y el tráfico en el bulevar le parecían absolutamente novedosos, al igual que el parloteo entusiasmado de los peatones. François Christian era un buen hombre, y ella se alegraba de haber compartido su vida con él. Ahora estaba igualmente agradecida porque todo había terminado. Tal vez se debía a que por primera vez en mucho tiempo se sentía sin trabas, completamente libre.

Dobló a la izquierda y comenzó a cruzar el puente hacia su apartamento.

Intentaba deliberadamente no pensar en Paul Osborn pero no podía evitarlo. El hilo de su pensamiento volvía una y otra vez a él. Vera quería creer que Osborn la había ayudado a liberarse. Con sus atenciones, hasta con su adoración, Osborn había renovado su fe en sí misma como una mujer independiente, inteligente y sexualmente atractiva, capaz de ocuparse de su propia vida. Y eso le había dado la confianza y el valor para apartarse de François.

Pero eso era sólo una parte del todo, y no reconocerlo sería como mentirse a sí misma. El doctor Paul Osborn sufría, y a ella le importaba su sufrimiento. En cierto sentido, quería creer que el afecto y el cuidado formaban parte de un instinto femenino de maternidad. Era lo que las mujeres hacían cuando sentían que alguien a su lado sufría. Pero no era tan sencillo, y ella lo sabía. Ella quería amarlo hasta que él no sufriera más, y después, amarlo más aún.

—*Bonjour, mademoiselle* —dijo el portero uniformado de cara redonda con tono alegre, abriéndole la puerta de hierro forjado del edificio.

—*Bonjour, Philippe* —contestó ella con una sonrisa y pasó junto a él hacia la entrada y subió rápidamente las escaleras de mármol que conducían a su piso en la

segunda planta.

Una vez dentro, cerró la puerta y cruzó el pasillo que daba al comedor.

En la mesa había un jarrón con dos docenas de rosas rojas de tallos largos. No tenía que abrir el sobre para saber quién lo había enviado, pero lo abrió de todos modos.

«Adiós. François», leyó.

Lo había escrito de su propio puño y letra. François había dicho que entendía y así era. La nota y las flores significaban que siempre serían amigos. Vera sostuvo la tarjeta un momento, la puso en el sobre y entró en el salón. En un rincón había un piano de media cola. Al frente, dos sillones se situaban en ángulo recto, separados por una larga mesita de ébano con cubierta de vidrio. A su derecha, las dos habitaciones y el estudio con que comunicaba el pasillo. A la izquierda, el comedor. Más allá, una despensa y luego la cocina.

Fuera, las nubes que flotaban a baja altura oscurecían la ciudad. El cielo gris y negro le daba a todo un aire triste. Por primera vez, el piso le pareció enorme y mal cuidado, ni cálido ni cómodo, un lugar habitado por alguien más formal y mayor que ella.

Se sintió invadida por un aura de soledad tan gris como el cielo que cubría París. Sin pensarlo, quería que Paul estuviese allí. Quería tocarlo y dejarse tocar por él, como lo habían hecho ayer. Quería estar con él en la habitación y en la ducha y en cualquier otro lugar donde él quisiera poseerla. Quería sentirlo dentro de sí, quería que le hiciera el amor una y otra vez hasta desfallecer.

Lo deseaba tanto para él como para ella. Era importante que Osborn entendiera que ella conocía el lado oscuro de las cosas. Y aunque ella no supiera de qué se trataba, o aunque a él le costara hablar, podía confiar en ella. Porque, cuando llegara el momento, él se lo contaría y juntos harían algo. Pero ahora, antes que nada debía saber que ella estaba allí para él, cuando él la necesitara y durante todo el tiempo que fuera necesario.

TREINTA Y UNO

West Side Story, la película estrenada el año 1961 y protagonizada por Natalie Wood, estaba en cartelera en versión original en un pequeño cine del Boulevard des Italiens. Duraba ciento cincuenta y un minutos, y Paul Osborn eligió la segunda sesión, que empezaba a las cuatro. En la universidad había seguido dos cursos de historia del cine y había escrito una larga monografía sobre la adaptación de las comedias musicales a la pantalla. *West Side Story* había sido una pieza clave en su trabajo y aún la recordaba lo bastante bien como para convencer a cualquiera de que la había visto.

El cine del Boulevard des Italiens quedaba a medio camino entre su hotel y la panadería donde trabajaba Kanarack, y había estaciones de metro a cinco minutos caminando en tres direcciones.

Osborn dibujó un círculo alrededor del nombre del cine, cerró el periódico y se levantó de la mesa pequeña ante la que estaba sentado. Cruzó el comedor del hotel para pagar la cuenta de su desayuno y miró hacia fuera. Aún llovía.

Entró en el salón y miró a su alrededor. Había tres empleados del hotel en el mostrador de recepción, y fuera, dos personas se protegían de la lluvia bajo la entrada techada del hotel. Un botones llamaba un taxi. No había nadie más.

Se dirigió al ascensor, pulsó el mando y las puertas se abrieron de inmediato. Entró y subió solo. En el camino, pensó detalladamente la situación que planteaba McVey. Estaba seguro de que era Kanarack quien había matado a Jean Packard. La pregunta consistía en saber si la policía lo sabía. O, más concretamente, ¿sabían acaso que él había contratado a Jean Packard para que encontrara a Kanarack? Como ya se había percatado, lo que la policía sabía y cómo lo sabía estaba más allá del entendimiento del hombre común, incluyéndolo a él.

Pensando en el peor de los casos, es decir, que la policía no supiera nada acerca de Kanarack pero que sospecharan que él sabía más de lo que había dicho acerca de la muerte de Jean Packard, McVey u otros estarían vigilando el hotel y lo seguirían apenas saliera. El problema era grave, y él debía encontrar una manera de escabullirse.

El ascensor se detuvo y Osborn salió al pasillo. Entró en su habitación y cerró la puerta. Eran las once y veinticinco de la mañana. Quedaban cuatro horas antes de la sesión de cine.

Tiró el periódico sobre la cama, entró al baño, se lavó los dientes y se duchó. Mientras se afeitaba, pensó que la mejor manera de solucionar el problema era actuar como la policía esperaba que actuara, como el amante entristecido que pasa el último día en París a solas. Y mientras antes comenzara, más fácilmente despistaría a quien lo siguiera. ¿Y qué lugar más apropiado para iniciar su solitaria jornada que el museo del Louvre, con sus enjambres de turistas y sus innumerables salidas?

Se puso el impermeable, apagó la luz y se dirigió a la puerta. Cuando pasó frente

al espejo, vio su imagen oscurecida, y por un momento contempló todo desde el interior. El hecho de que la policía lo vigilara volvía todo mucho más difícil. Si a Kanarack lo hubieran atrapado y lo hubieran juzgado dentro de un plazo razonable, las cosas serían diferentes. Pero no había sido así. Casi treinta años después y un continente de por medio, el crimen de Kanarack era una especie de crimen especial, sin una ley que pudiera o quisiera administrar castigo o justicia. Dada la ausencia de esa ley, había que llegar a una solución de equidad usando los medios de que disponía. Y Osborn esperaba que si había un Dios, lo entendería.

Decidiendo que moverse a pie le daría mayores posibilidades, Osborn dejó el Peugeot de alquiler en el garage del hotel y le pidió al portero que llamara un taxi. Cinco minutos más tarde, estaba en los Campos Elíseos en dirección al Louvre. Le pareció que un coche oscuro había dejado la acera cuando el taxi salía de la entrada del hotel, pero al mirar hacia atrás no pudo confirmarlo.

Pocos minutos después, el taxi paró frente al Louvre. Osborn pagó al chofer y se apeó en medio de una ligera niebla. Cuando el taxi se alejó, tuvo la reacción inmediata de buscar el coche oscuro. Pero si la policía lo estaba vigilando, no debía por ningún motivo darles a entender que lo sabía. Se llevó las manos distraídamente a los bolsillos, esperó que pasaran los coches, cruzó la calle Rívoli y entró en el museo.

Una vez dentro, estuvo unos veinte minutos contemplando las obras de Giotto, Raphael, el Tiziano y Fra Angélico antes de salir de la sala en busca de un lavabo. Cinco minutos más tarde se unió a un grupo de turistas americanos que estaban a punto de subir a un autocar con destino a Versalles y salió con ellos por la entrada principal. En la esquina, se separó del grupo, caminó media manzana y entró en el metro.

Antes de una hora estaba de regreso en el hotel, esperando que le trajeran el Peugeot del garage. Si la policía lo seguía, ¿cómo iban a suponer que ya no estaba en el museo? Sin embargo, tuvo la precaución de mirar por el retrovisor al partir. Para asegurarse, giró por una calle y, dos manzanas más allá, volvió a girar. Por lo que observaba, estaba solo.

Veinte minutos más tarde, estacionó el Peugeot en una calle pequeña a una manzana y media del cine, lo cerró y se alejó. Cogió el metro para volver al hotel, espero a que el chico que había traído su coche del garage saliera de la puerta principal para ir a buscar otro coche y sólo entonces entró y subió a su habitación.

Al entrar, miró el reloj en la mesilla de noche. Era exactamente la una y cuarto. Se sacó el impermeable y miró hacia el teléfono. A primera hora de la mañana, había tenido el impulso de llamar a la panadería para asegurarse de que nada había salido mal y de que Kanarack estaba en el trabajo como era habitual. Luego pensó que si sucedía algo y las cosas iban mal, podían seguirle la pista a la llamada hasta su habitación. Colgó de inmediato. Mirando el teléfono ahora, tuvo el mismo deseo de averiguar, pero decidió abstenerse.

Era preferible confiar en el destino que lo había llevado hasta allá y suponer que

Kanarack estaría allí el viernes como habría estado el jueves y probablemente todos los días en los últimos años, trabajando tranquilamente y pasando lo más desapercibido posible.

Y ahora, Osborn se sacó el impermeable, las botas y el jersey oscuro que había llevado en el Louvre y se puso un par de vaqueros gastados, y un viejo jersey sobre una camisa de franela a cuadros L.L. Bean. Y mientras ataba cuidadosamente sus zapatillas deportivas y se metía en el bolsillo de la chaqueta la gorra azul adquirida aquella misma mañana y finalmente se disponía a preparar las herramientas del día, llenando tres jeringas con la succinilcolina, mientras hacía todo esto, contando en el reloj los minutos que faltaban para salir hacia el cine del Boulevard des Italiens, Henri Kanarack estaba estacionando el Citroën blanco de Agnès Demblon a menos de media manzana de su hotel.

TREINTA Y DOS

El pelo bien peinado y la barba bien rasurada, Henri Kanarack vestía un mono azul de una empresa de reparación de aire acondicionado. No tuvo trabas al pasar la entrada de servicio ni al coger el ascensor de servicio hasta la planta de reparaciones. Jean Packard le había dado el nombre de Paul Osborn y del hotel donde se hospedaba. No sabía el número de habitación porque era seguro que también habría soltado ese dato. Los hoteles no daban el número de habitación de los clientes, sobre todo los de cinco estrellas como el de Osborn, con una clientela adinerada e internacional, protegida de los extraños que actuaban con motivaciones personales o políticas.

Kanarack cogió una caja de herramientas del taller mecánico, caminó por el pasillo de servicio hasta las escaleras de emergencia, por donde subió hasta el vestíbulo. Cruzó la puerta y echó un vistazo a su alrededor. La sala de recepción era pequeña, recubierta de madera y bronce, y la mayor parte de la decoración eran antigüedades. A la izquierda quedaba la entrada al bar y, directamente enfrente, una pequeña tienda de regalos y el comedor. A la derecha, los ascensores. Enfrente de éstos, el mostrador de recepción, tras el cual un empleado de traje oscuro hablaba con un ejecutivo africano extraordinariamente alto que acababa de registrarse. Para conseguir el número de la habitación de Osborn, Kanarack tenía que pasar al otro lado del mostrador. Cruzó la sala, se acercó al empleado y cuando éste levantó la mirada, Kanarack tomó la iniciativa.

—Reparación de la calefacción. Hay un problema con el sistema eléctrico, y estamos intentando localizarlo —dijo.

—No sé nada de eso —dijo el empleado, desdeñoso. Esa actitud arrogante de superioridad era algo que Kanarack había odiado en los parisinos desde su llegada, sobre todo cuando se trataba de empleados con salarios algo superiores al suyo, gente que lograba a duras penas llegar a fin de mes.

—No quiere saber nada. Pues bueno. El problema no es mío —dijo Kanarack con un elocuente gesto de los hombros, indiferente.

En lugar de discutir, el empleado lo despachó de inmediato.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo, y siguió conversando con el africano.

—Vale —dijo Kanarack, y pasó al otro lado del mostrador para examinar un panel de interruptores justo por encima de la lista de registros del hotel. Al inclinarse a mirarla, sintió la presión del calibre 45 metida en el cinturón bajo el ancho mono. El silenciador corto le rozaba la parte superior del muslo. El cargador estaba lleno, y llevaba otro de recambio en el bolsillo.

—Permiso —dijo, cogiendo el registro y poniéndolo a un lado. Sonó el teléfono del mostrador y el empleado lo cogió. Kanarack aprovechó para revisar los nombres. En la O, encontró lo que buscaba. La habitación de Paul Osborn era la 714. Volvió a dejar el registro en su lugar, recogió la caja de herramientas y salió del mostrador.

—Gracias —volvió a decir.

McVey miró la niebla a través de la ventana, cansado e irritado. El aeropuerto Charles de Gaulle estaba cerrado y todos los vuelos habían sido cancelados. A McVey le habría gustado saber si el tiempo se despejaría o no. Si el aeropuerto permanecía cerrado, era preferible coger una habitación en un hotel de las cercanías y dormir. Si lo abrían y había una posibilidad de que anunciaran su vuelo, haría lo mismo que el resto de los pasajeros durante las dos últimas horas, es decir, esperar. Antes de salir del despacho de Lebrun, había llamado a Benny Grossman a la oficina central del Cuerpo de policía de Nueva York, en Manhattan. Benny sólo tenía treinta y cinco años, pero era uno de los inspectores más capaces que conocía. Habían trabajado juntos dos veces. En una ocasión, Benny había viajado a Los Ángeles en busca de un asesino fugado de Nueva York. La segunda vez, la policía de Nueva York le había pedido a McVey su ayuda para resolver un caso enigmático. McVey tampoco había llegado al fondo del asunto, pero después de llevar a cabo la investigación, habían tomado unas copas juntos y se habían divertido. McVey también había ido a comer a casa de Benny con ocasión de la Pascua judía. Benny acababa de entrar cuando McVey llamaba y cogió la llamada de inmediato.

—¡Oy, McVey! —exclamó Benny, su saludo habitual cuando hablaba con el inspector. Después de algunas minucias, fue al grano—. Dime, Boobalah, ¿en qué te puedo ayudar?

McVey no sabía si Benny intentaba hablar como los clásicos policías de Hollywood o si era ésa su manera de ir al grano con todo el mundo.

—Benny, cariño —siguió la broma McVey, pensando que si Benny hacía el papel de agente frustrado, él podía seguirle la corriente. Le explicó que no estaba ni en Manhattan ni en Los Ángeles, sino en las oficinas de la Prefectura de policía de París.

—¿París? ¿Quieres decir París-Tejas o París-Francia?

—París-Francia —dijo McVey, y apartó el auricular cuando Benny lanzó un largo silbido. Luego hablaron de cosas concretas. McVey quería saber qué le podía decir acerca de un tal Albert Merriman que la había supuestamente palmado en un ajuste de cuentas en Nueva York, en 1967. Dado que Benny tenía once años en 1967, jamás había oído nada sobre ese Albert Merriman, pero dijo que lo averiguaría y que volvería a llamar a McVey.

—Yo te llamaré —dijo McVey, que no tenía idea de dónde estaría cuando Benny diera con la información.

Cuatro horas más tarde, McVey volvió a llamar.

Entretanto, Benny había revisado los archivos de la policía de Nueva York y había recopilado un sólido paquete de informaciones sobre Albert Merriman. En 1963, se le había dado de baja en el ejército de Estados Unidos, y dos años más tarde se había asociado a un viejo amigo, Willie Leonard, un atracador de bancos que

acababa de salir de la prisión de alta seguridad de Atlanta. Merriman y Leonard hicieron de las suyas y se les buscaba por atracos a bancos, asesinato, intento de asesinato y extorsión en una media docena de Estados. También se rumoreaba que habían dado unos cuantos golpes para las familias del crimen organizado en Nueva Jersey y Nueva Inglaterra.

El 22 de diciembre de 1967, en el interior de un coche en el Bronx, se encontró un cuerpo que fue identificado como el de Albert Merriman, acribillado a disparos y carbonizado más allá de todo posible reconocimiento.

—Parece una historia de la Mafia —dijo Benny.

—¿Qué pasó con Willie Leonard? —preguntó McVey.

—Aún se le busca —dijo Benny.

—¿Cómo fue identificado el cadáver de Merriman?

—No lo dice el informe. Tal vez no lo sepas, chico, pero no se suele conservar mucha información sobre los muertos. No hay dinero para pagar los sótanos de archivo.

—¿Se sabe algo sobre quién reclamó el cadáver?

—Eso sí lo dice. Espera un momento, —McVey oía el roce de los papeles mientras Grossman buscaba en sus notas—. Aquí está. Al parecer, el tipo no tenía familia. El cuerpo fue reclamado por una mujer que aparece aquí como una amiga del instituto, Agnès Demblon.

—¿Dirección?

—Nooo.

McVey escribió el nombre de Agnès Demblon en el anverso de su tarjeta de embarque y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Alguna idea de dónde está enterrado Merriman?

—No.

—Y bien, te apuesto diez a uno que si encuentras la tumba, descubrirás que el difunto es Willie Leonard.

McVey oyó en la distancia que llamaban a embarcar para su vuelo. Asombrado, le agradeció a Benny, le dijo que volviera a su juego de bridge y se dispuso a colgar.

—¡McVey!

—¿Si?

—Este archivo de Merriman no ha sido tocado en veintiséis años.

—¿Y qué?

—Soy la segunda persona que lo ha pedido en las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué dices?

—Ayer lo pidieron de Interpol, Washington. Un sargento de Archivos e Información sacó la carpeta y les envió todo por fax.

McVey le dijo a Grossman que Interpol trabajaba con París, y que suponía que ésa era la razón. En ese momento, anunciaron por última vez el vuelo de McVey. Le dijo a Grossman que se tenía que ir y colgó.

Pocos minutos después, McVey se abrochaba el cinturón de seguridad y el avión de Air Europe se alejaba del edificio hacia la pista de despegue. Volvió a mirar el nombre de Agnès Demblon en su tarjeta de embarque y dejó escapar un suspiro. Luego se relajó, sintiendo los tumbos del avión que rodaba hacia la cabecera de la pista.

Miró por la ventana y vio capas de nubes cubriendo la campiña francesa. La lluvia le hizo pensar en el lodo de los zapatos de Osborn. Y luego ya estaban por encima de las nubes.

Una azafata le preguntó si quería un periódico, y cuando lo recibió, no lo abrió. Pero le llamó la atención la fecha.

«Viernes, 7 de octubre». Aquella misma mañana le habían notificado a Lebrun de Interpol, Lyon, que habían identificado la huella dactilar. Y el propio Lebrun la había buscado en presencia de McVey. Sin embargo, el jueves, la policía de Nueva York había recibido una solicitud de los antecedentes de Merriman desde Interpol Washington. Eso significaba que Interpol en Lyon había examinado la huella, descubierto a Merriman y pedido la información veinticuatro horas antes. Tal vez eran los procedimientos de Interpol, pero parecía algo raro que Lyon tuviera toda una carpeta con informaciones antes que el agente que les había respondido a ellos. En cualquier caso, ¿por qué creía él que importara mucho? Los métodos internos de Interpol era algo que no le incumbía. Por otro lado, si en el futuro volvía a ocurrirle lo mismo, y si Interpol estaba solicitando información en los círculos indebidos sin que él lo supiera, aquello podía resultar algo engorroso. Pero antes de mencionárselo a Cadoux, el responsable de la misión en Interpol, Lyon, y antes de decírselo a Lebrun, era necesario que tuviera las cosas claras. Decidió que lo más simple consistía en saber a qué hora había solicitado Interpol en Washington la información de la policía de Nueva York. Para eso, tendría que llamar a Benny Grossman al llegar a Londres.

De pronto sintió los rayos de sol en el rostro y vio que habían pasado por encima del banco de nubes y que ahora sobrevolaban el Canal de la Mancha. Era la primera vez que veía el sol en casi una semana. Miró su reloj. Eran las dos y cuarenta minutos de la tarde.

TREINTA Y TRES

Quince minutos más tarde, a las tres menos cinco, Paul Osborn apagó el televisor de la habitación y deslizó las tres jeringas llenas de succinilcolina en el bolsillo derecho de su chaqueta. Acababa de ponerse la chaqueta y se dirigía a la puerta cuando sonó el teléfono. Dio un salto con el corazón acelerado. Su reacción le hizo darse cuenta de que estaba aún más tenso de lo que pensaba y no le agradó la idea.

El teléfono seguía sonando. Miró su reloj. Faltaban tres minutos para las tres. ¿Quién intentaba ponerse en contacto con él? ¿La policía? No, ya había llamado al inspector Barras y éste le había asegurado que su pasaporte estaría en el mostrador de Air France cuando se presentara a su vuelo el día siguiente por la tarde. Barras había sido amable e incluso había bromeado sobre el mal tiempo, de modo que no era la policía, a menos que estuvieran jugando con él o que McVey quisiera hacer más preguntas. En ese momento, a Osborn no le interesaba hablar con McVey ni con nadie más.

El teléfono dejó de sonar. Habían colgado. Tal vez era un número equivocado. También podía ser Vera. Sí, Vera. Había pensado en llamarla más tarde, cuando todo hubiera terminado, pero no antes porque ella podía notar algo en su voz o insistir en venir a verlo por uno u otro motivo.

Volvió a mirar su reloj. Eran casi las tres y cinco en esos momentos *West Side Story* comenzaba a las cuatro y él tenía que estar allí hacia las cuatro menos cuarto a más tardar, para hacerse notar por el vendedor en la taquilla. Además tenía que ir a pie y salir por la entrada lateral del hotel, no fuera caso que alguien estuviese vigilando. Caminando se despejaría y se sentiría más tranquilo.

Apagó la luz y se palpó el bolsillo para asegurarse que tenía las jeringas. Cuando fue hacia la puerta, ésta se abrió de un golpe y le dio en plena cara. El impacto lo lanzó hacia un rincón entre la puerta del baño y la habitación. Antes de que se pudiera reponer, entró un hombre vestido con mono azul y cerró la puerta. Era Henri Kanarack. Llevaba una pistola en la mano.

—Una palabra y te mato —dijo en inglés.

A Osborn lo había cogido totalmente por sorpresa. Visto más de cerca, Kanarack era más oscuro y más fuerte de lo que recordaba. Tenía una mirada fiera y le apuntaba entre ceja y ceja con la pistola como si fuera una extensión de su mano. Osborn supo que no vacilaría en cumplir con su amenaza.

Kanarack echó llave a la puerta y dio un paso hacia él.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó.

Osborn sintió la sequedad en la garganta e intentó tragar.

—Nadie —dijo.

Lo que sucedió fue tan rápido que Osborn no pudo ni recordarlo. Estaba de pie y al cabo de un segundo se vio en el suelo con la cabeza apoyada en la pared y el cañón

de la pistola contra la nariz.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Kanarack, en voz baja.

—Soy médico. No trabajo para nadie. —Osborn tenía el corazón tan acelerado que pensó que iba a sufrir un infarto.

—¿Médico? —Kanarack pareció sorprendido.

—Sí —dijo Osborn.

—¿Entonces qué quieres de mí?

A Osborn le corrió un hilillo de sudor por el lado de la cabeza. Todo era una nebulosa y le estaba costando trabajo discernir la realidad. Luego se oyó decir algo que nunca debería haber dicho.

—Sé quién eres —afirmó.

Al decirlo, los ojos de Kanarack parecieron volverse hacia dentro. Se borró la ferocidad y apareció una expresión gélida. Apretó el dedo en el gatillo.

—Ya sabes lo que le pasó al detective —murmuró Kanarack dejando resbalar el cañón de la pistola hasta situárselo sobre el labio inferior—. Salió en televisión y en todos los periódicos.

Osborn temblaba. Le era difícil pensar y casi imposible encontrar y pronunciar las palabras.

—Sí, ya lo sé —logró decir finalmente.

—Entonces sabrás que no sólo soy bueno cuando me muevo sino que, cuando comienzo, le tomo el gusto —dijo Kanarack, y los dos puntos negros que tenía por ojos parecieron sonreír.

Osborn se enderezó y recorrió toda la habitación con la mirada buscando una salida. La ventana era la única posibilidad. Siete plantas. Sintió que el cañón de la pistola se deslizaba hacia la mejilla. Kanarack lo estaba obligando a mirarlo de frente.

—No pienses en la ventana —advirtió—. Es demasiado aparatoso y muy rápido. Hay que tomarse un poco de tiempo con esto. A menos que me digas inmediatamente para quién trabajas y quiénes son. Luego podremos acabar con esto de una vez.

—No trabajo para na...

Sonó el teléfono. Kanarack dio un salto y Osborn pensó que no dudaría en apretar el gatillo.

Sonó tres veces más y luego calló. Kanarack miró a Osborn. Era demasiado peligroso quedarse allí. Incluso ahora el empleado de recepción podía estar indagando los problemas de la calefacción y enterándose de que no había nada anormal, que nadie había llamado al técnico. Eso los pondría sobre alerta y empezarían a buscar. Tal vez incluso llamaran a seguridad o a la policía.

—Escúchame bien —dijo—. Vamos a salir de aquí. Mientras más te resistas, peor lo pasarás. —Kanarack se incorporó y le señaló con la pistola a Osborn para que se levantara.

Osborn recordó poca cosa de lo que sucedió en los minutos siguientes. Salieron de la habitación y caminaron muy juntos hasta la escalera de incendios, y luego el

sonido de las pisadas al bajar. En alguna parte, se abrió una puerta a un pasillo interior que daba a las instalaciones de calefacción y de electricidad. Un momento después, Kanarack empujaba una puerta de acero y estaban fuera subiendo por unas escaleras de cemento. Llovía y el aire estaba fresco y limpio. Se detuvieron arriba de la escalera.

Poco a poco, Osborn recuperó el sentido y se percató de que se encontraban en un angosto callejón detrás del hotel, Kanarack junto a él, a la izquierda, con el cuerpo apretado contra el suyo. Kanarack empezó a caminar por el callejón y Osborn sintió la dureza de la pistola contra las costillas. Mientras caminaban, Osborn intentaba reponerse pensando qué debía hacer. Jamás en su vida había tenido tanto miedo.

TREINTA Y CUATRO

Había un Citroën blanco estacionado al final del callejón, y Osborn oyó vagamente a Kanarack decir que caminarían hacia allí.

Entonces sucedió algo que ninguno de los dos esperaba. Un enorme camión de reparto salió de la calle y entró en el callejón en dirección a ellos. Si permanecían juntos como estaban, no habría suficiente espacio para que el camión pasara sin atropellados. Había dos alternativas: separarse o estrecharse contra el muro del callejón y dejar pasar al camión. El camión aminoró la marcha y el conductor tocó el claxon.

—Tranquilo —dijo Kanarack, y tiró de Osborn hacia el muro del callejón. El conductor metió la marcha y el camión volvió a avanzar.

Al estrecharse contra el muro, Osborn sintió el cañón del arma contra el lado izquierdo. Eso significaba que Kanarack tenía la pistola en la mano derecha y que con su izquierda sostenía el brazo izquierdo de Osborn fuera del campo visual del conductor. Osborn calculó que el camión tardaría de seis a ocho segundos en pasar a su lado. Con la misma claridad, vio que tenía una oportunidad. Llevaba las jeringas de succinilcolina en el bolsillo derecho de la chaqueta. Si lograba coger una de ellas con la mano derecha mientras Kanarack estaba distraído por el camión, contaría con un arma de la que Kanarack no sabía nada.

Se volvió para mirar a Kanarack. El matón estaba concentrado en el camión que casi había llegado junto a ellos. Osborn esperó, calculando sus movimientos. Cuando pasaba el camión, apoyó el cuerpo contra la pistola como queriendo aplastarse contra el muro. Deslizó la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta buscando una jeringa. Cuando el camión pasó, ya la tenía en la mano.

—Venga —dijo Kanarack. Siguieron hasta el final del callejón donde estaba estacionado el Citroën. Mientras caminaban, Osborn sacó la jeringa del bolsillo y la sostuvo a un lado.

Faltaban unos veinte metros para llegar al coche. Osborn había colocado una tapa de plástico en el extremo de la jeringa para proteger la aguja. Ahora intentaba febrilmente sacarle el plástico sin que todo se le cayera de las manos.

De pronto llegaron al final del callejón, el Citroën estaba ahora a un par de metros. La tapa plástica aún no se desprendía y Osborn pensaba que Kanarack se estaba percatando de lo que hacía.

—¿Adónde me llevas? —preguntó para distraerlo.

—Cállate —dijo Kanarack.

Ahora habían llegado. Kanarack lanzó una mirada a ambos lados de la calle, caminó hasta el lado del conductor y abrió la puerta. En ese momento, la tapa se soltó y cayó al suelo. Kanarack la vio rebotar y la miró intrigado. En ese instante, Osborn se lanzó hacia la izquierda, soltó su brazo izquierdo y hundió la jeringa en la tela del

mono, profundamente, en la parte superior de la nalga derecha de Kanarack. Necesitaba cuatro segundos para inyectar toda la succinilcolina. Pasaron tres segundos antes de que Kanarack se soltara e intentara levantar el arma. Pero Osborn, ya alerta, empujó de un golpe la puerta del coche contra Kanarack y éste cayó hacia atrás golpeándose en el cemento y dejando caer la pistola.

Se incorporó en un instante pero ya era demasiado tarde. Osborn tenía la pistola y Kanarack no se movió. Un taxi giró en la esquina con un chirrido, hizo sonar el claxon y se alejó a toda velocidad. Se produjo un silencio y los dos hombres quedaron mirándose cara a cara en la calle.

Kanarack tenía los ojos totalmente abiertos, no con temor sino con determinación. Tantos años esperando que un día lo encontraran y ahora todo había terminado. Llevado por la necesidad, había cambiado su vida y se había convertido en una persona diferente, más sencilla. A su manera, incluso había llegado a ser un hombre generoso, atento con su mujer que pronto habría de darle un hijo. Siempre había esperado salvarse, pero en su fuero interno sabía que no lo había logrado. Eran demasiado eficientes y certeros y la Organización muy poderosa.

La vida de todos los días, intentando no caer presa del pánico si alguien lo miraba, o cuando oía pasos demasiado cerca a su espalda o golpes en la puerta, todo había sido más difícil de lo que imaginaba. El sufrimiento que le había ocultado a Michèle lo había mantenido al borde del agotamiento nervioso. Sin embargo, aún conservaba la forma, como lo había demostrado con Jean Packard. Ahora estaba al final del camino y lo sabía. Michèle había desaparecido y con ella, su vida. Sería fácil morir.

—Acaba —dijo, en un susurro—. Acaba de una vez.

—No tengo por qué acabar de una vez —dijo Osborn, y se metió la pistola en el bolsillo. Había pasado casi un minuto desde que le inyectara la succinilcolina y a pesar de que no había sido una dosis completa, Osborn notó que Kanarack empezaba a sentirse raro. ¿Por qué le costaba tanto respirar y mantener el equilibrio?

—¿Qué me está pasando? —preguntó con expresión desconcertada.

—Ya lo sabrás —dijo Osborn.

TREINTA Y CINCO

La policía francesa había perdido a Osborn en el Louvre.

Lebrun se encontraba en una situación delicada y hacia las dos de la tarde tendría que inventar algo para justificar la vigilancia o dejar ir a sus hombres. Con todo lo que deseaba ayudar a McVey, la verdad era que un par de zapatos manchados de lodo no hacían de un hombre un criminal, sobre todo si ese hombre era un médico americano que se iba de París al día siguiente y que había pedido, discreta pero firmemente, que se le devolviera el pasaporte para marcharse.

Sin poder justificar ante sus superiores el coste de la vigilancia a la que había sometido a Osborn, Lebrun ordenó a sus hombres que se dedicaran a lo que McVey había sugerido, como empezar a reconstruir la historia de Jean Packard desde cero. Entretanto, una dibujante técnica de la policía había trabajado en la foto de la ficha policial de Merriman que había enviado la policía de Nueva York y ahora miraba por encima de su hombro mientras Lebrun examinaba su trabajo.

—Éste es el aspecto que, según tú, tendría veintiséis años después —dijo Lebrun, y la miró. La chica tenía veinticinco años, una sonrisa rechoncha y nerviosa.

—*Oui.*

Lebrun no estaba seguro.

—Deberías hacer que lo viera un antropólogo forense. Tal vez te podría dar más detalles sobre el proceso de envejecimiento de este sujeto.

—Eso he hecho, inspector.

—¿Y éste es el resultado?

—Sí.

—Gracias —dijo Lebrun. La dibujante asintió con un gesto de cabeza y se marchó. Lebrun volvió a mirar el dibujo. Pensó un momento y luego llamó al Departamento de Prensa de la policía. Si aquélla era la mejor aproximación que podían obtener del rostro de Merriman, ¿por qué no hacerlo publicar en los periódicos del día siguiente, tal como McVey había hecho publicar el retrato del hombre decapitado en los periódicos de Londres? Había casi nueve millones de habitantes en París y bastaría que uno de los que reconocieran a Merriman llamara a la policía.

En ese mismo momento, tendido de espaldas en el asiento trasero del Citroën de Agnès Demblon, Albert Merriman luchaba con todas sus fuerzas para respirar.

Al volante, Paul Osborn cambió de marcha, frenó y luego aceleró pasando a un Range Rover metálico que circulaba en torno al Arco de Triunfo y giró por la avenida de Wagram. Momentos después, giró a la derecha en el bulevar de Courcelles y se dirigió a la avenida de Clichy y al camino del río que conducía al parque junto al

Sena.

Había tardado casi tres minutos en meter al desmayado y atemorizado Kanarack en el asiento trasero del Citroën, encontrar las llaves y poner el coche en marcha. Tres minutos era demasiado. Osborn sabía que estaría aún en camino cuando los efectos de la succinilcolina comenzaran a desvanecerse. Cuando eso sucediera, tendría que lidiar con un Kanarack totalmente despierto que, además, tendría la ventaja de encontrarse en el asiento trasero. Su único recurso era darle al francés una segunda inyección de la droga. El efecto de ambas dosis, una tan rápidamente después de la otra, habían tumbado a Kanarack en un abrir y cerrar de ojos. Durante un momento, Osborn tuvo miedo de haberse sobrepasado, que los pulmones de Kanarack dejaran de funcionar y muriera por asfixia. Pero entonces una tos ronca seguida de una respiración entrecortada le aseguró que todo marchaba bien.

El problema era que ahora sólo le quedaba una jeringa. Si algo pasaba con el coche o si los retrasaba el tráfico, la jeringa sería su última defensa. A partir de entonces contaría sólo consigo mismo.

Eran casi las cuatro y cuarto y la lluvia era más tupida. El parabrisas comenzó a empañarse y Osborn buscó torpemente la calefacción. La encontró, encendió el ventilador y se inclinó para limpiar el interior con la mano. Seguro que ese día no habría nadie en el parque. Al menos podía agradecer que esta vez tenía el tiempo a su favor.

Miró por encima del hombro a Kanarack en el asiento trasero. Cada contracción y expansión de los pulmones le costaba un esfuerzo supremo. Por su mirada, Osborn se percató del pánico que estaba viviendo Kanarack, preguntándose a cada respiro si tendría fuerzas para el siguiente.

La luz de un semáforo cambió de amarilla a roja y Osborn se detuvo detrás de un Ferrari negro. Volvió a mirar a Kanarack. En ese momento no sabía a ciencia cierta cómo se sentía. Era increíble, pero no tenía la sensación de triunfo descomunal que había esperado. Ante sí, no había más que un ser humano impotente, aterrorizado hasta lo indecible, sin idea de lo que le estaba sucediendo, luchando con todas sus fuerzas por el aire que lo mantenía vivo. Aquel ser era inherentemente perverso, había asesinado a dos personas y le había arrancado a Paul Osborn horrible e inexorablemente su infancia, pero a esas alturas todo eso parecía tener poca importancia. Ya era suficiente haber conducido a la bestia hasta allí. Si Osborn seguía adelante con su plan se convertiría en alguien igual a Kanarack y él no era igual. Si no había nada más, tanto daba detener el coche allí mismo y marcharse y devolverle la vida a Kanarack. Pero había algo más. Aún tenía que tratar un asunto pendiente.

El porqué. ¿Por qué Kanarack había asesinado a su padre?

La luz cambió a verde y el tráfico continuó. Estaba cada vez más oscuro y los conductores y motoristas comenzaban a encender los faros. Allí delante discurría la avenida de Clichy. Osborn giró a la izquierda y se dirigió al camino que bordeaba el río.

A menos de un kilómetro y medio más atrás, un flamante Ford verde aceleró y cambió de carril para adelantar. Llegó a la avenida de Clichy, giró rápidamente y volvió al carril derecho conservando una distancia de tres coches con el Citroën de Osborn. El conductor era un hombre alto de ojos azules y tez clara. Tenía las cejas rubias como el pelo y el vello del dorso de las manos. Vestía un impermeable marrón claro encima de una chaqueta deportiva a cuadros, pantalón gris oscuro y un jersey gris de cuello alto. En el asiento de al lado llevaba un sombrero de ala corta, una maleta de cubierta dura y un plano de las calles de París que permanecía plegado. Se llamaba Bernhard Oven y ese día cumplía cuarenta y dos años.

TREINTA Y SEIS

—¿Me oyes? —preguntó Osborn al girar con el Citroën al noreste siguiendo el camino del río. La lluvia caía con más fuerza y los limpiaparabrisas marcaban un ritmo regular sobre el vidrio. A la izquierda, se divisaba el Sena a través de la arboleda oscura junto al camino. Faltaba casi un kilómetro y medio para la salida del parque.

—¿Me oyes? —repitió Osborn. Miró primero por el retrovisor y luego se volvió para mirar al asiento trasero.

Kanarack estaba tendido mirando el techo y volvía a recuperar una respiración regular.

—Ya —gruñó.

Osborn volvió a mirar hacia el camino.

—Me preguntabas si sabía lo que le había sucedido a Jean Packard. Te he dicho que sí. Ahora, puede que quieras saber lo que te ha sucedido a ti. Te he inyectado una droga llamada succinilcolina que te paraliza los músculos. Te he administrado bastante para que sepas lo que puede hacerle a tu organismo. Tengo otra jeringa llena con una dosis mucho más potente. De ti depende que te la inyecte o no.

Kanarack fijó la mirada en un botón del tapizado del techo del Citroën. Pensó en la posibilidad de algo ajeno a tener que soportar una vez más lo que acababa de experimentar. Una segunda vez sería imposible.

—Me llamo Paul Osborn. El 12 de abril de 1966, caminaba por una calle de Boston, Massachusetts, con mi padre, George Osborn. Yo tenía diez años y nos dirigíamos a comprar un guante de béisbol, cuando de pronto salió un hombre del tumulto y le clavó a mi padre un cuchillo en el vientre. El hombre escapó. Pero mi padre cayó en la acera y murió. Quiero que me digas por qué aquel hombre le hizo aquello a mi padre.

«Dios mío —pensó Kanarack—. Se trata de eso. ¡No son ellos! Lo podía haber despachado todo tan sencillamente, y ya habría acabado».

—Estoy esperando —dijo la voz del asiento delantero. De pronto Kanarack sintió que el coche disminuía la marcha. Fuera alcanzó a ver árboles. El coche giró y se sacudió al pisar un bache. Luego volvió a acelerar y Kanarack vio desfilar rápidamente más árboles. Siguieron un minuto y el coche frenó bruscamente. Osborn dio marcha atrás. El Citroën retrocedió, se inclinó bruscamente y continuó hacia abajo. En unos segundos recuperó la horizontal y se detuvo.

A la ausencia de movimiento siguió un ruido metálico. El freno de mano. La puerta se abrió de un golpe y Kanarack vio a Osborn que sostenía una aguja hipodérmica en la mano.

—Te he hecho una pregunta pero no me has contestado —dijo.

A Kanarack aún le quemaban los pulmones. El menor movimiento de respiración

era una agonía.

—Déjame que te ayude a entender —dijo Osborn, y se apartó. Kanarack no se movió.

—¡Quiero que mires hacia allá! —Osborn cogió a Kanarack por el pelo y estiró de la cabeza bruscamente haciéndolo girar a la izquierda. Osborn intentaba controlar su furia pero no lo estaba logrando del todo. Lentamente, Kanarack desplazó la mirada esforzándose por ver en la creciente oscuridad. A no más de diez metros divisó el río.

—Si piensas que lo que has vivido es un infierno —advirtió Osborn lentamente —, imagínate cómo puede ser ahí adentro con los brazos y piernas paralizados. Lograrás flotar durante, digamos, diez o quince segundos. Y en cualquier caso, tus pulmones apenas te sirven para respirar. ¿Qué pasará cuando te hundas?

De pronto, Kanarack volvió a pensar en Jean Packard. El detective tenía la información que él quería averiguar, y para conseguirla había hecho todo lo necesario. Ahora había alguien tan desesperado como él para obtener información. Al igual que Jean Packard, a él no le quedaba más alternativa que ceder.

—Me... contrataron —dijo, y su voz era apenas un susurro ronco.

Por un momento, Osborn no estaba seguro de haber escuchado bien. O eso o Kanarack se estaba burlando de él. Apretó con más fuerza el pelo y pegó un tirón hasta doblarle la cabeza. Kanarack dejó escapar un grito. El esfuerzo le provocó un espasmo en los pulmones. Lo recorrió un intenso dolor y volvió a gritar.

—Intentémoslo una vez más —dijo Osborn, acercando el rostro a Kanarack.

—¡Me pagaron para hacerlo!... Por dinero —tosió Kanarack. El aire que espiraba le abrasaba la garganta seca.

—¿Te contrataron? —Osborn no cabía en sí de asombro. No era eso lo que habría esperado. Siempre había considerado que la muerte de su padre era producto de la acción fortuita de un enajenado. A falta de otros móviles, lo mismo había pensado la policía. Aquello era el acto de un hombre, decían, que seguramente odiaba a su padre, a su madre, hermanos o hermanas. Osborn siempre había pensado en aquel acto como la expresión de una ira insostenible y acumulada durante largos años, desatada de pronto al azar e irreflexivamente. Su padre estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Pero ahora Kanarack le estaba contando algo totalmente diferente, algo que no tenía sentido. Su padre diseñaba instrumentos. Un hombre común y corriente, tranquilo, que no le debía un céntimo a nadie y que jamás había alzado la voz en toda su vida. Era difícilmente el tipo de hombre a quien alguien vendiera para matar. De pronto se le ocurrió que Kanarack le mentía.

—¡Dime la verdad, embustero hijo de puta! —chilló Osborn, y en un arranque de furia arrastró a Kanarack del coche tirándole del pelo. Kanarack lanzó un grito de agonía. Sintió que se le desgarraba la garganta y se le inflamaban los pulmones. Un momento después estaban en el río con el agua hasta las rodillas. Osborn tenía la

jeringa en la mano. De pronto hundió a Kanarack en el agua. Lo sostuvo adentro, contó hasta diez y lo sacó.

—¡Dime la verdad, maldita sea!

Tosiendo y luchando por respirar, Kanarack estaba horrorizado. ¿Por qué no lo creía aquel tipo? Que lo matara, por favor, pero no de esa manera.

—Yo soy... —susurró, ronco—. Tu padre..., otros tres... además..., en Wyoming... Nueva Jersey..., otro en California. Todos para la misma gente. Y luego... intentaron... matarme.

—¿Quiénes son todos éstos? ¿De qué coño estás hablando?

—No me creerás. —Kanarack apenas respiraba intentando escupir el agua del río.

La corriente creaba remolinos a su alrededor y la lluvia caía en olas, y en la oscuridad total era casi imposible ver. Osborn apretó a Kanarack por el cuello y le puso la jeringa ante los ojos.

—Inténtalo —dijo.

Kanarack sacudió la cabeza.

—¡Dímelo! —chilló Osborn, y volvió a hundirlo en el agua. Lo sacó, le rasgó el mono y le colocó la jeringa contra el bíceps.

—Por última vez —susurró Osborn—, dime la verdad.

—¡Por favor, no! —Rogó Kanarack—. Por favor...

De pronto, Osborn relajó la presión. Había visto algo en la mirada de Kanarack que le decía que el tipo no mentía, que nadie mentiría en una situación como ésa.

—Dime un nombre —dijo Osborn—. ¿Quién te dio el contacto, quién te encargó el trabajo?

—Scholl... Erwin Scholl. Erwin, con E —dijo Kanarack, y recordó el rostro de Scholl. Un hombre alto y atlético en traje de tenis. En 1966, a Kanarack lo habían enviado a una casona en Long Island, recomendado para la faena por un coronel jubilado del ejército de Estados Unidos. Scholl se había mostrado amable. El acuerdo se saldó con un apretón de manos. Cada misión le reportaría veinticinco mil dólares en efectivo. Le daban el cincuenta por ciento para empezar y el resto se lo daría Scholl al terminar. Cumplida la tarea, había vuelto donde Scholl a cobrar. Éste le pagó lo que le debía y, después de agradecerle ceremoniosamente, lo acompañó a la salida. Y luego, tan sólo unos minutos después, cuando Kanarack volvía a la ciudad, una limusina le había preparado una encerrona. Se bajaron dos tipos con armas automáticas. Pero Kanarack los liquidó a ambos con una escopeta y se dio a la fuga. Más tarde habían intentado acertarle en tres ocasiones sucesivas: en su piso, en un restaurante y en la calle. Él los había eludido cada vez pero ellos siempre parecían saber dónde estaba o estaría, lo que significaba que sólo era una cuestión de tiempo que lo cercaran. Fue entonces cuando, con la ayuda de Agnès Demblon, elaboró su plan. Mató a su socio y quemó el cadáver en su propio coche para simular un ajuste de cuentas con la Mafia. Luego desapareció.

—¿Erwin Scholl, de dónde? —preguntó Osborn, que seguía sosteniendo a

Kanarack a pocos centímetros del agua pidiéndole que confirmara lo que había dicho.

—Long Island... una casa grande en la playa de Westhampton —dijo Kanarack.

—¡Hostia, hijo de puta!

Osborn tenía lágrimas en los ojos. Se sentía totalmente desconcertado. Kanarack no era ningún salvaje enajenado que hubiera asesinado a su padre por mera perversión. Era un asesino profesional que cumplía con su trabajo. De pronto su crimen se había despersonalizado. Las emociones humanas no habían tenido nada que ver. No se trataba más que de una transacción comercial.

Ahora volvía a surgir el mismo monstruoso porqué. Entonces se dio cuenta. Había sido un error, no había otra explicación. Tenía que haber sido un error. Volvió a apretarle el cuello a Kanarack.

—¿Me estás diciendo que te cargaste al hombre que no debías? Confundiste a mi padre con otra persona...

Kanarack negó con un gesto de cabeza.

—No, era él. Los demás también.

Osborn se lo quedó mirando. ¡Aquello era una locura! ¡Imposible!

—¡Hostia! —aulló—. ¿Por qué?

Kanarack miraba el torrente de agua a su alrededor. Se le hacía más fácil respirar y volvía a sentir los brazos y las piernas. Osborn sostenía la jeringa en la mano. Tal vez aún tenía una oportunidad. De pronto Osborn miró hacia un lado como si algo le hubiera distraído. Kanarack siguió su mirada. Un hombre alto de impermeable y sombrero bajaba por la rampa hacia ellos. Llevaba algo en la mano. Lo levantó.

Una fracción de segundo más tarde restalló un ruido parecido al de diez pájaros carpinteros picando al unísono. De pronto, el agua en torno a ellos comenzó a hervir. Osborn sintió que algo le golpeaba en el muslo y cayó hacia atrás. El agua seguía borboteando. Intentó levantarse y vio que el hombre del sombrero se adentraba en el agua con aquella cosa en la mano que seguía restallando.

Osborn se volvió, se hundió en el agua y nadó. Arriba, en la superficie, restallaban leves ruidos como perdigones. Bajo el agua, la escasa luz desapareció y Osborn nadó sin tener idea hacia dónde se dirigía. Golpeó contra algo que pareció engancharse al cuerpo. Luego lo llevó la corriente y con aquello colgándole de la ropa, lo arrastró río abajo. Estaban a punto de reventarle los pulmones pero la fuerza de la corriente lo impulsaba hacia el lecho del río. Volvió a sentir aquella cosa que golpeaba contra él y se dio cuenta de que se le había enganchado. Intentó doblarse y librarse de ella. Era algo abultado como un tronco recubierto de musgo y parecía adherido a él. Sintió que los pulmones le reventaban hacia dentro.

Tenía que tragar aire. Fuera lo que fuese que se le había adherido, debía ignorarlo y hacer todo lo posible para salir a la superficie. Lanzó un fuerte golpe con los pies, se impulsó con los brazos y nadó hacia arriba.

Un instante después alcanzó el aire y comenzó a tragarlo desesperadamente a pulmón abierto. Al mismo tiempo se dio cuenta de que flotaba a una velocidad

considerable. Miró a su alrededor y alcanzó a divisar la orilla distante del río. Volviéndose aún más vio los faros de los coches que circulaban por el camino del río y se dio cuenta de que se encontraba en medio del cauce, llevado por la recia corriente del Sena.

Aquello que se le había enganchado se soltó cuando él llegaba a la superficie, o al menos lo pensó porque ya no lo sentía. Fluía libre con la corriente cuando de pronto volvió a tocarlo. Se volvió y vio un objeto oscuro con una protuberancia musgosa en el extremo más cercano. Intentaba alejarlo cuando del agua emergió una mano, una mano humana que se le colgó del brazo. Osborn dejó escapar un chillido de terror e intentó desprenderse. Pero la mano lo tenía firmemente asido. Vio que lo que había confundido con musgo era el pelo de una cabeza. En la distancia resonó el rugido de un trueno. De pronto, la lluvia cayó torrencialmente. Osborn se estiró y mientras intentaba desesperadamente liberarse de los dedos que lo apretaban, aquella cosa salió a flote y se arrastró a su lado. Él lanzó un grito e intentó separarla pero no se desprendió. Luego, a la luz de un relámpago vio que estaba mirando una sanguinolenta cuenca de ojo salvajemente desgarrado. La otra cuenca estaba completamente vacía, sólo un amasijo de carne donde el rostro había recibido el disparo. Un momento más tarde, aquella cosa se retorció hacia arriba y emitió un potente rugido. Luego la mano se quedó lacia y se desprendió de su brazo y lo que quedaba de Henri Kanarack se perdió en la corriente.

Cuando Henri Kanarack o Albert Merriman, como era su verdadero nombre, había seguido la mirada de Osborn, vio al hombre alto de impermeable y abrigo que bajaba por la rampa hacia ellos. Le pareció que había algo de familiar en él, como si lo hubiese visto antes. De pronto recordó que era el hombre que había visto entrar en Le Bois la noche después de matar a Jean Packard. Recordó que había permanecido en la entrada barriendo el local con la mirada. Luego recordó que sus ojos se habían fijado en él y que ambas miradas se encontraban. Recordó su alivio al ver que el hombre no era Osborn y que tampoco era policía. Había pensado que el hombre no era nadie.

Se había equivocado.

TREINTA Y SIETE

Viernes, 7 de octubre

Nuevo México

A la 1.55 de la tarde, las 9.55 de la noche hora de París, Elton Lybarger se sentó en un sillón del salón envuelto con una bata y observó las sombras proyectadas por los imponentes montes de Sangre de Cristo que comenzaban a avanzar palmo a palmo por el valle, trescientos metros más abajo. Vestía mocasines Bass, pantalones beige y un jersey de cuello alto. Sobre las rodillas sujetaba un walkman Sony con pequeños auriculares amarillos. Tenía cincuenta y seis años y escuchaba en el walkman los discursos selectos de Ronald Reagan.

Elton Lybarger había llegado al exclusivista asilo de ancianos de Rancho del Piñón desde San Francisco el tres de mayo, siete meses después de sufrir un grave infarto en un viaje de negocios a Estados Unidos proveniente de su Suiza natal. El ataque lo había dejado parcialmente paralizado e incapacitado para hablar. Ahora, casi un año más tarde, podía caminar con un bastón y vocalizar aunque lentamente, sin arrastrar la lengua.

A casi diez kilómetros, un Volvo plateado salió de la luz cegadora del desierto y entró en la densa sombra de la carretera de Paseo del Norte flanqueado por coníferas que conducía del valle al Rancho del Piñón. Al volante iba Joanna Marsh, una fisioterapeuta normal y corriente de treinta y dos años, un tanto regordeta, que durante los últimos cinco meses había recorrido el trayecto de dos horas desde su casa en Taos, ida y vuelta, cinco días a la semana. Aquella sería su última visita a Elton Lybarger al Rancho del Piñón. Hoy viajarían hasta Santa Fe donde un helicóptero de alquiler los recogería para conducirlos a Albuquerque. Volarían a Chicago y allí harían el trasbordo con el vuelo 38 de American Airlines a Zurich. Aquella noche, Elton Lybarger regresaba a casa con Joanna Marsh.

Se intercambiaron los adioses, se cerró la puerta del coche y con un saludo al guardia de seguridad a la entrada, Joanna condujo el Volvo a través de las puertas del Rancho del Piñón y salió al Paseo del Norte.

Miró a su lado y vio a Lybarger sonriendo con la mirada perdida en los campos. Durante todo el tiempo que lo había conocido, Joanna jamás lo había visto sonreír.

—¿Sabe adónde vamos, señor Lybarger? —preguntó. Lybarger asintió con un gesto de cabeza.

—¿Adónde? —preguntó ella, provocadora.

Lybarger no dijo nada y siguió mirando el paisaje mientras bajaban por la pronunciada y serpenteante pendiente que cortaba como un cuchillo el tupido bosque de coníferas.

—Venga, señor Lybarger, ¿adónde vamos? —Joanna no estaba segura si lo habría oído la primera vez o si había oído y no había entendido bien. Aunque se había recuperado bastante bien del infarto, había ocasiones en que aún parecía no conectar con lo que le decían.

Lybarger se reacomodó en el asiento, se inclinó hacia delante y se afirmó en el tablero para mantener el equilibrio cuando el Volvo giraba en las vueltas del camino. Pero no respondió.

Al fondo del cañón, Joanna giró para entrar en la autopista 3 de Nuevo México en dirección a Taos. Fijó el piloto automático a cien kilómetros por hora y saludó a un grupo de ciclistas que pasaban vestidos con brillantes colores deportivos.

—Son unos amigos de Taos —explicó con una sonrisa, y luego miró a Lybarger pensando que tal vez su silencio se debía a la emoción de su repentina libertad.

Lybarger estaba inclinado hacia delante estirando con su peso el cinturón de seguridad, mirándola como si acabara de despertar de un largo sueño y se encontrara absolutamente perdido.

—¿Se siente bien? —preguntó Joanna, que de pronto temió que en ese momento estuviera sufriendo otro infarto porque entonces debería dar media vuelta y volver inmediatamente al asilo.

—Sí —contestó él, con voz queda.

Joanna lo observó un momento, luego se tranquilizó y sonrió.

—¿Por qué no se relaja y descansa, señor Lybarger? Tenemos una larga tarde por delante.

Lybarger respondió reclinándose hacia atrás pero luego se volvió a mirarla. En su rostro aún se adivinaba el desconcierto.

—¿Le sucede algo, señor Lybarger?

—¿Dónde está mi familia? —preguntó él.

—¿Dónde está mi familia? —volvió a preguntar Lybarger.

—Estoy segura de que estarán esperándolo —dijo Joanna, y se reclinó en su almohadilla en el asiento de primera clase y luego cerró los ojos. Volaban desde hacía menos de tres horas y según recordaba, el señor Lybarger le había hecho la misma pregunta once veces. No estaba segura si el hecho de que el viejo preguntara sin cesar se debía a un efecto perdurable del infarto o si de pronto se sentía fuera de lugar lejos del Rancho del Piñón. Tal vez la familia por la que insistía en preguntar fuera el personal que lo había acompañado durante tanto tiempo o puede que se tratara de la auténtica inquietud de que nadie lo esperara en Zurich a su llegada. La verdad era que durante todo el tiempo que ella se había ocupado de él, ni una sola vez, por lo que ella sabía, habían venido a visitarlo. La única excepción era el doctor Salettl, un médico austríaco que había viajado a verlo seis veces desde Salzburgo. Joanna no sabía si la familia lo estaría esperando en el aeropuerto de Zurich. Suponía que sí. Sin

embargo, exceptuando a Salettl, el único contacto personal que había tenido con alguien que representara los intereses legales de Lybarger era su abogado que la había llamado a casa para solicitarle que acompañara a Lybarger a Suiza.

Aquello había sido algo totalmente inesperado y la había cogido desprevenida. Joanna apenas había viajado fuera de Nuevo México, incluso en Estados Unidos. La oferta de viajar en primera clase ida y vuelta, más cinco mil dólares de honorarios, era demasiado generosa como para renunciar a ella. Pagaría el préstamo del Volvo y aunque la estancia no iba a suponer mucho tiempo, sería una experiencia que de otro modo no tendría jamás. Además le alegraba poder viajar. Joanna se enorgullecía de cuidar especialmente de todos sus pacientes y el señor Lybarger no era ninguna excepción.

Al comenzar la rehabilitación, apenas podía sostenerse en pie y lo único que pedía era escuchar cintas en el walkman o mirar la televisión. Ahora, aunque seguía escuchando los casetes y miraba la tele vorazmente, era capaz de caminar fácilmente casi un kilómetro con bastón, solo y sin ayuda.

Saliendo de su ensueño, Joanna vio que la cabina estaba a oscuras y que la mayoría de los pasajeros dormían aunque aún no había terminado la película. Por primera vez en mucho rato Elton Lybarger estaba callado y Joanna pensó que dormía. Y luego vio que no. Tenía los audífonos puestos y seguía absorto en la película. Las películas, la televisión, los casetes desde el *trash* hasta los clásicos, los deportes o la política, la ópera y el *rock and roll*, Lybarger demostraba un apetito insaciable de aprender o de sentirse entretenido o ambas cosas a la vez. Lo que tanto lo intrigaba quedaba más allá de la comprensión de Joanna que lo atribuía a una especie de escapismo. Escapismo de qué o hacia qué, era algo de lo que no tenía idea.

Lo abrigó con la manta y se relajó en su asiento. Lo único que le preocupaba era haber dejado en una perrera a *Henry*, su San Bernardo de sólo un mes. Dado que vivía sola, no tenía a nadie que pudiera cuidar de él y pedir a los amigos que se encargaran de un cachorro de cuarenta kilos desbordante de energía era algo más allá de lo aceptable. De todos modos, sólo estaría ausente cinco días y *Henry* podría prescindir de ella.

TREINTA Y OCHO

Vera había intentado comunicarse con Paul Osborn desde las tres de la tarde. Había llamado cuatro veces sin obtener respuesta. Por quinta vez llamó a recepción y preguntó si por algún motivo el señor Osborn se había marchado del hotel. La respuesta fue no. ¿Tal vez alguien lo había visto durante el día? El recepcionista la comunicó con el conserje del hotel, y ella volvió a preguntar lo mismo. Un ayudante del conserje dijo que había visto al señor Osborn aquella tarde pasar de la recepción hacia los ascensores y que seguramente se dirigía a su habitación. Cierta inquietud que Vera había relegado conscientemente a segundo plano se hizo patente ahora como temor.

—He llamado a su habitación varias veces y no me responden. ¿Podrían mandar a alguien para asegurarse de que está bien? —preguntó. No quería pensar en la succinilcolina ni en los experimentos que Osborn estaba llevando a cabo—. Estaba segura de que como médico Osborn era muy competente, conocía perfectamente su trabajo y sabía por qué lo hacía. Pero cualquiera podía cometer un error y la succinilcolina era una droga con la que no se podía jugar. Una sobredosis por accidente bastaría para ahogarse.

Vera colgó y miró el reloj. Eran las siete menos cuarto de la tarde.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono. El conserje del hotel le comunicó que el señor Osborn no estaba en su habitación. El empleado vaciló un momento y luego preguntó si se trataba de un pariente. A Vera se le aceleró el pulso.

—Soy una amiga. ¿Qué sucede? —preguntó.

—Parece ser que... —dijo el conserje titubeando buscando la palabra adecuada—, parece ser que ha habido algunas «dificultades» en la habitación del señor Osborn. Hay muebles que han sufrido ciertos percances.

—¿Percances? ¿Dificultades? ¿De qué está hablando?

—Señorita, si fuera tan amable de darme su nombre. Ya hemos llamado a la policía. Puede que quieran hablar con usted.

Los inspectores Barras y Maitrot de la Prefectura Central de Policía de París habían recibido la llamada de la administración del hotel en la que se informaba que había ciertos signos de desorden en la habitación de un cliente, un médico americano registrado con el nombre de Paul Osborn. Ninguno de los dos supo qué pensar. La cadena del lado interior de la puerta estaba destrozada, al parecer por alguien que había forzado la entrada. La habitación estaba enteramente patas arriba. La gran cama doble se había desplazado a un lado y había una mesa en el suelo. Una botella de Johnny Walker etiqueta negra, al lado, estaba milagrosamente intacta. Una lámpara junto a la cama colgaba a unos centímetros del suelo. Había caído de la mesa pero el

cable la había detenido justo antes de estrellarse contra el suelo.

La ropa de Osborn aún estaba en la habitación, al igual que su neceser de aseo y su maletín con documentos profesionales, sus cheques de viaje y su billete de avión, y un bloc de notas del hotel con varios números de teléfono. En el suelo, debajo de la televisión, había una edición del periódico del día abierto en la página de espectáculos. Había un cine del Boulevard des Italiens marcado con un círculo.

Barras cogió el bloc de notas del hotel y se sentó a mirar los números de teléfono.

Reconoció uno de ellos de inmediato, el suyo, en las oficinas de la prefectura. Otro número correspondía a una agencia de alquiler de coches. Habría que buscar los otros cuatro números. Uno de ellos correspondía a Kolb International. Otro, a un cine de arte y ensayo en el Boulevard des Italiens, el mismo que había marcado en el periódico. El tercer número era de un piso en la isla Saint Louis y tenía como abonado a Vera Monneray, el mismo nombre y número que había dado el conserje del hotel. El último número correspondía a una pequeña panadería situada en los alrededores de la estación del Norte.

—¿Sabes qué es esto? —Barras levantó la mirada. Maitrot salía del cuarto de baño con un frasquito entre el pulgar y el índice. A pesar de que no había pruebas de que se hubiera cometido un delito, era la habitación de Paul Osborn y había suficiente desorden para despertar las sospechas de los inspectores. Barras y Maitrot se habían puesto guantes de hule para no borrar las huellas dactilares y para no alterar la escena de los hechos con su mera presencia.

Barras cogió la botella de manos de Maitrot y la observó minuciosamente.

—Cloruro de succinilcolina —leyó en la etiqueta. Se la devolvió a su colega negando con la cabeza—. No tengo idea de lo que es. Pero es una receta de París. Localiza la procedencia —dijo.

En ese momento, un policía uniformado entró en la habitación acompañando al conserje del hotel. Vera estaba junto a él.

—Señores, ésta es la dama que ha llamado por teléfono.

Paul Osborn no sabía nada más que de oscuridad y humedad. Estaba tendido boca abajo sobre la arena. Al volver en sí no sabía ni del lugar ni la hora. Escuchó el rugido de las aguas y se alegró de haber escapado a la corriente. Exhausto, sintió que el sueño lo vencía sumiéndolo en una oscuridad aún más negra que la que lo rodeaba y de pronto se dio cuenta de que era la muerte, que si no hacía algo rápidamente, moriría.

Levantó la cabeza y lanzó un grito pidiendo ayuda. Pero no había más que silencio y el fluir de la corriente. ¿Quién lo iba a escuchar, de todos modos, en la oscuridad cerrada de la noche, perdido quién sabe dónde? Pero el miedo de morir y el esfuerzo del grito habían estimulado su ritmo cardíaco y se le despertaron los sentidos. Sintió el dolor por primera vez, una pulsación dolorosa en el dorso del

muslo izquierdo. Se dobló para tocársela y palpó la sangre tibia y pegajosa.

—Maldita sea —gruñó entre dientes.

Se levantó sobre los codos e intentó situar dónde estaba. El suelo era blando, una mezcla de musgo y arena suelta. Estiró la mano izquierda y tocó el agua. Se volvió hacia la derecha y sintió que con el rostro rozaba algo parecido a un árbol caído. Había llegado a la orilla de alguna manera, gracias a su propia fuerza o arrojado por la corriente. Inmediatamente después recordó al hombre del embarcadero. El hombre alto del sombrero que, indudablemente, les había disparado a ambos. De pronto se le ocurrió que tal vez aquel hombre lo había seguido y esperaba oculto a que el tiempo acabara lo que él había empezado. Osborn no sabía cuán graves eran sus heridas, cuánta sangre había perdido ni si lograría levantarse. Pero tenía que intentarlo. No podía quedarse donde estaba aunque el hombre alto estuviera en las cercanías, porque era seguro que se desangraría hasta morir.

Se arrastró y buscó un asidero en el árbol caído. Con una mano se acercó. Un dolor cortante lo recorrió y dejó escapar un grito sin darse cuenta. Mientras se recuperaba no se movió, con todos los sentidos alerta. Si el hombre alto se encontraba en las cercanías, el grito lo conduciría directamente hasta él. Aguantó la respiración pero sólo oyó el fluir del río.

Se desabrochó el cinturón y se lo sacó, se lo colocó en el muslo izquierdo por encima de la herida y lo cerró. Buscó un palo, lo introdujo en el cinturón y le dio vueltas hasta que el cuero se tensó como un torniquete. Transcurrió casi un minuto hasta que empezó a sentir que perdía sensibilidad y el dolor disminuía. Sujetó el torniquete con la mano izquierda y se arrastró hasta el árbol con la derecha. Debatiéndose logró colocar su pierna sana debajo y se levantó al cabo de un momento. Volvió a detenerse para escuchar. Sólo oyó el agua que fluía río abajo.

Buscó a tientas en la oscuridad y encontró una rama seca del grueso de su muñeca, y la quebró. Sintió un peso en el bolsillo de la chaqueta. Se apoyó en el árbol, hurgó en él y sus dedos se cerraron sobre el acero de la pistola automática que le había quitado a Henri Kanarack. Se había olvidado de ella y le sorprendió que no la hubiera perdido en su periplo por las aguas. No tenía la menor idea de si funcionaba o no. De todos modos, el solo hecho de sostenerla le ofrecía una ventaja sobre muchas personas. Tal vez podía incluso ganar algo de tiempo frente al hombre alto. Cogió la rama y, sirviéndose de ella como muleta y bastón a la vez, comenzó a caminar en la oscuridad alejándose del río.

TREINTA Y NUEVE

Sábado, 8 de octubre

3.15

Agnès Demblon estaba sentada en el salón de su piso, fumando el segundo paquete de Gitanes desde la medianoche con la mirada fija en el teléfono. Aún llevaba el mismo traje arrugado con que había ido al trabajo el viernes durante todo el día. No había comido ni se había lavado los dientes. A esa hora, Henri tendría que haber llegado o al menos haber llamado por teléfono. Ya debería haber tenido noticias tuyas, pero no era así. Algo había funcionado mal, estaba segura, pero no sabía qué era. Aunque el americano fuera un profesional, Kanarack lo habría despachado con la misma eficiencia que había demostrado con Jean Packard.

¿Cuántos años habían pasado desde la primera vez que Kanarack le había tirado del pelo y le había levantado el vestido? Estaban en medio del patio de la escuela de la calle Dos en Bridgeport, Connecticut. Cuando aquello sucedió, Agnès cursaba primero de básica y Henri Kanarack – ¡no, Albert Merriman! —el cuarto. Él había sido el protagonista del incidente y después de lanzar una risotada se había marchado a paso lento con sus amigos a hostigar a un chico gordo, a propinarle un puñetazo y hacerle llorar. Esa misma tarde Agnès se vengó. Lo siguió a casa desde la escuela y se le acercó por detrás cuando se detuvo a observar algo. Empinándose todo lo que podía, sostuvo una enorme piedra con ambas manos y la dejó caer sobre su cabeza. Kanarack se cayó y ella recordaba que sangraba mucho y que había llegado a pensar que lo había matado. De pronto, él la cogió por un tobillo y ella echó a correr. Aquel episodio fue el comienzo de una relación que habría de durar más de cuarenta años. Era curioso que gente con rasgos parecidos se buscara siempre desde el principio.

Agnès se levantó y apagó un Gitane en el cenicero repleto de colillas. Eran las tres y media de la mañana. Los sábados, la panadería estaba abierta hasta el mediodía.

En menos de dos horas tendría que ir al trabajo. Luego recordó que Henri se había llevado su coche. Tenía que coger el metro si es que estaba abierto a esa hora. No lo sabía. Había pasado tanto tiempo desde la última vez.

Pensando que tal vez tendría que llamar un taxi entró en su habitación, se sacó la ropa y se puso la bata. Puso la alarma a las cinco menos cuarto y se acostó en la cama. Se cubrió con la manta, apagó la luz y se relajó. Si lograba dormir setenta y cinco minutos era mejor que nada.

En la acera de enfrente Bernhard Oven, el hombre alto, sentado al volante de un Ford verde miró su reloj. Eran las tres treinta y siete de la madrugada.

En el asiento tenía a su lado un pequeño aparato rectangular similar al mando a distancia de un televisor con algo parecido a un cronómetro digital en el ángulo superior izquierdo. Oven lo cogió y lo fijó en tres minutos y treinta y tres segundos. Puso en marcha el motor del coche y pulsó una tecla roja en el ángulo inferior derecho del artilugio negro. El reloj se activó y comenzó una cuenta atrás en décimas de segundos hacia el 0.0.00.

Bernhard Oven miró una vez más hacia el edificio de apartamentos, puso el coche en marcha y se alejó.

3.32.16

Repartidas entre el desorden del suelo en el sótano del edificio de Agnès Demblon había siete diminutas bolas de un plástico altamente compacto e incendiario conectadas a una espoleta electrónica. Un poco después de las dos de la mañana, Oven se había colado por una ventana. Trabajó con rapidez y en menos de cinco minutos colocó las cargas entre los muebles viejos y las cajas de ropa prestando especial atención a un barril de mil litros donde se guardaba el petróleo de la calefacción. Luego salió por donde había entrado y volvió a su coche. A las tres menos veinte de la mañana se habían apagado todas las luces del edificio excepto una. A las tres y treinta y cinco, Agnès Demblon apagó la suya.

A las tres y treinta y nueve minutos y treinta segundos explotaron las cargas de plástico.

CUARENTA

El vuelo 38 de American Airlines procedente de Chicago aterrizó en el aeropuerto de Kloten a las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana, veinte minutos antes de lo esperado. La línea aérea había preparado una silla de ruedas pero Elton Lybarger quiso salir del avión por su propio pie. Estaba a punto de reencontrar a la familia que no había visto en un año, el tiempo transcurrido desde su infarto, y quería que vieran a un hombre rehabilitado, no a un impedido considerado un lastre.

Joanna recogió el equipaje de mano y esperó detrás de Lybarger cuando los últimos pasajeros salían del avión. Luego, entregándole su bastón, le advirtió que tuviera cuidado al bajar y él se preparó para salir.

Al llegar a la entrada ignoró la sonrisa y los saludos de la azafata y plantó con firmeza su bastón junto a la puerta. Respiró profundamente, cruzó el umbral y comenzó a caminar por el pasillo techado.

—Se lo agradezco. Lo que pasa es que está un poco nervioso —se disculpó Joanna al pasar para alcanzarlo.

Dentro de la terminal esperaron un momento para pasar por la oficina de aduana suiza. Luego Joanna buscó un carro, retiró las maletas y se dirigieron por un pasillo hacia la policía de inmigración. De pronto Joanna se preguntó qué harían si nadie venía a buscarlos. No tenía idea de dónde vivía Elton Lybarger ni a quién podía llamar. Cuando ya habían salido de Inmigración y cruzaban una puerta de vidrio hacia la terminal principal, una orquesta de fanfarria de media docena de músicos comenzó a tocar una versión suiza de «Porque es un tipo excelente» y una veintena de hombres y mujeres sumamente elegantes aplaudieron. A su espalda, cuatro hombres con uniforme de chófer se sumaron jovialmente al aplauso.

Lybarger se detuvo y los miró. Joanna no sabía si reconocía a alguien o no. De pronto, una mujer gorda con abrigo de piel con el rostro velado y un gran ramo de rosas amarillas se acercó a Lybarger y lo abrazó efusivamente cubriéndolo de besos.

—Ay, tío, ¡tío! ¡Cómo te hemos echado en falta! Bienvenido a casa —repetía.

Los demás no tardaron en acercarse y rodearon a Lybarger sin ocuparse de Joanna, intrigada por esa gran manifestación. Durante cinco meses de terapia física intensiva, Elton Lybarger jamás le había insinuado nada sobre la fortuna que, al parecer, poseía. ¿Dónde se había metido toda esa gente hasta entonces? Aquello resultaba difícil de creer. Pero, claro, nada de eso era de su incumbencia.

—¿Señorita Marsh? —Preguntó un hombre sumamente atractivo que se apartó del grupo—. Me llamo Von Holden. Trabajo en la empresa del señor Lybarger. ¿Me permite acompañarla hasta su hotel?

Von Holden, de aproximadamente treinta años, era delgado, tenía espaldas de nadador y medía casi un metro noventa. Tenía el pelo trigueño y corto. Vestía una chaqueta cruzada de corte impecable, camisa blanca y corbata negra con un escudo

bordado.

—Muchas gracias —sonrió Joanna. Miró hacia el grupo y vio que alguien había traído una silla de ruedas y que dos chóferes ayudaban al señor Lybarger a sentarse—. Debería hablar con el señor Lybarger.

—Él ya comprenderá —dijo Von Holden, muy amable—. Además, lo verá a la hora de la comida. Si quiere seguirme... pase por aquí, por favor.

Von Holden cogió el equipaje de Joanna y cruzó una puerta hacia un ascensor. Cinco minutos más tarde estaban en el asiento trasero de una limusina Mercedes Benz en dirección a Zurich por la autopista N1B.

Joanna jamás había visto tanto verde. Las espesas arboledas y prados que abundaban reflejaban un verde esmeralda intenso. Más allá, como fantasmas en el horizonte, se divisaban los Alpes ya cubiertos de nieve. Su Nuevo México era una tierra desierta que, a pesar de sus ciudades y rascacielos y sus centros comerciales, seguía siendo un territorio nuevo e indómito bullente con la actividad de la frontera. Los coyotes, los leones de montaña y las serpientes aún eran los dueños de la tierra y entre sus desiertos y cañones algunos hombres habían optado por vivir en soledad. Sus montañas y praderas tapizadas de flores silvestres al comienzo de la primavera, en esta época del año eran un paisaje de tierra parda, polvorienta y seca como la yesca.

Suiza era totalmente diferente. Joanna había visto el paisaje por la ventanilla desde el avión y ahora lo gustaba más intensamente cuando la limusina entró en Zurich a través de la ciudad vieja. Aquél era un lugar fecundo en la historia de romanos y Habsburgos, un mundo de callejones medievales flanqueado por construcciones de piedra gris de arquitectura gótica que existía siglos antes de que en las barracas de Nuevo México se encendiera la primera lámpara de aceite de petróleo.

Joanna se había imaginado la recepción al llegar. Una familia pequeña pero afectuosa esperaba a Elton Lybarger. Él le daría un abrazo de despedida, tal vez un beso en la mejilla. Luego, una agradable habitación en un motel del Holiday Inn, y tal vez una visita a la ciudad antes de regresar el día siguiente. Sería poco tiempo, pero ella haría todo lo posible para aprovecharlo. ¡No debía olvidar los recuerdos y regalos! Para sus amigos en Taos, y para David, el logopeda de Santa Fe con quien salía desde hacía dos años pero con quien jamás se había acostado.

—¿No había estado nunca en nuestro país? —dijo Von Holden, que la miraba sonriendo.

—No, nunca.

—Después de registrarse en el hotel y antes de la cena, si me lo permite, le mostraré algo de Suiza —dijo él, amable—. A menos que usted prefiera lo contrario, desde luego.

—No, por favor, sería estupendo. Quiero decir, me encantaría.

—Muy bien.

La limusina giró a la izquierda por la Bahnhofstrasse y dejaron atrás varias manzanas de tiendas elegantes y exclusivos cafés que se sumaban a aquella atmósfera de fortunas inmensas pero nunca ostentosas. Al final de la Bahnhofstrasse brillaban las aguas turquesas de un inmenso lago.

—Es el lago Zurich —dijo Von Holden. Los cruceros lo surcaban en todos los sentidos dejando una estela de espuma blanca y reluciente bajo el sol.

Joanna se sintió transportada a un mundo mágico. Suiza, les diría a todos sus amigos, era un país exuberante, generoso y ancestral. Sentía que todo era cálido y hospitalario y parecía un lugar sumamente seguro. Además, se veía que había dinero.

De pronto se volvió hacia Von Holden.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Pascal.

—¿Pascal? No había oído ese nombre. ¿Es español o italiano?

Von Holden se encogió de hombros.

—Ambos —dijo—. O ninguno de los dos. Nací en Argentina.

CUARENTA Y UNO

Osborn miró el teléfono y se preguntó si tendría suficientes fuerzas para volver a intentarlo. Lo había intentado ya tres veces y no había tenido éxito. Dudaba intentarlo otras tres.

Al salir del bosque de madrugada se encontró en lo que a la luz del alba le parecieron tierras de cultivo. En las cercanías encontró una cabaña pequeña, cerrada pero con una toma de agua en el exterior. Abrió el grifo y bebió abundantemente. Luego se rasgó la pernera del pantalón y lavó la herida lo mejor que pudo. La hemorragia externa se había detenido prácticamente y Osborn logró aflojar el torniquete sin que la pierna volviera a sangrar.

Después, seguramente se había desmayado porque cuando volvió a abrir los ojos vio a dos jóvenes con palos de golf a cuestas que lo miraban y le preguntaban en francés si se encontraba bien. Había confundido un campo de golf con terrenos agrícolas.

Ahora estaba sentado en el salón del club con la mirada fija en el teléfono de la pared. Sólo acertaba a pensar en Vera. ¿Dónde estaría? ¿En la ducha? No, no podía tardar tanto. ¿En el trabajo? Tal vez, no estaba seguro. Había perdido la noción de sus horarios, de los días que tenía libres y de los otros.

Levigne, un hombre pequeño y delgado como un lápiz que administraba el lugar, quiso llamar a la policía pero Osborn logró convencerlo de que sólo había sido un pequeño accidente y que alguien vendría a buscarlo. Le daba miedo que apareciera el hombre alto. Pero también le daba miedo la policía. Era muy probable que ya hubiesen encontrado el coche de Kanarack. Habría sido confiscado y registrado como coche robado o abandonado. Pero cuando apareciera el cadáver flotando en las aguas del Sena, lo revisarían con lupa. Las huellas dactilares de Osborn estaban en todas partes y la policía ya las tenía fichadas. El mismo Barras se las había tomado aquella primera noche al detenerlo después de agredir a Kanarack en el café y de saltar las barreras del metro para perseguirlo.

¿Cuándo había sucedido eso?

Osborn miró su reloj. Hoy era sábado. Había visto a Kanarack por primera vez el lunes. Seis días. ¿Sólo seis días? ¿Después de casi treinta años? Y ahora Kanarack estaba muerto. Teniendo en cuenta todos sus intrincados planes, a la policía, a Jean Packard... Después de todo, aún no tenía una respuesta. La muerte de su padre seguía siendo un misterio tan insoluble como en el pasado.

Escuchó un ruido y levantó la mirada. Un hombre corpulento llamaba por teléfono. Fuera, los jugadores de golf caminaban hacia el primer *tee*. La bruma del amanecer había dejado paso a un sol brillante, el primer día sin nubes desde que Osborn había llegado a Francia. El campo de golf estaba situado cerca de Vernon a unos treinta kilómetros de París. El Sena, que serpenteaba de un lado a otro de la

campiña, seguramente lo había arrastrado al menos el doble de esa distancia. No sabía cuánto tiempo había estado en el agua ni cuánto había caminado en la oscuridad.

En la mesa, Osborn observó el fondo de la taza de café que Levigne le había traído sin cobrarle. Cogió la taza y bebió lo que quedaba de un sorbo. El solo movimiento de levantar una taza de café y beberla le había cansado.

Al otro lado del salón, el hombre corpulento colgó y salió. ¿Qué pasaría si de pronto entraba el hombre alto? Aún llevaba la pistola de Kanarack en el bolsillo de la chaqueta. ¿Tendría la fuerza para sacarla, apuntar y apretar el gatillo? Durante años había practicado con una escopeta y era buen tirador. Se entrenaba en los clubs de Santa Mónica y en los valles de San Fernando y El Conejo. ¿Por qué lo había hecho? No lo sabía. Tal vez se trataba de liberar agresividad. Tal vez era un deporte. O una precaución ante la ola de crímenes en las grandes ciudades. ¿O había otros motivos? Algo que lo impulsaba a esperar el día en que tuviera que recurrir a un arma.

Volvió a mirar el teléfono. «Inténtalo. Una vez más. Tienes que intentarlo».

La pierna se le empezaba a tensar y Osborn temió que con el movimiento volviera a sangrar. Además, el impacto del traumatismo comenzaba a disiparse y disminuía el efecto de la anestesia natural del organismo.

La pierna le palpitaba con tal intensidad que Osborn no sabía cuánto tiempo podría soportar el dolor sin recurrir a un analgésico.

Puso las manos sobre la mesa y se levantó. El súbito movimiento le provocó mareos y durante un momento sólo acertó a permanecer de pie y quedarse quieto rogando que no cayera al suelo.

Un grupo de jugadores que entraba al local lo vieron y se apartaron. Vio que uno de ellos hablaba con Levigne mientras lo señalaba. ¿Qué otra cosa podía esperar, con ese aspecto? Con los ojos vidriosos, apenas capaz de sostenerse en pie, con la ropa rasgada, empapada y maloliente, parecía un descastado del infierno.

Pero ahora no podía ocuparse de ellos.

Volvió a mirar el teléfono. Estaba a menos de diez pasos pero si hubiera estado en California habría sido lo mismo. Cogió el bastón de la rama de árbol con que había llegado hasta allí, lo afirmó por delante y avanzó.

«La mano derecha con el bastón seguida del pie derecho. Levantar el pie izquierdo. Mano derecha, pie derecho. Traer el pie izquierdo hacia delante. Detenerse. Respirar profundo.

»El teléfono está más cerca ahora.

»¿Listo? Una vez más. Mano derecha, pie derecho. Levantar el pie izquierdo». A pesar de que estaba totalmente concentrado en sus movimientos y en el objetivo hacia el que se dirigía, Osborn sabía que la gente que había en el salón lo observaba. Los rostros eran borrosos.

Luego escuchó una voz. Su propia voz. Le estaba hablando a él. Con claridad y precisión.

«La bala está alojada en algún lugar detrás del muslo. No estoy seguro dónde exactamente. Pero hay que sacarla...

»Mano derecha, pie derecho. Levantar pie izquierdo. Mano derecha, pie derecho...

»Practicar una incisión vertical siguiendo la parte media del muslo trasero desde el pliegue inferior de la nalga». De pronto se encontraba de nuevo en la Facultad de Medicina, citando la *Anatomía* de Gray. ¿Cómo era posible que aún recordara todo de carrerilla?

«Mano derecha, pie derecho. Pie izquierdo. Detente y descansa. —Al otro lado de la sala, aún lo miraban—. Mano derecha, pie derecho. Levantar pie izquierdo.

»Tienes el teléfono enfrente tuyo».

Agotado, Osborn estiró la mano hacia el auricular y lo desenganchó.

«Paul, tienes una bala alojada en la parte posterior del muslo. Tenemos que sacarla ahora mismo».

«Ya lo sé, joder. Ya lo sé. ¡Sacadla ahora inmediatamente!».

—Ya ha salido. No te muevas.

—¿Sabes quién soy?

—Desde luego.

—¿Qué día es hoy?

—Es... —vaciló Osborn—. Es sábado.

—Has perdido el avión —dijo Vera, sacándose los guantes quirúrgicos. Se volvió y salió de la habitación.

Osborn se relajó y miró a su alrededor. Estaba en el piso de Vera, desnudo, tendido boca abajo en la habitación de invitados. Al cabo de un momento volvió Vera con una jeringa en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Osborn.

—Te podría decir que es succinilcolina —dijo ella, con una sonrisa irónica—. Pero no sería verdad —agregó, y colocándose a sus espaldas le limpió una zona de la nalga con un algodón empapado en alcohol. Introdujo la jeringa y le administró el contenido—. Es un antibiótico. Debería administrarte seguramente una dosis de antitétanos. Dios sabe lo que había en ese río además de Henri Kanarack.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Osborn, y de pronto todo lo sucedido desfiló como un rayo por su mente.

Vera se inclinó y lo tapó suavemente con una manta hasta los hombros para que conservara el calor. Luego se sentó en una silla de lectura, una otomana de cuero situada frente a él.

—Te desmayaste en el salón de un club de golf a unos cuarenta kilómetros de aquí. Pero lograste darles mi número. Una amiga me prestó el coche. La gente del club de golf fue muy amable. Me ayudaron a meterte en el coche. Sólo llevaba unos

tranquilizantes y te los di todos.

—¿Todos?

Vera sonrió.

—Hablas mucho cuando estás jodido. Sobre todo de hombres. Henri Kanarack, Jean Packard, tu padre.

En la distancia escucharon la sirena de una ambulancia y la sonrisa se le borró del rostro.

—He ido a la policía —dijo.

—¿A la policía?

—Anoche. Estaba preocupada. Buscaron en tu habitación del hotel y encontraron la succinilcolina. No saben qué es ni para qué sirve.

—Pero tú sí lo sabes...

—Ahora lo sé, sí.

—Me resultaba muy difícil contártelo, ¿no crees? —A Osborn le pesaban los párpados y comenzaba a perder el sentido—. ¿La policía? —preguntó, con voz débil.

Vera se levantó, fue al otro lado de la habitación y encendió una pequeña lámpara en un rincón y apagó la del techo.

—No saben que estás aquí —dijo—. Al menos, no lo creo. Cuando encuentren el coche de Kanarack con tus huellas vendrán a preguntarme si te he visto o si he hablado contigo.

—¿Qué les dirás?

Vera veía que Osborn intentaba mantener el control de la situación y que quería saber si había cometido un error al llamarla o si podía confiar en ella. Pero estaba demasiado agotado. Los párpados se le cerraron y se volvió a hundir lentamente en la almohada.

Ella se inclinó sobre él y le rozó la frente con los labios.

—Nadie lo sabrá —dijo—. Lo prometo.

Osborn no la oyó. Ahora se perdía en un mar de pensamientos. Jamás la verdad había sido tan rotunda ni tan horripilante. Él había querido ser médico porque deseaba mitigar el sufrimiento y el dolor a sabiendas de que jamás podría sanar su propio dolor. La gente no veía más que la imagen de un médico atento y preocupado. Jamás habían visto la otra cara de su personalidad porque no existía. No había nada y jamás habría nada hasta que murieran los demonios que la habitaban. Henri Kanarack sabía cosas que podrían haberlos matado pero no había sucedido así. De pronto su caída se interrumpió y abrió los ojos. Era otoño en New Hampshire y él estaba en el bosque con su padre. Los dos reían y saltaban sobre las piedras para cruzar una laguna. El cielo era azul, las hojas brillaban y el aire estaba seco y puro.

En aquel entonces tenía ocho años.

CUARENTA Y DOS

—¡Hola, McVey! —saludó Benny Grossman. Con la misma rapidez le dijo que lo llamaría inmediatamente y colgó. Era el sábado por la mañana en Nueva York y media tarde en Londres.

En la diminuta habitación del hotel de la calle de la Media Luna que Interpol le había ofrecido tan generosamente, McVey se sirvió una medida de dos dedos de whisky Famous Grouse en un vaso sin hielo —en el hotel no tenían hielo— y esperó que Benny volviera a llamar.

Había pasado la mañana con Ian Noble, con el doctor Michaels, el joven patólogo de la Oficina Central y el doctor Stephen Richman, el especialista en micropatología que había descubierto el frío extremo a que se había sometido la cabeza cercenada de John Doe.

Después de una minuciosa búsqueda ordenada por Scotland Yard, ninguna de las dos empresas de suspensión criogénica de Gran Bretaña, Cryonetic Sepulture, en Edimburgo, o Cryo-Mastaba of Camberwell, en Londres, había denunciado la desaparición de una cabeza o de todo el cuerpo de uno de sus «huéspedes». Así, a menos que existiera una empresa de suspensión criónica sin licencia o que alguien anduviese por Londres con una criocápsula portátil llena de cuerpos o trozos de cuerpos congelados a menos de trescientos grados Fahrenheit, tenían que descartar la idea de que John Doe hubiera solicitado que le congelaran la cabeza por voluntad propia.

McVey, Noble y el doctor Michaels desayunaron y se dirigieron al despacho y laboratorio de Richman en Gower Mews. Richman ya había examinado el cadáver de John Cordell, el cuerpo decapitado hallado en un pequeño piso frente al terreno de juego de la Catedral de Salisbury. Las radiografías del cadáver de Cordell revelaban dos tornillos en la juntura de una fisura del grosor de un cabello en la parte inferior de la pelvis. Era probable que se hubieran extraído los tornillos una vez sellada la fisura si el paciente hubiera vivido suficiente tiempo.

El análisis detallado que Richman había realizado sobre los tornillos revelaba unas fracturas microscópicas del grosor de un hilo de telaraña, lo cual confirmaba a todas luces que el cuerpo de Cordell también había sido sometido a una congelación extrema a temperaturas que se aproximaban al cero absoluto, al igual que la cabeza de John Doe.

—¿Por qué? —preguntó McVey.

—Sin duda todo eso forma parte de la pregunta —dijo Richman, y abrió la puerta del diminuto laboratorio. Allí dentro habían observado las diapositivas comparadas de los tornillos en el cadáver de Cordell y las fallas de la placa metálica en la cabeza de John Doe. Richman los condujo por un pasillo de paredes amarillas verdosas hasta su despacho.

Stephen Richman bordeaba los sesenta, era de mediana estatura pero tenía la corpulencia que se adquiere con el trabajo físico a temprana edad.

—Perdonen el desorden —dijo al abrir la puerta de su despacho—. No estaba preparado para acoger una partida de póquer.

Su lugar de trabajo era algo más espacioso que un armario, la mitad de la habitación de McVey en el hotel. Sobre montones de libros, periódicos, correspondencia, cajas de cartón y pilas de casetes de vídeos, se equilibraban docenas de frascos donde flotaban órganos de quién sabe cuántas especies, hasta tres o cuatro por frasco. Entre toda aquella amalgama de objetos había una ventana, la mesa de trabajo y la silla de Richman. Otras dos sillas estaban sepultadas bajo pilas de libros y carpetas que Richman no tardó en poner a un lado para hacer sitio a sus visitas. McVey dijo que permanecería de pie pero Richman dijo que por ningún motivo y desapareció en busca de una tercera silla. Quince largos minutos más tarde reapareció tirando de una silla de secretaria a la que le faltaba una rueda, rescatada de un almacén en el sótano.

—La pregunta, inspector McVey —dijo Richman, cuando todos estuvieron sentados respondiendo a la pregunta hecha por McVey casi media hora antes como si la hubiera formulado entonces—, no es tanto «por qué» sino «cómo».

—¿Qué quiere decir? —inquirió McVey.

—Quiere decir que estamos hablando de tejidos humanos —respondió Michaels, como dándolo por sentado—. Los experimentos con temperaturas que se aproximan al cero absoluto se llevan a cabo fundamentalmente con sales y algunos metales como el cobre. —De pronto se percató de que estaba cometiendo una falta de cortesía—. Perdón, doctor Richman —se excusó—. No tenía la intención de...

—No tiene importancia, doctor —sonrió Richman, y luego miró a McVey y al comandante Noble—. Lo que deben comprender es que todo esto se presta a mucha mixtificación en la ciencia. Sin embargo, lo esencial es que la tercera ley de termodinámica dice básicamente que la ciencia no puede alcanzar jamás el cero absoluto porque, entre otras cosas, daría lugar a un estado de orden perfecto. Un orden atómico.

Noble tenía una expresión vacía, al igual que McVey.

—Todos los átomos están compuestos de electrones que giran en torno a un núcleo compuesto de protones y neutrones. Lo que sucede cuando las sustancias se enfrían es que disminuye el movimiento normal de estos átomos y de sus partes. A menor temperatura, menor movimiento. Ahora bien, si concentramos críticamente un imán externo sobre estos átomos que se mueven a poca velocidad, crearíamos un campo magnético donde se podrían manipular los átomos y sus partes y hacer prácticamente lo que quisiéramos. En términos teóricos, si se alcanza el cero absoluto, podríamos hacer no prácticamente, sino *exactamente* lo que quisiéramos porque se habría detenido toda actividad.

—Eso nos lleva otra vez a la pregunta de McVey —dijo Noble—. ¿Por qué? ¿Por

qué congelar cuerpos decapitados y una cabeza hasta ese grado, suponiendo que se pudiera alcanzar esa temperatura?

—Para unirlos —respondió Richman, sin un asomo de emoción en la voz.

—¿Para unirlos? —preguntó Noble, incrédulo.

—Es la única razón que se me ocurriría dar, en principio —dijo Richman.

McVey se rascó la oreja y miró por la ventana. La mañana resplandecía de sol. En contraste, el despacho de Richman parecía un cajón con olor a cerrado. Se volvió en la silla y se encontró cara a cara con el cerebro de un gato maltés suspendido en algún tipo de líquido conservante. Miró a Richman.

—Está usted hablando de cirugía atómica, ¿no es así?

Richman sonrió.

—Algo por el estilo. Para decirlo en términos sencillos, a cero absoluto bajo la aplicación de un campo magnético potente, todas las partículas atómicas estarían perfectamente alineadas y bajo control absoluto. Si lográsemos eso se podría practicar una criocirugía atómica. Una microcirugía inconcebible.

—Si pudiera usted explayarse un poco, por favor —pidió Noble.

A Richman se le encendieron los ojos y McVey casi pudo palpar el aumento de su ritmo cardíaco. La idea de lo que estaba explicando lo entusiasmaba enormemente.

—Lo que significa, comandante, suponiendo que se pudiera congelar un cuerpo a esa temperatura y operarlo y luego descongelarlo sin provocar ningún daño en los tejidos, es que podríamos conectar los átomos. Se crearía un enlace químico de modo que dos átomos compartieran un mismo electrón. Sería una sutura sin puntos, una *sutura perfecta*, si se quiere, tal como lo habría creado la naturaleza, como crecería un árbol.

—¿Hay alguien que esté intentando hacer eso? —preguntó McVey, en voz baja.

—Eso es imposible —intervino Noble.

—¿Por qué? —preguntó McVey, con la mirada fija en él.

—Debido al principio de Heisenberg. Si usted me lo permite, doctor Richman —preguntó Michaels. Richman asintió con un gesto de cabeza y el joven patólogo se volvió hacia McVey. Por algún motivo quería darle a entender al americano que conocía su oficio y que sabía de qué hablaba. Era algo importante para la investigación. Y, más allá de eso, era su manera de demostrar y a la vez exigir cierto respeto.

—Es un principio de la mecánica cuántica según el cual es imposible medir dos propiedades de un objeto cuántico, digamos, un átomo o una molécula, al mismo tiempo con precisión infinita. Podemos medir uno o el otro pero no ambos. Se puede determinar la velocidad y dirección de un átomo pero no se podría, a la vez, decir precisamente dónde se encuentra.

—¿Se podría lograr con una temperatura de cero absoluto? —McVey le estaba dando de las suyas.

—Evidentemente. Porque en el cero absoluto todo se habría detenido.

—Inspector McVey —interrumpió Richman—. Es posible alcanzar temperaturas de menos de una millonésima de grado sobre el cero absoluto. Se ha logrado. El concepto de cero absoluto es precisamente eso, nada más que un concepto. No se puede lograr. Es imposible.

—Mi pregunta, doctor, no es si se puede lograr o no. Yo he preguntado si alguien intentaba lograrlo. —Había cierto tono desagradable en la manera de hablar de McVey. Ya le habían hablado lo suficiente de la teoría y ahora quería hechos. Miraba a Richman esperando una respuesta.

Noble pensó que aquél era un aspecto del policía de Los Ángeles que no conocía y entendió por qué McVey se había ganado su reputación.

—Inspector McVey, hasta ahora hemos demostrado que un cuerpo decapitado y una cabeza han sido congelados. Por las radiografías sabemos que sólo dos de los otros seis cuerpos tienen componentes metálicos. Cuando hayamos analizado esos metales podremos tener una opinión más concluyente.

—¿Qué le dice su intuición, doctor?

—Mi intuición no tiene nada que ver con esto. Aun así, me atrevería a decir que estamos ante un caso de intentos fallidos para practicar una criocirugía muy sofisticada.

—La cabeza de una persona fundida con el cuerpo de otra.

Richman asintió con la cabeza.

Noble miró a McVey.

—¿Alguien está intentando crear un Frankenstein de los tiempos modernos?

—Frankenstein fue creado con varios cuerpos muertos —aseveró Michaels.

—¡Dios mío! —exclamó Noble. Al incorporarse, estuvo a punto de lanzar al suelo el frasco que contenía el corazón de un jugador de fútbol profesional. Sujetó el frasco y miró a Michaels y luego a Richman—. ¿Esta gente fue congelada viva?

—Así parece.

—Entonces, ¿por qué encontramos restos de cianuro en las víctimas? —inquirió McVey.

Richman se encogió de hombros.

—¿Envenenamiento parcial? ¿Parte del procedimiento? Quién sabe.

Noble miró a McVey y se incorporó.

—Muchas gracias, doctor Richman. No abusaremos más de su tiempo.

—Espere un momento, Ian —dijo McVey, y se volvió hacia Richman—. Una última pregunta, doctor. La cabeza de John Doe se estaba descongelando cuando la descubrimos. En lo que concierne a su apariencia y su estado patológico cuando fue encontrada descongelada, ¿cambiaría dependiendo de cuándo fue congelada?

—Creo que no acabo de entenderlo —dijo Richman.

McVey se inclinó hacia delante.

—Hemos tenido problemas con la identidad de John Doe. No hemos podido descubrir quién es. Tal vez estemos buscando donde no debemos intentando dar con

un hombre que ha desaparecido desde hace varios días, tal vez semanas. ¿Y si fueran meses? ¿O años? ¿Sería posible?

—Es una pregunta hipotética. Pero yo diría que si alguien ha encontrado realmente los medios para llegar al cero absoluto, no habría habido ningún tipo de perturbación molecular. De modo que al descongelarse no habría manera de saber si había sido congelada hace una semana, cien años o mil años, si se quiere.

McVey miró a Noble.

—Creo que será mejor que nuestros agentes de sujetos desaparecidos vuelvan a su trabajo.

—Creo que tiene razón.

El teléfono que sonaba junto al codo de McVey lo devolvió a la realidad. Lo cogió de un manotazo.

—¡Hola, McVey!

—Hola, Benny, y deja de saludar de esa manera, ¿vale? Se está volviendo un poco repetitivo.

—Ya lo tengo.

—¿Que tienes qué?

—Lo que me pediste. La solicitud de la oficina de Interpol en Washington de los antecedentes de Albert Merriman tiene el sello de la hora que registró el sargento de guardia, a las once y treinta y siete minutos de la mañana, jueves, 6 de octubre.

—Benny, las once y treinta y siete en Nueva York son las cuatro y treinta y siete de la tarde en París.

—¿Y qué?

—¿Se solicitó sólo ese expediente, nada más?

—Así es...

—A las ocho de la mañana, hora de París, el *viernes*, el inspector de la policía de París a cargo del caso recibió una fotocopia de la huella. Sólo la huella, nada más. Sin embargo, quince horas *antes*, alguien en Interpol tenía no sólo la huella sino también el nombre y el expediente.

—Me parece que tenéis líos en la casa. Una tapadera. O una agencia privada. O quién sabe. Pero si algo sale mal, es el poli a cargo de la investigación el que queda mal parado porque te apuesto lo que quieras a que no ha quedado registrado el nombre del primero que recibió la información.

—Benny...

—¿Qué pasa, Boobalah?

—Gracias.

Líos en la casa, tapaderas, agencias privadas. McVey detestaba aquellas palabras.

Algo estaba sucediendo en Interpol y Lebrun estaba cargando con el muerto sin saberlo. No le gustaría, pero tendría que decírselo. Cuando McVey finalmente logró comunicarse con él en París veinte minutos más tarde, no llegó a decírselo.

—McVey, *mon ami* —saludó Lebrun, que parecía excitado. —Estaba a punto de llamarlo. Las cosas de pronto se han complicado por aquí. Hace tres horas encontraron a Albert Merriman flotando en el Sena. Parecía un queso grande perforado con un arma automática. Encontramos el coche que conducía a unos noventa kilómetros río arriba, cerca de París. Las huellas de su amigo Osborn estaban por todos lados.

CUARENTA Y TRES

Antes de una hora, McVey se dirigía en un taxi al aeropuerto de Gatwick. Había dejado a Noble y a los agentes de Scotland Yard revisando archivos de personas desaparecidas cuya descripción coincidiera con la de John Doe y que hubieran sido intervenidas en la cabeza con implantación de placas metálicas. A la vez tenían que investigar discretamente todos los hospitales y facultades de medicina del sur de Inglaterra para inventariar las personas o los proyectos que experimentaran con técnicas quirúrgicas novedosas. Por un momento pensó en solicitarle a Interpol, Lyon, que hiciera la misma diligencia con las policías de Europa continental. Pero debido a la situación creada con el archivo de Albert Merriman y la posición de Lebrun, decidió esperar. No estaba seguro de lo que estaba sucediendo en Interpol si es que estaba sucediendo algo. Pero si algo pasaba no quería que su investigación tomara el mismo derrotero. Si había algo que McVey detestaba, era que las cosas se hicieran a espaldas suyas sin que se le notificaran. Por su experiencia, la mayoría de las veces no eran más que banalidades, pequeñas traiciones que irritaban y hacían perder el tiempo pero a la vez esencialmente inocuas. No estaba tan seguro de que en este caso fuera lo mismo. Sería mejor esperar a ver qué averiguaba Noble y no decir nada.

Eran las cinco y media de la tarde, hora de París. El vuelo 003 de Air France a Los Ángeles había salido del aeropuerto Charles de Gaulle a las cinco según lo previsto. El doctor Osborn tendría que haber estado a bordo pero no lo estaba. No se había presentado al vuelo, lo que significaba que la policía aún tenía su pasaporte.

McVey desconfiaba cada vez más de la impresión que le causaba aquel sujeto. Osborn había mentido en cuanto al lodo de un calzado. ¿Sobre qué otra cosa habría mentido? Tal vez McVey había querido ser demasiado benevolente con su compatriota. Pero su razonamiento tenía sentido, sobre todo porque no había nada con que acusar a Osborn o algo que lo hiciera sospechoso. Exteriormente y durante los interrogatorios, parecía ser exactamente lo que McVey pensaba de él, un hombre culto de edad mediana completamente chalado por una mujer joven. No había casi nada de significativo en eso. Sin embargo, dos individuos habían muerto violentamente y el «hombre culto» de McVey estaba relacionado con ambos hechos.

Más allá de las muertes de Albert Merriman y Jean Packard había otra cosa que le preocupaba, incluso antes de que hablara con Lebrun. Se trataba del comentario oficioso del doctor Stephen Richman según el cual los cuerpos descabezados congelados a bajas temperaturas podrían ser el resultado de intentos fallidos de un tipo muy avanzado de criocirugía para unir una cabeza a un cuerpo que no le perteneciera. El doctor Paul Osborn no sólo era cirujano sino cirujano ortopédico, un experto de la estructura del esqueleto humano, alguien que podía tener una idea muy clara de cómo se hacían estas cosas.

Desde el principio, McVey había sospechado que sólo debían buscar a un hombre. Tal vez lo había encontrado y lo había dejado escapar.

Osborn despertó de un sueño y por un momento no supo dónde estaba. De pronto, con una nitidez repentina apareció el rostro de Vera. Estaba sentada en la cama junto a él y le pasaba un paño húmedo por la frente. Vestía unos pantalones negros y holgados y un jersey del mismo color. El negro de la ropa y la suavidad de la luz hacían resaltar sus rasgos como algo frágil, como una delicada porcelana.

—Tenías mucha fiebre, pero creo que ya ha remitido —dijo, suave. En sus ojos oscuros brillaba la misma chispa que cuando se conocieron. Por alguna razón, Osborn calculó que aquello había sucedido nueve días antes.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó, con voz debilitada.

—No mucho, unas cuatro horas.

Intentó sentarse pero sintió un dolor agudo punzándole detrás del muslo. Cerró los ojos y volvió a tenderse.

—Si me hubieras dejado llevarte al hospital, creo que estarías algo más cómodo.

Osborn miró el techo. No recordaba haberle dicho que no lo llevara al hospital pero seguramente lo había hecho. Luego recordó que le había contado lo de Kanarack, su padre y el detective Jean Packard.

Vera se levantó de la cama, dejó el paño en el pequeño recipiente con agua y fue hacia una mesa debajo de un mirador cuya cortina negra estaba echada.

Osborn miró a su alrededor intrigado. A su derecha estaba la puerta de la habitación. A su izquierda, la puerta de un pequeño baño. Arriba, el techo caía de modo que la pared de un lado era más baja que la del lado opuesto. No era la habitación donde había estado anteriormente. Estaba en otro lugar, una especie de buhardilla.

—Estás en lo alto de un edificio, en una habitación bajo los aleros del tejado —dijo Vera—. Fue construida durante la resistencia en mil novecientos cuarenta. Casi nadie sabe que existe.

Levantó la cubierta de una bandeja en la mesa donde había puesto el recipiente, volvió y la dejó en la cama junto a él. Había un plato de sopa caliente, una cuchara y una servilleta.

—Tienes que comer —dijo. Osborn se limitó a mirarla fijo.

—La policía vino buscándote. Así que te hice traer aquí arriba.

—¿Te hice traer?

—Philippe, el portero, es un viejo amigo de confianza.

—Encontraron a Kanarack, ¿no?

Vera asintió con un gesto de cabeza.

—Y el coche también. Ya te dije que vendrían cuando sucediera. Llegaron una hora después de que te hubieras dormido. Querían subir al piso pero les dije que iba a salir en ese momento y hablé con ellos abajo.

Osborn dejó escapar un débil suspiro y miró absorto.

Vera se sentó junto a él y cogió la cuchara.

—¿Quieres que te dé de comer?

—Creo que puedo apañármelas —dijo, con una sonrisa desdibujada.

Cogió la cuchara y comenzó a beber la sopa, una especie de caldo. La sal le sentó bien y continuó bebiendo sin parar durante unos minutos. Finalmente dejó la cuchara a un lado, se limpió con la servilleta y descansó.

—No estoy en forma como para escapar de nadie.

—No, no lo creo.

—Te vas a meter en un lío si me ayudas.

—¿Mataste a Henri Kanarack?

—No.

—Entonces, ¿por qué habría de meterme en un lío? —Preguntó ella, y se levantó para sacar la bandeja de la cama—. Quiero que descanses. Subiré más tarde y te cambiaré los vendajes.

—No se trata sólo de la policía.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo vas a explicárselo a... él, al franchute?

Vera se colocó la bandeja sobre la cadera, como una camarera de café, y lo miró de arriba a abajo.

—El *franchute* —dijo —ya ha abandonado la escena.

—¿Ah, sí?

—Sí... —confirmó ella, con una leve sonrisa.

—¿Cuándo ha sucedido?

—El día que te conocí —dijo, sin quitarle los ojos de encima—. Ahora, vuelve a dormir. Yo volveré dentro de dos horas.

Vera cerró la puerta y Osborn se inclinó hacia atrás. Estaba cansado, más cansado de lo que había estado en toda su vida. Miró el reloj. Eran las ocho menos veinticinco de la noche, sábado 8 de octubre.

Y fuera, más allá de la ventana de su diminuta celda, París comenzaba su danza nocturna.

CUARENTA Y CUATRO

Exactamente a la misma hora, a unos cuarenta kilómetros por la autopista A1, el Fokker 100 de Air Europe en que viajaba McVey aterrizaba en el aeropuerto Charles de Gaulle. Quince minutos más tarde, un policía a las órdenes de Lebrun lo conducía a París.

McVey ya empezaba a conocer los vericuetos del aeropuerto. A la velocidad a que se sucedían los acontecimientos, apenas se había marchado de París y ya tenía que regresar veinticuatro horas después.

Al llegar a la ciudad, el agente de Lebrun cruzó el Sena y tomó la dirección de la Porte d'Orleans. Con su acento inglés algo torpe le comunicó a McVey que el inspector Lebrun se encontraba en la escena de un crimen y que quería que se reunieran allí.

La lluvia volvía a caer cuando avanzaban a lo largo de media manzana ocupada por camiones de bomberos y por una apretada masa de curiosos apartados por los gendarmes. Se detuvieron frente a los restos humeantes de un edificio de apartamentos. El agente bajó del coche y condujo a McVey por un entramado de mangueras de alta presión, entre bomberos sudorosos que seguían lanzando chorros de agua sobre los rescoldos vivos.

El edificio estaba totalmente destruido. El techo y el último piso habían volado por los aires. Las escaleras metálicas de incendio, retorcidas, derretidas y arqueadas en todos los sentidos como trozos inconclusos de autopistas en el aire, colgaban peligrosamente de las plantas superiores, sujetas a secciones de la obra que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento. Entre una y otra planta, a través de los marcos quemados de las ventanas, se divisaban las vigas calcinadas que habían sostenido las paredes y los techos de los apartamentos.

Por encima de todo, a pesar de la lluvia que no paraba de caer, flotaba un hedor inconfundible a carne quemada.

Dejando atrás un montón de escombros, el agente llevó a McVey hasta la parte trasera del edificio donde Lebrun, junto a los inspectores Barras y Maitrot, bajo los faros portátiles, conversaban con un hombre corpulento que vestía chaqueta de bombero.

—¡Ah, McVey! —Exclamó Lebrun cuando lo vio aparecer bajo la luz—. Ya conoce a los inspectores Barras y Maitrot. Le presento al capitán Chevalier, del parque de bomberos de la Porte d'Orleans.

—Capitán Chevalier. —McVey y el jefe de bomberos se estrecharon las manos.

—¿Ha sido premeditado? —preguntó McVey, volviendo a mirar las ruinas.

—Sí —afirmó Chevalier, y dio una breve explicación en francés.

—El incendio ha sido intenso y muy rápido y activado por un ingenio sumamente sofisticado, probablemente una carga incendiaria de origen militar —tradujo Lebrun

—. No tuvieron ninguna oportunidad. Veintidós personas. Todas han muerto.

Pasó un rato largo antes de que McVey hablara.

—¿Tienen alguna idea de por qué lo han hecho? —preguntó finalmente.

—Sí —dijo Lebrun, tajante, sin querer ocultar su ira—. Una de las víctimas era el propietario del coche que conducía Albert Merriman cuando su amigo Osborn lo encontró.

—Lebrun —dijo McVey, con voz queda, pero firme—. En primer lugar, Osborn no es amigo mío. En segundo lugar, si me permite una especulación, le diré que el coche de Merriman pertenecía a una mujer.

—Es una especulación acertada —dijo Barras, en inglés.

—Se llamaba Agnès Demblon.

Lebrun abrió los ojos.

—McVey, usted me asombra realmente.

—¿Qué saben de Osborn? —preguntó McVey, sin hacer caso del cumplido.

—Encontramos el Peugeot de alquiler aparcado en una calle de París a más de un kilómetro de su hotel. Tenía tres multas de estacionamiento, de modo que no se movió desde ayer a primera hora de la tarde.

—¿No hay noticias de él desde entonces?

—Hemos lanzado un aviso a todas las unidades y la policía provincial está rastreando el campo entre el lugar donde apareció Merriman y donde se encontró su coche.

A unos metros, dos fornidos bomberos sacaron los restos calcinados de una cuna de recién nacido a través de una puerta abierta y la dejaron caer en el suelo junto a los restos chamuscados de un somier. McVey los observó y luego se volvió hacia Lebrun.

—Vamos al lugar donde encontraron el coche de Merriman —dijo.

Las luces amarillas del Ford blanco de Lebrun cortaban la oscuridad. De pronto giraron y cogieron el camino que bordeaba el Sena hacia el parque donde la policía había encontrado el Citroën de Agnès Demblon.

—Se hacía llamar Henri Kanarack. Trabajaba en una panadería próxima a la estación del Norte desde hace unos quince años. Agnès Demblon era la contable —dijo Lebrun, y encendió un cigarrillo con el encendedor del coche—. Es evidente que había algo entre ellos. Pero tendremos que adivinar de qué se trataba porque resulta que Kanarack estaba casado con una francesa, una tal Michèle Chalfour.

—¿Cree que el incendio lo provocó ella?

—No lo descartaré hasta que hablemos con ella. Pero si no era más que un ama de casa y al parecer así es, dudo que haya tenido acceso a ese tipo de material incendiario.

Los inspectores Barras y Maitrot revisaron el piso de Henri Kanarack en la avenida Verdier, en Montrouge, y no consiguieron encontrar nada. Estaba

prácticamente vacío. Quedaban unas cuantas prendas de Michèle, un montón de catálogos de ropa de recién nacido, media docena de facturas sin pagar y algo de comida en la alacena y en la nevera. No había nada más. Era evidente que los Kanarack se habían marchado apresuradamente.

A esas alturas, lo único que sabían con certeza era que Henri Kanarack/Albert Merriman estaba en la *morgue*. El paradero de Michèle Kanarack era totalmente desconocido. Una búsqueda en hoteles, hospitales, asilos, *morgues* y comisarías no había arrojado ningún resultado. Tampoco había sido más fructífera la búsqueda de Michèle por su apellido de soltera. La mujer de Kanarack no tenía licencia de conducir ni pasaporte, ni siquiera un carnet de biblioteca bajo ninguno de los dos apellidos. Tampoco había fotos de ella en el piso ni en la cartera de Merriman/Kanarack. Como resultado, lo único que tenían era un nombre. Sin embargo, Lebrun ordenó hacer circular una orden de búsqueda por toda Francia. Tal vez la policía local diera con algo.

—¿Cómo mataron a Merriman? —preguntó McVey, mientras registraba mentalmente el paisaje al salir de la autopista y entrar en el camino de tierra que bordeaba el parque.

—Una Heckler & Koch MP-5K, automática. Probablemente con silenciador.

McVey entrecerró los ojos. Una Heckler & Koch MP-5K era un arma asesina, una metralleta ligera con un cargador de treinta balas de nueve milímetros. Solían usarla los terroristas y era una de las armas preferidas de los narcotraficantes.

—¿La encontraron?

Lebrun apagó el cigarrillo y disminuyó la velocidad para que el Ford sorteara una sucesión de charcos.

—No, me lo han dicho los forenses y los de balística. Un equipo de buzos ha estado buscando durante toda la tarde pero no encontraron nada. Hay una corriente muy fuerte a lo largo de esta zona. Eso fue lo que arrastró a Merriman tan lejos y tan rápido.

Lebrun detuvo el coche al borde de los árboles.

—A partir de aquí, caminaremos —anunció, y sacó una potente linterna de debajo del asiento.

La lluvia había cesado y entre las nubes asomaba la luna. Los dos policías bajaron del coche y se dirigieron hacia la rampa de tierra que llegaba hasta el río.

Caminando, McVey miró por encima de su hombro. Alcanzaba a divisar las luces del tráfico del sábado por la noche fluyendo junto al Sena.

—Cuidado por donde camina. Está resbaladizo aquí —dijo Lebrun al llegar al desembarcadero más abajo. Con un movimiento de la linterna le mostró a McVey las huellas que había dejado el coche de Agnès Demblon al ser retirado por la grúa.

—Ha llovido demasiado —dijo Lebrun—. Si hubiera habido huellas de pies en

este sector, se habrían borrado antes de que nosotros llegáramos.

—¿Me permite? —preguntó McVey, y estiró la mano para que Lebrun le pasara la linterna. Proyectó la luz hacia el agua y calculó la velocidad de la corriente cerca de la orilla. Luego iluminó el suelo y se agachó para estudiarlo.

—¿Qué está buscando? —preguntó Lebrun—. Esto —dijo McVey, enterrando la mano. Recogió algo y, para asegurarse, lo iluminó—. ¿Lodo? McVey lo miró. —No, *mon ami*. *Terrain rouge*. Lodo rojo.

CUARENTA Y CINCO

En comparación a la bulliciosa recepción en el aeropuerto de Kloten, la cena ofrecida a Elton Lybarger fue tranquila e íntima y los invitados ocuparon cuatro mesas grandes alrededor de una pista de baile. Más que verse introducida a un mundo completamente diferente, lo que Joanna encontraba extraordinario, incluso increíble, era el decorado. Sentada en el salón privado de un crucero de lujo, navegando apaciblemente por las aguas del Zurichsee, se sentía como el personaje de una obra clásica y fascinante de fines de siglo.

En una mesa para seis, Joanna estaba sentada junto a Pascal Von Holden, resplandeciente y elegante con su esmoquin azul marino y su cuello de puntas impecablemente almidonado. Aunque Joanna sonreía y conversaba con el resto de los comensales prestando toda la atención posible, le era casi imposible dejar de admirar el paisaje. Era la hora antes del crepúsculo y hacia el este, por encima de una pintoresca aldea y de grandes villas construidas a la orilla del agua, se erguían los montes y bosques perdiéndose en la magnificencia de los Alpes. Al poniente, el sol teñía de rosa dorado la nieve de los picos más altos.

—Romántico, ¿no? —Von Holden sonrió al mirarla.

—¿Romántico? Sí, supongo que es una palabra adecuada. Yo diría bello. — Joanna sostuvo la mirada de Von Holden durante una fracción de segundo y luego miró hacia el grupo.

A su lado había una joven pareja muy atractiva y por lo visto, muy afortunada. Eran Konrad y Margarete Peiper. Konrad Peiper, según sabía Joanna, era presidente de una gran empresa comercial alemana y Margarete, su mujer, estaba relacionada con el mundo del espectáculo. Joanna no sabía exactamente en qué consistían esas relaciones y resultaba difícil preguntarle porque la mayor parte del tiempo se mantuvo apartada de la mesa hablando por un teléfono inalámbrico.

Frente a ella se sentaban Helmuth y Berta Salettl, hermano y hermana. Ambos, según calculó Joanna, bordearían los setenta años y habían llegado en un vuelo aquella tarde desde su Austria natal.

El doctor Helmuth Salettl era el médico de cabecera de Elton Lybarger y Joanna lo había visto en cuatro de las seis ocasiones en que había visitado a Lybarger en el Rancho del Piñón. El médico, al igual que su hermana, era sombrío y austero, hablaba poco y sólo hacía preguntas puntuales relacionadas con el estado general y el régimen de Lybarger. La verdad era que, si bien Joanna trataba a diario con los ricos y famosos que acudían al Rancho del Piñón para recuperarse en secreto de cualquier cosa desde la adicción a las drogas o al alcohol o para una operación de cirugía estética, jamás había conocido a nadie como Salettl. Su presencia y su inexpresiva arrogancia le provocaban cierto temor. Sin embargo, había descubierto que si contestaba a sus preguntas y actuaba como una profesional, todo funcionaba sobre

ruedas porque el médico jamás se quedaba más de veinticuatro horas.

Dos mesas más allá, Elton Lybarger conversaba con la mujer rolliza que lo había colmado de besos llamándolo «tío», en el aeropuerto. Los primeros temores sobre su familia parecían haberse disipado y ahora se lo veía relajado y cómodo, sonriente y dejando que lo agasajaran todos los que, a lo largo de la cena, se habían acercado para saludarlo y darle palabras de aliento.

Junto a Lybarger se sentaba una mujer muy grande y de aspecto corriente de cerca de cuarenta años. Joanna supo que se llamaba Gertrude Biermann y que era militante de los Verdes, un movimiento ecologista y pacifista de izquierdas. Al parecer, Gertrude se divertía interrumpiendo las conversaciones de Lybarger con los demás para obligarlo a hablar con ella. A medida que pasaban las horas, Joanna habría deseado que la mujer no fuera tan insistente e incluso consideró la posibilidad de decírselo porque se daba cuenta de que el señor Lybarger empezaba a cansarse. Le picaba la curiosidad de saber por qué el señor Lybarger tenía como amiga a una activista política tan poco atractiva. Parecía ajena a Lybarger y al resto de los presentes, en su mayoría pertenecientes a uno u otro tipo de gran empresa.

La atracción de la tercera mesa era Uta Baur, definida como la «más alemana de todos los diseñadores de moda alemanes» que, después de obtener grandes elogios en las muestras de Munich y Dusseldorf a comienzos de los años setenta, era actualmente una institución internacional entre París, Milán y Nueva York. Uta era delgada como un palillo, vestía siempre de negro con poco o nada de maquillaje y el pelo, cortado casi al cero, era de raíces rubias blanquecinas. De no ser por sus animados gestos y el brillo de sus ojos cuando hablaba con los demás, Joanna la habría confundido con la personificación de la muerte. Todo el mundo sabía y Joanna se enteró más tarde que Uta tenía setenta y cuatro años.

Más allá, junto a la puerta, había dos hombres de esmoquin que Joanna había visto antes vestidos de chófer en el aeropuerto. Eran dos sujetos altos de pelo corto y parecían vigilar constantemente la sala. Joanna estaba segura de que eran guardaespaldas y cuando estaba a punto de preguntárselo a Von Holden, un camarero le preguntó si podía retirarle el plato. Joanna asintió con un gesto de agradecimiento. Habían comido un Berner Platte de primero, *choucroute* guarnecida generosamente con chuletas, beicon guisado y ternera, salchichas, lengua y jamón. Con su metro sesenta y sus diez kilos de sobrepeso, Joanna había tenido que cuidar especialmente su dieta. Sobre todo en los últimos tiempos, cuando comenzaba a observar que todos sus amigos aficionados a la bicicleta, aunque se los viera algo demacrados, conseguían colocarse un body elástico con toda naturalidad. La parte de arriba, la del medio y la de abajo.

En privado y después de conversar con su único amigo de verdad, *Henry*, el San Bernardo, Joanna había comenzado a mirar entrepiernas, las entrepiernas de los hombres aficionados a la bicicleta.

Joanna era hija única de una pareja devota y sencilla de un pequeño pueblo del

oeste de Tejas. Su madre, bibliotecaria, tenía casi cuarenta y dos años cuando ella nació. Su padre, cartero, tenía cincuenta. Ambos habían dado por supuesto, de una manera en que sólo los padres dan por supuesto, que su hija única crecería y sería igual a ellos, trabajadora, agradecida de lo que tenía, una persona común y corriente. Durante un tiempo era lo que Joanna había hecho, primero como exploradora y miembro del coro de la iglesia, después como alumna regular en el instituto y luego, siguiendo el ejemplo de su mejor amiga, estudiando la carrera de enfermería. Sin embargo, banal y trabajadora como Joanna parecía e incluso se veía a sí misma, en su interior era una mujer rebelde, incluso caprichosa.

Había tenido su primera experiencia sexual a los dieciocho años con el ayudante del reverendo. Horrorizada y segura de haberse quedado embarazada, escapó a Colorado y les contó a todos, amigos, padres y al propio asistente del reverendo, que habían aceptado su acceso a una escuela de enfermería en la Universidad de Denver. Era todo mentira porque ni la habían aceptado en la escuela de enfermería ni estaba embarazada. De todos modos, permaneció en Colorado y trabajó duro hasta obtener su título de quinesióloga. Cuando su padre enfermó, volvió a Tejas a ayudar a su madre. Y cuando sus padres murieron, literalmente uno después del otro, Joanna hizo sus maletas y se marchó a Nuevo México.

El sábado 1 de octubre, una semana antes de la cena de recepción de Elton Lybarger, Joanna había cumplido treinta y cuatro años. No había hecho el amor ni le habían hecho el amor a ella desde aquella noche con el ayudante del pastor en Tejas. Desde entonces había transcurrido exactamente la mitad de su vida.

Una repentina salva de aplausos estalló cuando dos camareros entraron por un lado de la sala trayendo un pastel enorme rebosante de velas que colocaron ante Elton Lybarger. Pascal Von Holden apoyó la mano en el brazo de Joanna.

—¿Se puede quedar? —preguntó.

Joanna desvió la mirada del jolgorio en torno a la mesa de Lybarger y se volvió.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Von Holden sonrió y las arrugas de su rostro bronceado se hicieron blancas.

—Quiero decir, ¿se puede quedar aquí en Suiza para continuar su trabajo con el señor Lybarger?

Joanna deslizó una mano nerviosa por el pelo que acababa de lavarse.

—¿Yo, quedarme aquí?

Von Holden asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana, tal vez dos. Hasta que el señor Lybarger se encuentre físicamente más cómodo en su casa.

Joanna estaba totalmente desconcertada. Durante toda la noche había estado mirando su reloj preguntándose en qué momento volvería a su habitación para guardar los regalos y chucherías que le había ayudado a comprar Von Holden para sus amigos durante el paseo por Zurich aquella tarde. ¿A qué hora se dormiría? ¿De

cuánto tiempo dispondría para levantarse y salir al aeropuerto para coger su vuelo al día siguiente?

—Mi... Mi perro —balbuceó. No se le había ocurrido quedarse en Suiza. La idea de pasar unos días fuera del nido que se había construido le parecía abrumadora.

Von Holden sonrió.

—Cuidaremos de su perro mientras esté ausente, desde luego. Mientras permanezca aquí, tendrá sus propias dependencias en casa del señor Lybarger.

Joanna no sabía qué pensar, qué responder o cómo reaccionar. Hubo una ronda de aplausos en la mesa de Lybarger cuando éste apagó las velas. Una vez más, salida de la nada, apareció la orquesta de fanfarria y tocaron *Porque es un muchacho excelente*.

Sirvieron café y digestivos, acompañado de unos dados de chocolate suizo. La señora rolliza ayudó a Lybarger a cortar el pastel y los camareros llevaron los platos a las mesas.

Joanna probó el café y bebió un sorbo de un excelente coñac. El licor le calentó el cuerpo y se sintió bien.

—Sin usted se sentirá incómodo, inseguro, Joanna. Quédese, por favor. —La sonrisa de Von Holden era generosa y sincera. Además, por la manera en que le había pedido que se quedara, parecía que fuera él y no Lybarger quien la necesitaba. Bebió otro poco de coñac y sintió que se sonrojaba.

—Bueno, de acuerdo —oyó que decía—. Si es tan importante para el señor Lybarger, por supuesto que me quedaré.

La orquesta había comenzado a tocar un vals vienes y la joven pareja de alemanes se levantó a bailar. Joanna vio que se levantaban también otros.

—¿Joanna?

Se volvió y vio a Von Holden de pie detrás de su silla.

—¿Me permite? —preguntó.

Una gran sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Sí, ¿por qué no? —dijo. Se incorporó y él le retiró la silla. Un momento después pasaron junto a Elton Lybarger y se unieron a los demás en la pista de baile. Siguiendo los divertidos compases de la orquesta, Von Holden la cogió en sus brazos y bailaron.

CUARENTA Y SEIS

—Siempre les digo a los chicos que no duele. Sólo un pequeño tirón bajo la piel —dijo Osborn mientras Vera introducía en una jeringa los 5 ml de la dosis de antitétanos—. Ellos saben que miento y yo sé que miento. No sé por qué se lo digo.

Vera sonrió.

—Se lo dices porque es tu trabajo. —Sacó la aguja, la quebró, envolvió la jeringa en papel higiénico, hizo lo mismo con el frasco y lo metió todo en el bolsillo de la chaqueta—. La herida está limpia y curándose bien. Mañana empezaremos con tus ejercicios.

—¿Y luego, qué? No puedo quedarme aquí el resto de mi vida —dijo Osborn, malhumorado.

—Tal vez termines deseándolo —dijo ella, y dejó caer un periódico sobre la cama. Era la última edición de *Le Figaro*—. Mira la segunda página.

Osborn lo abrió y observó dos fotos ampliadas y de textura granulosa. Una de ellas era la suya en la foto de fichaje de la policía de París. En la segunda, la policía transportaba un cadáver cubierto con una manta por una inclinada pendiente junto al río. Entre ambas había un texto en francés: «Médico americano sospechoso del asesinato de Albert Merriman».

Vale, o sea que habían encontrado el Citroën y sus huellas. Ya sabía que sucedería. No había por qué sorprenderse. Pero...

—¿Albert Merriman? ¿De dónde habrán sacado eso?

—Era el verdadero nombre de Henri Kanarack. ¿Sabías que era americano?

—Podía haberlo imaginado, por su acento.

—Era un asesino profesional.

—Eso me dijo —dijo Osborn, y de pronto vio a Kanarack mirándolo en medio de la corriente, aterrorizado por la idea de que Osborn le administrara otra dosis de succinilcolina. Oyó el grito de pánico que había lanzado Kanarack como si estuviera en la habitación junto a él en ese momento.

—Me pagaron...

Osborn volvió a sentir el impacto de la incredulidad. Su padre fríamente asesinado por una historia de negocios.

—Erwin Scholl —había dicho Kanarack.

—¡No! —gritó Osborn.

Vera lo miró, sorprendida. Osborn tenía la mandíbula tensa y la mirada perdida en el vacío. —Paul...

Osborn se volvió y deslizó las piernas hacia el borde de la cama. Algo inseguro logró ponerse de pie vacilante, blanco como una hoja de papel, con la mirada totalmente ausente. El sudor se le acumuló en la frente y el pecho se le agitaba ruidosamente a cada aliento. Empezaba a sentir el efecto de todo lo sucedido. Estaba

a punto de desmoronarse y lo sabía pero no podía hacer nada para remediarlo.

—Paul... —murmuró Vera, y se acercó a él—. No pasa nada, no pasa nada

Volvió rápidamente la cabeza para mirarla y entrecerró los ojos. Vera estaba loca. Su razonamiento provenía del mundo exterior donde nadie entendía.

—¡Ya lo creo que pasa! —exclamó, la voz enronquecida por la ira. Era la ira de un niño afligido—. Crees que puedo lograrlo, ¿no? Pues bien, resulta que no puedo.

—¿Que no puedes lograr qué? —preguntó Vera, con voz calmada.

—¡Ya sabes lo que quiero decir!

—No, no lo sé...

—¡Y una mierda que no lo sabes!

—No...

—¿Quieres que te lo diga?

—¿Decirme qué?

—Que... que —balbuceó—, ¡que no podré encontrar a Erwin Scholl! Vale, ¡no podré encontrarlo! ¡Se acabó! ¡No pienso empezar todo desde el principio! ¡Así que no vuelvas a preguntar! ¿Me has entendido, Vera? ¡No me lo preguntes, porque no quiero! ¡Y no quiero porque no puedo!

De pronto vio que su pantalón colgaba del respaldo de una silla junto a la mesa de la ventana y quiso cogerlo. Dio un paso adelante pero la pierna herida no respondió y alcanzó a lanzar un grito. Vio que el techo giraba y luego cayó de espaldas contra el suelo. Durante un momento permaneció inmóvil. Luego oyó que alguien sollozaba y se le nubló la vista. Oyó que alguien decía: «sólo quiero ir a casa, por favor». Aquello lo confundió porque era su propia voz, aunque era una voz mucho más joven, ahogada por las lágrimas. Desesperado volvió la cabeza buscando a Vera, pero no vio más que una luz borrosa y gris.

—¡Vera... Vera! —Gritó, aterrado de pronto con la idea de que le pasaba algo en los ojos—. ¡Vera!

En algún lugar no muy lejos oyó unos golpes sordos, un ruido que no reconoció. Luego sintió que una mano le acariciaba el pelo y se percató de que estaba apoyado contra el pecho de Vera y que el ruido sordo era el latido de su corazón. Al cabo de un rato sintió su propia respiración. Vio que ella estaba en el suelo junto a él desde hacía un rato, que lo sostenía y lo mecía suavemente en sus brazos. De todos modos no lograba tener una visión clara y no sabía por qué. Luego se dio cuenta de que lloraba.

—¿Está seguro de que es éste el hombre?

—*Oui, monsieur.*

—¿Usted también?

—*Oui*.

Lebrun dejó sobre su mesa las fotos de Osborn tomadas por la policía y miró a McVey.

Los inspectores habían abandonado el parque junto al río y volvían a la ciudad cuando recibieron la llamada. McVey había oído en francés los nombres de Osborn y Merriman pero no entendía de qué hablaban. Al terminar, Lebrun le explicó.

—Publicamos la foto de Osborn en el artículo sobre la muerte de Merriman en el periódico. El administrador de un campo de golf lo vio y se acordó de un americano parecido a Osborn que había salido del río cerca del campo de golf esta mañana. Lo convidó a café y lo dejó usar el teléfono. Pensó que podía tratarse del mismo hombre.

Ahora, mirando las fotos no había ninguna duda. Era Osborn el que había salido del río.

A Pierre Levigne, el administrador del club, lo había traído un amigo muy a su pesar porque Levigne no quería involucrarse. Su amigo intentó convencerlo. Se trataba de un asesinato y él podía verse envuelto en un buen lío si no informaba a la policía.

—¿Dónde está ahora? ¿Qué ha sucedido con él? ¿A quién llamó? —preguntó McVey, y Lebrun tradujo al francés.

Levigne insistía en no hablar pero su amigo lo obligó. Finalmente se comprometió a hacerlo pero con la condición de que la policía no diera su nombre a los periódicos.

—Lo único que sé es que vino a recogerlo una mujer y que él se marchó con ella.

Dos minutos más tarde, después de agradecerle a Levigne y su amigo su gran sentido de responsabilidad cívica, los dejaron ir escoltados por un agente. Cuando se cerró la puerta, McVey miró a Lebrun.

—Vera Monneray.

Lebrun negó con la cabeza.

—Barras y Maitrot ya han hablado con ella. No había visto a Osborn y jamás había oído hablar de Albert Merriman o de su *alter ego*, Henri Kanarack.

—Venga, Lebrun. ¿Qué pensaba usted que iba a decir? —preguntó McVey, irónico—. ¿Registraron el piso?

Lebrun guardó silencio un momento.

—Era de noche y en aquel momento salía ella —dijo el inspector como si fuera evidente—. Hablaron con ella en la entrada del edificio.

McVey gruñó y levantó la mirada al techo.

—Lebrun, perdóneme que me entrometa en su modo de trabajar, pero resulta que han publicado la foto de Osborn en los periódicos y mientras la mitad de Francia lo anda buscando por todas partes, ¡usted me dice que nadie se molestó en registrar el piso de su amiga!

Lebrun respondió sin hablar. Levantó el teléfono y ordenó a un par de inspectores que buscaran en el área donde Osborn había salido del río para ver si encontraban el

arma del crimen. Luego colgó y encendió un cigarrillo.

—¿Alguien le preguntó adónde iba? —preguntó McVey, intentando controlar su mal genio.

Lebrun lo miró con expresión vacía.

—Dijo que salía en ese momento. ¿Adónde diablos iba?

Lebrun respiró profundamente y cerró los ojos. Aquello era un choque de culturas. Los americanos eran tan groseros... Además, ¡no tenían ningún sentido de la decencia!

—Déjeme que se lo explique de este modo, *mon ami*. Estamos en París y es sábado por la noche. La señorita Monneray tal vez iba, o tal vez no, a encontrarse con el Primer Ministro. En cualquier caso, supongo que los inspectores pensaron que era una falta de delicadeza preguntar.

McVey respiró profundo, se acercó a la mesa de Lebrun, apoyó las dos manos encima y lo miró desde arriba.

—*Mon ami*, quiero que sepa que entiendo perfectamente cuál es la situación.

McVey tenía la chaqueta arrugada abierta y Lebrun podía ver la empuñadura de un revólver calibre 38 con la correa por encima del percutor, sujeto a la cartuchera a la altura de la cintura. A pesar de que la mayoría de los policías del mundo tenían pistolas de nueve milímetros con un cargador de diez o quince balas, McVey llevaba un sencillo Smith & Wesson. ¡Un juguete de seis balas!

A punto de jubilarse o no, *mon dieu!*, ¡McVey era un auténtico vaquero!

—Lebrun, con todo el respeto que le tengo a usted y a Francia, quiero atrapar a Osborn. Quiero hablar con él sobre Merriman. Quiero hablar con él de nuestros amigos decapitados, y si usted me dice, «McVey, ya lo he hecho y he dejado que se fuera», le diré, «Lebrun, quiero volver a hacerlo». Considerando eso y la caballerosidad y todo lo demás, diría que el camino más corto para encontrar a ese hijo de puta es a través de Vera Monneray, ¡y no me importa a quién coño se esté follando! *Comprenez-vous?*

CUARENTA Y SIETE

Treinta minutos más tarde, a las doce menos cuarto, los dos inspectores esperaban sentados en el Ford camuflado de Lebrun frente al edificio de apartamentos de Vera Monneray, en el 18 Quai de Bethune.

Aun cuando el tráfico sea intenso, el Quai de Bethune queda a menos de cinco minutos en coche de la Prefectura de Policía de París. A las once y media entraron en el edificio y hablaron con el portero. McVey preguntó si había alguna manera de que entrara Vera en el edificio si no era por la puerta grande. Sí, si entraba por atrás y subía por las escaleras de servicio. Pero eso era muy poco probable.

—La señorita Monneray no usa las escaleras de servicio. —Así de simple.

—Pregúntele si le importa que la llame —dijo McVey a Lebrun, y cogió el teléfono.

—No me importa, *monsieur* —se adelantó, tajante, el portero. —El número es dos-cuatro-cinco.

McVey marcó y esperó. Dejó sonar el teléfono diez veces antes de colgar y miró a Lebrun.

—No está, o no contesta. ¿Subimos?

—Esperemos un momento, ¿eh? —Dijo Lebrun, y volviéndose al portero, le dio su tarjeta—. Cuando vuelva, por favor dígame que llame. *Merci*.

McVey miró su reloj. Faltaban casi cinco minutos para medianoche. Enfrente de la calle, las luces del apartamento de Vera estaban apagadas. Lebrun le lanzó una mirada a McVey...

—Puedo sentir cómo late ese pulso americano que quiere entrar sea como sea —dijo Lebrun con una sonrisa—. Por las escaleras de atrás. Una tarjeta de crédito en el candado y ya está dentro como un caco.

McVey dejó de mirar las ventanas de Vera y se volvió hacia Lebrun.

—¿Qué tipo de relación tiene con Interpol en Lyon? —preguntó en voz baja. Era la primera oportunidad que tenía para hablar de lo que le había contado Grossman.

—El mismo tipo de tareas que usted —dijo Lebrun, y sonrió—. Soy su contacto en París. En el caso de los decapitados, soy el enlace francés de Interpol.

—El caso Merriman/Kanarack es diferente, ¿no? No tiene nada que ver con eso.

Lebrun no entendía lo que insinuaba McVey.

—Así es. Su colaboración en esta situación, como usted sabe, consistió en proporcionar los medios técnicos para convertir una mancha en una huella digital.

—Lebrun, usted me pidió que llamara a la policía de Nueva York. Finalmente me han facilitado cierta información.

—¿Sobre Merriman?

—En cierto sentido. A través de la Oficina central en Washington, Interpol Lyon pidió el archivo sobre Merriman más de quince horas antes de que a usted le

informaran que tenían la huella dactilar.

—¿Qué? —preguntó Lebrun, desconcertado.

—Ya me ha oído.

—Lyon no tendría nada que hacer con ese archivo —dijo Lebrun, negando con la cabeza—. Interpol es básicamente un transmisor de informaciones entre los cuerpos de policía, no una oficina de investigación.

—Venía pensando en eso en el avión desde Londres. Resulta que Interpol solicita y consigue información clasificada horas antes de que se le haya informado al inspector responsable de la investigación que hay una huella dactilar que podría conducir, eventualmente, a la misma información. Eso sólo si el investigador sabe lo que se trae entre manos.

»Aunque parezca un poco raro, bueno, uno tiene que decir, vale, tal vez son los procedimientos internos. Puede que estén simplemente verificando que su sistema de comunicaciones funciona. Tal vez quieran saber si el investigador es bueno. O quizás hay alguien jugando con un nuevo programa informático. Nunca se sabe. Si sólo fuera eso, uno dice vale, dejémoslo correr.

»El problema es que, un día después, aparece este mismo tipo, alguien que se supone lleva más de veinte años muerto, lo saca usted del Sena y resulta que está acribillado con una Heckler & Koch automática. Dudo sinceramente de que haya sido obra de un ama de casa enfurecida.

—Amigo mío —dijo Lebrun, incrédulo—, usted me está diciendo que alguien en la oficina de Interpol descubrió que Merriman estaba vivo, averiguó dónde estaba en París y extendió una orden para matarlo.

—Yo estoy diciendo que quince horas antes de que usted supiera algo de la huella dactilar, alguien en Interpol tenía conocimiento de ella. Conducía a un nombre y luego a una pista solvente. Puede que con el sistema informático de Interpol, puede que con otro, pero a partir del sistema con que se encontró a Albert Merriman y se le identificó con un tipo que se llamaba Henri Kanarack, vivo y en París, y con que se entregó esa información, lo que sucedió luego fue condenadamente rápido. Porque a Merriman se lo cargaron pocas horas después de identificarlo.

—¿Pero por qué matar a un hombre que ya estaba legalmente muerto? ¿Y por qué tanta prisa?

—Es su país, Lebrun. Dígamelo usted a mí. —McVey lanzó instintivamente una mirada hacia el apartamento de Vera Monneray. Aún estaba a oscuras.

—Es probable que fuera para que no habláramos con él cuando lo encontráramos.

—Eso es lo que diría yo.

—Pero ¿después de veinte años? ¿Qué es lo que temían? ¿Es que sabía algo referente a gente comprometida?

—Lebrun —confesó McVey—, tal vez estoy loco pero déjeme decírselo igual. Todo esto ha sucedido, digamos, en París. Puede que sea una coincidencia que tenga algo que ver con un hombre a quien ya le seguíamos la pista, puede que no. Pero

supongamos que ésta no era la primera vez. Supongamos que quienquiera que sea el implicado tiene una lista maestra de todos los tíos que se han esfumado y cada vez que Lyon, funcionando como una especie de cuartel de investigación sobre problemas criminales poco comunes, recibe una nueva huella dactilar o un pelo de la nariz o cualquier tipo de referencia relacionada, lleva a cabo automáticamente una búsqueda informática. Si sale un nombre que se encuentra registrado en esa lista, se envía la señal y su alcance es a nivel mundial, porque así trabaja Interpol.

—Usted está sugiriendo la existencia de una organización. Alguien que tenga un topo en las oficinas de Interpol en Lyon.

—He dicho que puede que yo esté loco...

—Y sugiere que Osborn forma parte de esa organización, o le pagan.

—No me haga eso, Lebrun —dijo McVey, sonriendo—. Puedo teorizar hasta reventar pero no establezco conexiones sin pruebas. Y hasta ahora no hay pruebas.

—Pero estaría bien empezar por Osborn.

—Por eso estamos aquí.

—También podríamos empezar averiguando quién ha pedido el archivo de Merriman en Lyon —dijo Lebrun, con una leve sonrisa en los labios.

McVey estaba observando un coche que acababa de entrar en el Quai de Bethune y que se dirigía hacia ellos. Los faros amarillos cortaban la oscuridad de la lluvia, que volvía a caer.

Los inspectores se reclinaron hacia atrás cuando un taxi disminuyó la marcha y se detuvo frente al número 18. Al cabo de un momento se abrió la puerta del edificio y salió el portero con un paraguas. Se abrió la puerta del pasajero y bajó Vera. Protegiéndose bajo el paraguas, entraron ella y el portero.

—¿Vamos? —preguntó Lebrun a McVey, y se contestó a sí mismo—. Creo que sí. Cuando iba a abrir, McVey lo cogió por el brazo.

—*Mon ami*, hay más de una Heckler & Koch en este mundo y más de un tipo que sepa usarla. Yo que usted tendría mucho cuidado cuando investigue en Lyon.

—Albert Merriman era un criminal en la mierda de un asunto asqueroso. ¿Usted cree que se arriesgarían a matar a un policía?

—¿Por qué no vuelve a mirar lo que queda de Albert Merriman? Cuento los orificios de salida y los de entrada y observe la trayectoria de las balas. Luego vuelva a preguntárselo.

CUARENTA Y OCHO

Vera esperaba el ascensor cuando entraron McVey y Lebrun. Los vio cruzar el salón de la entrada.

—Usted debe de ser el inspector Lebrun —dijo, mirando el cigarrillo del policía—. La mayoría de los americanos han dejado de fumar. El portero me dio su tarjeta. ¿En qué puedo ayudarles?

—*Oui, mademoiselle* —dijo Lebrun, se inclinó y apagó el cigarrillo con un gesto extraño en un cenicero de piedra al lado del ascensor.

—*Parlez vous anglais?* —preguntó McVey. Era tarde, más allá de medianoche. Era evidente que Vera sabía quiénes eran y por qué estaban allí.

—Sí —dijo Vera, y lo miró a los ojos.

Lebrun presentó a McVey como un policía americano que trabajaba con la Prefectura de París.

—¿Cómo está usted? —dijo Vera.

—El doctor Paul Osborn. Creo que lo conoce —dijo McVey, sin hacer caso de las formalidades.

—Sí.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Vera miró de McVey a Lebrun y nuevamente a McVey.

—Sería preferible hablar en mi apartamento —dijo.

El ascensor era pequeño y antiguo con revestimientos de cobre pulido. Era como una diminuta habitación con las paredes tapizadas de espejos. McVey observó a Vera inclinarse y pulsar un botón. Se cerraron las puertas y, tras un zumbido sordo, la maquinaria se puso en marcha y los tres subieron en silencio. A McVey no le impresionaba que Vera fuera una persona de tanta alcurnia, tan bella o que se mostrara imperturbable. Al fin y al cabo, era la amante de uno de los políticos más importantes de Francia. Eso, en sí mismo, debía de ser toda una escuela de autocontrol. Pero lo de invitarlos a su apartamento demostraba que tenía agallas. Les estaba dando a entender que no tenía nada que esconder, fuera cierto o no. Una cosa era segura: si Paul Osborn había estado allí, ahora ya no estaría.

El ascensor subió una planta. En la segunda, Vera abrió la puerta y luego caminó delante de ellos hasta la puerta de su apartamento.

Eran las doce y cuarto de la noche. A las once treinta y cinco había dejado a Paul Osborn en la cama extenuado y encendió una pequeña placa eléctrica para mantenerlo abrigado. Luego salió de la habitación oculta bajo los aleros del tejado en la parte superior del edificio. Una escalera angosta e inclinada dentro de un cuarto de tuberías conducía a un cuarto trastero que se abría sobre una entrada en la cuarta planta.

Vera acababa de salir del cuarto trastero y se volvía para cerrarlo cuando pensó en

la policía. Si ya habían venido a verla, era probable que volvieran, sobre todo si no habían descubierto nada sobre Osborn. Querrían volver a interrogarla, preguntarle si entre tanto había sabido algo y la sondearían para ver si habían pasado algo por alto o si pretendía encubrir a alguien.

La primera vez les había dicho que salía en ese momento. ¿Qué pasaría si ahora estaban fuera esperando que volviera ella? ¿Qué pasaría si no la veían volver y luego la encontraban durmiendo en su apartamento? Si aquello sucedía, lo primero que harían sería registrar el edificio. Era verdad que el desván estaba bien oculto pero no tanto como para que los policías más viejos, cuyos padres o tíos habían luchado en la resistencia contra los nazis, no recordaran esos escondites y buscaran más allá de lo visible.

Suponiendo que tenía razón acerca de la policía, Vera salió a la calle por la escalera de servicio detrás del edificio y llamó al portero desde un teléfono público en la esquina.

Philippe no sólo confirmó sus sospechas sino que, además, le leyó la tarjeta de Lebrun. Vera le advirtió que no dijera nada si la policía volvía y cruzó el Quai des Celestins, dobló por la rue de l'Hotel de Ville y entró en la estación de metro de Pont Marie. Viajó hasta la estación siguiente en Sully Morland, salió y cogió un taxi de vuelta a su piso en el Quai de Bethune. No había tardado más de treinta minutos.

—Por favor, pasen, señores —dijo al abrir la puerta y encender la luz del pasillo.

McVey cerró la puerta y entró. A la izquierda, en la penumbra, vio lo que parecía un comedor. Por el pasillo a la derecha había la puerta abierta de otra habitación frente a otra puerta abierta. Hacia donde miraba, McVey veía muebles antiguos y alfombras orientales, incluyendo la larga alfombra del pasillo.

El salón era casi el doble de largo que ancho. Un enorme cartel *art déco* enmarcado en pan de oro —un Mucha, si McVey recordaba su historia del arte— cubría la mayor parte de la pared al otro lado. Era evidente que se trataba de un «original». A un lado, frente a un largo sofá de lino blanco había una antigua silla mecedora completamente restaurada. El diseño curvo de los brazos y patas estaba pintado a mano del mismo color que el cojín como si lo hubieran sacado directamente del escenario de *Alicia en el país de las maravillas*. Pero no era un simple adorno o un juguete, era un *objet d'art*, otra pieza original.

Más allá, con la excepción de media docena de antigüedades colocadas con sumo cuidado y de lujosas alfombras orientales, la sala era deliberadamente sencilla. El papel de las paredes, un brocado plateado y dorado, no estaba manchado por el polvo que en una ciudad como París siempre terminaba destiñéndolo todo. El techo y el revestimiento de madera eran de color crema y estaban recién pintados. Toda la sala, así como el resto del piso, observó McVey, estaban cuidados día a día.

Mirando por uno de los dos grandes ventanales que daban al Sena, McVey divisó el Ford blanco de Lebrun al otro lado de la calle. Eso significaba que otra persona, desde ese mismo punto, también lo habría visto. Y se habría percatado de que,

después de estacionarse y apagar los faros, no había bajado nadie. Hasta que Vera llegara en taxi y entrara en el edificio.

Vera encendió varias lámparas y luego se volvió para atender a las visitas.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó en francés.

—Yo quisiera ir directo al grano, señorita Monneray, si no le importa —dijo McVey.

—Desde luego —dijo Vera—, por favor, siéntense.

Lebrun se sentó en el sillón de lino blanco pero McVey permaneció de pie.

—¿Es suyo este piso? —preguntó.

—Pertenece a mi familia.

—Pero usted vive aquí sola.

—Sí.

—Hoy ha estado con Paul Osborn. Lo recogió en coche a unos treinta kilómetros de aquí, en un campo de golf cerca de Vernon.

Vera estaba sentada en la mecedora y McVey la miraba. Si la policía se había enterado de todo eso, McVey sabía que era lo bastante lista para no negarlo.

—Sí —respondió ella, en voz baja.

Vera Monneray tenía veintiséis años. Era una muchacha bella, bien situada socialmente y estaba a punto de recibir el título de médico. ¿Por qué arriesgaría una carrera por la que tanto había luchado para proteger a Osborn? A menos que estuviera sucediendo algo de lo que McVey no supiera nada o a menos que estuviera realmente enamorada.

—Anteriormente, cuando le preguntó la policía, usted negó haber visto al doctor Osborn.

—Sí.

—¿Por qué?

Vera miró de McVey a Lebrun y nuevamente a McVey.

—Seré sincera con usted y le diré que estaba asustada. No sabía qué hacer.

—Estuvo aquí en el apartamento, ¿verdad? —preguntó McVey.

—No —dijo Vera, tranquila—. No estuvo. —Sería una mentira que les sería difícil demostrar. Si decía la verdad, querrían saber adonde había ido y cómo había llegado allí.

—Entonces no le importará que echemos un vistazo —dijo Lebrun.

—No, en absoluto —dijo ella. Lo había limpiado y guardado todo en la habitación de invitados. Había doblado las sábanas y las toallas con sangre que había usado al extraer la bala de la pierna de Osborn y las había ocultado en el desván. Después de esterilizar los instrumentos, los había guardado en su bolso.

Lebrun se levantó y salió del salón. Se detuvo en el pasillo a encender un cigarrillo.

—¿Por qué tenía miedo? —preguntó McVey, que se había sentado en una silla de respaldo plano frente a Vera.

—El doctor Osborn estaba herido. Había pasado la mayor parte de la noche en el río.

—Mató a un hombre que se llama Albert Merriman. ¿Lo sabía?

—No, no lo mató.

—¿Eso fue lo que le dijo?

—Inspector, le he dicho que estaba herido. No era porque hubiera estado en el río sino porque le dispararon. Le disparó el mismo hombre que mató a Albert Merriman. A él le dieron en el muslo.

—¿Ah, sí? —dijo McVey.

Vera lo miró un momento, luego se incorporó y fue hacia una mesa junto a la puerta. Lebrun, que volvía de su inspección, le lanzó una mirada a McVey y negó con un gesto de cabeza. Vera abrió un cajón, sacó algo, lo cerró y volvió al salón.

—Le extraje esto —dijo, y le dejó a McVey en la mano la bala que le había sacado a Osborn.

McVey la hizo rodar en la palma de la mano y la cogió entre el pulgar y el índice.

—Punta blanda. Podría ser de nueve milímetros —dijo a Lebrun.

Lebrun no dijo nada, sólo asintió levemente. Le quería decir a McVey que podía tratarse del mismo tipo de proyectil que habían encontrado en Merriman.

McVey volvió a mirar a Vera.

—¿Dónde lo operó?

«Di lo primero que se te venga a la cabeza —pensó ella—. No titubees, y dilo con pocas palabras».

—Al lado del camino, volviendo a París.

—¿Qué camino?

—No recuerdo. Estaba sangrando y casi deliraba.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—Tampoco lo sabe... Parece no saber más de lo que dice.

Vera lo miró pero no se amedrentó.

—Quería traerlo aquí. La verdad es que quería llevarlo a un hospital. Pero él no quiso. Tenía miedo de que la persona que había intentado matarlo volviera a por él si sabía que estaba vivo. Es fácil localizar un hospital y si se quedaba aquí, tenía miedo de que me hicieran daño a mí. Por eso insistió en hacer lo que hicimos. La herida no era profunda y fue una operación relativamente sencilla. Como médico, sabía que...

—¿Qué usó en lugar de agua? ¿Sabe? Para mantenerlo todo limpio.

—Agua embotellada. Casi siempre llevo agua en el coche. Mucha gente lo hace hoy en día. Incluso en Estados Unidos.

McVey la miró pero no dijo nada. Lebrun hizo lo mismo. Estaban esperando que siguiera.

—Lo dejé en la estación Montparnasse hacia las cuatro de la tarde. No debería haberlo hecho, pero él insistió.

—¿Adónde iba? —preguntó McVey.

Vera negó con la cabeza.

—Tampoco lo sabe.

—Lo siento. Ya le dije que él tenía miedo de que me pasara algo. No quería implicarme más de lo que ya me había implicado.

—¿Podía caminar?

—Tenía un bastón, un bastón viejo que había en el coche. No era gran cosa pero le ayudaba a aliviar la presión sobre la pierna. Es un hombre sano. Ese tipo de heridas sana rápidamente.

Vera vio que McVey se levantaba, cruzaba la habitación y se acercaba a mirar por la ventana.

—¿Dónde ha estado esta noche desde que ha salido hasta que ha vuelto? —preguntó, dándole la espalda y luego volviéndose para mirarla cara a cara.

Hasta ese momento, a pesar de ser directo, McVey había conservado cierto tono amistoso. Pero con aquella pregunta cambió de tono. Era difícil, desagradable y decididamente acusatoria. Era algo que Vera no había experimentado. Aquél no era ningún poli de Hollywood sino de carne y hueso. No sólo la intimidaba, le daba un miedo de muerte.

McVey no tenía por qué mirar a Lebrun para saber cuál era su reacción. Terror.

Y tenía razón. Lebrun estaba aterrorizado. McVey le estaba preguntando abiertamente si había tenido un encuentro secreto con François Christian. El problema de esta reacción fue que Vera también la vio. Eso le decía que también conocían lo de su relación con François. Y le advertía que no sabían nada de su ruptura.

—Preferiría no hablar —dijo, inexpresiva. Se cruzó de piernas y miró a Lebrun—. ¿Debería solicitar un abogado?

—No, señorita —respondió Lebrun, sin dudar—. Ahora no, ni esta noche. —Se incorporó y miró a McVey—. Ya es la madrugada del domingo. Creo que es hora de irnos.

McVey miró a Lebrun un momento y luego cedió ante el profundo sentido de corrección del francés.

—Sólo quiero preguntar algo que estaba pensando —dijo, volviéndose a Vera—. ¿Sabía Osborn quién le disparó?

—No.

—¿Le dijo qué aspecto tenía?

—Sólo que era alto —dijo Vera—. Alto y delgado.

—¿Lo había visto antes?

—No creo.

Lebrun señaló hacia la puerta con un gesto de cabeza.

—Una pregunta más, inspector —dijo McVey, sin dejar de mirar a Vera—. Este Albert Merriman o Henri Kanarack, como se hacía llamar, ¿sabe por qué estaba tan interesado en él el doctor Osborn?

Vera dudó. ¿Qué mal haría en contárselo? De hecho podría servir para que entendieran la presión a la que había estado sometido Osborn, para hacerles comprender que él sólo había querido interrogar a Kanarack, que no tenía nada que ver con el tiroteo. Por otro lado, la policía se había llevado la succinilcolina de la habitación del hotel de Osborn. Si ella les contaba que Kanarack había asesinado al padre de Osborn, en lugar de mostrarse comprensivos supondrían que Osborn andaba buscando vengarse. Si hacían eso y lo relacionaban con la droga y descubrían para qué la había usado, podían volver a examinar el cadáver de Kanarack y descubrir los orificios de la jeringa.

En ese momento puede que Osborn actuara como fugitivo pero en realidad no era más que una víctima. Si por alguna razón volvían y descubrían los orificios de la jeringa en el cadáver de Kanarack, podrían acusar a Osborn y seguramente lo harían, de intento de asesinato.

—No —dijo finalmente—. Realmente no tengo idea.

—¿Y qué pasó en el río?

—No entiendo lo que quiere decir.

—¿Por qué fueron Osborn y Merriman al río? —Lebrun se sentía incómodo y Vera podría haberse vuelto hacia él para pedir ayuda pero no lo hizo.

—Como le he dicho, inspector McVey, realmente no tengo ni idea.

Sesenta segundos después, Vera cerró la puerta cuando ellos salieron y cerró con llave. Volvió al salón, apagó las luces y se dirigió a la ventana. Los vio salir del edificio y dirigirse al Ford blanco estacionado enfrente. Cuando entraron en el coche dejó escapar un profundo suspiro. Era la segunda vez aquella noche que le mentía a la policía.

CUARENTA Y NUEVE

Joanna estaba tendida en la oscuridad y temblaba. Jamás había imaginado que el sexo podía ser así, que se sentiría de esa manera y que ese sentimiento perduraría.

Más de una hora después de que Pascal von Holden se hubiera marchado, aún sentía el olor de su cuerpo, de su colonia y su sudor y ahora no quería perderlo nunca más. Intentó recordar cómo había sucedido todo, cómo cada cosa había conducido a la siguiente.

Cuando el crucero echó amarras, los hombres de esmoquin bajaron por la escalerilla para fijarla. Luego se aseguraron de que la limusina de Lybarger lo esperaba en el muelle.

Después de bailar con Pascal, Joanna le contó al señor Lybarger la buena noticia de que se quedaría y seguiría ayudándolo con su terapia.

Cuando Joanna se acercó, Lybarger le hizo señas para que lo llevara a un lado en su silla de ruedas. Ella miró a Von Holden, que esperaba fuera en la cubierta. No quería separarse de él ni por un momento, pero cuando le sonrió, ella se alejó para hablar con Lybarger. Cuando estuvieron a solas, Lybarger se inclinó repentinamente y le cogió la mano a Joanna. Parecía cansado y confundido, incluso algo asustado. Ella lo miró y le sonrió amable, y le contó que se quedaría junto a él un tiempo para ayudarlo a acostumbrarse al nuevo ambiente. Lybarger, no obstante, la atrajo hacia sí y le hizo la misma pregunta que otras veces.

—¿Dónde está mi familia? —preguntó—. ¿Dónde está mi familia?

—Están aquí, señor Lybarger. Lo han venido a buscar al aeropuerto. Están con usted esta noche, señor Lybarger, todos juntos. Ahora se encuentra en casa, en Suiza.

—¡No! —Dijo él terminante mirándola fijamente y con severidad—. Mi familia. ¿Dónde están todos?

Volvieron los hombres de esmoquin. Tenían que llevar al señor Lybarger al coche. Ella le dijo al anciano que los acompañara y que no se preocupara, que hablarían al día siguiente.

Después Von Holden la abrazó y le sonrió para tranquilizarla mientras observaban a los hombres bajar a Lybarger por la pasarela en la silla de ruedas y lo ayudaban a entrar en el coche. Von Holden le dijo que debía de estar muy cansada ya que aún seguiría rigiéndose por el horario de Nuevo México.

—Sí, estoy muy cansada —dijo ella, sonriendo para agradecerle su atención.

—¿Puedo acompañarla al hotel?

—Sí, me parece buena idea. Muchas gracias —dijo Joanna, que jamás había conocido a nadie tan genuinamente sincero, cálido y amable.

Después, recordaba vagamente el paseo junto al lago y el regreso a Zurich. Recordó unas luces de colores y a Von Holden diciéndole que al día siguiente enviaría un coche a buscarla para llevarla a casa de Lybarger.

También recordaba haber abierto la puerta de la habitación del hotel. Von Holden cogió la llave y cerró la puerta a su espalda. La ayudó a sacarse el abrigo y lo colgó con cuidado en el armario. Luego se volvió y sus labios se juntaron en la oscuridad. Sus labios con los de ella. Von Holden era amable y a la vez decidido. Recordó que luego la desvistió y que le besó un pecho y luego el otro, que se los introdujo en la boca, los labios rozando los pezones, haciéndolos más duros que nunca. Luego la cogió en vilo y la tendió en la cama. Sin quitarle los ojos de encima se desvistió lenta y sensualmente. La corbata, la chaqueta, los zapatos, los calcetines y luego la camisa y Joanna descubrió que tenía el vello claro del pecho del mismo color que el pelo. Mientras lo observaba le dolían los pezones y sentía su propia humedad. No había tenido la intención de mirar porque le parecía vulgar pero su mirada se clavó en las manos de Von Holden cuando él se desabrochó el cinturón y se bajó la bragueta.

De pronto Joanna se echó hacia atrás en la oscuridad y rió. Estaba sola pero lanzó una carcajada estruendosa. No le importaba que la oyeran en la habitación de al lado. Recordaba la típica broma que contaban las chicas en el instituto y que ahora se había convertido en realidad.

—Los hombres vienen en tres tamaños: pequeños, medianos y... ¡oh, Dios mío!

CINCUENTA

París, 3.30

*El mismo hotel, la misma habitación
y el mismo reloj que la última vez
«Clic»*

3.31

Siempre eran las tres y media, veinte minutos más, veinte minutos menos. McVey estaba agotado pero no lograba conciliar el sueño. Le dolía incluso pensar, pero su cerebro no tenía interruptor para desconectarse. Lo había perdido el día en que le tocó ver el primer cadáver abandonado en un callejón con la cabeza destrozada por un disparo. Al pensar en los miles de detalles que llevaban de la víctima al asesino, se mantenía pendiente y alerta.

Los agentes de Lebrun peinaron la estación Montparnasse en busca de Osborn. La operación era una pérdida de tiempo, le advirtió McVey a Lebrun. Vera Monneray había mentido al declarar que había dejado a Osborn en la estación. Lo habría llevado a otro lugar y sabía dónde se ocultaba.

McVey insistió para que volvieran por la mañana y le dijeran a Vera Monneray que continuarían la conversación en la prefectura. Al fin y al cabo, una sala de interrogatorios obraba maravillas cuando se trataba de que la gente dijera la verdad, quisieranlo o no.

Lebrun contestó con un ¡no! enfático.

Puede que a Osborn se le tuviera por sospechoso de asesinato pero desde luego no se podía decir lo mismo de la amiga del Primer Ministro de la República francesa.

McVey había llegado al final de su umbral de tolerancia y tuvo que contar lentamente hasta diez antes de proponer como solución alternativa una prueba con el detector de mentiras. Puede que una persona que no dijera la verdad no lo confesara todo pero era un buen montaje emocional para allanar el camino a un segundo interrogatorio. Sobre todo si el encargado del detector de mentiras era excepcionalmente prolijo y la persona interrogada estaba algo nerviosa, lo cual solía suceder.

Lebrun volvió a negarse y lo único que McVey pudo arrancarle fue una vigilancia de treinta y seis horas. Incluso eso había resultado una tarea difícil debido a los gastos que implicaba y Lebrun tuvo que organizar tres turnos de dos agentes cada uno para seguir los movimientos de Vera durante un día y medio.

«Clic».

Esta vez McVey no se molestó en mirar el reloj.

Apagó la luz y se recostó en la oscuridad a observar las sombras ondulando en el techo de la habitación preguntándose si realmente aquello le importaba. Vera Monneray, Osborn, el «hombre alto» si es que existía y que había supuestamente asesinado a Albert Merriman y herido a Osborn. O los cadáveres decapitados y congelados o la cabeza que algún doctor Frankenstein de la alta tecnología pretendía unir a un cadáver. La posibilidad de que ese doctor fuera Osborn tampoco tenía importancia porque a esa hora lo único que McVey quería de verdad era dormir y se preguntaba si finalmente lo lograría.

«Clic».

Cuatro horas más tarde, al volante del Opel beige, McVey se dirigía al parque junto al río. Había amanecido y tuvo que bajar el visor para protegerse del sol mientras bordeaba el Sena buscando la salida del parque. Si había dormido no lo recordaba.

Cinco minutos más tarde reconoció la arboleda que marcaba la entrada al parque. Entró y se detuvo ante un terreno cubierto de espesa hierba rodeado por un camino con árboles a ambos lados, algunos de los cuales ya comenzaban a teñirse de colores. Miró el suelo y vio las huellas de un único vehículo que había entrado en el parque y que había salido luego en la misma dirección.

Tuvo que suponer que pertenecían a las huellas del Ford de Lebrun porque él y el inspector habían llegado después de que parara de llover. Cualquier otro vehículo que hubiera entrado en el parque habría dejado un segundo trazado de neumáticos.

McVey aceleró un poco y recorrió el parque hasta donde los árboles lindaban con la parte superior de la rampa que bajaba hasta la orilla. Se detuvo y bajó del coche.

Justo frente a él vio dos pares de huellas desleídas por la lluvia que llegaban hasta el río. Eran las suyas y las de Lebrun. Examinó la rampa que se hacía plana al llegar abajo, se imaginó dónde habría quedado el Citroën blanco de Agnès Demblon cerca de la orilla e intentó dilucidar por qué Osborn y Albert Merriman habían llegado hasta allí. ¿Acaso trabajaban juntos? ¿Por qué llevar el coche hasta abajo? ¿Acaso llevaban algo que quisieran descargar en el agua? ¿Tal vez drogas? Quizás intentaban lanzar al agua el mismo coche. ¿Deshacerse de él? ¿Desguazarlo? ¿Pero con qué motivo? Osborn era un médico respetable que gozaba de una holgada situación. Nada de aquello tenía sentido.

Si el lodo rojo de aquel lugar era hipotéticamente el mismo que Osborn llevaba en el calzado la noche antes del asesinato, supuso McVey que ese día el médico había estado allí. Si a eso se añadía el hecho de que había tres tipos de huellas digitales en el coche, las de Osborn, las de Merriman y las de Agnès Demblon, McVey estaba casi

seguro de que Osborn había escogido el lugar junto al río y que luego había llevado a Merriman.

A Lebrun le habían informado que Agnès Demblon había trabajado en la panadería el viernes todo el día y que aún estaba allí por la tarde cuando Merriman fue asesinado.

Por el momento y antes de que balística le entregara a Lebrun el informe sobre el proyectil que Vera Monneray le había supuestamente extraído a Osborn, McVey estaba dispuesto a creer que un hombre alto había disparado. Y a menos que aquel hombre, amigo o no, llevara guantes y tuviera a Merriman y Osborn neutralizados y bajo su control, era razonable suponer que no había venido al parque en el mismo coche que ellos. Ya que el Citroën había quedado ahí, el hombre alto habría venido en un segundo coche. En el caso menos probable de que hubiera venido con Osborn y Merriman, alguien habría pasado a recogerlo en otro coche. No había transporte público en aquella zona y tampoco era probable que el hombre alto hubiera regresado a la ciudad caminando. Era posible pero muy poco probable que hubiera hecho autoestop. Un tipo que acaba de disparar contra dos hombres con una Heckler & Koch, no era el tipo de individuo que viaja de ese modo corriendo el riesgo de dejar un testigo que lo identifique.

Y luego, siguiendo el rastro desde Interpol, Lyon, a los archivos de policía de Nueva York, era posible pensar que el verdadero blanco del hombre alto fuera Merriman, no Osborn. En ese caso, ¿acaso se podía pensar que hubiera una conexión entre Osborn y el hombre alto? Si fuera así, después de despachar a Merriman el desconocido tal vez había traicionado a Osborn y había intentado liquidarlo a él también. O puede que el hombre alto hubiera seguido a Merriman desde la panadería hasta encontrar a Osborn y luego los hubiera seguido a ambos.

Proyectando esa teoría y suponiendo que el incendio del edificio donde vivía Agnès Demblon iba destinado sobre todo a eliminarla a ella, parecía razonable suponer que las órdenes del hombre alto consistieran en despachar no sólo a Merriman sino a todo aquel que estuviera relacionado con él.

—¡Su mujer! —exclamó de pronto McVey.

Dio media vuelta y comenzó a caminar bajo los árboles hacia el Opel.

No sabía dónde encontraría el teléfono más cercano y maldijo a Interpol por haberle proporcionado un coche sin radio o teléfono. Debía avisarle a Lebrun que la mujer de Merriman, donde quiera se encontrase, corría grave peligro.

McVey estaba en la linde del bosque a unos metros del coche cuando se detuvo bruscamente y se volvió. Desde el lugar del crimen había recorrido el camino a toda prisa entre los árboles. Precisamente lo que habría hecho un asesino que abandonara la escena del tiroteo. Anoche, él y Lebrun habían llegado hasta la rampa siguiendo el camino que contorneaba la arboleda, no a través de ella. Los inspectores y técnicos de Lebrun no habían encontrado huellas que indicaran la presencia de un tercer hombre aquella noche. Por lo tanto suponían que era Osborn quien había disparado. Pero

¿habían buscado ahí, bajo los árboles, a esa distancia de la rampa?

Era un resplandeciente domingo después de casi una semana de lluvia. McVey se encontraba ante un dilema. Si iba a prevenirle a Lebrun sobre el peligro que corría la mujer de Merriman, se arriesgaba a que el parque fuera invadido por visitantes que destruyeran las pruebas sin proponérselo.

Aunque lo lamentaría más tarde, supuso que si la policía francesa aún tenía que encontrar a la mujer, el hombre alto tendría el mismo problema. McVey decidió utilizar el tiempo del que disponía y se quedó donde estaba.

Volvió cuidadosamente sobre sus pasos hacia la rampa a través de los árboles. El suelo estaba cubierto por una gruesa y húmeda capa de agujas de pino. Al pisarlas, McVey vio que se apartaban como una alfombra de modo que era necesario algo bastante más pesado que un hombre para estampar cualquier tipo de huella.

Llegó hasta la rampa y se volvió. No había encontrado nada. Caminó unos diez metros hacia el este desde donde estaba y volvió a cruzar. Esta vez tampoco encontró nada.

Caminó hacia el oeste hasta situarse a medio camino entre el trayecto de la primera y la segunda inspección y volvió a cruzar. Al cabo de no más de diez metros, lo vio. Un mondadientes plano, quebrado por la mitad, casi camuflado por las agujas de pino. Sacó el pañuelo y lo recogió. Al observarlo a la luz, vio que la sección de la rotura era de un color más claro que el exterior, lo cual significaba que se había quebrado recientemente. Lo envolvió en el pañuelo y se dirigió al coche.

Caminó lento escudriñando el terreno. Casi al llegar al final de la arboleda, algo le llamó la atención. Se detuvo y se agachó a mirar.

Las agujas de pino frente a él tenían un tono más claro que las de su alrededor. Bajo la lluvia habrían tenido el mismo color pero secas por el sol de la mañana daban la impresión de que hubieran sido esparcidas deliberadamente. McVey cogió una rama caída y la separó suavemente. Al principio no vio nada, y se sintió decepcionado. Y al avanzar descubrió algo que se parecía a la huella de un neumático. Se levantó y la siguió, y al llegar al final de los árboles encontró unas estrías visiblemente marcadas en la tierra arenosa. Un coche había penetrado bajo los árboles y había aparcado. Posteriormente, al retroceder, el conductor había visto las huellas. Se había bajado y con las agujas de pino recién caídas las había cubierto aunque olvidando el punto donde había aparcado. Más allá de los árboles, la lluvia había borrado el resto de las huellas. Pero bajo los árboles, las ramas caídas habían protegido el suelo dejando en la tierra una impresión leve pero distinguible. No más de diez centímetros de largo y un centímetro de profundidad, lo cual no era gran cosa. Para un equipo técnico de la policía sería suficiente.

CINCUENTA Y UNO

—¡Scholl!

Osborn acababa de orinar y, al tirar de la cadena, el nombre irrumpió en su memoria.

Con una mueca de dolor al apoyarse sobre la pierna herida se volvió aparatosamente y se inclinó para alcanzar el bastón que le había dejado Vera y que ahora colgaba junto al lavabo. Se apoyó en la otra pierna y volvió hacia la habitación. Cada paso le costaba un gran esfuerzo y tuvo que moverse lentamente aunque sabía que el dolor se debía más a la rigidez y al golpe sufrido por el músculo que a la herida, lo cual significaba que estaba sanando.

Al salir del cubículo del aseo, la habitación le pareció más pequeña que desde la cama. Con la cortina negra que tapaba la única ventana, el cuarto no sólo estaba a oscuras sino también impregnado de olor a medicamentos. Se detuvo ante la ventana y corrió la cortina. La clara luz de comienzos del otoño inundó la habitación. Haciendo un esfuerzo y con los dientes rechinando con el tirón de la pierna, abrió la diminuta ventana y miró afuera. Sólo alcanzaba a ver el perfil del techo del edificio en su brusca pendiente y más allá la punta de las torres de Notre Dame que relucían bajo el sol de la mañana. Sintió con especial avidez la claridad del aire que soplaba sobre el Sena. Era dulce y refrescante y Osborn aspiró profundamente.

En algún momento de la noche, Vera había subido para cambiarle el vendaje. Había intentado decirle algo pero él estaba demasiado mareado para entender y luego se había dormido. Más tarde, al despertarse y recuperar sus sentidos se concentró pensando en el hombre alto y en la policía y en saber qué debía hacer. Pero ahora era Erwin Scholl quien se había filtrado en su pensamiento.

Scholl era el hombre a quien Kanarack, aterrorizado ante la amenaza de la succinilcolina, había acusado como la persona que lo había contratado para asesinar a su padre. Justo en el momento de la confesión, recordó Osborn, había aparecido el hombre alto y les había disparado.

Erwin Scholl. ¿De dónde? Kanarack también se lo había dicho.

Se alejó de la ventana y regresó cojeando a la cama, alisó la manta, se volvió y se sentó suavemente. Caminar desde la cama al aseo y volver lo había desgastado más de lo que habría deseado. Permaneció sentado en el borde de la cama incapaz de hacer otra cosa que respirar.

¿Quién era Erwin Scholl? ¿Y por qué habría querido matar a su padre?

Osborn cerró los ojos. Era la misma pregunta de los últimos treinta años. El dolor de la pierna no era nada comparado con el dolor de su alma. Recordó aquel sentimiento que le había rasgado las entrañas cuando Kanarack confesó que le habían pagado para matarlo. En sólo un instante, toda una vida de soledad, dolor y cólera se había transformado en algo más allá de toda comprensión. Al tropezar con Henri

Kanarack, al averiguar dónde vivía y trabajaba, pensaba que Dios finalmente se había compadecido de él y que había llegado el momento de poner fin a su sufrimiento. Pero no había sucedido así. Sólo se había producido un relevo. Cruelmente, tajantemente. Como una pelota que pasa de manos de un jugador a otro. Él era el que debía perseguir la pelota como lo había hecho durante tantos años.

El río, al menos, lo había conducido a algo concluyente. Si aquel lugar hubiera significado la muerte, lo habría preferido al infierno al que había regresado donde no tenía descanso y vivía en eterna ira, un infierno que le impedía amar y ser amado acosado por el terror de que al final lo destruiría todo. El objeto perseguido no había desaparecido, sólo había cambiado de forma. Esta vez era Erwin Scholl sin rostro, sólo un nombre. ¿Cuánto tardaría en encontrarlo? ¿Otros treinta años? Si tenía fuerza suficiente para buscarlo y al final de sus esfuerzos lo encontraba, ¿qué haría entonces?

¿Otra puerta que se abría?

Un ruido en el exterior del habitáculo lo sacó de sus cavilaciones.

Alguien se acercaba. Buscó rápidamente un lugar donde ocultarse pero vio que era imposible. ¿Dónde estaba la pistola de Kanarack? ¿Qué había hecho Vera con ella? Miró hacia la puerta. El pomo comenzó a girar. Sólo tenía el bastón como arma. Lo empuñó con fuerza y la puerta se abrió.

Vera vestía su bata blanca de hospital.

—Buenos días —dijo, y entró. Volvía con la bandeja, esta vez con café caliente y cruasanes y una nevera de plástico con fruta, queso y una pequeña tajada de pan—. ¿Cómo te encuentras?

Osborn suspiró y dejó el bastón sobre la cama.

—Bien, bien —dijo—. Sobre todo después de saber quién viene a verme.

Vera dejó la bandeja en la pequeña mesa bajo la ventana y se volvió hacia él.

—La policía volvió anoche. Los acompañaba un americano y parecía conocerte bastante bien.

Osborn estaba atónito.

—¡McVey! —Todavía estaba en París.

—Por lo visto tú también lo conoces... —dijo Vera, con una sonrisa apretada, casi peligrosa, como si por algún oscuro motivo gozara de todo eso.

—¿Qué querían? —preguntó él, ansioso.

—Descubrieron que te había recogido en el campo de golf. Reconocí que te había extraído la bala. Querían saber dónde estabas. Les dije que te había dejado en una estación de ferrocarril, que no sabía dónde ibas y que tú no querías decírmelo. No estoy segura de si me creyeron.

—McVey te hará vigilar como un ave de rapiña esperando que te pongas en contacto conmigo.

—Ya lo sé. Por eso vuelvo al trabajo. Tengo un turno de treinta y seis horas. Espero que cuando termine se hayan aburrido y piensen que decía la verdad.

—¿Y qué pasa si no se lo creen? ¿Qué pasa si deciden buscar en tu apartamento y luego en el edificio? —De pronto Osborn tuvo miedo. Estaba entre la espada y la pared y no tenía por dónde escapar. Si intentaba salir y estaban esperándolo, le pondrían las manos encima antes de que caminara cincuenta metros. Si decidían buscar en el edificio llegarían arriba y en ese caso ya podía darse por perdido.

—No podemos hacer nada más —dijo Vera, decidida, imperturbable. No sólo estaba de su lado y lo protegía sino que también mantenía el control de la situación—. Tienes agua en el aseo y suficiente comida hasta que yo vuelva. Quiero que hagas algo de ejercicio. Estiramiento de músculos y elevación de pierna, si puedes. Si no, tienes que caminar de un lado a otro de la habitación todo lo que puedas cada cuatro horas. Cuando salgamos de aquí te verás obligado a caminar de verdad. Asegúrate de mantener la cortina cerrada. La buhardilla está oculta por la fachada del techo pero si alguien estuviera observando, la luz te delataría inmediatamente. Aquí tienes... —dijo, y le puso una llave en la mano—. Es de mi piso. Por si se complica la pierna y tienes que ponerte en contacto conmigo. El número del hospital está en un bloc de notas junto al teléfono. La escalera da a un cuarto en el piso de arriba. Tienes que bajar en el ascensor de servicio —dijo. Luego lo miró, vacilante—. No hace falta que te diga que tengas cuidado.

—Y yo no hace falta que te diga que todavía te puedes desentender de todo esto. Vete donde tu abuela y podrás decir que no tienes idea de lo que sucedía aquí.

—No —dijo Vera, y se volvió hacia la puerta.

—Vera.

—¿Qué? —Se detuvo y miró a Osborn.

—Había una pistola. ¿Dónde está?

Por su reacción, Osborn entendió que no le gustaba lo que acababa de oír.

—Vera... —dijo, y vaciló—, si el hombre alto me encuentra, ¿qué puedo hacer?

—¿Cómo podría encontrarte? No tiene por qué saber ni quién soy ni dónde vivo.

—Tampoco sabía nada de Merriman. Pero ahora está muerto.

Ella dudaba.

—Vera, por favor. —Osborn la miraba fijamente. La pistola era para defenderse, claro, no para dispararle a la policía.

Con un gesto de cabeza, Vera señaló hacia la mesa bajo la ventana.

—Está en el cajón.

CINCUENTA Y DOS

Marsella

Muy a su pesar, Marianne Chalfour Rouget tuvo que salir de misa de ocho al cabo de diez minutos. Los parroquianos, la mayoría conocidos, empezaban a girarse y a mirar a su hermana que no dejaba de sollozar. Michèle Kanarack había llegado hacía dos días, y durante esos dos días había sido incapaz de controlar su llanto.

Marianne era tres años mayor que su hermana y tenía cinco hijos, el mayor de ellos de catorce años. Jean Luc, su marido, era pescador y sus ingresos variaban teniendo en cuenta la temporada. Jean Luc pasaba la mayor parte del tiempo lejos de casa pero cuando volvía, como ahora, se complacía en estar con su mujer y sus hijos.

Sobre todo con su mujer. El apetito sexual de Jean Luc era insaciable y él no se avergonzaba de ello. Eso sí, a veces resultaba problemático, incluso embarazoso porque de pronto, desbordado por su urgencia, Jean Luc cogía a su mujer en vilo o la arrancaba de la silla para llevarla a la habitación matrimonial del diminuto piso de tres habitaciones donde, durante horas que parecían interminables, hacían el amor ruidosamente como salvajes.

Jean Luc no entendía por qué Michèle había venido a vivir con ellos.

Tampoco sabía cuánto lo alargaría. Consideraba que toda la gente casada tiene problemas pero que con los consejos de un cura todo se puede solucionar. Por eso estaba seguro de que Henri aparecería en cualquier momento, le rogaría a Michèle que lo perdonara y los dos volverían juntos a París.

Pero Michèle, en medio de su llanto, estaba igualmente segura de que eso no ocurriría. Llevaba dos noches intentando dormir en el sofá del diminuto salón cocina, vapuleada por los chicos que se arremolinaban en torno al televisor en blanco y negro a disputarse los programas. En la habitación, entre tanto, marido y mujer se libraban a sus escandalosas sesiones de amor sin que nadie, excepto Michèle, les prestara atención.

El domingo por la mañana, Jean Luc se había hartado de las lágrimas de su cuñada y se lo había dicho a Marianne, directamente al grano y delante de Michèle. Que se la llevara a la iglesia, le dijo, y que, ante los ojos de Dios, ¡hiciera que parara de llorar! Y si no era ante Dios, que al menos fuera en presencia del párroco.

Pero aquello no había dado resultado. Y ahora, después de salir de la iglesia, las dos hermanas caminaron juntas bajo el cálido sol mediterráneo y doblaron por el Boulevard d'Athènes hacia Canebière. Marianne le cogió la mano a Michèle.

—Michèle, no eres la única mujer en el mundo abandonada por su marido —le recriminó—. Ni tampoco eres la primera que está embarazada. Sí, ya sé que sufres y yo te entiendo. Pero la vida sigue su ritmo y ¡ya está bien! Estamos aquí contigo.

¿Por qué no buscas un trabajo y mantienes a tu hijo? Y luego ya buscarás a alguien decente.

Michèle miró a su hermana y luego al suelo. Marianne tenía razón, claro. Pero sus razones no apaciguaban su dolor ni su miedo de la soledad ni aliviaban su vacío. Ya se sabe que pensar jamás acaba con las lágrimas, que eso es cuestión de tiempo.

Después de decir lo que tenía que decir, Marianne se detuvo en un mercadillo al aire libre en el Quai des Belges para comprar un pollo y verduras frescas para la cena. El mercado y la acera a esa hora ya estaban llenos de gente y el tumulto y el tráfico producían una sordina intensa. De pronto Marianne escuchó un estallido raro, algo como un «pop» que pareció eclipsar los demás ruidos. Se dio media vuelta para comentárselo a Michèle y la vio apoyada contra un puesto repleto de melones como si algo la hubiese sorprendido. Entonces vio que brotaba una mancha roja y brillante por debajo del cuello de la camisa blanca de su hermana, en el cuello, una mancha que se extendía. En el mismo instante sintió una presencia a su lado. Levantó la mirada y vio a un hombre alto que le sonreía. El hombre sostenía algo en la mano y lo levantó y Marianne volvió a oír el «pop». El hombre alto desapareció con la misma rapidez y de pronto el cielo comenzó a oscurecerse. Miró a su alrededor y vio algunos rostros. Luego, curiosamente, todo se desvaneció.

CINCUENTA Y TRES

Bernhard Oven podría haber regresado de Marsella a París en avión como lo había hecho para ir, pero la policía podía seguir la pista con demasiada facilidad a un billete de ida y vuelta cuyas fechas coincidieran con las de una serie de asesinatos. El viaje en TGV desde Marsella a París tardaba sólo cuatro horas cuarenta y cinco minutos. Para Oven era tiempo suficiente para relajarse en su asiento de primera clase y pensar en cuanto había sucedido y lo que habría de suceder.

Encontrar a Michèle Kanarack en casa de su hermana había sido un juego de niños. Le había bastado seguirla hasta la estación la mañana en que salía de París y tomar nota del tren que abordaba. Conociendo el tren y su destino, la Organización se encargaba del resto. En Marsella, habían visto aparecer a Michèle y la habían seguido a casa de su hermana en el barrio de Le Panier. Luego la siguieron rigurosamente y tomaron nota de las personas con las que podía haber intimado. Con esa información, Oven había abordado el vuelo de Air Inter de París a Marsella y en el aeropuerto de Provence había cogido un coche alquilado. En el compartimiento de la rueda de repuesto había una pistola automática CZ 22 checoslovaca, balas y un silenciador.

—*Bonjour. Ah, le billet, oui.*

Oven le entregó su billete al inspector e intercambió con él las típicas banalidades que un joven con aspecto de ejecutivo dinámico intercambiaría con un inspector de trenes. Luego se reclinó en su asiento y gozó del paisaje de la campiña francesa mientras el TGV atravesaba a toda velocidad los verdes campos del valle del Ródano. Según su cálculo viajaban a unos doscientos ochenta kilómetros por hora.

Había hecho bien en deshacerse de las dos mujeres en la calle. Si por algún motivo lo hubiesen eludido y hubieran estado en casa, bueno, las histéricas siempre causan problemas. Al ver al marido y a los cinco hijos de Marianne acribillados en el suelo, por muy pulcramente que los hubiese ejecutado, las dos mujeres se habrían puesto histéricas perdidas llamando a los vecinos y a cualquiera que se hubiera encontrado por los alrededores.

Desde luego hallarían al marido y a los cinco niños si es que eso ya no había sucedido y el impacto del suceso haría que la policía y los políticos salieran corriendo de sus madrigueras. Pero no había tenido alternativa. El marido estaba a punto de salir al café del barrio para reunirse con sus colegas, lo cual significaba que habría tenido que esperar a lo largo de todo el día hasta que todos hubieran vuelto a reunirse en casa. Y eso le habría provocado un retraso que no podía permitirse porque tenía que atender asuntos más urgentes en París. Unos asuntos en los cuales la Organización, hasta ese momento, no le había podido proporcionar ayuda.

Antenne 2, la cadena pública de televisión, había divulgado una entrevista con el administrador de un campo de golf cerca del Sena en Vernon. El sábado por la mañana temprano, un médico americano considerado por la policía como el principal

sospechoso del asesinato del exciudadano americano Albert Merriman, se había arrastrado fuera del río y se había detenido en la sala del club para recuperarse hasta que una francesa de pelo oscuro había acudido a recogerlo.

Hasta ese momento, Bernhard Oven había eliminado rápida y efectivamente a cualquiera que hubiese mantenido algún tipo de relación con Merriman. Pero el médico americano identificado como Paul Osborn había sobrevivido. Y ahora había una mujer involucrada. Debía encontrarlos a ambos y despacharlos antes de que se le adelantara la policía. No habría sido una tarea tan difícil si no fuera por el apremio del tiempo. Era domingo, 9 de octubre. Según su programa, debía acabar con ese asunto a más tardar el viernes 14 de octubre.

—¿Ha trabajado alguna vez con el señor Lybarger desnudo, señorita Marsh?

—No, doctor, claro que no —dijo Joanna sorprendida con la pregunta—. No ha habido razón para ello.

A Joanna, el doctor Salettl no le agradaba más en Zurich que en Nuevo México. Su tono cortante y su distancia eran algo más que intimidatorios. El hombre la asustaba.

—Entonces, ¿nunca lo ha visto desnudo?

—No, señor.

—¿Tal vez en ropa interior?

—Doctor Salettl, me parece que no entiendo lo que quiere decir.

A la siete de la mañana, Von Holden había despertado a Joanna en su habitación. En lugar del amante cálido y afectuoso de la noche anterior, el Pascal de ahora le habló bruscamente y sin rodeos. Dentro de cuarenta y cinco minutos, dijo, pasaría a buscarla un coche para llevarla con sus cosas a casa del señor Lybarger. Sabía que estaría preparada, dijo Von Holden.

A Joanna le pareció raro aquel tono distante y sólo acertó a decir que sí. Luego se le ocurrió preguntar qué iba a hacer con su perro en la perrera de Taos.

—Ya nos hemos ocupado de eso —dijo Von Holden y colgó.

Una hora más tarde, aún afectada por la fatiga de la diferencia horaria, la cena, las copas y la sesión maratónica de sexo con Von Holden, Joanna viajaba en el asiento trasero de una limusina Mercedes. Salieron de la autopista y al cabo de un rato se detuvieron ante una verja de seguridad.

El chofer pulsó un botón para bajar la ventanilla del pasajero lo suficiente para que el guardia uniformado mirara dentro. Satisfecho les hizo señas para que siguieran y la limusina penetró en un largo camino entre árboles que conducía hacia lo que Joanna más tarde describiría como un castillo.

Un ama de llaves de mediana edad y sonrisa amable la llevó a sus dependencias que consistían en una amplia habitación con cuarto de baño en la planta baja con vistas a una enorme extensión de césped que se perdía hasta llegar al borde de un

frondoso bosque.

Al cabo de diez minutos llamaron a la puerta y la misma ama de llaves la acompañó hasta el despacho del doctor Salettl en la segunda planta de un edificio adosado, donde se encontraba ahora.

—A juzgar por sus informes, veo que está tan sorprendida como nosotros con la recuperación del señor Lybarger.

—Sí, señor. —Joanna no quería dejarse intimidar por la actitud del doctor Salettl—. Al comienzo, durante las primeras sesiones de la terapia, recuerdo que apenas controlaba sus funciones motoras autónomas. Incluso le costaba conservar un hilo coherente de pensamiento. Pero me ha asombrado con cada uno de los pasos que ha dado. Tiene una fuerza de voluntad verdaderamente tenaz.

—Y físicamente, además, se ha robustecido.

—Sí, ya lo creo.

—Se encuentra a gusto en este clima de sociabilidad. Se relaja con la gente y cuando conversa con ellos es absolutamente coherente.

—Yo...

Joanna tenía la intención de mencionar las continuas llamadas del señor Lybarger reclamando a su familia.

—¿Tiene usted alguna objeción?

Joanna vaciló. No tenía sentido hablar de un asunto que sólo les incumbía a ella y a Lybarger. Además, cada vez que Lybarger había tocado el tema era porque estaba cansado o sometido a la tensión de un viaje, a algo que le alteraba la rutina.

—Es que se cansa con mucha facilidad —dijo—. Por eso anoche quería que trajeran la silla de ruedas al barco...

—Y ese bastón que usa —la interrumpió Salettl. Apuntó algo en una libreta y volvió a mirarla—, ¿puede ponerse de pie y caminar sin usarlo?

—Está acostumbrado a llevarlo.

—Por favor, responda a mi pregunta. ¿Puede caminar sin el bastón?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—No muy lejos y no con demasiada seguridad.

—Se puede vestir solo. Se afeita solo y hace sus necesidades por sus propios medios. ¿No es así?

—Sí —Joanna comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la oferta de Von Holden y no haber regresado a casa el día programado.

—¿Puede coger una pluma? ¿Escribir su nombre nítidamente?

—Bastante nítido —dijo ella, con una sonrisa forzada.

—¿Y qué sucede con las demás funciones?

Joanna frunció el ceño.

—No entiendo lo que quiere decir con las demás funciones.

—¿Es capaz de tener erecciones? ¿Puede tener relaciones sexuales?

—No, no... lo sé —titubeó Joanna, cohibida. Jamás le habían hecho preguntas de esa naturaleza acerca de un paciente—. Creo que se trata de una cuestión de orden médico.

Salettl la miró fijamente un momento.

—Según sus cálculos, ¿cuándo cree que recuperará todas sus capacidades físicas y gozará de una funcionalidad total, como si no hubiera sufrido un infarto?

—Si... si hablamos de sus funciones motrices básicas, sostenerse en pie, caminar, hablar sin cansarse y ya está... El resto no es de mi especialidad.

—Sólo las funciones motrices. ¿Cuánto cree que tardará?

—No... no estoy del todo segura.

—Cálculélo, por favor.

—Es que realmente me es imposible.

—Eso no es una respuesta —dijo Salettl mirándola como si estuviera reprendiendo a una niña en lugar de tratar con la terapeuta de su paciente.

—Si... si trabajo muy intensamente con él y él responde como lo ha hecho hasta ahora, yo calcularía... tal vez un mes. Pero quiero que entienda que es sólo un cálculo. Todo depende de que él...

—Le voy a fijar un objetivo, Joanna. Quiero que a finales de esta semana pueda caminar solo y sin bastón.

—No sé si será posible.

Salettl pulsó un botón que tenía engastado en la manga. Un intercom.

—La señorita Marsh está preparada para trabajar con el señor Lybarger.

CINCUENTA Y CUATRO

McVey miró por la ventana del despacho de Lebrun. Cinco pisos más abajo vio la Place du Parvis, la explanada abierta frente a Notre Dame repleta de turistas.

A las once y media de la mañana, el día comenzaba a calentarse como un veranillo de San Martín.

—Ocho muertos. Cinco de ellos son niños. Todos con una bala del calibre 22 en la cabeza. Nadie vio ni oyó nada. Ni los vecinos ni la gente que compraba en el mercadillo —leyó Lebrun, y dejó caer sobre el escritorio el fax de la policía de Marsella. Se inclinó para coger un termo cromado de la mesa que había detrás de él.

—Un profesional con un silenciador —dijo McVey sin intentar ocultar su rabia—. Son ocho más en la lista del hombre alto.

—Si es que ha sido el hombre alto.

—¿La viuda de Merriman? ¿Qué le parece? —McVey le lanzó una mirada de irritación.

—Creo que es probable que tenga razón, mon ami —dijo Lebrun, con voz queda.

Después de regresar al hotel poco antes de las ocho, McVey había llamado inmediatamente a Lebrun a su casa. La respuesta de éste había sido lanzar una alerta a nivel nacional a las policías locales advirtiendo de la amenaza de muerte que pesaba sobre Michèle Kanarack.

El problema más evidente, desde luego, era que aún no se conocía su paradero. Y con apenas una breve descripción —fruto de la información entregada por los vecinos de su edificio, la alerta de Lebrun era una llamada en el vacío. Resultaba muy difícil proteger a los fantasmas.

—Amigo mío, ¿cómo podíamos saberlo? Mis hombres estuvieron allá todo el día y no encontraron nada que indicara la presencia de un tercer hombre.

Lebrun intentaba ayudarlo pero aquello no le aliviaba a McVey el sentimiento de culpabilidad e impotencia que le corroía las tripas. Eran ocho los muertos, ocho personas que aún podrían estar vivas si él y la policía francesa hubiesen sido más eficientes en su trabajo.

Michèle Kanarack había sido asesinada pocos minutos después de que McVey hubiera llamado a Lebrun para advertirle que la mujer corría peligro. Si hubiese descubierto la situación y llamado tres horas antes o cuatro o cinco, ¿acaso habría sido diferente? Tal vez sí aunque probablemente no. Habría sido otra aguja perdida en el pajar.

«Para proteger y servir», leía el lema de la placa del Cuerpo de Policía de Los Ángeles. No pasaba día sin que alguien se riera de ello o lo denigrara o lo ignorara. ¿Servir? ¿Qué quería decir eso? Pero proteger a la gente era algo diferente. Si a uno le importaban esas cosas como a McVey, si la gente sufría daño porque uno mismo o los colegas o el propio Cuerpo de policía no era capaz de asumir lo que se pedía de

ellos, era uno el que hacía el daño. Mucho daño. Nadie lo sabía y uno no hablaba de ello. Salvo consigo mismo o con el reflejo que se descubría en el fondo de una botella cuando uno quería olvidarlo todo.

No era idealismo —eso se acababa la primera vez que se veía a alguien con la cara destrozada por un disparo. Era otra cosa. Porque después de tantos años uno terminaba haciendo lo que hacía y seguía en su puesto. Michèle Kanarack y la familia de su hermana no eran como un vídeo que se pudiera reparar. Los habitantes del edificio de Agnès Demblon no eran como coches que uno se pudiera disputar en una subasta. Eran personas y eran los productos con los que trabajaba un policía para bien o para mal todos los días de su vida.

—¿Es café eso? —preguntó McVey señalando con un gesto de la cabeza el termo que sostenía Lebrun.

—Sí.

—Lo tomaré solo, sin azúcar —dijo McVey—. Negro como el día.

Hacia las nueve y media Lebrun envió un equipo de técnicos a sacar un molde de yeso de las huellas del coche y a buscar cualquier pista que McVey hubiera pasado por alto.

A las diez cuarenta y cinco, McVey y Lebrun fueron juntos al laboratorio para revisar el molde. Encontraron a uno de los técnicos secando el yeso con un secador de pelo. Cinco minutos más tarde estaba preparado para una prueba de impresión sobre papel.

A continuación había que revisar la serie de dibujos de neumáticos proporcionados por los fabricantes a la policía de París. Al cabo de quince minutos lo encontraron. La impresión del molde de yeso coincidía a todas luces con un neumático Pirelli, tamaño P205/70R14 montado en una llanta de 35,5 cm de diámetro por 14 cm. Al día siguiente lunes llamarían a un especialista de Pirelli para que examinara el molde y aportara detalles específicos. Cuando volvían al despacho de Lebrun, McVey preguntó acerca del mondadientes.

—Eso tardará más —dijo Lebrun—. Tal vez mañana o pasado. Francamente, no creo que eso pueda revelarnos gran cosa.

—Pero puede que tengamos suerte. Tal vez al cepillarse los dientes se hiciera mal en una encía y dejara una muestra de sangre. Puede que tenga algún tipo de infección o enfermedad que se manifieste en los restos de saliva. Cualquier cosa será más de lo que tenemos, inspector.

—No podemos probar que fuera el hombre alto quien usara el mondadientes. Podría haber sido Osborn o Merriman, o cualquier desconocido —objetó Lebrun, y abrió la puerta de su despacho.

—Quiere decir un posible testigo —dijo McVey cuando entraban.

—No, no quiero decir eso. En absoluto. Pero es una idea. Y muy buena, McVey. *Chapeau!*

En ese preciso momento un agente uniformado llamó a la puerta. Acababan de

enviar el fax de la policía de Marsella.

McVey bebió el café mientras paseaba por la habitación. En un tablero de avisos había un recorte de *Le Figaro* con la foto de Levigne en un cuarto de página relatando su historia a los medios de comunicación. Visiblemente irritado, McVey lo señaló con un dedo acusador.

—Lo que me revienta es que este tipo del campo de golf no quería que diéramos su nombre a los medios de comunicación y ahora viene él y se promociona a sí mismo. Con eso le dice a nuestro amigo que hay un testigo presencial que sobrevive en algún lugar.

McVey dejó de mirar el recorte y se rascó la oreja.

—Y pensar en todos los medios con que contamos, Lebrun. Resulta que nosotros no la encontramos y él sí. —Se volvió y miró al policía francés con expresión consternada.

—¿Cómo sabía que iba a Marsella si nadie más estaba enterado? Y al llegar a Marsella, ¿cómo supo dónde encontrarla?

Lebrun juntó las manos haciendo coincidir perfectamente las puntas de los dedos.

—Está pensando en la conexión de Interpol. Quienquiera que solicitara en Lyon el archivo Merriman a la policía de Nueva York puede haber contado con medios similares para seguirle la pista.

—Sí, en eso pensaba.

Lebrun dejó la taza de café, encendió un cigarrillo y miró el reloj.

—Le informaré que pienso ausentarme el resto del día —dijo en voz baja—. Una breve ausencia de un solo día. Voy a viajar a Lyon en tren. Nadie sabe dónde voy, ni siquiera mi mujer.

—Perdóneme si no le entiendo —dijo McVey, frunciendo el ceño—. Pero resulta que usted va a Lyon y empieza a hacer preguntas. ¿Cree que quien esté detrás de esto va a levantar la mano y decir «fui yo»? ¿Por qué no convoca una conferencia de prensa antes de partir?

—*Mon ami* —sonrió Lebrun—. He dicho que voy a Lyon. No que vaya a la oficina de Interpol. De hecho he invitado a un viejo amigo a una discreta cena.

—Venga, siga —dijo McVey.

—Como usted sabe, el grupo D responsable de la investigación sobre los cadáveres decapitados que le han asignado a usted es un subgrupo de la División 2 de Interpol. La División 2 se dedica exclusivamente al análisis y seguimiento de casos. Quienquiera que haya solicitado el archivo de Merriman pertenece a la División 2, posiblemente un funcionario de alto rango.

»La División 1, por otro lado, corresponde a la administración general de finanzas, personal, equipos, servicios de vigilancia y otras cosas como contabilidad, mantenimiento de instalaciones y actividades rutinarias. Una de esas actividades

rutinarias constituye el subgrupo de Seguridad, responsable de la seguridad de la Oficina Central. El jefe de este subgrupo tiene acceso a archivos de datos que hará posible identificar al funcionario que solicitó el archivo de Merriman.

Lebrun sonrió satisfecho con su plan. McVey se lo quedó mirando.

—*Mon ami*, no quiero que me tome por un aguafiestas pero ¿qué pasaría si el individuo con quien usted ha concertado su discreta cena resulta ser el mismo que solicitó los archivos? ¿No se da cuenta de que, para empezar, usted era la persona a quien le ocultaban la información? Querían tener el tiempo necesario de localizar a Merriman. Antes me preguntaba si esos tipos podían matar a un poli. Si tenía dudas, le aconsejo que vuelva a leer el informe de Marsella.

—Ah, usted me quiere intimidar con metáforas sangrientas —sonrió Lebrun mientras apagaba el cigarrillo—. Amigo mío, aprecio su preocupación. Si las circunstancias fueran diferentes, estaría totalmente de acuerdo con usted en que mi plan es arriesgado. Pero dudo que el director de Seguridad Interna pensara infligirle daño alguno a su hermano mayor.

CINCUENTA Y CINCO

Un Ford Sierra nuevo de color verde oscuro y neumáticos Pirelli P205/70R14 y llantas de 35,5 por 14 cm, pasó lentamente frente al edificio de apartamentos del 18 Quai de Bethune, dobló la esquina de Pont de Sully y aparcó detrás de un Jaguar blanco descapotable en la rue Saint Louis en l'Île. Al cabo de un rato se abrió la puerta y bajó el hombre alto. Era una tarde calurosa pero él llevaba unos guantes color carne, el tipo de guantes usados en cirugía.

El tren de Bernhard Oven llegó a la estación de Lyon a las doce y cuarto. Desde allí cogió un taxi hasta el aeropuerto de Orly de donde salió con el Ford. A las tres menos diez de la tarde estaba de vuelta en París y aparcado cerca del edificio de Vera Monneray.

A las tres y siete minutos abrió y entró en el apartamento de Vera. Nadie lo había visto cruzar la calle y nadie lo vio usar el duplicado de la llave de la puerta de seguridad que abría la entrada de servicio. Una vez dentro subió por la escalera de servicio y entró en el piso por el pasillo trasero.

Para la mayoría de los franceses, el reportaje que Antenne 2 había emitido y que más tarde fue repetido por los demás medios de comunicación acerca de la misteriosa mujer de pelo oscuro que había recogido al americano sospechoso de asesinato en el campo de golf después de que hubo salido del Sena, era una sabrosa historia de intriga romántica. Quién era la mujer y quién el americano era objeto de las especulaciones más osadas. Para unos se trataba de una famosa actriz francesa, de una escritora y directora de cine, de una figura del tenis mundial o de una célebre cantante de rock americana con peluca negra que hablaba francés. Según otros rumores, el médico no era efectivamente un médico y la foto entregada a la prensa era falsa puesto que en realidad se trataba de un célebre actor de Hollywood que se encontraba en París promocionando su última película. Otras versiones más oscuras convertían al médico en un veterano senador de Estados Unidos cuya reputación venía a verse salpicada, una vez más, con una tragedia.

La identidad y dirección de Vera Monneray escritas a mano en una tarjeta y las llaves de la entrada de servicio y del apartamento se encontraban en la guantera del coche que Oven había recogido en Orly. Cinco horas después de que hubo salido de Marsella, la Organización había demostrado su meticulosa eficiencia tal como lo había hecho con Albert Merriman.

El reloj de la mesilla de noche de Vera Monneray marcaba las tres y once minutos de la tarde.

Oven sabía que Vera Monneray había ido a trabajar aquella mañana a las siete y que su turno terminaba a las siete de la noche del día siguiente. Eso significaba que,

salvo la posible intrusión inesperada de una empleada o de un encargado, no lo iban a molestar mientras registraba el piso. También significaba que si por casualidad el americano estaba allí, se las vería a solas con él.

Cinco minutos más tarde, Oven sabía que el americano no estaba allí. El apartamento estaba tan vacío como impecable. Oven salió, volvió a cerrar la puerta, bajó por las escaleras de servicio y se detuvo ante la puerta que daba a la calle. Pero en lugar de salir siguió bajando hasta llegar al sótano.

Encontró un pequeño interruptor, lo encendió y miró a su alrededor. Vio un largo y estrecho pasillo con numerosas puertas y unos cuartos trasteros a oscuras. A su derecha, bajo un techo de poca altura de vigas de madera, se encontraban los cubos de basura de los pisos del edificio.

Los parisinos de clase alta vivían una especie de ingenua comodidad y cada apartamento disponía de sus propios cubos, identificados con el número pintado encima. Al cabo de una rápida revisión, Oven encontró los cuatro cubos asignados al apartamento de Vera. Sólo uno de ellos estaba lleno.

Quitó la tapa y desplegó un periódico viejo. Después de vaciarlo comenzó a examinar el contenido objeto por objeto. Encontró cuatro latas vacías de Diet Coke, una botella de plástico vacía de «Gelave», un bálsamo, un frasco vacío de mentas «Tic tac», una caja vacía de esponjas anticonceptivas «Today», cuatro botellas vacías de cerveza Amstel, un ejemplar de la revista People, una lata de caldo de buey parcialmente vacía, una botella plástica de jabón lavavajillas Joy y... Oven se detuvo porque había sonado algo en el interior de la botella de Joy.

Estaba a punto de abrir la tapa cuando oyó una puerta más arriba y percibió que alguien bajaba la escalera. Los pasos se detuvieron brevemente en el piso de arriba frente a la puerta de servicio que daba a la calle y continuaron bajando. Oven apagó la luz y se arrimó a la sombra por debajo del último tramo de escalera y al mismo tiempo sacó de su cintura una pistola automática Walther calibre 25.

Un instante más tarde, una empleada regordeta de uniforme blanco y negro almidonado bajó torpemente las escaleras con una enorme bolsa de basura. Encendió la luz y levantó la tapa de un cubo, dejó caer la bolsa en el interior, cerró la tapa y volvió hacia las escaleras. Pero en ese momento vio el desbarajuste que Oven había dejado en el suelo. Murmuró algo en francés, dio unos pasos hacia el cubo, lo recogió todo y volvió a meterlo dentro. Cerró la tapa, apagó la luz con un gesto brusco y volvió a subir pesadamente las escaleras.

Oven oyó los pasos que se alejaban. Volvió a introducir la Walther en su cartuchera y encendió la luz. Levantó la tapa del cubo y sacó la botella de jabón, desenroscó la tapa, la giró y la sacudió. El objeto vibró en el interior pero no cayó. Oven se sacó un cuchillo largo y delgado de la manga, abrió la hoja y con un corte extrajo un pequeño frasco cubierto del jabón pegajoso. Lo limpió y lo miró a la luz de la bombilla. Era un frasco de medicina de Wyeth Pharmaceutical Products y en la etiqueta se leía «5 ml antitétanos».

Un asomo de sonrisa le cruzó el rostro a Oven. Vera Monneray trabajaba como residente para conseguir el título de médico. Tenía acceso a los productos farmacéuticos y estaba cualificada para poner inyecciones. Un hombre herido que acababa de salir de un río contaminado probablemente necesitaba que le administraran una dosis de antitétanos no sólo para prevenir el tétanos sino también la difteria. Si alguien ponía una inyección no tenía por qué traer el frasco vacío a casa y tirarlo en el envase del jabón de la vajilla. No, la inyección había sido administrada allí, en el apartamento de Vera. Dado que el americano no estaba en el piso ahora, significaba que estaba en algún lugar de los alrededores, tal vez en otro edificio o tal vez en el mismo edificio.

Cinco plantas y media más arriba del sótano donde se encontraba Oven, Osborn se inclinó por encima de la mesa pequeña junto a la ventana y miró hacia los techos mientras las sombras del atardecer se deslizaban sobre las torres góticas de Notre Dame.

Cuando no dormía se dedicaba a pasear por el pequeño habitáculo para realizar el ejercicio que requería o a mirar por la ventana como ahora, intentando poner algún orden en sus ideas.

Había ciertos axiomas, según la conclusión a la que había llegado, de los que no podía escapar.

Primero: la policía lo buscaba aún en relación con la muerte de Albert Merriman. Gracias a Vera sabía que habían encontrado la succinilcolina que quedaba y se la habían llevado de su habitación del hotel. Si descubrían —o cuando descubrieran— su objetivo, con toda probabilidad volverían a examinar el cadáver de Kanarack Merriman. En ese caso encontrarían las marcas del pinchazo. Y si no lo habían examinado, McVey los obligaría a hacerlo. No importaba que no hubiera matado a Merriman porque iban a acusarlo de intento de homicidio. Si lo demostraban, lo cual no parecía difícil, no sólo pasaría quién sabe cuántos años en una cárcel francesa sino que además perdería su licencia médica en Estados Unidos.

Segundo: al salir del río no había pasado inadvertido y tarde o temprano el hombre alto, quienquiera que fuese, sabría que estaba vivo y vendría a por él.

Tercero: aunque lograra salir de París, la policía retenía su pasaporte. Así, para todos los efectos, estaba atrapado en Francia porque no podía viajar a ningún otro país sin ese documento, ni siquiera regresar al suyo propio.

Cuarto: lo más cruel y doloroso de todo, algo en que no dejaba de pensar una y otra vez, era la constatación de que la muerte de Merriman no había cambiado nada. El demonio que lo perseguía sólo se había vuelto más complejo y esquivo como si, después del horror vivido durante tantos años, eso aún fuera posible.

En su interior algo gritó ¡NO! en cien lenguas diferentes. «No volverás a emprender la persecución. Aquella puerta marcada con el nombre de Erwin Scholl, ¿a

dónde conducía? ¡A otra puerta! Entonces, si llegas a vivir tanto tiempo, sólo se puede abrir hacia la locura. Tienes que reconocer, Paul Osborn, que jamás encontrarás una respuesta. Tal vez sea el karma de tu vida aprender que, en esta existencia, las cosas a las que buscas respuestas pueden resultarte inconvenientes a ti.

Sólo cuando hayas entendido eso podrás alcanzar la paz y la tranquilidad en la próxima vida. Debes aceptar esta verdad y cambiar».

Sin embargo, Osborn sabía que ese argumento no era más que escapismo y por lo tanto falso. Era incapaz de cambiar ahora más de lo que había podido cambiar desde los diez años. La muerte de Kanarack/Merriman había sido un golpe emocional terrible. Sin embargo había despejado y simplificado el futuro. Antes sólo había un rostro. Ahora contaba con un nombre. Si este Erwin Scholl, una vez que lo encontrara, lo conducía a una tercera persona, que así fuera. Sin importar lo que costara, tendría que seguir sin tregua hasta enterarse de la verdad del asesinato de su padre. De otro modo no habría Vera y no tendría sentido seguir viviendo. Como no había tenido sentido desde que era niño. Lograría tener paz y tranquilidad en esta vida o no lo lograría jamás. Ese era su karma y su verdadero destino.

Fuera divisaba las torres de Notre Dame desdibujadas en la sombra. No faltaba mucho para que se encendieran las farolas de las calles. Había llegado la hora de correr la cortina negra sobre la ventana y encender la lámpara. Después de encenderla se acercó a la cama cojeando y se tendió. Y al reclinarsse se desvanecieron sus propósitos de hacía un momento y volvió a invadirlo el dolor más crudamente que nunca.

—¿Por qué tuvo que sucederle a mi familia? ¿Y a mí? —se preguntó en voz alta. Lo había preguntado siendo niño, luego adolescente, adulto y luego, cuando ya era un cirujano brillante. Lo había repetido mil veces. En ocasiones le asaltaba como una idea serena o se integraba en una lúcida conversación durante una sesión de terapia. En otras, la emoción lo embargaba y la pregunta irrumpía en voz alta como un trueno, lo cual solía incomodar a sus exmujeres, a amigos y desconocidos.

Levantó la almohada, sacó la pistola de Kanarack y calculó su peso en la mano. Apuntándola hacia sí mismo observó el agujero por donde brotaba la muerte. Parecía fácil, incluso seductor. Era la solución más sencilla. Se acabaría el miedo a la policía o al hombre alto y, mejor aún, el dolor se acabaría instantáneamente. Se preguntó por qué no había pensado en ello antes.

CINCUENTA Y SEIS

Quince minutos más tarde, a las seis menos cuarto, Bernhard Oven tocó el timbre de la entrada en el 18 Quai de Bethune y esperó. Había decidido comenzar la búsqueda del americano en el edificio de Vera Monneray, descartarlo en primer lugar y luego revisar los otros.

La cerradura electrónica cedió y Philippe, abrochándose bajo la doble papada el botón superior de la chaqueta de su uniforme verde, abrió la puerta.

—*Bonsoir, monsieur* —dijo, y se disculpó por hacerlo esperar.

—Tengo un pedido de la farmacia del hospital Sainte Anne de parte de la doctora Monneray. Insistió en que advirtiera que era urgente —dijo Oven en francés.

—¿Para quién? —preguntó Philippe, intrigado.

—Para usted, supongo. El conserje de esta dirección. Es todo lo que me han dicho.

—¿De la farmacia? ¿Está seguro?

—¿Acaso tengo aspecto de repartidor? *Monsieur*, desde luego estoy seguro. Es un medicamento y lo necesitan urgentemente. Por ese motivo, y como subdirector de la farmacia, he venido desde la otra punta de París un domingo por la noche.

Philippe vaciló. Ayer había estado ayudando a Vera a llevar a Paul Osborn por la escalera de servicio hasta su apartamento desde un coche aparcado en la calle de atrás. Más tarde la había ayudado a trasladarlo profundamente dormido, después de una operación, al cuarto oculto bajo el alero del tejado.

Sabía que Osborn tenía necesidad de atención médica. Era evidente que aún la necesitaba. De otro modo, ¿por qué habrían enviado ese paquete desde la farmacia del hospital a solicitud de Vera?

—*Merci, monsieur* —dijo, y Oven le entregó una libreta oficial de reparto y un bolígrafo.

—Firme, por favor.

—*Oui* —dijo Philippe, y firmó.

—*Bonsoir* —dijo Oven, dio media vuelta y desapareció.

Philippe cerró la puerta y miró el paquete. Luego se dirigió rápidamente al mostrador.

Marcó el teléfono privado de Vera en el hospital.

Cinco minutos más tarde, Bernhard Oven levantó la tapa metálica de la centralita de teléfono en el sótano del número 18 Quai de Bethune, conectó un audífono diminuto en un microcasete conectado al teléfono del conserje y pulsó *play*. Escuchó a Philippe explicar lo que había sucedido seguido de una alarmada voz femenina que debía de ser la señorita Monneray.

—¡Philippe! ¡Yo no he enviado ningún paquete, ninguna receta! Ábrelo para ver qué es.

Se oyó un ruido de papel arrugado seguido de un gruñido.

—Es algo sucio... Parece... parece un frasco de medicina. Como los que usan los médicos cuando ponen...

Vera lo interrumpió.

—¿Qué dice en la etiqueta? —Oven se percató del asomo de inquietud en su voz y sonrió.

—Dice... Perdón, tengo que coger las gafas. —Hubo un sonido metálico sordo cuando Philippe dejó el teléfono. Un momento después el conserje recogió la comunicación—. Dice... 5 ml antitétanos.

—¡Dios mío! —murmuró Vera.

—¿Qué sucede, señorita?

—Philippe, ¿reconociste al hombre? ¿No era de la policía?

—No, señorita.

—¿Era alto?

—*Très*. Muy alto.

—Tira el frasquito en tu cubo de basura y no hagas nada. Ahora salgo del hospital. Necesitaré tu ayuda cuando llegue.

—*Oui, mademoiselle*.

Se oyó un «clic» final cuando Vera colgó. Luego se cortó la línea.

Bernhard Oven desconectó tranquilamente el auricular del microcasete y luego éste de la línea de teléfono. Volvió a colocar la tapa metálica, apagó la luz y volvió a subir las escaleras.

Eran las seis y cuarto de la tarde. Sólo le quedaba esperar.

A menos de ocho kilómetros de allí, McVey estaba sentado solo ante una mesa en la terraza de un café en la plaza Victor Hugo.

A su derecha, una muchacha apoyada sobre los codos miraba al vacío frente a una copa de vino llena y con un perrito descansando a sus pies.

A su izquierda, dos ancianas muy bien vestidas y visiblemente adineradas charlaban en francés y tomaban el té. Estaban alegres y animadas y se diría que desde hacía medio siglo se juntaban a la misma hora en el mismo lugar.

Con una copa de Bordeaux en la mano, McVey pensaba que a él también le gustaría llegar así a la vejez. No necesariamente rico pero alegre, animado y en armonía con el mundo que lo rodeaba.

Y entonces pasó un coche de la policía con los faros encendidos y McVey se dio cuenta de que su vejez le obsesionaba menos que Osborn. Éste le había mentado sobre el lodo de su calzado porque lo había pillado. Osborn era un hombre enamorado, un turista que, al parecer, había paseado por los jardines de la torre Eiffel recientemente y sabía que los jardines habían sido excavados y que había lodo, y había sido lo bastante rápido para inventarse una coartada cuando le preguntó. El problema era que

el lodo de los jardines era gris negruzco, no rojo.

El lugar donde Osborn había ido aquel jueves por la tarde, sólo cuatro días antes, era el parque junto al río. El mismo lugar donde un día más tarde habían asesinado a Merriman y lo habían herido a él.

¿Qué había montado Osborn que de pronto hubiera fallado? ¿Acaso pensaba matar a Merriman él mismo o le había montado la trampa para que el hombre alto lo ejecutara? Si su idea era matarlo él mismo, ¿de dónde salía el hombre alto? Si le había montado la encerrona al hombre alto, ¿por qué se había convertido él también en una víctima? ¿Por qué Osborn, un cirujano ortopédico respetable aunque algo impetuoso?

Y luego la droga que la policía francesa había encontrado en la habitación de Osborn. La succinilcolina.

Después de llamar al doctor Richman en el Royal College of Pathology se habían enterado de que la succinilcolina era utilizada como anestesia de precirugía como un curare sintético que tenía la propiedad de relajar los músculos. Richman había advertido que si no era manejada por un profesional, podía ser una droga muy peligrosa. Relajaba eficazmente los músculos del esqueleto y podía provocar ahogo si no se administraba debidamente.

—¿Es poco común que un cirujano tenga esa droga en su mano? —preguntó McVey directamente.

La respuesta de Richman había sido igual de tajante.

—En su habitación del hotel, cuando se ve a todas luces que está de vacaciones, ¿desde luego diría que es poco común!

McVey pensó un momento y luego hizo la pregunta clave.

—¿Lo utilizaría en caso de que fuera a cortar una cabeza?

—Es probable que sí. Junto con otros anestésicos.

—¿Y la congelación? ¿La usaría para eso?

—McVey, tiene que entender que se trata de un deporte que ni yo ni los colegas que he consultado hemos estudiado antes. No tenemos suficiente información acerca de las técnicas que se han intentado usar ni estamos en condiciones de sugerir ningún procedimiento.

—Doctor, hágame un favor —pidió McVey—. Reúnase con el doctor Michaels y revisen los cuerpos una vez más.

—Inspector, si lo que busca es succinilcolina, debe saber que se descompone en el organismo minutos después de inyectarse. Jamás encontrará la menor huella.

—Pero se podrían encontrar las marcas de la jeringa si se les ha inyectado algo, ¿no?

McVey se percató de que Richman lo aseveraba. De pronto, cayó en la cuenta.

—¡Hijo de puta! —exclamó. El grito sobresaltó al perrito bajo la mesa y empezó a ladrar. Las dos ancianas, que evidentemente entendían inglés, lo miraron furiosas.

—Perdón —dijo McVey. Se levantó y dejó un billete de veinte francos en la mesa

—. A ti también —le dijo al perro cuando se alejaba.

Cruzó la plaza Victor Hugo, compró un billete y entró en el metro.

—Lebrun —se oyó decir, como si aún estuviera en la oficina del inspector—. Hasta ahora no habíamos trabajado a tres bandas —dijo.

Estudió los recorridos de las líneas de metro y escogió el que pensó que lo llevaría adonde quería ir. Aún pensaba en su encuentro imaginario con Lebrun.

—Encontramos a Merriman porque había dejado sus huellas en la escena del asesinato de Jean Packard, ¿no es así?

—Sabemos que Osborn contrató a Packard para que encontrara a alguien. Osborn me contó que se trataba del amigo francés de Vera Monneray y eso parecía razonable. Pero ¿qué pasaba si mentía como mintió con el lodo del calzado? ¿Y si era Merriman a quien quería encontrar? ¿Cómo es posible que no nos hayamos dado cuenta de eso?

Subió a un vagón repleto de gente y se sujetó a un pasamanos del techo. Indignado consigo mismo por no haber visto algo tan evidente, seguía sumido en un hilo de pensamiento.

«Osborn ve a Merriman en la cervecería, tal vez por accidente y lo reconoce. Intenta agarrarlo pero los camareros se lo impiden y Merriman se escapa. Osborn lo sigue hasta el metro y allí es detenido por la policía y se lo pasan a Lebrun. Se inventa el cuento de que Merriman había intentado robarle y la policía lo suelta. No deja de ser verosímil. Luego Osborn contacta a Kolb International y ellos le mandan a Packard. Los dos se juntan y al cabo de un par de días, Packard encuentra a Merriman oculto bajo el nombre de Henri Kanarack».

El tren disminuyó la marcha en el túnel, entró en una estación y se detuvo. McVey miró el nombre de la estación y se apartó cuando entraron media docena de adolescentes bulliciosos. Las puertas se cerraron y el tren siguió. Durante todo el rato, McVey sólo escuchaba la voz interior.

«Apostaría lo que quieras que Merriman se dio cuenta de que Packard lo seguía y fue él quien se convirtió en perseguidor intentando saber qué diablos pasaba. A Packard, que era un tío duro, un mercenario, no le gusta que le digan lo que tiene que hacer, especialmente en su propia casa. Hay una gran discusión con un saldo favorable para Merriman. O así parece, hasta que deja una huella dactilar. Entonces comienza toda esta otra historia.

»Después todo es más aparatoso. Sin embargo creo que la clave del asunto es que el hombre que Osborn atacó en la cervecería aquella primera noche era Merriman. Sus hombres, Lebrun, descubrieron que Osborn era el agresor pero nunca supieron quién era la víctima. Pero Packard sí pudo identificarlo y así fue como le siguió la pista a Merriman. Pero si el hombre que atacó Osborn era Merriman y si descubrimos por qué, podríamos volver nuevamente al hombre alto».

El tren volvió a reducir la velocidad. McVey miró el nombre de la estación cuando el vagón se detuvo. Era el lugar donde tenía que cambiar de metro: Charles de Gaulle-Étoile.

Bajó entre un tumulto de pasajeros, subió unas escaleras, pasó junto a un vendedor de palomitas de maíz y bajó corriendo por otras escaleras.

Abajo dobló a la derecha y siguió al gentío hacia el andén para coger otro tren.

Veinte minutos más tarde salió de la estación de Saint Paul en dirección a la rue Saint Antoine. A media manzana, a la derecha estaba la cervecería Stella.

Eran las siete y diez minutos del domingo 9 de octubre.

CINCUENTA Y SIETE

Bernhard Oven estaba junto a la ventana de la habitación a oscuras en el apartamento de Vera Monneray y vio llegar el taxi. Al cabo de un momento Vera salió y entró en el edificio. Oven estaba a punto de apartarse cuando vio un coche con los faros apagados girar en la esquina.

Se apoyó contra la cortina y vio un Peugeot antiguo avanzar por la calle a oscuras. Se acercó a la acera y se detuvo. Del bolsillo de la chaqueta sacó un monocular del tamaño de la palma de la mano. Miró hacia el coche. Había dos hombres en el asiento delantero.

La policía.

Así que ellos también hacían lo mismo. Utilizaban a Vera para encontrar al americano. La habían estado vigilando. Ella salió del hospital intempestivamente y ellos la siguieron. Debería haber pensado en eso.

Volvió a mirar con el monocular y vio que uno de ellos cogía un micrófono del coche. Era probable que estuvieran llamando para pedir instrucciones. Oven sonrió. La policía no era la única al corriente de la relación de la señorita Monneray con el Primer Ministro. La Organización lo sabía desde que François Christian había sido nombrado. Y por esa razón y por las enrevesadas repercusiones políticas que podía traer consigo si algo salía mal, era muy probable que no se les dejara subir a los inspectores por mucho que sospecharan de ella. O se quedarían donde estaban y seguirían vigilando allá fuera o esperarían a que llegaran sus superiores. Ese retraso era lo único que Oven necesitaba.

Salió rápidamente de la habitación, cruzó el pasillo y entró en la cocina a oscuras justo en el momento en que se abría la puerta del apartamento. Dos personas hablaban y vio que se encendía una luz en el salón. No entendía lo que decían pero estaba seguro de que eran Vera y el conserje.

De pronto salieron del salón y caminaron por el pasillo directamente hacia la cocina. Oven se deslizó hacia el mueble del centro y penetró en una pequeña despensa, se sacó la Walther automática de la cintura y esperó en la oscuridad.

Un segundo más tarde Vera entró en la cocina seguida del conserje y encendió la luz. Estaba en el medio y caminaba en dirección a la puerta trasera cuando se detuvo.

—¿Qué pasa, *mademoiselle*? —preguntó el portero.

—Soy una tonta, Philippe —dijo fríamente—. La policía es más lista. Encontraron el frasquito y te lo enviaron suponiendo que tú me avisarías y que haría justo lo que he hecho. Suponen que yo sé dónde está Paul, así que mandaron a un policía alto esperando que yo pensara que era el asesino a sueldo y que el miedo me movería a entregarles a Osborn.

Philippe no estaba tan seguro.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó—. Nadie, ni siquiera el señor Osborn ha

visto al hombre alto de cerca. Si era policía, no lo había visto antes.

—¿Acaso conoce a todos los gendarmes de París? No lo creo...

—*Mademoiselle*, piense al revés. ¿Qué pasaría si en lugar de un policía fuera el hombre que le disparó al señor Osborn?

Oven oyó que los pasos retrocedían. Se apagó la luz y el ruido de las voces disminuyó cuando los dos se alejaron por el pasillo.

—Tal vez deberíamos informarle al señor Christian —dijo Philippe al llegar al salón.

—No —dijo Vera, tranquila. Hasta el momento, sólo Paul sabía de su ruptura con el Primer Ministro. Aún no había decidido cómo informarles a quienes conocían su relación del cambio que había sufrido si es que optaba por hacerlo. Además lo último que deseaba era exponer a François a algo semejante. François Christian era uno de los tres probables sucesores del Presidente y la batalla para las próximas elecciones ya se había convertido en lo que los políticos llamaban un «baño de sangre de la política». Un escándalo en esos momentos, sobre todo si implicaba un asesinato sería demoledor y amantes o no, a Vera le importaba demasiado François como para arriesgar su carrera política.

—Espera aquí —le dijo Vera a Philippe, y lo dejó en el pasillo mientras ella entraba en la habitación.

Philippe la esperó. Su trabajo consistía en servir a *mademoiselle* Monneray y si era necesario protegerla. No con su vida sino a través de la comunicación. En la mesa de la entrada tenía el número de teléfono privado del Primer Ministro con instrucciones para que llamara en cualquier momento, a cualquier hora si *mademoiselle* se encontraba en dificultades.

—Philippe, ven aquí —llamó Vera desde la habitación a oscuras.

Al entrar, el conserje la vio de pie junto a la cortina de la ventana.

—Para que veas que tengo razón.

Philippe se acercó a ella y miró afuera. Había un Peugeot estacionado al otro lado de la calle. La luz que se derramaba de una farola iluminaba las siluetas de dos hombres en el asiento delantero.

—Vuelve a la entrada —dijo Vera—. Haz lo que haces normalmente como si no pasara nada. Al cabo de un rato llámame un taxi y dices que voy al hospital. Si viene la policía les dices que he vuelto a casa porque me sentía mal pero que al cabo de un rato me sentía mejor y decidí volver al trabajo.

—*Oui, mademoiselle*.

Oven observó desde la penumbra del umbral de la cocina y vio a Philippe salir de la habitación y venir hacia él por el pasillo. Levantó inmediatamente la Walther y se echó hacia atrás fuera de la vista. Luego oyó cómo se abría la puerta de entrada y se cerraba. Después no hubo más que silencio.

Aquello quería decir una cosa. El conserje se había marchado y Vera Monneray estaba sola en el apartamento.

CINCUENTA Y OCHO

Desde la oscuridad de la cabina del Peugeot, los inspectores Barras y Maitrot vislumbraban la luz encendida del salón de Vera Monneray. Las instrucciones de Lebrun a todos los inspectores asignados a la tarea de seguir a Vera habían sido tajantes. «Si sale del hospital seguidla y luego llamad para informar. No os apresuréis a hacer nada a menos que las circunstancias lo justifiquen». Que las circunstancias «lo justificasen» significaba que ella los condujera «adonde Osborn», o «donde un sospechoso» que pudiera conducirlos donde Osborn.

Hasta el momento tenían una orden de detención contra Osborn pero nada más. Seguir a Vera no había sido más que un simple ejercicio. Había salido del apartamento la mañana del domingo temprano, había llegado al hospital Sainte Anne a las siete menos cinco. Había permanecido allí. Barras y Maitrot habían relevado el turno a las cuatro y aún no había sucedido nada.

De pronto, a las seis y cuarto había llegado un taxi a la entrada principal. Vera salió corriendo y se fue en el taxi a toda velocidad. Barras y Maitrot llamaron por radio para avisar que la seguían y un segundo coche cogió el relevo en el hospital.

Pero el seguimiento sólo los había llevado de nuevo a su apartamento y ella había entrado. Los policías se limitaron a esperar decepcionados y a mirar de vez en cuando la luz de la ventana del salón esperando ver qué sucedía.

Arriba, Vera dejó la cortina y se apartó de la ventana del dormitorio hacia la oscuridad. El reloj de su mesa de noche marcaba las siete y veinte. Había salido del hospital hacía algo más de una hora para tomarse libre parte de la noche, explicó, debido a intensos calambres menstruales. Si se presentaba una urgencia, podría regresar de inmediato.

Si hubiera tenido tras de ella sólo a la policía de París, las cosas habrían sido diferentes y así se había confirmado la noche anterior al ver la reacción de Lebrun ante las insistentes preguntas de McVey. Pero McVey no tenía ese tipo de reservas. Vera lo adivinó en sus ojos cuando lo conoció. Eso lo convertía en alguien sumamente peligroso si uno lo tenía en contra. Aunque McVey fuera americano, la policía de París, al menos los inspectores asignados a ese caso, aunque no se dieran cuenta estaban totalmente subordinados a él. Ellos harían lo que él quería que hicieran, de un modo u otro. Por eso pensaba que el hombre alto que se había presentado ante Philippe con el frasco era un impostor. Era parte de un truco que le quería convencer de que Osborn estaba en peligro y la iba a obligar a conducirlos hasta él. La policía allí fuera —porque Vera estaba completamente segura de que los hombres en el coche de allí fuera eran de la policía— demostraba que no se equivocaba. Sonó el teléfono a su lado y ella respondió.

—*Oui? Merci, Philippe.*

El taxi la esperaba abajo.

Vera entró en el cuarto de baño y abrió una caja de Tampax. Sacó un tampón de la funda y lo tiró al water. Luego dejó la funda y el paquete en el cubo debajo del lavabo. Si la policía registraba cuando se hubiera ido y luego la interrogaban, al menos habría dejado la prueba de la razón por la que había vuelto a casa. Considerando quién era, no insistirían.

Lanzó una mirada al espejo, se arregló el pelo y quedó mirándose un instante. Todo lo que había sucedido con Paul Osborn había sido normal hasta el momento. Al verlo por primera vez en Ginebra durante su ponencia, Vera se había sentido invadida por un sentimiento de cambio, de acecho del destino. La primera noche que pasó con él no experimentó más sentimiento de engaño hacia François que el que habría sentido con su hermano. Luego se dijo que no había dejado a François por Osborn. Pero eso no era verdad, porque lo había dejado precisamente por eso. Y puesto que así era, lo que estaba haciendo ahora era correcto. Osborn estaba metido en un lío y la legalidad no importaba.

Apagó la luz del cuarto de baño y cruzó la habitación a oscuras. Se detuvo una vez más a mirar por la ventana. El coche de la policía aún estaba allí y el taxi justo al lado del edificio.

Cogió su cartera y salió al pasillo pero entonces se detuvo. Vio que las sombras proyectadas por las farolas de la calle bailaban en el techo del salón y en el pasillo donde se había detenido.

Algo raro sucedía.

Antes, la luz del salón estaba encendida. Ahora estaba apagada. Ella no la había apagado y Philippe tampoco. Tal vez la bombilla se había fundido. Sí, debía de ser la bombilla. De pronto se le ocurrió que se equivocaba. Que los hombres de fuera no eran policías, que podía tratarse de un par de ejecutivos conversando o de dos amigos, o eran un par de amantes. Incluso el hombre alto no debía de ser un policía. Su primera intuición podía ser acertada. El asesino había encontrado el frasquito de antitéanos y se lo había entregado a Philippe para que lo condujera hasta Osborn.

¡Dios mío! El corazón le latía tan fuerte que estaba a punto de explotar. ¿Dónde estaba ahora? ¿En alguna parte del edificio? ¡Incluso allí dentro! ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para decirle a Philippe que se marchara? «¡El teléfono! ¡Cógelo y llama a Philippe! ¡Date prisa!».

Se volvió para encender la luz. De pronto una mano poderosa la cogió por la boca y la arrastró hasta que sintió el contacto con el cuerpo de un hombre. Al mismo tiempo sintió la punta afilada de una navaja contra el mentón.

—No tengo intención de hacerle daño pero si no hace exactamente lo que le digo, no tengo alternativa. ¿Me ha entendido?

El hombre era muy pausado y hablaba francés pero con acento holandés o alemán. Aterrorizada, Vera intentó pensar pero tenía la mente en blanco.

—Le he preguntado si ha entendido.

La punta de la navaja se le hundió en la piel y ella asintió.

—Vale —dijo él—. Vamos a salir del apartamento por la escalera de servicio detrás de la cocina —dijo el hombre con voz calmada y decidida—. Voy a retirar mi mano de su boca. Si hace un solo ruido le rasgaré el cuello. ¿Me entiende?

«¡Piensa, Vera! ¡Piensa! Si vas con él te obligará a llevarlo donde Paul. ¡El taxi! ¡El chofer se pondrá impaciente! Si ganas tiempo Philippe volverá a llamar. Si no contestas, subirá».

De pronto se oyó un ruido frente a la puerta a unos cinco metros. Vera sintió que el hombre se tensaba detrás de ella y la hoja de la navaja se deslizó cruzándole la garganta. En ese momento se abrió la puerta y Vera lanzó un grito contra la mano que le cubría la boca.

En el umbral recortado contra la luz estaba Paul Osborn. En una mano sostenía la llave del apartamento y en la otra la pistola automática de Kanarack. Vera y el hombre alto estaban casi en completa oscuridad. Pero daba lo mismo. Ya se habían visto.

Un dejo de sonrisa le cruzó los labios a Oven. En un abrir y cerrar de ojos lanzó a Vera a un lado y en su mano apareció la navaja. Al mismo tiempo, Osborn levantó el arma y le gritó a Vera que se tirara al suelo. Oven aprovechó ese instante y le lanzó el cuchillo al cuello. Osborn levantó la mano instintivamente. El estilete le dio con fuerza y se la clavó contra la puerta como con un dardo.

Osborn dejó escapar un aullido de dolor y se retorció. Oven echó a Vera a un lado y buscó la Walther en su cintura. El chillido de Vera fue apagado por una descarga de fuego seguido de una violenta explosión. Oven cayó hacia el lado y Osborn, que seguía clavado contra la puerta, volvió a disparar. Las tres descargas sucesivas de la potente pistola convirtieron el pasillo en una tormenta de fuego escupida por el cañón, seguido de la detonación ensordecedora de los disparos.

Desde el suelo Vera vio que Oven corría por el pasillo hasta llegar a la puerta de la cocina. Osborn arrancó la mano que lo clavaba a la puerta y corrió cojeando tras él.

—¡Quédate aquí! —gritó.

—¡Paul! ¡No!

A Oven le corría la sangre por el rostro cuando tropezó contra la despensa. Cayó sobre una estantería con ollas y sartenes, abrió de un tirón la puerta de servicio y se lanzó escaleras abajo.

Unos segundos después Osborn salió a la escalera apenas iluminada y aguzó el oído para escuchar. Sólo el silencio. Estiró el cuello y miró por las escaleras hacia arriba, luego hacia abajo. Nada.

«¿Dónde diablos se ha metido? —Osborn respiraba pesadamente—. Ten cuidado. Ten mucho cuidado».

Y luego desde abajo percibió un leve crujido. Al mirar creyó ver la puerta de la calle que se cerraba. Más allá, al otro lado del rellano había una oscuridad total donde las escaleras continuaban en curva hacia abajo hasta desaparecer en el sótano.

Con la automática apuntando la puerta Osborn bajó cauteloso un peldaño. Luego

otro. Y un tercero. Luego un peldaño de madera crujió bajo sus pies y Osborn se detuvo, los ojos fijos en la oscuridad más allá de la puerta.

¿Habría salido? ¿Acaso estaba en el sótano esperándolo? ¿Escuchando cómo bajaba la escalera?

Por algún motivo pensó que tenía la mano izquierda fría y pegajosa. Se la miró y vio que aún tenía la navaja clavada. Pero no podía hacer nada. Si la sacaba empezaría a sangrar y no tenía nada para detener la hemorragia. No le quedaba más que ignorarla.

Un peldaño más y se encontró en el rellano al otro lado de la puerta. Conteniendo la respiración inclinó la cabeza en dirección al sótano pero no oyó nada. Miró desde la puerta a la calle y luego otra vez a la oscuridad abajo. Sentía la sangre palpitando en torno a la navaja clavada en la mano. La conmoción se disiparía pronto y comenzaría a dolerle. Se apoyó sobre la otra pierna, avanzó un peldaño hacia abajo. No tenía idea cuánto se alargaban las escaleras hasta la puerta del sótano o qué habría más allá. Se detuvo y volvió a aguzar el oído esperando oír la respiración del hombre alto.

De pronto el silencio fue roto por la aceleración del motor de un coche y ruedas chirriando en la calle. En un segundo, Osborn se apoyó en la pierna sana y llegó hasta la puerta. Unos faros delanteros le iluminaron la cara cuando la cruzó. Levantó el brazo y disparó a ciegas contra la mancha verde del coche que pasaba a toda velocidad. Las ruedas volvieron a chirriar cuando giró en la esquina, el coche lanzó un destello al pasar bajo una farola y luego desapareció.

Osborn dejó caer el brazo que sostenía la pistola y lo siguió con la mirada sin percatarse de que la puerta se abría suavemente a sus espaldas. De pronto algo lo alertó. Aterrorizado giró sobre sus talones y levantó la pistola para disparar.

—¡Paul! —Vera estaba en el umbral.

—¡Dios mío! —Exclamó él, que la vio justo a tiempo.

A lo lejos se oyó el ulular de las sirenas. Vera lo cogió por el brazo, lo atrajo hacia dentro y cerró la puerta.

—La policía estaba esperando afuera.

Osborn vaciló como si estuviera desorientado. Vera vio que aún tenía el cuchillo clavado en la mano.

—¡Paul! —exclamó.

Por encima de ellos se abrió una puerta. Siguieron unos pasos.

—¡*Mademoiselle* Monneray! —La voz de Barras bajó retumbando entre las paredes de la escalera.

La realidad de la policía le hizo recuperar el sentido de alerta a Osborn. Sostuvo la pistola bajo la axila, se inclinó, cogió la navaja por la empuñadura y se la arrancó de la mano. Un chorro de sangre fluyó al suelo.

—*Mademoiselle!* —gritó Barras ahora más cerca. Por el sonido de las pisadas más de un hombre bajaba las escaleras.

Vera se sacó una bufanda de seda y tensándola le envolvió la mano a Osborn.

—Dame la pistola —dijo—. Baja al sótano y quédate ahí.

Las pisadas se escuchaban más cerca. Los policías habían llegado al piso de arriba y seguían bajando.

Osborn vaciló, luego le entregó la pistola. Quiso decir algo y en ese momento sus miradas se encontraron. Por un momento pensó que ya no volvería a verla.

—¡Venga, vete! —murmuró, y él se volvió y se alejó cojeando hasta desaparecer en el oscuro rellano de la escalera que daba al sótano. Un segundo y medio más tarde, Barras y Maitrot estaban allí.

—*Mademoiselle*, ¿se encuentra usted bien?

Con la pistola de Henri Kanarack en la mano, Vera se volvió hacia ellos.

CINCUENTA Y NUEVE

Eran las nueve y veinte cuando McVey se enteró de lo que sucedía. Su visita a la cervecería Stella en la rue Saint Antoine había comenzado dos horas antes bajo el signo del fracaso, estuvo a punto de convertirse en un fiasco y terminó con un golpe de suerte.

Al llegar a las siete y cuarto, el lugar estaba repleto y los camareros corrían de un lado a otro como hormigas. El *maître*, que al parecer era el único que hablaba algo de inglés, le informó a McVey que si quería una mesa tendría que esperar al menos una hora, tal vez más. Cuando McVey explicó que no quería una mesa sino hablar con el administrador, el *maître* miró al techo y levantó unos brazos implorantes para advertirle que esa noche ni siquiera el administrador podía conseguirle una mesa porque el propietario celebraba una fiesta que ocupaba la sala principal. Luego desapareció.

McVey se quedó parado y se guardó en el bolsillo el retrato que había dibujado la policía de Albert Merriman. Tenía que intentar otra manera de establecer contacto. Tal vez tenía aspecto de solitario o de perdido, o de las dos cosas porque de pronto apareció una mujer pequeña ligeramente intoxicada, vestida de rojo brillante y, cogiéndolo del brazo, lo llevaba hasta la mesa que ocupaba en la sala grande y comenzaba a presentarlo como su «amigo americano». Mientras él intentaba librarse de la situación con cierto decoro, alguien le preguntó, hablando un inglés rudimentario, de qué parte de Estados Unidos era. Cuando él respondió «Los Ángeles», otras dos personas empezaron a preguntar por los Rams y los Raiders. Una tercera persona habló de la Universidad de California. De pronto, una joven delgada con aspecto de top model, y vestida como tal, se sentó a su lado. Sonrió, seductora, y le preguntó si conocía a alguno de los Dodgers. Un negro le tradujo a McVey y se lo quedó mirando esperando una respuesta. Lo único que McVey deseaba en ese momento era largarse de allí, pero por algún motivo había dicho que conocía a Lasorda. Era la verdad porque Tommy Lasorda, el técnico de los Dodgers, había trabajado en varias campañas benéficas para la policía y a lo largo de los años se había entablado cierta amistad entre los dos. Al oír el nombre de Lasorda, otro hombre se volvió.

—Yo también lo conozco —confesó hablando un inglés impecable.

El hombre resultó ser el dueño de la cervecería Stella. Quince minutos más tarde, dos de los tres camareros que habían impedido a Osborn atacar al francés estaban reunidos en la oficina del administrador estudiando el esbozo de Albert Merriman.

—*Oui* —dijo el primero que lo miró, y se lo entregó a su compañero. Éste lo estudió un momento y se lo devolvió a McVey.

—Ése es el hombre —dijo—. *C'est l'homme*.

Los Ángeles.

—Robos y Homicidios, Hernández —contestó la voz. Rita Hernández era joven y sexy. Demasiado sexy para ser policía. A sus veinticinco años tenía tres hijos y su marido estudiaba Derecho en la facultad. Acababa de integrarse al equipo y era probablemente la inspectora más inteligente de todo el Cuerpo de Policía.

—Buenas tardes, Rita.

—¡McVey! ¿Dónde diablos te has metido? —preguntó Rita reclinándose en su silla y sonriendo.

—Estoy en París, Francia —dijo McVey. Se sentó en la cama de la habitación y se sacó un zapato. Las nueve menos cuarto de la noche en París eran las doce cuarenta y cinco de la mañana en Los Ángeles.

—¿París? ¿No quieres que vaya a hacerte compañía? Dejaré a los críos, al marido, haré cualquier cosa, McVey, ¡te lo rueeeego!

—No, no te gustaría.

—¿Por qué no?

—No he encontrado ni una sola tortilla decente como las que haces tú, en todo caso.

—Al diablo las tortillas. Me comeré un *brioche*.

—Hernández, necesito un informe completo sobre un cirujano ortopedista de Pacific Palisades. ¿Tienes tiempo?

—Si me traes un *brioche* de París...

A las ocho cincuenta y tres McVey colgó, utilizó la llave para abrir el mueble bar de la habitación y encontró lo que buscaba, la media botella de Sancerre degustada la última vez que había ocupado la habitación. Quisiera o no, el vino francés empezaba a gustarle.

Abrió la botella y se sirvió media copa, se sacó el otro zapato y estiró los pies en la cama.

¿Qué estaban buscando? ¿Por qué perseguía Osborn a Merriman tan pertinazmente? ¿Por qué, después del primer ataque y de la fuga de Merriman, se había tomado la molestia de contratar a un detective privado para dar con él?

Era posible que Merriman hubiera provocado a Osborn en París de un modo u otro. La historia de Osborn acerca del intento de robo de Merriman en la estación podía ser verdad. Pero McVey lo dudaba porque el ataque de Osborn en la cervecería había sido demasiado repentino y violento. Por mucho que a Osborn se le calentara la cabeza era un médico, alguien lúcido, lo suficiente para saber que no se podía viajar por el mundo agrediendo a la gente en público sin arriesgar todo tipo de consecuencias, sobre todo si lo único que el hombre había pretendido era robarle a uno la cartera.

Así, a menos que Merriman hubiese cometido un acto demasiado indignante como para provocar la ira de Osborn aquel mismo día, parecía razonable buscar otros motivos. Su intuición le decía que si algo había sucedido entre ambos pertenecía al pasado.

Pero ¿cuál podía ser la relación entre un médico de Los Ángeles con Henri Kanarack, un asesino profesional que había fingido su propia muerte para luego esfumarse durante más de tres décadas viviendo los últimos diez años en Francia con un nombre falso? Lebrun había averiguado que bajo el nombre de Kanarack, Merriman no tenía ningún tipo de antecedentes criminales. Eso quería decir que cualquier relación que se hubiese tejido entre los dos tenía que corresponder a la época en que Merriman vivía en Estados Unidos.

McVey se incorporó, se acercó a la mesa de escritorio y abrió su maletín. Encontró las notas que había tomado durante la conversación con Benny Grossman sobre Merriman y miró la fecha de la supuesta muerte de éste en Nueva York.

—¿1967? —se preguntó, en voz alta. McVey bebió un sorbo del Sancerre y se sirvió otro poco en el vaso. Osborn no tenía más de cuarenta años y seguro que menos. Si conoció a Merriman en 1967 o antes, tenía que ser un niño.

McVey hizo una mueca y se preguntó acerca de la posibilidad de que Merriman fuera el padre de Osborn. Un padre que había abandonado a su familia y desaparecido. Pero descartó la idea con suma rapidez. Merriman habría sido un tierno adolescente el año que engendró a Osborn. No, tenía que ser otra cosa.

Pensó en la droga que los hombres de Lebrun habían encontrado —la succinilcolina— y se preguntó qué tenía que ver con la historia entre Osborn y Merriman.

Recordó que no había tenido noticias del inspector Noble. Era verdad que llevaba menos de veinticuatro horas fuera de Londres; tiempo suficiente, sin embargo, para que la Policía Metropolitana investigara los hospitales y las facultades de medicina en el sur de Inglaterra que experimentaran con nuevas técnicas de cirugía. La segunda tarea, buscar a las personas desaparecidas en años anteriores con el fin de encontrar la que coincidía con la cabeza cercenada con placas en el cerebro, era algo que podía tardar una vida y aun así tal vez no encontraran nada.

¿Y qué había sucedido con sus instrucciones para que los doctores Richman y Michaels examinaran los cadáveres buscando marcas de jeringas que habrían pasado inadvertidas debido al grado de descomposición de los cuerpos? Marcas provocadas por una inyección de succinilcolina.

Ese era el tipo de cosas que a McVey le fastidiaba.

Prefería trabajar solo, tomarse el tiempo necesario para digerir los datos y actuar luego en consecuencia. De todos modos no podía quejarse del equipo con que contaba. Noble y su gente, además de los especialistas en Londres, seguían sus instrucciones al pie de la letra. En París, Lebrun hacía lo mismo. Desde Nueva York, Benny Grossman le había proporcionado una ayuda inestimable. Ahora, en el mejor

de los casos, Rita Hernández en Los Ángeles haría lo mismo con los antecedentes de Osborn, lo cual podría darle una clave de lo que había sucedido, algo que pudiera explicar su vínculo con Merriman.

Pero ahí estaba el problema. Osborn y Merriman, Jean Packard, el detective privado, el hombre alto y su reguero de asesinatos, además de la trama secreta que involucraba a la oficina de Interpol en Lyon, ése era uno de los casos. Los cadáveres decapitados hallados en distintos lugares de Europa del norte y la cabeza sin cuerpo de Londres, todos congelados a bajas temperaturas con extraños fines experimentales, ése debería constituir otro caso.

Pero algo le decía que no era así, que de alguna manera aquellas dos situaciones tan dispares entretejían sus tramas. Sospechaba que, si bien no disponía de ningún tipo de pruebas, el eslabón tenía que ser Osborn.

A McVey no le gustaba. Parecía que todo se le escapaba de las manos.

—Soluciona el asunto Osborn/Merriman y encontrarás la clave de todo —dijo en voz alta. Se dio cuenta de que el dedo gordo del pie comenzaba a perforarle el calcetín. De pronto, por primera vez en muchos años se sintió verdaderamente solo.

En ese momento llamaron a la puerta. McVey, intrigado, se levantó a abrir.

—¿Quién es? —preguntó abriendo la puerta hasta la cerradura de la cadena. Un policía esperaba en el pasillo.

—Prefectura Central de la Policía de París, señor. Soy el agente Sicot. Ha habido un tiroteo en el apartamento de Vera Monneray —dijo.

SESENTA

McVey observó la pistola automática del 45 que Barras había depositado cuidadosamente sobre una servilleta de lino en la mesa del comedor de Vera Monneray. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta, lo metió en el cañón de la pistola y la levantó. Era un Colt fabricado en Estados Unidos al menos diez o quince años atrás.

McVey lo dejó sobre la mesa, recuperó su bolígrafo y observó el ajetreo a su alrededor. Era domingo por la noche pero la Policía de París había conseguido llenar el piso de técnicos y especialistas.

Al otro lado del pasillo, en el salón, vio a los inspectores Barras y Maitrot hablando con Vera Monneray. A un lado había una mujer policía de uniforme. Sentado en la mecedora de *Alicia en el país de las maravillas* estaba el conserje a quien todo el mundo llamaba Philippe.

McVey se dirigió al pasillo y divisó a uno de los integrantes del equipo técnico, un hombre delgado con gafas que raspaba una mancha de sangre seca en la pared. Más allá, un fotógrafo calvo terminaba su propia faena. Y luego, un hombrón con aspecto de luchador de peso pesado se aplicaba con delicadeza a sacar una bala incrustada en la superficie de la mesa de cerezo.

Las actividades que se llevaban a cabo en el apartamento ofrecían un cuadro razonablemente acertado de lo que había sucedido. Por ahora, sin embargo, al menos en opinión de McVey lo que importaba era la pistola del 45 sobre la mesa del comedor.

Se podía observar una pequeña pistola del tamaño de la palma de la mano. Del calibre 25 o 32, una Walther o una Beretta italiana o, más verosímil aún, una Mab francesa, ése sería el tipo de arma que un alto dignatario del gobierno francés le pasaría a su amiga para defenderse en una emergencia. Pero un U.S. Cok automático del calibre 45 era un arma de hombre. Grande y pesado, con un potente retroceso. Así de entrada no tenía sentido.

McVey pasó junto al fotógrafo, atareado ahora en la puerta del pasillo exterior y observó el salón. Barras acababa de preguntarle algo a Vera Monneray porque ella negaba con la cabeza. Y entonces levantó la mirada y vio que McVey la observaba. Volvió de inmediato a Barras.

Lo primero que Barras le contó a McVey al llegar fue que le habían notificado que François Christian había hablado con Vera pero que no vendría a verla. Era la manera que Barras tenía de explicar las cosas, de decirle a McVey que había importantes asuntos en juego y que sería mejor que se mantuviera al margen de los procedimientos sobre todo en lo que se refería a *mademoiselle* Monneray.

Si Lebrun estuviese ahí, puede que las cosas fueran distintas. Pero Lebrun no estaba. Había salido de la ciudad aquella tarde por asuntos personales. Nadie,

incluyendo a su mujer, parecía saber para qué ni adonde había ido y había sido imposible establecer contacto con él o con el correo electrónico. Por eso habían llamado a McVey. Era evidente que lo habían hecho de mala gana porque Barras y Maitrot como parte del equipo de vigilancia habían llegado a la escena del tiroteo inmediatamente después de que éste se produjera pero habían pasado dos horas hasta que habían enviado al agente Sicot a buscarlo al hotel.

A McVey eso no le sorprendía. Sucedió lo mismo con la policía en todas partes. Poli o no, si no eras uno de los suyos, no eras de los suyos. Si querías estar enterado tenían que invitarte y eso tardaba tiempo. Así por lo general el trato era cordial pero sólo contabas con tus propios medios y a veces eras la última persona a quien llamaban.

McVey volvió por el pasillo y entró en la cocina. Se había lanzado una llamada a todas las unidades en busca de un hombre alto de un metro noventa vestido con pantalones grises y chaqueta oscura que hablaba francés pero con acento holandés o alemán. No era mucho pero era algo. Al menos, salvo que Vera Monneray se lo estuviera sacando de la manga, cosa que McVey dudaba, era la prueba de que el hombre alto existía.

Salió de la cocina por una puerta abierta que daba a la escalera de servicio. El equipo de técnicos trabajaba en la escalera y el rellano dos pisos más abajo donde una puerta de servicio daba a la calle. Observando mientras avanzaba, McVey bajó las escaleras hasta el rellano y miró por la puerta abierta. Un par de policías custodiaba la entrada.

Vera les había contado a Barras y Maitrot que había regresado a casa del hospital debido a intensos calambres menstruales. Al llegar había tomado un analgésico específico que tenía siempre en casa y se tendió a descansar. Al cabo de un rato empezó a sentirse mejor y decidió volver al trabajo. Llamó a Philippe para pedirle un taxi y cuando él le avisó que había llegado, Vera fue a buscar su cartera al pasillo y se dio cuenta de que estaba demasiado oscuro y que la luz del salón estaba apagada. Fue en ese momento cuando el hombre se abalanzó sobre ella.

Vera se libró y corrió hacia el comedor en busca del arma que François Christian había dejado allí para las emergencias. Se volvió, apuntó y disparó varias veces —no recordaba cuántas— al hombre alto. Éste escapó corriendo por la puerta de servicio y bajó por la escalera hasta llegar a la calle. Ella lo persiguió pensando que tal vez lo había herido y entonces Barras y Maitrot la habían encontrado junto a la puerta y con el arma en la mano. Dijo que había oído el ruido de un coche que se alejaba pero que no lo vio.

McVey salió y vio los destellos blanquiazules de los coches de policía. El equipo técnico medía las marcas de las ruedas de un coche en la calle, paralelas y casi directamente frente a la puerta por la que él había salido.

Bajó a la calle y miró en la dirección en que había salido el coche y caminó siguiendo la ruta de la fuga lejos de los destellos de los coches en medio de la

oscuridad. Caminó otros quince metros y se volvió. Se agachó y estudió la calle. Era una calle de asfalto con una base de adoquines. Levantó la cabeza hasta que mantuvo el nivel de los ojos a la altura de las luces de los coches. Algo brilló en la calle, a unos cinco metros. Era una astilla de un espejo retrovisor del tipo que llevan los coches.

Se lo deslizó cuidadosamente en el bolsillo de la chaqueta y caminó hacia las luces hasta encontrarse exactamente frente a la puerta de servicio y luego miró por encima del hombro. Al otro lado de la calle, las ventanas de otros apartamentos estaban encendidas y se divisaba las siluetas de los inquilinos que miraban la calle.

Manteniendo la misma línea en relación con la puerta cruzó hacia el edificio al otro lado de la calle. La única iluminación aquí era la de las farolas de la calzada, a unos doce pasos. McVey pasó junto a una verja de metal con puntas recién pintadas hasta llegar al edificio. Examinó la superficie de ladrillo y piedra bajo la luz tenue. Buscaba una astilladura reciente en la piedra o el ladrillo, un punto en el que hubiera impactado una bala disparada contra el coche desde el otro lado de la calle. Pero no vio nada y pensó que tal vez se equivocaba, que al fin y al cabo el trozo de espejo no había sido astillado por un disparo y que quizá llevaría tiempo tirado allí.

Los del equipo técnico en la calle habían terminado de efectuar mediciones y volvían al interior del edificio. McVey iba a entrar con ellos cuando de pronto se percató de que faltaba una de las puntas que coronaban la verja de hierro recién pintada. Fue al otro lado de la verja y se agachó para buscar la punta en el suelo. Entonces la vio a la sombra de un surtidor de agua, al borde del edificio. La recogió y vio que la parte frontal estaba doblada por la fuerza de un fuerte impacto. Allí donde se había producido el impacto, la pintura fresca dejaba al descubierto un brillante trozo de acero.

SESENTA Y UNO

Al escapar, Bernhard Oven había tomado la decisión más acertada. El primer disparo del americano, desviado a causa del cuchillo clavado en la mano, le había abierto un surco sangriento en la base de la mandíbula. Había tenido suerte. Sin el cuchillo, Osborn le habría dado entre ceja y ceja. Si Oven hubiera tenido la Walther a mano en lugar del cuchillo, le habría hecho lo mismo a Osborn y luego habría matado a la chica.

Pero no había sido así. Tampoco había decidido quedarse y enfrentarse al americano porque al oír los disparos, los policías que esperaban fuera habrían llegado rápidamente como de hecho lo hicieron. Lo último que Oven deseaba era enfrentarse a un hombre furibundo armado y a la policía entrando por la puerta a su espalda.

Aunque hubiera matado a Osborn, existía una gran probabilidad de que la policía lo atrapara o lo hiriera. Si hubiera sucedido eso, tal vez habría sobrevivido un día en la cárcel hasta que la Organización hubiera encontrado un medio para eliminarlo. Ésa era otra razón por la que su retirada había sido oportuna y bien pensada.

Pero su huida le creaba otro problema. Por primera vez lo habían visto con toda claridad. Los testigos eran Osborn y Vera Monneray, que más tarde lo describirían a la policía como muy alto, al menos un metro noventa, pelo y cejas rubios.

Eran casi las nueve y media, poco más de dos horas después del tiroteo. Oven se levantó de la silla de respaldo alto donde se había quedado cavilando y entró en el dormitorio del piso de dos habitaciones en la rue de l'Église, abrió la puerta del armario y sacó unos vaqueros recién planchados. Los dejó sobre la cama, se sacó los pantalones de franela gris, los colgó cuidadosamente y los dejó en el armario.

Se puso los vaqueros, se sentó en el borde de la cama y soltó las tiras de velero que unían las prótesis de veintitrés centímetros de piernas y pies a los muñones de sus piernas en el punto de amputación entre el tobillo y la rodilla.

Abrió una maleta de tapa plástica dura y sacó un segundo par de prótesis idénticas a las otras pero doce centímetros más cortas. Las fijó a los muñones de cada pierna, volvió a ajustar las tiras de velero, se colocó unos calcetines blancos de deporte y luego unas Reebok de caña alta.

Se levantó, dejó la maleta con las prótesis en un cajón y fue al baño. Se colocó una peluca negra y se oscureció las cejas con rimel de color negro.

A las nueve y cuarenta y dos minutos, con una pequeña gasa cubriéndole la huella de la bala en la mandíbula, el Bernhard Oven de un metro ochenta, de pelo y cejas negros, salió de su piso en la rue de l'Église y caminó media manzana hasta el restaurante Jo Goldenberg en el número 7 de la rue Rosiers. Escogió una mesa junto a la ventana, pidió una botella de vino israelí y el plato especial de la cena, hojas de parra rellenas con carne picada y arroz.

Paul Osborn estaba acurrucado en la oscuridad encima de la vieja caldera en el sótano del número 18 del Quai de Bethune en un espacio de un metro cuadrado que no se podía ver desde abajo, con la cabeza a escasos centímetros del polvoriento techo de cemento plagado de telarañas.

Encontró el escondrijo sólo momentos antes de que los primeros policías invadieran la zona y ahora, casi tres horas después, aún permanecía allí. Hacía ya bastante rato que había dejado de contar las veces que las ratas se acercaban furtivamente a husmearlo y mirarlo con sus horribles ojos púrpura. Si algo agradecía era la noche cálida y que nadie en el edificio hubiera encendido aún la calefacción.

Durante las dos primeras horas parecía que la policía anduviera en todos los rincones del sótano. Policías uniformados y de civil con las tarjetas de identificación sujetas a la chaqueta. Iban y venían hablando en francés riendo de vez en cuando con algún chiste que no entendía. Era una suerte que no hubieran traído perros.

Su mano había dejado de sangrar pero el dolor era insoportable. Osborn estaba entumecido, tenía sed y el cansancio lo agobiaba. Se había dormido unas cuantas veces para volver a despertar cuando los policías buscaban por todos lados, salvo donde él se encontraba.

Ahora, desde hacía un rato, todo estaba en silencio y se preguntó si aún permanecerían en el edificio. Seguro que no se habían marchado porque Vera habría venido a verlo. Y luego se le ocurrió que tal vez no podía y que la policía habría dejado un par de hombres para protegerla en caso de que volviera el hombre alto. ¿Qué pasaría entonces? ¿Cuánto tiempo permanecería allí hasta que se decidiera a salir?

De pronto, oyó una puerta que se abría en la planta de arriba. ¡Vera! El corazón le dio un vuelco y se incorporó. Unos pasos bajaban por la escalera. Quería decir algo pero no se atrevía. Luego oyó que la persona que bajaba se detenía en el rellano. Tenía que ser Vera. ¿Por qué bajaría un policía solo cuando la zona ya había sido rastreada tan profusamente? Tal vez fuera alguien que se aseguraba que la puerta de servicio estuviera bien cerrada. En ese caso volvería a subir.

De pronto uno de los peldaños emitió un crujido agudo. No era una mujer la que bajaba.

¡El hombre alto!

¿Qué pasaría si había logrado eludir a la policía igual que él y aún estaba ahí? ¿O si había encontrado un medio para regresar? Aterrorizado, Osborn miró a su alrededor buscando algo con que defenderse pero no encontró nada.

La escalera volvió a crujir y alguien bajó un peldaño más. Osborn aguantó la respiración y estirando el cuello alcanzó a ver los peldaños de más abajo.

Un paso más y apareció el pie de un hombre y luego el otro. Alguien entró en el sótano.

McVey.

Osborn se echó hacia atrás y se mantuvo agazapado contra la tapa de la caldera. Oyó los pasos de McVey que se acercaban y se detenían. Luego volvió a avanzar alejándose de la caldera en dirección al fondo del sótano con forma de ataúd.

Durante varios segundos no oyó nada más. Luego un «clic» y se encendió la luz. Un momento después, con un segundo «clic» el sótano se iluminó aún más. Lo poco que Osborn podía ver ya lo había visto antes cuando la policía francesa había inspeccionado el lugar. El sótano parecía un pequeño almacén. A ambos lados de la pared se alineaban los antiguos depósitos para el carbón, ahora repletos de muebles y pertenencias de los inquilinos. Osborn pensó que, de haber llegado más lejos donde no había más luz, podría haberse ocultado en cualquier parte. Tal vez incluso habría encontrado una salida al otro lado.

De pronto se produjo un revoloteo por encima de su cabeza y algo le cayó sobre el pecho. Era una rata gorda y tibia. Osborn sintió las garras que se le hundían en la piel por debajo de la camisa cuando el animal dio unos pasos sobre su pecho y se detuvo a oler el pañuelo de Vera alrededor de la mano herida, pegajoso con la sangre semiseca.

—¡Doctor Osborn!

La voz de McVey resonó entre las paredes del sótano. Osborn se sobresaltó, la rata resbaló y cayó al suelo. McVey oyó el golpe sordo y la vio desaparecer en la oscuridad de la escalera.

—A mí las ratas no me gustan nada —dijo—. ¿A usted qué le parecen? ¿Se ha dado cuenta de que cuando se sienten acorraladas, muerden?

Adelantándose un palmo, Osborn vio a McVey parado a medio camino entre la caldera y la oscuridad. A ambos lados había montones de baúles polvorientos y muebles de aspecto fantasmagórico cubiertos con telas protectoras, algunos tan altos que a su lado McVey parecía una miniatura.

—Con la excepción de unos cuantos policías de a pie al frente y detrás del edificio, la policía se ha ido y la señorita Monneray con ellos. A la Prefectura de Policía. Quieren ver si puede identificar al hombre alto en las fotos de archivo. Le advierto que si París se parece en algo a Los Ángeles, estará ocupada mucho tiempo porque hay muchos papeles.

McVey se volvió y miró los muebles a su espalda.

—Déjeme contarle lo que sé, doctor —dijo, volvió a girarse y empezó a caminar lentamente en dirección a él con un leve eco acompañando sus pasos. Vio que McVey estaba atento a cualquier amago de movimiento.

—La señorita Monneray mentía cuando le dijo a la policía francesa que había sido ella quien había disparado contra el hombre alto. Se trata de una mujer sumamente culta, muy bien relacionada y además médico residente. Aunque fuera capaz de manejar algo tan grande como una pistola automática del cuarenta y cinco contra un agresor, aunque le hubiera disparado, dudo que hubiera tenido el ánimo para perseguirlo por una vieja escalera de servicio. O que lo hubiera seguido a la calle

para dispararle cuando escapaba. —McVey se detuvo y miró por encima del hombro y luego siguió caminando por donde venía. Se acercó lentamente al escondrijo de Osborn hablando en voz alta para hacerse oír en los dos extremos del sótano.

»Por lo demás, dice que oyó escapar un coche pero que no lo vio. Yo me pregunto, si no lo vio, ¿cómo es que acertó al espejo retrovisor y luego, con un segundo disparo, voló la punta de la verja al otro lado de la calle?

McVey debía de saber que la policía había buscado en todo el sótano sin encontrar nada. Eso significaba que se la estaba jugando a que Osborn estaba ahí. Pero era sólo eso, una apuesta.

—Había manchas frescas de sangre en el pasillo junto a la puerta de arriba, en el piso de la cocina y en el rellano de la puerta de servicio que da a la calle. El equipo técnico de la Prefectura de París es bastante bueno. No tardaron mucho en constatar que se trataba de dos grupos distintos de sangre. Tipo O y B. La señorita Monneray no estaba herida ni sangraba. De modo que me atrevería a apostar que entre usted y el hombre alto, uno es del grupo O y otro del B. No sabemos si sus heridas son graves pero ya lo descubriremos.

McVey estaba ahora exactamente debajo de Osborn. Se había detenido y miraba a su alrededor. Osborn sonrió sin saber por qué. Si McVey hubiera llevado un sombrero como los inspectores de homicidios en los años cuarenta, podría haber estirado la mano para cogérselo. Se imaginó la expresión de McVey si hubiera sucumbido a la tentación.

—A propósito, doctor, la policía de Los Ángeles está elaborando un completo perfil de sus antecedentes. Cuando vuelva al hotel estará esperándome un fax con los primeros datos. Uno de esos datos es su grupo sanguíneo.

McVey esperó, el oído alerta. Luego volvió por donde había venido, lenta y pausadamente, esperando que Osborn cometiera el error que lo delatara si se encontraba allí.

—Si usted no lo sabe, yo tampoco sé quién es el hombre alto y qué es lo que trama. Pero creo que debería saber que ese individuo es directamente responsable de otros asesinatos en relación a un hombre llamado Albert Merriman que usted seguramente conoció como Henri Kanarack. La amiga de Merriman, Agnès Demblon, murió quemada en un incendio que provocó el hombre alto en el edificio donde vivía. En el incendio murieron otros diecinueve adultos y dos niños y sospechamos que ninguno de ellos había conocido a Albert Merriman.

»Luego, el hombre alto se dirigió a Marsella y dio con el paradero de la mujer de Merriman, con su hermana, el marido de su hermana y sus cinco hijos. A todos los liquidó de un disparo en la cabeza.

McVey guardó silencio y apagó una hilera de luces.

—Era a usted a quien perseguía, doctor Osborn, no a la señorita Monneray. Pero, desde luego, puesto que esta noche su amiga lo ha visto, también tendrá que ocuparse de ella.

Cuando McVey apagó la segunda hilera de luces, Osborn oyó un «clic» sordo. Luego sintió que McVey se volvía hacia él en la oscuridad.

—Sinceramente, doctor Osborn, se ha metido usted en un buen lío. Yo lo estoy buscando. La policía de París también. Y el hombre alto también. Si lo coge la policía, le apuesto lo que quiera que el hombre alto encontrará un medio para despacharlo a usted en la cárcel. Y después irá a por la señorita Monneray. No en seguida porque durante un tiempo estará protegida. Pero en algún momento, un día que ella vaya de compras o en el metro, tal vez en la peluquería o en la cafetería del hospital, a las tres de la mañana...

McVey se acercó. Cuando se situó justo debajo de Osborn, se volvió una vez más hacia el sótano a oscuras.

—Nadie más sabe que está aquí, sólo usted y yo. Tal vez si habláramos, podría ayudarle. Piénselo, ¿vale?

Luego volvió el silencio. Osborn sabía que McVey esperaba un leve ruido y contuvo la respiración. Pasaron unos cuarenta largos segundos hasta que Osborn lo oyó volver sobre sus pasos, llegar a la escalera y comenzar a subir. Pero de pronto volvió a detenerse.

—Me hospedo en un hotel barato que se llama Le Vieux París en la calle de Git le Coeur. Las habitaciones son pequeñas pero tienen el encanto de antigualla francesa. Déjeme un mensaje para saber dónde podemos hablar usted y yo. Vendré solo. Sólo usted y yo. Si le pone nervioso, no use su nombre. Diga que llama Tommy Lasorda. Dígame dónde y cuándo.

McVey subió por la escalera y desapareció. Al cabo de un rato, Osborn oyó que la puerta de servicio que daba a la calle se abría y luego se cerraba. Después todo volvió a quedar en completo silencio.

SESENTA Y DOS

Se llamaban Eric y Edward y Joanna jamás había visto dos hombres tan perfectos. A sus veinticuatro años parecían especímenes perfectos del macho humano. Ambos medían un metro ochenta y cinco y pesaban exactamente lo mismo, a saber, setenta y cinco kilos.

Los había visto a primera hora de la tarde mientras trabajaba con Elton Lybarger en la parte baja de la piscina del edificio que albergaba el gimnasio de la propiedad. La piscina tenía dimensiones olímpicas de cincuenta metros de largo por veintitrés de ancho. En ese momento, Eric y Edward la cruzaban de una a otra punta nadando estilo mariposa. Joanna había visto nadar ese estilo pero sólo en tramos cortos dado que exigía un esfuerzo considerable. En un extremo de la piscina había un contador que registraba el rendimiento de los nadadores.

Cuando Joanna y Lybarger entraron, los jóvenes ya habían cubierto ocho vueltas equivalentes a doscientos metros. Cuando terminó su trabajo con Lybarger, los dos jóvenes seguían nadando mariposa, brazada a brazada, lado a lado. El contador registraba sesenta y dos vueltas, algo más de tres kilómetros. Aquello era increíble e incluso totalmente imposible. Pero no había duda porque Joanna los había visto.

Una hora más tarde cuando uno de los asistentes llevó a Lybarger a su terapia de logopedia, Eric y Edward habían salido de la piscina y se preparaban para salir a correr por el bosque. Von Holden se los presentó a Joanna.

—Son los sobrinos del señor Lybarger —dijo, sonriendo—. Estudiaban en el Instituto de Cultura Física en la ex Alemania del Este. Cuando anunciaron que lo cerraban, regresaron a casa.

Los dos jóvenes eran muy correctos.

—Hola, un placer conocerla —dijeron, y luego se alejaron corriendo.

Joanna preguntó si se estaban entrenando para los Juegos Olímpicos. Von Holden sonrió.

—No, para las Olimpiadas no. ¡Para la política! El señor Lybarger los incitaba a dedicarse a la política desde que eran jóvenes y murió su padre. Pensaba que algún día Alemania se reunificaría. Y tenía razón.

—¿Alemania? Yo creía que el señor Lybarger era suizo.

—Alemán. Nació en la ciudad industrial de Essen.

A las siete en punto, la familia y los invitados se sentaron a cenar en el comedor principal de la mansión Lybarger que según se había enterado Joanna se llamaba «Anlegeplatz», es decir, «embarcadero». Si alguien se iba de allí, siempre podría regresar.

Al volver a su habitación después de una larga sesión de trabajo con el señor

Lybarger, Joanna encontró un vestido de noche escogido y diseñado a la perfección por la célebre Uta Baur a partir de una simple fotografía. Joanna la había conocido la noche anterior a bordo del crucero y ahora se enteraba de que era una de las huéspedes en Anlegeplatz.

Era un vestido largo y ajustado y en lugar de poner de relieve su generosa silueta, la halagaba ciñéndola y acentuando lo mejor. Era algo único, absolutamente erótico y tan atrevido como para llevarlo sin ropa interior, lo cual eliminaba las líneas o el abultamiento provocado por los elásticos ajustados. Estaba confeccionado con terciopelo negro, llevaba una abertura varios centímetros por debajo de la garganta y un ligero dibujo de filigrana dorada desde la parte posterior del cuello le cruzaba el escote y volvía a la parte posterior como una boa constrictor que la ciñera, reluciente. En los hombros, todo un detalle, colgaban unas pequeñas borlas doradas.

Al principio Joanna sintió cierta reserva. Jamás había esperado ponerse algo así. Pero no había traído ningún vestido elegante y en Anlegeplatz la cena era un acontecimiento formal. De modo que no tenía más alternativa que probárselo. Se dio cuenta de que aquella prenda la transformaba, como algo mágico. Con el maquillaje y el pelo recogido en un nudo a la francesa, ya no era la terapeuta de aspecto corriente e inocente de Nuevo México. Se había convertido en una distinguida y sexy mujer de mundo y sabía conducirse con gracia y garbo.

El enorme salón del comedor en Anlegeplatz podía haber sido el escenario de un auténtico drama medieval. Los doce invitados estaban sentados en sillas de madera tallada a lo largo de una larga y angosta mesa donde se podían sentar cómodamente treinta comensales. Media docena de camareros atendían a todas sus necesidades. La sala tenía una altura equivalente a dos plantas y estaba construida enteramente de piedra. Del techo colgaban banderas con escudos de grandes familias, a la manera de estandartes, y todo hacía pensar que aquello había servido de morada a reyes y caballeros.

Elton Lybarger estaba sentado a la cabecera de la mesa y a su derecha, Uta Baur conversaba con él con la animación que le era característica como si los dos fueran los únicos presentes. Uta vestía de negro, su color distintivo. Botas hasta las rodillas, pantalones ajustados al cuerpo y un jersey negro de cuello simple cerrado con un botón en el pecho. La piel de manos, cara y cuello era tersa y atornasolada como si jamás hubiera estado expuesta a la luz del sol. El escote de sus diminutos pechos sostenidos en alto por un sostén rígido era del mismo color lechoso, delineados por unas venas superficiales de tinte azul claro como fisuras de porcelana china. Bajo su pelo blanco extraordinariamente corto, el único relieve eran sus cejas depiladas. No llevaba maquillaje ni joyas de ningún tipo, lo cual era bastante elocuente.

La cena fue larga y pausada y a pesar de los demás invitados —el doctor Salettl, los gemelos Eric y Edward y varias otras personas que le presentaron— Joanna pasó la mayor parte del tiempo conversando con Von Holden de Suiza, de su historia, sus ferrocarriles y su geografía. Von Holden hablaba como un experto pero lo mismo le

habría dado a Joanna que hablara del precio del arroz en China. Su llamada fría y brusca por la mañana pidiéndole que estuviera preparada para que pasaran a recogerla al hotel le había hecho sentirse como una mujer fea y ordinaria, como si aquella noche la hubiera usado. Pero al reunirse con ella en el jardín por la tarde, Von Holden se había portado tan cálido y generoso como la noche anterior y había conservado ese talante durante toda la cena. A medida que avanzaba la velada y aunque intentaba no demostrarlo, Joanna se derretía por sus caricias.

Después de la cena, Lybarger, Uta, el doctor Salettl y los demás invitados se retiraron a la biblioteca de la segunda planta para tomar el café y escuchar un concierto de piano a cuatro manos ejecutado por Eric y Edward.

Joanna y Von Holden, como empleados, no fueron invitados y prescindieron de ellos durante la velada.

—El doctor Salettl me ha dicho que espera que el señor Lybarger pueda caminar sin bastón el viernes —dijo Joanna observando a Uta que cogía a Lybarger por el brazo para ayudarlo a subir la escalera.

—¿Crees que será capaz? —inquirió Von Holden.

—Espero que sí, pero depende del propio señor Lybarger. No sé qué puede pasar el viernes que resulta tan importante. ¿Y si tarda aún unos días?

—Quiero enseñarte algo —dijo Von Holden ignorando su pregunta. La condujo hasta una puerta lateral cerca del extremo del comedor. Entraron a un pasillo revestido de madera y traspasaron una pequeña puerta que daba a una escalera. Von Holden le ofreció la mano y bajaron hasta llegar a una segunda puerta que conducía a su vez a una estrecha galería que desembocaba más abajo de la entrada de la casa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Joanna en voz baja.

Von Holden no dijo nada y ella sintió un temblor excitante mientras avanzaban. Pascal von Holden era un hombre que podía atraer y poseer a cualquier mujer que se propusiera. Vivía en un mundo de gente sumamente adinerada y bella próxima a la realeza. Joanna no era más que una terapeuta común y corriente que hablaba inglés con acento sureño. Había tenido una aventura con él la noche anterior y sabía que no representaba nada especial. Entonces, ¿cómo se explicaba que ahora quisiera repetir la experiencia? Si era eso lo que perseguía.

Al final del pasillo había unas escaleras. Al llegar arriba, Von Holden abrió una puerta. Se apartó a un lado, la invitó a entrar y cerró la puerta a su espalda.

Joanna estaba boquiabierta mirando hacia arriba. La habitación en que se encontraban alojaba una enorme rueda de molino impulsada por el flujo de una rápida corriente de agua.

—Este sistema proporciona energía a las instalaciones de la casa —dijo Von Holden—. Camina con cuidado porque el suelo es resbaladizo.

Von Holden la cogió del brazo y la condujo a otra puerta. La abrió y encendió una luz. La sala era de piedra y madera, de unos dos metros cuadrados. En el medio había una fuente de agua que borboteaba rodeada de bancos de piedra. Von Holden señaló

una puerta de madera.

—Ahí dentro hay una sauna. Todo muy natural y bueno para la salud —dijo.

Joanna se sonrojó y al mismo tiempo sintió su cuerpo invadido por una ola de calor.

—No he traído nada para cambiarme —se excusó.

—Ah, los diseños de Uta son una maravilla —dijo él sonriendo.

—No entiendo.

—El vestido se ciñe al cuerpo y está hecho para ponérselo sin ropa interior, ¿no es así?

Joanna volvió a sonrojarse.

—Sí, pero...

—La forma siempre obedece a la función —dijo Von Holden, y se inclinó para coger una de las borlas doradas de los hombros—. Esta borla del adorno...

Joanna notaba que Von Holden quería hacer algo pero no entendía de qué se trataba.

—¿Qué pasa con la borla?

—Si uno le da un pequeño tirón. De pronto, el vestido de Joanna se abrió y cayó elegantemente al suelo como la cortina de un escenario.

—Ya ves, estás lista para un baño y una sauna —dijo Von Holden, y retrocedió un paso para recorrerla con la mirada.

Joanna sintió un deseo que jamás había experimentado, incluso más intenso, si era posible, que la noche anterior. Jamás había sentido que la presencia de un hombre fuera tan devastadoramente erótica. En ese momento habría hecho lo que hubiera querido él y si cabía más.

—¿Te gustaría desnudarme? Sería bastante justo cambiar los papeles, ¿no te parece?

—Sí —dijo Joanna, en un susurro—. Dios mío, ya lo creo que me parece justo.

Y entonces Von Holden la tocó y ella se acercó y lo desvistió y luego hicieron el amor en la piscina y sobre los bancos de piedra y también en la sauna.

Agotados por el amor descansaron entre besos y caricias y luego Von Holden volvió a poseerla lenta y decididamente en posiciones insospechadas que superaban toda fantasía. Joanna miró hacia arriba y se vio reflejada en el techo de espejos y luego en la pared de espejos a su izquierda y todo eso le hizo reír de goce e incredulidad. Por primera vez en su vida se sentía una mujer atractiva y deseada y aprovechó las delicias y Von Holden la dejó. El tiempo le pertenecía, todo el tiempo que quisiera.

En un estudio de paredes oscuras en la segunda planta del edificio principal de Anlegeplatz, Uta Baur y el doctor Salettl observaban tranquilos, sentados en cómodas sillas, el ejercicio amoroso en tres pantallas gigantes de alta definición. Las imágenes

provenían de cámaras operadas por control remoto montadas detrás de los espejos. Cada cámara tenía su propio monitor, lo cual proporcionaba una visión total de la actividad que en ese momento grababan.

Resultaba difícil saber si alguno de los dos se sentía excitado por las imágenes, no porque ambos fueran septuagenarios sino porque la observación era puramente clínica. Von Holden no era más que un instrumento en el estudio. El verdadero interés se concentraba en Joanna.

Finalmente, Uta estiró sus dedos largos y pulsó un botón. La pantalla se apagó y ella se levantó.

—*Ja* —le dijo a Salettl—. *Ja* —repitió, y salió de la habitación.

SESENTA Y TRES

El reloj de Osborn marcaba las 2.11 de la madrugada del lunes 10 de octubre.

Hacía treinta minutos que había subido hasta la última planta y había cogido el ascensor oculto hasta el cuarto bajo los aleros del tejado del número 18 Quai de Bethune. Al borde de sus fuerzas entró en el aseo, abrió el grifo y bebió abundante agua. Luego se desprendió del pañuelo de Vera empapado en sangre y se limpió la herida. La mano le palpitaba con fuerza y tuvo serios problemas para abrirla. Sin embargo, el dolor era un buen signo porque si bien el corte había sido profundo, ni los nervios ni los tendones habían sufrido daños graves. El cuchillo del hombre alto se le había clavado entre los huesos del metacarpo, justo antes de la articulación entre el segundo y tercer dedo.

Al ver que podía abrir y cerrar la mano tuvo la certeza de que no había sufrido ningún daño permanente. De todos modos necesitaría una radiografía para estar seguro.

Si había un hueso roto o astillado, habría que operarlo y escayolarlo. Si no lo trataba, corría el riesgo de que sanara con una malformación, lo cual lo convertiría en un cirujano manco, algo que casi equivalía al fin de su carrera. Eso, contando que tuviera una carrera con que seguir adelante.

Buscó la crema antiséptica que había usado Vera para curarle la herida de la pierna, se la frotó en la mano y la cubrió con un vendaje limpio. Luego fue al cuarto pequeño, se tendió en la cama y se sacó aparatadamente los zapatos con una sola mano.

Había esperado una hora entera hasta que McVey se había ido y luego bajó de la caldera y subió por las escaleras de servicio a oscuras. Subió cautelosamente peldaño por peldaño esperando encontrarse de pronto con un hombre uniformado que le encañonara. Pero no había sucedido nada, de modo que era evidente que si había policías apostados en la zona, estaban fuera.

McVey tenía razón. Si la policía francesa lo detenía y lo encarcelaba, el hombre alto encontraría un medio para matarlo. Luego iría a por Vera. Osborn estaba atrapado y McVey era la tercera y última parte del triángulo.

Se desabrochó la camisa, apagó la luz y se tendió en la oscuridad. A pesar de que su pierna se había recuperado, empezaba a entumecerse debido al cansancio. Descubrió que el dolor palpitante de la mano disminuía si la mantenía en alto y la sostuvo sobre una almohada. Tendría que haberse dormido inmediatamente tumbado por el agotamiento, pero demasiadas cosas le rondaban el pensamiento.

La brusca aparición de Vera y el hombre alto había sido producto de una mera coincidencia. Pensando que Vera estaba en el hospital y que el piso estaba vacío, había bajado con la intención de llamar por teléfono. Se debatió durante horas antes de llegar a la conclusión de que lo más realista sería llamar a la embajada americana

en París, explicar quién era y pedir ayuda. Eso significaba que, básicamente, se entregaba a la merced del gobierno de Estados Unidos. Con suerte lo protegerían de la ley francesa y tal vez, en el mejor de los casos, considerarían las circunstancias y le perdonarían lo que había hecho. Él no había matado a Henri Kanarack. Además, su iniciativa haría que toda la atención se centrara sobre él y sacaría a Vera de la sombra de un escándalo que podía conducirla a la ruina. Durante casi treinta años había sostenido su propia guerra particular. No era ni correcto ni justo que sus demonios dieran al traste con la vida de Vera, aparte todo lo que hubiera entre ellos. Eso pensaba hasta que abrió la puerta y vio que el hombre alto le apretaba la navaja contra el cuello. En ese instante, toda la nitidez de su plan se desvaneció y cambió todo. Vera estaba implicada quisiéranlo o no. Si recurría al embajador americano todo se acabaría ahí, sería igual que caer en manos de la policía. La menor de las medidas sería mantenerlo bajo custodia hasta que las cosas se aclararan. Con la publicidad que se había tejido en torno al asesinato de Kanarack/Merriman, los medios de comunicación se abalanzarían sobre el caso y el hombre alto o sus cómplices sabrían dónde se encontraba. Cuando lo cogieran, irían a por Vera tal como había pronosticado McVey.

Tendido en esa especie de palomar en los techos de París, con la mano alzada y palpitándole de dolor, Osborn pensó en McVey y en la oferta de ayuda que le tendía. Y mientras más sopesaba las posibilidades, sin saber si podía confiar en él o si su ofrecimiento era sincero o una mera treta para conducirlo hasta la policía francesa, comenzaba a darse cuenta de que no tenía mucho más a su favor.

A las siete menos cuarto de la mañana, McVey estaba tendido, vestido sólo con los pantalones del pijama y un pie sobresaliéndole bajo la manta. Quería dormir pero le resultaba imposible.

Se la había jugado a una intuición porque era lo único que podía hacer. Si Lebrun no estaba, los inspectores franceses no le habrían permitido interrogar a Vera Monneray. Así, no lo había intentado. Y aunque Lebrun hubiese estado presente, habría tenido dificultades para sonsacarle la verdad a Vera Monneray sobre lo que había sucedido realmente porque la joven era lo suficientemente lista para refugiarse tras ese respeto nacional del *amour*, es decir, en el Primer Ministro de Francia. Cabía la posibilidad de que se equivocara y que Vera, por temor, ira o indignación —no sería la primera vez que McVey veía algo parecido— hubiera perseguido al hombre alto con el arma en la mano tal como ella lo había descrito, pero al decir que no había visto el coche su historia se venía abajo. Porque alguien había salido a la calle y sin lugar a dudas había disparado cuando el coche se alejaba.

Si realmente había actuado según lo declarado, ¿por qué había mentido acerca del coche a menos que llegara demasiado tarde a la escena para darse cuenta de lo que había sucedido? Eso significaba, desde luego, que al coche le había disparado otra

persona.

El equipo técnico de la policía había encontrado dos tipos de sangre pero Vera no estaba herida. Eso significaba que había al menos tres personas en el apartamento cuando se producía el tiroteo. Una de ellas había escapado y la otra aún estaba en el apartamento. Por lo tanto faltaba una persona.

El primer disparo llamó la atención de Barras y Maitrot. El segundo y tercer disparos los había hecho correr y Barras llamó entonces por radio para pedir refuerzos.

El hombre alto había escapado en un coche rápido.

Momentos más tarde había policías por toda la zona revisando todos los pisos del edificio en un radio de tres manzanas y además todos los callejones y tejados e incluso las barcasas en el Sena a las que podría haber saltado un fugitivo desde un puente o un muelle.

Eso sólo significaba una cosa. La tercera persona aún estaba ahí. En algún rincón. Debido a la rapidez de la respuesta de la policía y puesto que el tiroteo se había producido justo a la salida de la puerta de servicio, el lugar más obvio para esconderse era el sótano.

Sí, ya lo habían revisado todo minuciosamente. Pero no habían usado perros. La experiencia le había enseñado a McVey que la gente desesperada podía actuar con mucha inteligencia o, a veces, tener mucha suerte. Por eso había dejado que la policía francesa acabara su inspección y luego había vuelto solo.

A las siete menos diez de la mañana, McVey abrió un ojo, lanzó una mirada al reloj y gruñó. Llevaba cuatro horas y media acostado y estaba seguro de no haber dormido más de dos. Cualquiera día se pegaría una siesta de ocho horas. Pero no tenía ni idea de cuándo llegaría ese día. Sabía que lo dejarían en paz hasta las siete y luego comenzarían las llamadas. Lebrun, que llamaría para decir que regresaba de Lyon y para establecer un punto de encuentro. El comandante Noble y el doctor Richman llamarían de Londres.

También había dos llamadas pendientes de Los Angeles. Una de ellas de la inspectora Hernández a quien McVey había llamado a las dos de la madrugada al regresar a su habitación porque no había encontrado ningún fax con los antecedentes de Osborn como había solicitado. Hernández no estaba y nadie sabía de su paradero.

La otra llamada sería del fontanero que habían reclamado los vecinos cuando los aspersores automáticos de McVey comenzaron a funcionar intermitentemente cada cuatro minutos a lo largo de todo el día. El fontanero llamaba para comunicar lo que le iba a costar instalar un sistema completamente distinto para reemplazar el que McVey había instalado hacía años con un modelo de Sears cuyas piezas ya no tenían repuesto. Y luego una llamada que seguía esperando y deseando, la llamada que lo había mantenido despierto casi toda la noche: la llamada de Osborn. Volvió a pensar

en el sótano. Era más grande de lo que había pensado y tendría mil escondrijos. Pero tal vez se había equivocado, tal vez había estado hablando en la oscuridad.

Las seis y cincuenta y dos minutos. «Ocho minutos más, McVey. Cierra los ojos, intenta no pensar en nada, deja que todos tus músculos y nervios se relajen».

Y entonces sonó el teléfono. McVey gruñó y descolgó.

—McVey.

—Soy el inspector Barras. Siento molestarlo.

—No importa. ¿Qué pasa?

—El inspector Lebrun ha sufrido un atentado.

SESENTA Y CUATRO

Había sucedido en Lyon en la estación de la Part Dieu, poco después de las seis. Lebrun acababa de bajar de un taxi y entraba en la estación cuando el agresor, desde una moto en marcha, le disparó con un arma automática y se dio a la fuga. Había otras tres víctimas, dos de ellas muertas y la tercera gravemente herida.

A Lebrun le habían alcanzado en el cuello y en el pecho. Fue trasladado al hospital de la Part Dieu. Los primeros informes declaraban que se encontraba en estado crítico pero que podría sobrevivir.

McVey oyó los detalles, pidió que lo mantuvieran al tanto de la situación y no tardó en colgar. Llamó inmediatamente a Ian Noble a Londres.

Noble acababa de llegar a su despacho y estaba tomando el primer té del día cuando llamó McVey. Notó inmediatamente que McVey hablaba con mucha cautela.

McVey ya no sabía en quién podía confiar y en quién no. Era bastante improbable que el hombre alto hubiese viajado directamente de París a Lyon después de escapar del apartamento de Vera Monneray porque sabría que se lanzaría una orden de busca y captura contra él. McVey pensó que quienquiera que estuviese dando las órdenes, no sólo tenía pistoleros eficientes en otras ciudades sino que también estaba en condiciones de seguir todos los movimientos de la policía. Con excepción propia, nadie sabía que Lebrun había viajado a Lyon pero habían conseguido dar con su paradero hasta el punto de saber exactamente qué tren cogería para volver a París.

Desconcertado, McVey no tenía ni idea de quiénes eran, qué se proponían hacer o por qué motivo. Pero tenía que suponer que si habían liquidado a Lebrun por indagar en el montaje de Interpol Lyon, sabrían que él trabajaba con el inspector y, dado que hasta ese momento no lo habían amenazado, debía esperarse al menos que su teléfono estuviera pinchado. Así, se limitó a contarle a Noble lo que esperaba la persona que escuchara sus conversaciones. Que Lebrun había sido víctima de un atentado y que se encontraba en el hospital de la Part Dieu en estado grave. McVey iba a ducharse y se afeitaría, tomaría un desayuno rápido y llegaría a la Prefectura de Policía lo más rápido posible. Cuando tuviera más noticias, volvería a llamar.

En Londres, Ian Noble colgó el auricular y juntó los dedos de las manos. McVey acababa de ponerlo al tanto de la situación, dónde estaba Lebrun y además, le había advertido que su teléfono podía estar pinchado. Lo volvería a llamar desde un teléfono público.

Diez minutos más tarde respondió la llamada por su línea privada.

—Hay un topo en Interpol —dijo McVey desde el teléfono público de un café próximo al hotel—. Tiene que ver con el asesinato de Merriman. Lebrun fue a Lyon a ver si encontraba algo. Cuando sepan que aún está vivo, volverán a por él.

—Ya entiendo.

—¿Puede traerlo a Londres?

—Haré lo que pueda...

—Supongo que significa que sí —dijo McVey, y colgó.

Dos horas y diecisiete minutos más tarde, un avión ambulancia de la Royal Air Force aterrizaba en el aeródromo de Lyon-Bron. Una ambulancia con un diplomático inglés que había sufrido un infarto llegaba en ese momento a la pista de aterrizaje.

Quince minutos más tarde, Lebrun viajaba rumbo a Inglaterra.

A las siete y cinco minutos llegó un coche hasta la entrada del edificio de Vera Monneray en el 18 Quai de Bethune. Bajó Philippe cansado y con aspecto descuidado después de haber pasado toda una noche examinando infructuosamente fotos de archivo de criminales.

Saludó con un gesto de cabeza a los policías apostados en la puerta y entró al salón de recepción.

—*Bonjour*, Maurice —le dijo al vigilante nocturno que estaba sentado detrás de la mesa, el hombre a quien debía reemplazar. Le pidió una hora más para descansar y afeitarse.

Empujó la puerta, entró en el pasillo de servicio y bajó las escaleras hasta su modesto apartamento del sótano al otro lado del edificio. Había sacado la llave y estaba a punto de abrir cuando oyó que alguien lo llamaba. Sorprendido, se volvió rápidamente temiendo encontrarse cara a cara con el hombre alto apuntándole al pecho con una pistola.

—¡*Monsieur Osborn!* —exclamó aliviado cuando éste salió de detrás de la puerta del cuarto de contadores—. No debería haber salido de su cuarto. La policía está por todos lados —le advirtió, y vio que Osborn tenía la mano vendada y agarrotada contra la cintura—. *Monsieur...*

—¿Dónde está Vera? No está en su apartamento. ¿Dónde está? —insistió. Osborn parecía no haber dormido casi. Pero sobre todo parecía asustado.

—Entre conmigo, por favor —pidió Philippe, y abrió rápidamente la puerta de su pequeño piso—. La policía la llevó al trabajo. Fue ella quien insistió. Yo sólo iba al baño y pensaba subir a ver si estaba usted. *Mademoiselle* está también muy preocupada.

—Tengo que hablar con ella. ¿Tiene usted teléfono?

—Sí, desde luego. Pero puede que la policía esté escuchando. Le seguirán la pista a la llamada hasta aquí.

Philippe tenía razón. Sí que lo harían.

—Llámela usted, entonces. Dígale que está muy preocupado de que el hombre alto la encuentre. Dígale que les pida a los policías de su escolta que la lleven a casa de su abuela en Calais. No deje que le discuta. Dígale que se quede allí hasta que...

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé —dijo Osborn mirándolo fijo—. Hasta que... pase el peligro.

SESENTA Y CINCO

—Esta vez no quiero arriesgarme —dijo McVey, y pulsó un botón en el teléfono del despacho privado de Lebrun en la Prefectura de Policía. Se encendió una luz confirmando que la línea no estaba pinchada—. ¿Me escucha bien, ahora?

—Sí —respondió Noble, que hablaba desde un teléfono similar en la Unidad de Comunicaciones Especiales en Londres—. Lebrun llegó hace unos cuarenta minutos por cortesía de la Royal Air Force. Lo hemos ingresado en el hospital de Westminster con un nombre falso. No está en muy buenas condiciones pero, al parecer, los médicos piensan que se pondrá bien.

—¿Puede hablar? —preguntó McVey.

—Todavía no, pero puede escribir o al menos garabatear algo. Nos ha dado dos nombres. «Klass» y «Antoine». Este último tiene un signo de interrogación.

Klass era el doctor Hugo Klass, el experto alemán en huellas dactilares que trabajaba en Interpol, Lyon.

—Intenta decirnos que fue Klass quien pidió el archivo de Merriman a la policía de Nueva York —dijo McVey—. Antoine es el hermano de Lebrun, director de Seguridad Interna en el cuartel general de Interpol —agregó preguntándose si el signo de interrogación junto al nombre de Antoine expresaba la inquietud de Lebrun por la suerte de su hermano o si quería decir que éste habría tenido algo que ver con el tiroteo.

—Y ya que estamos —dijo Noble—, podemos aclararle otra cosa. Tenemos un nombre que corresponde con nuestra cabeza cercenada.

—¿Quién es? —dijo McVey, pensando que el vocablo «buena suerte» había desaparecido de su vocabulario.

—Timothy Ashford, un pintor de casas de Clapham. Por si no lo sabe, Clapham es un barrio obrero del sur de Londres. El hombre vivía solo y trabajaba al día. La única familia es una hermana que vive en Chicago pero evidentemente no tenían mucho que ver el uno con el otro. El próximo mes hará dos años que desapareció. Lo denunció la propietaria del piso. Fue a contárselo a las autoridades porque no lo había visto en varias semanas y él no había pagado el alquiler. La mujer había alquilado el piso pero no sabía qué hacer con sus pertenencias. En una ocasión le rompieron a Ashford un taco de billar en el cráneo en una pelea en un pub. La suerte quiso que le diera a un policía. Lo cosieron después de haberle colocado las placas metálicas en la cabeza y todo quedó registrado en nuestros archivos.

—Eso significa que tienen sus huellas dactilares.

—Ha acertado, inspector McVey. Tenemos sus huellas dactilares. El problema es que lo único que tenemos de él, aparte de eso, es la cabeza.

Se oyó el sonido de un teléfono y Noble conectó con la línea de su despacho.

—Sí, Elizabeth —dijo a su secretaria. Se produjo una pausa—. Gracias —le oyó

decir McVey, y Noble volvió al teléfono—. Cadoux llama desde Lyon.

—Ian —dijo McVey en voz baja—, antes de que descuelgue. ¿Puede confiar en él? ¿Sin reservas?

—Sí —dijo Noble.

—Pregúntele si está en las oficinas de Interpol. Si dice que sí, encuentre una manera de decirle que salga del edificio y que lo llame a su línea privada desde un teléfono público. Cuando se ponga en contacto con él, llámeme a mí y hablamos los tres en conferencia.

Quince minutos más tarde sonó el teléfono privado de Noble y éste respondió de inmediato.

—Sí, McVey está llamando de París. Ahora lo voy a conectar con nosotros.

—Cadoux, soy McVey. Lebrun está en Londres. Lo sacamos por su propia seguridad.

—Ya lo había imaginado. Aunque debo decirle que la gente de seguridad del hospital y la policía de Lyon están algo más que molestos a propósito del desarrollo de la operación. ¿Cómo está ahora?

—Se pondrá bien —dijo McVey, y se produjo una pausa—. Cadoux, escúcheme atentamente. Tienen un topo en el cuartel general. Se llama Hugo Klass.

—¿Klass? —A Cadoux lo habían cogido por sorpresa—. Es uno de nuestros científicos más brillantes. Fue él precisamente quien descubrió las huellas dactilares de Albert Merriman en el trozo de vidrio que encontraron cuando el asesinato de Jean Packard. ¿Por qué habría de...?

—No lo sabemos. —McVey podía ver a Cadoux, con su cuerpazo enorme metido en una cabina de teléfono en algún lugar de Lyon jugando con su bigote de domador de fieras, tan perplejo como ellos—. Pero lo que sí sabemos es que fue él quien pidió el archivo sobre Albert Merriman a la policía de Nueva York vía Interpol, Washington, unas quince horas antes de decirle a Lebrun que tenía la huella dactilar. Veinticuatro horas más tarde, Merriman estaba muerto. Poco después sucedió lo mismo con su amiga en París y luego con su mujer y toda su familia en Marsella. De alguna manera, Klass se debe de haber enterado de que Lebrun había ido a Lyon a averiguar quién había pedido los antecedentes. Y luego mandó que lo despacharan.

—Ahora empiezan a tener sentido las cosas.

—¿Qué? —preguntó Noble.

—El hermano de Lebrun, Antoine, nuestro director de Seguridad. Esta mañana lo encontraron muerto de un disparo. Parece un suicidio pero puede que no lo sea.

McVey lanzó una imprecación. Lebrun ya se encontraba en un estado deplorable y no había para qué contarle que su hermano había muerto.

—Cadoux, tengo serias dudas de que se trate de un suicidio. Está sucediendo algo con la implicación de Merriman pero ahora cobra un alcance mucho mayor. Y, sea lo

que sea, o sea quien sea, ahora están matando policías.

—Yves, creo que será mejor que detengan a Klass lo antes posible —dijo Noble sin dudar.

—Perdón, Ian. No creo que sea lo más apropiado —dijo McVey que se había incorporado y ahora paseaba detrás de la mesa de Lebrun—. Cadoux, encuentre a alguien en quien pueda confiar. Incluso puede ser alguien de otra ciudad. Klass no sospecha que le seguimos los pasos. Tendrá que pincharle el teléfono de la casa y hacer que lo sigan. Que vean a dónde va, con quién habla. Y luego seguir hacia atrás en el tiempo la muerte de Antoine. Vea si puede seguirle la pista desde el momento en que se reunió con Lebrun el domingo hasta la hora de su muerte. No sabemos de qué lado estaba. Finalmente, y hay que hacerlo con cautela, descubra con quién habló Klass en Interpol en Washington para pedir los antecedentes de Merriman a la policía de Nueva York.

—Ya entiendo —dijo Cadoux.

—Capitán, tenga cuidado —advirtió McVey.

—Eso haré, gracias. *Au revoir*.

Se oyó el «clic» del auricular cuando Cadoux colgó al otro lado de la línea.

—¿Quién es este doctor Klass? —preguntó Noble.

—¿Más allá de quien parece ser? No lo sé.

—Me pondré en contacto con el MI6. Puede que nosotros también sepamos algo acerca de él.

Noble colgó y McVey se quedó mirando la pared irritado por no acabar de entender lo que estaba sucediendo. Era como si de pronto se hubiese convertido en un policía incompetente. Alguien llamó a la puerta y un agente uniformado asomó la cabeza para decirle en inglés que llamaba el conserje del hotel.

—La línea dos —dijo.

—*Merci*. —El hombre salió, McVey cogió el auricular y pulsó la línea dos—. McVey al habla.

—Dave Gifford, hotel Vieux —respondió una voz de hombre.

Antes de salir del hotel, McVey le había dado doscientos francos al conserje, un americano expatriado, para que le informara sobre cualquier llamada o comunicación dirigida a él.

—¿Ha llegado un fax de Los Ángeles?

—No, señor.

¿Qué diablos estaba haciendo Hernández con esa información sobre Osborn? ¿Acaso pensaba llevarla a París personalmente? McVey se sentó, abrió una libreta de notas y cogió un lápiz. Lo había llamado el inspector Barras dos veces en una hora. También lo había llamado su fontanero de Los Ángeles para confirmarle que su sistema automático de riego estaba instalado y funcionaba. El fontanero quería que le diera instrucciones para programar los días de riego y la intensidad.

—Jooder —dijo McVey a media voz.

Finalmente había una llamada que según el conserje era probablemente una broma. La persona que había llamado tres veces insistía en hablar personalmente con McVey. No había dejado ningún mensaje pero parecía más agitado cada vez que llamaba.

Había dicho que se llamaba Tommy Lasorda.

SESENTA Y SEIS

Joanna se sentía como si la hubieran drogado y arrastrado a una pesadilla.

Después de la maratón sexual en la habitación de la piscina con espejos, Von Holden la había invitado a Zurich. La primera reacción de Joanna fue sonreír y disculparse. Estaba agotada. Había dedicado siete largas horas a trabajar con el señor Lybarger, estimulándolo para darle confianza y hacerle caminar sin bastón. Intentaba cumplir con el plazo fatal fijado por Salettl. Hacia las tres y media, Joanna vio que Lybarger había dado de sí todo lo que podía y lo condujo a sus habitaciones para que descansara. Esperaba que después de una siesta, se sirviera una cena ligera y se retirara a dormir temprano. Pero Lybarger se había arreglado para la cena formal y Joanna lo vio lúcido, alerta y con suficiente energía para escuchar los discursos interminables de Uta Baur y más tarde para asistir al recital de piano de Eric y Edward.

Si el señor Lybarger podía mantenerse en pie, bromeó Von Holden, no cabía duda de que Joanna podía acompañarlo a Zurich a tomar una taza de ese infame chocolate suizo. Además, apenas eran las diez de la noche.

Primero se detuvieron en uno de los restaurantes favoritos de James Joyce, en la Ramistrasse, donde bebieron chocolate y café. Luego Von Holden la llevó a recorrer los lugares de la vida nocturna y entraron en un estafalarío café de la Münzplatz, cerca de la Bahnhofstrasse. Siguieron hasta el Champagne Bar del Hotel Central Plaza y luego se detuvieron en un pub de la Pelikanstrasse. Finalmente, bajaron a mirar la luna sobre las aguas del lago Zurich.

—¿Quieres conocer mi apartamento? —preguntó Von Holden con sonrisa malévol. Se apoyó en la baranda y tiró una moneda al agua deseando buena suerte.

—¡Estás de broma! —dijo Joanna, que se sentía incapaz de dar un paso más.

—No, no es broma —dijo Von Holden, y le acarició el pelo.

Joanna se asombró de su propia excitación. Incluso dejó escapar una risilla...

—¿Por qué te ríes?

—Por nada...

—Entonces, acompáñame...

Joanna lo miró a los ojos.

—Eres un cabrón —dijo.

—Yo soy así —dijo él.

Tomaron una copa de coñac en la terraza de Von Holden, desde donde se dominaba la ciudad antigua, y él le contó historias de su infancia transcurrida en una enorme granja ganadera en Argentina. Después la llevó a la cama y volvieron a hacer el amor.

«¿Cuántas veces esta noche?» —pensó Joanna. Recordó a Von Holden de pie junto a ella, con su enorme pene aún después del amor. Y luego sonriendo tímido.

Von Holden le preguntó si no le importaba que le atara las muñecas y los pies a la cama. Hurgó en el armario hasta encontrar unas tiras suaves de terciopelo. No sabía por qué quería usarlas, pero la verdad es que siempre lo hacía porque se excitaba hasta lo indecible. Cuando ella miró y constató que Von Holden no mentía, soltó una risilla y le dijo que podía hacerlo si le causaba placer.

Entonces, antes de atarla, Von Holden le confesó que ninguna mujer le había hecho lo que ella. Luego le bañó los pechos en coñac y como un gato en celo los lamió hasta la última gota. Presa del éxtasis, Joanna se tendió mientras él la ataba. Cuando Von Holden se acostó a su lado, Joanna empezó a ver unos puntos de luz brillantes que le estallaban detrás de los ojos y sintió una ligereza que jamás había experimentado. Sintió su peso sobre ella y el tamaño de su miembro cuando la penetró con tanta entereza. Cada vez que él arremetía, los puntos de luz se volvían más grandes y brillantes y luego fueron nubes de colores increíbles y formas grotescas y caóticas. En algún momento, si es que el tiempo existía, en aquel calidoscopio irreal que la envolvía, en el centro —en su propio centro— tuvo la sensación de que Von Holden se apartaba y que otro hombre tomaba su lugar. Luchando contra el sueño, Joanna intentó abrir los ojos para descubrir si era verdad. Pero no lograba alcanzar ese estado de conciencia porque seguía cayendo en el torbellino erótico de la luz y el color y la sensación de esa nueva experiencia.

Cuando se despertó ya era tarde y cayó en la cuenta de que había regresado a su habitación de Anlegeplatz. Se levantó y vio su vestido de la noche anterior doblado cuidadosamente sobre el tocador. ¿Acaso había soñado que soñaba o era otra cosa?

Un rato después, mientras se duchaba descubrió que tenía unos rasguños en los muslos. Se miró al espejo y vio que también los tenía en las nalgas, como si hubiera corrido desnuda por un campo de zarzas. Y entonces recordó vagamente que había escapado, desnuda y horrorizada del apartamento de Von Holden. Había bajado las escaleras y huido por la puerta de atrás. Von Holden la había seguido y finalmente la había alcanzado en el jardín de rosales de su edificio. De pronto se sintió enferma, arrebatada por una ola de náusea. Tenía el cuerpo helado y a la vez sentía un calor insoportable. Respirando con dificultad, abrió el water y vomitó lo que quedaba del chocolate y de la cena de la víspera.

SESENTA Y SIETE

Eran las tres menos veinte de la tarde. Osborn había llamado a McVey al hotel tres veces sólo para que le dijeran que el señor McVey no estaba, que no había dicho cuándo volvería pero que llamaría regularmente para recibir los mensajes. Cuando llamó por tercera vez, Osborn estaba desesperado. Además estaba sumido en una ansiedad corrosiva porque finalmente había tomado una decisión, pero ahora no lograba dar con el paradero de McVey. Ya había decidido entregarse al arbitrio del policía, racional y emocionalmente, y ahora estaba preparado para las consecuencias. Tal vez su compatriota americano lo entendería y lo ayudaría o tal vez lo encerrarían sin rechistar en una cárcel francesa. Se sentía como un globo aplastado contra el techo, atrapado pero a la vez libre. Sólo esperaba que lo bajaran, pero no había nadie para tirar de la cuerda.

Estaba solo, recién duchado y afeitado, en el sótano del piso de Philippe, y ahí dudaba del paso que iba a dar. Vera había viajado a casa de su abuela en Calais vigilada por una escolta de policías. Y aunque era Philippe quien había llamado, Osborn confiaba que Vera entendiera que él, Paul, lanzaba la advertencia, y que Philippe no era más que su intermediario. Vera debía entender que él le pedía que se marchara no sólo por su propia seguridad sino también porque la amaba.

Al ver su estado, Philippe le había dicho que entrara en su apartamento para asearse. Le dio toallas limpias, una barra de jabón y una maquinilla de afeitar nueva. Le dijo que sacara lo que quisiera de la nevera y, después de ajustarse el nudo de la corbata, volvió al trabajo. Desde el salón de la entrada podía observar las maniobras de la policía. Si sucedía algo, le dijo, lo llamaría de inmediato.

Philippe se había portado como un verdadero ángel guardián. Pero estaba cansado y Osborn tenía la sensación de que una sorpresa cualquiera lo haría flaquear. Habían pasado demasiadas cosas durante las últimas veinticuatro horas que ponían a prueba no sólo su lealtad sino también su equilibrio mental. A pesar de toda su generosidad, Philippe era por decisión propia nada más que un conserje. Nadie, empezando por él mismo, esperaba que siempre actuara con tanto valor. Si Osborn volvía a su escondrijo bajo los aleros del tejado, era imposible saber cuánto tiempo estaría a salvo. Sobre todo si el hombre alto encontraba un medio de eludir a la policía y volvía a seguirle el rastro.

Al final decidió que sólo le quedaba una alternativa. Cogió el teléfono y llamó a Philippe a la recepción. Le preguntó si los policías aún estaban fuera.

—*Oui, monsieur*. Hay dos frente al edificio y dos más atrás.

—Philippe, ¿hay alguna otra salida del edificio que no sea por la entrada ni por la puerta de servicio?

—*Oui, monsieur*, justo donde se encuentra usted ahora. La puerta de la cocina da a un pequeño pasillo y al final hay una escalera que sube hasta la acera. Pero ¿por

qué? Aquí está a salvo y...

—*Merci*, Philippe. *Merci beaucoup* —dijo Osborn.

Colgó y volvió a llamar al hotel Vieux. Si McVey recibía sus mensajes, el presente le subiría los ánimos. Fijaría un lugar y una hora para que se encontraran.

A las siete de la tarde, en la terraza principal de La Coupole en el bulevar de Montparnasse. Era el lugar donde había visto vivo por última vez a Jean Packard y el único sitio en París que le era lo bastante familiar para saber que a esa hora estaría lleno de gente. Sería difícil que en esas condiciones el hombre alto se arriesgara a dispararle.

Cinco minutos más tarde abrió una puerta y subió los pocos peldaños hasta la acera. El aire de la tarde era claro y limpio, y las barcas se deslizaban río abajo por el Sena. Al final de la calle divisó a los policías que montaban guardia frente al edificio. Dio media vuelta y caminó en dirección opuesta.

A la cinco y veinte, Paul Osborn salió de Aux trois quartiers, una gran galería comercial del bulevar de la Madeleine, y caminó una manzana hasta la estación de metro. Se había cortado el pelo y vestía un traje azul oscuro a rayas, camisa blanca y corbata. Su aspecto ya no era el de un fugitivo.

Se detuvo en la consulta del doctor Alain Cheysson en la rue de Bassano, cerca del Arco de Triunfo. Cheysson era urólogo, dos o tres años más joven que él. Habían comido juntos en Ginebra y habían intercambiado tarjetas con la promesa de llamar si Osborn iba a París o Cheysson a Los Ángeles. Osborn se había olvidado por completo de él hasta que decidió que le examinaran la mano y hacerlo de la manera menos conspicua posible.

—¿Qué pasó? —preguntó Cheysson. Entraba en la consulta donde esperaba Osborn con las radiografías que había hecho su ayudante.

—Prefiero no decírselo —dijo él con una sonrisa forzada.

—De acuerdo —dijo Cheysson sonriendo comprensivo, y le puso un vendaje nuevo—. Fue un cuchillo. Muy doloroso, desde luego, pero teniendo en cuenta que es cirujano, ha tenido mucha suerte.

—Sí, ya lo sé...

Eran las seis menos diez cuando Osborn salió de la boca del metro y echó a caminar por el bulevar Montparnasse. La Coupole quedaba a menos de tres manzanas y aún faltaba una hora. Tiempo de observación o al menos para intentar observar en caso de que la policía quisiera montar un cerco. Se detuvo en una cabina telefónica y llamó al hotel de McVey. Le comunicaron que el inspector había recibido su mensaje.

—*Merci*.

Colgó y salió. Empezaba a oscurecer y las aceras se llenaban de la multitud que

salía del trabajo. Al otro lado de la calle, unos metros más allá estaba La Coupole. Directamente a su izquierda había un pequeño café con una ventana lo bastante amplia para observar el ajetreo de la calle. Entró y escogió una mesa pequeña cerca de la ventana con vistas a la calle, pidió una copa de vino y se sentó a esperar.

Había tenido suerte. Los resultados de las radiografías de la mano, tal como había pensado, eran negativos. A pesar de que Cheysson era urólogo y no especialista de la mano, le había asegurado que no había daños permanentes. Osborn le agradeció su ayuda y quiso pagar la consulta, pero Cheysson se negó.

—*Mon ami* —dijo, con tono algo irónico—, si algún día me anda buscando a mí la policía de Los Ángeles, sé que cuento con un amigo que me ayudará sin decirle nada a nadie. Un amigo que ni siquiera guarde un comprobante de la consulta, ¿me entiende?

Cheysson lo había invitado a pasar inmediatamente y lo atendió sin hacer preguntas, a sabiendas de que a Osborn lo buscaba la policía y que, al ayudarlo, corría un riesgo. Sin embargo no había dicho nada. Al final se habían abrazado y Cheysson le había estampado un beso en la mejilla, a la manera de los franceses, deseándole suerte. Era lo menos que podía hacer, dijo, con un colega que había compartido su mesa en Ginebra.

De pronto Osborn dejó la copa y se inclinó para mirar. Un coche de policía había aparcado enfrente. Se bajaron dos gendarmes y entraron en La Coupole. Un momento después salieron con un hombre esposado. El tipo iba bien vestido y estaba alegre, algo agresivo y aparentemente borracho. Los transeúntes se detuvieron a observar mientras los agentes lo introducían en el asiento trasero. Un gendarme se sentó a su lado y el otro al volante. El coche se alejó acompañado del ulular de la sirena y del destello de las luces azules.

Todo podía suceder así de rápido. Osborn levantó la copa y miró el reloj. Eran las seis y cuarto.

SESENTA Y OCHO

A las siete menos diez, el taxi de McVey aún avanzaba penosamente siguiendo el tráfico. Al fin y al cabo, pensaba el policía, aquello era preferible a tener que conducir el Opel para ir de un lado a otro de París.

Sacó una agenda de tapas gastadas y miró las notas de aquel día, lunes 10 de octubre. Destacaba la anotación «Osborn... La Coupole, blvd. Montparnasse, 19 h» Más arriba, un mensaje de Barras. El representante de los neumáticos Pirelli había examinado el molde de la huella del parque junto al río. El dibujo de los neumáticos correspondía a una partida fabricada especialmente para una gran firma de automóviles con contrato con Pirelli para incorporar a sus coches aquellos neumáticos. Se habían incorporado en doscientos modelos Ford Sierra, de los cuales se habían vendido ochenta y siete en las últimas seis semanas. Se estaba elaborando una lista de los clientes que estaría disponible el martes por la mañana. Además, el laboratorio de la policía había examinado el trozo de espejo que McVey había recogido en la calle después del tiroteo en el apartamento de Vera Monneray. Correspondía a un coche Ford pero era imposible decir de qué modelo se trataba. Se había dado orden a la policía para que informara sobre cualquier vehículo Ford o Ford Sierra con un espejo lateral roto.

La última nota en la página del 7 de octubre de la agenda de McVey registraba el mondadientes que había descubierto él entre las agujas de pino antes de encontrar la huella de la rueda. La persona que había usado el palillo era un «secretor», perteneciente a un grupo específico constituido por el sesenta por ciento de la población, personas portadoras de cierta sustancia en la sangre. A partir de otros fluidos del cuerpo, como la orina, el semen y la saliva, se podía definir el grupo sanguíneo. El grupo sanguíneo del secretor del bosque coincidía con la sangre que habían encontrado en el suelo de la cocina de Vera Monneray. Tipo O.

El taxi se detuvo frente a La Coupole exactamente a las siete y siete minutos. McVey pagó, bajó del coche y entró en el restaurante.

La gran sala del fondo estaba reservada a los clientes de la cena y sólo había unas pocas mesas ocupadas. Pero la terraza interior frente a la acera estaba repleta, sumida en el ajetreo y el bullicio.

McVey se paró en la puerta y miró a su alrededor. Si Osborn estaba allí, no lo veía. Pasó junto a un grupo de ejecutivos, encontró una mesa vacía cerca del fondo y se sentó.

Los tentáculos de la Organización llegaban mucho más allá de las actividades de sus miembros. Al igual que numerosas empresas, la Organización contrataba los servicios de terceros y normalmente aquella gente no tenía idea de para quién

trabajaban.

Colette y Sami eran dos amigas del instituto, chicas de familia adinerada y colgadas de la droga. Por eso hacían lo que fuera necesario para satisfacer su adicción sin que sus familias se enteraran. Eso las convertía en personal disponible a casi cualquier hora y casi para cualquier tarea. Lo del lunes era sencillo. Tenían que vigilar la entrada de un edificio de apartamentos en el 18 Quai de Bethune que la policía no custodiaba. Era la entrada del piso del portero. Si salía un hombre atractivo de unos treinta y cinco años, debían informar de ello y luego seguirlo.

Las dos chicas siguieron a Osborn hasta la oficina del doctor Cheysson en la rue de Bassano. Después, Sami lo siguió hasta Aux trois quartiers en el bulevar de la Madeleine e incluso coqueteó con él y le pidió que le ayudara a escoger una corbata para su tío mientras él esperaba que le arreglaran el traje.

A continuación, Colette lo había seguido hasta el metro y no lo había dejado hasta llegar al café frente a La Coupole.

En ese momento tomó el relevo Bernhard Oven, que vio a Osborn salir del café y cruzar el bulevar de Montparnasse para entrar en La Coupole a las siete y cinco.

Con su metro ochenta de estatura y el pelo negro, vaqueros, cazadora de cuero, zapatillas de deporte Reebok y pendiente en la oreja izquierda, Bernhard Oven había dejado de ser el hombre rubio y alto. Pero seguía siendo igual de mortífero. En el bolsillo derecho de su chaqueta llevaba la automática CZ del calibre 22 que había utilizado con tanto éxito en Marsella.

A las siete y veinte, convencido de que McVey había venido solo, Osborn se levantó de su mesa junto a la ventana, se abrió camino entre varias mesas llenas de gente y se le acercó, ocultando la mano vendada.

McVey le lanzó una mirada a la mano, le señaló una silla y Osborn se sentó.

—Ya dije que vendría solo —dijo McVey—. Aquí me tiene.

—Dijo que podía ayudarme. ¿Qué quería decir? —inquirió Osborn. El traje nuevo y el pelo corto no habían surtido ningún efecto. McVey sabía desde el principio que Osborn estaba allí. Ahora ignoró su pregunta.

—¿A qué grupo sanguíneo pertenece usted, doctor?

—Creía que ya lo sabía —respondió Osborn, vacilando.

—Quiero que me lo diga usted.

Se acercó un camarero de camisa blanca y pantalones negros. McVey negó con la cabeza.

—Café —pidió Osborn, y el camarero se alejó—. Soy del grupo B.

Por fin, McVey había recibido el primer informe sobre Osborn, enviado por Hernández, del Cuerpo de Policía de Los Ángeles. Entre otros datos incluía el grupo sanguíneo —grupo B. Eso significaba que Osborn decía la verdad y además, que el grupo sanguíneo del hombre alto era O.

—Hábleme del doctor Hugo Klass —dijo McVey.

—No conozco a ningún doctor Hugo Klass. —Osborn fue tajante. Aún temía que

en algún rincón de la sala hubiera policías de paisano esperando la señal de McVey.

—Él lo conoce a usted —dijo McVey, mintiendo deliberadamente.

—Entonces lo he olvidado. ¿Qué tipo de medicina ejerce?

McVey pensó que Osborn mentía muy bien o que era muy inocente. Sin embargo, había mentido respecto al lodo de sus zapatos, de modo que existía la posibilidad de que ahora estuviera haciendo lo mismo.

—Es doctor en filosofía. Y es amigo de Timothy Ashford. —McVey intentó cambiar de ritmo para que Osborn tropezara.

—¿De quién?

—Venga, doctor. Timothy Ashford. Un pintor de brocha gorda del sur de Londres. Un hombre atractivo. Veinticuatro años. Usted lo conoce.

—Lo siento, pero no lo conozco.

—¿No?

—No.

—¿Entonces supongo que da igual que le diga que tenemos su cabeza en un frigorífico en Londres?

Una mujer de mediana edad, vestida con un traje a cuadros y sentada en la mesa vecina, reaccionó con visible molestia.

McVey tenía los ojos fijos en Osborn. Su comentario era algo grosero pero intencionado y quería suscitar en Osborn la misma reacción que en la mujer. Pero Osborn ni siquiera pestañeó.

—Doctor, usted ya me mintió en una ocasión. Y ahora quiere que le ayude. Tiene que convencerme, darme una razón para confiar en usted.

El camarero le trajo el café a Osborn, se lo dejó en la mesa y se alejó. McVey lo observó y vio que se detenía unas mesas más allá, donde un hombre de pelo negro con chaqueta de cuero esperaba sentado. El hombre llevaba allí unos diez minutos y no había pedido nada. Llevaba un pequeño pendiente de diamante en una oreja y sostenía un cigarrillo en la mano izquierda. El camarero ya se había detenido una vez pero él no le había hecho caso. Ahora, el hombre miró en dirección a McVey y luego le dijo algo al camarero. Éste asintió con un gesto de cabeza y se alejó.

McVey volvió a mirar a Osborn.

—¿Qué le pasa, doctor? ¿No se siente cómodo aquí? ¿Quiere que vayamos a otro sitio?

Osborn no sabía qué hacer ni qué pensar. McVey le estaba haciendo el mismo tipo de preguntas que la primera vez. Era evidente que buscaba una pista de algo y lo creía implicado, pero Osborn no tenía la menor sospecha de qué se trataba. Eso lo hacía todo más difícil, porque cada una de sus respuestas parecían eludir sistemáticamente la verdad cuando, de hecho, él pretendía decir nada más que la verdad.

—McVey, créame cuando le digo que no tengo ni idea de qué está hablando. Si lo supiera, tal vez podría ayudarle, pero no sé nada.

McVey se rascó la oreja y miró a otro lado. Luego volvió a Osborn.

—Tal vez deberíamos enfocarlo de otra manera. ¿Por qué le metió a Albert Merriman toda aquella succinilcolina? ¿Se dice así?

Osborn no se inmutó y ni siquiera se le aceleró el pulso. Sabía que McVey era demasiado inteligente como para no haber descubierto la droga y ya estaba preparado para la pregunta.

—¿Lo sabe la policía de París?

—Por favor, conteste la pregunta.

—Albert Merriman... mató a mi padre.

—¿A su padre? —La respuesta cogió a McVey por sorpresa. Debería haber considerado esa posibilidad pero no se le había ocurrido. A Merriman lo perseguían por una historia de venganza.

—Sí.

—¿Y usted contrató al hombre alto para matarlo?

—No, él apareció de improviso.

—¿Hace cuánto tiempo mató Merriman a su padre?

—Cuando yo tenía diez años.

—¿Diez?

—Fue en Boston, en plena calle. Yo estaba con él. Vi cómo sucedía. No he olvidado su cara, y no había vuelto a verlo hasta hace una semana, en París.

McVey entendió. Las piezas habían encajado en un instante.

—No le dijo nada a la policía de París porque aún no había saldado su cuenta con él. Contrató a Packard para que lo buscara. Después buscó un lugar para matarlo y encontró el camino junto al río. Le daría una o dos dosis de la droga, lo lanzaría al agua. Él no podría respirar ni mover los músculos, se iría flotando y se ahogaría. La corriente en ese tramo es muy fuerte y la droga se disuelve rápidamente en el organismo. El tipo estaría tan hinchado que nadie pensaría en buscar los puntos del jeringazo. Ésa era su idea.

—En cierto sentido.

—¿En qué sentido?

—Ante todo quería saber por qué había hecho aquello.

—¿Y lo descubrió? —De pronto, McVey desvió la mirada. El hombre de la chaqueta de cuero ya no estaba en la mesa. Estaba sentado más cerca, a dos mesas y justo a la izquierda de Osborn. Aún tenía un cigarrillo en la mano izquierda pero no se le veía la derecha, que mantenía bajo la mesa.

Osborn quiso volverse para ver hacia dónde miraba McVey cuando éste se levantó y se situó entre Osborn y el hombre de la mesa.

—Levántese y salga delante de mí. Por esa puerta. No pregunte por qué. Haga lo que le digo.

Osborn se levantó. Entonces vio a la persona que McVey estaba mirando.

—McVey, ¡es él! ¡Es el hombre alto!

McVey se volvió de golpe. Bernhard Oven se había incorporado y levantaba la

CZ checa con silenciador. Alguien gritó.

De pronto el aire fue sacudido por dos detonaciones una detrás de la otra y casi inmediatamente se oyó una explosión de cristales rotos.

Bernhard Oven no entendió por qué el americano le había dado tan fuerte en el pecho. O por qué lo había golpeado dos veces. Y entonces se dio cuenta de que estaba tendido de espaldas sobre la acera pero con las piernas dentro de la terraza, balanceándose sobre el marco de la ventana con que se había estrellado. Había vidrios por todas partes. Luego oyó que la gente gritaba pero no supo por qué. Intrigado miró hacia arriba y vio al mismo americano que lo observaba. En la mano tenía un revolver Smith & Wesson de acero azulado y el cañón le apuntaba al corazón. Sacudió levemente la cabeza. Luego todo se nubló. Osborn se inclinó y le tocó la arteria carótida. A su alrededor había un pánico ensordecedor, la gente gritaba y chillaba horrorizada. Más allá, otros miraban. Unos querían alejarse del tumulto, mientras otros intentaban acercarse y mirar. Osborn miró a McVey.

—Está muerto.

—¿Está seguro que es el hombre alto?

—Sí.

Inmediatamente, McVey pensó en dos cosas. La primera fue que en algún lugar en las cercanías había un Ford Sierra con neumáticos Pirelli y un espejo roto. La segunda la dijo en voz alta.

—Este hombre no mide un metro noventa.

Se agachó y levantó el pantalón más arriba del calcetín.

—Prostética —dijo Osborn.

—Ese truco no lo conocía.

—¿Cree usted que lo hacía a propósito?

—¿Amputarse las piernas para modificar su estatura? —McVey sacó un pañuelo del bolsillo, se inclinó y envolvió la CZ 22 que Oven aún sostenía en la mano. Le arrancó el arma y la observó. Tenía la empuñadura forrada en cinta, los números de serie limados y un silenciador ajustado al cañón. Era el arma de un asesino profesional.

McVey miró a Osborn.

—Sí —afirmó—. Creo que sí. Creo que se hizo cortar las piernas a propósito.

SESENTA Y NUEVE

McVey se apartó del cadáver de Oven y miró a Osborn.

—Cúbrale el rostro —dijo. Y luego sacó la chapa de policía y la enseñó con un gesto rápido a su alrededor a la gente que observaba en corro a sólo unos metros, espantada y fascinada a la vez. Pidió que alguien llamara a la policía si es que no lo habían hecho todavía.

Osborn cogió un mantel blanco de una mesa y le cubrió el rostro a Oven mientras McVey se acercaba a registrarlo buscando papeles. Al no encontrar nada, se llevó la mano a un bolsillo de la chaqueta, sacó su libreta de notas y rasgó la tapa de cartón duro. Le cogió la mano a Oven y le hundió el pulgar en la camisa empapada en sangre. Luego apretó el pulgar contra el cartón. La huella dactilar era bastante clara.

—Vámonos de aquí —le dijo a Osborn.

Se abrieron paso rápidamente entre los curiosos, cruzaron el comedor, entraron en la cocina y salieron a un callejón por una puerta trasera. Al salir oyeron las primeras sirenas.

—Por aquí —señaló McVey sin saber hacia dónde se dirigían. Desde su primera reacción, McVey había dado por sentado que el objetivo de Oven era matar a Osborn. Pero ahora, al salir al bulevar Montparnasse en dirección a Raspail, pensó que el blanco podía haber sido él mismo. El hombre alto había matado a Merriman sólo unas horas después de descubrirse que estaba vivo y en París. Luego, en rápida sucesión, había hallado a la amiga de Merriman, a su mujer y a su familia y los había liquidado sin misericordia. Eso había sucedido en Marsella, a unos setecientos kilómetros al sur. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, el asesino había regresado directamente a por Osborn en el apartamento de Vera Monneray en París.

¿Cómo había dado con ellos con tanta rapidez? Con la mujer de Merriman, por ejemplo, cuando la policía de todo el país estaba alertada y no la habían encontrado. Luego con Osborn. ¿Cómo se había enterado Oven de que Vera Monneray era la «mujer misteriosa» que había recogido a Osborn en el campo de golf después de salir del Sena, cuando el comentario de los medios de comunicación era mera especulación y la única que sabía la verdad era la policía? Luego, en el mismo lapso de tiempo, Lebrun y su hermano caían víctimas de un ataque en Lyon, aunque era probable que el hombre alto no estuviera involucrado.

Era imposible que se encontrara en dos lugares a la vez.

Las cosas estaban sucediendo a un ritmo cada vez más vertiginoso. El círculo asesino seguía cerrándose. El hecho de que el hombre alto hubiera desaparecido de escena no podía cambiar el curso de los acontecimientos. No habría sido capaz de ejecutar su misión sin la ayuda de una organización compleja, sofisticada y con excelentes contactos. Si se habían infiltrado en Interpol, ¿no podían haber hecho lo mismo en la Prefectura de Policía de París?

Pasó un coche de policía y luego otro. La ciudad se había llenado de sirenas.

—¿Cómo sabía que estaríamos ahí? —preguntó Osborn, mientras avanzaban entre la multitud consternada por el espectáculo.

—Siga caminando —ordenó McVey, y Osborn lo vio mirar hacia atrás mientras los coches de policía cerraban el bulevar Montparnasse a ambos lados de la manzana.

—Le preocupa la policía, ¿no? —preguntó Osborn.

McVey no dijo nada.

Al llegar al bulevar Raspail doblaron a la derecha y subieron. Había una estación de metro al otro lado de la calle. Por un instante McVey pensó en entrar, pero luego descartó la idea y siguieron caminando los dos.

—¿Por qué un policía habría de tenerle miedo a la policía? —insistió Osborn.

De pronto, un furgón azul oscuro salió de una calle lateral y se detuvo bruscamente en la intersección que acababan de cruzar. Se abrieron las puertas traseras y bajó una docena de agentes de las fuerzas especiales equipados con chalecos antibalas, trajes de tropas de asalto y subfusiles automáticos.

McVey lanzó una imprecación en voz baja y miró a su alrededor. Dos puertas más allá había un pequeño café.

—Entre ahí —dijo, y cogió a Osborn por el brazo y lo condujo a empellones hacia la puerta.

La gente estaba asomada a la ventana mirando lo que sucedía en la calle y apenas se fijaron en los dos hombres que entraban. McVey encontró un rincón en un extremo del bar y se lo señaló a Osborn mientras levantaba dos dedos hacia el barman.

—*Vin blanc* —pidió.

—¿Quiere decirme qué pasa? —reclamó Osborn reclinándose hacia atrás.

El camarero puso dos copas en la mesa y les sirvió vino blanco.

—*Merci* —dijo McVey. Cogió una copa y se la pasó a Osborn. Bebió un trago largo, dio la espalda a la sala y miró a Osborn.

—Yo le haré a usted la misma pregunta. ¿Cómo sabía el hombre alto que nos encontraríamos allí? La respuesta es que o bien lo siguieron a usted o bien me siguieron a mí. O también puede que alguien haya pinchado la central de mensajes del hotel Vieux París y pensara que quien iba a reunirse conmigo a tomar unas copas no sería el tal Tommy Lasorda. Un amigo mío, inspector de policía francés, fue gravemente herido esta mañana, y su hermano, otro policía, fue asesinado porque intentaba descubrir quién, además de usted, había encontrado la pista de Albert Merriman de repente, veinticinco años después de los hechos. Puede que la policía esté implicada, puede que no, no lo sé. Lo que sí sé es que está sucediendo algo sumamente peligroso para todo aquel que se hubiera relacionado con Merriman, aunque fuera remotamente. Y en este momento somos usted y yo, así que lo mejor que podemos hacer es no dejarnos ver en la calle.

—McVey —dijo Osborn alarmado de pronto—. Hay alguien más que sabe de Merriman.

—Vera Monneray. —Con todo el ajetreo, McVey se había olvidado de ella.

Un sentimiento de pavor sacudió a Osborn.

—Los policías franceses que la protegen aquí en París. Les he pedido que la lleven a casa de su madre en Calais.

SETENTA

—¿Qué les ha pedido? —McVey no se lo podía creer.

Osborn no contestó. Dejó la copa en la barra y se dirigió por un pasillo inmundo, más allá de los aseos, hasta un teléfono público. Casi había llegado cuando McVey lo alcanzó.

—¿Qué va a hacer? ¿Piensa llamarla?

—Sí —dijo Osborn, y siguió. Aún no se había decidido del todo, pero sentía la necesidad de saber que Vera se encontraba a salvo.

—Osborn —dijo McVey y lo cogió firmemente por el brazo hasta hacerlo girar—. Si está allí, seguro que está a salvo, pero los policías que la acompañan tendrán la línea pinchada. Lo dejarán hablar mientras localizan la llamada. Si la policía francesa está involucrada en esto, no daremos más de cinco pasos cuando salgamos de aquí —dijo señalando la entrada con un gesto de cabeza—. Y si no está allí, no hay nada que hacer.

—¿No lo entiende? Tengo que saberlo.

—¿Cómo?

Osborn ya tenía la respuesta.

—Por medio de Philippe. —Osborn llamaría a Philippe, para que éste se comunicara con Vera y, luego, le llamara de nuevo. No podrían localizar la segunda llamada.

—¿El conserje de su apartamento?

Osborn asintió.

—Fue él quien le ayudó a salir del edificio, ¿no?

—Sí.

—Tal vez hizo que lo siguieran cuando salió.

—No, él no haría eso. Es...

—¿Es qué? Alguien le dijo al hombre alto que Vera era la mujer misteriosa y dónde vivía. ¿Por qué no pudo ser el conserje? Osborn, por ahora tendrá que esperar antes de aclarar sus dudas —dijo McVey, y lo miró fijo un rato para que entendiera que no bromeaba. Luego miró a su espalda para ver si había una salida por detrás.

Media hora más tarde, pagando en efectivo y con una tarjeta de visita y nombre falso, McVey se registró con Osborn en habitaciones contiguas en el quinto piso del hotel Saint Jacques, en la avenida Saint Jacques, un hotel para turistas a un kilómetro de La Coupole y el bulevar Montparnasse.

Al presentarse sin equipaje y como ciudadano americano, McVey jugó la carta nacional del *amour*. Al entrar en las habitaciones, le dio al botones una propina suculenta y le advirtió, fingiendo timidez pero muy firmemente, que se ocupara de

que no los molestaran.

—*Oui, monsieur* —dijo el botones, y le regaló una sonrisa de complicidad, cerró la puerta y desapareció.

McVey revisó inmediatamente las dos habitaciones, los armarios y los cuartos de baño. Satisfecho, corrió las cortinas y se volvió hacia Osborn.

—Bajaré a la recepción y haré una llamada. No la hago desde aquí porque no quiero que localicen la habitación. Cuando vuelva, quiero que hablemos de todo lo que sepa sobre Albert Merriman desde el momento en que mató a su padre hasta el último minuto que estuvo con él en el río.

McVey se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la CZ automática de Oven y se la entregó a Osborn.

—Le habría preguntado si sabe usarla, pero ya conozco la respuesta —dijo con una mirada enfurecida que hacía innecesario el tono irritado de su voz. Se dirigió a la puerta—. Aquí no entra nadie excepto yo. Sin excepciones.

Abrió lentamente la puerta y miró hacia el pasillo desierto. Luego salió. Hizo lo mismo en el ascensor. Abajo, las puertas se abrieron y McVey salió. La zona estaba despejada, con la excepción de un grupo de turistas japoneses que bajaban de un autocar siguiendo a un guía que agitaba una banderola verdiblanca.

McVey cruzó la recepción buscando un teléfono hasta que lo encontró cerca de la tienda de regalos. Con un número de tarjeta de crédito de AT & T, marcó el número del contestador automático de Noble en Scotland Yard y dejó grabado su mensaje.

Colgó, entró en la tienda de regalos, miró brevemente la selección de tarjetas y escogió una de cumpleaños con un gran conejo amarillo. En la recepción sacó la tapa de cartón con la huella seca del pulgar de Oven y la introdujo en el interior de la tarjeta. Escribió el nombre del destinatario, un tal «Billy Noble», y una dirección de correos en Londres. En el mostrador de recepción le entregó el sobre al empleado y pidió que lo enviara por correo nocturno.

Acababa de pagar al conserje y volvía a la recepción cuando entraron dos gendarmes y miraron a su alrededor. A su izquierda McVey vio un montón de folletos turísticos y se acercó tranquilamente. Uno de los policías miró en su dirección y McVey, ignorándolo, empezó a hojear los folletos. Finalmente cogió tres y cruzó el salón frente a los policías. Se sentó cerca del teléfono y empezó a mirar los folletos. Circuito turístico de Versalles. Circuito de las regiones de los vinos. McVey contó hasta sesenta y luego levantó la mirada. Los policías se habían ido.

Cuatro minutos más tarde, Ian Noble llamó desde una residencia privada donde él y su mujer asistían a una cena formal en honor de un general del ejército inglés que se retiraba del servicio activo.

—¿Dónde está?

—En París. Hotel Saint Jacques. Soy Jack Briggs, de San Diego, y trabajo en bisutería al por mayor —dijo McVey con voz monótona, y le dio la dirección. Por el raballo del ojo detectó un movimiento a su izquierda. Cambió de posición y vio a tres

hombres con aspecto de ejecutivo que entraban y cruzaban la recepción hacia él. Uno de ellos parecía mirarlo fijamente y los otros dos conversaban.

—Te acuerdas de Mike, ¿no? —dijo McVey entusiasmado, y se abrió la chaqueta al estilo de un extrovertido hombre de negocios americano. Tenía la mano a centímetros de su 38, en la cintura—. El mismo, lo he traído conmigo.

—¿Tiene a Osborn?

—Ni lo dudes.

—¿Le está causando problemas?

—Joder, no. Hasta ahora no, en todo caso.

Los hombres siguieron de largo hacia los ascensores. McVey esperó que entraran y se cerrara la puerta. Sin esperar, le contó a Noble rápidamente todo lo sucedido y le informó que había enviado la huella del pulgar de Oven en una tarjeta.

—La miraremos en seguida —dijo Noble. Le contó a McVey que había tenido un pequeño roce con el responsable francés de los asuntos en Londres. ¿Qué diablos se creían los ingleses llevándose a un inspector de la policía de París, gravemente herido, desde Lyon? Además, dijo, las autoridades francesas querían que lo devolvieran y sin tardar.

Noble le contestó al responsable que estaba consternado por la noticia, que no había oído hablar de dicho incidente y que se ocuparía de ello inmediatamente. Luego cambió de tema y le contó a McVey que la investigación sobre los centros que experimentaban con técnicas avanzadas de criocirugía en Gran Bretaña no había arrojado ningún resultado. Si había algún experimento en curso, se estaba realizando en absoluto secreto.

Nervioso, McVey miró a su alrededor. Le disgustaba sentir esa paranoia, porque paralizaba a los hombres y les hacía ver cosas inexistentes. Sin embargo, debía acostumbrarse a la verdad de que cualquiera, uniformado o no, podía pertenecer a la Organización. El hombre alto no habría dudado a la hora de pegarle un tiro entre ceja y ceja en medio de la recepción y tenía que suponer que su sustituto haría lo mismo. Y si no lo ejecutaba inmediatamente, al menos informaría de su paradero. En cualquiera de los dos casos, si se quedaba allí estaba poniendo a prueba su suerte.

—McVey, ¿está ahí?

—¿Qué ha averiguado sobre lo de Klass? —dijo, volviendo al teléfono.

—El MI6 no ha encontrado nada. El hombre tiene un expediente ejemplar. Casado, dos hijos. Nacido en Munich y criado en Frankfurt. Capitán de las Fuerzas Aéreas alemanas. Lo reclutó el espionaje de Alemania Federal, la Bundesnachrichtendienst, y con ellos desarrolló su habilidad y reputación como especialista en huellas dactilares. Después comenzó a trabajar para Interpol en Lyon.

—No, eso no sirve —insistió McVey—. Se les habrá pasado algo por alto. Hay que buscar más en profundidad. Ver la gente con quién se asocia, fuera de su rutina. Espere un momento... —McVey empezó a pensar hacia atrás en el tiempo. En el despacho de Lebrun, al recibir la huella dactilar de Merriman desde Interpol, Lyon,

recordó que alguien trabajaba con Klass—. Hal, Hall, Hald... ¡Halder!

—Halder, Rudolph. Interpol, Viena. Trabajó con Klass en la huella dactilar de Merriman. Oiga, McVey, ¿conoce usted a Manny Remmer?

—De la Policía Federal alemana.

—Es un viejo amigo, trabaja fuera de la oficina central, en Bad Godesburg. Vive en una región llamada Rungsdorf. No es demasiado tarde. Llámelo a casa. Dígale que llama de mi parte y que quiere saber todo lo que pueda averiguar sobre Klass y Halder. Si hay algo, él lo encontrará. Puede confiar en él... McVey —añadió Noble, con un dejo de inquietud en la voz—, creo que se las ha apañado para abrir una lata más o menos espesa de repugnantes gusanos. Y, sinceramente, creo que debería salir de París cuanto antes.

—¿Cómo, dentro de una caja o en una limusina?

—A algún lugar adonde pueda llamarlo dentro de noventa minutos.

—No hace falta que me llame. Yo lo llamaré a usted.

Eran más de las nueve y media cuando McVey llamó a la puerta de la habitación de Osborn. Éste la abrió hasta la cadena de seguridad y miró por la abertura.

—Espero que le guste la ensalada de pollo —dijo McVey.

En una mano llevaba una bandeja con ensalada de pollo cubierta con papel celofán y en la otra sostenía una cafetera y dos tazas. Había conseguido que un empleado sumamente irritable se lo preparara todo a punto de cerrar la cafetería del hotel.

A las diez, el café y la ensalada habían desaparecido y Osborn se paseaba de un lado a otro moviendo los dedos de la mano herida sin darse cuenta mientras McVey, mirando su libreta de notas, permanecía inclinado sobre la cama, que usaba como mesa de trabajo.

—Merriman le dijo que un tal Erwin Scholl —Erwin, con «E»— de Westhampton Beach, Nueva York, le había pagado para que matara a su padre y a otras tres personas en 1966.

—Así es —dijo Osborn.

—De los otros tres, uno fue en Wyoming, otro en California y el tercero en Nueva Jersey. Merriman hizo el trabajo sucio y le pagaron. Luego Scholl intentó liquidarlo.

—Sí.

—No dijo nada más, sólo los nombres de los Estados. ¿No dio nombres de víctimas, ciudades?

—Sólo los Estados.

Me Vey se incorporó y entró en el cuarto de baño.

—Hace casi treinta años, un tal Erwin Scholl contrata a Merriman para que asesine a ciertas personas. Luego ordena liquidarlo a él. La vieja táctica de matar al asesino. Así se asegura de sepultar el trabajo que ha encargado porque no quedan

cabos sueltos que puedan hablar.

Me Vey sacó el vaso del envoltorio sanitario, lo llenó de agua, volvió a la habitación y se sentó.

—Pero Merriman fue más listo que la gente de Scholl, se preparó una muerte falsa y desapareció. Scholl, suponiendo que Merriman había muerto, se olvidó de él. Pero sólo hasta que usted contrató a Jean Packard para buscarlo. —McVey bebió un sorbo de agua. Había estado a punto de mencionar al doctor Klass y el asunto de Interpol, Lyon. Pero no tenía por qué contárselo todo a Osborn.

—¿Usted cree que Scholl está implicado en todo lo que ha sucedido en París? —preguntó Osborn.

—Y en Marsella y en Lyon, treinta años después. Aún no sé quién es este Scholl. Tal vez esté muerto o no exista.

—Entonces, ¿quién está detrás de todo este asunto?

Inclinado sobre la cama, McVey escribió algo en su libreta raída y luego miró a Osborn.

—Doctor, ¿cuándo vio al hombre alto por primera vez?

—En el río.

—¿No antes?

—No.

—Piense en lo que había sucedido antes. Ese mismo día más temprano o el día anterior.

—No.

—Le disparó a usted porque lo había visto con Merriman y no quería dejar testigos. ¿Es eso lo que piensa?

—¿Qué otro motivo podía tener?

—Bueno, para empezar, podía haber sido al revés, que hubiera venido a matarlo a usted y no a Merriman.

—¿Por qué? ¿De qué me conocía? Y aunque así fuera, ¿por qué habría liquidado a toda la familia de Merriman después?

Osborn tenía razón. Al parecer, nadie sabía que Merriman estuviera vivo hasta que Klass descubrió su huella digital. Luego lo habían liquidado. Probablemente, como había sugerido Lebrun, para que no hablara, puesto que sabían que una vez que la policía tuviera las huellas, lo encontrarían en un abrir y cerrar de ojos. Puede que Klass hubiera retrasado lo de la huella dactilar, pero no podía negar su existencia, porque demasiada gente en Interpol sabía lo contrario. De modo que había que eliminar a Merriman porque podía hablar si lo atrapaban. Y puesto que había estado fuera del mundillo durante unos veinticinco años, sólo podía haber hablado respecto de sus misiones precisamente dentro del mundillo, fecha que coincidía casi exactamente con los trabajos ejecutados por cuenta de Erwin Scholl. Por eso habían liquidado a Merriman y a todos con quienes pudiera haber hablado del asunto. Para que él o ellos no hablaran de lo que hacía cuando trabajaba para Scholl o, al menos,

para no implicar a Scholl en una acusación de asesinato por convenio. Eso quería decir que no sabían quién era Osborn o que habían pasado por alto la relación entre él y una de las víctimas de Merriman y...

—¡Hostia! —dijo McVey, en voz baja. ¿Cómo no lo había visto antes? La respuesta a lo que estaba sucediendo no tenía que ver con Merriman o con Osborn sino con las cuatro personas que Merriman había liquidado treinta años antes, entre ellos el padre de Osborn.

McVey se encontraba bajo el efecto de un golpe de adrenalina.

—¿En qué trabajaba su padre? —preguntó.

—¿Su profesión?

—Eso.

—Pues... inventaba cosas —dijo Osborn.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Por lo que recuerdo, en aquel entonces trabajaba en algo parecido a un banco de cerebros de alta tecnología. Discurría algo y luego construía el prototipo de su idea. Creo que estaba relacionado sobre todo con el diseño de instrumentos médicos.

—¿Recuerda el nombre de la empresa?

—Se llamaba Microtab. Recuerdo muy bien el nombre porque enviaron una gran corona de flores cuando murió mi padre. El nombre estaba en la tarjeta pero no apareció ningún directivo de la empresa —recordó Osborn, con la mirada en el vacío.

McVey entendió el profundo dolor de Osborn. Sabía que tenía el funeral en su memoria como si hubiera ocurrido ayer. Seguramente le había sucedido lo mismo al ver a Merriman en la cervecería.

—Esta empresa Microtab, ¿estaba en Boston?

—No, en Waltham, es un suburbio.

McVey escribió: Microtab, Waltham, Mass. 1966.

—¿Tiene idea de cómo trabajaba? ¿Trabajaba solo o en equipo?

—Mi padre trabajaba solo. Todos trabajaban solos. No se les permitía a los empleados hablar sobre sus trabajos incluso entre ellos. Recuerdo que en una ocasión mi madre discutió de eso con él. Ella pensaba que era ridículo que no pudiera hablar con el tipo del despacho de al lado. Después, supuse que tenía que ver con las patentes y ese tipo de cosas.

—¿Sabe algo del invento en que trabajaba cuando lo mataron?

Osborn sonrió levemente.

—Sí, lo había terminado y lo llevó a casa para enseñármelo. Estaba orgulloso de su trabajo y solía mostrarme las cosas que hacía. Aunque supongo que no debía haberlo hecho.

—¿Qué era?

—Un bisturí.

—¿Un bisturí? ¿De cirugía? —McVey sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Sí.

—¿Recuerda usted qué forma tenía? ¿Por qué era diferente de otros bisturíes?

—Era una pieza fundida en una aleación especial capaz de soportar variaciones extremas de temperatura y conservar sus cualidades quirúrgicas. Tenía que montarse en un brazo robotizado y manejarse por ordenador.

Ya no eran sólo los pelos de la nuca lo que McVey sentía.

Era como si le hubieran vaciado cubos de hielo por la espalda.

—Alguien iba a trabajar quirúrgicamente bajo temperaturas extremas. ¿Con un robot que manejara el bisturí de su padre y llevara a cabo la operación?

—No lo sé. No olvide que en aquellos años los ordenadores eran unos aparatos gigantescos y ocupaban una habitación entera. De modo que no sé hasta qué punto habría sido práctico, aunque funcionara.

—Y las temperaturas.

—¿Qué temperaturas?

—Dijo que eran temperaturas extremas. ¿Qué quiere decir eso? ¿Temperaturas altas o bajas, o ambas?

—No lo sé. Pero por aquel entonces ya se habían hecho algunos experimentos con cirugía de láser, es decir, básicamente, la transformación de energía en calor. Supongo que si trabajaban con conceptos quirúrgicos innovadores, investigaban en el sentido contrario.

—Con frío.

—Exactamente.

De pronto la sensación de hielo desapareció y McVey sintió una ola de sangre caliente que lo recorría. Ahí estaba lo que lo había impulsado una y otra vez al caso Osborn. Acababa de dar con la conexión entre Osborn, Merriman y los cuerpos decapitados.

SETENTA Y UNO

Berlín

Lunes, 10 de octubre. 22.15

—*Es ist spät*, Uta. Ya es tarde, Uta —dijo Konrad Peiper con un asomo de irritación.

—Lo siento, *herr* Peiper. Pero ya ve que yo no puedo hacer nada —dijo Uta Baur—. Supongo que estarán a punto de llegar —añadió lanzando una mirada furtiva al doctor Salettl, que no respondió.

Ella y Salettl habían venido desde Zurich aquella mañana a primera hora en el jet privado de Elton Lybarger para ocuparse directamente de los últimos preparativos antes de que llegaran los demás. En una situación normal, Uta habría comenzado media hora antes.

Los invitados reunidos en el salón privado del último piso de la Galerie Pamplémousse, una galería de cinco pisos destinada al Neu Kunst o arte nuevo, en el Kurfürstendamm, no eran el tipo de personas a quienes se hacía esperar, sobre todo a esa hora de la noche. Pero los hombres que los invitados esperaban no eran el tipo de personas que se atreverían a insultar retirándose antes de su llegada. Sobre todo cuando habían venido respondiendo a su invitación.

Uta, que vestía de negro como era habitual, se levantó y cruzó la sala hacia una mesa sobre la que reposaba una gran tetera de plata llena de café arábigo, bandejas con diversos canapés, dulces y agua embotellada, todo atendido por dos simpáticas chicas con vaqueros ajustados y botas de cuero.

—Vuelva a llenar la cafetera, por favor. El café no es reciente —le espetó Uta a una de ellas. La chica obedeció inmediatamente y desapareció por una puerta en dirección a la cocina.

—Les daré quince minutos más. ¿No se dan cuenta que yo también soy un hombre ocupado? —se quejó Hans Dabritz, y programó su reloj, cogió unos cuantos canapés en un plato y volvió a sentarse.

Uta se sirvió un vaso de agua mineral y recorrió el salón con la mirada observando a los impacientes invitados. Los presentes constituían la élite, la flor y nata de la Alemania contemporánea. Uta tenía en mente las descripciones esenciales de cada uno.

«El diminuto hombre de la barba, Hans Dabritz, cincuenta años. Negocios inmobiliarios y hombre clave en la política. Su actividad inmobiliaria comprende enormes complejos de apartamentos en Kiel, Hamburgo, Munich y Dusseldorf, instalaciones industriales y edificios de oficinas en alza en Berlín, Frankfurt, Essen, Bremen, Stuttgart y Bonn. Dueño de manzanas enteras del centro de Bonn, Frankfurt, Berlín y Munich. Miembro del Consejo de Administración del Deutsche Bank de

Frankfurt, el banco más importante de Alemania. Sus donaciones a los políticos locales son cuantiosas y constantes y a muchos los controla personalmente. Se suele bromear con la idea de que la mayor influencia en el Bundestag, la Cámara Baja del Parlamento, se encuentra en manos del hombre más pequeño de Alemania. En los pasillos fríos y sobrios de la política alemana, Dabritz es considerado como el titiritero mayor. Casi nunca falla cuando se trata de conseguir lo que ambiciona.

»Konrad Peiper, treinta y ocho años —con su mujer, habían estado presentes en el crucero de Zurich dos días antes, durante la fiesta de bienvenida a Elton Lybarger—, presidente y consejero delegado de Goltz Development Group, GDG, la segunda empresa comercial en Alemania. Bajo sus auspicios se creó Lewsen International, un grupo empresarial inglés con sede en Londres. Con la fachada de Lewsen, el grupo GDG fundó una red de cincuenta pequeñas y medianas empresas alemanas que se convirtieron en los principales proveedores de Lewsen International. Entre 1981 y 1990, el GDG, con Lewsen como intermediario, proporcionó a Irak materiales claves para la construcción de armas químicas y bacteriológicas y para el perfeccionamiento de misiles balísticos. Además suministró componentes de armamento nuclear y todo fue pagado en elevadas sumas al contado. El hecho de que, durante la operación Tormenta del Desierto, Irak perdiera la mayor parte de los equipos proporcionados por Lewsen, tuvo escasas consecuencias. Peiper ha consolidado a GDG como uno de los grandes exportadores mundiales de armamento.

»Margarete Peiper, veintinueve años, mujer de Konrad Peiper. Pequeña, seductora, adicta al trabajo. A los veinte años ya era compositora, productora discográfica y administradora personal de los tres grupos de rock más populares de Alemania. A los veinticinco años, propietaria única de Cinderella, la compañía discográfica más grande de Alemania, de dos sellos y de propiedades inmobiliarias en Berlín, Londres y Los Ángeles. Actualmente preside el grupo A.E.A., Agency for the Electric Arts, gigantesca organización mundial representante de escritores, actores, directores y músicos famosos. Los expertos suelen decir que el genio de Margarete Peiper reside en el hecho de que su mente está perpetuamente sintonizada con los «canales de la juventud». Los críticos ven en su habilidad para mantenerse en la cima de la popularidad ante un público contemporáneo joven y en continuo crecimiento, un fenómeno más temible que extraordinario, porque su obra oscila entre una brillante creatividad y la manipulación descarada de las personas, acusación que Margarete siempre ha negado. Lo suyo, sostiene, es un compromiso sólido y de toda la vida con el público y con el arte.

»Mathias Noll, general retirado de las Fuerzas Aéreas alemanas, sesenta y dos años. Respetado por su influencia política y brillante orador. Líder del poderoso movimiento pacifista en Alemania. Polémico crítico de los bruscos cambios constitucionales. Sumamente estimado por una gran parte de la generación de mayor edad, que aún vive atormentada por la culpabilidad y la vergüenza del Tercer Reich.

»Henryk Steiner, cuarenta y tres años. El principal agitador en el turbulento

panorama sindical de la nueva Alemania. Padre de once hijos. Corpulento, extremadamente simpático, moldeado por la figura de Lech Walesa. Organizador político sumamente popular y dinámico. Lidera emocional y físicamente a varios cientos de miles de trabajadores del automóvil y del acero que luchan por sobrevivir en los estados del Este de la nueva Alemania. Condenado a ocho meses de cárcel por haber encabezado una manifestación de trescientos camioneros alemanes en una huelga para protestar contra el peligroso estado de las autopistas y la falta de mantenimiento. Menos de dos semanas después de abandonar la cárcel, organizó una huelga parcial simbólica de cuatro horas con quinientos policías de Potsdam que reclamaban a la burocracia la retención de sueldo desde hacía casi un mes.

»Hilmar Grunel, cincuenta y siete años, consejero delegado de HGS-Beyer y propietario de la empresa periodística más importante de Alemania. Exembajador ante Naciones Unidas, conservador recalcitrante, supervisa día a día el funcionamiento y el contenido editorial de once grandes publicaciones, todas ellas profusamente inspiradas en el ideario de la derecha.

»Rudolf Kaes, cuarenta y ocho años. Especialista en asuntos monetarios del Instituto de Economía de Heidelberg y consejero económico de primer rango en el gobierno de Kohl. Es el único candidato para representar a Alemania en el Consejo de administración del nuevo Banco Central de la Comunidad Económica Europea. Firme partidario de la moneda única europea, es consciente de la fuerza del Deutschmark en la economía europea y de cómo la moneda única pondría de relieve el papel rector del poderío económico alemán.

»Gertrude Biermann (también invitada al viaje de crucero en Zurich), treinta y nueve años. Dos veces madre soltera. Figura de primer plano entre los Verdes, el movimiento pacifista de la izquierda radical nacido a principios de los años ochenta al calor de la campaña contra la instalación de los misiles Pershing en territorio alemán. Su influencia está profundamente anclada en la conciencia germánica, que no ve con buenos ojos los intentos de alinear a Alemania con el poder militar de Occidente».

Sonó el teléfono y Uta vio que Salettl cogía el auricular que tenía junto al codo. El médico escuchó un momento, colgó y le lanzó una mirada a Uta.

—*Ja* —dijo.

Al cabo de un momento se abrió una puerta y entró Von Holden. Barrió el salón brevemente con una mirada y se apartó hacia un lado.

—*Hier sind Sie*, ya han llegado —comunicó Uta a sus invitados, mientras lanzaba una mirada fulminante a las azafatas, que salieron inmediatamente del salón por una puerta lateral.

Un instante después entró un hombre sumamente atractivo y de impecable elegancia.

—Dortmund está ocupado con unos asuntos en Bonn, de modo que seguiremos sin él —dijo Erwin Scholl, sin dirigirse a nadie en particular, y se sentó junto a

Steiner. Dortmund era Gustav Dortmund, presidente del Bundesbank, el banco central de Alemania.

Von Holden cerró la puerta y se dirigió a la mesa. Sirvió un vaso de agua mineral a Scholl y luego retrocedió hasta situarse cerca de la puerta.

Scholl era un hombre alto y delgado, de pelo corto y canoso, tez bronceada y ojos asombrosamente azules. La edad y una fortuna considerable habían labrado un rostro anguloso de frente ancha, nariz aristocrática y mentón hendido. Tenía la estampa de un militar de la antigua escuela, un talante que exigía que se le prestara atención desde el momento en que entraba en una habitación.

—La presentación, por favor —dijo dirigiéndose a Uta en voz baja. Erwin Scholl era una curiosa mezcla de timidez calculada y arrogancia avasalladora. Encarnaba la típica historia del self-made man americano. Desde su condición de inmigrante alemán paupérrimo, había ascendido hasta convertirse en el magnate de un amplio conglomerado editorial y luego se había revestido de las bondades del filántropo, recaudador de fondos e íntimo amigo de los presidentes de Estados Unidos, desde Dwight Eisenhower hasta Bill Clinton. Como la mayoría de los presentes en la sala, su fortuna e influencia dependían de las masas, pero obedeciendo a una voluntad y propósitos deliberados, era totalmente desconocido para ellas.

—*Bitte*, por favor —pidió Uta por el interfono. La sala se oscureció y la pared frente a los invitados se abrió en tres partes dejando al descubierto una pantalla de televisión de tres metros por cuatro de alto.

Apareció inmediatamente una imagen de nitidez impecable, un primer plano de un balón de fútbol. De pronto, un pie chutó la pelota. La cámara se alejó rápidamente para mostrar un panorama de los cuidados jardines de Anlegeplatz y a los sobrinos de Elton Lybarger, Eric y Edward chutando alegremente la pelota. La cámara se desplazó y apareció Elton Lybarger mirando el juego junto a Joanna.

De pronto, uno de los sobrinos chutó la pelota en dirección de Lybarger y éste se la devolvió con un vigoroso movimiento del pie. Luego miró a Joanna orgulloso y ella le devolvió la sonrisa expresando el mismo sentimiento de éxito.

La próxima escena mostraba a Lybarger en su elegante biblioteca. Sentado ante el fuego del hogar, vestido informalmente con pantalones y jersey, explicaba en detalle a un interlocutor fuera de imagen el fenómeno del eje que París y Bonn habían forjado en el marco de la Comunidad Económica Europea. Su discurso estaba bien documentado y su argumento versaba sobre el hecho de que el supuesto papel de «superioridad moral» que desempeñaba Inglaterra le procuraba un lugar poco feliz en el concierto de las naciones europeas. Si Inglaterra seguía jugando esa carta, no se beneficiarían ni los ingleses ni la Comunidad Europea. Lybarger explicaba que debía darse un acercamiento entre Londres y Bonn para que la Comunidad llegara a ser la potencia económica que estaba destinada a ser. Su discurso terminaba con un chiste que no era un chiste.

—Desde luego, lo que quería decir es que se debe tejer un vínculo entre Berlín y

Londres. Porque, como todo el mundo sabe, gracias al voto del 20 de junio, aprobado por los legisladores, que se niegan a volver atrás en cuanto a la unidad alemana se refiere, se ha recuperado la sede del gobierno central para Berlín, que así ha vuelto a convertirse en el corazón de Alemania.

Luego la imagen de Lybarger se fundía y aparecía otra cosa. Era perpendicular y ligeramente arqueada y cubría casi los cuatro metros de alto de la pantalla. Pasó un momento y no sucedió nada, hasta que la cosa empezó a girar vacilando y luego se movió resueltamente hacia delante. Fue entonces cuando todos reconocieron lo que era. Un pene totalmente hinchado, palpitante y erecto.

De pronto la perspectiva se desplazó hacia la silueta de un segundo hombre que observaba de pie en la penumbra. Con un segundo desplazamiento de la cámara, los presentes vieron a Joanna, desnuda, y atada de pies y manos con unas elegantes tiras de terciopelo a las cuatro esquinas de una cama. Sus generosos pechos nacían de ambos lados del tórax como melones jugosos. Tenía las piernas abiertas y relajadas y la «V» oscura donde se juntaban ondulaba suavemente al ritmo inconsciente de sus caderas. Tenía los labios húmedos y los ojos, abiertos y vidriosos, estaban casi en blanco tal vez anticipando el éxtasis que habría de experimentar. Joanna era el retrato vivo del placer y el consentimiento y nada en ella indicaba que actuara contra su voluntad.

Luego el hombre y el pene caían sobre ella y Joanna lo acogía gustosamente en toda su dimensión. Desde una compleja variedad de ángulos se había grabado la autenticidad del acto. Los embates de aquel miembro eran largos y vigorosos, decididos pero sin prisas, lo cual no hacía sino aumentar el placer de Joanna.

Una perspectiva de la cámara mostraba al segundo hombre, que se mantenía apartado. Era Von Holden y estaba completamente desnudo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba la escena con indiferencia.

La cámara volvía al lecho y en el ángulo superior derecho de la pantalla aparecía un contador codificado que grababa el tiempo transcurrido desde la penetración hasta el orgasmo.

Cuando la lectura llegó a 4.12.04, era evidente que Joanna experimentaba su primer orgasmo.

A los 6.00.03, un electroencefalograma que registraba las ondas cerebrales de Joanna apareció en la mitad superior de la pantalla. Entre los 6.15.43 y los 6.55.03, Joanna experimentó siete oscilaciones cerebrales muy marcadas y separadas unas de otras. A los 6.57.23, apareció un encefalograma en el ángulo superior izquierdo de la pantalla donde se representaban las oscilaciones del compañero de Joanna. Desde entonces hasta los 7.02.07, fueron normales. Entretanto, en Joanna se habían registrado otros tres episodios de intensa actividad de las ondas cerebrales. A los 7.15.22, la actividad cerebral del hombre aumentó hasta triplicarse, mientras la cámara se acercaba al rostro de Joanna. Tenía los ojos ausentes de manera que sólo se percibía el blanco y la boca permanecía abierta en un grito silencioso.

A los 7.19.19, el hombre tuvo un orgasmo completo.

A los 7.22.20 Von Holden apareció nuevamente en pantalla y acompañó al hombre hasta la puerta de la habitación.

Al salir, dos cámaras enfocaron simultáneamente al hombre que había mantenido relaciones sexuales con Joanna. Se constataba sin duda alguna que el hombre de la cama era el mismo que salía ahora de la habitación. Se le reconocía perfectamente y era el mismo que había llevado a cabo el acto desde el comienzo hasta el final.

El hombre era Elton Lybarger.

—*Eindrucksvoll!* ¡Impresionante! —exclamó Hans Dabritz, cuando se encendieron las luces y la pantalla de vídeo desapareció tras los tres paneles de pintura abstracta.

—Pero lo que haremos no será mostrar un vídeo, *Herr Dabritz* —respondió Erwin Scholl, bruscamente. Le lanzó una mirada rápida a Salettl—. ¿Estará en condiciones de presentarse, doctor?

—Me gustaría disponer de más tiempo. Pero, como hemos visto, el resultado es notable.

En cualquier otro salón, el comentario de Salettl habría provocado risas, pero aquí no. Aquellas personas no habían venido a reír. Habían sido testigos de un estudio clínico sobre el cual se debía adoptar una decisión. Nada más.

—Doctor, le he preguntado si estará en condiciones de hacer lo que debe hacer. ¿Sí o no? —La mirada cortante de Scholl cercenó en dos a Salettl.

—Sí, estará en condiciones.

—Nada de bastón. ¡Nadie que le ayude a caminar! —le hostigó Scholl.

—No, nada de bastón. Nadie que le ayude a caminar.

—Gracias —respondió Scholl, despreciativo. Se volvió hacia Uta—. No tengo ninguna objeción —dijo. Al oír eso, Von Holden abrió la puerta y Erwin Scholl abandonó la sala.

SETENTA Y DOS

Scholl no tomó el ascensor y bajó las cinco plantas de la galería con Von Holden. Al llegar a la salida, Von Holden abrió la puerta y los dos salieron al aire puro y penetrante de la noche. Un chófer de uniforme les abrió la puerta de un Mercedes oscuro. Primero entró Scholl y luego Von Holden.

—Vamos a Savignyplatz —ordenó Scholl al ponerse en marcha—. Conduce lentamente —dijo cuando el Mercedes giró en una plaza bordeada de árboles. Avanzaron a paso de tortuga dejando atrás bares y restaurantes llenos. Scholl se inclinaba hacia fuera para mirar a la gente, para observar cómo caminaban y conversaban, estudiando sus rostros y sus gestos. La intensidad con que se entregaba a ello hacía que todo pareciera totalmente nuevo, como si lo viera por primera vez.

—Dobla hacia Kantstrasse. —El chófer enfiló hacia una manzana invadida por colores chillones de locales nocturnos y bullicio de cafés—. Detente aquí —dijo finalmente Scholl. Incluso cuando hablaba correctamente, su tono era breve y cortante como si dispensara órdenes militares.

Media manzana más allá, el chófer encontró un sitio para aparcar en la esquina, se acercó a la acera y se detuvo. Scholl se inclinó y con las manos plegadas bajo el mentón, observó a los jóvenes berlineses que deambulaban incansablemente entre las luces de neón de su ruidoso mundo de arte pop. Desde el otro lado de los cristales oscuros parecía un *voyeur* absorto en los placeres del mundo que observaba pero guardando las distancias.

Von Holden se preguntaba qué pretendía. Sabía que Scholl estaba preocupado desde que lo había recibido en el aeropuerto de Tegel para llevarlo a la galería. Creía conocer la causa, pero Scholl no había dicho nada y Von Holden llegó a pensar que el malestar había pasado. Sin embargo, no había manera de saber qué pasaba con Scholl. Era un hombre enigmático, oculto tras una máscara de arrogancia implacable. La arrogancia era un rasgo de temperamento que no podía o no quería modificar porque gracias a ella había llegado hasta donde estaba.

No era inhabitual en él obligar a trabajar a sus subordinados dieciocho horas al día por espacio de varias semanas y luego reñirlos por no trabajar más o recompensarlos con unas vacaciones de lujo para viajar por medio mundo. En más de una ocasión había abandonado a cualquier hora una reunión donde se trataban serias cuestiones laborales para visitar un museo o incluso para ir al cine, sin que nadie supiera de él durante horas. Cuando decidía volver, esperaba que los problemas se hubieran resuelto a su favor. Ambos bandos sabían que, de no ser así, Scholl despediría al comité negociador. En ese caso, se formaría otro y las negociaciones comenzarían nuevamente desde cero, decisión que solía costar, tanto a Scholl como a sus adversarios, una fortuna en abogados. La diferencia consistía en que Scholl se podía permitir ese lujo.

En ambos casos, no se trataba sólo de conseguir lo que deseaba. Era como un mecanismo de control o la expresión ostentosa y deliberada de un egocentrismo colosal. Y Scholl no sólo lo sabía sino que se recreaba en ello.

Durante ocho años, Von Holden se había desempeñado como *Leiter der Sicherheit* —Jefe de Seguridad— de las operaciones generales de Scholl en Europa, a saber, dos imprentas en España, cuatro cadenas de televisión, tres de ellas en Alemania y una en Francia, además de GDG, Goltz Development Group de Dusseldorf, el grupo presidido por Konrad Peiper. Contrataba personalmente al personal de seguridad y supervisaba su formación. Sin embargo, sus responsabilidades no acababan ahí. Scholl tenía otros planes de inversión más turbios y de mucho mayor alcance cuya seguridad dependía igualmente de Von Holden.

La situación en Zurich, por ejemplo. Brindarle placer a Joanna era un caso de manipulación que requería habilidad y delicadeza. Salettl creía que Lybarger era capaz de alcanzar una recuperación total, emocional, psicológica y física. Sin embargo, desde el principio había expresado su inquietud frente al hecho de que cuando llegara el momento de poner a prueba la virilidad de Lybarger, que no había tenido mujeres en su vida, se iba a sentir incómodo con una desconocida, hasta tal punto que podría negarse a llevar a cabo el acto o al menos inhibirse a la hora de estimularse para llevarlo a cabo.

La mujer que lo había atendido como fisioterapeuta durante un largo período y luego lo había acompañado hasta Suiza para cuidarlo, sería para él alguien en quien confiar y con ella se sentiría cómodo. Reconocería su contacto, incluso su olor. Si bien era cierto que jamás la habría contemplado como objeto de deseo, en el momento de ser conducido ante ella estaría bajo el influjo de un potente estimulante sexual. Excitado hasta el punto deseado, aunque no del todo consciente de las circunstancias, instintivamente sentiría algo que le era familiar y entonces se relajaría y actuaría.

Por eso habían elegido a Joanna. Lejos de casa, sin familia y sin ser demasiado atractiva, Joanna sería física y emocionalmente vulnerable ante la seducción de un sustituto. Una seducción cuyo único fin era prepararla para copular con Elton Lybarger. Era Salettl quien había formulado la necesidad de ese sustituto, se la había planteado a Scholl y éste al *Leiter der Sicherheit*. El protagonismo de Von Holden no sólo garantizaría la seguridad y la intimidad de Lybarger sino que además demostraría a la Organización la lealtad de Von Holden.

Al otro lado de la calle, un reloj digital de neón en la entrada de una discoteca marcaba las 22.55. Las once menos cinco. Se habían detenido quince minutos antes y Scholl seguía sentado en silencio, absorto en la multitud de jóvenes que pululaban por las calles.

—Las masas —murmuró—. Las masas.

Von Holden no sabía si Scholl se dirigía a él o no.

—Lo siento, señor. No he oído lo que me decía.

Scholl se volvió y se encontró con la mirada de Von Holden.

—*Herr* Oven ha muerto. ¿Qué le ha sucedido?

La primera intuición de Von Holden era correcta. El fracaso de Bernhard Oven en París había preocupado a Scholl pero sólo ahora se decidía a hablar de ello.

—Debería decir que cometió un error de cálculo.

Scholl se inclinó bruscamente y ordenó al chófer que se pusiera en marcha. Esperó que el coche volviera a introducirse en el tráfico para continuar.

—No tuvimos problemas durante mucho tiempo hasta que volvió a aparecer Albert Merriman. El hecho de que lo elimináramos rápida y efectivamente a él y a los factores que lo rodeaban demuestra que nuestro sistema sigue funcionando como siempre. Ahora han matado a Oven. Eso siempre es un riesgo del oficio, pero resulta problemático porque implica que tal vez el sistema no sea tan efectivo como suponíamos.

—*Herr* Oven trabajaba solo y operaba de acuerdo con la información que se le proporcionaba. La situación ahora está bajo control de la sección de París —dijo Von Holden.

—¡Oven fue entrenado por ti, no por la sección de París! —respondió Scholl, irritado. Había reaccionado como siempre, convirtiéndolo en un asunto personal. Bernhard Oven trabajaba para Von Holden. Por lo tanto, su fracaso era el fracaso de Von Holden.

—¿Sabes que le he dado luz verde a Uta Baur?

—Sí, señor.

—Entonces entenderás que ya se han puesto en marcha los mecanismos para la noche del viernes. Si lo interrumpiéramos todo ahora, sería difícil y embarazoso. — La mirada de Scholl penetraba a Von Holden con la misma intensidad que antes a Salettl—. Estoy seguro que me entiendes.

—Sí, le entiendo.

Von Holden se reclinó en su asiento. Sería una noche larga. Acababan de destinarlo a una misión en París.

SETENTA Y TRES

Una niebla húmeda se agitaba en el aire y había comenzado a caer la bruma. Los faros amarillos de los pocos coches que todavía circulaban a esa hora proyectaban haces misteriosos a su paso por el bulevar Saint Jacques y la cabina telefónica permanecía en la oscuridad.

—¡Hola, McVey! —Era la voz de Benny Grossman transportada a más de cuatro mil kilómetros por cable submarino de fibra óptica. A Benny se le escuchaba radiante. Las doce y cuarto de la noche del martes en París eran las seis y cuarto del lunes por la noche en Nueva York y Grossman acababa de volver al despacho para recoger sus mensajes telefónicos después de una larga jornada en los tribunales.

Más abajo, entre la llovizna y los árboles que separaban la calle de dos sentidos, McVey sólo alcanzaba a ver el hotel.

No se había atrevido a llamar desde la habitación y no quería arriesgarse a llamar desde la recepción en caso de que volviera la policía.

—Benny, ya sé que te estoy volviendo loco.

—No te preocupes, McVey —rió Benny. Benny siempre reía—. Pero mándame mi regalo de Navidad en billetes de a cien. Ya ves, no pasa nada, así que si quieres puedes volverme loco.

McVey lanzó una mirada a la calle y palpó el bulto reconfortante del revólver calibre 38 bajo su chaqueta. Luego volvió a mirar sus notas.

—Escúchame, Benny. 1966, en Westhampton Beach. Un tal Erwin Scholl. Averigua quién es. Si vive. Si la respuesta es afirmativa, dime dónde. También en 1966 en primavera o a finales del 65, tres asesinatos sin resolver. En los estados de... —McVey volvió a mirar sus notas—:...Wyoming, California, Nueva Jersey.

—Está chupado, colega. Ya que estoy, podría averiguar quién cojones mató a Kennedy.

—Benny, si no lo necesitara... —dijo McVey, y miró hacia el hotel. Osborn estaba en la habitación con la CZ del hombre alto como la primera vez y con las mismas órdenes de no contestar el teléfono ni abrirle la puerta a nadie más que a él. A McVey le desagradaba visceralmente este tipo de situaciones, verse amenazado sin tener la más mínima idea de cuándo surgiría el peligro ni de qué forma. Durante los últimos años se había dedicado principalmente a reunir los cabos sueltos y luego a recomponer las pruebas cuando los narcotraficantes ya habían cerrado sus negocios. La mayoría de las veces no había riesgos porque los muertos no solían matar a nadie.

—Benny —dijo McVey, volviendo al teléfono—. Seguro que las víctimas habían trabajado en algún proyecto de alta tecnología. Han sido inventores, diseñadores de instrumentos de alta precisión o puede que científicos o profesores universitarios. Gente que ha experimentado con temperaturas muy bajas, trescientos, cuatrocientos o quinientos grados bajo cero. O puede que al revés, gente que investigara el calor.

¿Quiénes eran? ¿En qué trabajaban cuando los asesinaron? Finalmente, Microtab Corporation en Waltham, Massachusetts, en 1966. ¿Aún siguen en el negocio? Si la respuesta es afirmativa, ¿quién lo dirige y quién es el dueño? Si no, ¿quiénes eran los dueños en 1966 y qué les sucedió?

—McVey, ¿quién te crees que soy? ¿Wall Street? ¿El Ministerio de Hacienda, o el Departamento de Personas Desaparecidas? ¿Crees que basta con introducir los datos en el ordenador y ya está? ¿Para cuando lo quieres, para el uno de enero de 1995?

—Te llamaré mañana por la mañana.

—¿Qué dices?

—Benny, es muy, pero que muy importante. Si tienes problemas, llama a Fred Hanley, del FBI en Los Ángeles. Dile que es para mí, que he pedido ayuda —dijo McVey. Hubo una pausa—. Y otra cosa. Si no has tenido noticias mías mañana a mediodía, hora de Nueva York, llama a Ian Noble en Scotland Yard y entrégale toda la información que tengas.

—McVey —dijo Benny Grossman. Su voz había perdido el tono entusiasta e inquieto—. ¿Te has metido en un lío?

—Y muy grande.

—¿Muy grande? ¿Qué diablos significa eso?

—Oye, Benny, te debo una...

Osborn estaba en el rincón oscuro de la ventana mirando a la calle. La niebla era densa y casi no circulaban coches. Nadie caminaba por las aceras. La gente estaba en casa durmiendo, esperando que llegara el martes. Vio pasar una silueta bajo la luz de una farola y cruzar el bulevar en dirección al hotel. Pensó que era McVey pero no estaba seguro. Volvió a cerrar la cortina, se sentó y encendió una pequeña lámpara junto a la cama e iluminó la CZ 22 de Bernhard Oven. Se sentía como si llevara medio siglo ocultándose y sin embargo sólo habían pasado siete días desde que había visto a Albert Merriman sentado frente a él en la cervecería Stella.

¿Cuántas personas habían muerto en siete días? ¿Diez, doce? Tal vez más. Si no hubiera conocido a Vera y no hubiese venido a París, toda esa gente aún estaría viva. ¿Acaso era culpa suya? No había respuesta posible porque aquélla no era una pregunta razonable. Pero había conocido a Vera y había venido a París y nada podría cambiar lo que había sucedido desde entonces.

En las últimas horas, desde que McVey había salido, intentaba no pensar en Vera. Pero cuando la recordaba, porque no podía dejar de hacerlo, se decía que estaba a salvo y que los policías que la habían llevado a casa de su abuela en Calais eran leales, agentes de confianza y no tentáculos corruptos de la máquina infernal que los perseguía.

La violencia le había asestado un golpe temprano en la vida y las consecuencias lo habían perseguido desde entonces. La pesadilla después del asesinato de Merriman

y la paralizante crisis nerviosa que había terminado en brazos de Vera en el escondrijo del ático, eran apenas un intento desesperado para librarse de una verdad espantosa, a saber, que la muerte de Albert Merriman no había solucionado nada. El sórdido asesino de la cara cortada que había perseguido desde la infancia había sido reemplazado por un nombre y poca cosa más. Al abandonar el edificio de Vera y salir de su escondrijo arriesgándose a que lo cazara el hombre alto o la policía de París o a que al encontrarse cara a cara con McVey éste lo detuviera sin protocolos, se había rendido a la evidencia de que ya no podía enfrentarse a todo ese asunto en solitario. No había recurrido a McVey pidiendo clemencia sino ayuda. La llamada en la puerta lo sobresaltó como un disparo. Levantó la cabeza y se volvió de golpe como si lo hubieran sorprendido con los pantalones bajados. Se quedó mirando la puerta dudando si su mente le jugaba una mala pasada.

Llamaron a la puerta por segunda vez.

Si fuera McVey, pensó, diría algo o usaría la llave. Osborn empuñó firmemente la CZ justo en el momento en que empezó a girar el pomo de la puerta. Ésta cedió un poco, lo suficiente para que quienquiera estuviese al otro lado se diera cuenta de que estaba con llave. La presión cedió igual de rápido.

Osborn cruzó la habitación y se apoyó contra la pared justo al lado de la puerta. Sentía que se le acumulaba el sudor al contacto con el arma. Lo que sucediera ahora dependía de quien estaba en el pasillo.

—Lo siento, cariño. Te has equivocado de puerta. —Era McVey que hablaba con voz monótona y pesada desde el otro lado. Le respondió una voz desenfadada de mujer hablando francés—. Te has equivocado, cariño. Hazme caso. Prueba en el piso de arriba, ¡te has equivocado de piso!

La mujer respondió con un francés hosco, indignada.

Se oyó una llave en la cerradura. Luego se abrió la puerta y entró McVey. Llevaba con él a una chica de pelo oscuro cogida del brazo y del bolsillo de la chaqueta le asomaba un periódico enrollado.

—¿Quieres entrar? Pues entra —le dijo a la chica, y luego miró a Osborn—. Cierre esa puerta.

Osborn cerró la puerta, le echó llave y deslizó la cadena.

—Vale, cariño, ya estás dentro. ¿Y ahora qué? —dijo McVey a la chica, que se quedó en medio de la habitación con una mano en la cadera. Miró a Osborn. Debía de tener unos veinte años, un metro sesenta y no parecía asustada. Llevaba una blusa de seda ceñida y una falda muy corta, medias de red y tacones altos.

—Mete-saca, mete-saca —dijo, y sonrió seductora mirando a Osborn y luego a McVey.

—¿Quieres follarse con los dos? ¿Es eso lo que quieres?

—Claro, ¿por qué no? —La chica sonrió y su acento en inglés mejoró bastante.

—¿Quién te ha enviado?

—Vengo por una apuesta.

—¿Qué tipo de apuesta?

—El de la recepción dice que sois maricas. El botones dice que no.

McVey lanzó una carcajada.

—¿Y te han enviado para que te enteraras?

—Sí —dijo, y sacó un fajo de billetes de cien francos del escote como prueba de que decía la verdad.

—¿Qué coño es esto? —Osborn estaba intrigado.

McVey sonrió.

—Pues bien, resulta que estábamos engañándolos, cariño. El botones gana. — McVey miró a Osborn—. ¿Quieres follártela tú primero?

—¿Quéé? —Osborn no se lo podía creer.

—¿Por qué no? Si ya le han pagado y todo —dijo McVey, y miró a la chica—. Sácate la ropa.

—Claro —respondió ella. Lo decía en serio y lo hacía bien. No les sacó los ojos de encima a ninguno de los dos. Primero miraba a uno y luego al otro, como si cada prenda que se sacara fuera un espectáculo privado para cada uno de ellos. Y, lentamente, se lo fue sacando todo.

Osborn miraba boquiabierto. No podía creer que McVey pensara hacerlo. ¿Así, sin más, y con él allí presente? Había oído hablar de cómo se lo hacían los polis en ciertas situaciones, todo el mundo había oído hablar de aquellas historias pero nadie se las creía. Y sobre todo, jamás había pensado que fuera él uno de los protagonistas.

McVey le lanzó una mirada.

—Yo voy primero, ¿vale? —sonrió—. ¿No le importará si entramos en el baño, doctor?

—No, sírvase usted.

McVey abrió la puerta del baño y la chica entró. Él la siguió y cerró la puerta. Al cabo de un segundo, Osborn oyó que la chica lanzaba un chillido y luego un golpe sordo contra la puerta. Ésta se abrió y salió McVey, vestido.

Osborn se quedó mudo de asombro.

—Venía a espiarnos. Me vio en el pasillo y con eso le bastaba —sentenció McVey.

Se sacó el periódico de la chaqueta, se lo pasó a Osborn y entró en el baño para coger la ropa de la chica. Osborn abrió el periódico. Ni se fijó en el nombre, sólo en los grandes titulares en francés: Inspector de Hollywood buscado por el tiroteo de La Coupole. Más abajo, en letra más pequeña: «Vinculado al médico americano en el asesinato de Merriman». Más abajo, Osborn vio la misma foto de archivo de la policía de París que antes había publicado *Le Figaro*, junto a una foto de un McVey sonriente dos o tres años antes.

—Ésa la sacaron del *Los Angeles Times Magazine*. Un reportaje sobre la vida rutinaria de un inspector de Homicidios. Los lectores esperaban follón y sólo les dieron aburrimiento. Pero la publicaron de todas formas —dijo McVey, mientras

metía la ropa de la chica en una bolsa de lavandería del hotel y abría la puerta. Miró hacia el pasillo y dejó la bolsa fuera.

—¿Cómo sabían dónde estábamos? ¿Cómo pudieron averiguarlo? —dijo Osborn incrédulo.

McVey cerró la puerta y volvió a echar la llave.

—Sabían quién era su hombre y que nos seguía a uno de los dos. Sabían que yo trabajaba con Lebrun. Lo único que tenían que hacer era enviar a alguien al restaurante con un par de fotos y preguntar: «¿son éstos los tipos?». No es nada difícil. Por eso lo de la chica. Querían estar seguros de que éramos los que buscaban antes de entrar con la artillería. Ella pensaba que podía echar un vistazo, inventarse una historia y marcharse. Por lo visto estaba dispuesta a hacer lo que fuera si las cosas no le iban bien.

Osborn miró por encima del hombro de McVey a la puerta del baño.

—¿Qué le ha hecho?

McVey se encogió de hombros.

—Pienso que no sería buena idea dejar que bajara enseguida.

Osborn le devolvió el periódico a McVey y abrió la puerta del baño. La chica estaba desnuda y sentada en el water esposada a una tubería en la pared. Tenía una toalla metida en la boca y los ojos, furibundos, estaban a punto de saltársele de las órbitas. Osborn no dijo nada y cerró la puerta.

—Es una de esas tías duras —dijo McVey con un asomo de sonrisa—. Cuando la encuentren, armará un tremendo jaleo por su ropa antes de dejar que nadie llame por teléfono. Con suerte, ese lapso de tiempo agregará unos cuantos segundos a nuestra ya deteriorada expectativa de vida.

SETENTA Y CUATRO

Diez segundos más tarde, McVey y Osborn salieron sigilosamente al pasillo y cerraron la puerta a su espalda.

Los dos tenían las armas en la mano, aunque no hacían falta porque el camino estaba despejado.

Suponían que quien hubiese enviado a la chica la estaría esperando probablemente abajo. Eso significaba que esa gente sospechaba de ellos pero no estaban seguros. Además ya le habían dado bastante tiempo. La chica era una profesional y si hubiera tenido que satisfacer sexualmente a los sospechosos, se habría prestado a ello. Pero McVey sabía que no le darían demasiado tiempo.

Las paredes de los pasillos en la quinta planta del hotel Saint Jacques eran grises y el suelo estaba tapizado con una moqueta rojo oscuro. Había escaleras de incendio al final de cada pasillo y cerca del centro del edificio alrededor del hueco del ascensor. McVey eligió las escaleras más alejadas del ascensor, en un extremo del pasillo. Si sucedía algo no quería verse atrapado en un fuego cruzado.

Tardaron cuatro minutos y medio en llegar al sótano y cruzaron una puerta de servicio que daba a un callejón. Doblaron a la derecha y caminaron por el bulevar Saint Jacques a través de una espesa niebla. Eran las dos y cuarto de la mañana del martes 11 de octubre.

A las dos y cuarenta y dos minutos sonó dos veces el teléfono junto a la cama de Ian Noble y luego se activó la señal luminosa.

Noble no quería despertar a su mujer, que sufría de artritis y tenía problemas para conciliar el sueño. Se deslizó de la cama y empujó la puerta de nogal oscuro que separaba la habitación de su estudio privado. Al cabo de un momento cogió el supletorio.

—Sí.

—McVey.

—Han sido unos largos noventa minutos. ¿Dónde diablos está?

—En las calles de París.

—¿Todavía está con Osborn?

—Somos inseparables como dos siameses.

Noble pulsó un botón en el borde de la mesa y la cubierta se deslizó hacia atrás dejando a la vista un gran mapa aéreo de Inglaterra. Con un segundo toque del botón apareció un menú codificado. Y con un tercer toque se desplegó un detallado plano de París y sus alrededores.

—¿Puede salir de la ciudad?

—¿Hacia dónde?

Noble volvió a mirar el mapa.

—A unos veinticinco kilómetros hacia el este por la autopista N3 hay una ciudad que se llama Meaux. Justo antes de llegar hay un pequeño aeropuerto. Busquen un avión civil, un Cessna, con el código ST95 pintado en la cola. Si el tiempo lo permite, llegará entre las seis y las siete. El piloto esperará hasta las diez. Si no llegan a tiempo, vuelvan al día siguiente al mismo sitio y a la misma hora.

—Gracias, amigo —dijo McVey, y salió a reunirse con Osborn. Se encontraban en uno de los pasillos en el exterior de la estación de Lyon, en el bulevar Diderot, junto al Sena, en la zona noroeste de la ciudad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Osborn, expectante.

—¿Qué le parece dormir un poco? —dijo McVey.

Quince minutos más tarde, Osborn se recostaba y lanzaba una mirada a sus aposentos, un voladizo de piedra bajo el puente de Austerlitz junto al muelle Henri IV, en el Sena.

—Durante unas horas nos uniremos a los que no tienen hogar —dijo McVey, y en medio de la oscuridad se subió el cuello de la chaqueta y se tendió apoyándose en el hombro. También Osborn necesitaba descansar pero permaneció en pie. McVey se incorporó y lo vio sentado en el borde de granito con las piernas extendidas mirando el agua como si acabasen de arrojarlo a los infiernos ordenándole que permaneciera sentado durante toda la eternidad.

—Doctor —dijo McVey en voz baja—. Piense que esto es mejor que la Morgue.

El jet *Lear* de Von Holden aterrizó en una pista privada a unos treinta kilómetros al norte de París a las tres menos diez de la madrugada. A las dos y treinta siete minutos le habían comunicado por radio que la sección de París había identificado el objetivo al salir del hotel Saint Jacques aproximadamente a las dos y diez de la madrugada. Desde entonces no habían regresado. Se le daría más información en cuanto estuviera disponible.

La Organización tenía ojos y oídos en las calles, en las prefecturas de policía, en los sindicatos y hospitales, en las embajadas y hoteles de unas doce grandes ciudades de toda Europa y otra media docena en el resto del mundo. Habían encontrado a Albert Merriman con esos medios y lo mismo había sucedido con Agnès Demblon, la mujer de Merriman y Vera Monneray. A Osborn y a McVey los descubrirían con el mismo procedimiento. La cuestión era saber cuándo.

Hacia las tres y diez minutos, Von Holden viajaba en el asiento trasero de un BMW azul oscuro por la autopista N2. Cruzaba la salida de Aubervilliers llegando a París. Von Holden era como un oficial de mando que espera impaciente noticias de sus generales en el campo de operaciones. Para matar a Bernhard Oven, aquel McVey, el poli americano, había tenido mucha suerte o era muy listo, o las dos cosas. Lo había vuelto a demostrar al haberseles escapado de las manos justo cuando

acababan de descubrirlo. A Von Holden no le gustaba. La sección de París figuraba entre las más eficientes, estaba muy bien considerada y contaba con personal disciplinado. Bernhard Oven siempre había sido uno de los mejores.

Von Holden lo sabía muy bien. A pesar de ser varios años más joven, había sido superior de Oven en el ejército soviético y más tarde en la Stasi, la policía secreta de Alemania del Este, durante los años previos a la reunificación y a la disolución de ese organismo.

La carrera de Von Holden también había comenzado precozmente. A los dieciocho años había salido de Argentina rumbo a Moscú para completar sus últimos años de estudio. Inmediatamente después había comenzado su entrenamiento formal bajo la dirección del KGB en Leningrado. Quince meses más tarde estaba a cargo de una compañía del ejército soviético asignada al Cuarto Regimiento de Blindados y responsable de la protección de la embajada soviética en Viena. Allí ascendió al grado de oficial de las unidades especiales de reconocimiento de la Spetsnaz, entrenadas en sabotaje y acciones terroristas. Allí conoció a Bernhard Oven, uno de los seis tenientes bajo su mando en el Cuarto Regimiento.

Dos años más tarde, Von Holden fue oficialmente dado de baja en el ejército soviético y nombrado subdirector del Departamento de Administración de Deportes de Alemania del Este, responsable del entrenamiento de los deportistas alemanes de élite en el Instituto de Cultura Física de Leipzig. Entre ellos conoció a Eric y Edward Kleist, los sobrinos de Elton Lybarger.

En Leipzig, Von Holden fue reclutado además como «funcionario informal» del Ministerio de la Seguridad Estatal, la Stasi. Gracias a su entrenamiento como soldado del Spetsnaz, formaba a los reclutas en operaciones clandestinas contra ciudadanos de Alemania del Este, instruyendo a los «especialistas» en el arte del terrorismo y el asesinato. En aquel entonces hizo trasladar a Bernhard Oven del Cuarto Regimiento de Blindados. La valoración que Von Holden hizo de su talento no estuvo exenta de recompensas. Al cabo de dieciocho meses, Oven ya era uno de los hombres claves de la Stasi en el terreno y su asesino más eficiente.

Von Holden recordaba perfectamente aquella tarde en Argentina. Tenía entonces seis años y ese día se decidió su futuro. Habían salido a montar a caballo con un socio de su padre y durante el paseo, el hombre le preguntó qué quería hacer cuando fuera mayor. No era infrecuente que un hombre maduro le hiciera esa pregunta a un niño. Lo extraordinario fue la respuesta de Von Holden y lo que había hecho después.

—Trabajar para usted, ¡desde luego! —exclamó el joven Pascal, radiante y, espoleando su caballo, se había alejado por la pampa a galope tendido dejando al invitado solo sobre su montura. El hombre observó cuando la diminuta silueta, con destreza y cierta temprana predisposición a la impertinencia, lanzaba a su caballo en un salto por los aires volando por encima de unos arbustos hasta desaparecer. Fue en ese momento cuando se decidió el futuro de Von Holden. El hombre que le había hecho la pregunta era Erwin Scholl.

SETENTA Y CINCO

El suave chasquido de las ruedas sobre los raíles era reconfortante y Osborn se reclinó para dormir. No recordaba si había dormido durante las dos horas que habían pasado acurrucados bajo el puente de Austerlitz. Sólo sabía que estaba cansado, que se sentía greñado y sucio. Frente a él, apoyado con el codo en la ventana, McVey cabeceaba ligeramente. A Osborn le impresionaba la capacidad del policía para dormir en cualquier sitio.

Abandonaron su cobijo junto al Sena a las cinco y regresaron a la estación donde descubrieron que los trenes para Meaux partían de la estación del Este, a quince minutos en coche al otro lado de París. Presionados por el tiempo se arriesgaron a cruzar la ciudad en taxi confiando que el taxista, detenido al azar, no fuera otra cosa que lo que aparentaba.

Llegaron a la estación y entraron por puertas diferentes, los dos perfectamente conscientes de que las primeras ediciones de los periódicos en todos los quioscos anunciaban con grandes titulares el tiroteo de La Coupole con sus fotos destacadas más abajo.

Momentos más tarde, unas manos nerviosas compraban billetes separados en ventanillas diferentes. Ninguno de los dos empleados había hecho otra cosa que entregar los billetes de tren a cambio de dinero y servir al próximo en la fila.

Esperaron unos veinte minutos separados pero vigilándose mutuamente. El único motivo de sobresalto fue la aparición de cinco gendarmes que traían esposados a cuatro presos de aspecto hosco y se dirigían a uno de los trenes. Por un momento pareció que fueran a abordar el tren a Meaux, pero en el último instante cambiaron de dirección y se alejaron con sus siniestros pasajeros a otro andén.

A las seis y veinticinco, Osborn y McVey subieron con los otros viajeros y se sentaron separados en el mismo vagón del tren que salía de la estación del Este a las seis y media, con llegada a Meaux prevista para las siete y diez. Tendrían tiempo de sobra para viajar desde la estación hasta la pista de aterrizaje y encontrarse con el piloto de Noble y su Cessna ST95.

El tren tenía ocho vagones y pertenecía a un recorrido de cercanías de la línea EuroCity. Unas veinticinco personas, la mayoría empleados que partían a trabajar a primera hora, viajaban en el mismo compartimiento de segunda clase. El vagón de primera clase iba vacío, algo que McVey había estudiado cuidadosamente antes de comprar los pasajes. A dos hombres solos en un vagón vacío se los recordaba y describía fácilmente, aunque viajaran en asientos distintos. Los mismos dos hombres viajando entre otros pasajeros pasarían más desapercibidos.

Osborn se tiró el puño de la camisa hacia atrás y se miró el reloj. Faltaba un minuto para las siete. Quedaban once minutos para llegar a Meaux. Fuera divisó el sol que nacía en medio de una atmósfera gris, dándole un aspecto más suave y verde

al campo.

El contraste con el sol ardiente de los montes malos en el sur de California era inquietante. Sin ningún motivo en particular, conjuraba en Osborn imágenes de McVey y del hombre alto y la muerte que los acompañaba a ambos. La muerte no existía en ese paisaje. El viaje en tren, los parajes verdes y el amanecer era algo que debía ensalzarse con amor y admiración. De pronto, a Osborn lo invadió una nostalgia dolorosa de Vera. Quiso sentirla, tocarla, respirar su fragancia. Cerró los ojos y vio la textura de su pelo y la suavidad de su piel. Y sonrió al recordar esa pelusilla casi imperceptible en el lóbulo de su oreja. Vera sí que le importaba. Era su país el que recorría. Era su mañana, su día.

Desde algún lugar se oyó un golpe sordo y penetrante. El tren tembló y de repente Osborn se vio lanzado contra un sacerdote que, segundos antes, leía un periódico. Luego el vagón comenzó a dar tumbos y los dos cayeron al suelo. El vagón seguía rodando, como una máquina de feria desbocada. Los vidrios estallaron en pedazos y el estruendo del acero retorciéndose se mezcló con los gritos de los pasajeros. Osborn lanzó una mirada al techo justo en el momento en que un marco de aluminio le dio en la cabeza. Una fracción de segundo después, Osborn estaba tendido boca arriba y sentía el peso de alguien encima suyo. Sobre su cabeza estalló el cristal de una ventana y él quedó bañado en sangre. El vagón volvió a dar tumbos y la persona encaramada sobre él resbaló sobre su pecho. Era una mujer y Osborn vio que había perdido la parte superior del torso. Luego se oyó un rechinar horrible de acero chocando contra el acero, seguido de una enorme explosión. Osborn salió disparado hacia delante y todo se detuvo.

Pasaron segundos o minutos antes de que abriera los ojos. Vio el cielo gris a través de los árboles y los pájaros volando en círculo. Durante un rato permaneció tendido, sólo dedicándose a respirar. Finalmente, quiso moverse. Primero la pierna izquierda, luego la derecha. Luego el brazo, hasta que vio su mano izquierda, aún vendada, y luego el brazo y la mano derecha. Era milagroso, había sobrevivido.

Se incorporó y vio la enorme mole de hierro retorcido. Los restos de uno de los vagones yacían volcados sobre un terraplén. Osborn se dio cuenta de que había salido expulsado del vagón. Más arriba en el terraplén, vio los otros vagones incrustados unos contra otros como los pliegues de un acordeón. Algunos estaban amontonados, casi empotrados unos sobre otros. A los lados se extendía un reguero de cuerpos. Algunos se movían pero la mayoría yacía inerte. En la cima de la colina, un grupo de adolescentes observaba la catástrofe y hacía señas con la mano.

Osborn comprendió inmediatamente lo que había sucedido.

—¡McVey! —gritó Osborn—. ¡McVey! —repitió, haciendo un esfuerzo para incorporarse. Vio pasar entre los niños a los primeros equipos de rescate corriendo cuesta abajo por la colina.

Se mareó al ponerse de pie. Cerró los ojos, se apoyó contra un árbol y respiró profundamente. Levantó la mano y se tomó el pulso. Era fuerte y regular. Luego

alguien, un bombero, pensó, le habló en francés.

—Estoy bien —dijo en inglés, y el hombre desapareció.

De pronto se dio cuenta de que la gente gritaba y que todo se había convertido en un enorme caos. Los equipos de rescate bajaban corriendo por la colina y se encaramaban al interior de los vagones. Empezaban a sacar a la gente a través de las ventanas rotas o los arrastraban para ayudarles a salir de debajo de los escombros. A los muertos los cubrían rápidamente con mantas.

Toda la colina se vio envuelta en una frenética actividad.

Por encima de todo, de los gritos, de los chillidos y las sirenas en la distancia, de los heridos pidiendo ayuda, por encima de todo flotaba el penetrante olor del líquido de frenos caliente, chorreando de las mangueras despedazadas.

El olor obligó a Osborn a taparse la nariz mientras recorría la escena de la tragedia que lo rodeaba.

—¡McVey! —volvió a gritar—. ¡McVey, McVey!

—Sabotaje —oyó que decía alguien al pasar. Se volvió y se encontró frente a frente con el rostro de un miembro de los equipos de rescate.

—Americano —dijo—. Hay un hombre mayor. ¿Lo habéis visto?

El hombre lo miró como si no le entendiera. Luego vino un bombero y ambos subieron corriendo la colina.

Osborn se abrió paso caminando sobre cristales rotos y encaramándose entre los metales retorcidos, yendo de una víctima a otra. Vio a los médicos que atendían a los supervivientes y levantó las mantas para mirar los rostros de los muertos. McVey no estaba entre ellos.

Y de pronto, al levantar una manta para ver el rostro de un hombre muerto, vio que sus párpados se abrían y luego se volvían a cerrar. Estiró la mano para sentir el latido del corazón y encontró un pulso. Levantó la mirada y vio a un enfermero.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Este hombre está vivo!

El enfermero acudió de prisa y Osborn se apartó. Al incorporarse sintió el frío y el mareo y supo que la conmoción había comenzado. Primero se le ocurrió pedirle una manta al enfermero y esbozó el gesto. Pero recapacitó y pensó que si se trataba de un sabotaje, era probable que él y McVey hubiesen sido los objetivos. Si pedía una manta, sabrían que estaba entre los pasajeros. Le preguntarían el nombre y lo registrarían como superviviente.

«No —pensó, y se alejó del lugar—. Será mejor desaparecer y ocultarse».

Vio una hilera de árboles en las inmediaciones del terreno llano cerca de donde se encontraba. El enfermero le daba la espalda y los demás miembros del equipo de rescate estaban más abajo en la colina. Con un gran esfuerzo físico, escaló los pocos metros hasta los árboles con miedo de tardar demasiado arriesgándose a que lo vieran. Nadie miraba en esa dirección, y Osborn se alejó hasta perderse entre los matorrales. Allí, lejos de la agitación, se tendió entre las hojas húmedas y apoyando la cabeza en el brazo como si fuera una almohada, cerró los ojos. No tardó en caer en

un sueño profundo.

SETENTA Y SEIS

Ian Noble recibió las noticias del descarrilamiento del tren París-Meaux antes de una hora después del hecho. Los primeros informes indicaban que se trataba de un sabotaje. Un segundo informe confirmaba que se trataba de un explosivo activado en el motor mismo del tren. El hecho de que McVey y Osborn viajaran en ese tren, a esa hora, acudiendo a la cita con el piloto de Noble en la pista de aterrizaje de Meaux, era demasiada coincidencia. Y puesto que el piloto había aterrizado y esperado el tiempo debido y luego había regresado sin tener noticias de ellos, había motivos suficientes para pensar que McVey y Osborn habían viajado en ese tren.

Noble llamó inmediatamente al capitán Cadoux a su residencia en Lyon y le informó de lo ocurrido. Le preguntó qué había descubierto en su investigación sobre Hugo Klass, el alemán experto en huellas dactilares, y sobre la muerte de Antoine, el hermano de Lebrun. Noble suponía que McVey y Osborn habían cogido ese tren y que la organización para la que trabajaba Klass, o con la que había estado implicado Antoine, era la responsable del atentado. Era una demostración más del alcance que tenía su red de espionaje.

Poco importaba que hubieran encontrado a Merriman, a Agnès Demblon y a los otros o que supieran quién era Vera Monneray y dónde vivía. Pero que estuviesen informados sobre el encuentro clandestino entre McVey y Osborn en La Coupole y luego supieran que los dos habían cogido el tren París-Meaux no dejaba de ser sorprendente.

Cadoux estaba mudo de asombro y la situación aumentaba su sentido de frustración. El seguimiento al que había sometido a Klass sólo había arrojado el resultado de una cena con su mujer el sábado por la noche, la misa el domingo por la mañana y el regreso al trabajo como de costumbre la mañana del día siguiente. El teléfono pinchado tampoco había dado resultados. En relación al caso de Antoine, éste habría regresado a casa después de una cena con su hermano y se habría ido directamente a la cama. Por algún motivo se levantó para ir a su estudio antes del amanecer, lo cual no era habitual en él. Y hete aquí que su mujer lo encontró a las siete y media. Estaba tendido en el suelo junto a la mesa con su Beretta de nueve milímetros a un lado sobre la moqueta. El arma había sido disparada una vez y Antoine tenía una sola herida de bala en la sien derecha. El informe de balística demostraba que la bala provenía del arma encontrada en poder de Antoine. Las puertas de fuera estaban cerradas, pero el seguro de una ventana de la cocina estaba abierto, de modo que era posible que alguien hubiese entrado y salido por allí, si bien no había huellas que lo demostraran.

—O puede que solamente hubiera salido —dijo Noble.

—Sí, también pensamos eso —dijo Cadoux con su marcado acento francés—, que Antoine dejara entrar a alguien por la puerta principal y luego la volviera a cerrar.

Por la hora, debía de haber conocido a quien hubiera entrado, o no le habría abierto. Luego lo mataron y salieron por la ventana. Pero no había huellas de que hubiera sucedido y el dictamen final del forense fue suicidio.

Noble estaba más desconcertado que nunca. Todo aquel que conocía a Albert Merriman estaba muerto o destinado a ser una víctima y el hombre que lo había descubierto por las huellas dactilares parecía absolutamente inocente.

—Cadoux —dijo Noble—, en Interpol, Washington, ¿con quién contactó Klass para que pidieran el expediente de Merriman a la policía de Nueva York?

—Con nadie.

—¿Cómo es posible?

—Washington no guarda ningún registro de la solicitud.

—Eso es imposible. Se les envió un fax directamente desde Nueva York.

—Viejos códigos, amigo mío —dijo Cadoux—. En el pasado, los jefes de Interpol tenían claves privadas con acceso a información que nadie más podía obtener. Esa práctica ya no está vigente. Sin embargo, aún hay quienes recuerdan las claves y las utilizan y no hay manera de seguirles la pista. Tal vez la policía de Nueva York enviara un fax a Washington que llegara directamente a Lyon, lo cual significa que electrónicamente pasó por alto la etapa de Washington.

—Cadoux —dijo Noble vacilante—, ya sé que McVey se opondría a esto, pero creo que se nos acaba el tiempo. Detenga discretamente a Klass y que lo interroguen. Si quiere, yo mismo puedo ir. Es la única pista que tenemos.

—Ya entiendo. Estoy de acuerdo con usted. Dígame algo sobre McVey en cuanto sepa algo de él. Para bien o para mal. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo, para bien o para mal.

Noble colgó y se quedó pensando un rato. Luego buscó sus pipas detrás de la mesa, escogió una de calabaza amarilla y la llenó de tabaco.

Si McVey y Osborn no habían cogido el tren de París-Meaux y por cualquier motivo no habían podido contactar con su piloto en la pista de Meaux, estarían allí cuando aterrizara mañana. Pero veinticuatro horas era una espera demasiado larga. Noble le había dicho a Cadoux que suponía que iban en el tren. Y ahora actuaría en consecuencia con ese dato. Si estaban muertos, no había nada que hacer pero si estaban vivos, había que sacarlos de Francia enseguida, antes de que los descubrieran.

Poco después de las once menos cuarto, casi cuatro horas después del descarrilamiento, una periodista alta, delgada y muy atractiva, portadora de credenciales del periódico Le Monde, aparcaba su coche junto a los demás vehículos de la prensa en el arcén del camino. Luego se unió al enjambre de periodistas que ya habían llegado al escenario de la catástrofe.

Las tropas de la Guardia Nacional francesa se habían unido a la policía de Meaux y a los bomberos en los trabajos de rescate. Se contaban hasta trece muertos

incluyendo al maquinista del tren. Otros treinta y seis estaban hospitalizados, veinte en estado grave y otros quince internados con quemaduras leves ya habían recibido el alta. El resto aún yacía sepultado bajo los hierros y los cálculos más sombríos calculaban que pasarían horas e incluso días antes de llegar al recuento definitivo.

—¿Hay una lista de nombres por nacionalidades? —preguntó la periodista al entrar en una gran tienda de campaña montada para la prensa a unos veinte metros de los raíles.

Pierre André era un hombre de mediana edad y trabajaba como enfermero de la Guardia Nacional y responsable de la identificación de las víctimas. Levantó la mirada de su mesa de trabajo y vio la credencial de Le Monde, luego la miró a ella y sonrió, quizá la única sonrisa que había regalado en todo el día. Avril Rocard era realmente atractiva.

—Sí, señora —dijo André, y se volvió enseguida hacia un subordinado—. Teniente, por favor, entréguele a la señora una lista de muertos y heridos.

El oficial sacó una hoja de una carpeta que tenía enfrente y cuadrándose se la entregó.

—*Merci* —dijo ella.

—Debo advertirle, señora, que falta mucho para completarla. Tampoco se puede publicar antes de que se notifique a los familiares —dijo Pierre André, esta vez sin la sonrisa.

—Desde luego.

Avril Rocard trabajaba como detective en París y era especialista en asuntos de falsificación de monedas en el gobierno francés. Sin embargo, su presencia allí como enviada de Le Monde no respondía a una misión del gobierno ni de la Prefectura de Policía de París. La había enviado Cadoux. Eran amantes desde hacía una década y Avril era la única persona en toda Francia en la que Cadoux podía confiar como en sí mismo.

Se alejó y revisó la lista. La mayoría de los pasajeros identificados eran franceses. También había dos alemanes, un suizo, un sudafricano, dos irlandeses y un australiano. No había americanos.

Avril Rocard abandonó la escena en dirección a su coche, abrió la puerta y entró. Cogió el teléfono celular, marcó un número en París y esperó mientras comunicaba con Lyon.

—¿Sí? —La voz de Cadoux se oía nítidamente.

—Hasta el momento, nada. No hay ningún americano en la lista.

—¿Qué aspecto tiene el asunto?

—Se parece al infierno. ¿Qué hago?

—¿Alguien te ha dicho algo por la credencial?

—No.

—Entonces, quédate hasta que hagan el recuento de todas las víctimas.

Avril Rocard colgó y devolvió lentamente el auricular a su sitio. A sus treinta y

tres años, Avril ya debería tener un hogar y un hijo. Al menos debería tener un marido. ¿Por qué diablos se dedicaba a hacer esto?

SETENTA Y SIETE

Eran las ocho de la mañana y Benny Grossman volvía a casa del trabajo.

Se había encontrado con Matt y David, sus dos hijos adolescentes, justo cuando se marchaban al colegio. Un rápido «hola papá, hasta luego papá» y los chicos desaparecieron. Y ahora Estelle se preparaba para salir a su trabajo en la peluquería de Queens.

—Hostia puta —oyó decir a Benny desde la habitación. Benny llevaba sólo los calzoncillos, una cerveza en una mano y un bocadillo en la otra y estaba de pie frente al televisor. Había pasado la noche trabajando en el departamento de Archivos e Información de la comisaría manejando teléfonos y ordenadores, reclutando la colaboración de un puñado de piratas informáticos muy versados e introduciéndose en ciertas bases de datos privadas para dar con la información que McVey había pedido sobre los asesinatos de 1966.

—¿Qué pasa? —Preguntó Estelle, que había entrado en la habitación—. ¿A qué viene eso de hostia puta?

—Shhh —la hizo callar Benny.

Estelle se volvió para ver lo que miraba su marido. Era un reportaje de la CNN sobre un descarrilamiento de trenes en las afueras de París.

—Qué horrible —dijo ella mientras observaban a los bomberos que trasladaban en camilla a una mujer ensangrentada, subiendo a duras penas por un terraplén—. Pero ¿por qué armas tanto jaleo tú con eso?

—McVey está en París —dijo sin levantar la mirada del televisor.

—Conque McVey está en París —repitió ella sin inflexión en la voz—. Y lo mismo le sucede a otro millón de personas. A mí sí que me gustaría estar en París.

Benny se volvió bruscamente hacia ella.

—Estelle, vete al trabajo, ¿vale?

—¿Sabes algo que no sepa yo?

—Cariño, Estelle, vete al trabajo, ¿vale?

Estelle Grossman se quedó mirando fijamente a su marido. Cuando Benny hablaba así, era como un poli advirtiéndole que no era asunto suyo.

—Duerme algo —dijo.

—Ya.

Estelle lo observó un momento, sacudió la cabeza y salió. A veces pensaba que a Benny le importaban demasiado los amigos y la familia. Si se lo pedían, hacía cualquier cosa por ellos por mucho que le costara. Pero cuando se cansaba como ahora, su imaginación le jugaba malas pasadas.

—Comandante Noble, soy Benny Grossman, de la policía de Nueva York.

Benny aún estaba en ropa interior y tenía sus notas desparramadas sobre la mesa de la cocina. Llamaba a Noble porque eran instrucciones de McVey en caso de que no recibiera su llamada, y ahora tenía un sentimiento real, casi psíquico, de que McVey no iba a llamar, al menos hoy. En diez minutos explicó lo que había destapado.

—Alexander Thompson trabajaba en programación de ordenadores de última generación. Se jubiló de su empleo en Nueva York para retirarse a Sheridan, Wyoming, en 1962. Razones de salud. En Wyoming trabó amistad con un escritor de Hollywood que llevaba a cabo una investigación para una película de ciencia ficción sobre los ordenadores. El escritor se llamaba Harry Simpson y el estudio era American Pictures. A Alexander Thompson le dieron veinticinco mil dólares y le pidieron que diseñara un programa informático. Un ordenador manejaría un brazo articulado que sostendría con suma precisión el bisturí durante una operación. De hecho, se trataba de reemplazar al cirujano. Claro que todo esto era teoría, ciencia ficción, futurismo. Se trataba de construir algo que funcionara de verdad, aunque fuera de forma primitiva. En enero de 1966, Thompson entregó su programa. Tres días más tarde lo encontraron muerto de un disparo en un camino abandonado. Los investigadores descubrieron que no había ningún Harry Simpson en Hollywood ni había un estudio llamado American Pictures. No quedaron huellas del programa informático diseñado por Alexander Thompson.

»David Brady diseñaba instrumentos de precisión para una pequeña empresa de Glendale, California. En 1964, la empresa pasó a manos de Alama Steel Ltd. de Pittsburg, Pensilvania. A David Brady lo contrataron para diseñar un brazo articulado manejado por medios electrónicos con el mismo radio de articulación que la muñeca de un hombre y que fuera capaz de sostener y manejar un bisturí con extrema precisión en el transcurso de una operación quirúrgica. Brady terminó su diseño y lo entregó para que lo revisaran cuarenta y ocho horas antes de que lo encontraran muerto en la piscina de su casa. Se descartó el ahogo por inmersión porque tenía un picahielos clavado en el corazón. Dos semanas más tarde, Alama Steel se declaró en quiebra y la empresa cerró. Los dibujos de Brady no fueron encontrados. Por lo que Benny había podido establecer, Alama Steel jamás había existido. Las nóminas de los salarios estaban emitidas a nombre de una empresa llamada Wentworth Products Ltd. de Ontario, Canadá. Wentworth Products se declaró en quiebra la misma semana que Alama Steel.

»Mary Rizzo York era una físico que trabajaba para Standard Technologies de Perth Amboy, Nueva Jersey, una empresa especializada en investigación sobre bajas temperaturas y subcontratista de T.L.T. International de Manhattan, una empresa que transportaba carne congelada de Australia y Nueva Zelanda a Francia e Inglaterra. En algún momento de 1965, T.L.T. diversificó sus actividades y contrató a Mary York para que elaborara un programa de trabajo para cargar gas natural licuado en cargueros refrigerados. La idea era que el gas se licúa con frío, y como el gas natural no podía cruzar los mares por conductos submarinos, se podía licuar y transportar por

barco. Con ese fin, Mary York comenzó sus experimentos con temperaturas frías trabajando con nitrógeno líquido, un gas que se licúa a 196 grados centígrados bajo cero. Luego experimentó con hidrógeno líquido y al final con la licuación del helio, un gas que se licúa a 269 grados bajo cero. A esa temperatura se podía usar el helio líquido para enfriar otros materiales hasta la misma temperatura. Mary York estaba embarazada de seis meses y desapareció una noche que se quedó a trabajar en su laboratorio, el 16 de febrero de 1966. El laboratorio se incendió. Cuatro días más tarde, el mar arrojó el cadáver de Mary York, que presentaba signos de estrangulación, bajo el Muelle del Acero en Atlantic City. Y todas las notas, fórmulas o proyectos en los que trabajaba, se quemaron en el incendio o desaparecieron con ella. Dos meses después, T.L.T. International se declaró en quiebra. El presidente de la empresa se suicidó. —Comandante— dijo Benny—. Hay dos cosas más que McVey quería saber. La empresa Microtab en Waltham, Massachusetts. La quiebra data del mes de mayo del mismo año. Lo segundo que quería saber era...

Ian Noble había grabado la totalidad de la conversación con Benny Grossman. Cuando terminaron de hablar pidió una transcripción para sus archivos personales y llevó el casete con una grabadora a la habitación fuertemente custodiada de Lebrun en el hospital de Westminster. Cerró la puerta, se sentó junto a la cama y encendió el aparato. Durante los siguientes quince minutos, Lebrun, con los tubos de oxígeno aún conectados a la nariz, escuchó en silencio. Finalmente, Benny Grossman terminó su relato con aquel típico acento neoyorquino.

—Lo que quería saber era qué pasaba con un tal Erwin Scholl que en 1966 era dueño de una casona en Westhampton Beach en Long Island. Erwin Scholl sigue siendo propietario de la casona. Tiene otra en Palm Beach y una tercera en Palm Springs. Mantiene un perfil bajo pero es un magnate de peso en el mundo de las publicaciones y está tan forrado que tiene su propia colección de obras de arte. Además suele jugar al golf con Bob Hope, Gerald Ford y, de vez en cuando, con el propio presidente. Y eso si no salen juntos a pescar o se van a Camp David, donde Scholl tiene su propio bungalow. Dígale a McVey que este Scholl no es el que busca. Es muy grande. Pero que mucho. Es un intocable. Y eso, que lo sepa McVey, me lo dijo su amigo Fred Hanley, del FBI en Los Ángeles.

Noble apagó la grabadora. A Benny se le notaba preocupado, rayano en una nerviosa inquietud por la suerte de McVey, y Noble no quiso que Lebrun escuchara. Hasta ahora, Lebrun no sabía nada del incidente del tren. Acababa de recibir la dolorosa noticia de la muerte de su hermano y no había por qué hacerlo sufrir más.

—Ian —murmuró Lebrun—. Ya me he enterado de lo del tren. Puede que me hayan disparado pero aún no estoy muerto. He hablado con Cadoux hace unos veinte minutos.

—Conque te las estás dando de poli duro, ¿eh? —sonrió Noble—. Pues bien, aquí va una que no sabías. McVey mató al pistolero que liquidó a Merriman e intentó matar a Osborn y a la chica, Vera Monneray. Me ha enviado las huellas del hombre

muerto. Hicimos una búsqueda informática y no encontramos nada. Estaba limpio, sin expediente, nada. Por razones obvias no podía recurrir a los servicios de Interpol para pedir más información. De modo que llamé a Inteligencia Militar, que muy gentilmente me dieron lo siguiente... —Noble sacó una pequeña libreta y pasó las páginas hasta dar con lo que buscaba.

—Nuestro pistolero se llamaba Bernhard Oven. Última dirección, desconocida. Sin embargo, lograron dar con un número de teléfono. El 0372-885-7373. Como era de esperar, el número corresponde a una carnicería.

—El 0372 era el código de Berlín Este antes de la reunificación —dijo Lebrun.

—Así es. Y nuestro amigo Bernhard Oven fue, hasta su disolución, un miembro destacado de la Stasi.

—¿Qué demonios está haciendo la policía secreta de Alemania del Este en París? —preguntó Lebrun en un murmullo, llevándose una mano a los tubos de la garganta—. Sobre todo ahora que no existe.

—Espero y ruego que McVey se encuentre pronto entre nosotros para contárnoslo —dijo Noble, con semblante serio.

SETENTA Y OCHO

Hacia el anochecer, el cadáver retorcido del tren París-Meaux era aún más grotesco que de día. Unos faros inmensos iluminaban la zona mientras dos grúas gigantescas instaladas en los vagones que se apoyaban en los raíles trabajaban para apartar los que estaban destrozados junto al terraplén.

Al final de la tarde había comenzado a caer una ligera bruma y el frío húmedo despertó a Osborn que dormía entre los árboles no lejos de allí. Se incorporó y se tomó el pulso, que encontró normal. Le dolían los músculos y tenía el hombro derecho magullado, pero curiosamente se sentía en excelente estado. Se levantó y se acercó entre los árboles hasta el borde del bosquecillo. Desde allí, podía observar las operaciones de rescate y mantenerse oculto. No había manera de saber si a McVey lo habían encontrado vivo o muerto y Osborn no se atrevía a salir de su escondite para inquirir sobre su suerte temiendo que lo descubrieran a él. Lo único que podía hacer era quedarse donde estaba y observar esperando ver o captar algo al vuelo. Era un sentimiento horrible de impotencia, pero era lo único que podía hacer.

Se agachó entre las hojas húmedas, se levantó el cuello de la chaqueta y, por primera vez en muchas horas, pensó en Vera. Recordó el momento en que se conocieron en Ginebra y luego pensó en su sonrisa, en el color de su pelo y en la magia profunda de sus ojos cuando lo miraba. Y en ese recuerdo se encarnaba todo lo que el amor era o podía ser.

Hacia el anochecer, Osborn había captado lo suficiente respecto a los equipos de rescate y a las tropas de la Guardia Nacional para saber que se había tratado efectivamente de una bomba y aquello le daba la certeza de que él y McVey habían sido los objetivos del atentado. Mientras sopesaba las ventajas de presentarse ante el comandante de la Guardia Nacional e identificarse con el fin de encontrar a McVey, de pronto, por algún motivo, un bombero que pasaba cerca se quitó el casco y la chaqueta, los dejó sobre una de las barreras de la policía y se alejó. Era una invitación que Osborn no podía desaprovechar. Se acercó rápidamente y los cogió.

Se puso la chaqueta y el casco y con el rostro oculto por la visera empezó a caminar entre los restos del tren confiando que con su aspecto de trabajador oficial no le preguntaran nada. Cerca de una tienda instalada como centro de operaciones de la prensa se cruzó con varios reporteros y un equipo de televisión y encontró una lista de heridos y muertos. La revisó rápidamente, y encontró sólo un americano, un adolescente de Nebraska. Si McVey no estaba en la lista significaba que había escapado como él o que aún se encontraba sepultado bajo el horrible esqueleto de hierros retorcidos. Levantó la mirada y se encontró con una mujer alta, delgada y muy atractiva, con una credencial de prensa colgándole del cuello. Era evidente que lo había estado observando y ahora dio unos pasos en su dirección. Osborn cogió un hacha de incendios, se la colocó sobre el hombro y volvió hacia la zona de búsqueda.

Miró hacia atrás para ver si la mujer lo seguía pero no la vio. Dejó el hacha a un lado y se alejó protegido por la oscuridad.

En la distancia divisaba las luces de la ciudad de Meaux. Recordó haber visto un cartel que indicaba una población de cuarenta y pico mil habitantes. De vez en cuando despegaba o aterrizaba un avión en el pequeño aeropuerto de las cercanías. Allí tendría que dirigirse cuando amaneciera. No sabía a quién había llamado McVey en Londres. Sin pasaporte y escaso dinero, lo mejor que podía hacer era llegar hasta la pista de aterrizaje y esperar que el Cessna volviera al día siguiente según lo establecido en el plan original.

De pronto se oyó un ruido estruendoso y el agudo chillido del hierro cuando una de las grúas arrancaba un vagón de pasajeros. Lo levantó por los aires y lo trasladó oscilando a la parte superior del terraplén donde desapareció de vista. Al cabo de un momento, la segunda grúa balanceó su brazo y los trabajadores se encaramaron para asegurar los cables y sacar el siguiente vagón.

Descorazonado, Osborn se volvió y regresó a la oscuridad de los árboles en la colina. Se agachó y siguió observando.

¿Cuánto tiempo hacía que conocía a McVey? Cinco días, tal vez seis, desde que lo vio ante la puerta de su habitación del hotel en París. Ahora le volvió una miríada de recuerdos. Le había dado un susto de muerte porque no sabía qué andaba buscando el policía ni por qué quería hablar con él, pero decidió que no se le notara. Logró eludir todas las preguntas e incluso le mintió acerca del lodo en sus zapatos. Entonces tenía miedo de que McVey lo obligara a vaciarse los bolsillos y descubriera la succinilcolina y las jeringas. ¿Cómo podían pensar que los acontecimientos se iban a disparar de aquella manera, lanzándolos a los dos de cabeza en la espiral de una compleja y sangrienta trama de conspiración y violencia? ¿Cómo iba a adivinar que todo terminaría allí, en aquella amalgama horrible de hierros retorcidos? Quería creer que la noche pasaría sin incidentes y que a la mañana siguiente encontraría a McVey en los hangares del aeropuerto de Meaux haciéndole señas desde el Cessna, que los llevaría a un lugar seguro. Pero eso no era más que un deseo, un sueño y Osborn lo sabía. A medida que transcurrían las horas se perfilaba una realidad más sólida. En las grandes catástrofes, cuanto más tiempo pasaba sin que se hallara a una persona, menores eran las probabilidades de que estuviera viva. McVey debía de estar en algún lugar de las cercanías, tal vez a sólo unos metros de distancia de donde estaba él y eventualmente lo encontrarían. Sólo le quedaba esperar que el final le hubiese llegado rápidamente y sin dolor.

Esa esperanza iba acompañada de un sentido de destino final como si a McVey ya lo hubieran encontrado y dado por muerto. Acababa de conocerlo y le habría gustado conocerlo más a fondo. Como un niño conoce mejor a su padre conforme crece. De pronto Osborn se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos y se preguntó por qué le vendría ese pensamiento ahora. McVey como su padre. Era un pensamiento antojadizo y curioso que permanecía latente. Cuanto más perduraba, más lo abrumaba

el sentimiento de haber sufrido una gran pérdida.

En ese momento, mientras intentaba salir de su ensueño, se percató de que desde hacía un rato no dejaba de mirar hacia la parte baja de la colina, lejos de la actividad de los equipos de rescate. De pronto fijó la vista en un bulto en un manchón de árboles cerca del terraplén.

A la luz del día, debido al espeso follaje y a la luz sin relieve de un cielo cubierto, habría pasado fácilmente desapercibido. Sólo ahora en la oscuridad, la luz proyectada desde arriba creaba una sombra angular que lo ponía de relieve.

Osborn comenzó a bajar rápidamente la colina. Resbaló sobre las piedras y se agarró de los arbustos para sostenerse yendo de uno a otro hasta llegar abajo.

Vio que aquel bulto era un bloque de vagón que, por alguna razón, se había desprendido limpiamente del tren. Estaba mirando hacia atrás entre la maleza y la cara interior apuntaba directamente hacia fuera y arriba de la colina. Osborn se acercó y vio que el bloque era todo un compartimiento y que la puerta estaba cerrada y abollada por un fuerte golpe. Entonces Osborn vio que era la cabina de aseo de un vagón.

—¡No puede ser! —exclamó. Pero no era horror lo que sentía sino ganas de reír—. No es posible —dijo. Se acercó y comenzó a reír—. McVey —llamó—, McVey, ¿está usted ahí adentro?

Por un momento, no hubo respuesta.

—¿Osborn? —se oyó una voz en sordina no del todo segura desde el interior.

Era el temor. O el alivio. O el absurdo. Fuera lo que fuese, la tensión se había destapado y Osborn soltó una carcajada. Se apoyó contra el compartimiento rugiendo de risa dándole a uno de los paneles con la palma de la mano y luego golpeándose los muslos con los puños, secándose las lágrimas de las mejillas.

—¡Osborn! ¿Qué diablos está haciendo? ¡Abra la puerta!

—¿Se encuentra bien? —gritó.

—¡Sáqueme de aquí inmediatamente!

La risa de Osborn se desvaneció tan rápido como había aparecido. Sin sacarse la chaqueta de bombero subió corriendo la colina. Se movió resueltamente entre los soldados de la Guardia Nacional que patrullaban con subfusiles automáticos y se dirigió al área de mayor actividad. Encandilado por los potentes faros, encontró una pequeña palanca de hierro. Se la metió bajo la chaqueta y volvió sobre sus pasos. Al llegar arriba de la colina se detuvo y miró a su alrededor. Después de asegurarse de que nadie lo veía, cruzó al otro lado y volvió a bajar.

Cinco minutos más tarde se oyó un chasquido seco y el acero crujió cuando saltaron las bisagras de la puerta desfondada y McVey salió a respirar aire puro. Tenía el pelo desmelenado y la ropa hecha jirones.

Apeataba a lo que ya se sabe y tenía una horrible hinchazón del tamaño de una pelota de béisbol encima de un ojo. Pero, aparte de la barba plateada que le había crecido en algunas horas, se encontraba en buen estado.

—¿El doctor Livingstone, supongo?

McVey hizo amago de responderle pero de pronto, más allá de la oscuridad, divisó las gigantescas grúas que se cernían sobre lo que quedaba de la destrucción arriba en la colina. McVey no se movía, sólo se dedicaba a mirar.

—Joooder —dijo.

Finalmente su mirada se encontró con la de Osborn. No importaba quiénes eran ni por qué estaban allí. Estaban vivos mientras muchos otros habían muerto.

Se abrazaron con fuerza y permanecieron así durante un momento. Era algo más que un gesto espontáneo de alivio y camaradería. Estaban compartiendo algo que sólo podían entender aquellos que alguna vez se han encontrado bajo la sombra de la muerte y no han sucumbido.

SETENTA Y NUEVE

Von Holden estaba solo sentado cerca del fondo del bar del hotel Meaux tomando un Pernod con soda, escuchando las crónicas sobre el accidente que contaban los periodistas que habían pasado la jornada cubriendo el acontecimiento. El bar se había convertido en punto de encuentro para reporteros veteranos y la mayoría seguía en contacto con los colegas que habían permanecido en el lugar de los hechos. Si algo sucedía, ellos, y Von Holden también, se enterarían inmediatamente.

Von Holden miró su reloj y luego el reloj de pared encima de la barra. Desde hacía cinco años, su reloj analógico Le Coultre estaba sincronizado con un reloj atómico de cesio en Berlín. Un reloj de cesio tiene un margen de error de más o menos un segundo cada tres mil años. El reloj de Von Holden marcaba las nueve y diecisiete minutos. El reloj del bar estaba retrasado en un minuto y ocho segundos. Al otro lado de la sala, una chica rubia de pelo corto y con una falda aún más corta estaba sentada fumando y bebiendo vino con dos hombres de unos veinticinco años. Uno de ellos era delgado, llevaba gafas de marco grueso y tenía aspecto de estudiante universitario. El otro era más fuerte y vestía pantalones caros y un jersey de cachemira marrón sobre el que caía su cabellera larga y rizada. Se reclinaba en las patas traseras de la silla hablando y gesticulando con ambas manos, de pronto se detenía para encender un cigarrillo y lanzaba la cerilla en dirección al cenicero sobre la mesa. Tenía aspecto de *playboy* adinerado gozando de sus vacaciones. La chica se llamaba Odette. Tenía veintidós años y era la especialista que había colocado los explosivos en la vía del tren. El joven delgado de gafas y el *playboy* eran terroristas internacionales. Los tres trabajaban para la sección de París y esperaban instrucciones de Von Holden en caso de que McVey u Osborn fueran encontrados con vida.

Von Holden pensaba que habían tenido suerte de llegar tan lejos. La sección de París había tardado varias horas en dar con el paradero de McVey y Osborn. Poco después de las seis de la mañana, un empleado en la taquilla de EuroCity los había reconocido en la estación del Este y se había enterado de que llevaban billetes para el tren de las seis y media con destino a Meaux. Von Holden había contemplado por un momento la idea de liquidarlos en la estación, pero luego la había descartado. No disponían de suficiente tiempo para montar un ataque y aunque contaran con ese tiempo, no tenían ninguna garantía de éxito y se arriesgaban a verse neutralizados por un grupo de fuerzas antiterroristas de la policía. Había que proceder de otro modo.

A las seis y veinte, diez minutos antes de que el tren París-Meaux saliera de la estación del Este, un motorista solitario abandonó París por la autopista N3 para encontrarse con Odette en una pendiente de la vía del tren, tres kilómetros al este de Meaux. Llevaba consigo cuatro paquetes de explosivo plástico C4.

Juntos instalaron los explosivos y activaron la carga en el momento en que el tren asomaba por la cima y luego desaparecieron en medio del campo. Al pasar tres

minutos después, la locomotora hacía explotar la carga de plástico y el tren caía dando tumbos por la pendiente a cien kilómetros por hora.

Habría sido fácil desplazar una de las vías. La maniobra habría logrado el mismo efecto y todo habría parecido un accidente.

Sí y no.

Una colisión de ese tipo, accidental o premeditada, no garantizaba que el objetivo fuera alcanzado. Una vía desplazada podía pasar fácilmente inadvertida en una primera investigación y el seguimiento tal vez lo descubriría o tal vez no. Pero un acto flagrante de terrorismo podía atribuirse a una multiplicidad de causas y, más tarde, una bomba lanzada en un pabellón lleno de supervivientes serviría para darle verosimilitud al atentado.

Von Holden volvió a mirar su reloj. Salió de la sala sin lanzar una sola mirada en dirección al trío de jóvenes y cogió el ascensor para ir a su habitación. Antes de salir de París se había procurado unas ampliaciones de las fotos de Osborn y McVey publicadas en los periódicos. Al llegar a Meaux las había estudiado detenidamente y ahora tenía una idea mucho más precisa de los individuos con que se enfrentaría.

Decidió que Paul Osborn resultaría inofensivo si en algún momento tenía que vérselas con él. Tenían más o menos la misma edad y a juzgar por sus facciones delgadas, Osborn estaba en buena forma física. Pero ése era el único rasgo que tenían en común. Cuando un hombre estaba entrenado para el combate o la defensa personal, se le notaba. Osborn no tenía nada de eso. Por su apariencia, se diría que era un tipo fuera de contexto.

McVey era diferente. El hecho de que fuera algo maduro y ligeramente obeso no significaba nada. Von Holden entendió de inmediato por qué McVey había podido acabar con Bernhard Oven. Actuaba de manera poco habitual en los hombres y tenía grabado en la mirada todo lo que había visto y hecho a lo largo de su ejercicio de policía. Von Holden supo instintivamente que si McVey llegaba a cogerlo, en sentido figurado o en sentido literal, no lo soltaría más. De su entrenamiento en la Spetsnaz, Von Holden había aprendido que había sólo una manera de tratar con individuos como McVey. Tenía que matarlos al instante. Si no, lo lamentaría para siempre.

Von Holden entró en su habitación, cerró la puerta y se sentó ante una pequeña mesa. Abrió un maletín y sacó un aparato compacto de radio de onda corta. Lo encendió, tecleó un código y esperó. Tardaría ocho segundos en tener acceso a un canal libre.

—Lugo —dijo, a modo de identificación—. Éxtasis —añadió. Era el código de la operación que había comenzado con Merriman y que ahora se ocupaba de Osborn y McVey—. E.B.D. —dijo. Eran las siglas de European Bloc División—. *Nichts*. Nada —informó por toda respuesta.

Von Holden pulsó el código para cerrar la comunicación y apagó el aparato. Acababa de informar a la División Europea de la Organización que los fugitivos de la operación Éxtasis no habían muerto. Oficialmente aún andaban «suelos» y se

declaraba la alerta para todos los agentes del bloque europeo.

Von Holden guardó la radio, apagó la luz y miró por la ventana hacia fuera. Se sentía cansado y frustrado. Tendrían que haber encontrado al menos a uno de ellos. Los habían visto subir al tren, que no hacía paradas antes de Meaux. O bien se encontraban aún bajo los escombros de la catástrofe o se habían desvanecido por arte de magia.

Se sentó en la cama, encendió la luz y llamó por teléfono a Joanna en Zurich.

No había vuelto a verla desde la noche en que salió corriendo de su apartamento, histérica y totalmente desnuda.

—Joanna, soy Pascal. ¿Te encuentras mejor?

Por un momento, sólo hubo silencio.

—¿Joanna?

—No me encuentro muy bien —dijo ella.

Von Holden percibía la distancia y la ansiedad en su voz. Era evidente que algo le había sucedido esa noche. Pero no guardaría ningún recuerdo porque las drogas que le había administrado eran demasiado potentes. La reacción que había experimentado más tarde se parecía a un mal viaje de LSD y era eso lo que recordaba ahora.

—Estaba muy preocupado. Quería llamar antes, pero me ha sido imposible... Sinceramente, estuviste un poco rara la otra noche. Puede que no sea buena idea mezclar el coñac con la diferencia horaria. Puede que también haya sido un exceso de pasión, ¿no crees? —preguntó riendo.

—No, Pascal, no ha sido eso. —Joanna estaba enfadada—. He tenido que trabajar mucho con el señor Lybarger. De pronto resulta que tiene que caminar sin bastón este mismo viernes. Y no me han dicho por qué. No sé qué sucedió la otra noche. No me gusta forzar tanto al señor Lybarger. No es bueno para él. Tampoco me gusta cómo me trata el doctor Salettl ni su manera de dar órdenes.

—Joanna, déjame que te explique algo. El doctor Salettl probablemente actúa de esa manera porque está nervioso. Este viernes, el señor Lybarger tiene que leer un discurso ante los principales accionistas de su compañía. El éxito y el rumbo de la compañía en el futuro dependen de que los accionistas reconozcan que el señor Lybarger está capacitado para volver a dirigir la corporación. Salettl está quisquilloso porque lo han hecho responsable de la recuperación del señor Lybarger. ¿Me entiendes?

—Sí... No. Lo siento, no lo sabía. De todos modos, no es razón para...

—Joanna, el señor Lybarger tiene que pronunciar un discurso en Berlín. El viernes por la mañana, tú, yo, el señor Lybarger y Eric y Edward iremos allá en el avión de la empresa.

—¿Berlín? —Joanna no había oído el resto de la frase, sólo Berlín. Por su tono de voz, Von Holden intuyó que la idea le disgustaba. Joanna ya estaba harta y ahora sólo quería volver a su querido Nuevo México lo antes posible.

—Joanna, entiendo que te sientas cansada. Tal vez yo mismo te haya presionado

demasiado. Ya sabes lo que siento por ti: La verdad es que es parte de mi carácter dejarme llevar por mis sentimientos. Por favor, Joanna, sólo te pido que aguantes un poco más. El viernes llegará antes de que te des cuenta y el sábado podrás volver a casa en un vuelo directo desde Berlín, si quieres.

—¿A casa? ¿A Taos? —Von Holden sintió la ola de entusiasmo.

—¿Te parece bien?

—Sí, me alegro mucho. —Joanna había decidido que, aparte de los diseños de alta costura y los castillos, ella no era más que una chica de Nuevo México satisfecha con su vida sencilla en Taos. Quería volver allí más que nada en el mundo.

—Entonces puedo contar contigo. ¿Nos acompañarás hasta el final? —La voz de Von Holden era suave y arrulladora.

—Sí, Pascal. Puedes contar conmigo. Iré.

—Gracias, Joanna. Disculpa todas las incomodidades que has tenido que sufrir. No estaba previsto. Si quieres, me gustaría mucho que pasáramos una última noche en Berlín. Los dos solos, para bailar y despedirnos. Buenas noches, Joanna.

—Buenas noches, Pascal.

Von Holden se imaginaba la sonrisa de Joanna al colgar. Había dicho justo lo necesario.

OCHENTA

Un timbre de carrillones despertó a Benny Grossman de un sueño profundo. Eran las tres y cuarto de la tarde. ¿Por qué diablos sonaba el timbre? Estelle aún estaba en el trabajo. Matt estaría a esa hora en clase de lengua hebrea y David en su entrenamiento de rugby. Benny no estaba de ánimo para atender a nadie, sobre todo si era alguien que se había equivocado de puerta. Empezaba a dormirse cuando volvió a sonar el timbre.

—Hostia —gruñó. Se levantó y miró por la ventana. No había nadie en el jardín y no alcanzaba a ver la puerta de entrada, que se encontraba justo debajo.

—¡Vale, vale! —exclamó cuando volvió a sonar. Se puso el pantalón del chándal y bajó las escaleras hasta la puerta de entrada. Abrió el mirador. Vio a dos rabinos, uno de ellos joven y sin barba, el otro anciano, con una larga barba entrecana.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Qué habrá pasado?».

Con el corazón en la boca, abrió la puerta de un golpe.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Inspector Grossman? —preguntó el rabino anciano.

—Sí, soy yo. —A pesar de sus largos años como policía y después de todo lo que había visto, Benny Grossman se volvía frágil como un niño cuando se trataba de su propia familia—. ¿Qué sucede? ¿Pasa algo? ¿Le ha ocurrido algo a Estelle? ¿Matt? ¿O David...?

—Se trata de usted mismo, inspector —dijo el rabino viejo.

Benny no tuvo tiempo para reaccionar. El rabino joven levantó la mano izquierda y le descargó un disparo entre ceja y ceja. Benny cayó hacia atrás como una losa. El rabino joven entró y le disparó por segunda vez, para asegurarse. Entretanto, el rabino viejo recorrió la casa. Arriba, en la cómoda, encontró las notas que Benny había usado en su llamada a Scotland Yard. Las dobló cuidadosamente y volvió a bajar.

En el jardín de al lado, a la señora Greenfield le pareció raro ver salir a dos rabinos de casa de los Grossman y cerrar la puerta a su espalda, sobre todo a esa hora de la tarde.

—¿Ocurre algo? —preguntó cuando los vio abrir la verja de la calle y caminar por la acera.

—No, no sucede nada. *Shalom* —dijo el rabino más joven con una sonrisa gentil.

—*Shalom* —respondió la señora Greenfield y vio que el rabino joven le abría al mayor la puerta del coche. El joven le volvió a sonreír, se puso al volante y un instante después se alejaron.

El Cessna de seis plazas atravesó un espeso manto de nubes y sobrevoló la campiña francesa.

Clark Clarkson, antiguo piloto de bombarderos de la RAF, un atractivo hombre de pelo castaño, manos enormes y sonrisa sardónica, mantuvo estabilizado el pequeño aparato a través de las turbulencias que se producían durante el descenso. Junto a él, en el asiento de copiloto, Ian Noble viajaba con el cinturón de seguridad ajustado y apoyaba la cabeza contra la ventana mientras miraba hacia abajo. Detrás de Clarkson, vestido de civil, viajaba el mayor Geoffrey Avnel, cirujano militar y miembro de los comandos especiales de la RAF. Además, Avnel hablaba bien el francés. Ni Inteligencia Militar de los ingleses ni Avril Rocard, la agente que Cadoux había enviado a la escena de la catástrofe, habían logrado dar con el paradero de McVey y Osborn. Puede que hubiesen viajado en el tren, pero ahora habían desaparecido.

Noble manejaba la teoría de que uno de los dos o ambos habían resultado heridos, y temiendo las represalias de los autores del atentado, se habían alejado del lugar del siniestro. Ambos sabían que el Cessna volvería a buscarlos al día siguiente, lo cual significaba, si Noble no se equivocaba, que tal vez se encontraban en algún punto entre el lugar del atentado y la pista de aterrizaje a tres kilómetros de allí. Por eso los acompañaba el mayor Avnel.

Abajo veían la ciudad de Meaux y a la derecha la pista de aterrizaje. Clarkson se comunicó por radio con la torre de control y recibió permiso para aterrizar. Cinco minutos después, a las ocho y diez de la mañana, el Cessna ST95 tocó tierra.

Rodaron lentamente hasta las proximidades de la torre de control y Noble y Avnel bajaron del avión para dirigirse al pequeño edificio que servía de terminal.

Noble no tenía la más mínima idea de lo que iba a encontrar. A los policías se les inculcaba el sentido del azar en su trabajo desde el día de su primera patrulla. Londres no era diferente de Detroit o de Tokio y la muerte de cualquier poli en el cumplimiento del deber era como la muerte de cualquier agente uniformado, que podía ser hombre o mujer. Le podía suceder a cualquiera, cualquier día y en cualquier ciudad del mundo. Si al final del día un poli conservaba su integridad física, podía considerarse afortunado. Así había que tomarse las cosas día a día. Si uno llegaba al final, se jubilaba y pasaba a la vejez intentando no pensar en todos los policías del mundo que no tenían igual suerte.

Así era la vida de los policías y así era el riesgo al que se entregaban hombres y mujeres. Pero no era el caso de McVey. Él era diferente, el tipo de poli que viviría más que todos y que todavía estaría trabajando a los noventa y cinco años. Eso era un hecho. Así lo consideraban todos y era lo que él mismo creía, por mucho que gruñera y dijera lo contrario. El problema era que esta vez Noble tenía un presentimiento y en el ambiente se respiraba un aire pesado y trágico. Tal vez por eso había acompañado a Clarkson y al mayor Avnel, porque pensaba que era su deber estar allí con McVey.

Los pies le pesaban como dos plomos cuando se acercó al mostrador de Inmigración y le mostró su chapa de policía de Londres al agente de guardia. Le pesaron aún más al cruzar con Avnel, con semblante serio, las puertas de cristal que daban a la terminal.

Por eso, lo último que esperaba era ver a McVey sentado frente a él con una gorra de béisbol de Mickey Mouse y una camiseta de Eurodisney, leyendo el periódico de la mañana.

—¡Dios mío! —exclamó.

—... nos días, Ian —dijo McVey, y sonrió. Se puso de pie, dobló el periódico debajo del brazo y le tendió la mano a Noble.

A diez metros estaba Osborn, el pelo engominado hacia atrás, vestido aún con chaqueta de bombero. Levantó la mirada de la edición de *Le Figaro* y vio a Noble estrechándole la mano a McVey, luego vio a Noble mover la cabeza de un lado a otro y apartarse para presentar a un tercer hombre. En ese momento McVey lo miró y le hizo una seña con la cabeza. Sin tardar un segundo, Noble, McVey y el mayor Avnel se dirigieron a la puerta que daba a los hangares.

Osborn los alcanzó y caminaron juntos los veinte metros hasta el Cessna. Clarkson encendió los motores y pidió permiso para despegar. A las ocho y veintisiete, sin haber sufrido percance alguno, volaban a Inglaterra.

OCHENTA Y UNO

Mientras el Cessna se elevaba a las nubes por encima de Meaux y perdían de vista tierra, McVey contó cómo habían escapado de la colisión y pasado la noche en el bosque junto a la pista de aterrizaje. Llegaron a la terminal minutos antes de las siete y media. Simulando ser un turista, McVey compró un gorro y una camiseta y algunos objetos de aseo. Luego fue al baño donde lo esperaba Osborn y se cambió de ropa. McVey se afeitó y se desprendió de su chaqueta. Osborn había cambiado su aspecto peinándose hacia atrás. Con su barba crecida y su chaqueta de bombero parecía un miembro de los equipos de rescate agotado por su trabajo esperando a un pasajero de alguno de los vuelos. Sólo les quedaba esperar.

Noble sacudía la cabeza y sonreía.

—McVey, es usted un tipo asombroso. Realmente asombroso.

—Ajá —dijo McVey, negando con la cabeza—. Sólo cuestión de suerte.

—Es lo mismo.

Noble le dio a McVey unos minutos para relajarse y luego le enseñó una copia escrita de la conversación con Benny Grossman. Cuando aterrizaron dos horas más tarde, McVey la había leído dos veces y después de reflexionar quiso sentar los hechos y comentarlos con Noble.

Los hechos eran los siguientes:

El padre de Paul Osborn había diseñado y construido un prototipo de bisturí capaz de conservar su filo incluso sometido a las temperaturas más improbables, sobre todo al frío extremo. Sección: Material de soporte.

Según Benny Grossman, había que considerar los datos siguientes: Alexander Thompson de Sheridan, Wyoming, diseña un programa informático para que un ordenador maneje una máquina con el bisturí en intervenciones de microcirugía avanzada. Sección: Material de soporte.

David Brady de Glendale, California, diseña y construye un mecanismo manejado por medios electrónicos, dotados de una capacidad de articulación similar a la muñeca de un hombre y capaces de sostener y controlar el bisturí en una intervención quirúrgica. Sección: Material de soporte.

Mary Rizzo York de Nueva Jersey, experimenta con gases que pueden producir bajas temperaturas y enfriar el entorno hasta aproximadamente 269 grados centígrados bajo cero. Sección: Investigación y desarrollo.

Todo esto había sucedido entre 1962 y 1966. Todos los científicos trabajaban aisladamente. Cada vez que uno de los proyectos alcanzaba su estadio final, Albert Merriman liquidaba a su autor, ya fuera inventor o científico.

Según lo que Merriman había confesado a Osborn, la persona que lo había contratado y le pagaba por su trabajo era Erwin Scholl. Erwin Scholl era el emigrante capitalista que para entonces había adquirido los medios y conocía los negocios con

que financiar proyectos experimentales con empresas fantasmas. El mismo Erwin Scholl que, según el FBI, era actualmente y había sido durante décadas amigo personal y confidente de los presidentes sucesivos de Estados Unidos, lo cual lo hacía un individuo virtualmente intocable. Sin embargo, en el sótano de la Morgue en Londres tenían siete cuerpos decapitados y una cabeza. Se había confirmado que cinco de ellos habían sido congelados a temperaturas próximas al cero absoluto, un dato curioso y paradójicamente cercano a los resultados del trabajo de Mary Rizzo York.

McVey había planteado al doctor Stephen Richman, el eminente micropatólogo, la siguiente pregunta: «Suponiendo que el estado de cero absoluto pudiera lograrse por algún medio, ¿por qué congelar unos cuerpos decapitados y una cabeza a esa temperatura?».

La respuesta de Richman había sido tajante: «Para unirlos».

¿Era posible que, casi treinta años antes, Erwin Scholl hubiera financiado investigaciones sobre criocirugía con la idea de unir una cabeza congelada a baja temperatura a un cuerpo congelado con idénticos métodos? Si la respuesta era afirmativa, ¿cuál era el secreto que justificaba liquidar a sus investigadores?

¿Las patentes?

Era una posibilidad.

La información de que disponían, no obstante, incluyendo las investigaciones de la Sección Especial de la Policía de Londres en Gran Bretaña y las recientes conversaciones telefónicas de Noble con el doctor Edward L. Smith, presidente de la Sociedad Criogénica de Estados Unidos y con Akito Sato, presidente del Instituto Criogénico de Oriente Medio, indicaban que ninguno de los expertos en la materia sabía de la existencia de experimentos quirúrgicos en el campo de la criogenia en ningún lugar del mundo.

Ahora, mientras el crepúsculo caía sobre Londres, Noble, McVey y Osborn se encontraban cara a cara en el despacho de Noble en Scotland Yard. McVey tiró la gorra de Mickey Mouse pero conservó la camiseta de Eurodisney y Osborn le cambió a Noble su chaqueta de bombero por un jersey azul oscuro con el emblema de la Policía Metropolitana de Londres cosido en el bolsillo izquierdo.

Una búsqueda de patentes en RDI International de Londres no arrojó ningún resultado sobre las patentes de materiales de soporte ni instrumental diseñados para el tipo de microcirugía de punta de que habían hablado.

A través de la Oficina de Fraudes Mayores, solicitaron una revisión combinada de los archivos de Moody's y Dun & Bradstreet sobre los antecedentes de las empresas que habían empleado a las víctimas de Albert Merriman, pero aún no lo habían completado.

Se oyeron unos golpes discretos en la puerta y entró la señorita Elizabeth Welles,

la secretaria solterona de Noble, una mujer de cuarenta y tres años y un metro ochenta y cinco de estatura. Traía una bandeja con tazas y cucharas, un platillo con terrones de azúcar y tres jarras, una de té, otra de café y otra pequeña de leche.

—Gracias, Elizabeth —dijo Noble.

—De nada, comandante —dijo ella, e incorporándose cuan alta era, le lanzó una mirada de reojo a Osborn antes de salir.

—Piensa que es usted atractivo, doctor Osborn. Ella también es una mujer muy sexy. ¿Té o café?

Osborn sonrió y pidió té.

McVey, apenas enterado del pequeño intercambio de bromas a su espalda, miraba por la ventana abstraído a un hombre pequeño que bajaba por la calle paseando a dos perros enormes.

—¿Café, McVey? —preguntó Noble.

McVey se volvió bruscamente y regresó a su asiento. La mirada se le había hecho penetrante y caminaba con pasos enérgicos.

—Ha habido ocasiones a lo largo de los años en que, en un punto u otro de la investigación, me he sentido como un condenado idiota porque de pronto me he dado de narices con lo que debía haber visto desde el principio. Pero le digo una cosa, Ian, esta vez puede que hayamos perdido completamente de vista el asunto y con eso quiero decir, usted, yo, el doctor Michaels e incluso Richman.

—¿De qué está hablando? —dijo Noble, que sostenía un terrón de azúcar sobre su taza de té.

—La vida. Joder. —McVey le lanzó una mirada a Osborn como para incluirlo—. ¿No cree usted que si todos estos años alguien hubiese trabajado perfeccionando un método para unir una cabeza a un cuerpo, el fin último no sería únicamente la operación en sí misma sino el hecho de devolverlo a la vida? ¿Para que esta criatura, este Frankenstein, pudiera respirar y cobrar vida?

—Sí, pero ¿por qué? —Noble dejó caer el terrón en su taza.

—No tengo la más mínima idea. Pero ¿qué otro sentido tendría? —McVey volvió a mirar a Osborn—. Imagínese todo el proceso médico. ¿Cómo sería?

—Sencillo, al menos en teoría —dijo Osborn, reclinándose en el respaldo de la silla de cuero rojo—. Habría que devolver el cuerpo congelado a una temperatura normal. Desde 269 grados centígrados bajo cero a 36,8 sobre cero. Para llevar a cabo esta operación, habría que extraer la sangre. A medida que el cuerpo se descongela, se reintroduce la sangre. Lo difícil sería descongelarlo uniformemente.

—Pero ¿se podría lograr? —preguntó Noble.

—Yo diría que si han encontrado el método para conseguir la primera fase, ya habrían solucionado la segunda.

Se oyó el ruido del fax activado sobre el viejo secreter detrás de la mesa de Noble.

Se encendió la luz y un momento después comenzó la impresión.

Era el informe combinado de Moody y Dun & Bradstreet solicitado a la Oficina de Fraudes Mayores.

McVey y Osborn se situaron detrás de Noble para leer la información que llegaba:

Microtab. Waltham Massachusetts, Estados Unidos. Disuelta en julio, 1966. Propiedad de Wentworth Products Ltd., Ontario, Canadá. Integran el consejo directivo de Microtab: Earl Samules, Evan Hart, John Harris. Todos de Boston, Massachusetts. Todos fallecidos en 1966.

Wentworth Products, Ontario, Canadá. Disuelta en agosto, 1966. Wentworth Products. Empresa privada. Propiedad de James Tallmadge de Windsor, Ontario. Tallmadge, fallecido en 1967.

Alama Steel Ltd., Pittsburg, Pensilvania. Disuelta en 1966. Subsidiaria de Wentworth Products Ltd., Ontario, Canadá. Consejo directivo: Earl Samules, Evan Hart, John Harris.

Standard Technologies, Perth Amboy, Nueva Jersey. Subsidiaria de T.L.T. International, 10 Park Avenue, Nueva York, Nueva York. Consejo directivo: Earl Samules, Evan Hart, John Harris.

T.L.T. International, subsidiaria propiedad de Omega Shipping Lines, 17 Hanover Square, Mayfair, Londres, R.U. Principal accionista, Harald Erwin Scholl, 17 Hanover Square, Mayfair, Londres, R.U.

—¡Ahí está! —exclamó Noble triunfante cuando apareció el nombre de Scholl y el fax continuó.

T.L.T. International, Disuelta en 1967.

Omega Shipping Lines, adquirida por Goltz Development Group S.A., Dusseldorf, Alemania, 1966.

Goltz Development Group —GDG—. Asociado con Harald Erwin Scholl, 17 Hanover Square, Londres, R.U., Gustav Dortmund, Fredrighstadt, Dusseldorf, Alemania. Presidente desde 1978, Konrad Peiper, 52 Reichstrasse, Charlottenburg, Berlín, Alemania (nota: GDG adquirió el *holding* de Lewsen International, Bayswater Road, Londres, R.U., en 1981).

Fin de Transmisión.

Noble giró sentado en su silla y miró a McVey.

—Bien, puede que nuestro estimado Scholl no sea tan intocable como piensan sus amigos del FBI. Ya sabe quién es Gustav Dortmund.

—El presidente del Banco Central de Alemania —dijo McVey.

—Correcto. Y Lewsen International fue un importante proveedor de acero, armas y cerebros a Irak durante los años ochenta. Apostaría a que los señores Scholl, Dortmund y Peiper ganaron una buena fortuna en aquellos años si es que ya no la tenían.

—Si me permiten —dijo Osborn acercándose con un ejemplar de la revista *People* que había cogido de entre varias que había sobre la mesa de Noble. McVey observó perplejo porque Osborn apartó la taza de té de Noble en la mesa y abrió la revista en un anuncio a doble página. Era un provocativo anuncio sobre el último disco de una joven y famosa cantante de rock. En la foto, aparecía empapada y con un ceñido vestido transparente montada a lomos de una ballena asesina que evolucionaba sobre el agua.

Noble y McVey miraron a Osborn con semblante inexpresivo.

—¿No lo saben? —preguntó Osborn.

—¿Saber qué? —preguntó McVey.

—Ese tal Konrad Peiper —dijo Osborn.

—¿Qué ocurre? —McVey no tenía ni idea a qué se refería Osborn.

—Su mujer se llama Margarete Peiper, una de las figuras más poderosas del mundo del espectáculo. Es propietaria de una gigantesca agencia artística y gestora y promotora de esa chica a lomos de la ballena, al igual que de una docena de los más famosos del rock y de los videoclips. —Osborn hizo una leve pausa—. Lo maneja todo desde la oficina del ático de su mansión restaurada del siglo diecisiete, en Berlín.

—¿Y cómo diablos sabe usted eso? —inquirió Noble, sorprendido.

Osborn retiró la revista, la dobló y la volvió a dejar en la mesa de Noble.

—Comandante, soy cirujano ortopeda en Los Ángeles. Por lo general, la mitad de mis pacientes son chicos que no llegan a los veinte años y se han lesionado haciendo deporte. No tengo esas revistas de sociedad en la sala de espera sólo porque sí.

—¿Quiere decir que se las lee?

—Ya lo creo— dijo Osborn, con un amago de sonrisa.

OCHENTA Y DOS

Debido a la falta de visibilidad, Clarkson tuvo que alterar su plan de vuelo y aterrizó en Ramsgate, cerca del Canal de la Mancha, unos ciento cincuenta kilómetros al sudeste de su destino original. Esa simple maniobra del azar fue la que despistó a Von Holden.

Una hora después de que el Cessna ST95 hubiera salido de Meaux, un empleado del aeropuerto encontró la chaqueta que McVey había abandonado en el fondo de un cubo de basura en el water de hombres. Al cabo de unos minutos se dio la alerta a la sección de París y veinte minutos más tarde se presentaba Von Holden en la sección de Objetos Perdidos a reclamar la chaqueta de su tío.

McVey había arrancado la etiqueta antes de tirarla. Pero no había caído en la cuenta de que el roce constante de la empuñadura de su 38 había desgastado la tela lo suficiente para que no pasara inadvertido. Von Holden sabía por experiencia que lo único que podía desgastar la tela de una chaqueta de esa manera era la empuñadura de un arma.

Von Holden volvió a su hotel en Meaux mientras la sección de París elaboraba una lista de los vuelos que habían despegado desde el amanecer hasta el momento en que se encontró la chaqueta. Hacia las nueve y media, Von Holden ya había identificado el vuelo de un Cessna de seis plazas registrado como ST95 proveniente de Bishop's Stortford, Inglaterra, que había aterrizado a las ocho y un minuto de la mañana. El avión había regresado a su lugar de origen veintiséis minutos más tarde, a las ocho y veintisiete. No era una prueba irrefutable, pero suficiente para alertar a la sección de Londres. Hacia las tres, los operativos encontraron el Cessna ST95 en la pista de Ramsgate y la oficina principal de la sección en Londres identificó al propietario, una pequeña empresa agrícola con sede en la ciudad de Bath, en el oeste de Inglaterra. A partir de allí, la pista se enfriaba. El piloto había dejado el Cessna en Ramsgate prometiendo que volvería cuando despejara el tiempo. Después se había marchado con un segundo hombre. Ninguno de los dos respondía a la descripción de Osborn o McVey. Esa información fue enviada de inmediato a la sección de París con el fin de que se retransmitiera a «Lugo», que había regresado a Berlín. Hacia las seis y cuarto de aquella tarde, la sección de Londres ya tenía copias de las fotos de Osborn y McVey publicadas en los periódicos franceses y se había lanzado una alerta roja para dar con su paradero.

A las ocho y treinta y cinco, McVey estaba sentado solo en el borde de la cama en su habitación del hotel en Knightsbridge, restaurado al estilo del XVIII. Se había sacado los zapatos y tenía un vaso de whisky Famous Grouse aún intacto sobre la mesa del teléfono a su lado. La Sección Especial lo había registrado bajo el nombre de Howard

Nichols de San José, California. En cuanto a Osborn, se había registrado no lejos de allí en el Forum Hotel de Kensington bajo el nombre de Richard Green, oriundo de Chicago. Noble había regresado a su casa en Chelsea.

McVey sostenía en la mano un fax de Bill Woodward, jefe de inspectores de la Policía de Los Ángeles, informándole sobre el asesinato de Benny Grossman. Las primeras investigaciones apuntaban la posibilidad de que el crimen fuese obra de dos hombres vestidos de rabinos *hasidim*. McVey intentó hacer lo que Benny habría hecho, es decir, dejar de lado los sentimientos y pensar en términos lógicos. A Benny lo habían matado en su casa aproximadamente seis horas después de llamar a Ian Noble con la información que le había solicitado. Lo otro no importaba, Benny Grossman pasándose la noche en vela recopilando el material porque McVey le decía que era urgente. Tampoco importaba que Benny hubiera llamado a Noble para darle la información después de ver por satélite la cobertura del accidente del tren París-Meaux y que hubiera tenido el presentimiento de que McVey iba en ese tren. Benny sabía que Noble necesitaba la información que él tenía en cuanto le fuera posible comunicársela.

Pero el error era que Benny había llamado a Noble desde su casa para transmitirle su detallada lista. Eso no sólo significaba que la Organización también operaba en Estados Unidos y lo hacía con una tecnología de recuperación de la información muy sofisticada que le permitía entrar en los sistemas informáticos de archivos clasificados de la policía. Significaba, además, que sabían cuál era la información recopilada, por quién y dónde. Si eran capaces de lograr eso, podían acceder a los registros de la compañía telefónica y a esa hora ya conocerían el destino de la información transmitida por Benny y, con toda seguridad, el nombre del destinatario, porque Benny había llamado al número privado de Ian Noble. Si tenían capacidad operativa en Estados Unidos y en Francia, pensaba McVey, era casi seguro que tenían la misma capacidad aquí, en Inglaterra.

Bebió un trago largo de whisky. Se puso una camisa limpia y corbata y sacó del armario el único traje que le quedaba. Al cabo de unos minutos, se enfundó la 38 en la cartuchera de la cintura, bebió otro trago de whisky y salió. No había necesidad de mirarse en el espejo. Ya sabía con qué se encontraría.

Salió por la lustrosa puerta de bronce del hotel y decidió caminar media manzana hasta Piccadilly. Al llegar, esperó que pasara un autobús rojo de dos pisos, cruzó la calle y bajó al metro en la estación de Green Park.

Unos veinte minutos más tarde, McVey estaba sentado en la casa de Noble en Chelsea, una casa elegante y decorada con excelente gusto. Esperaba mientras Noble llamaba a Scotland Yard por línea directa y pedía un coche para su esposa. Quince minutos más tarde, marido y mujer se despidieron y ella se marchó a casa de su hermana en Cambridge.

—No es nuevo para ella —explicó Noble, después de la partida—. Ya sabe, el IRA. Hay asuntos desagradables en todas partes.

McVey asintió con la cabeza. Le preocupaba la situación de Osborn. Lo habían instalado en el Forum Hotel acompañado por inspectores de la policía de Londres y él le había ordenado que se quedara en la habitación hasta que tuviera noticias suyas. Lo había llamado una vez antes de salir del hotel de la calle de la Media Luna, pero no respondían. Ahora lo volvió a intentar sin mayor éxito.

—¿No hay nada aún? —preguntó Noble.

McVey negó con la cabeza y colgó. Sonó el teléfono directo de Noble desde el cuartel general de Scotland Yard y Noble respondió.

—Sí, sí, está aquí —dijo, y miró a McVey—. Una tal Dale Washburn de Palm Springs ha intentado ponerse en contacto con usted.

—¿Es ella quien llama?

Noble preguntó y le dieron un número donde encontrar a Washburn. Lo anotó, colgó y le entregó el papel a McVey.

El inspector fue al pasillo y llamó a Palm Springs desde el teléfono privado de Noble.

—Intente dar con Osborn una vez más, ¿eh? —pidió a Noble. Pasaban unos minutos de las once de la noche, hora de Londres. Serían las dos y pico en Palm Springs.

—Aquí Dale —dijo una voz suave.

—Hola, ángel mío. Soy McVey. ¿Qué tienes para mí?

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora.

—¿Quieres que te lo diga, sin más? Hay un par de personas aquí conmigo.

—Entonces deben de ser amigos tuyos. Dime lo que tienes.

—Tengo dos pares, cariño. Ases con ochos y ya ves, ni me inmuto. ¿Ves lo que has hecho con mi juego ahora que lo he dicho?

—Póquer...

—Ahora me entiendes, cariño. Estoy jugando al póquer. O al menos estaba jugando hasta que llamaste. Voy a la otra habitación —avisó, y McVey oyó que le decía algo a otra persona. Al cabo de un rato, cogió la extensión y colgaron el otro teléfono.

Dale Washburn era un personaje de Raymond Chandler. Tenía treinta y cinco años, era una auténtica rubia platino con un cuerpo descollante y un cerebro a juego. Había trabajado como agente infiltrada para el Cuerpo de Policía de Los Ángeles durante cinco años antes de que se descubriera su infiltración en una redada antinarcóticos en el elegante barrio de Brentwood. Con una bala irrecuperablemente alojada en la columna lumbar, Dale obtuvo una jubilación por invalidez y se marchó a Palm Springs. Allí jugaba a las cartas con un grupo de divorciados ricos, hombres y mujeres, y trabajaba discretamente como investigadora muy privada. McVey la había llamado al llegar al hotel de la calle de la Media Luna. Quería saber todo lo que pudiera descubrir sobre el señor Harald Erwin Scholl al cabo de dos horas.

—No hay nada.

—Venga, ¿cómo que nada? —McVey sentía el tono de irritación de su propia voz. No se tomaba lo del asesinato de Benny Grossman con la calma que habría deseado.

—Nada, cariño, lo siento. Erwin Scholl es quien se supone que tiene que ser. Un editor la mar de rico, coleccionista de arte y colega de los grandes, como presidentes y primeros ministros. Y te lo digo en letras mayúsculas, cariño. Si hay algo más, está enterrado muy profundo en la arena, allí donde sólo juegan los chicos grandes de verdad. Los pequeñajos como tú y yo no vamos a encontrarlo.

—¿Y sus antecedentes? —inquirió McVey.

—Pobre emigrante llega de Alemania poco antes de la Segunda Guerra, trabaja como un condenado, y el resto lo que ya te he dicho.

—¿Casado?

—Ni una sola vez, cariño. Al menos no en lo que podía encontrar en un par de horas. Y si estás pensando que es gay, cariño, las reinas con las que juega este tío tienen esmeraldas, sables y ejércitos. Son damas coronadas y antes gobernaban imperios y es probable que todavía se codeen con los reyes.

—Ángel, no me dices mucho.

—Una cosa sí te puedo decir y puedes hacer con ella lo que gustes. Tu hombre estará en Berlín hasta el domingo. Hay una magna celebración en un lugar que se llama... espera... sí, aquí lo tengo, debe de ser un palacio llamado Charlottenburg.

—¿El palacio de Charlottenburg? —McVey le lanzó una mirada a Noble.

—Es un museo de Berlín.

—Vuelve a tu póquer, ángel. Te llevaré a cenar cuando vuelva.

—McVey, contigo, cuando quieras.

McVey colgó. Noble lo miraba fijamente.

—¿Ángel? —preguntó.

—Sí, ángel —repitió McVey, con voz inexpresiva—. ¿Qué pasa con Osborn?

La sonrisa de Noble se desvaneció.

—Nada.

OCHENTA Y TRES

—¡Vera...!

—¡Dios mío, Paul!

Osborn sentía alivio y entusiasmo en su voz. A pesar de todo, Vera no había estado ausente de su pensamiento en ningún momento. Tenía que encontrar un medio para ponerse en contacto con ella, hablarle, oírle decir que se encontraba bien.

Osborn sabía que no podía usar el teléfono de la habitación y por eso había bajado a la recepción. A McVey no le habría gustado de haberlo sabido, pero en lo que a él respectaba, no le quedaba más remedio.

Bajó a la recepción y encontró los teléfonos cerca de la entrada. Se acercó al mostrador y preguntó si había más. Un empleado lo condujo a un pasillo detrás del bar donde encontró una hilera de cabinas telefónicas individuales a la antigua.

Entró y sacó una pequeña agenda donde había escrito el número de la abuela de Vera en Calais. La vieja madera barnizada y la puerta abierta le daban sensación de seguridad. Oyó que en la cabina de al lado alguien terminaba de hablar, colgaba y salía. Miró por la ventanilla y vio pasar a una pareja joven hacia los ascensores. El pasillo quedó vacío. Se volvió, cogió el auricular, marcó el número y cargó la llamada a la tarjeta de crédito de su despacho.

Oyó el tono de la llamada en el otro extremo. Estaba a punto de colgar cuando la abuela contestó. Sólo pudo entender, al final de la conversación, que Vera no estaba allí ni había estado. Osborn sintió que sus emociones se le desbocaban y supo que se volvería loco si no lograba controlarlas. Luego pensó que tal vez Vera estaba en el hospital, que no había salido de París. Usó la misma tarjeta para llamar a su número particular. El número comenzó a sonar y de pronto escuchó su voz.

—Vera —dijo, y el corazón le dio un vuelco al oírle. Pero ella siguió hablando y Osborn cayó en la cuenta de que hablaba en francés y que aquello era un contestador automático. Luego escuchó un «clic» y una grabación le dijo que marcara el «0». Contestó una mujer.

—*Parlez-vous anglais?* —preguntó. Sí, la mujer hablaba algo de inglés. Le dijo que Vera había tenido que marcharse dos días antes por una urgencia de familia. No se sabía cuándo volvería. ¿Quería hablar con otro médico?

—No, no, gracias —dijo Osborn, y colgó. Se quedó mirando la pared un rato largo. Sólo quedaba un lugar donde probar. Tal vez, por alguna razón, Vera había vuelto a su apartamento.

Usó su tarjeta de crédito por tercera vez. Pensó que debería ir a otro teléfono, fuera del edificio. Antes de que pudiera colgar, ya había sonado dos veces. Contestó una voz masculina.

—Residencia Monneray, *bonsoir*.

Era Philippe que contestaba desde la centralita. Osborn no dijo nada. ¿Por qué

estaba controlando Philippe las llamadas de Vera sin dejar que contestara ella? Tal vez tenía razón McVey y era Philippe quien había alertado a la Organización respecto a Vera y su paradero. Luego lo había ayudado a escapar a él de las narices de la policía, pero después de haber avisado al hombre alto.

—Residencia Monneray —repitió Philippe. Esta vez la voz era hueca, de pronto suspicaz ante la llamada. Osborn esperó un segundo y decidió jugársela.

—Philippe, soy el doctor Osborn.

La reacción de Philippe no fue en absoluto cauta. Se mostró entusiasmado y se alegró de saber de él. Daba la impresión de que estaba sumamente preocupado por lo que le había sucedido.

—Oh, señor, el tiroteo de La Coupole. Salió todo en la televisión. Dijeron que eran dos americanos. ¿Está usted bien? ¿Dónde está?

«Claro —se dijo Osborn—, no le digas nada».

—¿Dónde está Vera? ¿Sabe algo de ella?

—Sí, sí. —Vera había llamado por la tarde y le había dejado un número. Era para dárselo únicamente a él si llamaba y a nadie más.

Un ruido fuera de la cabina hizo que Osborn mirara a su alrededor.

Una mujer negra bajita vestida con el uniforme del hotel pasaba la aspiradora en el pasillo. Era una mujer vieja y el pelo enroscado bajo un pañuelo azul brillante le daba aspecto de haitiana. El zumbido de la aspiradora creció al acercarse la mujer.

—El número, Philippe —dijo, y se volvió de espaldas al pasillo.

Sacó una pluma del bolsillo, miró y no encontró nada donde escribir, así que lo apuntó en la palma de la mano. Se lo repitió para asegurarse.

—Gracias, Philippe —dijo, y sin darle la oportunidad de hacer más preguntas, colgó.

Con la sordina de la aspiradora por detrás, Osborn cogió el auricular, volvió a pensar en cambiar de teléfono y luego se dijo que daba igual. Marcó el número que tenía en la mano y esperó a que sonara.

—Sí —le sorprendió la voz de un hombre, fuerte y tajante.

—*Mademoiselle Monneray*, por favor —pidió Osborn.

Luego oyó que Vera decía algo en francés nombrando a Jean Claude. Colgaron el primer teléfono y Vera pronunció su nombre.

—¡Dios mío, Vera! —suspiró—. ¿Qué diablos está pasando? ¿Dónde estás?

De todas las mujeres que había conocido, ninguna lo había afectado tanto como Vera, ni mental, ni emocional ni físicamente. Ahora, todo lo que se había acumulado en él fluyó de pronto, libre de trabas, como en un adolescente, sin pensarlo ni medir sus consecuencias.

—Llamo a tu abuela porque me tenías preocupadísimo y el inglés que habla ella es peor que mi francés, y lo único que he podido entender es que no sabe nada de ti. Me pongo a pensar en los policías de tu escolta, que tal vez estén implicados en esto, y me digo que te he dejado en sus manos... Vera, ¿dónde diablos estás? Dime que te

encuentras bien...

—Estoy bien, Paul, pero... —vaciló—, no puedo decirte dónde estoy. —Vera dejó vagar la mirada sobre la pequeña habitación pintada de colores alegres en amarillo y blanco y hacia la ventana que daba sobre un camino inundado de luz. Más allá había árboles y oscuridad. Abrió la puerta y vio a un tipo corpulento con jersey negro que grababa la llamada. Llevaba una pistola en la cintura y a su lado había un fusil de asalto apoyado contra la pared. El hombre levantó la mirada y vio a Vera con la mano cubriendo el auricular que lo miraba fijamente.

—Jean Claude, por favor —dijo en francés. Él vaciló un momento y luego apagó el aparato.

—¿Con quién estás hablando? No son policías. ¿Quién es el hombre que contestaba? —le espetó de pronto Osborn. Sentía que los celos lo invadían como una ola implacable. Fuera de la cabina, el ruido de la aspiradora parecía más fuerte. Se volvió enfadado y vio a la anciana que lo observaba. Cuando se encontraron las miradas, ella bajó bruscamente la cabeza y se alejó y con ella el zumbido de la aspiradora—. ¡Joder, Vera! —Volvió al teléfono. Estaba irritado, dolido y confundido—. ¿Qué diablos está pasando?

Vera no decía nada.

—¿Por qué no me puedes decir dónde estás? —insistió él.

—Porque...

—¿Por qué...?

Osborn miró por la ventanilla. El pasillo estaba vacío ahora. De pronto, brutalmente y sin ambages, cayó en la cuenta.

—¡Estás con él! Estás con el franchute, ¿no?

Vera podía oír la ronca ira de Osborn y lo odiaba por ello. Le estaba diciendo que no confiaba en ella.

—No, no es verdad. Y no lo llames así —saltó ella.

—¡Al diablo, Vera! No me mientas. Ahora no. Si está ahí, ¡dímelo!

—Paul, ¡basta! ¡O te diré que te vayas al infierno y se acabó nuestra relación!

De pronto, Osborn se dio cuenta de que no estaba escuchando, ni siquiera pensando y que, al contrario, estaba haciendo lo que hacía siempre, desde el día del asesinato de su padre, reaccionando ante su propio miedo paralizante de perder al ser amado. La rabia, la ira y los celos era su manera de mantener el dolor a raya, de protegerse. Al mismo tiempo, obligaba a alejarse a quienes podían demostrarle su amor, reduciendo los sentimientos a poco más que tristeza y compasión. Luego, él los culparía y se escabulliría, como siempre lo había hecho, al lado oscuro de su propio exilio interior, destrozado y dolido, ajeno a todo lo que hubiera de humano en el mundo.

Como un adicto que de pronto cae en la cuenta de su mal, supo que si algún día había de detener su autodestrucción, tenía que ser ahora, en ese preciso momento. Difícil como era, su única salida era exorcizar esa reacción y creer a Vera.

Hurgó en su interior y volvió a acercarse el auricular.

—Lo siento... —dijo.

Vera se pasó la mano por el pelo y se sentó frente a una pequeña mesa de madera. Encima vio la estatuilla de un burro moldeada en barro, a todas luces obra de manos infantiles. Tenía una forma curiosa y primitiva y sin embargo era pura. Vera la cogió y la miró, luego la estrechó cálidamente contra su pecho.

—Tenía miedo de la policía, Paul. No sabía qué hacer. En un momento de desesperación, llamé a François. ¿Sabes lo difícil que fue para mí después de haber roto con él? Me trajo aquí, a un lugar en el campo y luego regresó a París. Dejó a tres agentes del servicio secreto para protegerme. Nadie debe saber dónde estoy. Por eso no te lo puedo decir. En caso de que haya alguien a la escucha.

De pronto, la nebulosa de Osborn se despejó y los celos desaparecieron. Sólo quedaba la grave preocupación de antes.

—¿Estás bien protegida, Vera?

—Sí...

—Creo que deberíamos colgar —propuso Osborn—. Déjame que te vuelva a llamar mañana.

—Paul, ¿estás en París?

—No, ¿por qué?

—Sería peligroso.

—El hombre alto está muerto. McVey lo mató.

—Ya lo sé. Lo que tú no sabes es que era un miembro de la Stasi, la policía política de la ex Alemania del Este. Dicen que ha sido disuelta, pero creo que no es verdad.

—¿Eso te contó François?

—Sí.

—¿Y por qué habría querido la Stasi matar a Albert Merriman?

—Paul, escúchame por favor —suplicó Vera, con un dejo de urgencia en la voz. Ella también tenía miedo y estaba confundida—. François piensa dimitir. Su decisión se hará pública mañana. La ha tomado porque lo están presionando en el interior del propio partido. Está relacionado con la Comunidad Económica Europea, con la nueva política europea.

—¿Qué insinúas? —Osborn no entendía.

—François piensa que están todos bajo el yugo de Alemania y que ésta terminará controlando la economía de toda Europa. No le gusta ese panorama y piensa que Francia está demasiado implicada en algo que no le conviene.

—¿Me estás diciendo que lo están forzando a dimitir?

—Sí... muy en contra de su voluntad, pero no tiene alternativa. Es un asunto muy oscuro.

—Vera, ¿François teme por su vida si no dimite?

—No me ha hablado de eso.

Osborn había dado en el blanco. Puede que no lo hubieran discutido, pero ella había pensado en esa posibilidad. Probablemente no dejaba de pensar en ello. François Christian la tenía secuestrada en algún lugar en el campo bajo la custodia de tres agentes del servicio secreto. ¿Acaso había alguna conexión entre el hecho de que el hombre alto fuera un agente de la Stasi y lo que estaba sucediendo en los pasillos de la política en Francia? ¿Y que François temiera por la suerte de Vera, como si pudieran hacerle daño a ella como amenaza si él se negaba a dimitir? O finalmente, tal vez ella se había ocultado y protegido debido a su relación con Osborn y McVey, y por lo que les había sucedido a Lebrun y a su hermano en Lyon.

—Vera, me da igual que nos estén escuchando, me importa un bledo —dijo Osborn—. Quiero que pienses detenidamente. Por lo que te comentó François, ¿existe alguna conexión entre Albert Merriman, yo y la situación en que se encuentra él?

—No lo sé —contestó Vera. Miró la diminuta figura del burro y luego la dejó suavemente sobre la mesa—. Recuerdo que mi abuela me contaba cómo fueron las cosas durante la guerra en Francia. Cuando llegaron los nazis y se instalaron —dijo, con la voz quebrada—. Se sentía el miedo por todas partes. A la gente se la llevaban sin dar ningún tipo de explicaciones y no volvían más. Todos se espían unos a otros, hasta en la propia familia, y contaban todo lo que veían a las autoridades. Había hombres armados por todas partes. Paul... —balbuceó vacilante, y Osborn notaba que se había puesto muy nerviosa—, siento esa misma sombra ahora...

De pronto Osborn oyó un ruido a su espalda. Se volvió bruscamente. McVey estaba junto a la cabina. Lo acompañaba Noble. McVey abrió la puerta de un tirón.

—¡Cuelgue! —dijo—. ¡Ahora mismo!

OCHENTA Y CUATRO

McVey cogió a Osborn por el brazo y lo obligó a salir a la calle.

Osborn intentó despedirse de Vera, pero McVey se había interpuesto y cortado la comunicación.

—Era la chica, ¿no? Vera Monneray —dijo McVey, y abrió la puerta de un Rover camuflado junto a la acera.

—Sí —contestó Osborn. McVey se metía en su vida privada y eso no le gustaba.

—¿Trabaja para la policía de París?

—No. Para el servicio secreto.

Las puertas se cerraron de golpe y el chófer de Noble se introdujo en el tráfico.

Al cabo de cinco minutos giraban en torno a Piccadilly Circus y salían por Haymarket rumbo a Trafalgar Square.

—Es un número no registrado —dijo McVey sin inflexión en la voz, mirando los números que Osborn se había escrito en la mano.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Osborn a la defensiva, y escondió las manos bajo las axilas.

McVey lo miraba fijamente.

—Espero que no la haya matado —dijo.

Noble, que iba delante junto al chófer, se volvió.

—¿Le dio alguien el número al que llamó o lo encontró usted solo?

Osborn dejó de mirar a McVey.

—¿Qué importa eso?

—¿Le dio alguien el número al que llamó o lo encontró usted solo? —insistió Noble.

—Los teléfonos de la recepción estaban ocupados. Pregunté si había otros.

—Y se lo indicó alguien.

—Evidente.

—¿Lo vio llamar alguien? ¿Lo vieron entrar en una cabina? —McVey dejó que siguiera Noble.

—No —dijo Osborn tajante, y de pronto recordó—. Había una empleada del hotel, una vieja negra. Estaba pasando la aspiradora.

—No cuesta nada seguir la pista de una llamada desde un teléfono público —advirtió Noble—. Sobre todo si se sabe de qué teléfono se trata y a qué hora. Esté o no registrado, cincuenta libras bastarán para averiguar el número, la ciudad, la dirección y hasta puede que informen del menú de la cena. En un abrir y cerrar de ojos.

Osborn permaneció callado un rato largo viendo desfilar las luces nocturnas de Londres. No le gustaba lo que había oído, pero Noble tenía razón. Se había portado como un imbécil. Pero no estaba acostumbrado a ese mundo, un mundo donde cada

idea tenía que ser calculada y donde todos eran sospechosos, sin importar quiénes fueran.

Al final, decidió recurrir a McVey.

—¿Quién está detrás de todo esto? ¿Quiénes son?

McVey negó con la cabeza.

—¿Sabía que el hombre que usted mató era un antiguo miembro de la Stasi?

—¿Se lo ha dicho ella?

—Sí.

—Pues tiene razón.

—¿Ya lo sabía? —Osborn no podía creerlo.

McVey no respondió. Noble tampoco.

—Permítame que le diga algo que tal vez no sepa. El primer ministro de Francia ha dimitido. Harán pública la noticia mañana. Lo han obligado a dimitir desde su propio partido debido a sus reservas frente al papel de Francia en la Comunidad Europea. Él piensa que los alemanes tienen demasiado poder y ellos no están de acuerdo.

—Eso no es nuevo —dijo Noble encogiéndose de hombros, y se volvió para darle instrucciones al chófer.

—Lo que sí es nuevo es que piensa que lo matarán si no dimite. O que matarán a Vera como señal de lo que les puede suceder a él y a su familia.

McVey y Noble se miraron el uno al otro.

—¿Eso es lo que piensa usted o lo ha expresado ella? —preguntó McVey.

—Ella tiene miedo, ¿vale? —Dijo Osborn lanzándole una mirada cargada de ira —. Y tiene sobradas razones.

—¿Y usted le ha hecho un flaco servicio! La próxima vez que le diga que haga algo, ¡me obedecerá! —McVey se volvió para mirar por la ventana y a partir de ese momento no habló nadie, sólo se oía el zumbido de los neumáticos contra el asfalto. De vez en cuando las luces de los coches iluminaban a los hombres en el interior, pero recorrieron la mayor parte del trayecto a oscuras.

Osborn se reclinó en el asiento. Jamás en su vida había estado tan cansado. Le dolían todos los músculos. Los pulmones, agitándose cada vez que respiraba, le pesaban como el plomo. Y el sueño. No recordaba la última vez que había dormido. Se pasó la mano por el mentón y cayó en la cuenta de que a partir de algún momento no había pensado más en afeitarse. Miró a McVey y observó el mismo agotamiento. El policía mostraba profundas ojeras y una barba crecida de varios días. Aunque la ropa que llevaba puesta era limpia, parecía que no se la hubiera quitado en una semana. Noble, sentado delante, no tenía mucho mejor aspecto.

El Rover disminuyó la velocidad y penetró en un estrecho callejón. Una manzana más allá bajaron a un garage subterráneo. A Osborn se le ocurrió preguntar a dónde se dirigían.

—A Berlín —McVey fue el primero en contestar.

—¿A Berlín?

Dos policías se acercaron al coche cuando éste se detuvo y abrieron las puertas.

—Pasen por aquí, señores, por favor —dijeron, y entraron por un pasillo y salieron por una puerta que conducía al hangar. Se encontraban en un extremo de un aeropuerto comercial. En la distancia se divisaba un avión a reacción bimotor con las luces del interior encendidas y una escalerilla ante la puerta abierta de la cabina.

—Usted viene con nosotros —dijo McVey mientras caminaban en esa dirección —, porque tiene que prestar declaración ante un juez alemán. Quiero que le cuente al juez lo que le dijo Albert Merriman antes de que lo mataran.

—¿Se refiere a Scholl?

McVey asintió.

—Está en Berlín —aventuró Osborn sintiendo que el pulso se le aceleraba.

—Sí.

Noble, que iba delante, subió la escalerilla y entró en el avión.

—¿Y mi declaración servirá para extender una orden de arresto contra él?

—Quiero hablar con él —dijo McVey, y empezó a subir las escalerillas.

Osborn se sentía eufórico. Por eso se lo había jugado todo para reunirse con McVey, desde el principio. Quería que lo acompañara un paso más allá, que le ayudara a llegar hasta Scholl.

—Quiero estar allí cuando lo arreste.

—Es lo que suponía —dijo McVey, y desapareció dentro de la cabina.

OCHENTA Y CINCO

—Ya ve usted, no hay señales de violencia ni de que haya pasado nada raro. Las verjas del perímetro tienen un circuito cerrado de monitores de vídeo, y están vigiladas por los guardias de a pie y con perros. No hay ningún indicio de que tengamos problemas de seguridad. —Georg Springer, el encargado de la seguridad en Anlegeplatz, un hombre delgado y de calvicie incipiente, recorrió la enorme habitación de Elton Lybarger y lanzó una mirada a la cama deshecha pero vacía, mientras escuchaba a uno de sus guardias. Eran las tres y veinticinco de la madrugada del jueves.

A Springer lo habían despertado justo después de las tres para informarle que Lybarger no se encontraba en su habitación.

Se había puesto en contacto inmediatamente con la oficina de seguridad cuyas cámaras controlaban la entrada principal, los treinta kilómetros de verja del perímetro y los demás accesos a saber, la entrada de servicio junto al garage bajo vigilancia y un edificio de mantenimiento a casi un kilómetro de la casa por un camino que se perdía serpenteando hacia la parte de atrás. En las últimas cuatro horas no había entrado ni salido nadie.

Springer echó un último vistazo a la habitación de Lybarger y se dirigió a la puerta.

—Puede que se haya sentido mal y haya salido a buscar ayuda o que se encuentre en un estado de somnolencia y no sepa dónde está. ¿Cuántos hombres hay disponibles?

—Diecisiete.

—Reúnelos a todos. Buscad bien en los alrededores de la casa y en el interior en todas las salas y habitaciones. No importa que haya gente durmiendo. Yo despertaré a Salettl.

Elton Lybarger estaba sentado en una silla de respaldo alto mirando a Joanna, que permanecía inmóvil desde hacía cinco minutos. De no ser por la leve agitación bajo el camisón, Lybarger se habría arriesgado a llamar en busca de ayuda. Tenía miedo de que Joanna se encontrara enferma.

Había encontrado el vídeo hacía una hora escasamente. Lybarger no podía conciliar el sueño y buscó algo que leer en la biblioteca. Últimamente no le resultaba fácil dormir. Cuando lo lograba, se sumía en sueños extraños y deambulaba entre gentes y lugares que le parecían familiares pero en los que no tenía ninguna confianza. Los momentos que vivía eran tan diferentes como las personas y recordaba tiempos diversos, desde la Europa de la preguerra hasta los últimos incidentes de aquella mañana.

Entró en su biblioteca, revisó algunos periódicos y revistas. Aún insomne, salió a los alrededores de la casa. Vio la luz encendida en el bungalow de sus sobrinos Eric y Edward. Fue hasta la puerta y llamó. Al no contestar nadie, se tomó la libertad de entrar.

En el salón, lujosamente amueblado, destacaba un gigantesco hogar de piedra. Equipos de última tecnología de vídeo y sonido compartían las estanterías con numerosos trofeos de atletismo. Las puertas de los dormitorios del fondo estaban cerradas.

Pensando que sus sobrinos dormían, Lybarger se disponía a retirarse cuando se fijó en un sobre grande que había en una estantería junto a la puerta, probablemente destinado a un mensajero. Leyó «tío Lybarger» y pensando que él era el destinatario, lo abrió y encontró un vídeo. Intrigado, lo cogió y se lo llevó a su estudio. Lo introdujo en el vídeo, encendió el televisor y se sentó a mirar lo que los chicos habían querido enviarle.

Se vio a sí mismo chutando una pelota de fútbol con Eric y Edward. Luego escuchó una breve intervención política que había grabado siguiendo las rigurosas instrucciones de su logopeda, un profesor de teatro en la Universidad de Zurich. Y luego, la secuencia más sorprendente. Él y Joanna estaban juntos en la cama. En la pantalla aparecían todo tipo de números y Von Holden los observaba, desnudo como Dios lo había enviado al mundo.

Joanna era su amiga y compañera. Era como una hermana, casi como su hija. Lybarger se horrorizó ante las imágenes. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había sucedido aquello? No guardaba absolutamente ningún recuerdo de lo que veía y tuvo la sensación de que sucedía algo muy grave. Se preguntó si Joanna sabría algo de aquello. ¿Acaso se trataba de un juego sucio en colaboración con Von Holden? Descontrolado por el asombro y la indignación, Lybarger se dirigió inmediatamente a la habitación de Joanna. La despertó de un sueño profundo y le exigió, airado y a voz en cuello, que viera el vídeo inmediatamente.

Confundida y algo más que molesta por esa actitud y por su presencia en la habitación, Joanna hizo lo que Lybarger le pedía. Ahora, mientras veían pasar el vídeo, la invadía la misma desazón. La horrible pesadilla de unas noches atrás, pensó, no había sido tal, sino un recuerdo nítido de lo que realmente había sucedido.

Al terminar, Joanna apagó el aparato y se volvió a mirar a Lybarger. El hombre estaba pálido y temblaba, igual de consternado que ella.

—¿Usted no lo sabía? —preguntó ella—. ¿No tenía idea de que esto hubiera sucedido?

—¿Y usted tampoco?

—No, señor Lybarger. Le puedo asegurar que no tenía ni idea.

De pronto se escuchó un toque seco en la puerta. Inmediatamente después se abrió y entró Frieda Vossler, de unos veinticinco años, una mujer de mentón cuadrado, miembro de las fuerzas de seguridad de Anlegeplatz.

Minutos más tarde, Salettl y el jefe de seguridad Springer entraban en la habitación de Joanna. Encontraron a un Lybarger indignado que hacía chocar una y otra vez el vídeo en la palma de la mano mientras increpaba a Frieda Vossler, exigiendo que le explicaran qué significaba semejante atropello.

Salettl le quitó tranquilamente el vídeo y le pidió que se relajara, advirtiéndole que su reacción podía costarle un segundo infarto. Dejó a Joanna con los agentes de seguridad y acompañó a Lybarger a su habitación. Le tomó la presión y lo metió en la cama después de administrarle una fuerte dosis de somnífero mezclada con una droga psicodélica. Lybarger dormiría y su sueño estaría habitado por imágenes irreales y fantásticas. Salettl confiaba en que confundiría los sueños con el incidente del vídeo y la visita a la habitación de Joanna.

La terapeuta, por el contrario, se había mostrado menos comprensiva, y cuando Salettl volvió a su habitación, pensó que debería despedirla inmediatamente y enviarla a Estados Unidos en el primer vuelo. Después pensó que su ausencia sería aún más perturbadora. Lybarger se había acostumbrado a Joanna y dependía de ella para su bienestar físico. Era ella quien lo había hecho progresar de tal manera que había logrado hacerlo caminar sin ayuda del bastón. Era imposible predecir su reacción si no la encontraba a su lado. No, Salettl decidió que no podía despedirla. Era de una importancia vital que ella acompañara a Lybarger a Berlín y permaneciera junto a él hasta el momento del discurso. Con una actitud sumamente discreta, Salettl la convenció, por el bien de Lybarger, de que volviera a la cama.

Le aseguró que por la mañana le darían una explicación de lo que había visto.

Asustada, irritada y emocionalmente agotada, Joanna había tenido la entereza suficiente para no presionar demasiado.

—Sólo quiero que me diga —exigió—, quién sabía de esto además de Pascal. ¿Quién filmó la maldita escena?

—No lo sé, Joanna. Desde luego, yo no la he visto, de modo que ni siquiera sé de qué se trata. Por eso te pido que esperes hasta mañana y te podré dar una respuesta clara.

—Bien —dijo ella, y esperó a que todos salieran para cerrar la puerta con llave.

Salettl no dudó en dejar a la agente Frieda Vossler custodiando la puerta y dio instrucciones para que nadie entrara ni saliera sin su permiso.

Cinco minutos más tarde estaba sentado ante su mesa de escritorio. Era la madrugada del jueves. En menos de treinta y seis horas, Lybarger estaría en Berlín preparándose para su presentación en el Palacio de Charlottenburg. Después de todo el tiempo transcurrido y en vísperas del gran momento, no se podía considerar la posibilidad de que algo fallara en Anlegeplatz. Cogió el teléfono y llamó a Uta Baur, en Berlín, sabiendo que la despertaría. Uta cogió la llamada en su estudio.

—*Guten Morgen* —dijo con voz cortante y despierta. Eran las cuatro de la mañana y ya había empezado a trabajar.

—Creo que debe saber... que se ha producido cierta confusión en Anlegeplatz.

OCHENTA Y SEIS

El reloj de Osborn marcaba casi las dos y media de la madrugada, hora de Londres, jueves 13 de octubre. Eran las cuatro y media en Berlín.

Junto a él, en la oscuridad, veía a Clarkson vigilando el tablero de mandos de luces rojas y verdes del Beechcraft Baron y manteniendo la velocidad fija a poco más de trescientos kilómetros por hora. Atrás, McVey y Noble dormitaban cómodos, más parecidos a un par de abuelos que a unos inveterados inspectores de Homicidios. Más abajo, el Mar del Norte brillaba a la luz de la media luna, embravecido con la marea alta que azotaba la costa holandesa.

Al cabo de un rato viraron a la derecha y entraron en el espacio aéreo holandés. Cruzaron por encima del oscuro reflejo del Ijsselmeer y poco después giraron hacia el este por encima de los campos hacia la frontera alemana.

Osborn intentaba imaginarse a Vera encerrada en una casa de la campiña francesa. Pensó en una granja con una larga entrada de manera que los guardias armados podían divisar a una persona mucho antes de que se acercara. O tal vez no. Tal vez se trataba de una casa moderna de dos pisos junto a la vía del ferrocarril en un pueblo pequeño que veía pasar una docena de trenes al día. Una casa cualquiera, como miles de otras en toda Francia, de aspecto corriente, con un coche de cinco años aparcado a la entrada. Sería el último lugar donde se le ocurriría buscar a un agente de la Stasi.

Osborn también debió de haberse adormecido, porque lo primero que vio fue la luz lejana del amanecer en el momento en que Clarkson comenzaba a penetrar en un ligero manto de nubes. Vio el río Elba directamente abajo, oscuro y liso, como un faro dándoles la bienvenida, extendiéndose hacia delante hasta perderse de vista.

Siguieron el descenso bordeando la orilla sur a lo largo de otros treinta kilómetros hasta que en la distancia aparecieron las luces del poblado rural de Havelberg.

McVey y Noble se habían despertado y miraron el paisaje mientras Clarkson inclinaba el ala izquierda y bajaba abruptamente. Girando en redondo, redujo y bajó en un vuelo rasante casi silencioso sobre los campos envueltos en la penumbra. En ese momento, una señal en tierra parpadeó dos veces y luego se apagó.

—Bajemos —dijo Noble.

Clarkson asintió con la cabeza y enfiló el morro del aparato. Aceleró brevemente los motores de trescientos caballos y describió una abrupta curva a la derecha, volvió a reducir y bajó. Se oyó un ruido sordo cuando cayó el tren de aterrizaje, Clarkson estabilizó el aparato y sobrevoló las copas de los árboles. Delante de ellos apareció una franja de luces azules flanqueando una pista de césped. Al cabo de un minuto, las ruedas tocaron tierra, el morro del aparato bajó y la rueda delantera rozó el suelo. Las luces de aterrizaje se apagaron inmediatamente y se oyó un potente rugido del motor cuando Clarkson revirtió la potencia. Unos cien metros más allá, el Barón se detuvo.

—¡McVey!

Al nombre, pronunciado con un marcado acento alemán, siguió una risa sonora cuando McVey bajó y pisó la hierba mojada de rocío de los bosques del Elba, unos cien kilómetros al noroeste de Berlín. McVey sintió el abrazo poderoso de un hombre descomunal vestido con vaqueros y cazadora de cuero.

El teniente Manfred Remmer, de la *Bundeskriminalamt*, la policía federal alemana, medía más de metro noventa y pesaba más de cien kilos. Remmer era un tipo franco y extrovertido, y con diez años menos podría haber jugado de defensa lateral en cualquier equipo de liga profesional de rugby. Aún era un hombre sólido y de gran destreza física. Estaba casado y tenía cuatro hijas. A sus treinta y siete años, conocía a McVey desde hacía doce cuando, aún inspector novel, fue enviado al departamento de policía de Los Ángeles en el marco de un programa de intercambio internacional.

En Los Ángeles lo asignaron a una patrulla durante tres semanas en la sección de robos y homicidios y durante ese período tuvo a McVey como compañero. En esas tres semanas, el recluta Manfred Remmer estuvo presente en seis sesiones judiciales, nueve autopsias, siete detenciones y veintidós sesiones de interrogatorios. Trabajó seis días a la semana y quince horas al día. Siete de esos días no estaban pagados y tuvo que dormir en un sofá del apartamento de McVey en lugar de la habitación de hotel de que disponían para casos urgentes. En los dieciséis días que trabajaron él y McVey, detuvieron a cinco narcotraficantes con órdenes de captura por asesinato y siguieron la pista, detuvieron y obtuvieron una confesión completa de un hombre acusado de matar a ocho mujeres jóvenes. Hoy día, ese hombre, Richard Homer, espera el día de su ejecución en la quinta galería de la prisión de San Quintín, después de haber agotado a lo largo de una década todos los recursos de apelación posibles.

—Me alegro de verte, McVey. Me alegro de verte en forma y de que hayas venido —dijo Remmer mientras conducía a toda velocidad un Mercedes Benz camuflado. Salieron del bosque hacia un camino de tierra—. Me he enterado de ciertas cosas a propósito de tus amigos en Interpol, *herr* Klass y Halder. No ha sido fácil pillarlos. Prefería decírtelo en persona y no por teléfono... ¿Podemos hablar? —preguntó mirando por encima del hombro a Osborn, sentado atrás junto a Noble.

—Sí, se puede —dijo McVey guiñándole un ojo a Osborn. Ya no había necesidad de seguir manteniéndolo al margen de lo que estaba sucediendo.

—*Herr* Hugo Klass nació en Munich en 1937. Después de la guerra viajó con su madre a Ciudad de México. Luego emigraron a Brasil, Río de Janeiro y Sao Paulo. — Remmer hizo botar el coche al pasar sobre un enrejado de desagüe y aceleró al llegar al tramo pavimentado. El cielo comenzaba a despejarse y brillaba suavemente sobre el perfil barroco de los edificios de Havelberg.

—En 1958 —continuó—, Klass volvió a Alemania para ingresar en la fuerza aérea y más tarde en la *Bundesnachrichtendienst*, los Servicios de Inteligencia de Alemania Federal, donde adquirió su reputación como experto en huellas dactilares. Luego...

—Empezó a trabajar en el cuartel general de Interpol. Es exactamente lo mismo que nos dijo el MI6 —dijo Noble inclinándose sobre el asiento delantero.

—Muy bien —sonrió Remmer—. Ahora cuéntenos el resto.

—¿El resto? Si eso es todo lo que hay.

—No hay más información. ¿No tiene historia familiar?

—Lo siento —dijo Noble tajante, y volvió a reclinarsse en el asiento—. Es todo lo que sé.

—No nos deje en ascuas —dijo McVey, y se puso las gafas oscuras cuando aparecieron los primeros destellos de sol en el horizonte.

En la distancia, Osborn vio un Mercedes sedán gris que salía de un camino lateral hacia la carretera en el mismo sentido que ellos. Iba más lento que el coche de Remmer, pero cuando éste se acercó, aceleró y Remmer mantuvo cierta distancia por detrás. Al cabo de un momento vio que los seguía un coche de las mismas características. Osborn se volvió y vio a dos hombres en el asiento delantero. Entonces, por primera vez, se percató del fusil ametrallador en la cartuchera adosada a la puerta de Remmer, junto a su codo. Era evidente que los hombres que iban delante y detrás eran de la Policía Federal. Remmer no quería correr ningún riesgo.

—No se llama Klass de nacimiento. Se llama Haussmann. Durante la guerra su padre, Erich Haussmann, pertenecía al *Schutzstaffel*, la SS, número de identificación 337 795. También perteneció a la *Sicherheitsdienst* es decir, la SD, los servicios de seguridad del partido nazi. —Remmer siguió al primer Mercedes hacia el sur en dirección a la Uberregiónale Fernverkehrsstrasse, la red de autopistas regionales. Los tres coches comenzaron a correr más rápido.

—Dos meses antes de que la guerra terminara, *herr* Haussmann se esfumó. La señora Bertha Haussmann recuperó su apellido de soltera, Klass. La señora Haussmann no era una mujer adinerada cuando salió con su hijo de Alemania rumbo a Ciudad de México, en el 46. Sin embargo vivió en una villa con un cocinero y una empleada que llevó consigo cuando se marchó a Brasil.

—¿Cree que los exiliados nazis le prestaron su apoyo después de la guerra? —preguntó McVey.

—Puede que sí. Pero ¿quién podría demostrarlo? Se mató en un accidente de coche en 1966 en las afueras de Río. De todos modos, se sabe que mientras vivieron en Brasil, Erich Haussmann la visitó a ella y a su hijo en al menos veinticinco ocasiones.

—Dice que el padre se «esfumó» antes de que terminara la guerra —dijo Noble volviendo a inclinarse hacia delante.

—Y viajó directo a América del Sur con el padre y el hermano mayor de Rudolf Halder, vuestro hombre en Interpol, Viena. Halder es el experto que ayudó a reconstruir las huellas dactilares de Albert Merriman a partir del cristal que se encontró en el piso del detective privado, Jean Packard. —Remmer sacó un paquete de tabaco de encima del tablero, lo sacudió, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—El verdadero nombre de Halder era Otto —dijo, y exhaló el humo—. Su padre y su hermano mayor pertenecían a la SS y a la SD, igual que el padre de Klass. Halder y Klass tienen la misma edad, cincuenta y cinco años. Vivieron sus años de formación en la Alemania nazi y además en el hogar de auténticos fanáticos del partido. Pasaron su adolescencia en América del Sur donde fueron educados, vigilados y financiados por exiliados nazis.

—¿No me dirá que estamos ante una conspiración neonazi? —preguntó Noble, mirando hacia McVey.

—Es una idea interesante si se atan todos los cabos. A Merriman lo mata un agente de la Stasi un día después de que un hombre que ocupa un cargo estratégico, donde todos los días se revisan cientos de investigaciones policiales, descubre que está vivo. Luego viene la caza de la amiga de Merriman y la matanza de su mujer y toda su familia en Marsella. Intentan liquidar a Lebrun y a su hermano el día que comienzan a indagar en las actividades de Klass, que había solicitado la información sobre Merriman a la policía de Nueva York utilizando antiguos códigos de Interpol que mucha gente ni sabe que existen. Luego sabotean el tren en que viajábamos Osborn y yo. Matan a Benny Grossman en su propia casa en Queens el día después de que recopila y le transmite a Noble información sobre las personas que Erwin Scholl habría supuestamente matado hace treinta años. Tiene usted razón, Ian. Si atamos todos los cabos, parece obra de una unidad de espionaje, como una operación del KGB —resumió McVey, y miró a Remmer—. ¿Qué piensas tú, Manny? ¿Acaso la conexión de Klass nos indica que se trata de una historia de neonazis?

—¿Qué diablos quieres decir con neonazis? —Inquirió bruscamente Remmer—. Andan por ahí rompiendo cráneos, los cabezas rapadas, y llevan patatas llenas de clavos en los bolsillos. Unos imbéciles que golpean a los inmigrantes y luego les queman los albergues y salen en todos los telediarios...

Remmer miró de McVey a Noble, y luego a Osborn. Estaba picado.

—Merriman, Lebrun, el tren de París-Meaux —dijo Remmer—, y Benny Grossman. Recuerdo que cuando llamé a Benny para preguntarle dónde me podía quedar cuando fui a Nueva York con mis hijas, me dijo «¡quédate en mi casa!» Tú dices KGB, pero yo debería decir que no se trata de neonazis ¡sino de neonazis que trabajan con antiguos nazis! Esto es una continuación del poder que asesinó a seis millones de judíos y destruyó Europa. Los neonazis son como el pezón de la teta, son una mierda. Por el momento son un fastidio, nada más. Pero debajo de la superficie, el mal aún está vivo en la cara de los empleados bancarios y de las camareras en los bares y ellos ni siquiera se enteran, como una semilla que espera el tiempo propicio, la mezcla propicia de elementos para volver a brotar. Si estuvieras como yo, en la calle y en los pasillos de la Alemania de hoy, ya lo sabrías. Nadie hablará de ello, pero está ahí, como el viento. —Remmer miró a McVey enfurecido, apagó el cigarrillo de golpe y volvió a mirar el camino.

—Manny —dijo McVey, tranquilo—. Me estoy dando cuenta de que estás

empeñado en una guerra privada. La culpa y la vergüenza y todo lo que te ha echado encima otra generación. Lo que sucedió fue cosa de ellos, no tuya, pero de todos modos has caído en la trampa. Tal vez tenías que caer. Y no te discuto nada de lo que dices. Pero las emociones no son hechos.

—Tú quieres saber si tengo información de primera mano. Pues la respuesta es que no.

—¿Y qué pasa con la *Bundeskriminalamt* o la *Bundesnach* no sé qué hostias, o como se pronuncie la Seguridad alemana?

Remmer miró hacia atrás.

—¿Se han encontrado pruebas tangibles sobre un movimiento pronazi organizado lo bastante grande como para tener influencias? —preguntó.

—Tú me dirás.

—La respuesta es la misma. No. Al menos no por lo que sabemos mis superiores y yo, porque se suele hablar de ese tipo de cosas en los cuerpos de policía. La política del gobierno es estar *je wachsam*, lo cual significa siempre alerta y vigilante.

McVey lo miró fijamente un momento.

—Pero personalmente, ¿tú qué opinas, Manny? ¿Que la cosa es madura?

Remmer vaciló y luego asintió con la cabeza.

—No se hablará de ello. Cuando suceda, no se pronunciará la palabra nazi. Pero tendrán el poder, eso sí. Les doy dos o tres años, cinco a lo más.

Con esa profecía, los cuatro ocupantes del coche guardaron silencio y Osborn pensó en lo que Vera le había dicho sobre la dimisión de François Christian y la nueva Europa, cuando le habló de los recuerdos recurrentes de su abuela sobre la ocupación de Francia por los nazis, de la gente que era detenida y que nadie volvía a ver, de los vecinos que se espiaban unos a otros, lo mismo que las familias y, en todas partes, hombres armados. «Siento esa misma sombra ahora». El sonido de su voz era tan claro como si estuviese sentada a su lado y el miedo que transmitía le heló los huesos.

Los coches disminuyeron la velocidad al llegar a las afueras de una pequeña ciudad. Osborn miró por la ventana y vio el sol de la mañana sobre los tejados. Las hojas de otoño cubrían las calles de rojos y dorados. Un grupo de chicos esperaba para cruzar una esquina y una pareja de viejos caminaba por la acera, la anciana apoyada en un bastón y con el otro brazo enfundado en el de su marido. Cerca de una intersección, un agente de tráfico discutía con un camionero y en todas partes los tenderos comenzaban a colocar sus mercancías en la acera.

Era difícil calcular el tamaño de la ciudad. Tal vez dos mil o tres mil habitantes que uno adivinaba en las calles laterales y en otros barrios que no se veían. ¿Cuántos otros pueblos como ése despertaban esa mañana en toda Alemania? ¿Cientos, miles? En los pueblos, las aldeas y las pequeñas ciudades la gente seguía ocupada en las cosas de todos los días, viviendo en algún punto entre el nacimiento y la muerte. ¿Acaso era posible pensar que esa gente añorara en secreto los desfiles a paso de

ganso de las tropas de asalto vistiendo camisas ceñidas y brazaletes con esvásticas? ¿Acaso echaban en falta los golpes de las lustrosas botas y polainas pasando frente a todas las ventanas y puertas del país?

¿Cómo era posible? Esa terrible época llevaba medio siglo sepultada. El bien y el mal de la moral del nazismo era un objeto en desuso, un lugar común. La culpa y la vergüenza colectivas aún pesaban sobre las generaciones nacidas décadas después de que la conflagración hubiera llegado a su fin. El Tercer Reich y todo lo que representaba estaba muerto. Tal vez el resto del mundo querría recordar siempre, pero Alemania quería olvidar. De eso Osborn estaba seguro. Remmer tenía que estar equivocado.

—Tengo otro nombre para ti —dijo Remmer rompiendo el silencio—. Es el hombre que se ocupaba de que Klass y Halder gozaran de una posición solvente dentro de Interpol. Es su actual director de misiones, un antiguo inspector de la Prefectura de Policía de París. Creo que lo conoces.

—¿Cadoux? ¡No, no puede ser! Lo conozco desde hace años.

Noble no cabía en sí de asombro. —Así es— dijo Remmer. Relajó la mano en el volante y encendió otro cigarrillo—. Cadoux.

OCHENTA Y SIETE

A las siete menos cuarto de la mañana, Erwin Scholl estaba de pie junto a la ventana de la oficina de su *suite* en el último piso del Grand Hotel Berlín, mirando el sol que se levantaba sobre la ciudad. Cogía en brazos un gato de angora de abundante pelaje que acariciaba abstraído.

A su espalda, Von Holden hablaba por teléfono con Salettl en Anlegeplatz. A través de la puerta cerrada que daba al despacho del exterior, oía a sus secretarias ocupadas en atender las llamadas internacionales, ninguna de las cuales contestaba personalmente.

Fuera en el balcón, Viktor Shevchenko fumaba un cigarrillo y miraba hacia el sector del antiguo Berlín Este esperando instrucciones. Shevchenko tenía treinta y dos años y su constitución fibrosa le daba aspecto de matón de barrio. Al igual que Bernhard Oven, Von Holden lo había reclutado en el ejército soviético para la Stasi. Después de la reunificación se había trasladado a la Organización como jefe de la sección de Berlín.

—*Nein!* —exclamó Von Holden tajante, y Scholl se volvió. —No, ¡no será necesario!— dijo en alemán, negando con la cabeza.

Scholl se volvió hacia la ventana sin dejar de acariciar al gato. Le bastaba con lo que había entendido en las primeras palabras de la conversación de Von Holden. Elton Lybarger descansaba tranquilamente y, tal como estaba previsto, llegaría a Berlín mañana.

En treinta y seis horas, cien ciudadanos de prestigio en Alemania viajarían desde todos los puntos del país para reunirse en el Palacio de Charlottenburg y presenciar la aparición de Lybarger. Minutos después de las nueve de la noche se abrirían las puertas del comedor privado, los congregados callarían y él haría una entrada solemne. Vestido formalmente, sin bastón, recorrería solo el pasillo engalanado del centro, con un aire distante. Al llegar al final de la sala, subiría los seis peldaños hasta el podio y, una vez arriba, en medio de una ovación atronadora se volvería para saludarlos. Finalmente alzaría un brazo pidiendo silencio y pronunciaría el discurso más decisivo y brillante de toda su vida.

Cuando oyó que Von Holden colgaba el teléfono, se desvaneció su ensueño. Dejó al gato en la silla roja bien mullida y se sentó ante su mesa de trabajo.

—El señor Lybarger encontró el vídeo por casualidad y se lo enseñó a Joanna —dijo Von Holden—. Esta mañana apenas se acuerda de ello. Pero ella está causando problemas. Salettl se encargará.

—Quería que fueras tú a calmar todo el asunto. ¿No era eso lo que quería?

—Sí, pero no hace falta.

—Pascal, el doctor Salettl tiene razón. Si la chica sigue molesta, se notará en la conducta de Lybarger, lo cual es totalmente inaceptable. Salettl puede tranquilizarla

pero no como podrías hacerlo tú. Es la diferencia que existe entre la razón y los sentimientos. Piensa que resulta mucho más difícil cambiar una emoción que una idea. Aunque Salettl la convenza, puede cambiar de opinión y eso causaría perturbaciones que no podemos tolerar. Pero si alguien la suaviza y la acaricia, terminará ronroneando como la gatita que duerme ahora plácidamente sobre la silla.

—Puede que así sea, señor Scholl, pero en este momento yo debo estar en Berlín —dijo Von Holden, y lo miró fijamente—. A usted le preocupaba que nuestro sistema no fuera tan eficaz como pensábamos. Pues bien, resulta que lo es y no lo es. La sección de Londres ha encontrado al policía francés herido, Lebrun, en el Westminster Hospital de Londres. Tiene protección de la policía veinticuatro horas al día. La sección de Londres y la de París rastrearon una llamada de Osborn, el americano, desde Londres a una granja en las afueras de Nancy. Vera Monneray está en esa granja bajo la custodia de agentes del servicio secreto francés.

Scholl conservaba su postura hierática y escuchaba con las manos tensas apoyadas sobre la mesa de trabajo.

—Osborn y McVey se han reunido con el comandante de una unidad especial de la policía de Londres —continuó Von Holden—. Se llama Noble. Llegaron al aeropuerto de Havelberg al amanecer. Allí los recogió y trasladó un inspector de la *Bundeskriminalamt*, un tal Remmer. Los escoltan dos coches camuflados de la policía. Suponemos que vienen hacia Berlín.

Von Holden se levantó, cruzó hacia un aparador y se sirvió un vaso de agua mineral.

—No es una noticia agradable, pero es oportuna y un hecho. El problema es que hayan logrado llegar tan lejos. Ahí es donde ha fallado nuestro sistema. Bernhard Oven tenía que haberlos matado a los dos en París. Pero, al contrario, el policía americano lo mató a él. Tenían que haber muerto en la explosión del tren o haber sido liquidados por los agentes de la sección de París que estaban conmigo en Meaux. Esperaban ver la lista de supervivientes para actuar. Pero no fue así. Y ahora vienen a Berlín, un día y medio antes de la presentación del señor Lybarger.

Von Holden vació su copa y la dejó sobre el aparador.

—Es un problema que no puedo resolver si me voy a Zurich.

Scholl se reclinó hacia atrás y observó a Von Holden. El gato abandonó la silla donde había estado durmiendo y se plantó en las rodillas de Scholl con un suave brinco.

—Si te vas ahora, Pascal, puedes volver esta misma noche.

Von Holden lo miró como si hubiera perdido la razón.

—Señor Scholl, estos hombres son peligrosos. ¿Es que no se ha dado cuenta?

—¿Sabes por qué vienen a Berlín, Pascal? Te lo resumiré en dos palabras. Albert Merriman. Él les habló de mí —dijo Scholl con una sonrisa afectada como si su confesión le halagara—. La primera vez que fui a Palm Springs en el verano del cuarenta y seis conocí a un viejo de noventa años. De joven, allá por mil ochocientos

setenta, había sido cazador de indios. Una de las cosas que me contó fue que los cazadores de indios siempre mataban a los niños indios donde los encontraban. Porque, según él, sabían que si no los mataban, un día esos niños crecerían y serían hombres.

—Señor Scholl, ¿a qué se refiere usted?

—Me refiero, Pascal, a que tendría que haber recordado esa historia cuando contraté a Albert Merriman —dijo Scholl, y sus largos dedos al acariciar el lomo sedoso del gato parecían delicadas hojas de navaja—. Hace poco estuve revisando mis archivos personales. Uno de los hombres que Merriman mató bajo mis órdenes diseñaba instrumentos médicos. Se llamaba Osborn. Creo que el hombre que acompaña a los policías que vienen a Berlín es hijo suyo.

El gato se acurrucó en el brazo de Scholl, que se levantó y caminó hasta la puerta que daba al balcón. Al empuñar el pomo, Shevchenko abrió desde el exterior.

—Déjanos —dijo Scholl. Pasó junto a él y salió a la luz del sol.

Para el mundo exterior, Erwin Scholl era un hombre elegante, un *self-made man* que gozaba de un gran carisma. Aunque su propia persona era un ente del todo impenetrable, Scholl poseía una capacidad casi mística para adivinar las motivaciones de los demás. Para presidentes y jefes de Estado, aquello era un don de incalculable valor porque les procuraba una visión crítica de las ambiciones más ocultas de sus adversarios. Pero si decidía no complacer a alguien, era frío y arrogante y acababa por manipular a sus rivales a través de la intimidación y el miedo. Y el puñado de personas que le eran más cercanas —entre ellos el propio Von Holden— estaban todos sometidos a la faceta más oscura de su naturaleza.

Scholl miró por encima del hombro y vio que Von Holden había salido al balcón y que ahora se encontraba detrás de él. Por un instante dejó vagar la mirada hasta la Friedrichstrasse, ocho plantas más abajo. Se preguntó por qué le gustaban los jóvenes y a la vez desconfiaba de ellos. Quizá se debía a que jamás podía mostrarse a ellos sexualmente. Le faltaban menos años de los que quería contar para cumplir los ochenta y su deseo sexual era tan potente como siempre. Y, sin embargo, jamás en su vida había tenido relaciones sexuales en completa desnudez con alguien, hombre o mujer. Su compañero o compañera se desvestían, claro está, pero era impensable que él hiciera lo mismo porque aquello entrañaba un grado de confianza y vulnerabilidad que Scholl era incapaz de mostrar. Era verdad que desde pequeño jamás había estado completamente desnudo con una persona. El único niño que lo había visto desnudo había caído bajo los golpes de martillo de Scholl, que después ocultó el cadáver en una cueva. Por aquel entonces, Scholl tenía seis años.

—No vienen a Berlín a buscar al señor Lybarger o porque tengan alguna idea de lo que sucede en Charlottenburg. Vienen a por mí. Si la policía tuviera alguna prueba de mi implicación en lo de Merriman, ya habrían actuado. Lo único que tienen, en el mejor de los casos, es algo que le ha contado a Osborn un hombre que ha muerto. Se pondrán a investigar, que para eso son policías. Sus movimientos son estratégicos y

calculados pero predecibles, fácilmente neutralizabas por los abogados y, de un modo u otro, eliminables... Sé que Osborn es diferente —continuó—. Viene por el asunto de su padre. No tiene ningún compromiso con la policía y me atrevería a decir que los está utilizando sólo para llegar hasta mí. Cuando haya llegado, estará dispuesto a correr ciertos riesgos. Y eso es algo apasionado y temerario que, me temo, podría desbaratar las cosas.

Scholl se volvió hacia Von Holden. Bajo la clara luminosidad de la mañana, éste observó los duros surcos que le había dejado el tiempo en el rostro.

—Vienen estrechamente protegidos. Encuéntralos, vigílalos. En algún momento intentarán ponerse en contacto conmigo y querrán acordar una hora y un lugar para hablar. Ésa será nuestra oportunidad para aislarlos. Y entonces tú y Viktor haréis lo más apropiado. Entretanto, ve a Zurich.

Von Holden desvió la mirada y luego se volvió hacia Scholl.

—Señor, creo que está menospreciando a esos hombres.

Hasta ese momento, Scholl se había mantenido frío y dueño de la situación.

Acariciando suavemente al gato en sus brazos, había pensado en un plan de acción. Pero de pronto enrojeció.

—¿Crees que me gusta la idea de que esos hombres como los llamas tú todavía estén vivos o que la terapeuta de Lybarger nos esté causando problemas? Todo esto, Pascal, ¡es responsabilidad tuya!

El gato, alarmado, se incorporó en los brazos de Scholl, pero éste lo sostuvo firme acariciándole casi mecánicamente el lomo.

—Después de todos estos errores, te atreves a contestarme. ¿Has descubierto por qué razón vienen a Berlín? ¿Te has enterado de lo que buscaban o has pensado algún plan para hacerles frente?

Scholl tenía la mirada fija en Von Holden. Aquel hijo tan estimado que no cometía errores, de pronto había cometido uno. Para Scholl era algo más que una decepción, era una traición a su confianza y Von Holden lo sabía. Scholl había tenido que luchar contra Dortmund, Salettl y Uta Baur para que lo nombraran jefe de seguridad de toda la organización y lo aceptaran en el círculo del poder. La negociación había durado meses y Scholl finalmente lo había logrado, convencéndolos de que ellos eran los últimos representantes vivos de la vieja guardia. Habían envejecido, dijo entonces, y sin embargo no habían previsto nada para el futuro. Los imperios más poderosos de la historia de la humanidad se habían hundido de la noche a la mañana por haber carecido de un plan para la sucesión de poderes. Con el tiempo, otros ocuparían sus puestos a la cabeza de la Organización. Tal vez serían los Peiper o Hans Dabritz, Henryk Steiner e incluso Gertrude Biermann. Pero aún no había llegado ese momento y, hasta entonces, había que proteger la Organización desde el interior. Scholl conocía a Von Holden desde niño. Tenía los antecedentes y la formación adecuada y ya había probado su habilidad y su lealtad en el pasado. Tenían que confiar en él y nombrarlo jefe de seguridad aunque

no fuera más que por la futura salvaguarda de todo lo que habían construido.

—Siento haberlo decepcionado, señor —susurró Von Holden.

—Pascal. Sabes que para mí eres como un hijo —dijo Scholl más calmado. El gato se relajó en sus brazos y Scholl volvió a acariciarlo—. Pero hoy no te puedo hablar como si fueras un hijo. Eres el *Leiter der Sicherheit* y único responsable de la seguridad de toda la operación.

De pronto Scholl cerró la mano aprisionando al gato por el cuello. Con un tirón brusco apartó al animal del brazo que le había dado cobijo y lo sostuvo en el aire por encima del balcón y del tráfico, a casi treinta metros de altura. El animal chilló debatiéndose salvajemente. Maullando, se enroscó como una bola hincándole a Scholl las garras en la mano y en el brazo intentando desesperadamente volver a agarrarse.

—Jamás debes cuestionar mis órdenes, Pascal.

De pronto, el gato lanzó un zarpazo con la garra derecha. En el dorso de la mano de Scholl apareció un surco sangriento.

—¡Jamás! ¿Está claro? —inquirió, sin hacer caso del gato. El felino no dejaba de arañar y Scholl tenía el brazo y la muñeca bañados en sangre. Pero mantuvo la mirada fija en Pascal Von Holden. No había dolor porque no existía nada más. Ni el gato ni el tráfico más abajo. Sólo Von Holden. Scholl exigía obediencia total. No sólo ahora sino toda la vida.

—Sí, señor, lo he entendido —contestó Von Holden, con la voz enronquecida.

Scholl lo miró durante unos segundos.

—Gracias, Pascal —dijo tranquilamente. En ese momento abrió la mano. El gato lanzó un chillido de pavor y, como una piedra, cayó perdiéndose en el vacío. Scholl retiró la mano que tendía por encima del balcón con la palma hacia arriba. La sangre formaba un pequeño círculo a la altura de la muñeca antes de desaparecer en un hilillo bajo la manga de su impecable camisa blanca.

—Pascal —advirtió—. Cuando llegue el momento, quiero que observes el debido respeto por el joven médico. Mátaalo a él primero.

Von Holden observó la mano que tenía frente a él y luego miró a Scholl.

—Sí, señor —contestó quedamente.

Y luego, como siguiendo un oscuro y antiguo ritual, Scholl bajó la mano y Von Holden hincó una rodilla en el suelo y se la cogió.

Se la llevó a la boca y comenzó a lamer la sangre derramada. Comenzó por los dedos. Luego subió lentamente hacia la palma y siguió hasta llegar a la muñeca misma. Lo hizo deliberadamente y con los ojos abiertos sabiendo que Scholl lo observaba desde arriba, inmutable. Siguió lamiendo con la lengua y los labios recorriendo las heridas una y otra vez hasta que, finalmente, Scholl tuvo un hondo estremecimiento y se apartó.

Von Holden se incorporó lentamente y durante un momento se lo quedó mirando. Luego se volvió y volvió al interior abandonando a Scholl para que se recuperara del

deseo recién saciado.

OCHENTA Y OCHO

Londres, 7.45

Millie Whitehead, la enfermera de grandes pechos que atendía a Lebrun, es decir, su enfermera preferida, acababa de darle un baño de esponja y le estaba acomodando las almohadas bajo la cabeza cuando apareció Cadoux.

—Es mucho más fácil pasar los trámites de aeropuerto de esta manera —dijo con una sonrisa ancha refiriéndose al uniforme que vestía.

Lebrun levantó una mano para estrechar la de su viejo compañero. Permanecía conectado a los tubos de oxígeno, que le colgaban de la nariz dificultándole el habla.

—Desde luego, no venía a verte a ti, sino a una dama —bromeó Cadoux lanzándole una mirada a la enfermera Whitehead. La mujer se sonrojó, dejó escapar una risilla, le guiñó el ojo a Lebrun y salió del cuarto.

Cadoux acercó una silla y se sentó junto a Lebrun.

—¿Cómo estás, amigo mío? ¿Qué tal te tratan?

En los siguientes diez minutos, Cadoux habló de los viejos tiempos. Recordó que habían crecido juntos, los mejores amigos del barrio, las chicas que habían conocido, las mujeres con las que se habían casado, los hijos que habían tenido con ellas. Se rió recordando vívidamente el día de la escapada. Habían querido alistarse en la Legión Extranjera. Después de rechazarlos, los escoltaron a casa porque sólo tenían catorce años. Cadoux tenía una sonrisa franca y reía a menudo esforzándose por alegrar a su compañero herido.

Mientras duró la conversación, Lebrun no dejó de empuñar en su mano derecha el gatillo de acero inoxidable de una pistola de 25 milímetros oculta bajo la ropa de cama apuntando al pecho de Cadoux. La advertencia en clave que McVey le había enviado era absolutamente clara. Que se olvidara de que Cadoux fuera un viejo y querido amigo, tenían todos los indicios de que era uno de los principales conspiradores de la Organización. Era muy probable que fuera él quien controlara las operaciones encubiertas de Interpol en Lyon y que él mismo hubiera ordenado la ejecución de su hermano y el atentado en la estación de ferrocarril de Lyon.

Si McVey estaba en lo cierto, Cadoux había venido a visitarlo por una sola razón: terminar el trabajo por sus propios medios.

Pero mientras más hablaba, más amable se volvía, hasta que Lebrun empezó a pensar que tal vez McVey se equivocaba y que su información era incorrecta. Además, ¿cómo se habría atrevido Cadoux con dos policías armados vigilando en el pasillo durante todo el día y con la puerta abierta?

—Amigo mío —dijo Cadoux, y se puso de pie—. Quiero fumarme un cigarrillo y sé que aquí no puedo. —Cogió su gorra y se dirigió a la puerta—. Bajaré al salón y

volveré dentro de un rato.

Cadoux salió y Lebrun se sintió aliviado. Seguro que McVey se había equivocado. Al cabo de un rato entró uno de los policías.

—¿Todo bien, señor?

—Sí, gracias.

—Han venido a hacerle la cama —dijo el policía, y se apartó para dejar pasar a un hombre corpulento con el uniforme de asistente del hospital. Traía sábanas limpias.

—Buenos días —dijo el hombre con marcado acento londinense, y el policía volvió al pasillo. El asistente dejó las sábanas en una silla junto a la cama.

—Un poco de intimidad, ¿no le parece? —dijo el hombre, dio unos pasos y cerró la puerta.

La alarma de peligro de Lebrun se activó.

—¿Por qué cierra la puerta? —preguntó en voz alta y en francés. El hombre se volvió y le sonrió. De pronto pegó un tirón a los tubos de la nariz. Una fracción de segundo más tarde, Lebrun tenía una almohada sobre la cabeza y todo el peso del hombre encima.

Se contorsionó desesperado y quiso echar mano de la pistola. Pero aplastado por el enorme peso del hombre y agobiado por su propia debilidad, llevaba todas las de perder. Finalmente logró empuñar la pistola e intentó levantarla para dispararle al hombre en el vientre. Pero de pronto el peso del hombre se desplazó y el cañón de la pistola quedó enredado en las sábanas. Lebrun gimió intentando febrilmente liberar la pistola. Los pulmones se agitaban en busca de aire pero ya no había nada. En ese momento preciso, Lebrun supo que iba a morir. Y de pronto, todo se volvió gris, y luego de un gris más oscuro que era casi negro, pero no del todo. Pensó que alguien le cogía la pistola de la mano pero no estaba seguro. Luego oyó un estallido amortiguado, sordo, y ante sus ojos apareció la luz más intensa que jamás había visto.

Lebrun no habría podido ver al asistente tirar de las sábanas, arrancarle la pistola automática y acercársela a la oreja bajo la almohada. Por lo mismo, no habría podido observar la explosión de su propio cerebro y trozos de su cráneo salpicando la pared junto a la cama y pegándose al yeso blanco como una jalea sanguinolenta.

Cinco segundos después se abrió la puerta. Sorprendido, el asistente se volvió apuntando. Cadoux acababa de entrar. Levantó la mano lentamente y cerró la puerta a su espalda. El asistente se tranquilizó, bajó el arma y señaló a Lebrun. En ese momento se dio cuenta de que Cadoux sacaba su pistola de la cartuchera.

—¿Qué hace? —gritó, pero la voz fue ahogada por una explosión atronadora.

Los policías que entraron corriendo desde el pasillo oyeron dos disparos más y encontraron a Cadoux de pie junto al hombre muerto, con la pistola del 25 en la mano.

—Este hombre acaba de matar al inspector Lebrun —dijo.

OCHENTA Y NUEVE

Brandenburgo, Alemania

—Ese Palacio de Charlottenburg donde Scholl piensa dar su guateque, ¿qué es? —preguntó McVey inclinándose desde el asiento trasero mientras Remmer seguía al primer coche por un bulevar de magníficos árboles de colores otoñales y frente a los edificios oficiales de la ciudad de Brandenburgo del siglo xv. Se dirigían hacia el este rumbo a Berlín bajo un sol esplendoroso.

—¿Qué es? —Dijo Remmer, y miró a McVey por el retrovisor—. Un tesoro del barroco, un museo, un mausoleo propiedad de varias familias adineradas muy apreciadas por los alemanes. Ha sido la residencia de verano de casi todos los emperadores prusianos desde Federico I hasta Federico Guillermo IV. Si el canciller viviera ahí, sería una especie de Casa Blanca y todos los museos de Estados Unidos reunidos en uno solo.

Osborn desvió la mirada. El sol de la mañana se elevaba en el cielo y un puñado de lagos de aguas púrpuras se teñían de un azul intenso. Los hechos vertiginosos, brutales, que se habían sucedido en el transcurso de los diez últimos días después de tantos años, lo habían aturcido. La idea de lo que iba a suceder en Berlín magnificaba el efecto. Osborn se sentía como barrido por una marea que no lograba controlar. A la vez experimentaba la peculiar y apacible sensación de que había llegado hasta allí porque una mano invisible lo había conducido y que por oscuros, peligrosos y horrendos lances que le deparara el futuro, había llegado allí por alguna razón. En lugar de luchar contra ello, debía confiar. Se preguntaba si los demás pensaban lo mismo. McVey, Remmer y Noble eran hombres fuera de lo común, mundos distintos, marcados por más de treinta años de experiencia. ¿Acaso sus vidas habían confluido gracias a la misma fuerza que sentía él ahora? ¿Cómo era posible, cuando no los conocía sino hacía una semana? Y, sin embargo, ¿qué otra explicación podía haber?

En medio de estas meditaciones, Osborn volvió a mirar el paisaje del campo. Tierras suaves, cuidadosamente deforestadas, pastizales, parajes sembrados de pequeños lagos. De pronto y por un instante apareció ante su vista una gran mancha de coníferas. Desaparecieron con la misma rapidez y en la distancia vio que la luz del sol llegaba a los capiteles más altos de una catedral del siglo xv. De pronto tuvo la percepción fugaz de que no se equivocaba, que todos, McVey, Noble, Remmer y él mismo, estaban allí reunidos por un designio mayor, porque los tres seguían un designio que no podía percibir su entendimiento.

Nancy, Francia

El sol asomó por encima de las colinas iluminando la granja blanca y marrón como una pintura de Van Gogh.

Fuera, Alain Cotrell y Jean Claude Dumas, agentes del servicio secreto, se relajaban en el porche. Dumas llevaba un tazón de café en una mano y un fusil de nueve milímetros en la otra. Unos cuatrocientos metros más abajo, siguiendo hacia la entrada de la propiedad, a medio camino entre la carretera y la casa, el agente Jacques Montand, con un subfusil de asalto francés Famas en bandolera, estaba reclinado contra un árbol y observaba una fila de hormigas que entraban y salían de un agujero en la base.

En el interior de la casa, Vera estaba sentada ante un tocador antiguo cerca de la ventana de la habitación principal. Tenía en sus manos cinco largas páginas de una carta de amor que acababa de escribir a Paul Osborn. En esas páginas intentaba darle un sentido a todo lo que sucedía y había sucedido desde que se habían conocido y al mismo tiempo las usaba como distracción contra el final abrupto de su llamada telefónica la noche anterior.

Al principio había pensado que se trataba de un fallo del sistema telefónico y que Osborn volvería a llamar. Pero no había llamado y a medida que pasaban las horas, Vera supuso que habría sucedido algo pero se negó a pensar en ello.

Había pasado el resto de la noche estoicamente leyendo dos revistas médicas que había traído consigo al salir con tanta prisa de París. La ansiedad y el miedo eran compañeros difíciles de sobrellevar y Vera tenía miedo de que en el viaje en que se habían embarcado abundaran las dos cosas.

Hacia el amanecer, cuando aún no había recibido noticias, decidió hablar con Paul. Quería ponerlo todo por escrito como si él estuviera allí con ella y tuvieran tiempo para los dos. Como si nada de aquello hubiera sucedido y ellos fueran individuos normales viviendo circunstancias normales y corrientes. Se trataba de evitar, desde luego, que su imaginación la desbordara y le jugara una mala pasada.

Dejó la pluma y se detuvo a leer lo escrito. De pronto dejó escapar una risa, porque aquello que supuestamente venía del corazón no era más que un laberíntico, interminable y seudointelectual tratado sobre el significado de la vida. Vera había querido escribir una carta de amor, pero aquello se parecía más a la composición de una candidata a profesora de inglés en un colegio privado de chicas. Sin dejar de sonreír, rasgó las hojas en pedazos y las echó a la papelera. Entonces vio el coche que salía de la carretera y entraba por el largo camino que conducía a la casa.

Al acercarse, Vera vio que era un Peugeot negro y que en el techo llevaba los faros azules de la policía. A medio camino, vio que el agente Montand avanzaba con las manos alzadas para detener el coche. Montand se acercó a la ventana del conductor. Un segundo después habló por radio, esperó una respuesta, asintió con la cabeza y el coche continuó.

Al acercarse a la casa, Alain Cotrell salió a recibirlo y al igual que Montand, hizo señas al conductor para que se detuviera. Jean Claude Dumas se acercó por detrás deslizándose la carabina del hombro.

—*Oui, madame* —dijo Alain cuando se abrió la ventanilla del coche y una mujer muy atractiva de pelo negro miró hacia fuera.

—Soy Avril Rocard —se presentó la mujer en francés, y sacó una credencial—. De la Prefectura Central de París. Estoy aquí para llevar a París a la señorita Monneray a petición del inspector McVey. Ella sabe de quién se trata —dijo, y sacó una orden escrita con los membretes oficiales del gobierno—. Orden del capitán Cadoux, de Interpol. Por mandato del Primer Ministro, François Christian.

El agente Cotrell cogió la hoja, la miró y la devolvió. En ese momento, Jean Claude Dumas se dirigió al otro lado del coche y miró hacia dentro. Con excepción de la mujer, estaba vacío.

—Un momento —dijo Cotrell. Dio un paso atrás y sacó su propia radio del bolsillo de la chaqueta y se apartó. Dumas volvió al lado del conductor.

Avril miró por el retrovisor y vio al agente Montand a su espalda, unos treinta metros más abajo en el camino. Toda la actitud de su cuerpo había cambiado y Avril observó que metía la mano en la chaqueta.

—¿No le importa que abra el bolso para coger un cigarrillo? —dijo Avril mirando a Dumas.

—No —dijo Dumas, y vio que Avril metía la mano derecha en la cartera. Fue la mano izquierda la que le cogió por sorpresa. Se oyeron dos rápidos estallidos sordos y Dumas cayó contra Cotrell. Éste perdió el equilibrio y en una fracción de segundo pudo ver la Beretta en manos de Avril. El arma se sacudió una vez y Cotrell se llevó las manos al cuello. El segundo disparo entre ceja y ceja lo mató instantáneamente.

Montand subía corriendo hacia ella mientras apuntaba el fusil Famas para disparar, entonces, ella preparó la Beretta. El primer disparo le dio en la pierna lanzándolo al suelo y arrancándole el Famas de las manos, que saltó hacia el otro lado del camino. Montand yacía en el suelo, con los dientes apretados por el dolor e intentando arrastrarse, cuando ella se acercó. Lo miró y levantó la pistola lentamente. Le dio un momento para pensar y disparó. El primer disparo bajo el ojo izquierdo y el segundo en el corazón.

Se alisó la chaqueta, se volvió y comenzó a caminar hacia la casa.

NOVENTA

Vera lo había visto todo desde la ventana de la habitación. Cogió inmediatamente el teléfono, pero no consiguió más que el tono de marcar. No había línea ni forma de comunicarse con una operadora.

Al traerla François, ella le había pedido una pistola para protegerse en caso de que tuviera problemas. No podía tener problemas, le aseguró él. Los agentes que la protegían eran los mejor entrenados del servicio secreto. Ella le dijo que ya habían sucedido demasiadas cosas, y que esa gente tenía una capacidad extraordinaria de crear problemas. François le respondió que por eso estaba allí, a trescientos kilómetros de París, lejos de cualquier peligro y protegida por sus mejores y más leales hombres.

Y ahora los mejores y más leales hombres estaban tendidos en el camino y la mujer que los había matado estaba a punto de entrar en la casa.

Avril Rocard llegó hasta el borde del camino, cruzó el césped y llegó hasta el porche. Hasta ahora, la inteligencia de la Organización no había fallado. Eran tres los hombres que vigilaban la casa. Le habían advertido que era posible que hubiera un cuarto agente esperando dentro. También era posible que el segundo agente hubiera pedido refuerzos al hablar por radio antes de que lo matara. Suponiendo que eso hubiera sido así, tenía que deshacerse rápidamente del cuarto agente. Introdujo un cargador en la Beretta, se acercó a la puerta de entrada y la empujó suavemente. La puerta de roble cedió en parte. Dentro no se escuchaba nada. El único sonido estaba a su espalda, porque los pájaros habían comenzado a cantar nuevamente después del brusco silencio de los primeros disparos.

—Vera —llamó en voz alta—. Me llamo Avril Rocard. Soy oficial de policía. Los teléfonos no funcionan. François Christian me ha enviado a buscarte. Los hombres que te protegían eran criminales infiltrados en el servicio secreto.

Silencio.

—¿Hay alguien contigo, Vera? ¿No puedes hablar?

Lentamente, Avril empujó la puerta hasta dejar una abertura para entrar. A su izquierda había un banquillo largo con una pared desnuda detrás. Frente a ella, más allá del marco de la puerta, estaba el salón. Luego, el pasillo quedaba en la sombra y se perdían los contornos.

—¿Vera? —repitió.

No hubo respuesta.

Vera estaba sola a la entrada del pasillo. Pensó en salir por la puerta trasera pero se dio cuenta de que daba a una gran extensión de césped que terminaba ante una laguna. Si salía, era un blanco perfecto.

—Vera —se volvió a oír a Avril, y Vera sintió las planchas de madera crujiendo bajo sus pies.

—No temas, Vera. He venido a ayudarte. Si alguien te tiene atrapada, no te muevas, no te resistas. Quédate donde estás. Yo iré hacia ti.

Vera respiró profundamente y aguantó la respiración. Había una ventana pequeña a su derecha y miró hacia fuera esperando que alguien apareciera por el camino. El relevo de los agentes, el cartero, cualquiera.

—Vera. —La voz se había acercado. Venía en dirección a ella. Vera miró el suelo. Ella era médico y la habían entrenado para salvar vidas humanas, no para acabar con ellas. Pero no moriría allí si podía hacer algo para impedirlo. Entre las manos asía una larga cuerda arrancada de cortinas de color azul oscuro de la habitación.

—Si estás sola y te escondes, por favor sal, Vera. François espera que estés a salvo.

Vera aguzó el oído. La voz se alejaba. Podía haber entrado en el salón. Respiró más calmada. En ese momento, la pequeña ventana a su derecha estalló hecha añicos.

¡Avril estaba allí, justo a su lado! Se oyó un disparo y volaron astillas de madera por todos lados, incrustándosele a Vera en el cuello y el rostro. Luego apareció la mano de Avril por el marco de la ventana con la pistola buscando el disparo final. En un gesto ciego y desesperado, Vera se lanzó hacia delante y cogió con la cuerda mano y pistola y al mismo tiempo apretó y tiró de ella con toda su fuerza. Cogida por sorpresa, Avril fue arrancada de su sitio y se estrelló de cabeza contra los cristales rotos. Se produjo un golpe sordo cuando la Beretta cayó a los pies de Vera.

Con el rostro cortado y sangrando entre los vidrios, Avril luchó violentamente para librarse. Pero su forcejeo no hizo más que acrecentar la fuerza de Vera. Tirando de la cuerda hasta que todo el brazo de Avril estuvo dentro y el resto del cuerpo contra la parte exterior de la casa, empujó con toda su fuerza hacia atrás con las dos manos. Se produjo un crujido seco, Avril dejó escapar un grito y el hombro cedió, dislocado. Vera soltó la cuerda y Avril se deslizó lentamente hacia fuera lanzando un grito de agonía.

—¿Quién eres? —preguntó Vera cuando se acercó a ella por la parte de afuera. Sostenía la Beretta de Avril en la mano, apuntándola directamente al cuerpo vestido de negro y de largas piernas dobladas en el suelo—. Contesta, ¿quién eres? ¿Para quién trabajas?

Avril no dijo nada. Con suma precaución, Vera dio un paso adelante. La mujer tendida en el suelo era una profesional. En los últimos cinco minutos la había visto liquidar a tres hombres y luego había intentado lo mismo con ella.

—Pon tu mano sana donde pueda verla y date la vuelta para que te pueda ver las dos manos —ordenó Vera.

Avril no se movió. Y entonces Vera vio que un hilillo de sangre fluía hacia donde el hombro y el pecho de Avril tocaban el suelo. Se acercó y le dio una patada al pie. Avril no se movió.

Temblando, Vera se aproximó aún más, la pistola lista para disparar. Se inclinó lentamente, la cogió por el hombro y la giró sobre la espalda. La sangre le corría

desde debajo del mentón hasta la blusa. Tenía la mano izquierda cerrada. Vera se agachó y la abrió. Al hacerlo dejó escapar un grito y se apartó. Avril empuñaba una navaja solitaria. En el tiempo que Vera había tardado en coger la pistola y salir de la casa, Avril Rocard se había cortado la yugular.

NOVENTA Y UNO

Berlín, 11.00

Una camarera rubia vestida con el traje típico bávaro sonrió a Osborn, dejó una jarra de café caliente en la mesa y se marchó. Habían llegado a Berlín por la *Autobahn* y se habían dirigido sin tardar a un restaurante en la *Waisenstrasse*, reputado como uno de los mejores de Berlín. El propietario, Gerd Epplemann, un hombre calvo con un delantal blanco almidonado los condujo directamente a un comedor privado donde los esperaba Diedrich Honig.

Honig tenía pelo oscuro y rizado y una barba entrecana pulcra y rasurada. Era casi tan alto como Remmer, pero su constitución delgada y sus brazos, que le asomaban de las mangas demasiado cortas de la chaqueta, le hacían parecer más alto. Eso, además de su manera de permanecer de pie levemente encorvado con la cabeza colgándole del cuello, le daba un aspecto de réplica alemana de Abraham Lincoln.

—Quiero que consideren detenidamente el riesgo, *herr* McVey, *herr* Noble —dijo Honig mientras se paseaba dando zancadas por la habitación con la mirada clavada en los hombres a quienes se dirigía—. Erwin Scholl es uno de los personajes más influyentes de todo Occidente. Si se acercan a él, corren el riesgo de meterse en asuntos que van mucho más allá de su trabajo como policías. Y se arriesgan a sufrir una horrible humillación que recaería tanto sobre ustedes como sobre sus respectivas instituciones hasta tal punto que los despedirían o los obligarían a dimitir. Y no terminaría ahí, porque una vez desprovistos de la protección de sus gremios se verán acosados por una horda de abogados que los demandarán por violación de leyes de las que ni siquiera han oído hablar y con métodos que ni se imaginan. Los harán añicos. Encontrarán una manera de quitarles sus casas, sus coches, lo que sea. Si después de que acaben con ustedes, consiguen una pensión de jubilación, es que han tenido suerte. Ése es el poder del hombre que buscan.

Con ese discurso, Honig volvió a sentarse ante la larga mesa y se sirvió una taza del café que había traído la camarera.

El exsuperintendente de la policía de Berlín era un hombre cortejado por ricos y poderosos en los círculos más altos del mundo empresarial alemán. Las últimas etapas de la guerra fría no habían acabado con las actividades asesinas del terrorismo internacional. El resultado era que la seguridad personal de los altos ejecutivos europeos y sus familias se había convertido en un asunto a la orden del día. En Berlín era Honig quien se ocupaba de la protección de los poderosos. Si alguien sabía cómo se protegían mutuamente aquellos, sobre todo allí, era el exjefe de policía Diedrich Honig.

—Con todo respeto, *herr* Honig —McVey reaccionó irritado—. Me han

amenazado antes y hasta ahora he sobrevivido. Lo mismo se puede decir de los inspectores Noble y Remmer. De modo que olvidemos esa parte y hablemos del motivo por el que hemos venido. Se trata de asesinatos. Estoy hablando de una serie de asesinatos que comenzó hace treinta años y aún continúa hoy. Uno de ellos ha tenido lugar en Nueva York en las últimas veinticuatro horas. La víctima ha sido un judío bajito que se llamaba Benny Grossman. También era policía y gran amigo mío. —La voz de McVey cobraba un tono pausado de irritación—. Hemos estado trabajando en esto desde hace algún tiempo, pero sólo ayer llegamos a tener una idea del origen. Cuantas más vueltas le damos al asunto, cada vez aparece con más frecuencia el nombre de Erwin Scholl. Asesinato por contrato, *herr* Honig. Se trata de un crimen en primer grado que no prescribe prácticamente en ningún país del mundo.

Justo por encima de sus cabezas oyeron risas acompañadas del crujido de las vigas del techo cuando un grupo de personas entró a comer. El aire se llenó de un penetrante olor a *sauerkraut*.

—Quiero hablar con Scholl —insistió McVey.

Honig vacilaba.

—No sé si será posible, inspector. Usted es americano y en Alemania no goza de ninguna autoridad. A menos que tenga pruebas tangibles de que aquí se ha cometido un crimen...

McVey no hizo caso de sus reticencias.

—Se trata de lo siguiente —dijo—. Se extiende una orden de arresto ejecutada por el inspector Remmer exigiéndole a Scholl que se entregue a la Policía Federal para ser extraditado a Estados Unidos. Se le acusará de sospechoso de haber firmado un contrato de asesinato. Luego se informará al consulado americano.

—Una orden como ésa no significa nada para un hombre como Scholl —dijo Honig pensativo—. Sus abogados son capaces de despachársela a la hora del almuerzo.

—Ya lo sé —contestó McVey—, pero quiero que la extiendan de todos modos.

Honig cruzó las manos sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Señores, lo único que puedo prometer es que haré todo lo posible.

McVey se incorporó en su asiento.

—Si no puede hacerlo dígalo ahora y ya encontraré a quien lo haga. Hay que llevarlo a cabo hoy, cueste lo que cueste.

NOVENTA Y DOS

Von Holden salió de la *suite* de Scholl en el Grand Hotel Berlin a las ocho menos diez. A las diez y veinte, su jet privado descendía el tramo final para aterrizar en el aeropuerto de Kloten, en Zurich.

A las once menos ocho minutos, su limusina cruzaba los límites de Anlegeplatz y a las once, Von Holden llamaba suavemente a la puerta de la habitación de Joanna. Tuvo que calmarla y mimarla y hacer todo lo necesario para devolverla a su estado de ánimo anterior, para que se mostrara colaboradora y pendiente de la suerte de Elton Lybarger. Por eso Von Holden había pedido al llegar que lo esperaran con el cachorro San Bernardo negro y ahora lo había traído consigo.

—Joanna —dijo al no escuchar respuesta—. Soy Pascal. Ya sé que estás molesta. Tenemos que hablar.

—¡No tengo nada que hablar contigo ni con nadie! —contestó Joanna, indignada al otro lado de la puerta cerrada.

—Por favor...

—¡No! ¡Maldita sea, vete!

Von Holden se inclinó, cogió el pomo de la puerta y lo giró.

—Ha cerrado con llave —dijo la guardia de seguridad Frieda Vossler con cara de pocos amigos.

Von Holden se volvió para mirarla. Frieda era una mujer fuerte, autoritaria y retraída, tenía la mandíbula cuadrada y aspecto tímido. Le sentaría bien relajarse y sonreír, hacerse más femenina si podía, para que los hombres le dirigiesen una mirada que no fuera sólo de desprecio.

—Te puedes ir —anunció Von Holden.

—Me han ordenado que...

—Te puedes ir —repitió Von Holden con mirada amenazante.

—Sí, *herr* Von Holden. —Frieda Vossler se ajustó el *walkie talkie* al cinturón, le devolvió una mirada aguda y se alejó. Von Holden la siguió con la mirada. Si Frieda fuera un hombre y estuviera en la Spetsnaz, la habría matado sólo por haberlo mirado de ese modo. El cachorro gimió y se retorció en sus brazos y Von Holden se volvió hacia la puerta.

—Joanna, tengo un regalo para ti —dijo con su voz arrulladora—. Bueno, en realidad es para *Henry*.

—¿Qué pasa con *Henry*? —respondió Joanna, y la puerta se abrió de golpe. Joanna estaba descalza, vestida con vaqueros y una camiseta. Había abierto, horrorizada de que alguien le hubiera hecho daño a su perro, que permanecía en la perrera de Taos. Y entonces vio al cachorro.

Cinco minutos más tarde, Von Holden estaba besando las lágrimas del rostro de Joanna, que jugaba en el suelo con al cachorro de cinco semanas. Von Holden le

explicó que el vídeo que había visto de los desafueros sexuales de Lybarger era fruto de un morboso estudio al que él se había opuesto tajantemente. Pero la junta de accionistas de Lybarger había terminado por imponerse porque insistían en comprobar la capacidad de Lybarger para recuperar el control de su corporación, una multinacional de cincuenta mil millones de dólares. Temiendo que sufriera un segundo infarto, su agencia de seguros quería tener una prueba inequívoca de su fuerza y energía tras un día de trabajo intenso. La agencia de seguros opinaba que las pruebas habituales no constituían una garantía suficiente y le pidió a su representante médico que, con Salettl, diseñara una estrategia.

Salettl, sabiendo que Lybarger no tenía mujer, ni relaciones afectivas, y consciente de que estimaba a Joanna y confiaba en ella, pensó que era la única con la que se podría sentir cómodo. Temiendo que rechazaran la propuesta si llegaban a preguntarles, Salettl ordenó que los drogaran a los dos. El experimento se llevó a cabo, se grabó y los resultados fueron analizados por la junta de accionistas. Aquella única cinta de vídeo se había destruido hacía tiempo. Nadie más había estado presente. Las cámaras eran manejadas por control remoto.

—Joanna, para ellos era una cuestión de negocios y nada más. Intenté oponerme hasta el punto que me dijeron que si persistía tendría que renunciar a la corporación. No podía hacer eso por el bien del señor Lybarger ni por el tuyo. Porque al menos sabía que podía estar cerca y no acabar como una persona ajena. Lo siento... —dijo en un suspiro, y a Joanna se le llenaron los ojos de lágrimas—. Te pido un día más, Joanna, por el señor Lybarger. Sólo el viaje a Berlín, y luego vuelves a casa.

Von Holden se agachó y le frotó el vientre al cachorro que jugueteaba estirado sobre el lomo.

—Si te quieres ir ahora —precisó—, entiendo tu decisión y puedo poner a tu disposición un coche hasta el aeropuerto. Contrataremos a otra terapeuta mañana y haremos todo lo posible por el señor Lybarger. Joanna se quedó mirando a Von Holden sin saber qué hacer. Sentía la indignación y la ira por lo que le habían hecho con total impunidad y también estaba confundida al saber que, como ella, Elton Lybarger había sido víctima de la misma maquinación. Seguía sintiéndose responsable del bienestar físico de su paciente.

Von Holden mantuvo la mano alzada y la bola peluda y negra se incorporó para lamérsela. Le frotó la cabeza y le hizo cosquillas en las orejas con la misma sonrisa cálida y afectuosa que había seducido a Joanna el día que lo había visto por primera vez. Joanna decidió de pronto que lo que le había contado era verdad y que, bajo esas circunstancias, su oferta no era del todo irrazonable.

—Iré contigo a Berlín —decidió, con una sonrisa triste y tímida a la vez.

Von Holden se inclinó y le rozó la frente con los labios, agradeciéndole una vez más su comprensión.

—Joanna, debo volver hoy a Berlín para preparar los últimos detalles. Lo siento, pero no tengo alternativa. Tú vendrás mañana con el señor Lybarger y los demás.

Joanna vaciló y por un momento Von Holden pensó que cambiaría de parecer, pero entonces vio que cedía.

—Y cuando lleguemos allá, ¿te veré?

—Claro que me verás —respondió él con una sonrisa generosa.

Joanna sonrió. Por primera vez después de haber visto la cinta, se sintió tranquila. Von Holden volvió a jugar con las orejas del cachorro, se incorporó, le cogió la mano a Joanna y la ayudó a ponerse de pie. Deslizó la mano libre en el bolsillo y sacó un sobre que dejó sobre la mesa a su lado.

—Con esto, la corporación quisiera ayudarte a olvidar los malos ratos y a curar tus heridas. Lamento que no sea nada muy personalizado, pero te irá bien. Te veré en Berlín —murmuró, y salió.

Joanna miró el sobre mientras el cachorro gemía a sus pies. Finalmente, lo cogió y lo abrió. Al ver lo que había en el interior, sintió que se le cortaba la respiración. Era un talón bancario a su nombre con una cifra de medio millón de dólares.

NOVENTA Y TRES

Remmer hizo girar el Mercedes por la Hardenbergstrasse hacia el garaje subterráneo de un edificio de hormigón y vidrio en el número 15. Los siguió uno de los coches escolta de la Policía Federal y aparcó en el espacio frente a ellos. Al bajar y caminar con los otros hacia el ascensor, Osborn observó a los agentes. Eran más jóvenes de lo que habría esperado y no tendrían ni treinta años. Se sorprendió pensando que toda una generación de personajes más jóvenes que él surgían ahora como profesionales. No era que aquello lo hiciera sentirse viejo sino que establecía cierto desequilibrio. Los policías siempre habían sido mayores que él, así como él siempre se había encontrado entre los jóvenes que ascendían cuando los otros chavales aún iban al instituto. Pero ahora esos chicos ya no estaban en el instituto. No supo por qué pensaba eso en ese momento, aunque tal vez intentaba no pensar hacia dónde se dirigían y qué sucedería cuando llegaran a su destino.

Permanecieron en el comedor privado del restaurante durante más de dos horas comiendo y tomando café. Esperando. Luego Honig les comunicó que el juez Otto Gravenitz los esperaba en su despacho a las tres.

Durante el trayecto, McVey instruyó a Osborn acerca de lo que tenía que decir en su declaración. Lo único importante eran las palabras de Merriman justo antes de morir y Osborn debía hablar sólo de lo esencial del asunto. En otras palabras, no tenía que mencionar para nada al detective privado Jean Packard. Ni mencionar las jeringas ni el fármaco que le había administrado a Merriman. McVey quería encontrar una forma de mitigar el miedo de Osborn, no confesado pero muy latente. El médico iba a encontrarse en una situación donde podría verse obligado a inculparse en una acusación de intento de asesinato.

El gesto de McVey con Osborn intentaba ser una demostración de generosidad y era de esperar que lo apreciara. Osborn lo apreciaba, pero sabía que el asunto tenía su doble filo. A McVey no le preocupaba que Osborn se viera implicado en un lío. No quería complicaciones que hicieran peligrar sus planes para conseguir una orden de arresto contra Scholl. Eso significaba que la audiencia debía ser sencilla y apuntar únicamente a Scholl, tanto ante el juez como ante Honig cuya opinión tenía un peso evidente. Si Osborn iba demasiado lejos en sus declaraciones, el asunto cambiaría de cariz y en lugar de proyectarse sobre Scholl se cerniría sobre Osborn y la causa principal se vería seriamente dañada.

—¿Qué piensas? —Le preguntó McVey a Remmer cuando se cerraron las puertas del ascensor—. ¿Saben que estamos aquí?

Remmer se encogió de hombros.

—Lo único que te puedo decir es que no nos siguieron desde el avión hasta Berlín. Ni del restaurante hasta aquí. Pero quién sabe, hay ojos que no vemos.

Creo que es más seguro suponer que lo saben, ¿no te parece?

Noble miró a McVey. Remmer tenía razón. Era preferible estar alerta. Aunque la Organización no supiera que estaban allí, tenían que contar con que lo sabrían pronto. Ya habían constatado de sobras cómo funcionaban.

El ascensor se detuvo en el sexto piso y salieron a una sala de recepción. Los condujeron a un despacho privado y les pidieron que esperaran.

—¿Conoces a ese juez Gravenitz? ¿Así se llama? —preguntó McVey, lanzando una mirada a su alrededor. La sala tenía el aire inconfundible de los despachos de la administración pública. La mesa de acero podría pertenecer al mobiliario de cualquier edificio público de Los Ángeles. Lo mismo se podía decir de la estantería barata y de las manchas en la pared.

Remmer asintió con la cabeza.

—No muy bien, pero sí, lo conozco.

—¿Y qué podemos esperar?

—Depende de lo que le haya dicho Honig. Al parecer fue suficiente para que aceptara darnos una cita. Pero no creas que esto está tirado porque Honig nos haya conseguido una entrevista con Gravenitz. Al viejo habrá que convencerlo.

McVey se miró el reloj y se sentó en una esquina de la mesa observando a Osborn.

—Me encuentro bien —dijo éste, y se apoyó contra la pared junto a la ventana. McVey no había olvidado la agresión de Osborn contra Merriman y no la olvidaría en el futuro. Tampoco quería pensar en eso, al menos ahora. De todos modos era un tema pendiente y Osborn sabía que en algún momento daría lugar a una discusión.

Se abrió la puerta y entró Diedrich Honig. Lo sentía, dijo, pero el juez Gravenitz se había retrasado y se reuniría con ellos dentro de un momento. Luego miró a Noble y le dijo que habían recibido una llamada pidiendo que se pusiera en contacto con Londres inmediatamente.

—Perdonen un momento —dijo Noble. Se acercó a la mesa y descolgó el teléfono. Al cabo de treinta segundos se comunicaba con su despacho. Veinte segundos después le transfirieron la llamada al superintendente de Homicidios de la policía de Londres.

—¡Dios mío, no puede ser! —balbuceó—. ¿Cómo ha podido ser? Tenía vigilancia todo el día.

—Lebrun —dijo McVey por lo bajo.

—¿Y dónde diablos está ahora? —preguntó Noble irritado—. Hay que encontrarlo y cuando lo cojan, que lo encierren y lo aíslen. Cuando tengáis información poneros en contacto con la oficina del inspector Remmer en Bad Godesburg. —Noble colgó, miró a McVey y procedió a contarle los detalles del asesinato de Lebrun y que Cadoux había desaparecido en medio de la confusión tras haber disparado al ordenanza.

—No hace falta preguntar si el ordenanza ha muerto —aseveró McVey con los dientes apretados.

—No, no hace falta.

McVey se mesó los cabellos y empezó a dar zancadas por la sala. Al volverse miró directo a Honig.

—¿Alguna vez ha perdido a uno de sus compañeros en el frente de batalla, *herr* Honig?

—Uno no se mete en este oficio sin que eso suceda alguna vez —dijo Honig con voz queda.

—Entonces, ¿cuánto tendremos que esperar al juez Gravenitz? —inquirió McVey. Lo suyo no era una pregunta, era una exigencia.

NOVENTA Y CUATRO

Eminente, de estatura pequeña, rostro enrojecido y un mechón de pelo blanco plateado, el juez de distrito Otto Gravenitz hizo un gesto hacia un conjunto de sillas de teca de Burma y les pidió en alemán que se sentaran. Permaneció de pie hasta que ellos se sentaron, cruzó por delante y se sentó ante una enorme mesa rococó. Las suelas de los zapatos apenas alcanzaban a tocar la alfombra persa del suelo. En contraste con el estilo espartano del resto del edificio, el despacho de Gravenitz era un despliegue de exquisito gusto, un oasis de antigüedades y objetos finos. También era un escenario bien calculado donde se palpaba el poder y el cargo que el juez ocupaba.

Honig se volvió a los policías y les explicó en inglés que, debido a la importancia de Scholl y dada la gravedad de los cargos que se le imputaban, el juez Gravenitz había decidido llevar a cabo la entrevista personalmente sin la presencia de un fiscal del Estado.

—De acuerdo —dijo McVey—. Entonces, empecemos.

Gravenitz se inclinó en su silla, puso en marcha una grabadora y dio comienzo a la sesión. Eran las tres y veinticinco.

En una breve declaración introductoria traducida al alemán por Remmer, McVey explicó quién era Osborn, cómo había descubierto al asesino de su padre en un café de París y cómo, debido a la ausencia de policías y temiendo perderlo de vista, lo había seguido hasta un parque junto al Sena. Una vez allí tuvo la presencia de ánimo para acercarse a interrogarlo. Sin embargo, al cabo de unos minutos Merriman fue abatido por un asesino que según creían trabajaba para Erwin Scholl.

Al terminar, McVey miró detenidamente a Osborn, le cedió la palabra y se sentó. Osborn prestó juramento ante Gravenitz, traducido por Remmer, y comenzó su declaración. Confirmó lo que McVey había dicho y luego sencillamente procedió a contar la verdad.

Reclinado en su asiento, Gravenitz miraba a Osborn al tiempo que escuchaba la traducción. Cuando Osborn terminó, el juez miró a Honig y luego otra vez a Osborn.

—¿Está seguro de que Merriman era el asesino de su padre? ¿Seguro, después de casi treinta años?

—Sí, señor —dijo Osborn.

—Debe de haberlo odiado mucho.

McVey le lanzó a Osborn una mirada de advertencia. Ten cuidado. Te está sondeando.

—A usted le pasaría lo mismo —dijo Osborn inmutable.

—¿Sabe por qué Erwin Scholl quería matar a su padre?

—No, señor —respondió él tranquilo, y McVey lanzó un leve suspiro de alivio. Osborn lo estaba haciendo bien—. Tenga en cuenta que yo era un niño entonces. Pero

le vi la cara al hombre y ya no la olvidé. No volví a verla hasta aquella tarde en París. No sé qué más puedo contarle.

Gravenitz esperó y luego miró a McVey.

—¿Está usted seguro más allá de toda duda que el Erwin Scholl que se encuentra actualmente en Berlín es el mismo que contrató a Albert Merriman?

McVey se incorporó.

—Sí, señor.

—¿Por qué cree que el individuo que mató a *herr* Merriman fue contratado también por Scholl?

—Porque los hombres de Scholl habían intentado matarlo antes y porque hacía muchos años que Merriman vivía oculto con una identidad falsa. Finalmente dieron con él.

—¿Está usted seguro más allá de toda duda que Scholl era el artífice de todo esto?

Era el tipo de preguntas que McVey había intentado evitar pero Gravenitz, como todos los jueces respetables, tenía un sexto sentido, el mismo que suelen tener los padres y que tenía implícita la misma amenaza: «Si mientes, eres hombre muerto».

—¿Que si lo puedo demostrar? No, señor. Aún no puedo demostrarlo.

—Ya veo... —dijo Gravenitz.

Scholl era una figura de talla internacional, poderoso e importante, y Gravenitz dudaba. Un juez en su sano juicio no firmaría una orden de arresto contra Scholl con más facilidad que contra el propio canciller de la República y McVey lo sabía. La verdad es que la declaración de Osborn, aunque sólida, no era más que un testimonio de oídas y nada más. Había que hacer algo y convencer a Gravenitz para que tomara la decisión o tendrían que ir a por Scholl sin orden de arresto y McVey no quería que sucediera eso. Remmer pensaba igual porque se levantó repentinamente y empujó la silla hacia atrás.

—Su señoría —dijo en alemán—, si bien lo entiendo, la razón por la que usted aceptó recibarnos tan rápido es porque han asesinado a los dos policías que trabajaban en el caso. Uno podría ser una coincidencia, pero dos...

—Sí, eso ha sido un factor de mucho peso —admitió Gravenitz.

—Entonces sabrá que uno era un policía de Nueva York y que lo mataron en su propia casa. El segundo, un miembro muy respetado de la policía de París, fue gravemente herido en la estación principal de Lyon. Lo trasladaron a Londres, lo registraron en un hospital con nombre falso y le pusieron una guardia de veinticuatro horas al día. —Remmer hizo una pausa—. Hace pocas horas lo han matado en esa misma habitación del hospital.

—Lo siento —dijo Gravenitz con semblante grave.

Remmer aceptó sus condolencias y prosiguió.

—Tenemos sobrados motivos para creer que el hombre trabajaba para la organización de Scholl. Tenemos que interrogar a *herr* Scholl personalmente, su señoría, y no hablar con sus abogados. Sin una orden, eso será imposible.

Gravenitz juntó las palmas de las manos y se reclinó en el asiento. Miró a McVey, que no le quitaba el ojo de encima, esperando su decisión. Con un rostro inexpresivo se inclinó sobre la mesa y escribió una nota en un bloc. Luego se pasó la mano por el pelo canoso y miró a Honig, pero su mirada topó con la de Remmer.

—*Okay* —dijo en inglés. —*Okay*.

NOVENTA Y CINCO

McVey esperó junto a Noble y Osborn hasta que Gravenitz firmó la *Haftbefehl*, la orden de arresto contra Erwin Scholl, y se la entregó a Remmer. Luego le agradeció a Gravenitz, se estrecharon las manos con Honig y los cuatro salieron del despacho del juez y bajaron hasta el garaje en su ascensor personal.

Caminaban sobre un tejado de vidrio y todos, incluso Osborn, lo sabían. Para todos los efectos, la orden que McVey guardaba en su bolsillo, como Honig había sugerido, era prácticamente inútil. Se presentaría ante Scholl y le notificaría: «Buenas tardes, señor. Somos de la policía y tenemos una orden de arresto contra usted y éstos son los motivos». A Scholl se lo podían llevar a la comisaría como a un ciudadano cualquiera, pero al cabo de una hora llegaría una caterva de abogados que se ocuparía de todo y al final saldría sin haber pronunciado ni una palabra.

Durante las semanas siguientes, Scholl y otras personalidades sumamente importantes prestarían declaración actuando como garantes de la persona de Scholl y jurando su inocencia, negando que jamás hubiera conocido o hubiera tenido negocios o razones para conocer al padre de Osborn o a cualquiera de los fallecidos.

Negarían igualmente que Scholl hubiera oído siquiera el nombre de Albert Merriman y mucho menos que tuviera tratos con él y demostrarían que en aquellas fechas Scholl no se encontraba en su propiedad de Long Island sino en otra parte.

Declararían que Scholl jamás había oído el nombre de un antiguo agente de la Stasi llamado Bernhard Oven y mucho menos haber tenido tratos con él y afirmarían que el día del asesinato de Merriman, se encontraba en Estados Unidos y no en París. Aquellas declaraciones prestadas bajo juramento, avaladas por la importancia de sus autores, garantizarían la absoluta inocencia de Scholl. Si a eso se añadía el hecho de que no había pruebas tangibles, los cargos serían retirados de inmediato.

Y luego, tal vez un año después o quizá más, cuando el nombre y la persona de Scholl se distanciaran del episodio, que quedaría sepultado en el olvido, vendría la retribución fría y certera de la que les había advertido Honig. Como una descarga de gas letal retardada, McVey, Noble, Remmer y Osborn verían cómo sus carreras y luego sus vidas quedaban reducidas a la nada. Amigos, compañeros de trabajo y gente de la que jamás habían oído hablar se presentarían acusándolos de robo, corrupción, depravación sexual, abuso de poder y cosas peores. Sus familias serían objeto de ridículo y sus nombres, antaño respetados, aparecerían en los titulares de los medios de comunicación hasta destrozarlos. Comparado con ellos, Humpty Dumpty sería un verdadero monumento de granito, esculpido de una sola pieza para la eternidad junto a los grandes supervivientes del monte Rushmore^[1].

Con un chillido de neumáticos, Remmer salió del garaje a la Hardenbergstrasse escoltado por detrás por el coche de la Policía Federal.

Cinco minutos más tarde entró en un garaje frente al edificio de Europa Center,

una estructura de veintidós pisos de acero y vidrio.

—*Auf Wiedersehen. Danke* —dijo por el micrófono de la radio.

—*Auf bald*. Hasta pronto —le respondieron, y el coche escolta se perdió en el tráfico.

—Supongo que estamos seguros —dijo Noble cuando Remmer aparcó en un sitio lejos de la entrada.

—Claro que estamos seguros —dijo Remmer.

Bajó del coche, sacó una metralleta de debajo de su asiento y la guardó bajo llave en el portamaletas. Luego encendió un cigarrillo y los condujo por una rampa a través de una puerta de servicio y por un pasillo recubierto de cables eléctricos y tuberías que pasaban justo por debajo de la calle y alimentaban el complejo del Europa Center en uno de los extremos.

—¿Sabemos dónde está Scholl? —preguntó McVey, y el largo pasillo transportó su eco.

—En el Grand Hotel Berlin. En la Friedrichstrasse, frente al parque de Tiergarten. Desde aquí queda lejos para un señor mayor como tú —dijo Remmer sonriéndole a McVey, y luego abrió una puerta de emergencia al final del pasillo. Apagó el pitillo en un cenicero, se detuvo frente a un ascensor de servicio y pulsó el botón. Las puertas se abrieron casi inmediatamente y entraron. Remmer pulsó el botón de la sexta planta, se cerraron las puertas y subieron. De repente, Osborn se percató de que Remmer había llevado una pistola en la mano durante todo el trayecto.

Observando a los tres hombres bajo la luz pálida del ascensor, Osborn se sentía totalmente fuera de lugar, algo así como el quinto jugador en una partida de bridge o el padrino de bodas de una exmujer. Estos tipos eran policías veteranos, profesionales cuyas vidas se entretrejían en aquel mundo como los músculos en los huesos. La orden que McVey llevaba en el bolsillo estaba firmada por uno de los jueces de mayor prestigio en Alemania y el hombre con quien se enfrentarían era una figura de talla mundial capaz de oponerles su propio ejército. McVey le había dicho a Osborn que los acompañaría a Berlín sólo porque querían que prestara declaración y eso es lo que había hecho. Ahora ya no lo necesitaban para nada. ¿Cómo podía ser tan ingenuo para pensar que McVey respetaría su promesa de llevarlo consigo cuando se enfrentara a Scholl? De pronto sintió un nudo en el vientre. A McVey le importaba un bledo la guerra privada de Osborn. Él sólo tenía un programa que respetar, el suyo propio.

—¿Qué pasa? —le preguntó McVey percatándose de que Osborn lo estaba mirando fijamente.

—Estaba pensando —contestó Osborn con tono calmado.

—No exagere la nota —dijo McVey, y no sonrió.

Disminuyó la marcha del ascensor y se detuvieron. Se abrieron las puertas y Remmer fue el primero en salir. Asintió, hizo una seña y los condujo por un pasillo enmoquetado. Estaban en el interior de un hotel. El Hotel Palace, observó Osborn en

un folleto sobre una mesa al pasar.

Remmer se detuvo y llamó a la puerta de la habitación 6132. Se abrió la puerta y un agente musculoso y de aspecto recio los hizo pasar a una *suite* con dos amplias habitaciones conectadas por un angosto pasillo. Las ventanas de ambas habitaciones estaban orientadas hacia el parque de Tiergarten y la ventana de la primera habitación estaba situada en ángulo en relación a lo que parecía ser un ala de construcción más reciente.

Remmer enfundó la pistola en el interior de la chaqueta y se volvió para hablar con el agente que les había abierto la puerta. McVey salió al pasillo, fue a mirar la segunda habitación y volvió. A Noble no le gustaba mucho la idea de estar situados cerca de un ala del edificio, aunque fuera en ángulo, desde cuyas habitaciones los pudieran vigilar. McVey estaba de acuerdo.

El agente musculoso levantó las manos y les explicó con acento muy marcado que habían tenido suerte de encontrar esa habitación. Berlín estaba ocupada por todo tipo de ferias comerciales y convenciones. Ni siquiera la Policía Federal tenía suficiente influencia cuando los hoteles habían reservado plazas en exceso con tres meses de antelación.

—Manfred, en ese caso, es un placer estar aquí —dijo McVey. Remmer asintió, le comunicó algo a su agente en alemán y éste se marchó. Remmer cerró la puerta con llave.

—Tú y yo compartiremos esta habitación —informó McVey a Remmer—. Noble y Osborn pueden dormir en la otra. —Se acercó a la ventana, palpó la delgada tela de las cortinas y miró hacia el tráfico del Kurfürstendamm—. ¿Han revisado los teléfonos? —preguntó, y luego su mirada se perdió en la espesura de Tiergarten al otro lado de la calle.

—Tenemos dos líneas —dijo Remmer, y encendió un cigarrillo, se sacó la cazadora de cuero y dejó al descubierto un torso corpulento y una cartuchera de cuero sobre el hombro al viejo estilo. Llevaba enfundada una pistola automática de abultado tamaño, observó Osborn.

McVey también se sacó la chaqueta y miró a Noble.

—¿Podría averiguar qué ha sucedido con lo de Lebrun? Pregunte si han descubierto quién era el asesino y cómo entró. Y qué pasa con Cadoux. Si alguien sabe adónde ha ido, dónde está ahora. Tenemos que saber si estaba allí por casualidad o deliberadamente. —McVey colgó la chaqueta y miró a Osborn—. Está usted en su casa. Estaremos aquí un buen tiempo. —Luego entró en el cuarto de baño y se lavó la cara y las manos. Al salir, mientras se secaba las manos con una toalla, se dirigió a Remmer.

—El asunto de Charlottenburg mañana por la noche. Averigüemos de qué se trata y quiénes son los invitados. Supongo que tu gente en Bad Godesburg puede hacernos ese favor.

Osborn los dejó en el salón, fue al segundo dormitorio y miró a su alrededor.

Intentaba desesperadamente controlar la paranoia que crecía en su interior. Había un par de camas con edredones de color verde oliva y azul. Una mesilla de noche entre las camas. Dos pequeñas cómodas. Un televisor. Una ventana que miraba al parque. Baño individual. Sabía que la cabeza de McVey había empezado a trabajar como un mariscal de campo con un discreto as oculo en la manga mientras dirigía las maniobras de una pequeña unidad de combate contra las huestes de un rey, buscando todos los medios posibles para sacar partido de la situación. Osborn no era considerado para nada en esas maquinaciones. McVey le había asignado la misma habitación con Noble para no encontrarse en una situación delicada donde, a solas, tuviera que contestar a sus preguntas. Porque entonces McVey tendría que explicarle a Osborn por qué no podía acompañarlos cuando fueran a por Scholl. Era una estrategia acertada. Lo dejarían solo. Se lo dirían en último momento. Saldrían por la puerta y McVey diría, «lo siento, es asunto de la policía». Y luego lo dejaría bajo la vigilancia de los policías alemanes apostados fuera en el pasillo.

NOVENTA Y SEIS

—Cena privada. Traje de etiqueta. Cien comensales con invitación personal.

Remmer se había arremangado la camisa y estaba sentado ante una mesa pequeña con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Durante la última hora había tenido lugar un intercambio de una media docena de llamadas entre Remmer y sus agentes en el cuartel general de la división de Inteligencia de la *Bundeskriminalamt* —la BKA— en Bad Godesburg. El objetivo consistía en diseñar un perfil del acontecimiento que tendría lugar en el palacio de Charlottenburg.

Osborn estaba en la habitación con ellos, en mangas de camisa, mirando a McVey, que se paseaba de un lado a otro en calcetines. Había decidido que lo mejor sería utilizar a McVey de la misma manera que McVey lo utilizaba a él. Tranquilamente, sin aspavientos. Buscaría un medio para aprovecharse de la situación sin que la policía adivinara sus planes. Se había enterado de que el Hotel Palace era parte del Europa Center, un gigantesco centro comercial en el corazón de Berlín, con tiendas y salas de juego. Situado directamente al otro lado de la calle, el Tiergarten era algo como el Central Park de Nueva York, enorme y lleno de caminos y senderos que se entrecruzaban. Por lo que Osborn había deducido de las conversaciones de los propios policías y de una serie de llamadas telefónicas, además de los agentes de paisano de la BKA en el pasillo, había otros dos abajo vigilando la recepción, dos más en el tejado y, en las inmediaciones, unos cuantos agentes en coches en estado de alerta. Había identificado a los clientes que ocupaban el ala nueva del frente desde donde se veía su habitación. Cuatro de ellas estaban ocupadas por turistas japoneses de Osaka y las otras dos por hombres de negocios invitados a una feria comercial. Uno de ellos era de Munich y el otro de Disneyworld, en Orlando. Todos eran quienes decían ser. Eso significaba que McVey y los suyos estaban en condiciones seguras, aunque la Organización hubiera descubierto dónde se encontraban y decidiera actuar. También significaba que Osborn no tenía ninguna posibilidad de llevar a cabo iniciativas que no estuvieran contempladas en los planes de McVey.

—Hay una empresa suiza, el Grupo Berghaus, que patrocina la recepción —dijo Remmer leyendo las notas que había garabateado en un bloc de hojas amarillas. A su izquierda, Noble hablaba animadamente por teléfono con un bloc de notas similar junto al codo.

—La recepción es una fiesta de bienvenida para un tal... —Remmer volvió a mirar sus notas— Elton Lybarger. Se trata de un empresario de Zurich que sufrió un infarto hace dos años en San Francisco y que ahora está totalmente recuperado.

—¿Quién diablos es Elton Lybarger? —preguntó McVey.

Remmer se encogió de hombros.

—No había oído hablar de él. Ni tampoco de ese Grupo Berghaus. La división de Inteligencia se ha encargado de ello y nos entregará una lista de los invitados.

Noble colgó y se volvió hacia sus compañeros.

—Cadoux ha mandado un mensaje en clave a mi oficina diciendo que huyó del hospital porque tenía miedo que los policías de guardia dejaran entrar al asesino de Lebrun. Pensó que pertenecían a la Organización y que también lo liquidarían a él. Dijo que se pondría en contacto en cuanto pudiera.

—¿Cuándo lo envió y desde dónde? —preguntó McVey.

—Llegó hace poco más de una hora. Lo envió por fax desde el aeropuerto de Gatwick.

Retrasado por la niebla, el jet de Von Holden aterrizó en el aeropuerto de Templehof a las siete menos veinticinco de la mañana, tres horas más tarde de lo esperado. A las siete y media bajó del taxi en Spandauerdamm y cruzó la calle hacia el palacio de Charlottenburg, a oscuras y cerrado durante la noche. Estuvo tentado de dar la vuelta y entrar por una puerta lateral para verificar personalmente los últimos detalles del dispositivo de seguridad. Sin embargo, Viktor Shevchenko ya se había ocupado de ello dos veces durante el día y se lo había confirmado a su regreso. A Viktor Shevchenko, Von Holden le habría confiado su propia vida.

Se quedó mirando entre los barrotes de la verja imaginando lo que sucedería en menos de veinticuatro horas. Podía verlo y oírlo todo. Y al pensar que se encontraban en vísperas del acontecimiento, sintió una emoción rayana en las lágrimas. Finalmente dejó de pensar en ello y empezó a caminar.

A las cinco de la tarde, la sección de Berlín había informado que McVey, Osborn y los demás ya estaban en la ciudad y que habían establecido su centro de operaciones en el Hotel Palace, donde se encontraban bajo la protección de la Policía Federal. Era tal como lo había previsto Scholl, que sin duda también tenía razón al decir que habían venido a Berlín a buscarlo a él. No buscaban a Lybarger ni venían a ocuparse de la ceremonia en Charlottenburg.

«Encuétralos y vigílalos —había dicho Scholl—. En algún momento intentarán ponerse en contacto para acordar una hora y un lugar para reunirse. Esa será nuestra oportunidad para aislarlos. Luego, tú y Viktor haréis lo que corresponda».

«Sí —pensaba Von Holden mientras caminaba—, haremos lo que corresponda. Con rapidez y eficiencia».

Sin embargo, había algo que no dejaba de inquietarlo. Sabía que Scholl los menospreciaba, sobre todo a McVey. Eran listos y tenían experiencia, además de mucha suerte. No era una buena combinación y significaba que su plan tenía que ser de una eficacia excepcional, un plan donde esa experiencia y suerte intervinieran lo menos posible. Prefería tomar la iniciativa y actuar con rapidez, antes de que ellos pudieran idear su propio plan. Pero en un hotel que formaba parte de un complejo de las dimensiones del Europa Center, era prácticamente imposible liquidar a cuatro hombres, al menos tres de los cuales iban armados y protegidos por la policía.

Aquello exigía una operación al descubierto, demasiado sangrienta y aparatosa, y el éxito no estaría garantizado. Además, si algo iba mal y cogían a uno de los suyos, toda la Organización se vería amenazada en el momento menos indicado.

Así, a menos que cometieran un error impensable y que por algún motivo quedaran al descubierto, Von Holden respetaría las órdenes de Scholl y esperaría que ellos dieran el primer paso. A Von Holden la experiencia le decía que, si él dirigía personalmente la operación, no cabía dudar de que su estrategia funcionara. También sabía que aprovechaba mejor su energía en la logística de un plan de trabajo que en preocuparse de sus adversarios. Sin embargo, la presencia de McVey y los suyos no dejaba de inquietarlo, hasta tal punto que pensó en pedirle a Scholl que aplazara la celebración de Charlottenburg hasta que los hubieran liquidado. Pero eso era inconcebible y Scholl había dicho que no desde el principio.

Dobló en una esquina, caminó media manzana y subió las escaleras de un edificio de apartamentos en el número 37 de Sophie Charlottenburgstrasse. Tocó el timbre.

—*Ja?* —preguntó una voz por el interfono.

—Von Holden —dijo él. Se oyó el zumbido de la cerradura electrónica y Von Holden subió hasta el gran apartamento de la segunda planta donde se había montado el centro de seguridad para la recepción de Lybarger. Un guardia uniformado le abrió la puerta y Von Holden entró por un pasillo junto a las mesas donde aún trabajaban las secretarias.

—*Guten Abend.* Buenas noches —dijo en voz baja, y abrió la puerta de una habitación pequeña habilitada como despacho. El problema, barruntó siguiendo su hilo de pensamiento, era que cuanto más se quedaran en el hotel sin establecer contacto con Scholl, más tiempo tendrían ellos para idear su propio plan y menos él para armar su estrategia. Pero Von Holden ya había comenzado a sacarle partido a la situación. El tiempo corría en ambos sentidos y mientras los policías permanecieran en el hotel, tendría tiempo para organizar a sus hombres y descubrir lo que sabían y qué tramaban.

NOVENTA Y SIETE

—Gustav Dortmund, Hans Dabritz, Rudolf Kaes, Hilmar Granel... —leyó Remmer y dejó la hoja del fax. Miró hacia McVey, sentado enfrente, que sostenía una copia de la lista de invitados a Charlottenburg, de cinco páginas—. *Herr Lybarger* tiene amigos muy adinerados e influyentes.

—Y algunos no tan adinerados pero igualmente influyentes —dijo Noble estudiando su propia lista—. Gertrude Biermann, Mathias Noll, Henryk Steiner.

—Políticamente, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Por lo general sería difícil verlos juntos en una misma habitación —dijo Remmer. Sacó un cigarrillo, lo encendió y se inclinó sobre la mesa para servirse un vaso de agua mineral.

Apoyado contra la pared, Osborn observaba. No le habían dado una copia de la lista de invitados ni él la había pedido. En las últimas horas, a medida que llegaba la información y los policías se concentraban en su trabajo, lo habían ignorado casi por completo. Como resultado, se sentía aún más ajeno y se intensificaba su presentimiento de que cuando fueran a por Scholl no contarían con él.

—Aunque sea nacionalizado, Scholl parece ser el único americano, ¿no? —preguntó McVey, volviendo a mirar la lista.

—Sí, todos los demás son alemanes —dijo Remmer, y soltó una nube de humo que McVey apartó de un manotazo cuando pasaba junto a él.

—Dime una cosa, Manfred, ¿por qué no lo dejas y ya está, eh? —protestó McVey.

Remmer le lanzó una mirada dura y se disponía a contestar, pero McVey lo interrumpió levantando una mano.

—Ya sé que voy a morir. Pero no quiero que seas tú el responsable.

—Lo siento —dijo Remmer, y apagó el pitillo.

Retazos de conversación cada vez más encrespados, jalonados por largos silencios, acusaban la frustración colectiva. Los tres hombres, visiblemente cansados, seguían empeñados en descifrar lo que estaba sucediendo. Aparte del hecho de que la celebración tendría lugar en Charlottenburg y no en la sala de conferencias de un gran hotel, a primera vista no parecía ser otra cosa que eso, a saber, uno de los miles de acontecimientos celebrados todos los años por agrupaciones en todo el mundo. Pero eso no era más que el aspecto superficial y a ellos les interesaba saber qué había debajo. Entre los tres, sumaban más de cien años de experiencia como policías profesionales y eso les procuraba un singular instinto para descifrar los hechos. Habían venido a Berlín por Erwin Scholl y, según observaban, Erwin Scholl estaba en Berlín por Elton Lybarger. La pregunta era ¿por qué?

El «¿por qué?» se volvió aún más intrigante cuando uno de ellos cayó en la cuenta de que, de todos los invitados ilustres de la reunión en honor de Elton Lybarger, éste era el menos ilustre y conocido de todos.

Una búsqueda en los archivos de Bad Godesburg había revelado que había nacido Elton Karl Lybarger en Essen, Alemania, en 1933, siendo el hijo único de un albañil de escasos recursos. Después de terminar sus estudios en 1951, había desaparecido en la Alemania de la posguerra. Y luego, algo más de treinta años después, en 1983 había reaparecido como millonario rodeado de sirvientes y residiendo en Anlegeplatz, una mansión que parecía un castillo, a veinte minutos de Zurich. Además figuraba como propietario de una cantidad considerable de acciones de innumerables empresas de primera línea en Europa occidental. La pregunta era ¿cómo?

Las primeras declaraciones de impuestos desde 1956 hasta 1980 consignaban su profesión como «contable» y las direcciones que figuraban eran complejos de apartamentos en barrios grises de clase baja en Hannover, Dusseldorf, Hamburgo y Berlín y, finalmente, en 1983 en Zurich. Todos los años, hasta 1983, su declaración había superado apenas la de un salario medio. Luego, en la declaración de ese año, sus ingresos se dispararon. Hacia 1989, el año de su infarto, los ingresos alcanzaron una suma estratosférica, más de cuarenta y siete millones de dólares.

Y no había nada en ninguna parte que lo explicara. Era verdad que la gente triunfaba. A veces de la noche a la mañana. Pero ¿cómo era posible que, después de años de trabajo como contable itinerante, viviendo en condiciones apenas por encima de la pobreza, alguien pudiera aparecer de pronto como dueño de una inmensa fortuna e influencia?

Hasta ahora seguía siendo un misterio. Lybarger no era miembro de ninguna de las juntas de sus empresas, universidades, hospitales o instituciones de beneficencia en Europa. No pertenecía a ningún club privado y no se le conocía filiación política. Ni carné de conducir ni acta de matrimonio, Lybarger ni siquiera tenía una tarjeta de crédito a su nombre. ¿Quién era, entonces? ¿Y por qué razón habrían de venir de todas partes a felicitarlo por su estado de salud cien ciudadanos de los más importantes e influyentes de Alemania?

Remmer suponía fundadamente que durante todos esos años Lybarger había tenido negocios con el mundo de la droga, que había vivido en distintas ciudades amasando una fortuna en dinero efectivo y blanqueándolo en bancos suizos. En 1983 había llegado a acumular lo suficiente para tener una fachada legal.

McVey negaba con la cabeza. Al leer la lista, tanto él como Noble habían reparado en algo que no habían compartido con Remmer. Dos invitados, Gustav Dortmund y Konrad Peiper eran, junto con Scholl, nombres destacados en GDG, Goltz Development Group, el *holding* que había adquirido Standard Technologies de Perth Amboy, Nueva Jersey, la empresa que en 1966 había empleado a Mary Rizzo York para experimentar con gases a bajas temperaturas. La misma Mary Rizzo York que Merriman había asesinado aquel año, supuestamente contratado por Erwin Scholl.

Era verdad que la adquisición databa de un período en que sólo Scholl y Dortmund estaban asociados a GDG. Konrad Peiper se había integrado en 1978. Pero

desde entonces, como presidente y gracias a subterfugios ilegales, había convertido a GDG en uno de los principales exportadores de armamento. Era evidente que, antes y después de Peiper, GDG no había sido nunca una empresa totalmente transparente.

Cuando McVey le preguntó a Remmer qué sabía de Dortmund, el alemán bromeó diciendo que aparte de esa posición irrelevante como presidente del Bundesbank, el Banco Central de Alemania, Dortmund pertenecía a una de las familias más adineradas del país. Al igual que los Rothschild, el nombre de su familia pertenecía a los grandes de la banca desde hacía más de dos siglos.

—De modo que al igual que Scholl —dijo McVey—, está por encima de toda sospecha.

—Se necesitaría un verdadero escándalo para sacarlo de donde está, si a eso te refieres.

—¿Y qué pasa con Konrad Peiper?

—De él no sé casi nada. Es rico y tiene una mujer extraordinariamente bella con mucho dinero e influencias propias. Aunque lo único que hay que saber de Konrad Peiper es que su tío abuelo paterno, Friedrich, fabricó armamento para medio planeta durante las dos guerras mundiales. Hoy en día, esa compañía es famosa por sus cafeteras eléctricas y sus lavavajillas.

McVey miró a Noble que sacudía la cabeza de un lado a otro. Aquello tenía visos tan turbios como al principio. La celebración de Charlottenburg había congregado a ciertos personajes incluyendo a Scholl, al presidente del Bundesbank, al director de una empresa exportadora de armas y seguía una lista de ciudadanos alemanes identificados como la élite de los más ricos y poderosos, los grandes de la política. En otras circunstancias, muchos de ellos estarían a punto de degollarse mutuamente en términos filosóficos y tal vez hasta físicos. Y sin embargo ahí estaban todos reunidos, congregados en la antigua residencia de emperadores prusianos para celebrar la buena salud de un hombre con una historia insustancial y oscura.

Y luego estaba la historia de Albert Merriman y la saga de horrores que se había desencadenado a partir de él, incluyendo el sabotaje del tren París-Meaux y los asesinatos de Lebrun en Inglaterra, de su hermano en Lyon y de Benny Grossman en Nueva York. Ni cabía mencionar el oscuro pasado nazi de Hugo Klass, el respetable experto en huellas dactilares de Interpol en Lyon y de Rudolf Halder, responsable de Interpol en Viena.

—Al primero que liquidaron fue al padre de Osborn, en abril de 1966, justo después de que diseñara un bisturí muy especial —dijo McVey. Dio unos pasos hasta la ventana y se sentó en el borde—. El último fue Lebrun, esta mañana —dijo, con expresión triste—. Poco después de haber descubierto la conexión de Hugo Klass con el asesinato de Merriman... Y de cabo a rabo, el único hilo conductor de todos estos acontecimientos, sin lugar a dudas, es...

—Erwin Scholl —dijo Noble completando la frase.

—Y ahora sólo tenemos las mismas preguntas que teníamos al principio. ¿Por

qué? ¿Por qué motivo? ¿Qué diablos está sucediendo? —McVey había pasado la mayor parte de su carrera en un círculo de nunca acabar, formulando las mismas preguntas cientos de veces. Eso es lo que se hacía en Homicidios, a menos que uno llegara y encontrara a alguien con una pistola echando humo delante de un cadáver. Y casi siempre el círculo se rompía gracias a un detalle que McVey había pasado por alto, un detalle que de pronto se volvía tan nítido como una enorme roca en el camino con la palabra «clave» pintada en letras rojas.

Pero esta vez era diferente. Éste era un círculo sin fin. Era perfectamente redondo y se mordía la cola. Mientras más información conseguían, más grande se hacía el círculo y de ahí no salían.

—Los cuerpos decapitados —dijo Noble.

McVey levantó los brazos en un gesto desesperado.

—¡Vale! ¿Por qué no? Trabajemos ese ángulo.

—¿Qué ángulo? ¿De qué estáis hablando?... —preguntó Remmer, mirando alternativamente a McVey y luego a Noble.

La BKA donde Remmer trabajaba, al igual que los cuerpos de policía de todos los países donde habían aparecido los decapitados, recibía copias de los informes semanales de Interpol. Pero dichos informes no incluían información sobre la congelación a bajas temperaturas ni sobre las especulaciones formuladas en torno a esos experimentos. Así, era natural que Remmer no estuviera enterado y se sintiera perdido. Considerando las actuales circunstancias, parecía el momento más propicio para contárselo.

NOVENTA Y OCHO

Gerd Lang, un joven atractivo de pelo rizado, diseñaba programas informáticos en una empresa de Munich. Había viajado a Berlín para visitar una exposición de tres días sobre el arte gráfico por ordenador y estaba hospedado en la habitación 7056 del ala nueva «Casino» del Hotel Palace. Tenía treinta y dos años y acababa de sufrir un doloroso divorcio, razón por la cual pareció natural que, cuando aquella atractiva rubia de veinticuatro años y seductora sonrisa se le acercó para conversar en el salón de exposiciones —y le preguntó qué hacía y cómo lo hacía y cómo ella podría adquirir una formación en ese terreno— él la invitara a tomar una copa y tal vez a cenar. Fue una decisión poco afortunada, porque después de varias copas y una cena muy frugal se sintió emocionalmente reconfortado. Después de una larga depresión posdivorcio, Gerd Lang apenas se encontraba en condiciones para enfrentarse a lo que sucedería si ella aceptara su invitación a tomar la última copa en su habitación.

Lo primero que Gerd pensó cuando se sentaron en el sofá y comenzaron las caricias y exploraciones mutuas en la oscuridad, fue que la chica se inclinaba para acariciarle el cuello. Sus dedos se cerraron, la chica sonrió como si bromeara y le preguntó si le gustaba. Cuando él quiso responder, los dedos se habían cerrado en una tenaza mortal. Su reacción inmediata fue incorporarse y sacársela de encima. Pero no pudo, porque la chica era sumamente fuerte y sonreía mientras él forcejeaba, como si fuera una especie de juego. Gerd Lang se contorsionó para librarse de ella y zafarse de sus manos de hierro, pero no lo logró. Su rostro enrojeció poco a poco y luego se volvió púrpura oscuro. Su último pensamiento, demencial, perverso, fue que durante todo ese rato la chica no había dejado de sonreír.

Después, la chica llevó el cuerpo al baño, lo puso en la bañera y corrió la cortina. Volvió al salón y sacó unos prismáticos infrarrojos de su bolso. Con ellos miró hacia la ventana iluminada de la habitación 6132 situada un piso más abajo en el ala de enfrente y en diagonal. Enfocó sobre una cortina translúcida que estaba corrida y, de pie junto a ella, vio a un hombre de pelo canoso. Cambió a visión nocturna y miró hacia el tejado. En la granulosidad verdosa del infrarrojo alcanzó a ver a un hombre apostado casi junto al borde con un fusil automático en bandolera sobre el hombro.

—Policía —dijo, y volvió a mirar a la ventana.

Osborn estaba sentado en el borde de una mesa pequeña escuchando a McVey que le explicaba a Remmer los datos elementales sobre la física criónica y luego le contaba el resto. Habló de lo que parecía constituir un intento de unir una cabeza a otro cuerpo mediante una operación de cirugía atómica realizada a temperaturas próximas al cero absoluto. Ahora que Osborn volvía a escuchar la historia, pensaba que no distaba mucho de la ciencia ficción. Pero que en realidad no lo era, porque alguien ya

lo había inventado o al menos intentaba hacerlo. Y Remmer, con un pie posado sobre una silla, con la pistola automática de acero azulado colgando de su cartuchera escuchaba fascinado palabra por palabra el relato de McVey.

De pronto todo pareció desvanecerse cuando a Osborn le asaltó la siniestra idea de que tal vez McVey no iba a ser capaz de medirse con la tarea que se proponía. Que a pesar de su eficiencia, esta vez quizá no había dado en el clavo y que Scholl le ganaría la mano tal como había sugerido Honig. ¿Qué sucedería entonces?

La pregunta no era propiamente una pregunta, porque Osborn sabía la respuesta. Cada centímetro del terreno que había ganado y a pesar de lo cerca que había llegado de su objetivo, no serviría para nada. Con ello se desvanecería hasta la más mínima esperanza que había albergado en su vida. Porque a partir de ese momento, no volvería a estar tan cerca de Erwin Scholl.

—Perdón —dijo de pronto. Se levantó, pasó junto a Remmer, fue a la habitación que compartía con Noble y se quedó allí a oscuras. Escuchaba la sordina de las voces desde la otra habitación. Hablaban como hacía un rato antes. Qué él estuviera o no, no tenía importancia. Mañana sería igual cuando, con la orden de arresto en mano, salieran por esa puerta para ir a ver a Scholl dejándolo a él en la habitación en compañía de un poli de la BKA.

Por algún motivo, de pronto sintió que el cuarto se volvía insoportablemente estrecho, claustrofóbico. Fue al baño, encendió la luz y buscó un vaso. No lo encontró y bebió del grifo ahuecando la mano. Luego se pasó la mano húmeda por la nuca y el cuello y sintió el alivio del frescor. Por el espejo vio que Noble entraba en la habitación, recogía algo de la cómoda y antes de volver donde los otros, se asomaba para echarle un vistazo. Al volverse para cerrar el grifo, Osborn se encontró con su imagen en el espejo. Tenía el rostro pálido y sobre la frente y en el labio superior se le acumulaban pequeñas gotas de sudor. Sostuvo la mano delante de sí y vio que temblaba. De pronto, de pie frente a sí mismo, sintió aquella cosa revolviéndose en su interior y casi al mismo tiempo oyó su propia voz. Era tan nítida que por un instante creyó que había hablado en voz alta.

«Scholl está aquí en Berlín, en un hotel al otro lado del parque».

Le tembló todo el cuerpo y creyó que se iba a desmayar. Luego la sensación cedió y Osborn se dio cuenta de que tenía una idea inequívoca y fija en la cabeza. No dejaría que McVey le escamoteara esa posibilidad y menos después de todo lo que había hecho. Scholl estaba demasiado cerca. Costara lo que costase, sin importar lo que tuviera que hacer para eludir a los hombres que trabajaban en la otra habitación, no pensaba vivir otras veinticuatro horas sin saber por qué habían asesinado a su padre.

NOVENTA Y NUEVE

La escena de tres hombres conversando en una habitación de hotel podía ser un tema interesante o aburrido, sobre todo si se miraba desde una habitación a oscuras situada un piso más arriba y enfrente y se les fotografiaba con una cámara con motor y teleobjetivo para obtener primeros planos.

La cámara fue rápidamente sustituida por los prismáticos cuando apareció un cuarto hombre proveniente de otra habitación. Se estaba poniendo la chaqueta. Uno de los otros tres se levantó y fue hacia él. Hablaron brevemente. Uno de los otros dos cogió el teléfono. Al cabo de un rato colgó y el cuarto hombre se dirigió a la puerta. Se volvió para intercambiar unas palabras con el que se le había acercado. Éste vaciló, luego se volvió y desapareció de la escena. Al volver, le entregó algo al cuarto hombre, que abrió la puerta y salió.

La rubia atractiva dejó los prismáticos a un lado.

A sólo unos metros, dentro del elegante baño de suelo de mármol, el cadáver del diseñador de programas comenzaba a adquirir el *rigor mortis*. La rubia cogió un aparato de radio.

—Natalia —dijo.

—Lugo —contestaron.

—Osborn acaba de salir.

Osborn estaba seguro de que si McVey hubiera sabido lo que tramaba, no le habría entregado la pistola automática ni lo habría dejado salir de la habitación diciendo que no tenía nada que hacer en aquellos asuntos policíacos, que se sentía un poco mareado y claustrofóbico y que quería salir a pasear para tomar aire fresco.

Faltaban cinco minutos para las diez y McVey, cansado y absorto en otras cosas, lo había pensado y luego accedió. Le pidió a Remmer que uno de sus hombres de la BKA acompañara a Osborn y le advirtió a éste que no saliera del centro comercial y que volviera a las once.

Osborn no protestó. Sólo asintió con un gesto y se dirigió a la puerta. Fue en ese momento cuando se volvió y le pidió la pistola a McVey. Era un riesgo calculado por parte de Osborn, pero sabía que McVey tendría que evaluar seriamente lo que había sucedido y darse cuenta de que, con o sin la protección de la policía, Osborn sólo pedía el arma para sentirse más seguro. De todos modos había sido un momento largo y tenso antes de que McVey accediera y le entregara la CZ automática de Oven.

No había caminado siquiera diez pasos en dirección al ascensor cuando se encontró con el agente de la BKA, Johannes Schneider. Schneider tendría unos treinta y pico

años, era alto y tenía el hueso del tabique aplanado, señal de que se lo habían roto en más de una ocasión.

—¿Quiere tomar un poco de aire? —preguntó en inglés, despreocupado—. Pues yo lo acompañaré.

Al llegar, Osborn había visto un folleto donde se describía el Europa Center como un centro comercial de más de cien tiendas, restaurantes, cabarés y un casino. El folleto incluía planos de los lugares más concurridos y entradas y salidas del edificio.

—¿Ha estado alguna vez en Las Vegas, inspector? —preguntó Osborn, sonriendo.

—No, nunca.

—A mí me gusta jugar de vez en cuando —dijo Osborn—. ¿Qué tal es el casino de aquí?

—¿El Spielbank Casino? Es excelente y caro —sonrió Schneider.

—Pues vamos, entonces. —Osborn le devolvió la sonrisa.

Bajaron en el ascensor y se detuvieron en la mesa de recepción para que Osborn cambiara los últimos francos en marcos alemanes y luego Schneider lo condujo hasta el casino.

Quince minutos más tarde, Osborn le pidió al policía que ocupara su sitio en la mesa de bacará mientras él iba al baño y volvía. Schneider vio que Osborn le pedía instrucciones a un guardia de seguridad y desaparecía. Osborn cruzó la sala del casino y dobló en una esquina, se aseguró de que Schneider no lo seguía y salió. Se detuvo en una tienda de periódicos a la entrada, compró un plano turístico de la ciudad, se lo metió en el bolsillo y salió a la calle, doblando a la izquierda en Nürnbergerstrasse.

Al otro lado de la calle, Viktor Shevchenko lo vio salir. Vestido con vaqueros y un jersey negro esperaba en la acera, justo en el límite de la intensa luz proyectada por un restaurante griego, escuchando un casete de *heavy metal* en un *walkman* Sony. Levantó la mano como si fuera a cubrirse para toser y habló por un micrófono.

—Viktor.

—Lugo. —La voz de Von Holden se oyó en un chisporroteo a través del casco de Viktor.

—Osborn acaba de salir solo. Está cruzando Budapesterstrasse y se dirige al Tiergarten.

Abriéndose paso entre los coches, Osborn cruzó Budapesterstrasse a la acera de enfrente y miró hacia el Europa Center. Si Schneider lo seguía, no podía verlo. Se apartó de las luces de la calle y empezó a caminar en dirección al zoo de Berlín. Luego, al darse cuenta de que caminaba en dirección equivocada, volvió sobre sus pasos. El suelo estaba cubierto de hojas que la llovizna había convertido en una capa

resbaladiza y con el aire helado veía el vaho de su aliento. Miró hacia atrás y vio a un hombre de impermeable y sombrero paseando a un perro que insistía en oler todos los árboles y postes de luz. No había señas de Schneider. Caminó más de prisa, recorrió unos doscientos metros y se detuvo bajo el rótulo luminoso de un parking para abrir el plano turístico.

Tardó varios minutos en encontrar lo que buscaba. Friedrichstrasse se encontraba en el lado opuesto de la puerta de Brandenburgo. Calculó que tardaría unos diez minutos en taxi o una media hora cruzando el Tiergarten. Si cogía un taxi podrían seguirle la pista. Era preferible caminar. Además le daría tiempo para pensar.

—¿Viktor?

—Lugo —volvió a oírse la respuesta de Von Holden en medio de las interferencias.

—Ya lo tengo. Se dirige hacia el este. Ha entrado en el Tiergarten.

Von Holden aún estaba en su despacho de la calle SophieCharlottenstrasse. Se había puesto de pie mientras hablaba por radio. No podía creer su golpe de suerte.

—¿Todavía está solo?

—Sí. —La voz de Viktor era nítida a través del pequeño altavoz de la radio.

—El muy tonto.

—¿Instrucciones?

—Síguelo. Llego en cinco minutos.

CIEN

Noble colgó y miró a McVey.

—Aún no sabemos nada de Cadoux. Tampoco contestan en su número particular de Lyon.

Inquieto y descorazonado, McVey miró a Remmer, que bebía su tercera taza de café en los últimos cuarenta minutos. Habían revisado la lista de invitados veinte veces y no habían llegado a ninguna conclusión diferente de la primera. McVey le pidió a Remmer que lo revisaran todo desde una perspectiva más amplia en relación a los invitados que ya habían identificado. Tal vez no era necesario pensar en quiénes eran esos invitados o a qué se dedicaban. Tal vez, como en el caso de Klass y Halder, tenía que ver con sus antecedentes o con sus familias, con algo más que lo puramente superficial. O quizá no contaban con suficientes elementos para empezar, para que la investigación encajara con algo y descubrieran el quid con la «clave» que buscaban.

Pero, pensándolo de nuevo, puede que no hubiera nada. Tal vez la estancia de Scholl en Berlín era legal y todo el asunto de Lybarger no era más de lo que aparentaba, un auténtico testimonio de afecto para alguien que había estado enfermo. Pero McVey no quería dejarlo correr hasta estar convencido. Mientras esperaban más información de Bad Godesburg, volvieron a revisarla, esta vez incluyendo a Cadoux.

—Examinemos la situación de Klass/Halder y relacionémosla con Cadoux —dijo McVey, que permanecía sentado en una silla con los pies sobre la cama—. Tal vez tenga un padre, un hermano, un primo, lo que sea, que haya sido nazi o simpatizante de los nazis durante la guerra.

—¿Has oído hablar alguna vez de AJAX? —preguntó Remmer.

Noble levantó la mirada.

—AJAX era una red de la policía francesa que colaboró con la Resistencia durante la ocupación. Cuando terminó la guerra descubrieron que, de hecho, sólo el cinco por ciento de sus integrantes pertenecían realmente a la Resistencia. La mayoría de ellos hacían mercado negro con el régimen de Vichy.

—El tío de Cadoux era de la policía judicial y miembro de AJAX en Niza. Después de la guerra, cuando purgaron a los colaboradores nazis, lo dieron de baja —dijo Remmer.

—¿Y su padre? ¿También pertenecía al AJAX?

—El padre de Cadoux murió un año después de que él naciera.

—¿Eso significa que fue su tío quien lo crió? —dijo McVey, y estornudó.

—Así es.

McVey desvió la mirada, se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—¿De qué va todo este asunto, Manny? ¿Acaso Scholl es un nazi? ¿Y Lybarger? —preguntó. Cogió la lista de invitados tirada sobre la cama—. ¿Acaso todos estos personajes brillantes, importantes y cultos pertenecen a una nueva camada de nazis

alemanes?

En ese momento se encendió la luz del fax y se oyó el ronroneo del papel saliendo de la impresora. Remmer lo sacó de la máquina y lo leyó.

—No existe el acta de nacimiento de Elton Lybarger en Essen, ni en 1933 ni en los años siguientes. Siguen verificando —dijo, y continuó leyendo. Luego miró a sus compañeros—. El castillo de Lybarger en Zurich.

—¿Qué pasa con el castillo?

—El castillo está registrado como propiedad de Erwin Scholl.

Osborn no tenía idea de lo que haría al llegar al Grand Hotel Berlin. Con Albert Merriman en París había sido diferente. Había tenido tiempo para planearlo, para pensar una estrategia mientras Jean Packard le seguía el rastro a Merriman. La pregunta más evidente ahora, mientras caminaba por un sendero iluminado que serpenteaba entre la oscuridad de los prados y árboles del Tiergarten, constaba de tres vertientes: cómo conseguir encontrarse a solas con Scholl, cómo hacerlo hablar y, finalmente, qué hacer después.

Había visto a Scholl sólo una vez en una foto de celebración del año nuevo, junto a Ronald Reagan y Gerald Ford. La foto era borrosa, pero a Osborn no le cabía duda de que lo reconocería en cuanto lo viera. Se imaginaba el aspecto que tendría un hombre de su posición y era razonable pensar que estaría rodeado de un grupo de ayudantes y secretarios y al menos un guardaespaldas, tal vez más. Eso quería decir que sería sumamente difícil, si no imposible, encontrarlo solo.

Aunque consiguiera estar a solas con él, ¿qué obligaría a Scholl a revelar lo que tenía que revelar? ¿A decir lo que él quería escuchar? Como había advertido Diedrich Honig, con o sin abogados, Scholl negaría haber conocido a Albert Merriman, al padre de Osborn o a cualquiera de los otros. La succinilcolina podría serle útil como lo había sido con Merriman, pero en Berlín no tenía aliados que le ayudaran a conseguirla. Se distrajo pensando en cómo estaría Vera, dónde estaría. ¿Por qué tenía que suceder todo aquello? Pero enseguida descartó esos pensamientos. Tenía que concentrarse únicamente en Scholl.

Lo veían caminando más adelante, a unos doscientos metros. Continuaba solo por un sendero que al cabo de un momento lo conduciría hasta el límite del parque, frente a la puerta de Brandenburgo.

—¿Cómo quieres hacerlo? —preguntó Viktor.

—Quiero mirarlo a los ojos —dijo Von Holden.

Osborn se miró el reloj.

Eran las diez y treinta y cinco minutos.

¿Lo estaría buscando Schneider aún o ya habría informado a Remmer de su desaparición? Si así era, McVey habría alertado a la policía y entonces tendría que cuidarse de ellos. No tenía pasaporte y McVey era capaz de hacer que lo encerraran sólo para sacárselo de encima.

De pronto pensó que tal vez no sucedería así. Y luego pensó que quizá también se había equivocado al pensar en otras cosas. Como los demás, estaba agotado. ¿Y si la obsesión de que McVey lo iba a dejar a un lado cuando fueran a por Scholl no era más que eso, una obsesión? Él era quien había buscado la ayuda de McVey y lo había acompañado hasta Berlín. ¿Por qué volverle la espalda ahora e intentar hacerlo todo solo? Osborn pensaba todo esto en un torbellino de ideas y sentía que sus emociones se le escapaban de las manos como lo habían hecho durante casi treinta años. Se encontraba demasiado cerca del final para dejar que ahora lo estropearan todo. ¿Acaso no lo entendía? Había querido ser fuerte y asumir su responsabilidad, el amor a su padre y encargarse de todo por su cuenta. Pero así no podía, no tenía ni los medios ni la experiencia para enfrentarse a alguien de la talla de Scholl. Lo había comprendido en París.

¿Por qué no comprenderlo ahora?

Se sintió desorientado y terriblemente confundido. La decisión tajante y resuelta de hacía escasos momentos se tornaba borrosa, vaga, como si perteneciera a un pasado distante. Tenía que impedir que su mente siguiera divagando, dejar de pensar, aunque fuera sólo un instante.

Miró a su alrededor intentando volver a la realidad de su entorno. Aún hacía frío pero la llovizna había cesado. El parque estaba desierto, oscuro en medio de la espesa arboleda. Sólo el sendero iluminado y los edificios más altos en la distancia le indicaban que se encontraba en la ciudad y no en medio de un bosque. Miró por encima del hombro y vio que atrás quedaba un cruce donde se encontraban cinco senderos formando una especie de círculo. ¿Por cuál de ellos había llegado? ¿En cuál estaba ahora?

A unos metros vio un banco. Se acercó y se sentó. Esperó unos minutos mientras se aclaraba las ideas y decidía qué hacer. El aire estaba limpio y claro y respiró profundo. Se llevó las manos a los bolsillos con el gesto acostumbrado para calentárselas y, al hacerlo, con la derecha palpó la pistola. Como un objeto guardado hacía mucho tiempo y luego olvidado. En ese momento, algo le hizo levantar la mirada.

Se acercaba un hombre. Tenía el cuello del abrigo levantado y caminaba levemente inclinado hacia un lado como aquejado de un defecto físico. Al acercarse, Osborn se percató de que era más alto de lo que parecía, delgado, hombros anchos y pelo corto. Estaba a sólo unos metros cuando Osborn levantó la cabeza y los dos se miraron a los ojos.

—*Guten Abend*. Buenas noches —dijo Von Holden.

Osborn le devolvió un leve saludo con un gesto de la cabeza y luego se volvió para evitar todo contacto. Deslizó la mano en el bolsillo de la chaqueta y palpó la empuñadura de la pistola. El hombre había caminado apenas unos diez metros cuando de pronto se volvió y regresó sobre sus pasos. El movimiento tenía algo de desconcertante y Osborn reaccionó inmediatamente. Sacó la pistola de la chaqueta y apuntó directamente al pecho del hombre.

—¡Vá-ya-se! —dijo marcando cada sílaba.

Von Holden lo miró fijamente un momento y luego su mirada se desvió hacia la pistola. Vio que Osborn estaba agitado y nervioso, pero que su pulso era firme y que apoyaba el dedo sin titubear contra el gatillo. La pistola era una CZ del 22, checa. Pequeño calibre pero certera a escasa distancia. Von Holden sonrió. Era la pistola de Bernhard Oven.

—¿De qué se ríe? —preguntó Osborn. En ese momento vio que el hombre miraba más allá de donde estaba él. Sin dudarle, Osborn se apartó unos pasos manteniendo la pistola a la misma altura. Se volvió a mirar brevemente hacia la derecha.

A la sombra de un árbol, a unos cinco metros, había un segundo hombre.

—Dígale que se acerque a usted —dijo Osborn volviéndose hacia Von Holden.

Von Holden guardó silencio.

—*Sprechen Sie Englisch?* —preguntó Osborn.

Von Holden guardó silencio.

—*Sprechen Sie Englisch?* —insistió Osborn más nervioso.

Von Holden asintió con un levísimo gesto de la cabeza.

—Entonces dígame que camine hacia donde está usted —indicó, y echó el percutor atrás tensando el gatillo. Si algo sucedía, sólo tendría que dejar que el pulgar se deslizara y la pistola dispararía a bocajarro—. ¡Dígaselo ya!

Von Holden esperó apenas un momento y luego ordenó en alemán:

—¡Haz lo que te ordena!

Obedeciendo a Von Holden, Viktor salió de debajo del árbol y cruzó el césped hasta situarse junto a Von Holden. Tendría poco más de treinta años y su constitución fibrosa le daba aspecto de duro.

Osborn los observó un momento en silencio, luego retrocedió lentamente sin dejar de apuntar al pecho de Von Holden.

Siguió retrocediendo durante otros veinte metros. De pronto, al pasar junto a un árbol, giró sobre sus talones y empezó a correr. Cruzó un camino iluminado, subió de un salto un par de peldaños y siguió corriendo por el césped entre los árboles. Miró hacia atrás. Vio que lo seguían siluetas oscuras perfilándose contra el cielo de la noche corriendo entre los árboles que quedaban a sus espaldas.

Más allá divisó los brillantes faros de los coches en Tiergartenstrasse. Volvió a mirar atrás. Los árboles se perdían en la oscuridad. Supuso que aún venían tras él pero no había manera de saberlo. Con el corazón acelerado y los pies resbalando en el césped húmedo, siguió corriendo. Finalmente sintió el pavimento bajo sus pies y supo

que había llegado a los lindes del parque. Estaba justo frente a las luces de la calle y ante el flujo denso del tráfico. Sin detenerse cruzó la calle corriendo y los cláxones chillaron por todas partes. Logró esquivar un coche, luego otro. Se oyó un chirrido de neumáticos y luego un feroz estrépito de metales cuando un taxi giró para no embestirlo y se incrustó en un coche estacionado.

Al instante, otro coche se empotró en el taxi por detrás y una pieza del parachoques salió despedida hacia la oscuridad.

Osborn no volvió a mirar atrás. Con los pulmones quemándole el pecho se agachó detrás de una fila de coches y corrió con el tronco doblado a lo largo de una manzana hasta que entró en una calle lateral. Más adelante había una intersección y una calle muy iluminada. Sin aliento, dobló en la esquina y cruzó hasta la acera mezclándose entre los peatones.

Se metió la pistola bajo el cinturón, la ocultó con la chaqueta y siguió caminando intentando recuperar la calma. Pasó junto a un Burger King, miró atrás y no vio nada. Tal vez no lo habían seguido después de todo y sólo se lo había imaginado. Siguió caminando mezclado con la multitud.

Se cruzó con un grupo de adolescentes estafalarios y una chica de pelo oscuro le sonrió. ¿Por qué había sacado la pistola? Lo único que había hecho aquel hombre era volverse. Osborn pensó que tal vez el segundo tipo ni siquiera lo acompañaba, que sólo había salido a pasear. Pero algo en la actitud poco natural del extraño, que se había vuelto con tanta precisión después de saludarlo, lo turbó y le hizo creer que lo iban a atacar. Por eso reaccionó de ese modo. Era preferible estar preparado que dejar que lo tomaran por sorpresa.

Un reloj en una ventana marcaba las 22.52.

Hasta ese momento se había olvidado completamente de McVey. Debía volver al hotel antes de ocho minutos y no tenía idea de dónde estaba. ¿Qué haría? Inventar un cuento, decir que estaba... De pronto, al doblar en una esquina, vio el Europa Center directamente enfrente. Abajo vio el rótulo luminoso del Hotel Palace colgando sobre la entrada de los coches.

A las once menos seis minutos, Osborn entró en el ascensor y pulsó el botón de la sexta planta. Las puertas se cerraron y el ascensor subió. Estaba solo y a salvo.

Intentó olvidar a los hombres del parque y se miró en el espejo del ascensor. Se arregló el pelo y se alisó la chaqueta. En la otra pared había un cartel turístico de Berlín con fotos de lugares famosos de la ciudad. Dominaba en el centro una foto del palacio de Charlottenburg. Osborn recordó lo que Remmer había dicho esa tarde. «Es una bienvenida para un tal Elton Lybarger, un empresario de Zurich que sufrió un grave infarto hace dos años en San Francisco y que ahora está plenamente recuperado».

—Joder —maldijo por lo bajo—. Joder.

¿Cómo era posible no haberse percatado antes?

CIENTO UNO

A las once menos dos minutos, Osborn llamaba a la puerta de la habitación 6132. McVey tardó un momento en abrir. Había cinco hombres detrás de él y todos lo observaban en silencio. Noble, Remmer, el agente Schneider y dos miembros uniformados de la policía de Berlín.

—Bueno, ha regresado la Cenicienta —observó McVey.

—Me separé del agente Schneider. Lo busqué por todas partes. ¿Qué tenía que hacer? —Osborn ignoró la mirada de ira que le lanzó McVey, cruzó la habitación y cogió el teléfono. Se produjo un silencio y Osborn pudo hablar.

—El doctor Mandel, por favor —dijo.

Remmer se encogió de hombros, despidió a los policías berlineses y McVey le estrechó la mano a Schneider. Remmer los acompañó a los tres a la puerta y cerró.

—Ya volveré a llamar, gracias —dijo Osborn, y miró a McVey al colgar—. Usted me dirá si me equivoco —prosiguió con una energía que McVey no le había visto desde Inglaterra—, pero después de todo lo que he observado, con o sin orden de arresto, las posibilidades de conseguir pruebas suficientes para llevar a Scholl a juicio son casi nulas. Es demasiado poderoso, está demasiado bien conectado y por encima de la ley, ¿no?

—Tiene usted la palabra, doctor.

—Entonces, ¿por qué no lo miramos desde otra perspectiva y nos preguntamos por qué vendría Scholl de la otra punta del mundo para rendirle homenaje a un hombre que apenas existe y, a la vez, aparece como instigador de una ola de asesinatos que crece a medida que se acerca la fecha de la fiesta en el palacio de Charlottenburg?

Osborn les lanzó una mirada rápida a los demás y volvió a McVey.

—Apostaría que Lybarger es la clave de todo esto. Y si podemos averiguar algo sobre él, seguro que podremos saber bastante más acerca de Scholl.

—¿Piensa que podrá encontrar algo que la policía federal alemana haya pasado por alto? Continúe —dijo McVey.

—Así lo espero, McVey —dijo Osborn, y señaló el teléfono con un gesto de la cabeza. Estaba excitado. Sabía que si intentaba hacerlo solo sería imposible, pero tampoco dejaría que lo apartaran de la operación—. He llamado al doctor Herb Mandel. No sólo es el mejor especialista en cirugía vascular que conozco. También es jefe de personal del Hospital General de San Francisco. Si es verdad que Lybarger tuvo un infarto, debería tener un historial médico. Ese historial tendría que haber empezado en San Francisco.

Von Holden estaba irritado. Tenía que haber liquidado a Osborn allí mismo, al verlo

sentado en el banco del parque. Pero había querido asegurarse de que era el hombre que buscaba. Viktor y Natalia eran personas en quienes se podía confiar, pero sólo se guiaban por una foto. El problema no era matar a un desconocido, sino pensar que había matado al indicado y descubrir luego que se había equivocado. Por eso se había acercado tanto a Osborn, hasta el punto de saludarlo con un «buenas noches». Luego Osborn lo había sorprendido con la pistola.

Tenía que haber estado preparado, pensó Von Holden, porque encajaba con la afirmación de Scholl de que Osborn se guiaba por motivaciones emocionales y que, por lo tanto, era un individuo sumamente impredecible.

Aun así, tenía que haberlo matado. Había mirado a Viktor deliberadamente esperando que Osborn se volviera para ver dónde miraba. Habría necesitado tan sólo ese instante. Pero Osborn había retrocedido para tenerlos a ambos al alcance de la vista sin dejar de apuntarle con la CZ. Al echar el percutor hacia atrás, si le disparaban, el pulgar resbalaría y el arma se descargaría a bocajarro contra Von Holden. La verdad era que estaba demasiado cerca para correr el riesgo de que diera en el blanco.

También era verdad que cuando Osborn huyó y ellos corrieron tras él por el parque, había tenido la oportunidad de un disparo certero. Si el americano se hubiera detenido, aunque no fuera más que por una fracción de segundo, en lugar de lanzarse al tráfico de Tiergartenstrasse, le habría disparado. Pero no había sido así y los dos coches que se estrellaron le obstaculizaron la visión sin darle una segunda oportunidad.

Mientras subía las escaleras del apartamento de Charlottenstrasse, Von Holden se sentía turbado, no tanto debido a su fracaso —al fin y al cabo, a veces sucedía así— sino a un estado general de desasosiego. El hecho de que Osborn hubiera salido solo había sido un regalo y él, más que nadie, debería haber sido capaz de aprovecharlo. No lo había hecho. Algo se repetía de manera regular. Bernhard Oven tenía que haber eliminado a Osborn en París y no lo había logrado. El atentado del tren iba a acabar con Osborn y McVey, ya fuera en la explosión o después, a manos del grupo de asesinos que los esperaba si sobrevivían. Sin embargo seguían con vida. Más que suerte, era otra cosa. Para Von Holden, personalmente, tenía visos premonitorios.

—*Vorahnung*.

La palabra lo perseguía desde su juventud. Significaba premonición. Desde el día en que había conocido a Scholl, había tenido la peculiar sensación de que el camino de ese hombre así como de aquellos que lo siguieran, estaba inexorablemente destinado a una catástrofe. No tenía la menor sospecha de dónde provenía esa sensación y, claro está, no había manera de demostrarlo porque todo lo que Scholl tocaba seguía el rumbo que él definía y así había sido durante años. Sin embargo, el sentimiento perduraba.

A veces desaparecía durante unos días o meses. Pero siempre sobresalía. Los sueños que tenía eran horripilantes, atisbos de nebulosas de colores verdes y rojos

como los de la aurora boreal elevándose a miles de metros y ondulando como gigantescos pistones en el vértice de su mente. En medio de esa dimensión aparecía el terror y él era incapaz de dominarlo.

Cuando Von Holden despertaba de esas «cosas» como solía llamarlas, lo invadía un sudor frío y temblaba de miedo y se obligaba a pasar el resto de la noche en vela temiendo que el sueño volviera a traer consigo la pesadilla.

A menudo se preguntaba si no sufría de algún desequilibrio fisiológico o de un tumor cerebral, pero sabía que eso era imposible porque había largos períodos intermitentes de salud.

Luego se habían desvanecido. Así, sin más. Él había creído librarse durante cinco años y estaba seguro de haberse recuperado. De hecho, durante los últimos años ni siquiera había vuelto a acordarse. Hasta ayer por la noche, al enterarse de que McVey y sus hombres habían salido de Londres en un avión privado. No tenía para qué adivinar su destino porque ya lo sabía. Al final se acostó pero temiendo dormirse, sabiendo en el fondo de sí mismo que las «cosas» volverían. Y habían vuelto. Eran más aterradoras que en el pasado.

Von Holden cruzó la puerta del apartamento, saludó al guardia y entró por un largo pasillo. Llegó a la sala de las secretarias y una de ellas, una mujer alta y de cara rellena con el pelo teñido de rojo, hizo una pausa en la verificación informática del sistema electrónico de seguridad en Charlottenburg y lo miró.

—Ya está aquí —dijo en alemán.

—*Danke* —asintió Von Holden, y abrió la puerta de su despacho. Un rostro familiar le sonreía.

Era Cadoux.

CIENTO DOS

Pasaban unos minutos de las dos de la madrugada. Tres horas y una docena de llamadas por teléfono después de que Osborn y McVey comenzaran a trabajar con el doctor Herb Mandel en San Francisco y el agente especial Fred Hanley de la oficina del FBI en Los Ángeles, habían elaborado una versión sobre lo sucedido con Elton Lybarger durante su permanencia en Estados Unidos.

Según los registros, ningún hospital de la zona de San Francisco había tratado a Elton Lybarger como víctima de un infarto. Sin embargo, en septiembre de 1992, una ambulancia privada había llevado a un E. Lybarger al exclusivo hospital de Palo Colorado en Carmel, California. Había permanecido allí hasta marzo de 1993, fecha en que lo habían trasladado al Rancho del Piñón, un elegante asilo de ancianos en las afueras de Taos, Nuevo México. Luego, hacía apenas una semana, había regresado a Zurich acompañado de su fisioterapeuta americana, una mujer llamada Joanna Marsh.

El hospital de Carmel había proporcionado las instalaciones, pero no se encargaron del personal. A Lybarger lo habían acompañado en la ambulancia su médico de cabecera y una enfermera. Un día después se le habían sumado otros cuatro acompañantes. La enfermera y los acompañantes tenían pasaporte suizo. El médico era austriaco y se llamaba Helmuth Salettl.

Hacia las cuatro menos cuarto de la mañana, la oficina de Bad Godesburg envió a Remmer cuatro copias de los antecedentes profesionales y personales del doctor Salettl. Remmer las repartió y esta vez incluyó a Osborn.

Salettl era un solterón de setenta y nueve años que vivía con su hermana en Salzburgo, Austria. Nacido en 1914, practicaba como cirujano novel en la universidad de Berlín cuando estalló la guerra. Más tarde estuvo al mando de un grupo de las SS y Hitler lo nombró director de Salud Pública. En los últimos días de la guerra, el propio Hitler ordenó su arresto acusándolo de intentar enviar documentos secretos a los americanos y fue sentenciado a muerte. Recluido en una villa de las afueras de Berlín esperó la ejecución, pero en el último momento lo trasladaron al norte de Alemania donde fue rescatado por tropas americanas. Lo interrogaron los oficiales aliados en el campo de Oberursel, cerca de Frankfurt, y luego lo enviaron a Nuremberg donde fue juzgado y absuelto de «haber preparado y llevado a cabo una guerra agresiva». Más tarde volvió a Austria donde instaló una consulta privada de medicina interna hasta los setenta años. Se jubiló, pero siguió tratando a un grupo selecto de pacientes. Uno de ellos era Elton Lybarger.

—Volvemos a lo mismo otra vez —dijo McVey al terminar de leer. Dejó los papeles en el borde de la cama.

—La conexión nazi —apuntó Remmer.

McVey miró a Osborn.

—¿Por qué un médico habría de pasar siete meses en un hospital a diez mil

kilómetros de su país velando por la recuperación de un paciente que ha sufrido un infarto? ¿Usted le encuentra algún sentido?

—No, a menos que se haya tratado de un infarto sumamente grave o que Lybarger se haya portado como un excéntrico o un neurótico. O tal vez la familia estaba dispuesta a pagar lo que fuera para que tuviera esos cuidados.

—Doctor —dijo McVey con tono enfático—. Lybarger no tiene familia, ¿no se acuerda? Aunque hubiera estado tan enfermo como para necesitar a un médico a su lado durante siete meses, no se habría encontrado en condiciones para disponer de todo eso por sus propios medios, al menos al principio.

—Alguien se encargó. Alguien tuvo que ocuparse de enviar a Salettl con el equipo médico a Estados Unidos y pagarlo todo —agregó Noble.

—Scholl —dijo Remmer.

—¿Por qué no? —Dijo McVey mesándose el pelo—. Él es el dueño de la mansión suiza de Lybarger. ¿Por qué no pensar que Scholl también se ocupa de arreglar esos otros asuntos? Sobre todo en lo que se refiere a su salud.

Noble cogió con gesto de cansancio una taza de café de la bandeja que tenía junto a él.

—Todo esto nos lleva a la misma pregunta. ¿Por qué?

McVey se sentó sobre el borde de la cama y por enésima vez cogió el fax de cinco páginas a un solo espacio del informe sobre los invitados de Charlottenburg. En las páginas enviadas desde Bad Godesburg no había nada que hiciera pensar en otra cosa que una simple reunión de influyentes ciudadanos alemanes. Durante un momento pensó en los pocos nombres que no habían logrado identificar. Sí, pensó, la respuesta podía encontrarse ahí, si bien tenían escasas posibilidades de dar con ella. Sin embargo, su intuición le decía que tenían la respuesta ante las narices mezclada con la información de que disponían.

—Manfred —dijo McVey mirando a Remmer—. Estamos dando vueltas, mirando aquí y allá, discutiendo, y manejamos información muy confidencial sobre algunos ciudadanos a través de uno de los cuerpos de policía más eficientes del mundo, y ¿qué sucede? Seguimos sin sacar nada en claro. Ni siquiera podemos abrir la puerta... Sin embargo, sabemos que hay algo dentro —continuó—. Tal vez tenga algo que ver con lo que suceda mañana por la noche y tal vez no. Pero en cualquier caso mañana, en algún momento, con la orden en la mano, vamos a poner toda la carne en el asador y cercaremos a Scholl para hacerle unas cuantas preguntas. Lo haremos antes de que los abogados puedan coger la palabra. Tenemos que lograr que Scholl sude lo bastante para que se le suelte la lengua de inmediato y confiese o al menos reblandecerlo para que nos diga algo que después podamos usar en su contra. Hay que averiguar algo más de lo que teníamos al comienzo.

—McVey —dijo Remmer cauteloso—. ¿Por qué me llamas Manfred cuando siempre me has llamado Manny...?

—Porque eres alemán y porque me estoy dirigiendo a ti. Si este asunto de

Lybarger fuera una reunión de unos partidarios pronazis... ¿de qué hablarían? ¿Otro intento de exterminar a los judíos?

McVey hablaba en tono calmado pero más apasionado. Lo que esperaba no era una respuesta sino una explicación. ¿Montar una máquina de guerra para arrasara Europa y Rusia y decidir el futuro de los demás países? ¿Una segunda versión de lo que ya sucedió? ¿Por qué querían eso? Dímelo tú, Manfred, porque yo no lo sé.

—Yo... —balbuceó Remmer con los puños apretados— tampoco lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—Creo que sí lo sabes.

En la habitación reinaba un silencio mortal. De los cuatro hombres, ninguno se movía. Apenas si respiraban. A Osborn le pareció que Remmer daba un paso atrás.

—Venga, Manfred... —dijo McVey con tono apaciguador. Pero su intención no era apaciguar. Había tocado una fibra sensible y ésa sí había sido su intención. Había cogido a Remmer por sorpresa.

—Ya sé que es injusto, Manfred, ya lo sé —dijo McVey más tranquilo—. Pero lo pregunto de todos modos. Porque puede que la respuesta nos ayude.

—McVey, no puedo...

—Sí que puedes.

Remmer lanzó una mirada por la habitación.

—*Weltanschauung*. —La voz era apenas un murmullo—. Era la visión que Hitler tenía de la vida. La vida es una lucha eterna donde sólo reinan los más fuertes. Para él, el pueblo alemán había sido el más fuerte de todos los pueblos fuertes. Por lo tanto estaba destinado a reinar.

»Pero claro, esa fuerza se había debilitado a lo largo de generaciones porque, al mezclarse con otras, la raza germánica pura había perdido su superioridad. Hitler creía que a lo largo de la historia la mezcla de las sangres había sido la única causa de la decadencia de las culturas. Por eso Alemania perdió la Primera Guerra, porque los arios habían perdido la pureza de la sangre. Para Hitler, los alemanes constituían la especie más avanzada del planeta y podían volver a ser lo que un día habían sido. Sin embargo, eso debía llevarse a cabo mediante un riguroso proceso de selección y de cruces genéticos.

La habitación de hotel se había transformado en un teatro con un público de tres personas y Remmer el único actor en escena. Estaba de pie con los hombros hacia atrás. Le brillaban los ojos y en la frente se le acumulaba el sudor. Había alzado la voz desde un murmullo hasta una elocuencia tan precisa que, por un instante, pareció que se trataba de un discurso memorizado. O, para decirlo con más justicia, primero memorizado y luego conscientemente olvidado.

—Al surgir el nazismo había unos ochenta y pico millones de alemanes. Al cabo de cien años, Hitler pensaba en doscientos cincuenta millones, tal vez más. Para eso, Alemania necesitaba un *Lebensraum* o sea, un espacio vital, mucho espacio vital, lo

suficiente para garantizar a la nación alemana una absoluta libertad de existencia según sus propios dictados. Pero el espacio vital y el territorio que le subyace, decía Hitler, sólo pertenece a aquellos que tienen la fuerza para adueñarse de él.

»Con esto quería decir que el nuevo Reich tenía que seguir los pasos de los antiguos caballeros teutones. La espada alemana conseguiría territorio para el arado alemán y pan para el pueblo.

—¿De modo que procedieron a borrar de la faz de la tierra a seis millones de judíos para que no les estorbaran? —preguntó McVey con el tono de un abogado rural, como si no acabara de entender bien lo que le decían. Su actitud era ligera, porque sabía que Remmer respondería para defender lo que había sucedido. Defendería su culpa.

—Tienes que entender lo que estaba pasando. Esto sucedió después de una derrota aplastante en la Primera Guerra. El Tratado de Versalles nos despojó de nuestra dignidad, había una inflación desbocada y un paro masivo. ¿Quién se atrevería a contradecir a un líder que pretendía devolvernos nuestro orgullo nacional, el respeto por nosotros mismos? Hitler nos sedujo y el pueblo alemán fue arrastrado por un vendaval y allí nos perdimos. Acuérdate de los viejos documentales, de las fotos. Mira los rostros de la gente. Adoraban a su Führer. Adoraban sus discursos y el fuego que los inspiraba. Por eso olvidaron totalmente que eran discursos de un inculto, de un demente.

Remmer tenía una expresión ausente y de pronto se detuvo, como si hubiera perdido el hilo de su discurso.

—¿Por qué? —preguntó McVey en un susurro sibilante como un apuntador en medio de la escena—. Ya nos has dado la clase de historia, Manfred. Ahora dinos la verdad. ¿Por qué embaucó Hitler a los alemanes con sus discursos? ¿Por qué se perdieron en la pasión de un hombre inculto y demente? Le estás echando toda la culpa a un solo hombre.

Remmer miró nerviosamente de un lado a otro de la habitación. No podía ir más allá o no quería.

—Los nazis eran más que Hitler, Manfred. —McVey ya no era el viejo abogado rural que no entendía nada. Era una voz que horadaba el subconsciente de Remmer exigiéndole que hurgara más hondo—. Por mucho poder que llegara a acumular, no estaba solo...

Remmer miraba el suelo. Levantó lentamente la cabeza y los demás vieron en su mirada una expresión de auténtico pavor.

—Como una religión, creemos en los mitos. Son mitos primitivos, tribales, aprehendidos... y siempre se encuentran inmediatamente bajo la superficie esperando el momento histórico en que surgirá un líder carismático y les dará vida... Hitler fue el último y hasta el día de hoy, los alemanes lo seguirían donde fuera... Es la cultura de la antigüedad, McVey,... la cultura de Prusia y de mucho antes. Guerreros teutones que cabalgan enfundados en armaduras dejando atrás la nebulosa. Llevan las espadas

en alto y tienen los puños forrados en mallas de hierro. Los cascos de las monturas retumban en la tierra y arrasan todo lo que encuentran en su camino. Son conquistadores. Nos gobiernan nuestra tierra, nuestro destino. ¡Somos superiores! ¡Somos la raza superior! Alemanes de pura cepa. Pelo rubio, ojos azules y todas esas patrañas.

Remmer miraba fijamente a McVey. De pronto se volvió y sacó un cigarrillo, lo encendió y cruzó la habitación para sentarse solo en un sillón. No podía apartarse más. Se inclinó hacia delante cansado, acercó un cenicero y se quedó mirando el suelo. El cigarrillo que sostenía entre los dedos manchados de nicotina se consumió solo. El humo subía en volutas hacia el techo.

CIENTO TRES

Amanecía y Osborn, tendido en la penumbra, oía la pausada respiración de Noble en la cama de al lado. McVey y Remmer dormían en la habitación contigua. Habían apagado las luces a las tres y media y ahora eran las seis menos cuarto. Osborn calculó que no había dormido más de dos horas.

Desde la llegada a Berlín había intuido la creciente frustración de McVey, una frustración rayana en la desesperación mientras intentaban apartar los sucesivos velos que protegían a Erwin Scholl. Por eso había empujado a Remmer hasta ese punto y, aunque de forma brutal, había querido descubrir algo esencial que tal vez ninguno de ellos había advertido hasta entonces. Había sacado algo en claro. No eran, desde luego, los guerreros teutones en medio de la niebla de los que había hablado Remmer. Era la arrogancia o la idea de que los alemanes o cualquier pueblo pudieran proclamarse «raza superior» y, para demostrarlo, embarcarse en una misión de destrucción de los demás. A Scholl, el concepto le iba como anillo al dedo, porque él encarnaba la presunción de un hombre que podía manipular y asesinar y, al mismo tiempo, mostrar una fachada como confidente de reyes y presidentes. Era una actitud con la cual tendrían que medirse cuando se enfrentaran cara a cara con Scholl. Sin embargo, aquello seguía siendo sólo un punto de vista, un exabrupto. No había nada concreto.

Lybarger sí que era algo concreto. Osborn estaba convencido de que Lybarger era la pieza clave. Pero parecían incapaces de descubrir algo sobre él que fuera más contundente. El único dato que prometía era el hecho de que el doctor Salettl estuviera en la lista de invitados de Charlottenburg, si bien la BKA no había logrado dar con su paradero. Ni en Austria ni en Alemania ni en Suiza. Si tenía que venir, ¿dónde estaba? En alguna parte habría algo más. ¿Pero qué era? ¿Y dónde encontrarlo?

McVey se despertó y ya estaba escribiendo algunas notas cuando Osborn entró.

—Seguimos suponiendo que Lybarger no tiene familia. Pero ¿cómo podemos estar seguros? —preguntó Osborn con tono decidido—. Digamos que soy un médico austriaco y trabajo en Carmel, California. Durante siete meses me ocupé de un paciente suizo sumamente enfermo. El paciente va mejorando poco a poco. Digamos que nace cierta confianza. Si tuviera una mujer, un hijo, un hermano...

—Querría que supieran cómo se encuentra —siguió McVey, que había entendido.

—Así es. Y si el paciente hubiera sido víctima de un infarto, como Lybarger, tendría dificultad para hablar y para escribir. Sería un problema comunicarse y me pediría a mí, su médico, que lo hiciera en su nombre. Yo lo haría. No escribiría una carta sino que llamaría por teléfono. Al menos una vez al mes y es probable que más

a menudo.

Remmer se había despertado y se sentó en la cama.

—Hay que mirar los registros de teléfonos —dijo.

Poco más de una hora después llegó un fax de Fred Hanley, el agente especial del FBI en Los Angeles.

Había varias páginas de llamadas hechas por Salettl desde su teléfono particular en el hospital de Palo Colorado en Carmel, California. En total eran setecientas treinta y seis llamadas. Hanley había subrayado las llamadas a más de quince números diferentes en todo el mundo que tenían a Erwin Scholl como destinatario. El resto eran, en su mayoría, llamadas locales a Austria y Zurich. Sin embargo, desperdigadas en la lista había veinticinco llamadas a un número con el código 49 —Alemania—, seguido del 30 —Berlín.

McVey dejó a un lado las páginas y miró a Osborn.

—Parece que ha dado con algo, doctor —dijo, y miró a Remmer—. Es tu terreno. ¿Qué hacemos?

—Lo mismo que hacíamos en Los Ángeles. Vamos a ver quién es.

07.45 h.

—Esta Karolin Henniger —quiso saber McVey cuando Remmer estacionó el Mercedes delante de la elegante tienda de antigüedades en Kantstrasse—. No creo que podamos suponer que es una conexión directa con Lybarger. Podría ser sólo un pariente de Salettl, una amiga, incluso una amante.

—Supongo que ahora lo averiguaremos —dijo Osborn. Abrió la puerta y bajó. Él había ideado el plan y McVey le había dado luz verde. Él fingiría ser un médico americano que buscaba a un doctor Salettl en nombre de un colega en California y Remmer pasaría como un amigo alemán que podía traducir en caso de que Karolin Henniger no hablara inglés. Esperarían su reacción para decidir cómo procederían.

McVey y Noble miraban desde el Mercedes cuando entraron en el edificio. Al otro lado de la calle, los agentes de la BKA vigilaban desde un BMW verde claro. Antes, cuando Remmer había dado con el nombre y dirección de Karolin Henniger, McVey había llamado a un viejo amigo en Los Angeles, el cardenal Charles O'Connell. McVey sabía que Scholl era católico y un importante recaudador de fondos de las diócesis de Nueva York y Los Ángeles. Calculó por ende que conocería bien a O'Connell. En ese sentido, Scholl era como cualquier otro católico. Si un cardenal solicitaba algo se le concedía el favor con gesto amable y mucha discreción.

McVey le dijo a O'Connell que estaba en Berlín y le pidió que tuviera la gentileza de concertar una entrevista entre él y Scholl, que también estaba en Berlín, a última hora de la tarde. Se trataba de algo importante y O'Connell no hizo preguntas. Se

limitó a decir que haría todo lo posible y que volvería a llamar.

—Es importante que tenga en cuenta —dijo Remmer mientras subía con Osborn las estrechas escaleras a los apartamentos del último piso de la galería—, que esta mujer no ha cometido ningún crimen y que no está obligada a contestar a nuestras preguntas. Si no quiere hablar, no tiene por qué hacerlo.

—Ya —asintió Osborn. En ese momento no tenía ganas de pensar en los impedimentos legales. Se les estaba acabando el tiempo y lo único que importaba era tener algo con que perseguir a Scholl.

Los apartamentos 1 y 2 estaban a derecha e izquierda de las escaleras. El apartamento número 3, al fondo de un pasillo corto, era el de Karolin Henniger.

Osborn fue el primero en llegar a la puerta. Le lanzó una mirada a Remmer y llamó. Durante un momento no se oyó nada y luego pasos. Se abrió el cerrojo y la puerta quedó abierta hasta la cadena de seguridad. Los observaba una mujer atractiva vestida de traje. Tenía el pelo entrecano, alrededor de cuarenta y cinco años, pensó Osborn.

—¿Karolin Henniger? —preguntó Osborn, cortésmente.

La mujer miró a Osborn y luego a Remmer.

—Sí —contestó.

—¿Habla usted inglés?

—Sí —dijo ella, y volvió a mirar a Remmer—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Me llamo Osborn. Soy médico y vivo en Estados Unidos. Buscamos a alguien que tal vez usted conozca: el doctor Helmuth Salettl.

La mujer palideció.

—No conozco a nadie con ese nombre. Lo siento. *Auf Wiedersehen!*

Dio un paso atrás y cerró la puerta. Oyeron que la mujer corría el pestillo y que llamaba a alguien en voz alta. Osborn golpeó la puerta.

—¡Por favor! ¡Necesitamos su ayuda!

La oyeron hablar en el interior y a continuación la voz se apagó. Luego retumbó un portazo.

—Está saliendo por atrás —dijo Osborn, y se volvió hacia las escaleras. Remmer le cerró el paso.

—Doctor, ya se lo advertí. La mujer tiene todo el derecho y no podemos hacer nada.

—¡Tal vez usted no pueda! —dijo, y lo empujó a un lado al pasar.

McVey y Noble estaban especulando con la posibilidad de que el propio Salettl fuera el cirujano responsable de los cuerpos decapitados cuando vieron salir a Osborn a toda prisa por la puerta principal.

—¡Vengan! —exclamó el médico, giró por una esquina y desapareció por un callejón.

Osborn corría cuando de pronto los vio. Karolin Henniger abría la puerta de un Volkswagen beige y ayudaba a subir a un niño.

—¡Espere! —gritó—. ¡Espere, por favor!

Osborn llegó al coche cuando éste se ponía en marcha.

—¡Por favor, tengo que hablar con usted! —rogó—. Las ruedas chirriaron y el coche aceleró. —¡No! —Gritó y comenzó a correr junto al coche—. ¡No le haré daño!

Era demasiado tarde. Osborn vio que McVey y Noble saltaban hacia atrás cuando el coche llegó al final del callejón. Viró bruscamente al llegar a la calle y desapareció.

—Lo intentamos y no dio resultado. A veces sucede así —dijo McVey minutos más tarde cuando subieron al Mercedes y Remmer lo puso en marcha.

Osborn miraba a Remmer por el retrovisor, irritado.

—Usted le vio la cara cuando mencioné a Salettl. Ella lo sabe, maldita sea. Sabe lo de Salettl y me jugaría que lo de Lybarger también.

—Tal vez lo sepa, doctor —dijo McVey, suavemente—. Pero ella no es Albert Merriman. No puede jugar a matarla para confirmarlo.

CIENTO CUATRO

Los rayos del sol se filtraron por las ventanillas cuando el jet de dieciséis plazas perteneciente a la corporación atravesó el banco de nubes y enfiló hacia el noreste rumbo a Berlín. El vuelo duraría noventa minutos.

Joanna se reclinó en su asiento y cerró los ojos un momento, aliviada. Suiza, con toda su belleza, quedaba atrás. A esa misma hora, mañana, estaría en el aeropuerto de Tegel, Berlín, a punto de abordar el vuelo a Los Ángeles.

Al otro lado del pasillo, Elton Lybarger dormía apaciblemente.

Si le preocupaban los acontecimientos que tendrían lugar ese día, no se le notaba. El doctor Salettl, con el rostro macilento y ojeroso, estaba sentado frente a Lybarger escribiendo en su cuaderno de tapas de cuero negro. De vez en cuando levantaba la mirada para conversar con Uta Baur, que había viajado desde una exposición en Milán para acompañarlos a Berlín. En los dos asientos detrás de ella, los sobrinos de Lybarger, Eric y Edward jugaban una partida de ajedrez en silencio y con asombrosa rapidez.

La presencia de Salettl turbaba a Joanna como de costumbre y comenzó a pensar deliberadamente en *Kelso*, el cachorro San Bernardo que Von Holden le había regalado. Aquel regalo había puesto fin al episodio de su insospechado e involuntario protagonismo en los análisis médicos de Elton Lybarger. Había dado de comer a *Kelso*, lo había paseado y luego lo besó al despedirse. Mañana volaría directamente de Zurich a Los Ángeles donde lo guardarían durante algunas horas hasta que ella llegara. Luego volarían rumbo a Albuquerque. Tres horas después estarían en casa en Taos.

Después de ver el vídeo, lo primero que se le ocurrió a Joanna fue hablar con un abogado y demandarlos. Pero luego pensó ¿para qué? Una demanda legal sólo perjudicaría al señor Lybarger e incluso podía procurarle serias repercusiones físicas, sobre todo si se prolongaba. Así que no lo haría, porque sentía un gran afecto por él y además porque los dos habían sido igualmente víctimas. Al descubrir la trama del vídeo, Lybarger se había mostrado igualmente horrorizado. Joanna sólo quería salir de Suiza lo más rápido posible y pensar que no había ocurrido nada de eso. Después había venido Von Holden con el cachorro y sus sinceras disculpas acompañadas al final de un talón por una exorbitante suma de dinero. La corporación presentaba sus disculpas y lo mismo hacía Von Holden. ¿Qué más podía pedir ella?

De todos modos, no sabía si al aceptar el talón había actuado correctamente. También se preguntaba si había actuado con sensatez al decirle a Ellie Barrs, la enfermera jefa del Rancho del Piñón, que no volvería al trabajo inmediatamente o que incluso no volvería nunca. Esa enorme cantidad de dinero, Dios mío, ¡medio millón de dólares! Decidió contratar a un corredor financiero para invertirlo y vivir de los intereses. Bueno, podía comprar algunas cosas, pero no demasiado. Lo más

conveniente sería invertirlo prudentemente.

De pronto comenzó a parpadear la luz roja de un teléfono instalado sobre una consola que tenía allí delante. Ignorando qué era, no hizo nada.

—La llamada es para usted —dijo Eric apareciendo desde el otro lado del asiento.

—Gracias —dijo Joanna, y levantó el auricular.

—Buenos días. ¿Cómo estás? —La voz de Von Holden era ligera y alegre.

—Me encuentro bien, Pascal —dijo ella, sonriendo.

—¿Cómo está el señor Lybarger?

—Muy bien. En este momento está durmiendo.

—Aterrizáis en una hora. Os estará esperando un coche.

—¿No vendrás a buscarnos?

—Joanna, la decepción de tu voz es un verdadero halago para mí, pero lo siento, no podré verte hasta más tarde. Tengo que atender algunos asuntos de última hora. Sólo quería asegurarme de que todo iba bien.

Joanna sonrió al sentir la calidez de la voz de Von Holden.

—Todo va bien —dijo—. No te preocupes por nada.

Von Holden colgó el teléfono celular en el módulo junto a la palanca de cambios del BMW, disminuyó la velocidad y giró hacia Friedrichstrasse. Más adelante, un camión de reparto se detuvo de golpe y Von Holden tuvo que hundir los frenos para no estrellarse. Lanzó una maldición y lo adelantó. Distraído, su mano se deslizó hasta tocar una maleta rectangular de plástico en el asiento de al lado y asegurarse de que el impacto del frenazo no la había lanzado al suelo. Un reloj digital de neón en la ventana de una joyería marcaba las diez treinta y nueve.

Durante las últimas horas, las cosas habían cambiado radicalmente. Tal vez para bien. La sección de Berlín había logrado pinchar las dos líneas supuestamente «seguras» de la habitación 6132 en el Hotel Palace utilizando un receptor microondas situado en un edificio al otro lado de la calle. Las llamadas a y desde la habitación fueron grabadas y enviadas al piso de Sophie-Charlottenburgstrasse, más tarde transcritas y entregadas a Von Holden. Los equipos habían sido instalados cerca de las once de la noche, lo cual significaba que se habían perdido las primeras llamadas. Sin embargo, lo que habían grabado más tarde fue suficiente para que Von Holden pidiera hablar inmediatamente con Scholl.

Von Holden pasó frente al Hotel Metropole, cruzó el Unter den Linden y se detuvo bruscamente frente al Grand Hotel. Cogió la maleta de plástico, entró y subió en ascensor directo hasta la suite que ocupaba Scholl.

Después de anunciarlo, un secretario lo condujo hasta la entrada. Scholl estaba hablando por teléfono en su escritorio. Frente a él, Von Holden vio a un hombre que esperaba sentado y lo reconoció. Era un individuo a quien despreciaba y que no había visto en mucho tiempo. Se llamaba H. Louis Goetz y era el abogado americano de

Scholl.

—Señor Goetz.

—Von Holden.

Goetz era un tipo listo y vulgar, de unos cincuenta años, siempre demasiado en forma, con una especie de físico maquillado.

Daba la impresión de que pasaba la mitad del día cuidando de su aspecto, con sus lustrosas uñas de manicura, el rostro intensamente bronceado y vestido con un traje azul a rayas de Armani. El pelo oscuro y retocado tenía un leve toque de blanco en las sienes como teñido deliberadamente. Goetz tenía el aspecto de alguien que acababa de llegar en avión de un partido de tenis en Palm Springs. O de un entierro en Palm Beach.

Según ciertos rumores, estaba relacionado con la Mafia, pero en ese momento Von Holden sólo sabía que Goetz era una pieza clave en las manipulaciones de Scholl y Margarete Peiper para comprar una gran productora de Hollywood donde la Organización podría influir con mayor peso en la industria discográfica, en el cine y la televisión y, de paso, en el público de esos medios. El calificativo de calculador le quedaba corto a Goetz. Le sentaba mejor la imagen de témpano de hielo parlante.

Von Holden esperó a que Scholl colgara, depositó la maleta de plástico delante de él y la abrió. Dentro había una pequeña grabadora con las cintas de las conversaciones grabadas por la sección de Berlín.

—Tienen la lista completa de invitados y un informe detallado sobre Lybarger. Saben de la existencia de Salettl. Además, McVey ha hablado con el cardenal O'Connel de Los Ángeles para que lo llame a usted por la mañana y le pida que se reúna con él en Charlottenburg esta noche, una hora antes de que lleguen los invitados. Sabe que estará usted distraído y cuenta con eso para interrogarlo.

Scholl no hizo caso de los dos hombres y estudió las transcripciones. Al terminar se las pasó a Goetz y luego se colocó los auriculares y escuchó las cintas haciéndolas avanzar al azar para tener una idea de lo que decían.

Finalmente apagó la máquina y se quitó los auriculares.

—Han hecho precisamente lo que yo esperaba, Pascal. Han utilizado sus recursos y sus procedimientos usuales para obtener información sobre mis asuntos en Berlín y luego encontrar una manera de reunirse conmigo. No tiene importancia que sepan lo del señor Lybarger y el doctor Salettl o incluso que tengan la lista de invitados. Sin embargo, ahora que estamos seguros de que vendrán, haremos lo que queremos.

Goetz dejó de leer las transcripciones. No le gustaba lo que leía ni lo que oía.

—Erwin, ¿no pensará cargárselos? ¿Tres policías y un médico?

—Algo por el estilo, señor Goetz. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—¿Problema? ¡Hostia, Bad Godesburg tiene la lista de invitados! Si usted se carga a esos tíos, tendrá que vérselas con toda la Policía Federal. ¿Qué coño significa eso? ¿Acaso quiere que vengan a meter sus asquerosas narices en el culo de todo el mundo?

Von Holden guardó silencio.

Era increíble cómo los americanos se deleitaban en el habla vulgar, cualquiera que fuera su condición social.

—Señor Goetz —dijo Scholl suavemente—. Explíqueme por qué tendré que vérmelas con toda la Policía Federal. ¿Qué dirían ellos para inculparme? Que un hombre de mediana edad recuperado de una grave enfermedad lee un discurso que suena a arenga pero que igual es aburrido ante un centenar de personas más o menos adormecidas y amables en el palacio de Charlottenburg. Después todos vuelven a casa. Alemania es un país libre y sus ciudadanos pueden hacer y creer lo que quieran.

—Pero usted sigue teniendo a tres polis y un médico fiambres que, para empezar, son los que embarcaron a la policía en esto. ¿Qué coño cree que van a hacer? ¿Dejarlo correr?

—Señor Goetz, los individuos de los que hablamos, al igual que usted, Von Holden o yo mismo, se encuentran en una gran ciudad de Europa llena de personas ambiciosas y sin escrúpulos. Antes de que acabe el día, el inspector McVey y sus amigos se encontrarán en una situación que no podrán relacionar con la Organización. Cuando las autoridades vuelvan a investigar, les sorprenderá descubrir que estos ciudadanos aparentemente respetables tienen, en realidad, pasados sórdidos plagados de secretos oscuros y muy privados que hasta ahora permanecían ocultos a los ojos de sus compañeros de trabajo y de sus familias. Esto quiere decir, en suma, que no son ellos los hombres más indicados para señalar con dedo acusador a personas como yo o como cualquiera de los cien amigos y ciudadanos más respetados de Alemania salvo, por supuesto, que sea con fines de lucro personal, por ejemplo a través del chantaje y la extorsión. ¿No crees que tengo razón, Pascal?

—Desde luego —dijo Von Holden asintiendo. El aislamiento y ejecución de McVey, Osborn, Noble y Remmer le incumbía a él. Del resto se ocuparían las secciones operativas de Los Ángeles, Frankfurt y Londres.

—Como puede ver, señor Goetz, no tenemos de qué preocuparnos. Nada en absoluto. De modo que, salvo si piensa que he omitido algo que valga la pena discutir, preferiría volver al tema de nuestra adquisición de la productora.

Sonó el teléfono de Scholl y éste levantó el auricular.

Escuchó un rato y luego miró a Goetz sonriendo. —Desde luego que sí— dijo—. Siempre estoy disponible para el cardenal O'Connell.

CIENTO CINCO

Osborn intentaba tranquilizarse bajo la ducha. Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana del viernes 14 de octubre. En Estados Unidos se celebraba el Día del Descubrimiento. En Berlín, faltaban sólo once horas para que comenzara la ceremonia en el palacio de Charlottenburg.

Karolin Henniger era una pieza clave y no la habían podido utilizar. A Remmer le habían confirmado lo que se sabía de ella al volver al hotel. Karolin Henniger era ciudadana alemana y madre soltera de un chico de once años. Había vivido en Austria desde finales de los años setenta y la mayor parte de los ochenta y regresó a Berlín el verano de 1989. Votaba cuando había elecciones, pagaba sus impuestos y no tenía ningún tipo de antecedentes criminales. Remmer tenía razón. No podían hacer nada.

Y sin embargo, ella lo sabía todo. Y Osborn sabía que ella lo sabía.

De pronto la puerta del baño se abrió de golpe.

—¡Osborn! —Ladró McVey—. ¡Venga, de prisa!

Pasaron treinta segundos y Osborn salió empapado y semidesnudo cubriéndose con una toalla a mirar la televisión que McVey había encendido en el salón.

Era un reportaje en directo desde París que mostraba un curioso protocolo en el Parlamento francés donde los oradores se ponían de pie, uno tras otro, para hacer un breve comentario y luego volver a sentarse. Una voz transmitía rápidamente en alemán y luego entrevistaba a alguien. McVey oyó que mencionaban el nombre de François Christian.

—Ha dimitido —dijo Osborn.

—No —replicó McVey—. Han encontrado su cadáver. Dicen que se ha suicidado.

—¡Dios mío! —Murmuró Osborn, fuera de sí—. ¡Dios mío!

Remmer hablaba por una línea con Bad Godesburg y por la otra Noble hablaba con Londres. McVey pulsó un botón del mando a distancia y se escuchó la transmisión en inglés.

—Un deportista encontró el cuerpo del primer ministro colgando de un árbol en un bosque de las afueras de París a primera hora de la mañana —dijo una voz de mujer mientras aparecía una perspectiva de una zona del bosque acordonada por efectivos de la policía francesa.

»Según se ha sabido, Christian parecía deprimido durante los últimos días. La presión ejercida para constituir los Estados Unidos de Europa había enfrentado a Francia con los franceses y François formaba parte de una minoría en abierta oposición. Debido a su insistencia, había perdido la confianza de sus ministros. Fuentes del gobierno señalan que Christian había sido obligado a dimitir y que el anuncio tenía que producirse aquella mañana. Sin embargo, según declaraciones de su mujer, en el último minuto había decidido anular su dimisión y convocar una reunión con los dirigentes del partido —dijo la periodista. Luego continuó en un tono

que coincidía con las imágenes—: Las banderas en Francia están a media asta y el presidente ha declarado un día de luto oficial en todo el país.

Osborn sabía que McVey le estaba hablando pero no le oía. Sólo pensaba en Vera. Se preguntaba si ya lo sabría y si así era, cómo se habría enterado. O, en caso que no lo supiera, dónde y cómo se enteraría. Cómo se sentiría después.

De pronto se le ocurrió pensar que era notable que se preocupara por la suerte del antiguo amante de Vera. Pero ésa era la medida de su amor por ella. La angustia de Vera era su propia angustia y su dolor era el suyo. Quería estar con ella, estrecharla, compartirlo con ella. Quería estar allí para ella. Le importaba un bledo lo que McVey le estaba diciendo.

—Cállese un momento y escúcheme, ¡por favor! —exclamó Osborn de pronto—. François Christian la llevó a algún lado y allí estaba cuando la llamé desde Londres. Está en algún lugar en el campo. Puede que Vera no lo sepa. Quiero llamarla, pero quiero que me indique si es seguro o no hacerlo.

—Ya no está allí —expresó Noble, que acababa de colgar el teléfono y lo estaba mirando.

—¿Qué está diciendo? —Preguntó Osborn con un dejo de ansiedad en la mirada—. ¿Cómo podría...? —balbuceó, y luego calló. Era una pregunta tonta. Esta gente lo superaba. Y Vera también.

—La noticia ha llegado por Bad Godesburg —dijo McVey con voz queda—. Estaba en una granja en las afueras de Nancy. Los tres agentes de los servicios secretos franceses que la protegían fueron hallados muertos en la casa. También había una mujer policía de la Prefectura de París. Según nos han dicho, se ha cortado el cuello. Nadie sabe por qué estaba allí ni qué hacía. Pero Vera Monneray cogió su coche y más tarde lo abandonó en la estación de Estrasburgo donde compró un pasaje para Berlín. De modo que, a menos que haya bajado en alguna estación, es lógico suponer que ahora se encuentra aquí.

A Osborn se le enrojecía el rostro por segundos.

No se lo podía creer. Ya no le importaba qué sabían o cómo lo sabían. Que pensaran lo que estaban pensando era algo demencial.

—Si ella no está allí, ¿por eso piensan ustedes que pertenece a la Organización? ¿Así de simple? ¡Que pertenece a la Organización! ¿Qué pruebas tienen? Venga, dígamelo, quiero saberlo.

—Osborn, ya sé cómo se siente. Sólo le estoy dando la información que tengo —dijo McVey con voz calmada y un dejo de simpatía.

—¿Ah, sí? ¡Pues ya se puede ir al infierno!

—McVey —dijo Remmer con el teléfono en la mano—. Una mujer con el nombre de Avril Rocard se ha registrado en el Kempinski Berlín un poco después de la siete de la mañana.

La habitación estaba vacía cuando entraron. Remmer fue el primero, pistola en mano. Luego entraron McVey, Noble, y Osborn. Fuera, en el pasillo, dos agentes de la BKA vigilaban junto a la puerta.

Remmer se desplazó rápidamente, entró en el dormitorio contiguo y miró en el cuarto de baño. Los dos estaban vacíos. Volvió y se lo dijo a McVey, luego entró y empezó a inspeccionar a partir del baño. McVey se colocó guantes quirúrgicos y revisó el salón. Estaba lujosamente decorado y abajo se veía el Kurfürstendamm. Aún eran visibles las marcas de la aspiradora en la moqueta, lo cual indicaba que acababan de limpiar la habitación.

Sobre una mesa de café frente al sofá había una bandeja de desayuno con un vaso pequeño de zumo de naranja, varias rebanadas de pan tostado, un termo plateado de café y una taza a medio llenar con café frío. Junto a la bandeja, en la mesa, en un ejemplar del Herald Tribune se leían en grandes letras negras los titulares sobre el suicidio de François Christian.

—¿Bebía café solo?

—¿Qué? —preguntó Osborn, confundido. Era inconcebible que Vera estuviera en Berlín. Era aún más inconcebible que pudiese estar implicada en la Organización.

—Vera Monneray —dijo McVey—. ¿Tomaba el café sin azúcar?

—No lo sé —balbuceó Osborn—. Sí, es posible. No estoy seguro.

Se oyó el pitido de un «busca» en la habitación de al lado. Un momento después entró Remmer con guantes plásticos como los demás y cogió el teléfono. Marcó, esperó un momento y luego dijo algo en alemán. Sacó una libreta pequeña del bolsillo y escribió algo.

—*Danke* —dijo, y colgó. —Ha llamado el cardenal O’Connel —le informó a McVey—. Scholl está esperando tu llamada. A este número —dijo. Rasgó la hoja y se la entregó—. Al final puede que no necesitemos la orden de arresto.

—Ya, y también puede que sí la necesitemos.

Remmer volvió a la otra habitación y McVey revisó el salón una vez más. Prestó mucha atención al sofá y a la moqueta en el suelo donde se habría sentado la persona bebiendo café y leyendo el periódico.

—Esta Avril Rocard —dijo Osborn, que intentaba pensar en términos lógicos y encontrarle algún sentido a todo aquello que le parecía tan abrumador—, dice usted que pertenece a la policía de París. ¿Han identificado positivamente el cuerpo? Tal vez era otra persona. Es posible que Avril Rocard esté aquí y que no tenga nada que ver con Vera.

—Señores —dijo Noble en la puerta del dormitorio—. ¿Quieren entrar, por favor?

Osborn se apartó y miró con los demás cuando Noble abrió la puerta del armario. Dentro había dos trajes, un vestido de noche y una estola de visón plateado.

Luego Noble se acercó a una cómoda, se sentó, abrió el cajón superior y sacó varias bragas de encaje y sostenes, cinco paquetes sin abrir de medias panti Armani y un camisón transparente de seda plateada. En el cajón de abajo había dos bolsos, uno plano y formal que hacía juego con el vestido de noche. El segundo era un bolso de cuero marrón.

Noble cogió el bolso plano y lo abrió. Dentro había dos estuches de joyas y una bolsita de terciopelo que cerraba con un hilo trenzado. En el primer estuche había un collar de diamantes y en el segundo los pendientes que hacían juego. En la bolsita de terciopelo había una pequeña pistola automática y plateada del calibre 25. Noble volvió a dejarlo todo en su lugar tal como lo había encontrado y luego calibró la segunda cartera. En el interior encontró un fajo de facturas impagadas y sujetas con una goma elástica dirigidas a Avril Rocard, 17 rue Saint Gilles, París 75 003. Además, una chapa de identificación de policía perteneciente a la Prefectura de París y un bolso deportivo negro de nailon. Noble lo sacó y extrajo el pasaporte de Avril Rocard, una bolsita de plástico transparente con cierre de cremallera con un fajo de marcos alemanes, un billete de avión no usado de París a Berlín y un sobre con una reserva en el hotel Kempinski desde el viernes 14 de octubre hasta el sábado 15.

Noble los miró a todos y volvió a buscar en el bolso plano. Sacó un sobre abierto impreso con un elaborado relieve. De allí extrajo una invitación grabada para la cena en honor de Elton Lybarger en el palacio de Charlottenburg.

En un gesto instintivo, McVey se llevó la mano a la chaqueta y sacó la lista de invitados.

—No hay necesidad de mirarlo. Ya lo he confirmado y Avril Rocard está en la lista, unos seis nombres antes del Doctor Salettl —dijo Noble, y se levantó—. Y otra cosa... —Se acercó a una mesa de noche junto a la cama y cogió un objeto envuelto en un pañuelo de seda negro—. Estaba metido debajo del colchón —dijo. Desenvolvió el pañuelo y sostuvo una cartera de cuero. En ese momento vio cómo reaccionaba el doctor Osborn—. Usted sabe lo que es, doctor Osborn...

—Sí —contestó éste—. Sé lo que es.

Lo había visto antes. En Ginebra, en Londres y en París. Era la cartera donde Vera Monneray guardaba su pasaporte.

CIENTO SEIS

Osborn no era el único hombre atormentado que había en Berlín.

En el despacho de Von Holden en el piso de Sophie-Charlottenburgstrasse, Cadoux esperaba destrozado por la angustia. Había pasado las últimas dos horas quejándose ante cualquiera que quisiera oírle hablar de la calidad del café en Alemania, de la dificultad para conseguir un periódico en francés o de cualquier otra cosa. Intentaba disfrazar su creciente inquietud por la suerte de Avril Rocard. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que su amiga había terminado previsiblemente su misión en la granja de las afueras de Nancy. Estaba previsto que le informara directamente a él. Pero no había tenido noticias.

Había llamado cuatro veces a su piso en París y no habían contestado ninguna. Después de una noche de insomnio, llamó a Air France para averiguar si Avril había cogido el vuelo a primera hora de la mañana de París a Berlín. Cuando le dijeron que no, comenzó a desmoronarse. Cadoux era un terrorista entrenado, asesino y policía profesional. En Interpol era el responsable de la seguridad de Erwin Scholl donde quiera que viajase a lo largo de los últimos treinta años. Pero en lo más íntimo, Cadoux era un hombre prisionero de sus sentimientos. Para él, Avril Rocard era como el aire que respiraba.

Finalmente se arriesgó a seguir el rastro por teléfono, y estableció contacto con un miembro de la Organización infiltrado en los servicios secretos franceses. El hombre le confirmó que habían encontrado muertos a tres agentes de los servicios secretos y a una mujer en la granja de Nancy, pero que no había más detalles. Cadoux sucumbió a la desesperación y entonces decidió telefonar al lugar que, al fin y al cabo, era el más evidente.

Llamó al hotel Kempinski.

Sintió un enorme alivio cuando le comunicaron que Avril Rocard había llegado al hotel a las siete y cuarto de la mañana, proveniente del Bahnhof Zoo, la estación central de ferrocarril en Berlín. Cadoux colgó y buscó un cigarrillo. Exhaló el humo y el rostro se le iluminó con una sonrisa, hasta que dio un puñetazo en la mesa. Treinta segundos más tarde, exactamente a las diez y cincuenta y nueve minutos, mientras Von Holden mantenía aún su reunión con Scholl, Cadoux cogió el teléfono y llamó a la habitación de Avril Rocard en el hotel Kempinski. Cosas de la suerte, la línea comunicaba.

Era McVey, que la usaba para llamar a Scholl. La primera parte de la conversación había sido formal y cortés. Hablaron de su mutua amistad con el cardenal O'Connel y del clima de Berlín comparado con el sur de California y de la coincidencia de encontrarse los dos en Berlín. Después hablaron del objeto de la llamada de McVey.

—Es algo que quisiera comentar personalmente con usted, señor Scholl. No

quisiera que se me malinterpretara.

—Creo que no entiendo.

—Digamos simplemente que es... personal.

—Inspector, como usted comprenderá, estoy literalmente atado durante todo el día. ¿No podría esperar hasta que regrese a Los Ángeles?

—Creo que no.

—¿Cuánto tiempo cree que necesitará?

—Media hora, cuarenta minutos.

—Ya veo...

—Ya sé que está muy ocupado y le agradezco su colaboración, señor Scholl. Ya sé que estará en el palacio Charlottenburg para la recepción de esta noche. ¿Por qué no nos encontramos antes del inicio? ¿Qué le parece alrededor de las siete...?

—Me reuniré con usted a las cinco en punto en el número 72 de Hauptstrasse, en el distrito Friedenau. Es una residencia privada. Estoy seguro que podrá encontrarla. Buenos días, inspector.

Se oyó el «clic» en el otro extremo cuando Scholl colgó y luego miró a Louis Goetz y a Von Holden cuando los dos colgaron las extensiones.

—¿Era eso lo que querías?

—Eso era lo que quería —dijo Von Holden.

CIENTO SIETE

Mientras Cadoux esperaba comunicarse con Avril Rocard en el hotel Kempinski, la recepción, obedeciendo órdenes de la BKA, lo había retenido el tiempo suficiente para que la policía rastreara la llamada.

Osborn se encontraba nuevamente bajo la tutela del agente Johannes Schneider. Pero esta vez había un segundo agente. Littbarski era un gordo de calvicie avanzada y padre soltero de dos hijos. Estaban los tres hombres tomando café sentados ante una pequeña mesa de madera en el tumulto del Kneipe, una taberna a media manzana de distancia del piso de Sophie-Charlottenburgstrasse, adonde se dirigían McVey, Noble y Remmer.

Cuando éstos llegaron, les abrió la puerta del piso una pelirroja de mediana edad. Llevaba un pequeño auricular de telefonista, como si acabara de dejar su centralita. Remmer mostró rápidamente la chapa de la BKA y se presentó en alemán. En el lapso de la última hora, alguien había llamado al hotel Kempinski y querían saber quién era.

—No podría decirles —respondió ella, en alemán.

—Ya encontraremos a alguien que pueda decírnoslo.

La mujer vaciló. Explicó que habían salido todos a comer. Remmer le dijo que esperarían. Que si tenía problemas, conseguirían una orden judicial y volverían. De pronto la mujer levantó la cabeza como si estuviera escuchando algo distante. Los miró y sonrió.

—Lo siento —dijo—. Lo que pasa es que tenemos mucho trabajo. Éste es el centro de organización de una cena privada que se celebrará esta noche en el Schloss Charlottenburg. Acude gente muy importante y nosotras nos ocupamos de la coordinación. Hospedamos a mucha gente en el hotel Kempinski. Es probable que haya llamado yo para asegurarme de que nuestros invitados han llegado ya y que todo marcha bien.

—¿Cómo se llama el cliente a quien ha llamado?

—Ya... ya se lo he dicho. Hay varios clientes.

—¿Quiénes son?

—Tendría que mirar el registro.

—Pues mírelo.

La mujer asintió y les pidió que esperaran. Remmer dijo que sería preferible que los dejara pasar. La mujer volvió a levantar la cabeza y desvió la mirada.

—De acuerdo —contestó, finalmente, y los condujo por un estrecho pasillo hasta una pequeña mesa. Se sentó junto a un teléfono de numerosas líneas, movió un pequeño florero con una rosa amarilla marchita y abrió un archivador. Buscó la página marcada Kempinski y se la plantó bruscamente a Remmer bajo la nariz para que él mismo la leyera. La lista comprendía seis invitados, entre los cuales figuraba

Avril Rocard.

Noble y McVey dejaron a Remmer hablando con la mujer, se apartaron y miraron a su alrededor. A la izquierda había otro pasillo. A medio camino y al final había un par de puertas, ambas cerradas. Enfrente estaba el salón del apartamento y vieron a dos mujeres y un hombre trabajando ante lo que parecían mesas de alquiler. Una de las mujeres tecleaba frente a una pantalla de ordenador y los otros dos se ocupaban de responder llamadas. McVey se metió las manos en los bolsillos y puso cara de aburrido.

—Alguien le está hablando a través de ese auricular —dijo en voz baja, como si hablara del tiempo o de los valores de la Bolsa. Noble le dirigió una mirada cuando ella condujo a Remmer a hablar con el telefonista del salón. Remmer la siguió, se acercó al hombre y le mostró su chapa. Hablaron durante unos minutos y luego Remmer volvió donde McVey y Noble.

—Según su versión, fue él quien llamó a la habitación de Avril Rocard. Ninguno de los dos sabe dónde se hospedan Salettl o Lybarger. La mujer cree que irán directo a Charlottenburg desde el aeropuerto.

—¿A qué hora llega el vuelo?

—No lo sabe. Sólo se ocupa de los invitados, nada más.

—¿Quién más trabaja aquí, en las otras habitaciones?

—Dice que son sólo ellos cuatro.

—¿Podemos volver allí? —preguntó McVey señalando el pasillo con un gesto de la cabeza.

—No sin una autorización.

McVey se miró los zapatos.

—¿Y si conseguimos una orden de arresto?

—¿Con qué justificación? —interpeló Remmer con sonrisa cauta.

—Vámonos de aquí —dijo McVey.

Von Holden observó a los detectives por el circuito cerrado de televisión bajando las escaleras y saliendo. Había regresado de su reunión con Scholl hacía sólo diez minutos y había encontrado a Cadoux en su despacho intentando comunicarse con Avril Rocard en el hotel Kempinski.

Al verlo, Cadoux había colgado de golpe, indignado. Al principio la línea comunicaba. Ahora no respondían. Von Holden, irritado a su vez, le espetó que se olvidara, que no había venido a Berlín de vacaciones. En ese momento llegó la policía. Von Holden supo de inmediato cómo y por qué. Tenía que actuar rápidamente. Los retuvo en la entrada mientras reemplazaba a una de las secretarías del salón por el guardia de seguridad. Ahora, después de que se cerrara la puerta, observó a McVey, que parecía estudiar la fachada del edificio. Se volvió airado hacia Cadoux y el blanco y negro de los monitores de seguridad le iluminó las facciones

endurecidas del rostro.

—Ha sido una tontería eso de llamar a su habitación desde aquí. —Su tono era cálido como una barra de acero.

—Lo siento, *herr* Von Holden. —Cadoux parecía genuinamente arrepentido pero se resistía a dejarse vapulear por un hombre quince años más joven. Cuando se trataba de Avril Rocard, el mundo entero se podía ir al infierno, incluyendo a Von Holden.

Von Holden lo miró fijamente.

—Olvídalo. Mañana a la misma hora ya no tendrá importancia. —Un momento antes, estaba dispuesto a decirle a Cadoux que Avril Rocard había muerto, darle la noticia a bocajarro en medio de la conversación y gozar de la angustia que lo embargaría. También le podía contar otras cosas. Avril Rocard no sólo había sido una mujer bella y sumamente diestra con las armas. También había trabajado como espía en la sección de París y, en calidad de tal, no sólo había sido confidente de Von Holden sino también amante. Por eso la habían invitado a Berlín, como guardia de seguridad de Lybarger en el interior del palacio de Charlottenburg durante la ceremonia. Y más tarde, para satisfacer los placeres del propio Von Holden. Todo aquello se lo habría podido contar a Cadoux sólo para exacerbar su dolor, pero decidió que aún no había llegado el momento. A Cadoux lo habían traído a Berlín por una razón absolutamente diferente, para una tarea que requeriría toda su concentración y por eso Von Holden no debía decir nada, al menos por ahora.

Osborn intentaba no pensar en Vera, en dónde estaba y qué estaría haciendo, y la idea de que estuviera implicada en la Organización le parecía inconcebible. ¿Por qué habría venido adoptando el papel de Avril Rocard? Osborn tenía los nervios a flor de piel, mientras se esforzaba por explicarles a Schneider y Littbarski los principios del fútbol americano, en medio del bullicio de la taberna, que parecía invadida por todos los turistas de Berlín.

Al comienzo, el parloteo de la pequeña radio que Schneider sostenía en la mano parecía ser sólo una emisión policial rutinaria. El volumen era muy alto y notaron que algunas personas de las mesas contiguas se volvían ante la intrusión del agudo ruido. Schneider bajó inmediatamente el volumen. En ese momento se oyó el nombre de Vera y a Osborn le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, cogiéndole la muñeca a Schneider. Littbarski se puso tenso.

—*Sich schonen*. Cálmese —le advirtió a Osborn.

Osborn soltó a Schneider y el agente se relajó.

—¿Qué le ha sucedido? —inquirió Osborn, y Schneider observó la tensión en los músculos de su cuello.

—Dos policías federales han detenido a la señorita Monneray cuando salía de la

iglesia de María Reina de los Mártires.

¿Qué estaría haciendo Vera en la iglesia? Pasaron las imágenes por su cabeza. No recordaba que le hubiese hablado de iglesias o de ideas religiosas ni nada parecido.

—¿Adónde la llevan?

—No lo sé —dijo Schneider negando con la cabeza.

—Mentira. Sí que lo sabes.

Littbarski volvió a ponerse tenso.

Schneider cogió la radio y se incorporó.

—Tengo órdenes de llevarlo al hotel en caso de que suceda algo.

Sin hacer caso de Littbarski, Osborn estiró el brazo para detenerlo.

—Schneider, no sé qué está pasando. Me gustaría pensar que se trata de un error, pero no lo sabré hasta que la vea o pueda hablar con ella. No quiero que McVey hable a solas con ella antes que yo. Joder, Schneider, te lo estoy pidiendo por favor... Ayúdame.

Schneider le clavó la mirada.

—Se le ve en los ojos —comentó—. Está loco por ella. Así lo expresan ustedes los americanos, ¿no? ¿Loco por ella?

—Sí, así se dice. Sí, estoy loco por ella... Acompáñame adonde la hayan llevado.

—Lo de Osborn era una auténtica súplica.

—La otra vez se me escapó.

—Esta vez no me escaparé, Schneider. Te lo aseguro.

CIENTO OCHO

Von Holden veía la ciudad a través de un velo y tenía que acelerar y reducir continuamente la marcha del BMW, encajar el punto muerto en medio del intenso tráfico de mediodía para volver a avanzar al cabo de un momento. Llevaba el piloto automático y sentía la mente desgarrada por la ira y el absurdo. Tres de los cuatro hombres que había jurado matar, incluyendo al propio McVey, habían entrado en su despacho y requerido su colaboración como si se tratara de un mercachifle cualquiera. Peor aún, se había sentido impotente, incapaz de hacer nada, obligado a dejarlos entrar, teniendo que observarlos tras la puerta cerrada. Le daba miedo que la Policía Federal invadiera el lugar reglamentariamente.

Lo más demencial era que toda la operación había sido provocada por el apetito emocional de Cadoux hacia una mujer que, de no ser por la información que le transmitía él en relación a la lealtad de los agentes de Interpol, no tenía ningún otro interés. Fue entonces, en medio de su irritación por la estupidez de Cadoux, cuando las últimas piezas de su estrategia encajaron a la perfección.

72, Hauptstrasse.

12.15

Joanna vio que el BMW giraba desde la calle, se detenía brevemente en la caseta de seguridad y luego cruzaba la verja y entraba por el camino circular hasta frenar ante la puerta de la residencia. Desde la ventana donde estaba ella en la segunda planta, le era difícil vislumbrar hasta abajo, pero estaba casi segura de haber reconocido a Von Holden en un momento dado cuando bajó del coche y se dirigió a la entrada. Fue rápidamente hasta el espejo, se cepilló el pelo y se retocó los labios con ese elegante *rouge* que Uta Baur le había obsequiado y que le dejaba en la boca un *look* húmedo.

Por razones que no podía explicar o que no comprendía, y a pesar de todo lo que le había sucedido, Joanna se sentía sexualmente más excitada que nunca. Era como si la hubiera invadido un apetito o sed insaciables, y con tanto vigor que sólo podría aplacar librándose al acto amoroso.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Vio a Von Holden conversando con Eric y Edward en el recibidor de abajo. Al cabo de un momento, Von Holden se despidió y desapareció. Su primer impulso fue correr escaleras abajo para atajarlo, pero no podía comportarse de esa manera en presencia de los sobrinos de Lybarger.

No quiso ceder a su impulso y optó por cruzar el salón discretamente. Llamó a una puerta cerrada. Ésta se abrió de inmediato y apareció un hombre de pelo blanco, rostro pálido y facciones porcinas. Vestía de frac. Tenía la piel tan poco pigmentada que Joanna creyó que era albino.

—Soy la... el señor Lybarger... —balbuceó. El aspecto del hombre y su mirada de superioridad la intimidaron.

—Ya sé quién es usted —afirmó él con voz cavernosa.

—Quisiera ver al señor Lybarger —dijo, y la dejaron entrar sin vacilar.

Elton Lybarger estaba sentado en una silla junto a la ventana leyendo un montón de papeles impresos en tipos muy grandes. Era el discurso que tenía que leer esa noche y durante los últimos días no había hecho otra cosa que repasarlo.

—Quería asegurarme de que se sentía cómodo y de que todo marcha bien, señor Lybarger —precisó Joanna. Se percató de la presencia de otro hombre, también vestido de frac, de pie junto a una ventana más apartada que daba a un enorme jardín en la parte de atrás. Joanna no entendía por qué permanecía el señor Lybarger en su habitación acompañado de dos guardaespaldas, en una casa tan elegante y distinguida como aquella y protegido por los guardias de la entrada y en la verja que rodeaba la propiedad.

—Gracias, Joanna, todo va bien —contestó él sin mirarla.

—Entonces, lo veré más tarde —dijo ella afectuosa.

Lybarger asintió abstraído y siguió leyendo. Joanna saludó amablemente al guardia con cara de cerdo, dio media vuelta y salió.

Von Holden estaba solo en la biblioteca recubierta de madera oscura cuando entró ella y cerró la puerta sin hacer ruido. Él estaba sentado en una silla dándole la espalda y hablaba por teléfono en alemán. La habitación estaba a oscuras en contraste con el esplendoroso sol del jardín. El césped era de un verde intenso en el que se desplegaba un manto de brillantes hojas amarillas y rojas que caían flotando de la copa de una inmensa haya en el otro extremo del jardín. A la izquierda de la haya, Joanna divisó un garaje con cabida para cinco coches y más allá una verja de hierro que parecía conducir a la salida de servicio en la parte posterior de la propiedad. De pronto, Von Holden colgó y se volvió rápidamente en su silla.

—No deberías entrar cuando estoy hablando por teléfono, Joanna.

—Tenía ganas de verte.

—Pues ya me ves.

—Sí —afirmó Joanna sonriendo. Le pareció que jamás lo había visto tan cansado —. ¿Has comido?

—No me acuerdo.

—¿Desayunaste?

—No lo sé.

—Estás cansado y necesitas un afeitado. Sube a mi habitación. Te puedes duchar y descansar un poco.

—No puedo, Joanna.

—¿Por qué?

—Porque estoy ocupado. —De pronto Von Holden se levantó del asiento—. No me trates como a un niño, no me gusta.

—No quiero tratarte como a un niño... Quiero... hacer el amor contigo —sonrió humedeciéndose los labios—. ¿Por qué no subes ahora? Por favor, Pascal. Puede que no volvamos a vernos.

—Pareces una colegiala.

—No soy una colegiala... y tú lo sabes —contestó, y se acercó hasta que estuvo frente a él. Deslizó la mano hasta su entrepierna—. Hagámoslo aquí, ahora mismo. — Todo en Joanna, desde el ronroneo de la voz hasta el movimiento de su cuerpo al acercársele, era abiertamente sexual—. Estoy mojada —murmuró.

Von Holden le apartó bruscamente la mano.

—No —dijo—. Ahora vete. Te veré esta noche.

—Pascal, te... amo.

Él se la quedó mirando.

—A estas alturas, ya deberías saberlo...

Las pupilas de Von Holden se convirtieron en dos puntos diminutos y hasta la cuenca de los ojos pareció hundírsele en el cráneo. Joanna se sobresaltó y tuvo que retroceder. Jamás en su vida había visto a nadie tan enajenado por la ira o tan amenazante como Von Holden le parecía ahora.

—Vete —dijo él en un susurro sibilante.

Joanna gritó y se volvió, tropezó con una silla, la esquivó y salió corriendo de la habitación dejando la puerta abierta. Von Holden oyó el ruido de sus tacones contra el suelo de piedra y luego cuando subía corriendo las escaleras. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando entró Salettl.

—Estás irritado —comentó Salettl.

Von Holden se volvió y se quedó mirando por la ventana. Von Holden había llamado a Scholl desde el coche con los últimos detalles del plan. Scholl escuchó y luego dio su aprobación. Pero, con la misma rapidez, le comunicó que él no participaría en la ejecución del plan. Era demasiado peligroso, dijo, porque Von Holden era demasiado conocido como su jefe de Seguridad en Europa y él no podía correr el riesgo de que algo saliera mal. A Von Holden podían matarlo o apresararlo, y si eso sucedía, llegarían hasta él. La policía estaba demasiado cerca. No, Von Holden lo planearía todo, pero sería Viktor Shevchenko quien lo ejecutara. Aquella noche, Von Holden escoltaría personalmente al señor Lybarger hasta el palacio de Charlottenburg. Más tarde saldría discretamente para ocuparse de «lo otro», como Scholl solía decir. Ésas eran las órdenes, y luego Von Holden había colgado.

—Ya sabe usted, *herr Leiter der Sicherheit* —dijo Salettl suavemente. —En este día, más que nunca, su seguridad personal tiene un valor incalculable.

—Sí, ya lo sé —contestó Von Holden, y se volvió para mirarlo. Era evidente que Salettl sabía lo que había ocurrido entre él y Scholl, porque con esa frase Salettl se refería a «lo otro». Inmediatamente después de la ceremonia de Charlottenburg, se

celebraría una segunda reunión sólo con algunos invitados privilegiados. Se trataba de algo secreto y tendría lugar en el mausoleo, el edificio de Charlottenburg construido como templo donde yacían enterrados los emperadores prusianos. Von Holden se presentaría con un material sumamente delicado que sería expuesto ante los presentes. Y los códigos de acceso habían sido programados especialmente para él y únicamente para él, de modo que era imposible modificarlo.

Habían elegido a Von Holden para la tarea en reconocimiento de la alta estima que se le tenía y en virtud del poder que había recibido. A pesar de su irritación, sabía que Scholl, al igual que Salettl, tenía razón. Había sobrados motivos por los que, en ese día más que nunca, su seguridad personal cobraba un valor incalculable. Había dejado de ser el soldado de la Spetsnaz que antes llevaba en la sangre. Ya no era un Bernhard Oven o un Viktor Shevchenko. Ahora era el *Leiter der Sicherheit*. Ser jefe de Seguridad no era el simple rótulo de un cargo sino un mandato para el futuro. Von Holden era el hombre que un día se encargaría de la sucesión de poderes en la Organización. Y eso lo convertía, a todos los efectos, en «el guardián de la llama». Y si antes no lo había entendido del todo, debía entenderlo ahora mejor que nunca.

CIENTO NUEVE

La celda de interrogatorios en el sótano del edificio de la Kaiser Friedrichstrasse estaba pintada toda de blanco. Suelo, techo y paredes. El mismo decorado que las seis celdas adyacentes, todas de dos metros por tres. Muy pocos conocían la existencia de ese lugar, incluso los que trabajaban en el edificio, sede de la oficina de impuestos del departamento de Obras Públicas del Ayuntamiento. Sin embargo, una tercera parte de la superficie de los dos mil metros cuadrados del semisótano estaba ocupada por una unidad especial de inteligencia de la BKA. Construida inmediatamente después del episodio de la masacre de los Juegos Olímpicos de Munich en 1972, sirvió como lugar de reclusión para los terroristas y sus colaboradores. Después había servido como cárcel clandestina para retener a los miembros de la banda Baader-Meinhoff de la Fracción del Ejército Rojo, del Movimiento Palestino de Liberación y para retener a los acusados del derribo del avión PANAM, vuelo 103. Además de la blancura absoluta de techos y paredes, otra de sus principales características era que las luces nunca se apagaban. Al cabo de treinta y seis horas, los detenidos perdían completamente el sentido de la orientación, lo cual facilitaba enormemente el trabajo.

Vera estaba sola en la primera celda, sentada en un banco de plástico que parecía fundido en el suelo. No había ni mesa ni sillas. Sólo aquel banco. Le habían sacado fotos y habían tomado sus huellas dactilares. Estaba vestida con un chándal de un gris claro casi blanco y unas zapatillas más oscuras. En el dorso, estampado en color naranja fosforescente, se leía *Gefanger, Bundesrepublik Deutschland*—Preso, República Federal de Alemania. Parecía desconcertada y cansada, pero aún estaba lúcida cuando se abrió la puerta y entró Osborn. Una mujer policía bajita y de constitución robusta permaneció en el umbral durante un momento. Luego dio un paso atrás y cerró la puerta.

—Dios mío —murmuró Osborn—. ¿Te encuentras bien?

Vera había abierto la boca. Parecía que intentaba decir algo, pero no podía. Brotaron las lágrimas y se abrazaron llorando.

—François... muerto... ¿Por qué estoy aquí?... Los mataron a todos en la granja... ¿Qué he hecho?... He venido a Berlín... porque era... el único lugar que me quedaba para... encontrarte —la oyó decir Osborn entre sollozos y caricias.

—Vera... Shh. Ya está bien, cariño... —la consoló Osborn y la estrechó con fuerza, protector, como quien acoge a un niño—. Ya ha pasado todo... todo se arreglará... —repetía, acariciándole el pelo.

Le besó las lágrimas y le secó las mejillas con las manos.

—Me quitaron hasta el pañuelo —dijo Osborn intentando sonreír. No llevaba cinturón ni cordones de zapatos. Luego volvieron a abrazarse estrechándose el uno contra el otro, rodeándose con los brazos.

—No me dejes ir —dijo ella—. Nunca más...

—Vera, dime qué ha pasado. —Ella le cogió la mano y se la apretó y luego se sentaron en el banco. Vera se enjugó las lágrimas, cerró los ojos y comenzó a recordar todo lo que había sucedido desde el día anterior.

Aún podía ver la granja en las afueras de Nancy y los cuerpos inertes de los tres agentes de los servicios secretos en el lugar donde habían caído. A escasa distancia estaba Avril Rocard, los ojos abiertos hacia el vacío y la sangre fluyendo lentamente del corte en el cuello.

Encontró la línea del teléfono cortada cuando volvió al interior. Buscó infructuosamente las llaves del Ford de los agentes. Cogió el Peugeot negro de la policía conducido por Avril Rocard y partió en dirección a la ciudad.

Desde un teléfono público intentó ponerse en contacto con François en París. Lo había buscado en su casa y en el despacho pero en ambos comunicaban sin cesar. Pensó que sin duda se debía a que acababa de hacerse pública la noticia de su dimisión. Aún bajo el impacto emocional de la matanza en la granja, volvió a subir al Peugeot y condujo hasta un parque en las afueras de la ciudad.

Allí sentada dentro del coche, intentando aclararse en medio de una nebulosa de temores y emociones, pensando en lo que debería hacer, vio el bolso de Avril Rocard en el suelo bajo el asiento de al lado. Lo abrió y encontró su chapa de la policía francesa y el estuche de su pasaporte. Dentro del estuche, detrás del pasaporte, había un billete de avión de primera clase París-Berlín y un sobre con la confirmación de reserva en el hotel Kempinski. También había un sobre muy fino con el grabado de una invitación en alemán a una cena de gala que se celebraría en el palacio de Charlottenburg a las ocho de la noche el viernes 14 de octubre, en homenaje a un tal señor Elton Lybarger. Entre los anfitriones vio el nombre de Erwin Scholl. Era el mismo hombre que había contratado a Albert Merriman para matar al padre de Osborn.

Vera sólo acertó a pensar que si Scholl estaba en Berlín, tal vez Osborn lo sabía y había ido allí. No era una pista demasiado segura pero era lo único que tenía. Aunque varios años más joven, descubrió que se parecía lo bastante a Avril Rocard como para hacerse pasar por ella, a menos que alguien la conociera personalmente. Todo aquello había sucedido el jueves y la cena en el palacio de Charlottenburg era el viernes. La vía más rápida de Nancy a Berlín era en tren desde Estrasburgo y allí se dirigió.

En el trayecto de Nancy a Estrasburgo se detuvo dos veces para llamar a François, pero las líneas seguían ocupadas. La segunda vez, en una zona de descanso de la autopista, logró contactar con el despacho del ministerio. Eran casi las cuatro de la tarde y de François no se había sabido nada desde que saliera de la casa a las siete de la mañana. Aún no se había informado a los medios de comunicación de su desaparición, pero los servicios secretos y la policía estaban en alerta roja. El Presidente había dado órdenes para que trasladaran a su mujer e hijos a un lugar secreto bajo la protección de guardias armados.

Vera recordaba haber colgado sintiéndose presa de un gran vacío. Nada existía, ni

François Christian, ni el doctor Paul Osborn de Los Ángeles. Tampoco existía aquella Vera Monneray que pudiese volver a su piso y a su vida en París y continuar como si no hubiera sucedido nada. Atrás quedaban cuatro personas muertas en la granja y los únicos hombres que había amado en su vida, que había amado tan profunda y plenamente, no estaban, se habían esfumado como vapor en el aire. De pronto tuvo el presentimiento de que lo que estaba sucediendo en ese momento era sólo el prelude de lo que pasaría después. Volvió a sumirse en el recuerdo macabro del pasado de su abuela y del terror irracional que lo acompañaba. La respuesta, como había sucedido en tiempos de su abuela, sólo podía estar en Berlín. Pero ahora se había convertido en una cuestión bastante más personal. Lo que le había sucedido a François era parte del asunto y Osborn también, porque se encontraba en la misma encrucijada.

En Berlín se registró en el hotel bajo el nombre de Avril Rocard y al llegar a la habitación descubrió que su ropa ya había llegado. El servicio de habitación le trajo el desayuno. Sobre la bandeja había un periódico y Vera leyó la noticia del suicidio de François. Por un momento pensó que iba a desmayarse y se dio cuenta de que necesitaba aire fresco para recuperarse, pensar y decidir qué haría si alguien se ponía en contacto con ella, o si no la contactaban, o si debía ir sola a Charlottenburg aquella noche. Escondió el pasaporte bajo el colchón por miedo a que alguien descubriera su verdadera identidad y salió de la habitación.

Su paseo la condujo a la Iglesia de María Reina de los Mártires. Paradójicamente, la iglesia era un monumento religioso en homenaje a los mártires caídos entre 1933 y 1945 en defensa de las libertades de expresión y de culto. Vera sintió una premonición y pensó que en el interior encontraría una respuesta a lo que estaba sucediendo. Pero sólo encontró a los policías alemanes que la esperaban a la salida.

El agente Schneider había mentido al decirle a Osborn que si algo sucedía, tenía órdenes de llevarlo al hotel. La verdad era que si encontraban a Vera Monneray, debía llevar a Osborn inmediatamente a verla. McVey quería que Osborn y Vera Monneray creyeran que tenían la oportunidad de estar solos para obtener la mayor información posible. Tenían que hacerle creer a Osborn que tomaba él la iniciativa de reunirse con Vera. Y gracias a la complicidad de Schneider, eso era precisamente lo que Osborn estaba haciendo.

De pronto se abrió la puerta del cuarto de interrogatorios. Osborn se volvió rápidamente y vio entrar a McVey.

—¡Sacadlo de aquí ya! —exclamó McVey enfurecido, y en un instante dos policías federales cogieron a Osborn para arrastrarlo fuera de la celda.

—¡Vera! —exclamó intentando volverse—. ¡Vera! —El grito fue apagado por el estruendo de la puerta de acero al cerrarse. Lo condujeron por un estrecho pasillo y

luego por unas escaleras. Abrieron una puerta y lo introdujeron en otro módulo blanco. Los policías salieron y cerraron con llave.

Al cabo de diez minutos entró McVey. Tenía la cara roja y resoplaba ruidosamente, como si acabara de subir un largo tramo de escaleras.

—¿Qué ha sacado en limpio de la grabación? ¿Alguna cosa de interés? Preguntó Osborn frío nada más abrirse la puerta. —Fue bastante conveniente que yo llegara antes, ¿no? Porque a Vera podría ocurrírsele decirme a mí lo que no le diría a la policía alemana y los micrófonos lo habrían grabado todo. Pero al parecer no ha ido bien, ¿eh? Lo único que ha conseguido ha sido la verdad de una mujer aterrorizada.

—¿Cómo sabe que dice la verdad?

—¡Porque lo sé, maldita sea!

—¿Le ha mencionado alguna vez al capitán Cadoux de Interpol? ¿Alguna vez habló de él o mencionó su nombre?

—No. No.

McVey le lanzó una mirada rabiosa y al cabo de un instante se calmó.

—Está bien, créamosle. Los dos.

—Entonces, suéltela.

—Osborn, está usted aquí gracias a mí. Y quiero decir con eso que no está muerto en el suelo de un bar en París con la bala de un asesino de la Stasi entre ceja y ceja.

—McVey, ¡eso no tiene nada que ver con esto y usted lo sabe! Y por lo mismo, no tiene ningún motivo para retenerla. ¡Eso también lo sabe!

McVey tenía la mirada fija en Osborn.

—¿Usted quiere descubrir por qué asesinaron a su padre?

—Lo que sucedió con mi padre no tiene nada que ver con Vera.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede estar seguro? —McVey no quería ser cruel, sólo quería sondear a Osborn—. Dice que la conoció en Ginebra. ¿Se acercó usted a ella o ella a usted?

—No... no tiene nada que...

—Contésteme.

—Ella se... acercó a mí.

—Vera Monneray era la amante de François Christian, y exactamente el día de ese asunto de Lybarger, él aparece muerto y ella en Berlín con una invitación a la cena.

Osborn estaba irritado. Irritado y confundido. ¿Qué insinuaba McVey? Era una locura pensar que Vera pertenecía a la Organización. Imposible. Él creía todo lo que acababa de contarle. ¡Se amaban demasiado como para desconfiar! El amor de Vera significaba muchas cosas. Osborn se volvió y miró al techo. A una altura imposible de alcanzar desde el suelo, colgaban las hileras de la intensa luz artificial, bombillas de ciento cincuenta vatios que no dejarían de brillar.

—Puede que sea inocente, doctor —dijo McVey—. Pero no le corresponde a usted resolverlo, sino a la Policía Federal.

Se abrió la puerta a su espalda y entró Remmer.

—Tenemos el vídeo de la casa de Hauptstrasse. Noble nos espera.

McVey le lanzó una mirada a Osborn.

—Quiero que vea esto —dijo escueto.

—¿Por qué?

—Es la casa donde tenemos que reunimos con Scholl. Y cuando digo «tenemos», quiero decir usted y yo, doctor.

CIENTO DIEZ

Joanna tenía la maleta sobre la cama y se ocupaba en meter las últimas cosas cuando entró Von Holden.

—Joanna, quiero pedirte perdón. Lo siento...

Joanna lo ignoró, se dirigió al armario y sacó el vestido de Uta Baur preparado para la noche. Volvió, lo colocó sobre la cama y comenzó a doblarlo. Von Holden permaneció quieto un momento, luego se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro. Ella se detuvo, fría.

—Es un momento de mucha tensión para mí, Joanna... Para ti también, y para el señor Lybarger. Por favor, perdóname por haber reaccionado de esa manera, abajo...

Joanna no se movió y mantuvo la mirada fija en el reflejo de la ventana al otro lado de la habitación.

—Tengo que decirte la verdad, Joanna... En toda mi vida, nadie me había dicho que me amara. Y tú... me has asustado.

Sintió que su respiración se relajaba.

—¿Que te he asustado?

—Sí.

Ella se volvió, lentamente. La mirada horrenda, cargada de odio que la había aterrorizado hacía un rato, era ahora suave y vulnerable.

—No me hagas esto...

—Joanna, no sé si soy capaz de amar.

—No... —dijo Joanna, sintió un escozor en los ojos y una lágrima le rodó por la mejilla.

—Es verdad, no creo que sea capaz...

Joanna le puso rápidamente el dedo contra los labios para impedir que hablara.

—Sí que eres capaz —dijo.

Von Holden deslizó las manos hasta su cintura y ella se refugió en sus brazos. Él la besó suavemente y ella se lo retribuyó y sintió que él se endurecía al contacto con ella. Se sintió embargada por la emoción y la razón desapareció de su horizonte. Ya no quedaba ni huella de aquella horrible expresión que había visto en Von Holden. No la recordaba, como si jamás hubiera existido.

Desde el helicóptero, volando a una altura de doscientos metros, habían filmado una perspectiva de la casa del número 72, Hauptstrasse. Era una villa del siglo XIX con un edificio principal de tres plantas y un garaje con cabida para cinco coches en la parte de atrás. Después de cruzar una verja de hierro forjado que llegaba hasta la calle, se entraba a un camino semicircular. Éste se dirigía hacia el garaje pasando por el lado derecho de la casa y a la izquierda había una pista de tenis de tierra batida. Todo el

perímetro de la propiedad estaba rodeado por un alto muro de piedra recubierto de enredaderas de hoja caduca.

—Hay una puerta atrás, junto al garaje. Parece que desemboca en una entrada de servicio —dijo Noble observando la perspectiva aérea en la pantalla gigante Sony.

—Así es, y normalmente funciona.

Los cuatro hombres, Noble, Remmer, McVey y Osborn, estaban sentados en butacas de cine en una sala de vídeo situada en la planta superior a las celdas de interrogatorio. Osborn estaba reclinado en su asiento con la mano en la barbilla. En el piso de abajo estaban interrogando a Vera. Su imaginación lo asediaba con ideas de lo que le estaban haciendo. Por otro lado —su imaginación se desbocaba— ¿qué pasaría si, después de todo, McVey tenía razón y ella pertenecía a la Organización? François Christian le habría contado cosas a Vera y ella, a su vez, las habría transmitido a la Organización. Si era así, ¿qué tenía que ver él con aquello? ¿Qué pretendía Vera de él? Tal vez el hecho de haberse visto implicado en lo de Merriman era un accidente, una mera coincidencia. Ella no podía haber sabido lo de Merriman en Ginebra porque él no había encontrado al asesino hasta que la hubo seguido a París.

—Esta toma es desde un camión de la lavandería, mientras el conductor entregaba un pedido en la casa de enfrente —dijo Remmer señalando la pantalla del vídeo de alta definición—. Son secuencias cortas que obtuvimos desde diferentes vehículos. Por eso sólo disponemos de una perspectiva aérea. No queremos que sospechen que los estamos vigilando.

La cámara oculta enfocó la casa con el *zoom*. Había una limusina Mercedes estacionada en la entrada y un jardinero trabajaba en el césped. Aparentemente no había nada más que señalar. El objetivo se mantuvo un momento fijo en ese plano y luego empezó a retroceder.

—¿Qué es eso? —Saltó McVey—. Hay un movimiento en la ventana de arriba, la segunda a la derecha.

Remmer paró, rebobinó y proyectó de nuevo, esta vez a cámara lenta.

—Hay alguien junto a la ventana —dijo Noble.

Remmer volvió atrás y proyectó a cámara «super lenta» y con un *zoom* especial enfocado a la ventana.

—Es una mujer. No se distingue bien.

—¿Puedes ampliar la imagen?

—Sí —asintió Remmer. Cogió el interfono y pidió que enviaran a un técnico, sacó la casete del vídeo, la dejó a un lado e introdujo otra. Era básicamente la misma perspectiva de la casa, pero con una pequeña variación de ángulo. Un ligero movimiento en la ventana de arriba sugería que McVey tenía razón, que había alguien mirando hacia fuera. De pronto, un BMW gris surgió desde la calle y se detuvo en la caseta de seguridad. La puerta de la verja se abrió al cabo de un momento y el coche entró. Se detuvo delante de la entrada principal, bajó un hombre alto y se introdujo en la casa.

—¿Alguna, idea de quién puede ser? —preguntó McVey. Remmer negó con un movimiento de cabeza.

—He aquí un pasatiempo sumamente placentero —dijo Noble con voz monótona. Abrió un archivador de fotos alfabetizado. Hasta ahora, Bad Godesburg había enviado las fotos de sesenta y tres de los cien invitados a la cena de Charlottenburg. La mayoría eran fotos Polaroid de carnés de conducir, pero otras eran copias de fotos de publicidad, de empresas o aparecidas en la prensa—. Yo me encargaré de la A a la F y ustedes se pueden disputar lo que queda del alfabeto.

—Pongámoslo en el *zoom* —dijo Remmer, y pulsó la tecla de retroceso y luego la de cámara lenta. Esta vez el coche entró en la propiedad lentamente y Remmer lo siguió con el *zoom*. Al llegar frente a la casa, el coche se detuvo y el conductor bajó.

—¡Dios mío! —exclamó Osborn.

McVey se volvió como un resorte vivo.

—¿Conoce a ese tipo? —preguntó mientras Remmer rebobinaba y congelaba la imagen justo en el momento en que Von Holden bajaba del coche.

—Me siguió en el parque —dijo Osborn, y desvió la mirada de la pantalla a McVey.

—¿Qué parque? ¿De qué diablos está hablando, Osborn?

—La noche que salí. Me escapé de Schneider a propósito —contestó Osborn sonrojándose. La mentira que había contado salía a la luz pero le daba igual—. Iba cruzando el Tiergarten camino al hotel de Scholl. De pronto me di cuenta de que no sabía qué diablos estaba haciendo, que podía echarlo todo a perder. Había decidido volver cuando ese tipo... ése de ahí —dijo mirando a Von Holden en la pantalla— de pronto veo que se me acerca. Yo llevaba la pistola en el bolsillo y supongo que me asusté. La saqué y le apunté. Estaba con otro tipo que había escondido en los arbustos. Les advertí que me dejaran tranquilo. Luego corrí como un condenado.

—¿Está seguro de que es él?

—Sí.

—Eso significa que están vigilando el hotel —apuntó Remmer.

Noble miró a Remmer.

—¿Podríamos verlo entrar en la casa, por favor? A velocidad normal.

Remmer pulsó el *play* y se descongeló la imagen de Von Holden.

Cerró la puerta del BMW y cruzó el camino hasta llegar a unas escaleras, que subió de un salto. Llegó a la puerta, alguien le abrió y entró.

—Una vez más, por favor —dijo Noble reclinándose en su asiento. Remmer repitió la secuencia y detuvo la imagen al entrar Von Holden.

—Apuesto cien contra uno que ese tipo fue entrenado en la Spetsnaz —intervino Noble—. Sabotaje y terrorismo, formado en unidades especiales de reconocimiento del ejército de la ex Unión Soviética. Se les reconoce con un poco de experiencia. Tal vez ni siquiera son conscientes de que lo hacen, pero su entrenamiento deja una huella en su manera de andar, una especie de vaivén y balanceo que parece que

caminen sobre una cuerda floja —explicó Noble, y se volvió hacia Paul Osborn—. Si es verdad que ese hombre lo siguió, tiene usted una suerte admirable de estar vivo para contárnoslo —concluyó, y miró de McVey a Remmer.

—Si Lybarger está en la casa, es posible que nuestro amigo pertenezca al equipo de seguridad e incluso puede que sea el jefe.

—Eso o está echando un vistazo antes de que llegue Scholl —dijo Remmer.

—Es posible que esté disponiendo alguna otra cosa —dijo McVey mirando fijamente la pantalla, concentrado en la imagen congelada de Von Holden.

—¿Para tendernos una encerrona? —preguntó Noble.

—No lo sé —respondió McVey, y negó con la cabeza, incierto. Luego miró a Remmer—. Hagamos una ampliación de él también y veamos si podemos descubrir quién es. Tal vez podamos cerrar el círculo un poco más.

Se encendió una luz del teléfono que sonó junto al codo de Remmer.

—*Ja* —respondió él.

Eran las dos y cuarto de la tarde cuando llegaron. La policía de Berlín ya había acordonado la manzana. Los inspectores de Homicidios se apartaron para dejar que Remmer entrara en la tienda de antigüedades de Kantstrasse y se dirigiera al fondo.

Karolin Henniger estaba tendida en el suelo cubierta con una sábana. Su hijo de once años yacía a su lado también cubierto con una sábana.

Remmer se inclinó y la retiró.

—¡Dios mío! —exclamó Osborn por lo bajo.

McVey descubrió la sábana que tapaba al niño.

—Sí —dijo, mirando a Osborn—. Dios mío...

Ambos, madre e hijo, tenían una bala alojada en el cráneo.

CIENTO ONCE

Una hora y media después, a las cuatro menos cinco de la tarde, Osborn se encontraba junto a la ventana de una amplia habitación en el antiguo hotel Meineke mirando la ciudad. Como sus compañeros, intentaba apartar la imagen de la horrorosa escena para que no interfiriera en el desarrollo de su misión. Tenían que concentrarse en Scholl nada más. Pero le era imposible apartar las imágenes de su mente.

¿Quién era Karolin Henniger en realidad? ¿Quién querría hacerles algo así a ella y a su hijo? Tal vez el asesino pensaba que aquella mañana había ido con el cuento a la policía. En ese caso, ¿qué sabía o podría haber delatado? También había otra pregunta, que Osborn podía leer en la mirada de McVey. Si ellos no hubieran ido a ver a Karolin Henniger, tal vez ella y su hijo aún estarían vivos. Tendría que cargar con el peso de esas muertes y lo sabía. Más muertes por su causa. Tenía que olvidarse de todo eso.

Entró al baño y se lavó las manos y la cara. Habían trasladado la operación al hotel Meineke después de descubrirse un cadáver en el cuarto de baño de una habitación en la sexta planta del ala «Casino» del Hotel Palace. La habitación gozaba de una vista casi perfecta de la 6132, situada en el edificio principal. Un equipo técnico especial vendría de Bad Codesburg para ocuparse de las huellas.

Decidieron instalarse en el Meineke porque sólo constaba de un edificio y el único medio para subir o bajar era un antiguo ascensor que servía para todas las dependencias del hotel. Un extraño e incluso un amigo, tendría muchas dificultades para burlar la vigilancia de los agentes de la BKA en la recepción o a la pareja Schneider-Littbarski apostados junto al ascensor. Aquella protección permitiría que McVey y los otros atendieran a una grave complicación que acababa de surgir.

Cadoux.

Aparecido repentinamente de la nada, Cadoux había dejado un mensaje para Noble en su despacho de Scotland Yard. Por muy extraño que pareciera, ahora se encontraba en Berlín. Insistió en que tenía problemas y dijo que era sumamente importante hablar con Noble o McVey lo más pronto posible y que volvería a llamar al cabo de una hora.

McVey no sabía qué pensar. Vio que Osborn lo observaba mientras sacaba un puñado de nueces de una bolsa de plástico.

—Ya lo sé. Demasiada grasa y demasiada sal. Me los comeré igual. —Escogió deliberadamente una nuez de Brasil, la sostuvo estudiándola y luego se la metió en la boca—. Si Cadoux dice la verdad y la Organización lo persigue, no cabe duda de que tiene problemas —se explicó masticando—. Si está mintiendo, es probable que trabaje para ellos. Y si trabaja para ellos, sabe que estamos en Berlín. Lo suyo consistirá en llevarnos a algún lugar donde nos puedan...

Llamaron a la puerta y McVey se detuvo en medio de la frase. Remmer se

levantó, sacó la automática de su cartuchera y se acercó a la puerta.

—*Ja...?*

—Schneider.

Remmer abrió la puerta y entró Schneider seguido de una bella mujer morena de unos cuarenta años. Era más alta que Schneider y más corpulenta. La pintura de labios le acentuaba las comisuras entornadas en una sonrisa perpetua. Bajo el brazo sostenía una carpeta grande.

—Les presento a la teniente Kirsch —dijo Schneider, y explicó que formaba parte del equipo de la BKA que había trabajado en la ampliación informática de las fotos. La mujer asintió mirando a Remmer y habló en inglés.

—Me alegro de poder comunicarles la identidad del hombre que conducía el BMW. Se llama Pascal von Holden y es el jefe de Seguridad de las operaciones de Scholl en Europa. Estamos recopilando información sobre él en este momento —explicó, abrió la carpeta y sacó dos fotos brillantes en blanco y negro de 20 por 25 centímetros, provenientes de la ampliación de las imágenes del vídeo de la casa del 72 de la Hauptstrasse. La primera era de Von Holden al bajar del coche. Era muy granulosa, pero lo bastante clara para distinguir sus facciones. La segunda también tenía mucho grano y era menos clara. Pero era suficiente para identificar a una mujer joven de pelo oscuro, de pie junto a la ventana mirando hacia fuera.

—Fue algo más difícil en el caso de la mujer, pero el FBI nos envió unos datos cuando yo salía para traerles las fotos —explicó la teniente Kirsch—. Es americana y fisioterapeuta. Se llama Joanna Marsh y vive en Taos, Nuevo México.

—Ya veo que se las arreglan bien con los procedimientos elementales de investigación aquí, McVey —advirtió Noble levantando un ceño de admiración.

—Sólo suerte —precisó McVey, y sonrió. La BKA había enviado faxes de la ampliación de las fotos a la policía de Berlín y Zurich. McVey les había pedido que enviaran copias también a Fred Hanley de la Oficina del FBI en Los Ángeles. Era una posibilidad remota, pero el inspector tenía la corazonada de que si Lybarger estaba en Berlín en la casa de Hauptstrasse, era probable que lo acompañara su fisioterapeuta. Ahora que habían confirmado quién era, se podía aplicar el mismo principio al revés. Si estaba ella en la casa, Lybarger no estaría lejos.

—*Danke* —dijo Remmer, y la teniente Kirsch y Schneider salieron de la habitación.

Se oyó un claqueo sordo cuando se puso en marcha la calefacción del edificio. McVey miró una foto y luego la otra, memorizándolas, y luego se las entregó a Noble y se dirigió a la ventana. Intentó imaginarse en la posición de Joanna Marsh. ¿Qué estaría pensando mientras miraba por la ventana? ¿Qué sabría ella de lo que estaba sucediendo? ¿Y qué podría o querría decirles si conseguían hablar con ella?

McVey estaba de acuerdo con Osborn en que Lybarger era la clave. Sin embargo, lo paradójico y desconcertante a la vez era que, si bien tenían una foto de la fisioterapeuta de Lybarger ampliada a partir de un vídeo, identificada literalmente en

cuestión de minutos por una agencia de inteligencia al otro lado del planeta, la única foto que Bad Godesburg había conseguido del propio Lybarger era una foto de pasaporte en blanco y negro de cuatro años de antigüedad. Nada más. Ni siquiera una instantánea. Y eso era increíble. Un hombre tan importante o al menos supuestamente tan importante como Lybarger, tendría que haber aparecido en alguna foto en alguna parte. En las revistas, en los periódicos o al menos en una publicación financiera. Sin embargo, por lo que sabían, eso no había sucedido. Parecía que mientras más buscaban, más se desvanecía el perfil de Lybarger. Las huellas dactilares habrían sido un regalo del cielo, aunque no fuera más que para verificarlas y, al tenor de cómo iban las cosas, descartarlas. Era evidente que Elton Lybarger debía de ser el hombre más secreto y protegido del mundo civilizado.

McVey miró su reloj. Eran las cuatro y veintisiete minutos.

Quedaban sólo treinta minutos para reunirse con Scholl. La gran baza que tenían o que esperaban tener era Salettl, a quien McVey quería desesperadamente interrogar antes de la reunión con Scholl. Tal vez Karolin Henniger les habría ayudado a llegar hasta él. Nadie lo sabía. Pero Salettl, de todos los de su entorno, era el que más datos podría aportar sobre Lybarger, el personaje. Aquello no descartaba la posibilidad de que el propio Salettl estuviera implicado en el asunto de los cuerpos decapitados. Sin embargo, a menos que las cosas cambiaran de forma drástica en muy pocas horas, la entrevista no tendría lugar y ellos tendrían que seguir adelante con lo que tenían, que lamentablemente era muy poca cosa.

De pronto surgió la idea de hablar con Joanna Marsh por teléfono e intentar sonsacarle todo lo posible antes de que colgara o de que alguien colgara por ella. Valía la pena intentarlo. A esas alturas, valía la pena cualquier cosa y McVey estaba a punto de pedirle a Remmer el número de teléfono de la casa de Hauptstrasse cuando sonó uno de los dos teléfonos de seguridad que había en la habitación. Remmer le lanzó una mirada a McVey y descolgó.

—Cadoux. Llama a través de la oficina de Noble en Londres —dijo.

McVey le hizo una seña a Noble para que lo cogiera en la habitación, le quitó el auricular a Remmer y lo cubrió con una mano.

—Que le sigan la pista a la llamada —dijo.

Remmer asintió y entró en el dormitorio, donde podía ocupar la segunda línea.

—Cadoux, soy McVey. Noble está en el otro teléfono. ¿Dónde está usted?

—En un teléfono público, una pequeña tienda de comestibles en la parte norte de la ciudad —contestó Cadoux, que no se sentía cómodo hablando en inglés y vacilaba. Parecía cansado y atemorizado y hablaba muy bajo en algo más que un murmullo—. Klass y Halder son los topos en Interpol —dijo—. Fueron ellos los que tramaron el asesinato de Albert Merriman, de Lebrun y de su hermano en Lyon.

—Cadoux, ¿para quién trabajan? —McVey quiso presionarlo desde el principio para que revelara de qué lado estaba.

—No... no se lo puedo decir.

—¿Qué diablos significa eso? ¿Lo sabe o no?

—McVey, por favor, comprenda mi situación. Esto es muy difícil para mí.

—Muy bien, cálmese.

—Ellos... Klass y Halder... me obligaron a participar en el asesinato de Lebrun debido a viejas conexiones con mi familia. Me trajeron a Berlín porque saben que está usted aquí. Querían utilizarme para tenderle una encerrona. Ya colaboré con ellos una vez, pero no quiero seguir y se lo he dicho... No quiero volver a hacerlo.

—Cadoux —dijo McVey con tono más comprensivo—. ¿Saben ellos dónde está usted?

—Tal vez, pero creo que no. Al menos por el momento. Tienen soplones por todas partes. Así es como descubrieron a Lebrun en Londres. Por favor, escúcheme —precisó más nervioso ahora—. Ya sé que tienen una reunión con Erwin Scholl antes de la recepción en el palacio de Charlottenburg esta noche. Tengo que hablar con ustedes antes de que lo vean. Tengo información que puede serles útil. Tiene que ver con un hombre llamado Lybarger en relación con los cuerpos decapitados.

McVey y Noble se miraron con asombro.

—Cadoux, dígame de qué se trata...

—No puedo quedarme aquí más tiempo, es poco seguro.

—Cadoux, soy Noble. ¿Sabe si hay un tal doctor Salettl implicado en el asunto de los cuerpos decapitados?

—Estoy en el hotel Borggreve, en el número 17 de la Borggrevestrasse. Habitación 412, el piso de arriba, al fondo. Tengo que colgar ahora. Estaré esperándolos.

Noble colgó y miró a McVey.

—¿Estaremos viendo un rayo de luz al final del túnel o cree que se trata de la luz de un tren que viene en sentido contrario? —preguntó.

—Ni idea. Pero al menos parte de lo que nos ha dicho es verdad.

Remmer volvió del dormitorio.

—Ha llamado desde una tienda de ultramarinos próxima a la estación de metro de Schonholz. La policía ya está en camino.

McVey desvió la mirada.

—Pues ha dicho la verdad acerca de eso también.

—¿Piensas que es una trampa? —inquirió Remmer.

—Sí, claro que puede ser una trampa. Pero esa preocupación se compensa con otra. La misma que he tenido desde el principio. Que aparte del testimonio de Osborn, no tenemos nada para incriminar a Scholl.

—Lo que está diciendo es que Cadoux puede despejar muchas incógnitas —dijo Noble en voz baja—. Y que haya o no riesgos, deberíamos ir a buscarlo.

McVey esperó un momento largo.

—Creo que no tenemos alternativa.

CIENTO DOCE

16.57

El fulgor rojo de una estrecha franja del sol poniente cubría el horizonte cuando un sedán Audi plateado salió del tráfico en Hauptstrasse y se detuvo ante la entrada del número 72. El conductor bajó la ventanilla cuando el guardia de seguridad salió de la caseta de piedra y le enseñó su chapa de la BKA.

—Me llamo Schneider. Tengo un mensaje para el señor Scholl —dijo en alemán. De la penumbra aparecieron inmediatamente otros dos guardias, uno de ellos sujetando por la correa a un pastor alemán. Le pidieron a Schneider que bajara del coche. Lo cachearon y luego le dijeron que se quedara junto al césped mientras revisaban el Audi. Al cabo de cinco minutos, lo dejaron cruzar la verja y Schneider condujo hasta la entrada principal.

Le abrieron la puerta y lo dejaron pasar. Lo recibió un hombre con cara de cerdo vestido de frac.

—Tengo un mensaje para *herr* Scholl.

—Me lo puede dar a mí.

—Tengo órdenes de hablar con *herr* Scholl.

Entraron en una habitación pequeña recubierta de paneles de madera donde volvieron a cachearlo.

—No está armado —comentó uno de ellos al entrar un segundo hombre también vestido de frac. Era alto y bien parecido, y Schneider supo de inmediato que se encontraba ante Von Holden.

—Por favor, siéntese —dijo, y salió por una puerta lateral.

Era más joven y atlético de lo que sugería la fotografía. Tendría más o menos la edad de Osborn, pensó Schneider.

Pasaron unos diez minutos. Schneider permaneció sentado y el hombre con cara de cerdo se quedó de pie observándolo, hasta que se abrió la misma puerta y entró Scholl seguido de Von Holden.

—Soy Erwin Scholl.

—Me llamo Schneider, de la *Bundeskriminalamt* —explicó el agente incorporándose. —Lamentablemente, el inspector McVey ha sufrido un retraso. Me ha pedido que le presente sus excusas y que procuremos concertar la entrevista a otra hora.

—Lo siento —dijo Scholl—, pero tengo que salir para Buenos Aires esta noche.

—Es una lástima —respondió Schneider, intentando adivinar a qué tipo de hombre se enfrentaba.

—Desde un principio dispongo de muy poco tiempo, y el señor McVey lo sabía.

—Lo entiendo. Bueno, una vez más, le pido disculpas —repuso Schneider haciendo una ligera inclinación de cabeza a Von Holden, giró sobre sus talones y salió. Un momento después la verja se abrió y él se alejó en el coche. Le habían instruido para que se mantuviera alerta a la presencia de Lybarger o de la chica de la foto. Pero lo único que le habían permitido ver era el recibidor y la pequeña sala. Scholl se había dirigido a él con absoluta indiferencia y Von Holden había sido cordial nada más. Scholl estaba allí en el momento convenido, tal como lo había acordado y nada hacía pensar que tuviera otros planes. Eso significaba que lo más probable era que no supieran de las andanzas de Cadoux, lo cual disminuía la posibilidad de una trampa. Respiró con alivio.

El propio Scholl parecía apenas algo más que un hombre maduro bien conservado, acostumbrado a hablar siempre a subordinados y conseguir lo que quería. Lo más curioso, y era realmente curioso, pensó Schneider, no eran tanto las profundas huellas de rasguños en la mano y la muñeca izquierdas, sino la ostentación con que sostenía la mano en alto, como si la estuviera exhibiendo y diciendo a la vez: «Cualquier otro hombre estaría sufriendo y buscaría la simpatía de los demás. Pero yo, por el contrario, he encontrado el placer y eso es algo que usted no entendería».

CIENTO TRECE

Se desplazaban en dos coches. Noble y Remmer iban en el Mercedes. Osborn conducía un Ford negro y McVey iba sentado a su lado. Los coches camuflados de la BKA, uno con los inspectores veteranos Kellermann y Seidenberg y el otro con Littbarski y un agente con cara de niño llamado Holt, ya esperaban fuera del hotel. Kellermann y Seidenberg en el callejón de atrás, y Littbarski y Holt enfrente. Kellermann y Seidenberg ya se habían ocupado de verificar la pequeña tienda de comestibles próxima a la estación de metro de Schonholz. El propietario recordaba vagamente que un hombre que respondía a la descripción de Cadoux había usado el teléfono, y creía que iba solo y no se había quedado mucho rato.

Remmer, que iba a la cabeza, se acercó a la acera y apagó las luces.

—Siga hasta la esquina. Cuando encuentre un sitio, aparque —le dijo McVey a Osborn.

El hotel Borggreve era un pequeño hostel en una zona particularmente oscura de una calle al noreste del Tiergarten. Tenía cuatro plantas y unos veinte metros de fachada y estaba flanqueado por dos edificios de pisos más altos. Mirando la fachada, parecía viejo y mal cuidado. La habitación 412, les había explicado Cadoux. Último piso en la parte de atrás.

Osborn giró al llegar a la esquina y aparcó detrás de un Alfa Romeo blanco.

McVey se soltó los botones de la chaqueta, sacó el revólver del 38 y abrió el cargador para confirmar que estaba cargado.

—No me gusta que me mientan —comentó. Hasta entonces, no se había pronunciado sobre la confesión de Osborn cuando había identificado a Von Holden en el vídeo de la casa de Hauptstrasse. Hizo el comentario ahora porque quería recordarle quién controlaba la situación.

—A su padre no lo han asesinado, McVey —dijo Osborn, y lo miró. Aquello no era una disculpa ni una retractación. Aún estaba enfadado con McVey por haberlo utilizado para provocar un error de Vera con el cual inculparla. Y aún le indignaba cómo la había tratado la policía. Todo lo que sucedía con Vera, el torbellino emocional de verla, de abrazarla, había jugado en contra de la duda de quién era o qué hacía ella realmente y él se había sentido castigado una vez más por el vapuleo emocional de toda la vida. Verla así le había simplificado las cosas, porque le ayudaba a definir sus prioridades. Necesitaba una respuesta de Scholl antes de empezar siquiera a pensar en lo que Vera significaba para él. Por eso no le pedía disculpas a McVey ni se las pediría. En ese momento eran los dos iguales o ninguno era nada.

—Será una noche larga, doctor, y sucederán muchas cosas, de modo que no se pase de la raya —precisó McVey. Devolvió el revólver a la cartuchera, cogió una radio del asiento y la encendió—. ¿Remmer?

—Estoy aquí, McVey. —La voz de Remmer sonaba aguda en el diminuto receptor.

—¿Están todos preparados?

—*Ja*.

—Diles que no sabemos de qué va el asunto, de modo que se lo tomen con calma.

Oyeron que Remmer daba el mensaje en alemán y McVey abrió la guantera. Sacó la CZ automática que Osborn había llevado al parque y se la entregó.

—Mantenga las luces apagadas y las puertas cerradas —dijo mirándolo fijamente. Luego abrió la puerta y bajó. Entró una ráfaga de aire frío. McVey cerró de un portazo y desapareció. Osborn lo miró por el retrovisor y lo vio llegar a la esquina y abrirse la chaqueta. Luego desapareció al doblar y la calle quedó vacía.

La parte trasera del hotel Borggreve daba a un callejón estrecho con árboles a cada lado. Enfrente, unos bloques de pisos ocupaban la manzana. Lo que sucediera en el callejón y en la parte de atrás del hotel Borggreve incumbía a los agentes Kellermann y Seidenberg. Kellermann permanecía en la oscuridad junto a un contenedor de basura con los prismáticos fijos en la ventana de la segunda habitación de la izquierda en el último piso. Divisaba una lámpara encendida, pero no lograba distinguir nada más. Oyó a Littbarski por el audífono de su radio.

—Kellermann, vamos a entrar. ¿Ves algo?

—*Nein* —dijo en voz baja con la cabeza inclinada hacia el pequeño micrófono enganchado a la solapa. Al otro lado del callejón veía la sombra gruesa de Seidenberg perfilándose contra una encina. Llevaba una escopeta y vigilaba la puerta de atrás del hotel.

—Aquí tampoco hay nada —informó Seidenberg.

En una de las habitaciones de la segunda planta de la casa de Hauptstrasse, Salettl observaba a Eric y Edward que se ayudaban mutuamente a anudarse los corbatines al cuello de sus camisas de gala. Si no fueran gemelos, se decía, podrían pasar por una pareja de jóvenes amantes.

—¿Cómo os sentís? —preguntó.

—Bien —contestó Eric volviéndose rápidamente hasta casi cuadrarse.

—Y yo igual —dijo Edward como un eco.

Salettl se quedó observando un momento y luego salió.

Abajo, atravesó un pasillo revestido de paneles de encina y luego entró en un gabinete con el mismo decorado donde Scholl, impecable en su frac blanco, permanecía de pie junto al fuego crepitante de la chimenea con una copa de coñac en la mano. Uta Baur estaba en una silla a su lado luciendo uno de sus modelos negros, fumando un cigarrillo turco con boquilla.

—Von Holden está con Lybarger —informó Salettl.

—Ya lo sé —contestó Scholl.

—Es una lástima que el policía haya involucrado al cardenal...

—Usted debería preocuparse exclusivamente de Eric y Edward y del señor Lybarger —dijo Scholl con una sonrisa fría—. Esta noche nos pertenece, estimado doctor. Nos pertenece entera —dijo, y de pronto desvió la mirada—. No sólo para los vivos sino para los muertos, todos aquellos que tuvieron la visión, el valor y la dedicación para iniciar esto. Esta noche es para ellos. Para ellos descubriremos, saborearemos y tentaremos el futuro. —Scholl volvió a mirar a Salettl—. Y nada, mi estimado doctor —dijo en un susurro—, nada podrá arrebatarlosla.

CIENTO CATORCE

—Quiero la llave de la habitación 412, por favor —pidió Remmer en alemán a una mujer de pelo canoso en la recepción. La mujer llevaba gafas gruesas y un chal marrón sobre los hombros.

—Esa habitación está ocupada —dijo con expresión desagradable, y luego miró a McVey, que permanecía detrás de Remmer a la izquierda del ascensor.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Por qué tengo que contestar esa pregunta? ¿Quién diablos se cree que es?

—BKA —informó Remmer, y le enseñó la chapa.

—Me llamo Anna Schubart —contestó ella rápidamente—. ¿Qué buscáis?

McVey y Noble permanecían a medio camino entre la puerta de entrada y una escalera recubierta de una moqueta roja oscura y gastada. La recepción era pequeña y estaba pintada de color mostaza oscuro. Había un sofá de marco de madera y cojines de terciopelo frente a la mesa y detrás dos sillas, demasiado rellenas y de diferentes estilos, miraban hacia la chimenea donde ardía un fuego pequeño. Un anciano dormitaba en una de ellas con un periódico sobre las rodillas.

—¿La escalera llega hasta el piso de arriba?

—Sí.

—¿Entonces la escalera y el ascensor son las únicas maneras de entrar y salir?

—Sí.

—¿El anciano que está durmiendo es un cliente?

—Es mi padre. ¿Qué pasa?

—¿Vive usted aquí?

—Allá atrás —precisó Anna Schubart, y volvió la cabeza hacia una puerta cerrada detrás de la mesa.

—Coja a su padre y váyanse allá dentro. Yo les diré cuándo pueden salir.

El rostro de la mujer enrojeció como si estuviera a punto de mandarlo al infierno cuando se abrió la puerta de la entrada y aparecieron Littbarski y Holt, el primero con una escopeta. Del hombro de Holt colgaba una Uzi.

Eso puso fin a la orgullosa resistencia de Anna Schubart. Se volvió hacia una caja junto a la pared, sacó la llave de la 412 y se la entregó a Remmer. Luego se dirigió con paso rápido adonde estaba el anciano y lo sacudió hasta despertarlo.

—*Kommen, Vater* —le dijo. Lo ayudó a levantarse y lo guió, parpadeando y desconcertado, pasando junto a la mesa y luego hacia la habitación del fondo. Les lanzó ella una rápida mirada a la policía y cerró la puerta.

—Dile a Holt que se quede aquí —apuntó McVey a Remmer—. Tú y Littbarski subid por las escaleras. Nosotros, los viejos, subiremos en ascensor. Te esperamos arriba.

McVey fue hasta el ascensor, pulsó el botón de llamada. La puerta se abrió

inmediatamente y entraron él y Noble. La puerta se cerró cuando Remmer y Littbarski comenzaban a subir las escaleras.

Fuera, en el callejón de atrás, a Kellermann le pareció ver una luz que brillaba en la habitación contigua a la de Cadoux, pero incluso con los binoculares no podía estar seguro. Fuera lo que fuese, era demasiado insignificante para informar sobre ello.

El ascensor se detuvo con un sonoro ruido de metales y la puerta se abrió. Empuñando el 38, McVey miró hacia fuera. El pasillo, vacío, estaba escasamente iluminado. Pulsó el *stop* del ascensor y salió. Lo siguió Noble con una Magnum automática de color negro mate.

Habían caminado unos siete metros cuando McVey se detuvo y con un gesto de cabeza señaló una puerta cerrada. La habitación 412.

De pronto, una sombra subió deslizándose sobre el techo y los dos hombres retrocedieron hasta la pared. Apareció Remmer, pistola en mano. Littbarski lo seguía de cerca. McVey señaló la puerta de la 412 y los cuatro hombres se acercaron por ambos lados del pasillo. McVey y Noble desde la izquierda, Remmer y Littbarski desde la derecha. Al acercarse, McVey le hizo una seña a Littbarski para que ocupara el centro del pasillo y se situara en una posición desde donde encajarle un escopetazo a la puerta.

McVey se cambió la 38 a la mano izquierda y se paró a un lado de la puerta, metió la llave en la cerradura y la giró.

Clic.

El cerrojo cedió y ellos escucharon.

Silencio.

Con las piernas separadas, Littbarski apuntó al centro de la puerta. A Remmer, un hilillo de sudor se le deslizó por un lado de la cara al apretarse contra la pared junto a la puerta. En el lado opuesto, un metro detrás de McVey, sosteniendo la Magnum con las dos manos al estilo militar, Noble esperaba, preparado.

McVey respiró hondo y cogió el pomo. Lo giró y empujó suavemente. La puerta se abrió unos centímetros y se detuvo. En el interior sólo distinguían parte de una lámpara de pie rococó y el borde de un sillón. Desde una radio, con el volumen bajo, llegaban los aires de un vals de Strauss.

—Cadoux —llamó McVey en voz alta.

Nada, excepto los acordes del vals.

—Cadoux —repitió McVey.

No hubo respuesta.

McVey le lanzó una mirada a Remmer y le dio un fuerte empujón a la puerta, que se abrió lo suficiente para ver a Cadoux sentado en el sillón frente a ellos. Vestía una chaqueta deportiva de pana oscura sobre una camisa azul y llevaba el nudo de la corbata aflojado. Una mancha púrpura se había extendido sobre la parte visible de la camisa y la corbata mostraba tres agujeros uno detrás de otro.

McVey se incorporó y miró a ambos lados del pasillo. Las puertas de las cinco

habitaciones restantes estaban cerradas y no se filtraba luz por debajo de ninguna. El único ruido era la radio en la habitación de Cadoux. McVey apuntó con su 38, permaneció en el umbral y abrió la puerta hasta el final con la punta del zapato. Vieron una cama doble con un mueble barato al lado. Más allá había una puerta parcialmente abierta que daba al cuarto de baño a oscuras. McVey miró a Littbarski por encima del hombro y éste apretó la escopeta y asintió con un gesto de cabeza. Luego miró a Remmer al otro lado de la puerta y a Noble a su izquierda.

—Cadoux está muerto. Le han disparado —anunció Remmer por el micrófono que llevaba en la solapa.

En la recepción, Holt retrocedió para cubrir la puerta de entrada con la Uzi. En el callejón de atrás, Seidenberg pestañeó para aclarar su visión y se sumergió en la oscuridad detrás de la encina, cubriendo la puerta de atrás y el callejón. Kellermann volvió a enfocar los prismáticos en la ventana.

—Vamos a entrar en la habitación —dijo Remmer transmitiendo a todos los receptores. Los hombres estaban tensos, con la súbita premonición de que algo estaba a punto de suceder.

Littbarski se quedó en medio del pasillo cuando McVey entró en la habitación. De pronto todo se iluminó con un destello más potente que el sol.

—¡Cuidado! —llegó a exclamar.

Se oyó una explosión atronadora. Littbarski fue barrido por el impacto, al mismo tiempo que la ventana de la 412 se desplomaba violentamente hacia el callejón arrastrando el marco. Siguió inmediatamente una bola de fuego que se elevó en un rugido hacia el cielo, arrastrando una cola de humo negro.

En ese mismo momento, la puerta del cuarto de la recepcionista se abrió y Anna entró en el salón.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó a Holt alarmada.

—¡Vuelva dentro! —chilló él mirando cómo caía polvo y trozos de yeso desde arriba. De pronto Holt se dio cuenta de que Anna ya no llevaba las gruesas gafas. Cuando volvió a mirarla, era demasiado tarde. La pistola que sostenía era un calibre 45 de asalto, con silenciador enroscado en el cañón.

«Pttt Pttt Pttt».

La pistola se le sacudió en la mano cuando Holt se tambaleó hacia atrás. Intentó levantar la Uzi pero no lo logró. Cayó con la mandíbula y el lado derecho de la cara destrozados.

McVey estaba tendido de espaldas dentro de la habitación, rodeado por el fuego. Oyó que alguien gritaba, pero no supo quién era. Y luego, a través de las llamas, vio a Cadoux por encima de él. Sonreía y llevaba una pistola en la mano. McVey rodó sobre sí mismo, levantó el arma y disparó dos veces. Vio a Cadoux, a quien le quedaba sólo la parte superior del torso. La pistola en la mano era parte de otra cosa

que no alcanzaba a distinguir.

—¡Ian! —gritó intentando incorporarse. El calor era insoportable—. ¡Remmer!

En algún lugar, por encima del rugido de las llamas, creyó oír los disparos de un arma automática seguidos de una descarga de la escopeta de Littbarski. Se apoyó en el suelo intentando situarse y ver dónde estaba la puerta. De pronto alguien lanzó un quejido y tosió cerca de él. Protegiéndose del calor y el fuego con el brazo en alto, se acercó. Tardó una fracción de segundo en ver a Remmer, asfixiado y tosiendo por el humo, intentando incorporarse sobre una rodilla. McVey se le acercó, le cogió del codo y lo ayudó a levantarse.

—¡Manny! ¡Levántate, venga!

Farfullando de dolor, Remmer se puso de pie y McVey lo condujo a través del humo hacia donde debía de estar la puerta. Salieron de la habitación al pasillo. Littbarski estaba en el suelo y la sangre le fluía de una línea de orificios en el pecho. Un poco más allá, vieron lo que quedaba de una mujer joven. A unos metros había una ametralladora. El disparo de Littbarski la había decapitado.

—¡Jooder! —McVey estaba asombrado. De pronto vio que las llamas se propagaban al pasillo y comenzaban a subir por las paredes. Remmer volvió a caer sobre la rodilla con el rostro retorcido por el dolor. Tenía el antebrazo izquierdo colgando hacia delante y en la muñeca una flexión que no era natural.

—¿Dónde diablos está Ian? —Gritó McVey, y se dirigió nuevamente a la habitación—. ¡Ian, Ian!

—McVey —dijo Remmer apoyándose contra la pared para incorporarse—. ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

—¡Ian! —volvió a gritar McVey en medio de la espesa humareda y del infierno que arrasaba la habitación.

Remmer cogió a McVey por el brazo y comenzó a tirar de él hacia el pasillo.

—¡Venga, McVey! ¡Hostia! ¡Déjalo! ¡Él haría lo mismo!

McVey le clavó la mirada a Remmer. Tenía razón. Los muertos estaban muertos y que se los llevara el diablo. En ese momento oyeron un ruido sordo en el suelo y vieron a Noble arrastrándose cerca de la puerta. Se le estaba quemando el pelo y las llamas habían prendido en la ropa.

Dos disparos con un rifle telescópico Steyr-Mannlicher, provenientes de la azotea del edificio al otro lado del callejón, habían neutralizado a Kellermann y Seidenberg. Después de deshacerse del Steyr-Mannlicher, Viktor Shevchenko cogió la Kalashnikov y subió las escaleras rápidamente para ayudar a Natalia y a Anna a terminar con lo que hiciera falta. Pero, al igual que Anna, Shevchenko no contaba con la aparición de otra persona. Osborn había salido corriendo nada más oír la explosión y llevaba consigo la CZ de Bernhard Oven.

Al abrir la puerta del coche, Osborn tuvo el primer encuentro con un viejo que se

encontraba fuera. El momento de desconcierto que siguió le dio a Osborn una fracción de segundo para percatarse de que el viejo empuñaba una pistola y tuvo el reflejo de apoyarle la CZ en el vientre y disparar a bocajarro. Corrió la media manzana hasta el hotel y entró a toda velocidad en la sala de recepción, justo en el momento en que Anna le daba a Holt el tiro de gracia. Al verlo, Anna se volvió y disparó una ráfaga en su dirección. Sin otra alternativa, Osborn permaneció donde estaba y apretó el gatillo. El primer disparo le dio a ella en el cuello y el segundo le rozó el cráneo y la hizo girar, lanzándola de cabeza contra la silla junto a Holt.

Con las orejas aún silbándole por el estruendo de los disparos, Osborn se volvió, impulsado por una intuición. En ese momento entraba Viktor por la puerta con la Kalashnikov por delante. Vio a Osborn pero no fue lo bastante rápido y Osborn le encajó tres tiros en el pecho antes de que pudiera cruzar el umbral. Durante un segundo, Viktor se quedó parado, inmóvil, sorprendido al reconocer a Osborn como autor de los disparos, sin sospechar que algo así pudiera suceder tan rápido. La mirada se trocó en expresión de incredulidad y cayó hacia atrás, intentó cogerse de la balastrada y desapareció por las escaleras hacia la calle.

En medio del penetrante humo de los disparos flotando en el aire, Osborn vio desaparecer a Viktor, volvió adentro y miró a su alrededor. Todo parecía distorsionado, como si hubiera penetrado en una estructura extraña y sangrienta. Holt estaba tendido de lado junto a la chimenea. Anna, su asesina, yacía boca abajo, casi arrodillada junto a él. Con la falda obscenamente levantada por encima de la cintura, quedaban al descubierto unas medias ajustadas a media altura y, más arriba, un muslo carnoso y blanco. La brisa fresca que entraba por la puerta intentaba limpiarlo todo pero no lo conseguía. En el transcurso de unos instantes, Osborn había matado a tres personas, una de ellas una mujer. Intentaba encontrarle un sentido sin lograrlo. Finalmente, en la distancia, oyó las sirenas.

En ese momento, como un latigazo, recuperó la noción de tiempo real.

Un sonido metálico a su derecha fue seguido de un ruido sordo. Osborn se volvió y vio que la puerta del ascensor se abría. Con el corazón en la boca retrocedió preguntándose si le quedaban balas. De pronto asomó una figura.

—*Halt!* —gritó intentando desesperadamente pensar en alemán, con el dedo apoyado en el gatillo y el siniestro cañón apuntando para disparar.

—¡Osborn, por todos los cielos! ¡No dispare! —escuchó el alarido de McVey y luego los vio salir tambaleándose del ascensor, con arcadas y tosiendo, luchando para respirar aire puro. McVey y Remmer ensangrentados, con la ropa hecha jirones y apestando a humo, salieron sosteniendo a Noble, horriblemente quemado y medio inconsciente.

Osborn se dirigió a ellos sin titubear. Miró a Noble más detenidamente y no pudo dejar de hacer una mueca.

—Déjenlo en una silla. Con cuidado.

McVey tenía los ojos irritados y al acercarse a Osborn le clavó la mirada.

—Haga sonar la alarma —dijo despacio, como para asegurarse de que le entendía—. La planta de arriba está en llamas.

CIENTO QUINCE

18.50

—Me encuentro muy a gusto esta noche —dijo Elton Lybarger, y sonrió amablemente a Von Holden y a Joanna, junto a él. Los tres viajaban en el coche en medio de una comitiva de tres limusinas negras Mercedes Benz blindadas que cruzaban Berlín una tras otra. Scholl y Uta Baur viajaban en el primer coche, y Salettl y los gemelos Eric y Edward en el último—. Estoy relajado y me siento seguro. Quiero agradecerérselo a los dos.

—Por eso estamos aquí, señor. Para que se sienta cómodo —dijo Von Holden cuando los coches viraron hacia Lietzenburgerstrasse y aceleraron en dirección al palacio de Charlottenburg.

Von Holden se sacudió una pelusa del brazo de su frac. Cogió el teléfono de la consola en el asiento trasero y marcó un número. Joanna le sonrió. Si Von Holden hubiese estado menos ausente, se habría percatado de su aspecto, porque Joanna se había arreglado para él. Su maquillaje era impecable y peinaba raya a la izquierda, y el pelo le caía como una cascada natural por el lado derecho del rostro poniendo de relieve el seductor vestido diseñado por Uta Baur en colores blanco y esmeralda, cerrado en el cuello y luego abierto nuevamente a la altura del esternón descubriendo la erótica de sus pechos. Llevaba una chaqueta corta de visón sobre los hombros y se podía decir que todo el conjunto le daba un aspecto concerniente al círculo de la aristocracia europea en el transcurso de aquella última noche.

Von Holden le devolvió un amago de sonrisa mientras el teléfono seguía sonando en el otro extremo. De pronto interrumpió una voz en alemán: «Por favor, vuelva a llamar más tarde. Este número no está disponible».

Von Holden dejó que el auricular resbalara entre sus dedos y colgó lentamente intentando simular tranquilidad. Volvió a pensar que debería haberse enfrentado más energicamente a Scholl, porque en ese momento su deber era estar al frente del operativo en el hotel Borggreve y no acompañando a Lybarger al palacio de Charlottenburg. Pero no había sido así y ahora nada podía cambiar las cosas.

A las tres de la tarde había puesto a punto los detalles finales de su plan con el equipo de la Stasi encargado de ejecutarlo: Cadoux, Natalia y Viktor Shevchenko. Luego se sumaron Anna Schubart y Wilhelm Podl, especialistas en explosivos y entrenados como terroristas en Libia, que habían llegado en tren desde Polonia.

Reunidos en la inmunda trastienda de un taller de reparación de motos cerca de Ostbahnhof, una de las dos grandes estaciones de ferrocarril de Berlín, Von Holden había utilizado fotos y dibujos del hotel Borggreve, uno de los edificios en las afueras de Berlín, propiedad de una compañía falsa. Planearon cuidadosamente la estrategia y

cronometraron su ejecución. El plan detallaba incluso la ropa que llevarían Anna y Wilhelm, disfrazado de anciano, y desde luego, las armas que usarían, el calibre de la carga explosiva y la manera de activar el detonante Semtex.

McVey y los demás se habían encontrado con una situación que no podían rechazar. Von Holden pensaba que llevaba la ventaja debido a lo que justamente Scholl había señalado, cosa que ya sabía él desde el principio, que si bien McVey y los otros eran eficientes, eran policías. Pensaban como policías y se preparaban como policías, con cautela pero a base de las medidas previsibles. Von Holden lo sabía porque muchos de sus hombres habían sido reclutados en las filas de la policía y, desde el principio, había comprendido que les faltaban recursos para entender la mentalidad de los terroristas, por lo que debían ser nuevamente preparados.

Una vez comprendido este principio, el proceso en sí mismo era simple. Cadoux los llamaría por teléfono y les daría la información suficiente para incriminarse y prometería la que necesitaban para inculpar a Scholl. Les diría que tenía miedo porque había traicionado a la Organización, daría una dirección como punto de reunión y luego colgaría.

Cuando ellos llegaran, él les daría la información que necesitaban, luego se disculparía para ir al baño. Sin confiar plenamente en él, harían que lo escoltara un agente, a lo que Cadoux no se opondría. Al salir de la habitación, Natalia activaría los explosivos por control remoto. Cadoux mataría, al hombre que lo acompañara y Natalia se encargaría de los policías que esperaban en el pasillo. Viktor, Anna y Wilhelm Podl se encargarían de quienes permanecieran en la entrada o fuera del edificio. Era una operación sumamente sencilla. Iban a conducir a sus víctimas a una pequeña encerrona y entonces los exterminarían.

A las cuatro menos cuarto en punto acabaron la reunión. Los demás volvieron al hotel y Von Holden llevó a Cadoux a la tienda de comestibles para que llamara por teléfono. Una vez hecha la llamada, fueron directamente al hotel, volvieron a revisar el plan y colocaron los explosivos. Von Holden les dijo a los demás que quería hablar en privado con Cadoux y cerró la puerta de la 412.

Von Holden quería que Cadoux se sintiese importante y que pensara que no le guardaban ningún rencor por el error cometido. Sabía cuánto significaba para él Avril Rocard. Von Holden le deseó buena suerte a Cadoux y cuando se dirigía a la puerta se percató de que olvidaba entregarle un arma. Abrió su maletín y sacó una pistola automática de nueve milímetros, una Glock 18 austriaca. La pistola podía modificarse en automática y llevaba un cargador de treinta y tres balas. A Cadoux se le iluminó el rostro al verla.

—Es una buena elección —recordaba Von Holden que le había dicho Cadoux.

—Una última cosa —dijo, antes de entregarle el arma—. *Mademoiselle* Rocard está muerta. La mataron en la granja en las afueras de Nancy.

—¿Qué? —rugió Cadoux, incrédulo.

—Es una lástima. Sobre todo desde mi punto de vista.

—¿Tu punto de vista? —inquirió Cadoux, lívido.

—Tenía que venir a Berlín invitada por mí. ¿Acaso no sabías que éramos amantes? A Avril le gustaba follar de verdad, y no esa cosa insoportable que tenía que tolerarte a ti.

Cadoux se abalanzó sobre él, cegado por la ira y dejando escapar un grito. Von Holden no hizo nada hasta que Cadoux estuvo frente a él. Luego sólo tuvo que levantar la Glock y disparar tres veces. El mismo cuerpo de Cadoux apagó la detonación, eliminando casi por completo el ruido de los tres balazos. Acto seguido, Von Holden lo dejó sentado sobre el sillón y salió.

En la distancia, y a medida que se acercaban, Von Holden veía la fachada iluminada de Charlottenburg. Volvió a coger el teléfono, marcó y esperó mientras sonaba. La respuesta era la misma, el número no estaba disponible. Colgó y miró hacia fuera. Sus instrucciones eran rigurosamente claras. Inmediatamente después de la detonación del Semtex y de lo que debería ser la operación de limpieza que le seguiría, los cuatro saldrían del hotel y escaparían en un furgón Fiat de color azul aparcado en diagonal frente al hotel. Deberían dirigirse al sur hasta que Von Holden los llamara al coche por teléfono y le informaran. Luego debían dejar el furgón en la Borussiastrasse, cerca del aeropuerto de Templehof, y separarse en direcciones diferentes. Hacia las diez de la noche, tenían que haber salido del país.

—¿Sucede algo, Pascal? —preguntó Joanna.

—No, nada —dijo él, y le sonrió.

Joanna le devolvió la sonrisa cuando cruzaban la verja de hierro de la entrada. Siguieron adelante sobre los adoquines de la entrada de Charlottenburg y rodearon la estatua ecuestre del Gran Elector Federico Guillermo I. Delante, Von Holden divisó la limusina de Scholl y luego a éste bajando junto a Uta Baur. Al cabo de un momento, su propio coche se detuvo. Se abrió la puerta y el corpulento guardaespaldas vestido de frac le tendió una mano a Joanna.

Tres minutos después los hicieron pasar a los aposentos históricos del palacio, a las lujosas dependencias de Federico I y su mujer, Sofía Carlota. De pronto, como un entusiasmado productor teatral, Scholl dejó a Lybarger, Edward y Eric en un rincón mientras intentaba localizar a un fotógrafo para que tomara unas cuantas fotos.

Von Holden se apartó con Joanna y le pidió que consiguiera un cuarto donde pudiera descansar Lybarger hasta que lo llamaran.

—¿Ha sucedido algo?

—No, no pasa nada. Ahora vuelvo —respondió él rápidamente. Y evitando encontrarse con Scholl, salió por una puerta lateral y se abrió camino entre el personal de servicio. Llegó hasta la zona de recepción, entró en uno de los salones e intentó comunicarse con el hotel Borggreve por radio. No había respuesta.

Apagó la radio, hizo una seña a uno de los guardias de seguridad y cruzó la gran

entrada para salir, mientras los demás invitados comenzaban a llegar. Vio al pequeño y barbudo Han Dabritz bajar de una limusina y tenderle la mano a una modelo negra, treinta años más joven que él, alta y exquisitamente delgada. Von Holden caminó por la zona oscura en dirección a la calle. Al cruzar la entrada vio a Konrad y Margarete Peiper en el asiento trasero de una limusina. Más atrás, una fila cerrada de coches esperaban entrar por la puerta principal. Si Von Holden enviaba a que fueran a buscar el suyo, tardarían al menos diez minutos. Pero diez minutos para esperar un coche era demasiado. Al otro lado de la calle vio a Gertrude Biermann bajar de un taxi y cruzar con paso firme hacia él, los tobillos demasiado gruesos como para pasar desapercibidos por debajo del abrigo militar. Al llegar a la entrada, su aspecto normal pero enérgico creó un pequeño revuelo entre los hombres de seguridad. Ella reaccionó del mismo modo y, además de su invitación, les enseñó su carácter. Enfrente, el taxi en el que había llegado permanecía junto a la acera, esperando volver a introducirse en el tráfico. Von Holden se acercó rápidamente, abrió la puerta trasera y subió.

—¿Adónde va? —preguntó el taxista en alemán, mirando sobre el hombro el flujo de faros que se acercaban, para luego acelerar con un chirrido de neumáticos.

Por la tarde, después de haber hecho el amor con Joanna en su habitación en la casa de Hauptstrasse, Von Holden se había quedado dormido de inmediato. Y aunque sólo habían sido unos minutos, fueron suficientes para que volviera la pesadilla. Aterrorizado, se había despertado con un grito, empapado en sudor. Cuando Joanna quiso ayudarlo, él la rechazó y prefirió darse una ducha de agua fría. El agua y la urgencia del tiempo no tardaron en reavivarlo y culpó al cansancio del asunto. Sin embargo mentía. El sueño era real. La *Vorahnung*, la premonición, había vuelto. La sintió no bien cogió el teléfono de la limusina y tuvo ese estremecimiento aterrador de que no contestarían. Incluso antes de llamar, sintió que algo había fracasado inexorablemente.

—Le he preguntado adónde quería ir —insistió el taxista—. ¿O prefiere que me ponga a dar vueltas hasta que se decida?

Von Holden miró al conductor por el retrovisor. Era joven, tendría unos veintidós años. Rubio y sonriente, mascaba chicle. ¿Cómo iba a saber aquel joven que su pasajero no podía tener más que un destino?

—Al hotel Borggreve —le ordenó.

CIENTO DIECISÉIS

Menos de diez minutos más tarde, al entrar a Borggrevestrasse, el taxi se detuvo bruscamente. La calle estaba cerrada por barreras y coches de la policía, camiones de bomberos y ambulancias. En la distancia, Von Holden veía las llamas elevándose hacia el cielo de la noche.

Era exactamente lo que tendría que haber visto si todo hubiera resultado como lo habían planeado. Pero al no poder entrar en contacto con el grupo de la operación, era imposible tener ninguna certeza sobre lo que había sucedido.

De pronto, a Von Holden le comenzó a palpar aceleradamente el corazón y sintió que lo bañaba un sudor húmedo. El pulso se le agitó aún más, como si le estuvieran apretando un nudo en el pecho. Aterrado, se debatió para respirar y apartó las manos a los lados pensando que se desmayaba y se desplomaría. En algún momento creyó oír al taxista preguntándole adónde quería ir entonces porque la policía estaba evacuando la zona.

Von Holden se llevó las manos al cuello y hurgó nerviosamente en el nudo de la corbata.

Finalmente logró sacársela y respiró agitadamente en busca de aire.

—¿Qué le pasa? —preguntó el chofer volviéndose hacia él y mirándolo por encima del hombro.

En ese momento, una ambulancia se detuvo a su lado y los destellos de las luces le hirieron los nervios ópticos como navajazos. Von Holden dejó escapar un grito y se desvió a un lado buscando la oscuridad.

De pronto sintió que se apoderaban de él.

Eran las monstruosas franjas verdes y rojas entrelazadas que ondulaban de arriba abajo en un ritmo perfecto... Como pistones gigantescos y demoníacos que le horadaban el centro del ser. A Von Holden se le pusieron los ojos en blanco y la lengua se le hundió en la garganta como si quisiera estrangularlo. No había tenido nunca la pesadilla durante la vigilia y jamás había sido tan violenta.

Seguro de que moriría si no salía del taxi, se abalanzó a la puerta. La abrió de un manotazo, se arrastró sobre el asiento y logró salir a respirar el aire de la noche.

—¡Ey! ¿Adónde va? —Gritó el taxista—. ¿Se cree que es gratis? —El joven sonriente que mascaba chicle se había convertido de repente en un capitalista feroz e indignado. Sólo entonces Von Holden se percató de que el taxista era en realidad una mujer. Llevaba el pelo bajo la gorra y una cazadora ancha de la que no se había percatado.

—¿Conoces la Behrenstrasse? —preguntó Von Holden respirando ruidosamente.

—Sí.

—Llévame al número cuarenta y cinco.

Los faros en dirección contraria iluminaban a los hombres en el interior del coche. Schneider conducía y Remmer iba a su lado. Osborn y McVey iban sentados atrás. Éste tenía el pómulo derecho y la mayor parte del labio inferior quemado en carne viva y le habían aplicado una pomada protectora. Remmer se había chamuscado el pelo hasta el cuero cabelludo y la mano izquierda se le había roto en varios puntos al desplomarse una parte del techo con la explosión. Osborn se la vendó cuando Remmer insistió en que mientras le quedaran fuerzas para caminar, la noche aún no había terminado. Uno de los enfermeros se llevó a Noble y lo trasladaron a una ambulancia. El fuego le había afectado las dos terceras partes del cuerpo y le habían inyectado un gota a gota intravenoso. Tenía que haber estado inconsciente y al borde de la muerte. Pero había abierto los ojos y con voz ronca, a pesar de la máscara de oxígeno, había logrado hablar.

—Explosivo plástico. Somos unos estúpidos... —murmuró. Y luego la voz se le transformó y habló con fuerza, indignado—. Cójalos. —La mirada se le volvió vidriosa—. Cójalos y destrócenlos.

Remmer se sujetó cuando Schneider giró bruscamente en una esquina, y miró a McVey.

—No lograremos coger a Scholl por sorpresa, ya lo sabes. Los de seguridad le avisarán en cuanto lleguemos.

McVey miraba hacia otro lado y no respondió. Noble tenía razón. Habían actuado como unos estúpidos cayendo en la trampa de aquella manera. Se habían dejado llevar por la impaciencia, sometidos a la presión del tiempo, intentando dar con Cadoux antes que la Organización. Mirándolo retrospectivamente, McVey pensaba que la situación era propia para responder con un destacamento de marines y no de policías, o al menos obtener la colaboración de un comando de operaciones estratégicas de la policía de Berlín. Pero no lo habían hecho, y de los cuatro, era Noble quien había pagado el precio más alto. Las muertes de los polis alemanes también lo indignaban. Pero no había nada que hacer en ese momento. El único consuelo, si es que lo había, era que la Organización también había tenido cuatro bajas. Era de esperar que la identificación de los cuerpos abriera nuevas puertas.

Remmer insistía en lo suyo.

—No sólo le informarán a Scholl sobre nosotros, sino que además no nos dejarán entrar. Nuestra orden de arresto sólo concierne a Scholl y ellos dirán que no incluye el recinto. No podemos ejecutar la orden de arresto si no llegamos hasta él.

—Diles que si intentan obstaculizarnos —dijo McVey, levantando la mirada—, le diremos al jefe de Bomberos que cierre el edificio. Si no da resultado, usa tu imaginación. Tú eres poli, ellos sólo son de seguridad. —Se volvió bruscamente a Osborn y se inclinó hacia él. Las quemaduras del rostro eran graves y dolorosas, pero en los ojos tenía un brillo vivaz e intenso. Hablaba rápidamente y con determinación—. Puede que Scholl lo niegue o que no le dé importancia, pero sabrá quién es usted

y sabrá que toda la historia empezó con el asunto de Albert Merriman en París. Supondrá que Merriman le habló a usted de él, y usted a mí. Lo que no sabrá o al menos no creo que sepa, es hasta dónde alcanzan nuestros conocimientos. Aunque su gente de seguridad lo ponga sobre alerta, se sorprenderá al vernos, porque nos cree muertos. También es lo bastante arrogante como para mostrarse molesto porque le estamos interrumpiendo la fiesta. Y yo cuento con eso. Por razones que no conocemos éste es un asunto muy importante para él y por eso intentará deshacerse de nosotros lo más rápido posible para volver a ocuparse de los invitados. Pero no lo dejaremos. Eso lo irritará aún más. Y luego, cuando hablemos cara a cara, se enfurecerá todavía más.

Osborn lo miró con expresión de duda.

—No le entiendo.

—Le diremos todo lo que sabemos sobre el asesinato de su padre, y el bisturí de su invención, y sobre los trabajos y los asesinatos de quienes murieron el mismo año que su padre. Le diremos unas cuantas cosas que no sabemos con certeza, aunque actuaremos como si así fuera. Tendremos que presionarlo lo suficiente para que se quiebre en algún punto. Apretarle tan fuerte que al final lo suelte todo y confiese haber contratado a un asesino. —McVey le lanzó una mirada a Remmer—. ¿Cuántas unidades de apoyo has pedido?

—Seis. Y hay otras seis más esperando instrucciones nuestras. Y tenemos un contingente uniformado si se da un motivo para una detención masiva.

—McVey —dijo Osborn—, cuando dice usted que le diremos incluso lo que no sabemos, ¿qué quiere decir?

—Supongamos que le decimos a *herr* Scholl que hemos buscado por cielo y tierra los antecedentes de su invitado de honor, *herr* Lybarger, y que no hemos encontrado nada. Que tenemos curiosidad por conocerlo. Él se negará por varias razones. Y entonces nosotros diremos, bueno, si no nos facilita los antecedentes, tendremos que suponer que no hemos encontrado nada porque el tipo ya ha muerto hace tiempo.

—¿Muerto? —preguntó Remmer desde delante.

—Sí. Muerto.

—¿Entonces quién está suplantando a Lybarger y por qué?

—Yo no he dicho que no fuera Lybarger. Sólo digo que la razón por la que no sabemos nada de él es que está muerto. Al menos, en su mayor parte...

Osborn sintió un escalofrío en la columna.

—¿Quiere decir que cree que es el resultado de un experimento con éxito? ¿Que se trata de la cabeza de Lybarger unida al cuerpo de otra persona, operado con técnicas de cirugía atómica en temperaturas de cero absoluto?

—No sé si lo creo, pero es una buena teoría, ¿no les parece? Aunque hubiera mentido, Cadoux nos aclaró la conexión cuando dijo que tenía información sobre la relación entre Scholl y Lybarger, y éste último con los cuerpos decapitados. ¿Por qué, si no, todo el misterio que rodea el infarto de Lybarger y su aislamiento con el doctor

Salett en Carmel y su larga recuperación en Nuevo México? Richman, el micropatólogo, dijo que si la operación se llevara a cabo tendría suturas invisibles, indetectables, como un injerto en un árbol. Ni siquiera su fisioterapeuta americana lo sabría. No tendría ni la más mínima idea, aunque desplegara toda la imaginación del mundo.

—McVey, creo que has visto demasiadas películas —dijo Remmer, encendiendo un cigarrillo y sosteniéndolo entre los dedos vendados—. ¿Por qué no le vendes el guión a un productor de cine?

—Me juego lo que quieras que eso es lo que dirá Scholl, pero de todos modos creo que deberíamos intentar probarlo o verificar que no es verdad.

—¿Cómo?

—Con las huellas dactilares de Lybarger.

Remmer lo miraba fijo.

—McVey, eso no es una teoría. De manera que así lo crees.

—No lo considero imposible, Manfred. Ya soy demasiado viejo. Puedo creer cualquier cosa.

—En caso de que consigamos las huellas dactilares de Lybarger, lo cual no será nada fácil, ¿de qué nos servirá? Si tu teoría de Frankenstein funciona y su cuerpo, desde los hombros hasta abajo, está enterrado quién sabe dónde, no tendríamos nada con qué compararlo.

—Manfred, si decidieras unir tu cabeza a otro cuerpo, ¿no elegirías un cuerpo mucho más joven?

—Este lado oscuro tuyo no lo conocía —dijo Remmer sonriendo.

—Piensa que no se trata de algo raro, sino de lo más común del mundo.

—Bueno... si yo... Sí, claro, un cuerpo más joven. Con mi experiencia, imagínate a todas las jovencitas guapas que me ligaría —dijo Remmer sin dejar de sonreír.

—Bueno, ahora permíteme que te diga que tenemos la cabeza congelada de un hombre de poco más de veinte años en una *morgue* de Londres. Se llama Timothy Ashford y es de Clapham South. En una ocasión se lió a hostias con unos polis de Londres, de modo que la policía tiene las huellas dactilares en sus archivos.

A Remmer se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Crees que las huellas de este Timothy Ashford podrían coincidir con las de Lybarger?

McVey se llevó una mano al rostro y se palpó la pomada que le cubría las quemaduras. Hizo una mueca de dolor y al retirar la mano vio una mezcla oscura de piel chamuscada y crema antiséptica.

—Esta organización se ha tomado mucho trabajo para que nadie se entere de lo que está sucediendo y ha muerto mucha gente a causa de ello. Sí, es una suposición, Manfred. Pero Scholl no lo sabrá, ¿no crees?

CIENTO DIECISIETE

Un número incalculable de obras de pintores románticos alemanes como Runge, Overbeck y Caspar David Friedrich cubrían las paredes de la galería de arte romántico de Charlottenburg. En sus melancólicos paisajes, los seres humanos aparecían retratados como insignificantes criaturas en contraste con el esplendor aplastante de la naturaleza.

Un cuarteto de cuerdas y un pianista se alternaban tocando sonatas y conciertos de Beethoven, proporcionando así tono y marcos apropiados a la reunión de las grandes figuras en homenaje a Elton Lybarger. Los grupos se entremezclaban y se discutía de política, de economía y del futuro de Alemania, mientras los camareros, vestidos de gala para la ocasión, se deslizaban entre ellos con succulentas bandejas de bebidas y canapés.

Salettl estaba solo, cerca de la entrada de la galería, testigo del torbellino humano. Por lo que observaba, casi todos habían respondido a la invitación y sonrió ante la constatación del resultado. Cruzó el salón y vio a Uta Baur junto a Konrad Peiper. Scholl reunido con Hilmar Granel, magnate de la prensa alemana, y Margarete Peiper escuchaba a su abogado americano, Louis Goetz, dictando cátedra en inglés. Cuatro palabras que Goetz dejó caer en pocos segundos desvelaban el contenido de su discurso. Hollywood. Productoras. Judíos.

Luego entró Gustav Dortmund con su esposa, una mujer de semblante serio y pelo canoso en un vestido largo de color verde oscuro cuya sencillez venía compensada por un despliegue deslumbrante de diamantes.

Scholl se dirigió casi inmediatamente junto a Dortmund y los dos se apartaron para conversar.

Salettl hizo una seña a un camarero, se sirvió una copa de champán y miró su reloj. Eran las ocho menos ocho de la noche. A las ocho y cinco, se conduciría a los invitados por la gran escalera hasta la galería dorada, donde se serviría la cena. A las nueve, se disculparía y se dirigiría al mausoleo, y revisaría los últimos preparativos de Von Holden para el protocolo exclusivo que tendría lugar después del discurso de Lybarger. Hacia las nueve y diez, Salettl se dirigiría a las dependencias de Lybarger, donde éste, en compañía de Joanna, Eric y Edward, se encontraría en las etapas finales de sus preparativos.

Se apartaría con Joanna y le diría que su tarea había terminado y la despediría. Luego le ordenaría a un chofer que la sacara inmediatamente del palacio. Eso significaba que, después de que Joanna se marchara y con excepción del equipo de seguridad rigurosamente seleccionado, el edificio entero se vería libre de la presencia de personas ajenas. A las nueve y cuarto, Lybarger haría su aparición en la galería dorada. Su discurso debía concluir a las nueve y media y todo habría terminado hacia las diez menos cuarto de la noche.

Behrenstrasse era una calle de pequeñas casas alineadas junto a árboles centenarios y nobles. Una pareja que paseaba después de la cena pasó bajo una farola que los iluminó y luego siguieron, en el momento en que el taxi de Von Holden se detenía delante del número cuarenta y cinco.

Le dijo a la taxista que esperara, se bajó, cruzó la puerta de una verja de hierro y subió rápidamente las escaleras del edificio de cuatro pisos. Tocó el timbre, se apartó unos pasos y miró hacia arriba. El cielo claro de la tarde se había cubierto y el informe meteorológico anunciaba llovizna y niebla por la noche. Era una mala señal. Con la niebla, los aviones no podrían despegar y Scholl debía salir esa misma noche a su hacienda en Argentina, inmediatamente después de la ceremonia de Charlottenburg. De todas las noches posibles, ése era el peor momento.

Se oyó un ruido seco y la puerta se abrió repentinamente. Un anciano sumamente delgado de unos sesenta años lo miró por la abertura.

—*Guten Abend* —dijo cuando reconoció a Von Holden, y se apartó para dejarlo entrar.

—Buenas noches, *herr* Frazen.

Dos mujeres y un hombre, todos de la edad de Frazen, levantaron la mirada de una mesa donde jugaban a las cartas cuando pasó Von Holden y desapareció por el pasillo. Las mujeres dejaron escapar una risilla infantil en reconocimiento a lo elegante que estaba Von Holden vestido de frac. Los hombres les dijeron que se callaran y que no tenían por qué opinar sobre el traje de Von Holden ni sobre lo que hiciera allí a aquellas horas de la noche.

Al final del pasillo, Von Holden abrió una puerta y entró en un pequeño estudio revestido de madera. Cerró rápidamente la puerta, echó la llave y se dirigió a un gran reloj de pie en el rincón, detrás de un escritorio macizo. Abrió el reloj, sacó la llave de la cuerda y la introdujo en un agujero casi imperceptible, situado en el lado izquierdo. La giró un cuarto de vuelta y se abrió por ese lado dejando al descubierto una puerta de acero inoxidable pulida y brillante con un tablero digital encastrado en el rincón superior derecho. Como ante un cajero automático, Von Holden introdujo su código. La puerta se abrió inmediatamente y apareció un pequeño ascensor. Von Holden entró, la puerta se cerró y la cubierta de madera volvió a su lugar.

El ascensor bajó durante tres minutos. Al detenerse, Von Holden salió a una gran habitación rectangular, a cien metros bajo la superficie de la Behrenstrasse. La habitación estaba totalmente vacía. El suelo, el techo y las paredes estaban contruidos con el mismo material, módulos cuadrados de mármol negro de treinta centímetros de espesor y de metro y medio de lado.

Al otro extremo de la habitación había un tablero luminoso de acero que parecía una especie de escultura abstracta. Los pasos de Von Holden resonaron en el suelo cuando se acercó. Llegó y se plantó directamente enfrente.

—Lugo —dijo, y pulsó los diez números de su identificación seguido de «Bertha», el nombre de su madre.

A su izquierda se abrió uno de los cuadrados y Von Holden penetró por un pasillo escasamente iluminado. Al igual que la habitación exterior, éste también estaba recubierto de mármol. La única diferencia era que en lugar del negro brillante de afuera, el mármol del pasillo era de un azul blanquecino, lo cual producía un efecto casi etéreo. El pasillo medía cerca de sesenta metros y no tenía puertas, no comunicaba con otros pasillos ni albergaba ninguna decoración. Al final había otro ascensor. Von Holden comunicó verbalmente el mismo número de identificación, aunque esta vez añadió un segundo: 86 672.

Ciento cincuenta metros más abajo, el ascensor se detuvo.

—Lugo —repitió Von Holden, la puerta se abrió y él entró en «*das Garten*», el Jardín, un lugar conocido por sólo una docena de personas. Cada vez que llegaba a ese punto, Von Holden sentía que entraba en el escenario de una película de ciencia ficción. Incluso la entrada a través de la vieja casa particular, la puerta oculta y el panel corredero, parecían salidos de un antiguo melodrama teatral.

Sin embargo, a pesar de ese despliegue fantástico, no era un estudio de cine. Diseñado en 1939, la construcción original databa de entre 1942 y 1944, cuando el espionaje antinazi comenzaba a infiltrarse a los niveles más altos en el Estado mayor del ejército alemán y los bombarderos aliados penetraban cada vez más profundamente en el corazón del Tercer Reich.

La existencia de *das Garten*, con su nombre sencillo e inocuo, era tan secreta que al comienzo de su construcción se cavó un túnel lateral a partir de una línea de metro cercana, cerrada luego por reparaciones. La tierra excavada de los huecos del ascensor, los pasillos y las habitaciones fue transportada hasta la línea de metro por vagones mineros sobre los raíles. Los equipos, los trabajadores y los materiales fueron trasladados por el mismo medio.

A pesar de que habían participado cuatrocientos hombres en la construcción, en turnos de veinticuatro horas durante veintiún meses, nadie, ni los habitantes de la Behrenstrasse ni el resto de la población de Berlín, se enteró de lo que estaba sucediendo bajo sus pies. Como precaución final, los cuatrocientos hombres que lo habían construido, arquitectos, ingenieros y obreros, fueron gaseados y enterrados bajo los mil metros cúbicos de cemento en la base del segundo ascensor mientras bebían champán y celebraban el final de los trabajos.

A los parientes que inquirieron sobre su desaparición, se les dijo que habían caído víctimas de los bombardeos de los aliados. Los que persistieron en su investigación fueron eliminados. Más tarde, a lo largo de los años, con los adelantos electrónicos y estructurales, el pequeño número de diseñadores, ingenieros y obreros empleados rigurosamente seleccionados, sufrieron la misma suerte, aunque con métodos mucho más particulares y clandestinos. Un accidente de coche, una muerte por descarga eléctrica, un envenenamiento fortuito, un lamentable accidente de caza. Métodos

trágicos pero comprensibles.

Así, con la excepción de un puñado selecto de altos mandos nazis que sabían de su existencia, la gigantesca obra de *das Garten* sencillamente no existía. Y ahora, casi medio siglo después, con la excepción de Scholl, Von Holden y los pocos cabecillas de la Organización, nadie sabía aún de su existencia.

Se abrió una puerta frente a donde se encontraba y Von Holden accedió por un largo pasillo tubular forrado con miles de baldosas de cerámica. Eran las ocho y diez. Cualquiera que hubiera sido el resultado de la operación en el hotel Borggreve, tenía que olvidarse. Más allá de lo que había visto, no contaba con información. Por lo tanto, no podía hacer más que seguir las instrucciones como se le había ordenado.

En la mitad del pasillo se detuvo frente a una puerta de baldosas de cerámica roja fundidas con titanio. Deslizó los dedos sobre una superficie cuadrada con relieves al estilo de la escritura Braille y pulsó un código de cinco números, y esperó a que una luz encima del cuadrado se mostrara verde. Entonces introdujo tres números más. La luz verde se apagó y se elevó una puerta del suelo. Von Holden se agachó y al cruzar el umbral, la puerta volvió a cerrarse a su espalda.

Pasó un rato largo antes de que se acostumbrara al azul plateado casi translúcido de la habitación. Y aun así, parecía faltarle el sentido del espacio o de la profundidad, como si hubiera entrado en un lugar desprovisto de existencia, como el fragmento de un sueño.

Directamente enfrente vio el vago perfil de una muralla. Más allá estaba el sector F, el cubículo más secreto de *das Garten*, pequeño y cuadrado, protegido por arriba, por abajo y por los cuatro costados por bloques de acero de titanio de medio metro con refuerzos de capas de tres metros de hormigón, laminados cada sesenta centímetros con una materia gelatinosa diseñada para mantener la estabilidad del cuarto interior aunque se viera sometido a la explosión directa de una bomba de hidrógeno al nivel de la superficie o a un terremoto de diez grados.

—Lugo —dijo Von Holden en voz alta, esperando que su impronta de voz fuera reducida digitalmente y coincidiera con la original de los archivos. Un momento después se abrió un panel en la muralla y apareció una pantalla translúcida de vidrio verde.

—*Zehn... Sieben... Sieben... Neun... Null... Null... Neun... Null... Vier* (diez, siete, siete, nueve, cero, cero, nueve, cero, cuatro) —moduló con precisión. Pasaron tres segundos y en la pantalla aparecieron unas letras negras.

*Letzte Mitteilung/Leiter der Sicherheit
Freitag/Vierzehn/Oktobre*

Memorándum final/Director de Seguridad
Viernes/14/octubre

Luego las letras desaparecieron. Von Holden se inclinó y apoyó con fuerza las dos manos en el cristal y retrocedió. El vidrio se oscureció de inmediato y el panel se cerró. En diez segundos, sus huellas dactilares fueron identificadas. Al cabo de otros siete segundos apareció en el suelo un dibujo de puntos azul oscuro que conducía al centro de la habitación hasta formar un cuadrado perfecto de ochenta centímetros de lado.

—Lugo —volvió a ordenar Von Holden. Desapareció el cuadrado y emergió una plataforma del suelo. Encima, en el interior de un receptáculo de vidrio, había una maleta de color gris metálico fabricada con un compuesto de fibras de carbono, polímeros de cristal líquido y Kevlar. Medía sesenta y cinco centímetros de alto por un metro de largo y ancho. Era la razón por la que Von Holden había venido, el objeto que sería presentado a los más selectos en la ceremonia del mausoleo de Charlottenburg después del discurso de Elton Lybarger.

Desde el comienzo, había sido bautizado como *Übermorgen*, «pasado mañana». Era una visión y un sueño a la vez, ahora y en el pasado, el centro de todo, el medio que impulsaría a la Organización, del siglo XXI en adelante. Y una vez que saliera de *das Garten*, Von Holden debía proteger aquello con su propia vida.

CIENTO DIECIOCHO

La taxista de veintiún años que Von Holden había dejado esperando fuera en el número 45 de la Behrenstrasse se llamaba Greta Stassel. Había visto que su pasajero miraba su carné de conducir y se preguntó si recordaría su nombre. Lo dudaba. El hombre parecía turbado, pero Greta lo encontraba sexy y ahora, mientras pensaba cómo ayudarlo a solucionar su problema, vio que de pronto las luces de las farolas oscilaron y se apagaron.

Greta se sobresaltó cuando una silueta salida repentinamente de la oscuridad golpeó en la ventanilla. Al cabo de un instante lo reconoció y le oyó decir que tenía que meter algo en el maletero. Cogió las llaves del contacto, bajó y fue a la parte de atrás. Sí, era sexy y muy guapo, y parecía tranquilo, de modo que tal vez ni siquiera tuviera problemas.

—Démelo —precisó abriendo el maletero.

Por un momento Von Holden se turbó y pensó que nunca había visto una sonrisa tan bella. Greta miró el paquete de plástico blanco sobre la acera. El brillo rojo de las luces traseras del coche iluminaron el rótulo impreso en la cara de arriba y en los lados: Frágil: instrumentos médicos.

—Lo siento, no se trata de eso —dijo Von Holden cuando ella fue a cogerlo.

Ella se volvió, con un gesto de sorpresa pero sin dejar de sonreír.

—¿No quería dejarlo en el maletero? —preguntó.

—Sí.

Greta aún sonreía cuando la bala de nueve milímetros del Glock le penetró el cráneo a la altura de la nariz. Von Holden la cogió en el momento en que las piernas le flaqueaban. La llevó en brazos y la metió en el maletero en posición fetal. Cerró la tapa, buscó las llaves, dejó la caja en el asiento delantero, encendió el motor y partió. Media manzana más allá, giró hacia la Friedrichstrasse generosamente iluminada. Buscó el carné donde la taxista anotaba las carreras, arrancó la última página y se la metió en el bolsillo. El reloj del tablero marcaba las ocho y media.

A las ocho y treinta y cinco de la noche, Von Holden cruzaba la oscura explanada del Tiergarten en la Strasse 17 Juni, a cinco minutos de Charlottenburg. No le preocupó el cuerpo de la taxista allí en el maletero. No significaba nada matarla. Había sido sencillamente un medio necesario para alcanzar un fin.

Übermorgen, la culminación de todo, permanecía meciéndose suavemente en el maletín blanco a su lado. Su presencia le aligeraba el corazón y le infundía valor. Después de haber llamado por radio otras dos veces a los hombres de la operación y no obtener respuesta, Von Holden consideraba que las cosas estaban tomando buen rumbo. Los despachos de los enviados a la escena de la catástrofe del hotel

Borggreve reportaban la muerte de al menos tres miembros de la Policía Federal en un tiroteo, en medio de una explosión que había provocado un incendio. Los bomberos habían extraído de los escombros dos cuerpos quemados más allá de todo reconocimiento posible. Otros dos cuerpos aún no habían sido identificados. Una organización terrorista había llamado a la policía reivindicando el atentado. Von Holden se relajó y se reclinó en el asiento respirando profundo ante el giro de los acontecimientos. Su ansiedad era infundada y la operación se llevaría a cabo según los planes.

A un kilómetro y medio de allí, las limusinas estacionadas formaban una hilera a lo largo de Spandauer Damm, frente a Charlottenburg, y los chóferes se juntaban en corros, fumando y charlando, con los cuellos hasta arriba y las gorras hasta abajo para protegerse del frío que traía la espesa niebla.

En la acera, justo enfrente de la calle, Walter van Dis, un guitarrista holandés de diecisiete años, con una cazadora de cuero y el pelo hasta la cintura, observaba el palacio junto a una multitud de espectadores. No sucedía nada especial, pero ellos seguían mirando, entretenidos por el espectáculo de un lujo que no llegarían a conocer a menos que el mundo sufriera cambios radicales.

El ruido sordo de puertas de coches que se cerraban lo distrajo y cambió ligeramente de posición para ver qué sucedía. Cuatro hombres acababan de bajar de un coche y cruzaban la calle en dirección a la puerta de entrada de Charlottenburg. Von Holden se refugió inmediatamente en la sombra y al mismo tiempo se tapó la boca con la mano.

—Walter —dijo en un pequeño micrófono.

Un momento después sonó la radio de Von Holden. La encendió con un gesto de impaciencia esperando oír la voz de uno de los miembros del comando del hotel Borggreve. Al contrario, oyó retazos de una agitada discusión entre Walter y varios hombres de Seguridad pidiéndole detalles. ¿De qué hombres hablaba? ¿Estaba seguro de cuántos eran? ¿Qué aspecto tenían? ¿De dónde venían?

—¡Aquí Lugo! —dijo Von Holden enérgico—. Despejad la línea para Walter.

—Aquí Walter.

—¿Qué has averiguado?

—Cuatro hombres. Acaban de bajar del coche y se acercan a la entrada. Por la descripción, uno de ellos parece el americano Osborn. Otro puede ser McVey.

Von Holden lanzó una imprecación por lo bajo.

—¡Detenlos en la entrada! ¡No los dejes entrar bajo ninguna circunstancia!

De pronto oyó a un hombre identificarse como el inspector Remmer de la BKA y luego decir que tenía asuntos policiales que tratar en el palacio. Reconoció la voz de Pappen, el jefe de Seguridad, plantarle cara. Aquello era una reunión privada, con guardias de seguridad privados. La policía no tenía nada que hacer allí. Remmer dijo que tenía una orden de arresto para Erwin Scholl. Pappen dijo que jamás había oído hablar de Erwin Scholl y que a menos que Remmer tuviera una orden para entrar en

la propiedad, no se le dejaría entrar.

McVey y Osborn cruzaron la explanada de adoquines tras Remmer y Schneider en dirección a la entrada del palacio. Cuando ni siquiera la amenaza de que el jefe de Bomberos cerraría el edificio disuadió a la guardia, Remmer llamó por radio a tres unidades de apoyo. Llegaron al cabo de unos segundos entre los destellos de las luces. El jefe de Seguridad y su ayudante fueron detenidos por oponer resistencia a una operación de la policía.

Von Holden aceleró en medio del tráfico y llegó en medio de la confusión creada por la iniciativa de Remmer, en el momento en que Pappen y su ayudante eran arrastrados hasta un coche de policía y luego desaparecían. Se bajó del taxi y permaneció junto a él mientras el resto de su equipo de seguridad se apartaba para dejar a los intrusos cruzar la entrada principal y entrar en el edificio.

Scholl se pondría furioso, pero él mismo se lo había buscado. Von Holden se dio cuenta que debía haber discutido con más insistencia y convicción, pero no había sido así y eso hacía la verdad mucho más amarga.

Ahora no le cabía ninguna duda, estaba absolutamente convencido de que de haber estado él en el hotel Borggreve, ni Osborn ni McVey estarían en ese momento en Charlottenburg.

CIENTO DIECINUEVE

Con una gran sonrisa hollywoodiense, Louis Goetz bajó por la gran escalera hasta los hombres que lo esperaban en la entrada.

—Inspector McVey —saludó, identificando enseguida a McVey y tendiéndole la mano—. Soy Louis Goetz, el abogado del señor Scholl. ¿Qué le parece si vamos a algún lugar donde podamos hablar?

Los condujo por un laberinto de pasillos hasta una amplia galería y cerró la puerta. La sala tenía un suelo de mármol gris y en los extremos había sendos enormes hogares contruidos con el mismo material. En una de las paredes colgaban varios tapices y, en el lado opuesto, unas puertas de estilo francés daban a un pequeño jardín iluminado que se desdibujaba en la oscuridad. Por encima de la puerta por la que habían entrado colgaba un retrato datado en 1712 de la propia Sofía Carlota, reina de Prusia, una mujer corpulenta y de doble papada.

—Siéntense, caballeros —invitó Goetz, y señaló unas sillas de respaldo alto en torno a una mesa larga—. Jolines, inspector, qué desastre. ¿Qué le ha sucedido? —preguntó observando las quemaduras de McVey.

—Es que no tomé las debidas precauciones cuando se me ocurrió ver lo que se estaba cocinando —respondió McVey sin inmutarse, y se acomodó en una de la sillas—. Los médicos opinan que viviré.

Osborn y Remmer se sentaron frente a McVey. Schneider permaneció cerca de la puerta. No querían que aquello pareciera una invasión de policías.

—El señor Scholl había acordado una reunión con usted más temprano. Estará ocupado el resto de la noche. Y después partirá inmediatamente a Sudamérica —explicó Goetz sentándose en la cabecera de la mesa.

—Señor Goetz, sólo queremos verlo unos minutos antes de que se marche —puntualizó McVey.

—Esta noche será imposible, inspector. Puede ser cuando vuelva a Los Ángeles.

—¿Cuándo será eso?

—En marzo del próximo año —contestó Goetz, y sonrió como si se hubiese marcado un punto. Pero enseguida levantó una mano—. Oiga, es verdad. No tengo la intención de hacerme el listillo.

—Entonces, supongo que será mejor que lo veamos ahora mismo. —McVey hablaba en serio y Goetz lo sabía.

El abogado se reclinó bruscamente en su asiento.

—¿Sabe usted quién es Erwin Scholl? ¿Sabe con quién está reunido en este momento allá arriba? —Preguntó mirando el techo—. ¿Qué diablos se cree, que va a dejar lo que está haciendo para bajar a hablar con usted?

Desde arriba llegaron los acordes de una orquesta tocando un vals de Strauss. A McVey le recordó la radio en la habitación donde encontraron a Cadoux. Le lanzó

una mirada a Remmer.

—Creo que el señor Scholl tendrá que cambiar de planes —dijo Remmer, y dejó caer la orden de arresto sobre la mesa frente a Goetz—. O baja ahora y habla con el inspector McVey o irá a la cárcel. Ahora mismo.

—¿Qué significa esto? ¿Con quién coño se creen que están tratando? —Goetz estaba fuera de sus casillas. Cogió la orden de arresto, la miró y la volvió a tirar sobre la mesa, irritado. Estaba redactada en alemán.

—Con un poco de colaboración, tal vez le ahorremos muchas molestias a su cliente. Incluso puede que le permitamos seguir normalmente su programa —repuso McVey, y se removió en la silla. El efecto del analgésico que le había administrado Osborn comenzaba a desvanecerse, pero no quería otra dosis, temiendo que lo debilitara y le hiciera perder el control—. ¿Por qué no va y le pide que baje unos minutos?

—¿Por qué no me explica usted de qué coño se trata?

—Preferiría discutir eso con el señor Scholl dentro de un momento. Desde luego, usted tiene el derecho de estar presente. De otra manera, acompañemos al inspector Remmer y sostendremos la conversación en un ambiente mucho menos histórico.

Goetz sonrió. Se encontraba frente a un tipo que pertenecía a otra clase social y que estaba fuera de su país, intentando jugar al policía duro con uno de los hombres más influyentes del mundo. El problema era la orden de arresto, algo que nadie había previsto, sobre todo porque nadie habría creído a McVey capaz de convencer a un juez alemán de que la extendiera. Los abogados alemanes de Scholl se encargarían de todo nada más se les notificara. Pero para eso debían contar con tiempo, algo que McVey no estaba dispuesto a otorgar. Había dos maneras de abordar el asunto. Decirle a McVey que se jodiera o ser más contemporizador y pedirle a Scholl que bajara para soltar unas cuantas amabilidades. Luego esperarían que todo se calmara lo suficiente hasta que pudieran llegar los abogados alemanes.

—Veré lo que puedo hacer —dijo levantándose. Le lanzó una mirada rápida a Schneider, que permanecía junto a la puerta, y salió.

McVey miró a Remmer.

—Podría ser el momento adecuado para encontrar a Lybarger.

Von Holden entró con el taxi a una calle residencial oscura, a un kilómetro y medio de Charlottenburg. Encontró un hueco, aparcó y apagó las luces. La calle estaba tranquila. Con la niebla y la humedad, la gente se quedaba en casa. Abrió la puerta, bajó y miró a su alrededor. No había nadie. Sacó el maletín blanco de plástico, ajustó una correa de nailon a los ganchos en la parte superior y se lo colgó en bandolera. Tiró las llaves dentro del taxi, lo cerró y se alejó.

Diez minutos más tarde divisó Charlottenburg. Cruzó un puente peatonal sobre el río Spree en Tegeler Weg y se acercó a una puerta de servicio en la parte posterior de

los jardines del palacio. En la distancia, divisaba las luces titilando a través de la niebla, que se había hecho más espesa durante la última hora. Los aeropuertos habrían anulado los vuelos, y a menos que la temperatura cambiara no habría vuelos hasta la mañana.

Uno de los guardias en la entrada de servicio lo dejó pasar y Von Holden siguió por un sendero flanqueado por castaños. Cruzó un segundo puente, continuó por un camino bordeado de pinos hasta un cruce donde giró a la izquierda y se acercó al mausoleo.

—Son las nueve de la noche. ¿Dónde has estado? —le espetó Salettl desde la oscuridad, y Von Holden lo vio aparecer directamente frente a él. Delgado y envuelto en una capa oscura, sólo se le veía el cráneo en medio de la noche.

—Ha llegado la policía. Tienen una orden de arresto para Scholl. —Salettl se acercó. Von Holden podía verle las pupilas, algo más grandes que un punto y se percató de que tenía el cuerpo tenso, como si se hubiera inyectado una sobredosis de anfetaminas.

—Ya lo sé —respondió Von Holden.

Salettl dirigió una mirada al maletín blanco que Von Holden llevaba colgando del hombro.

—Lo tratas como si fuera una cesta de merienda.

—Lo siento. No había otra manera.

—Entretanto, la ceremonia aquí en el mausoleo se ha postergado.

—¿Quién ha dado la orden?

—Dortmund.

—Entonces volveré a *das Garten*.

—Tus órdenes consisten en esperar en los apartamentos reales hasta nuevo aviso.

El manto de niebla giraba en torno a los rododendros púrpuras junto al camino donde se encontraban. Más allá se divisaba el mausoleo entre los árboles que lo protegían como el vórtice de una pesadilla gótica. Von Holden se sintió atraído hacia el lugar como si una mano invisible lo empujara. Y entonces reaparecieron las espesas cortinas rojiverdes de la aurora, colosales, ondulando lentamente, amenazando con absorber el núcleo de su ser.

—¿Qué sucede? —preguntó Salettl cortante.

—Es que...

—¿Te encuentras mal? —volvió a inquirir Salettl irritado.

Von Holden luchaba para librarse y negó con la cabeza. Luego respiró profundamente el aire frío. La aurora desapareció y la visión se aclaró.

—No —dijo brusco.

—Entonces, ve a los apartamentos reales como te han ordenado.

CIENTO VEINTE

20.57

Joanna cepillaba las pelusas al frac azul de Elton Lybarger y pensaba en su cachorro, probablemente sobre el Atlántico, de regreso a la perrera del aeropuerto de Los Angeles, donde lo guardarían hasta que fuera a buscarlo. De pronto se oyó un golpe seco en la puerta y entraron Eric y Edward seguidos de Remmer y Schneider. Detrás, los guardaespaldas de Lybarger vestidos de frac, seguidos de otros dos hombres con brazaletes que los identificaban como guardias de seguridad.

—Tío —dijo Eric con tono paternalista—. Estos hombres quieren verte un momento. Son policías.

—*Guten Abend* —dijo Lybarger, y sonrió. En ese momento se disponía a tomar una dosis de vitaminas. Se las metió en la boca, una por una, y las tragó con pequeños sorbos de un vaso de agua.

—*Herr Lybarger* —pronunció Remmer—, disculpe la intrusión. —Sonriente y correcto, pero sin ceremonias, Remmer le lanzó una mirada escrutadora, rápida y certera. Calculó que pesaba poco más de sesenta y cinco kilos y medía cerca de un metro setenta, se sostenía derecho y parecía físicamente en buena forma. Llevaba una camisa con un peto duro, con gemelos en los puños y en el cuello un corbatín blanco. A ojos de todo el mundo, su aspecto era el de un hombre entre los cincuenta y cincuenta y cinco años, que gozaba de buena salud y se disponía a hablar ante un público importante.

Terminó de ingerir las vitaminas y se volvió.

—Por favor, Joanna. —Y ella lo ayudó a ponerse el chaqué.

Remmer reconoció de inmediato a Joanna como la mujer que aparecía en la ventana de la casa de Hauptstrasse, identificada por el FBI como la fisioterapeuta de Lybarger, Joanna Marsh de Taos, Nuevo México. Esperaba encontrar al otro hombre del vídeo, del que Noble sospechaba que perteneciera a la Spetsnaz y a quien vieran bajando del BMW. Pero no estaba entre los hombres presentes en la habitación.

—¿Qué significa esto? —Preguntó Eric—. Mi tío está a punto de dar un discurso muy importante.

Remmer se volvió y avanzó hasta el centro de la habitación, atrayendo deliberadamente la atención de Eric y Edward y de los guardaespaldas. En ese momento, Schneider se apartó, miró a su alrededor y entró en el baño. Al cabo de unos segundos volvió a salir.

—Nos informaron que podían suscitarse problemas con la seguridad personal del señor Lybarger —dijo Remmer.

—¿Qué problemas? —preguntó Eric.

Remmer sonrió, relajado.

—Ya veo que no hay problemas. Lamento haberlos molestado, señores. *Guten Abend* —contestó, y se volvió mirando a Joanna. Se preguntaba lo que sabría ella de todo aquello, cuán implicada podía encontrarse. —Buenas noches— saludó en tono cortés, y él y Schneider salieron de la habitación.

CIENTO VEINTIUNO

21.00

McVey y Scholl se miraban cara a cara en silencio. El calor de la habitación había convertido la pomada que cubría el rostro de McVey en un líquido aceitoso, dándole a sus quemaduras un aire aún más grotesco.

Un momento antes, Louis Goetz había aconsejado a Scholl que no dijera una palabra más hasta que llegaran sus abogados criminalistas y McVey había respondido que si bien Scholl tenía todo el derecho de permanecer callado, el hecho de que no colaborara con una investigación policial no sería un antecedente positivo cuando el juez tuviera que tomar la decisión de dejarlo en libertad bajo fianza o no. Sin embargo, agregó, incluso un hombre tan distinguido como Scholl puede ser detenido como sospechoso de asesinato y extraditado a Estados Unidos.

—¿Qué quiere decir con esta tontería? —Le espetó Goetz—. Usted no tiene ninguna autoridad aquí. El hecho de que el señor Scholl haya dejado a sus invitados para reunirse con usted ya es suficiente demostración de colaboración.

—Si nos relajamos, puede ser que acabemos y nos vayamos a casa —espetó McVey dirigiéndose tranquilamente a Scholl e ignorando a Goetz—. Todo esto es tan desagradable para mí como para usted. Además, estas quemaduras me están matando y ya veo que usted también quiere atender a sus invitados.

Scholl había dejado su lugar más por curiosidad que bajo la amenaza de arresto de McVey. Se detuvo brevemente para poner a Dortmund al tanto de lo que sucedía y le dijo que buscara un teléfono y contactara inmediatamente con un equipo de abogados criminalistas. Había abandonado la galería dorada por una puerta lateral para bajar las escaleras cuando Salettl, fuera de sí, lo llamó para preguntarle adónde iba y cómo se atrevía a dejar a sus invitados en un momento como aquél. Eran las nueve menos diez y faltaban veinticinco minutos para que Lybarger hiciera su aparición.

—Voy a ver a un policía, un hombre que, al parecer, lleva una vida apasionante —contestó sonriendo con arrogancia—. Tenemos tiempo de sobra, mi querido doctor, tenemos tiempo de sobra.

Bronceado e impecable en su frac a medida, Scholl se comportó con suma deferencia al entrar y aún más cuando McVey le presentó a Osborn. Escuchó atentamente haciendo todo lo posible para ser directo en sus respuestas, a pesar de que parecía auténticamente extrañado a tenor de las preguntas que le hacían, incluso cuando McVey le citó sus derechos como ciudadano americano.

—Repasémoslo una vez más —insistió McVey—. El padre del doctor Osborn fue asesinado en Boston el 12 de abril de 1966 por un hombre llamado Albert Merriman.

Este hombre era un asesino a sueldo y, hace una semana en París, el doctor Osborn lo encontró y Merriman confesó el asesinato y que lo había contratado usted para matar al padre de Osborn. Su respuesta, señor Scholl, es que no ha conocido ni ha oído hablar de Albert Merriman.

Scholl estaba sentado y permanecía inmutable.

—Así es —dijo.

—Si no conocía a Merriman, ¿conocía a George Osborn?

—No.

—¿Entonces, por qué había de contratar a un hombre para matar a alguien a quien ni siquiera conoce?

—McVey, ésa es una cabronada de pregunta y usted lo sabe muy bien —intervino Goetz, a quien no le agradaba que Scholl le estuviera dando a McVey una oportunidad para seguir interrogándolo.

—Inspector McVey —dijo Scholl tranquilamente sin dirigirle ni una mirada de reojo a Goetz—. Yo no he contratado a nadie para cometer un asesinato. La idea misma es indignante.

—¿Dónde está ese Albert Merriman? Me gustaría conocerlo —intervino Goetz.

—Ese es uno de nuestros problemas, señor Goetz. Está muerto.

—Entonces no tenemos nada más de qué hablar. Su orden de arresto no es más que una mierda, igual que usted. A eso se le llama rumores de un hombre muerto —espetó, y se incorporó—. Señor Scholl, hemos terminado aquí.

—Goetz, el problema es que... Albert Merriman fue asesinado.

—¿Y a mí, qué?

—Yo se lo diré. El hombre que lo mató también fue contratado para ello. Y también por el señor Scholl. Se llamaba Bernhard Oven —respondió McVey, y lanzó una mirada a Scholl—. Oven pertenecía a la policía secreta de Alemania del Este antes de trabajar para usted.

—No he oído hablar de ese Bernhard Oven, inspector —objetó Scholl, con tono neutro. Encima de la chimenea, sobre el hombro de McVey, un reloj marcaba las nueve y catorce. Faltaba un minuto para que se abrieran las puertas de la galería dorada y entrara Lybarger. Para sorpresa suya, Scholl estaba realmente intrigado. El conocimiento que McVey tenía de las cosas era notable.

—Cuénteme algo de Elton Lybarger —pidió McVey, y ese cambio de marcha en las preguntas lo sorprendió.

—Es un amigo.

—Me gustaría conocerlo.

—No será posible. Ha estado enfermo.

—Sin embargo, se encuentra lo bastante bien como para dar un discurso.

—Sí, está...

—No lo entiendo. Está demasiado enfermo para hablar con un hombre pero no para dirigirse a un centenar.

—Está bajo cuidado médico.

—Quiere decir, el doctor Salettl.

Goetz le lanzó una mirada a Scholl. ¿Cuánto tiempo más pensaba prestarse a aquello? ¿Qué diablos pretendía?

—Así es —respondió Scholl, y se arregló la manga izquierda de su frac con la mano derecha enseñando deliberadamente las heridas aún visibles. Luego sonrió—. Es paradójico que los dos tengamos heridas dolorosas al mismo tiempo, inspector. Las que yo tengo me las hice jugando con un gato. Es evidente que usted estuvo jugando con fuego. Los dos somos ya bastante mayores, ¿no le parece?

—Yo no estaba jugando, señor Scholl. Alguien ha intentado matarme.

—Es usted muy afortunado.

—Unos cuantos amigos míos no lo fueron tanto.

—Lo siento —pronunció Scholl, y miró a Osborn y luego nuevamente a McVey. El inspector era, sin lugar a dudas, el hombre más peligroso que había conocido. Era peligroso porque sólo le importaba la verdad y, en la persecución de ese fin, era capaz de cualquier cosa.

CIENTO VEINTIDÓS

21.15

La sala quedó sumida en absoluto silencio. Todas las miradas siguieron a Elton Lybarger, que caminaba solo, separado de la multitud por las cintas desplegadas a ambos lados, avanzando por el pasillo central de la célebre obra rococó de Wenceslao von Knobelsdorff, revestida de los mármoles verdes y los marcos dorados que engalanaban la fascinante galería dorada. Posando un pie enérgicamente delante del otro, sin necesidad de enfermera o de bastón, impecable en la elegancia de su traje, Lybarger se sentía por encima de la concurrencia, tranquilo, seguro de sí mismo. Como un monarca simbólico del futuro que se pasea exhibiéndose ante quienes lo habían ayudado a llegar hasta allí.

Una ola de admiración sacudió a Eric y Edward, sentados en el estrado, observando cómo avanzaba hacia el podio. A su lado, la señora Dortmund sollozaba sin reparos, incapaz de controlar la emoción que la embargaba. Y de pronto, en un impulso que recorrió toda la sala, Uta Baur se levantó y comenzó a aplaudir. Al otro extremo de la sala, Mathias Noll la imitó. Y luego Gertrude Biermann y Hilmar Grunel, y Henryk Steiner junto a Konrad Peiper. Margarete Peiper se incorporó junto a su marido. Y Hans Dabritz, seguido de Gustav Dortmund. El resto de los cien invitados se levantaron para rendir un tributo unánime. Lybarger miraba a derecha e izquierda, sonriendo, reconociendo a unos y a otros mientras el tronar de los aplausos recorría la sala subiendo de intensidad con cada paso que lo acercaba al podio. Estaba a punto de consumarse el más grande de los objetivos y la ovación se volvía ensordecedora.

Salettl miró su reloj.

Las nueve y diecinueve minutos.

Era imperdonable que Scholl aún no hubiera regresado. Levantó la mirada y vio a Lybarger que comenzaba a subir los peldaños del podio. Cuando llegó arriba y miró a sus invitados, los aplausos crecieron hasta un *crescendo* aplastante que hizo temblar las paredes y el techo. Aquello era el preludio a *Übermorgen*. Era el comienzo de «La Aurora del Nuevo Día».

Fuera, Remmer y Schneider cruzaron el gran patio de adoquines de Charlottenburg. Caminaban a paso rápido sin hablar. Más adelante, un Mercedes negro giró en la entrada y lo hicieron pasar. Se apartaron y vieron al conductor detenerse en la entrada y luego subir al edificio. Lo primero que pensó Remmer fue que Scholl se marchaba y por un instante vaciló. Pero no sucedió nada más. La limusina Mercedes quedó

aparcada. Podía quedarse allí una hora, pensó. Se sacó la radio de la chaqueta y dijo algo. Luego siguieron caminando. Al pasar la verja de la entrada, Remmer buscó deliberadamente contacto visual con los guardias. Los dos hombres desviaron la mirada y los policías pasaron sin problemas. De pronto, un BMW azul oscuro salió del tráfico con un chirrido de neumáticos y se detuvo bruscamente en la acera junto a ellos. Remmer y Schneider subieron y el coche desapareció.

Si Remmer, Schneider o cualquiera de los dos agentes de la BKA que los acompañaban en el BMW hubieran mirado atrás, habrían visto que la puerta principal del palacio se abría y que salía el chófer del Mercedes negro, y no escoltando a Scholl ni a ninguno de los célebres invitados, sino a Joanna. El chófer la ayudó a subir al asiento de atrás, cerró la puerta y se colocó al volante. Se ajustó el cinturón, encendió el contacto y partió, dando una vuelta alrededor de la explanada y luego girando a la izquierda en Spandauer Damm, en dirección opuesta a la que enfilaba el BMW de Remmer. Un momento después, el chófer vio un Volkswagen sedán de color plateado que salía del aparcamiento, giraba en sentido contrario al tráfico y se introducía en el carril detrás de él. Sonrió cuando vio que lo seguían. Lo único que hacía era llevarla a un hotel y no había ninguna ley que se lo prohibiera.

Sola en el asiento de atrás, Joanna se hundió en el abrigo intentando no llorar. No sabía qué había sucedido, excepto que Salettl la había despedido en el último momento sin siquiera darle la oportunidad de decirle adiós a Elton Lybarger. Salettl había entrado en la habitación de Lybarger y se había apartado con ella cuando salieron los policías.

—Tu relación con el señor Lybarger ha terminado —le comunicó a Joanna. Parecía nervioso, sumamente agitado. Y de pronto, cambiando totalmente de actitud, se volvió casi cariñoso—. Será mejor tanto para él como para ti que no penséis más en ello —sentenció, y le entregó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo—. Esto es para ti —dijo—. Prométeme que no lo abrirás hasta llegar a casa.

Confundida y atontada por su brusquedad, Joanna recordaba vagamente haber asentido y agradecido el regalo, que metió en su bolso en un gesto inconsciente.

Sólo pensaba en Lybarger. Había sido una larga experiencia común, y habían compartido muchas cosas, no siempre agradables. Lo menos que Salettl le podía haber permitido era desearle buena suerte y despedirse. A pesar del regalo, lo que había hecho era brusco, incluso rudo. Pero lo que siguió fue aún peor.

—Ya sé que esperabas pasar esta última noche con Von Holden —dijo Salettl—. No actúes como si fuera una sorpresa que yo lo sepa. Desafortunadamente, Von Holden estará ocupado con el señor Scholl y partirá con él a Sudamérica inmediatamente después de la cena.

—¿No podré verlo? —De pronto, Joanna se sintió enferma.

—No.

Ella no lo entendía. Por lo visto tenía que pasar la noche en un hotel de Berlín y luego volar a Los Ángeles por la mañana. Von Holden no había dicho nada de irse

con Scholl. Tenían que encontrarse después de la ceremonia en Charlottenburg. Iban a pasar la noche juntos.

—Tus maletas ya están hechas. Hay un coche esperándote abajo. Adiós, señorita Marsh —y así había terminado todo. Un guardia de seguridad la había acompañado hasta abajo. Y luego, fue cuestión de subir al coche y desaparecer. Se volvió para mirar atrás y sólo divisó el palacio. Apenas visible en la espesa niebla, desapareció poco a poco. Era como si el palacio y todo lo que había hecho antes, incluyendo a Von Holden, hubiese sido un sueño. Un sueño que, al igual que el palacio, simplemente se desvanecía.

—*Hübschrauber*, un helicóptero —exclamó Remmer cogiendo la radio con su mano rota. El BMW dejó atrás a toda velocidad el complejo del hospital de Charlottenburg y, casi un kilómetro más allá, giró bruscamente hacia los grandes espacios del parque Ruhwald. Al final de la explanada, el agente de la BKA que conducía el BMW apagó los faros antiniebla amarillos y se detuvo bruscamente. Casi de inmediato, el potente faro de un helicóptero de la policía iluminó el terreno a unos veinte metros y con un estruendoso rugido de motores se posó en la hierba. El piloto apagó y Schneider bajó del coche y corrió hacia el aparato. Agachándose bajo las aspas, abrió la puerta y subió a la cabina. Se produjo un rugido del motor que aplastó la hierba contra el suelo cuando el helicóptero se elevó. Subió más arriba de las copas de los árboles, giró ciento ochenta grados a la izquierda y desapareció en medio de la noche.

Desde su asiento junto al piloto, Schneider apenas divisaba los faros antiniebla del BMW cuando dio media vuelta para abandonar la explanada y salir en dirección al palacio de Charlottenburg. Se reclinó en el asiento, se ajustó el cinturón por encima del hombro, se abrió la chaqueta y sacó el botín envuelto en un pañuelo que llevaría al laboratorio de Bad Godesburg: el vaso de agua que Elton Lybarger había utilizado para tragarse las vitaminas.

CIENTO VEINTITRÉS

—Varios días antes de que el padre del doctor Osborn fuera asesinado... —dijo McVey, que había sacado una libreta vieja del bolsillo de la chaqueta y la miraba mientras hablaba con Scholl—, había diseñado un bisturí. Un bisturí muy especial, a petición de una pequeña empresa en las afueras de Boston, una compañía de la cual era usted dueño, señor Scholl.

—Yo no he sido nunca dueño de una empresa que fabricara bisturíes.

—Yo no sé si fabricaba bisturíes, pero al menos fabricó uno.

Desde el momento en que Goetz había subido para hablar con Scholl, McVey sabía que iba a dejar a sus invitados para bajar a conocerlo, impulsado por su ego. ¿Cómo podría sustraerse a las ganas de conocer al hombre que acababa de sobrevivir a una emboscada mortal y que ahora cometía la osadía de invadir su territorio privado? Sin embargo, la curiosidad sería pasajera, y en cuanto hubiera visto lo suficiente, Scholl se marcharía. Salvo si McVey podía aguijonear esa curiosidad. En eso consistía el truco, en motivar la curiosidad, porque el próximo nivel era el de la emoción y McVey tenía la corazonada de que Scholl era bastante más emocional de lo que parecía. Cuando la gente empezaba a reaccionar emocionalmente, era capaz de decir cualquier cosa.

—La empresa se llamaba Microtab y tenía su sede en Waltham, Massachusetts. En aquellos años era propiedad de otra empresa privada, Wentworth Products Ltd de Ontario, Canadá. El propietario era... —McVey buscó en sus notas— el señor James Tallmadge de Windsor, Ontario. Tallmadge y los miembros de la junta directiva de Microtab, a saber, Earl Samules, Evan Hart y un tal John Harris, todos residentes en Boston, murieron con intervalos de seis meses el uno del otro. Los de Microtab en 1966, Tallmadge en 1967.

—No he conocido nunca una empresa llamada Microtab, señor McVey —respondió Scholl—. Y si me permite, creo que ya le he dedicado bastante tiempo. El señor Goetz se quedará con ustedes y yo regresaré con mis invitados. Dentro de una hora estarán aquí los abogados para encargarse de la orden de arresto. —Scholl empujó su silla hacia atrás y se incorporó. McVey vio que Goetz respiraba aliviado.

—Tallmadge y los otros también estuvieron implicados con otras dos empresas tuyas —siguió McVey como si Scholl no hubiera dicho nada—. Alama Steel Ltd de Pittsburg, Pensilvania, y Standard Technologies de Perth Amboy, Nueva Jersey. Dicho sea de paso, Standard Technologies era una filial de otra empresa llamada T.L.T. International de Nueva York, disuelta en 1967.

Mientras lo observaba, Scholl no cabía en sí de asombro.

—¿Cuál es el objeto de esta diatriba suya? —preguntó fríamente.

—Sólo le estoy dando la oportunidad de que se explique.

—¿Y qué es, concretamente, lo que desea que le explique?

—Su relación con todas estas empresas, más el hecho de que...

—No tengo ninguna relación con esas empresas.

—¿Que no tiene relación?

—Absolutamente ninguna —contestó Scholl tajante y con un asomo de irritación. «Así me gusta —pensó McVey—. Enfádate».

—Entonces hablemos de la naviera Omega Shipping Lines...

Goetz se incorporó. Había llegado el momento de poner fin a la sesión.

—Creo que hemos terminado, inspector. Señor Scholl, sus invitados lo esperan.

—Le preguntaba al señor Scholl acerca de la naviera Omega —insistió McVey, que mantenía la mirada fija en Scholl—. Decía que no tenía ninguna relación con esas empresas. ¿No es eso lo que ha dicho?

—He dicho que se acabaron las preguntas, McVey —advirtió Goetz.

—Lo siento, señor Goetz, hago lo posible para que su cliente pueda evitarse el engorro de ir a la cárcel. Pero no he podido sacarle ninguna respuesta clara. Hace un momento me ha dicho que no tenía ninguna relación con Alama Steel, Microtab, Standard Technologies o T.L.T. International, empresa que controlaba las otras tres y a su vez propiedad de la naviera Omega Shipping Lines. Resulta que el señor Scholl es el principal accionista de Omega. Supongo que comprenderá adónde quiero ir a parar. Tiene que ser de un modo u otro. Señor Scholl, ¿tenía usted o no intereses en estas empresas? ¿Qué dice?

—La naviera Omega Shipping Lines ya no existe —dijo Scholl con tono neutro. Era evidente que había menospreciado a McVey, tanto en lo que se refería a su tenacidad como a su flexibilidad. Había cometido el error de negarle la venia a Von Holden para que se ocupara de liquidarlo. Esa situación, sin embargo, sería remediada muy pronto—. Le he dado a usted toda la colaboración que solicitaba y bastante más. Buenas noches, inspector.

McVey se incorporó y se sacó dos fotos del bolsillo de la chaqueta.

—Señor Goetz, ¿le importa pedirle a su cliente que mire estas fotos?

Osborn observó a Goetz mientras estudiaba las fotos.

—¿Quién es esta gente? —preguntó el abogado.

—Es lo que querría que me dijera el señor Scholl.

Goetz miró a Scholl y le entregó las fotos. Scholl le lanzó una mirada de irritación a McVey y luego echó un rápido vistazo a las fotos que sostenía en la mano. Tuvo de pronto un gesto de sorpresa que intentó ocultar.

—No tengo idea —contestó sin titubear.

—¿No?

—No.

—Se llaman Karolin y Johann Henniger —le explicó McVey, y se produjo un silencio—. Han sido asesinados hoy, en el transcurso del día.

—Ya se lo he dicho. No tengo ni idea de quiénes pueden ser —protestó Scholl y esta vez ocultó todo rastro de emoción.

Le entregó las fotos a Goetz y se volvió en dirección a la puerta. Osborn le lanzó una mirada a McVey. Si Scholl pasaba por esa puerta, no volverían a verlo acaso nunca más.

—Le agradezco que nos haya concedido este tiempo —dijo McVey apresuradamente—. Creo que se habrá percatado de que el doctor Osborn no ha podido olvidar las emociones que le provocó el asesinato de su padre. Le prometí que le haría una pregunta. Es sencilla. Quedará entre nosotros.

Scholl se volvió.

—Su atrevimiento se ha convertido en insolencia —advirtió.

Goetz le abrió la puerta y Scholl cruzaba el umbral cuando se adelantó Osborn.

—Explíquenos cómo es que han operado a Lybarger para trasplantar la cabeza al cuerpo de otro hombre.

Scholl se paralizó y a Goetz le sucedió lo mismo. Luego, muy lentamente, Scholl se volvió. Era como si lo hubieran... descubierto. Como si de pronto le hubieran arrancado la ropa y lo hubieran violado sexualmente. Durante una fracción de segundo estuvo a punto de derrumbarse. Pero sobre su rostro cayó una especie de máscara autoinducida, de arriba abajo. La flaqueza se convirtió en desprecio y el desprecio en ira. Con gesto rápido, tajante, aterrador, Scholl situó las cosas en su terreno, donde pudiera controlarlas.

—Sugiero que se dediquen los dos a escribir cuentos de ciencia ficción —dijo.

—No se trata de ciencia ficción —intervino Osborn.

De pronto se abrió una puerta en el otro extremo del salón y apareció Salettl.

—¿Dónde está Von Holden? —preguntó Scholl como si diera una orden cuando se acercó Salettl, los pasos resonando en el mármol del suelo.

—Von Holden está arriba esperando en las dependencias reales —explicó Salettl. El nerviosismo de hacía un rato había desaparecido. Su aspecto era ahora casi de absoluta calma.

—Vaya a buscarlo y tráigalo inmediatamente.

Salettl sonrió.

—Eso es algo totalmente imposible. Las dependencias reales y la galería dorada son inaccesibles.

—¿Qué está diciendo?

McVey y Osborn intercambiaron una mirada. Algo estaba sucediendo pero no sabían de qué se trataba. A Scholl tampoco parecía gustarle.

—Le he hecho una pregunta.

—Habría sido más apropiado que hubiera permanecido arriba —objetó Salettl cruzando la habitación y deteniéndose a unos metros de Scholl y Goetz.

—¡Vaya a buscar a Von Holden! —ordenó Scholl cortante dirigiéndose a Goetz.

Éste asintió con un gesto de cabeza y se dirigía hacia la puerta cuando se escuchó una detonación. Goetz saltó como si hubiera recibido un puñetazo. Se llevó la mano al cuello, luego se la miró. Estaba cubierta de sangre.

Con los ojos abiertos en un gesto de sorpresa, miró a Salettl y luego la mirada resbaló hasta su mano, porque Salettl sostenía en ella una pequeña pistola automática.

—¡Me ha disparado, cabrón! —gritó Goetz. Tuvo un estremecimiento y se desplomó contra la puerta.

—¡Tire la pistola! —exclamó McVey, con su 38 en la mano derecha, mientras que con la izquierda apartaba a Osborn de la línea de fuego.

Salettl miró a McVey.

—Desde luego —dijo, y miró a Scholl—. Estos americanos han estado a punto de echarlo todo a perder.

—¡Tire el arma!

Scholl le dirigió una mirada cargada de desprecio.

—¿Vida? —preguntó.

Salettl volvió a sonreír.

—Ha estado viviendo en Berlín durante casi cuatro años.

—¿Cómo se atreve? —intervino Scholl, recomponiéndose. Estaba furioso. Él era superior y su indignación era absoluta—. ¿Cómo se atreve a arrogarse el derecho...?

El primer disparo de Salettl le dio a Scholl por encima del corbatín. El segundo le desgarró el pecho encima del corazón, en plena aorta, y la sangre le salpicó a Salettl. Durante un momento, Scholl se tambaleó, con los ojos hinchados por la incredulidad, y de pronto se desplomó como si le hubieran arrancado las piernas.

—¡Suéltela o disparo ahora mismo! —gritó McVey comenzado a presionar el gatillo.

—McVey... ¡No! —chilló Osborn a su espalda. Y luego, Salettl dejó caer la mano a un lado y McVey aflojó la presión en el gatillo.

Salettl se volvió a mirarlos. Tenía el rostro pálido como un muerto y parecía que le hubieran lanzado pintura roja. El frac manchado lo hacía aún peor, porque le daba un aspecto de payaso grotesco y horripilante.

—No debería haber intervenido —dijo con la voz ronca por la ira.

—¡Afloje los dedos y suelte la pistola! —advirtió McVey, que seguía avanzando, sin titubear en caso de que tuviera que disparar. Osborn había gritado para prevenirle que no matara a la única persona con vida que sabía lo que había sucedido. Y tenía razón. Pero Salettl acababa de matar a dos hombres y McVey no le daría la oportunidad de matar a otros dos.

Salettl tenía la mirada perdida en dirección a ellos y la pistola aún le colgaba de la mano.

—Suelte la pistola —insistió McVey.

—El verdadero nombre de Karolin Henniger era Vida —explicó Salettl—. Scholl ordenó que la mataran a ella y al niño hace algún tiempo. Yo los traje a Berlín en secreto y ocultaron su identidad. Me llamó cuando pudo escapar de ustedes, pensando que eran de la Organización. Pensó que la habían descubierto —explicó, y guardó silencio. Luego continuó con un murmullo—: La Organización sabía siempre dónde

estaban ustedes. La habrían descubierto rápidamente, y después habrían venido a por mí. Y eso habría significado el sabotaje de todo.

—Los mató usted —explicó McVey.

—Sí.

Osborn avanzó un paso, los ojos humedecidos por la emoción.

—Dice que lo habría saboteado todo. ¿El qué? ¿Qué quiere decir?

Salettl no respondió.

—Karolin, Vida, o como se llamara. Era la mujer de Lybarger —aventuró Osborn—. Y el niño era su hijo.

—También era mi hija —explicó Salettl después de una vacilación.

—Dios mío —dijo Osborn mirando a McVey. Los dos se sentían embargados por el mismo horror.

—La fisioterapeuta del señor Lybarger partirá a Los Ángeles en el vuelo de la mañana —informó Salettl bruscamente y totalmente fuera de contexto, como si los estuviera invitando a viajar con ella.

Osborn lo miraba fijo.

—¿Quiénes son ustedes? ¡Mataron a mi padre y ahora usted mata también a su propia hija y a su nieto, y sólo Dios sabe a cuántos más! —exclamó, la voz temblándole de ira—. ¿Con qué fin? ¿Para qué? ¿Para proteger a Lybarger? ¿A Scholl? ¿A la Organización? ¿Por qué?

—Ustedes, caballeros, deberían haber dejado Alemania a los alemanes —dijo Salettl con voz apagada—. Ya han sobrevivido a un incendio esta noche. No sobrevivirán al próximo si no abandonan el edificio inmediatamente —continuó intentando forzar una sonrisa. Pero ésta se desdibujó y su mirada se encontró con la de Osborn—. Esta debería ser la parte más dura, doctor. Pero no lo es...

En un abrir y cerrar de ojos, se llevó la pistola a la boca y apretó el gatillo.

CIENTO VEINTICUATRO

—La empresa privada —era Lybarger ante el micrófono, y su voz penetraba hasta el último rincón del fantástico espacio rococó de mármol verde y barras amarillas de la galería dorada— no puede continuar en la era de la democracia. Sólo es concebible si el pueblo tiene una sólida idea de lo que es la autoridad y la personalidad.

Hizo una pausa, apoyándose con ambas manos sobre el podio, estudiando los rostros que lo observaban.

Su discurso, aunque algo modificado, no era original, y la mayoría de los presentes lo conocían. El original había sido pronunciado ante un grupo similar de empresarios el 20 de febrero de 1933. El orador que esa noche de invierno había originalmente sellado su alianza con las instituciones del dinero, era el recién elegido canciller de Alemania, Adolf Hitler.

En el estrado, Uta Baur se inclinó hacia delante apoyando el mentón sobre las manos, totalmente cautivada por la maravilla de la que era testigo. Después de cincuenta años de agonía, de dudas y de secretos, admiraba el fruto de su trabajo que se sostenía por sus propios medios y les hablaba triunfalmente. A su lado, Gustav Dortmund, director del Bundesbank, estaba sentado totalmente erecto, sin mostrar sus emociones, como un simple observador. Sin embargo, el banquero se sentía visceralmente entusiasmado anticipando lo que habría de suceder.

Un poco más allá sobre el estrado, Eric y Edward, con los puños apretados y los músculos del cuello tensos contra el almidón de la camisa, se inclinaban hacia delante como muñecos gemelos pendientes de cada una de las palabras pronunciadas por Lybarger. La exaltación que ellos sentían era diferente. El Lybarger que les hablaba ahora, al cabo de unos días, sería uno de ellos. Cuál de los dos sería el elegido era una decisión que aún no se había tomado. Y a medida que se acercaba el momento culminante, como sucedía ahora con cada palabra del discurso, con cada frase, pensar en el instante de la elección era un verdadero tormento.

Cianuro de hidrógeno: un líquido o gas sumamente venenoso y volátil, que posee un olor similar a las almendras amargas; una vez que se introduce en el torrente sanguíneo, interfiere con el oxígeno presente en la sangre, literalmente chupando el oxígeno de la misma, lo cual provoca el ahogo de la víctima.

—¡Todos los bienes terrenales que poseemos se los debemos a la lucha de los elegidos, a la pura raza germánica! —Las palabras de Lybarger se perdían como un eco entre las paredes de la galería dorada y penetraban en los corazones y en las mentes de quienes escuchaban sentados.

—¡No debemos olvidar que todos los beneficios de la cultura deben implantarse con un puño de hierro! ¡Sólo así encontraremos nuestro poder, en el campo militar y en otros terrenos, hasta alcanzar nuestra máxima expresión! ¡No daremos ni un paso atrás!

Cuando Lybarger terminó, la sala entera se incorporó para brindarle una ovación que hizo de la recepción un simple aplauso de cortesía. Entonces, tal vez debido a la proximidad del orador a la parte posterior de la sala y a las puertas de la salida, Lybarger fue el primero en oír lo que los otros no podían percibir.

—¡Escuchad! —Pidió haciendo uso del micrófono y levantando ambas manos para pedir silencio—. ¡Escuchad, por favor!

Pasó un momento antes de que los demás se enteraran de lo que sucedía. ¿Acaso tenía algo más que decir? ¿Qué estaba pasando? Y sólo entonces entendieron. No les estaba pidiendo que callaran. Les estaba advirtiéndole que algo ocurría.

Una serie de ruidos sordos fue seguida de una media docena de sólidos golpes metálicos, y la sala se estremeció como si alguien la hubiera cubierto con unas pesadas cortinas. Luego el ruido paró y no se oyó más.

Uta Baur fue la primera que se incorporó. Pasó detrás de Eric y Edward sobre el estrado, luego detrás de Dortmund y siguió por una pequeña escalera hacia una puerta de salida en un extremo de la sala. La abrió de golpe y de pronto dio un paso atrás tapándose la boca con la mano. La señora Dortmund lanzó un grito. Allí donde debía encontrarse la salida había una enorme puerta metálica, estanca y sólidamente cerrada.

Dortmund no tardó en bajar del estrado.

—*¿Was ist los?* ¿Qué pasa?

Se acercó a la puerta y la empujó. Todo siguió igual. Un murmullo de inquietud recorrió la sala.

Eric se incorporó de un salto y pasó junto a la angustiada señora Dortmund. Subió al podio y cogió el micrófono de manos de Lybarger.

—Mantened la calma. Se ha cerrado una puerta de seguridad por accidente. Debéis caminar hasta la puerta principal y salir ordenadamente.

Pero la entrada principal de la galería estaba sellada de la misma manera. Lo mismo sucedía con todas las puertas de la habitación.

—*Was geht hier vor?* ¿Qué está pasando aquí? —chilló Dabritz.

El general Mathias Noll se levantó de la silla y se dirigió a la puerta más próxima. Intentó moverla empujando con el hombro, pero no tuvo más suerte de la que Dortmund había tenido un momento antes. Henryk Steiner se sumó con su gran corpulencia. Juntos, él y Noll se lanzaron contra la puerta. Otros dos los imitaron, pero la puerta no cedió.

Y luego se sintió ese vago olor a almendras quemadas. Los invitados se miraban unos a otros. ¿Qué era aquello? ¿De dónde provenía?

—*Ach mein Gott!* —Gritó Konrad Peiper, cuando del conducto de ventilación del

techo cayó una lluvia fina de cristales de color azul amatista. —¡Es gas cianuro!

El olor se volvió más penetrante cuando los cristales siguieron cayendo por el entramado metálico de la ventilación, mezclados con el agua destilada y ácido que disolvía los cristales y los convertía en el fatídico gas cianuro.

Los invitados empezaron a apartarse de las rejillas de la ventilación. Apretados contra las paredes y unos contra otros e incluso contra las puertas de acero, miraban con expresión de incredulidad los orificios tan elegantemente camuflados entre los frisos dorados y las paredes de mármol verde que configuraban aquella majestuosa obra dieciochesca de Jorge Wenceslao von Knobelsdorff.

Estaban esperando morir. Pero nadie podía creerlo. ¿Cómo era posible que todos esos ciudadanos, los más ilustres de Alemania, portadores de joyas y prendas cuyo valor habría bastado para alimentar a la mitad del mundo durante medio año, y protegidos por un verdadero ejército de guardias de seguridad, se encontraran irremisiblemente atrapados en uno de los monumentos históricos más conocidos del país, esperando que se acumulara suficiente gas cianuro para matarlos a todos?

Era un atropello. Imposible. Debía de ser una broma.

—*Es ist eine streich!* ¡Debe de ser una farsa! —gritó Hans Dabritz y luego rió—. *Eine Streich!*

Otros también reían. Edward se acercó a su silla en el estrado y cogió su copa.

—*Zu Elton Lybarger!* —exclamó—. *Zu Elton Lybarger!*

—*Zu Elton Lybarger!* —gritó Uta Baur y elevó su copa.

Elton Lybarger seguía de pie ante el podio y vio a Konrad y Margarete Peiper, Gertrude Biermann, Rudolf Kaes, Henryk Steiner y Gustav Dortmund volver a sus mesas y levantar sus respectivas copas.

—*Zu Elton Lybarger!* —La galería dorada se estremeció con el brindis.

Entonces comenzó todo.

De pronto, Uta Baur dejó caer la cabeza hacia atrás y luego hacia delante, los bíceps y la parte superior del torso le temblaban violentamente. En el otro extremo de la habitación, Margarete Peiper también sucumbió. Cayó al suelo en medio de un grito revolcándose en su agonía, con los músculos y nervios reaccionando en espasmos violentos, como si le estuvieran aplicando cincuenta mil voltios o como si miles de insectos de pronto se hubieran despertado bajo su piel y ahora se devoraran mutuamente en una carrera loca para sobrevivir.

De pronto, todos los que aún eran capaces, se dirigieron en estampida hacia la puerta principal. Clavándose las uñas y rugiendo unos encima de otros, intentaban desgarrar la puerta de acero y los marcos de madera que la rodeaban luchando por un poco de aire, lanzando aullidos de socorro y clamando piedad. Hundían los dedos y las uñas en el metal implacable de las puertas y hasta golpeaban con sus relojes de oro con el fin de aflojarlas. Los golpes de puños, de los tacones de los zapatos, y los que se propinaban unos a otros resonaban una y otra vez contra su superficie hasta que finalmente todos se vieron presa de las mismas horribles contorsiones y

espasmos.

De todos los presentes, Elton Lybarger fue el último en morir y lo hizo sentado en una silla en el centro de la habitación, observando la muerte que lo rodeaba. Finalmente entendió, al igual que todos los demás, que se estaba saldando una cuenta. Habían dejado que sucediera porque nunca habían creído que pudiera suceder. Y cuando se habían dado cuenta, era demasiado tarde. Lo mismo había sucedido en los campos de exterminio.

—Treblinka, Ghelno. Sobibor —musitó Lybarger cuando el gas comenzó a atacarle el organismo—. Belzec, Maidanek... —De pronto sus manos se sacudieron y entonces respiró hondo. La cabeza se aflojó a un lado y sus ojos quedaron en blanco—. Auschwitz, Birkenau... —murmuró—. Auschwitz, Birkenau...

CIENTO VEINTICINCO

Remmer no sabía lo que encontraría cuando, junto a los dos detectives de la BKA que habían conducido a Schneider hasta el helicóptero, entraron en la explanada de Charlottenburg y bajaron del BMW. No tardaron en acercarse los guardias de seguridad.

—Ya estamos aquí —anunció Remmer, y enseñó su placa empujándolos para entrar. La única información fiable que tenía era que ni McVey ni Osborn habían salido del palacio. Con algo de suerte, pensó al llegar a la puerta, McVey y Scholl todavía estaban discutiendo en la sala de abajo. O bien, una tropa de abogados criminalistas rodeaban a McVey y pedían su cabeza, en cuyo caso era evidente que requería ayuda.

En ese momento explotó la primera bomba incendiaria. Remmer, junto a los dos policías y los guardias de seguridad, fueron lanzados al suelo por la lluvia de esquirlas y piedras que cayó sobre ellos. Inmediatamente después estallaron una docena de bombas incendiarias, una detrás de la otra. El fuego se propagó rápidamente como un hatajo de petardos de alto poder explosivo, rodeando todo el perímetro superior del palacio por encima de la galería dorada. Al explotar hacia dentro, las cargas encendieron un infierno de llamas provenientes de las tuberías de gas disimuladas entre las molduras doradas a lo largo del suelo y del techo, y en las dependencias inmediatamente contiguas.

McVey se lanzó contra la puerta, no bien hubo apartado el cuerpo inerte de Goetz para salir. Las explosiones tiraron los libros de las estanterías, quebraron piezas de porcelana del siglo XVIII y resquebrajaron uno de los hogares de mármol. Con un último empujón, McVey logró abrir la puerta. Lo azotó una ola de calor y vio el pasillo y las escaleras más allá envueltos en llamas.

Cerró la puerta de un golpe y se volvió a tiempo para ver el muro de fuego que se propagaba alrededor del edificio, lo cual anulaba toda posibilidad de escapar al jardín a través de las puertas de vidrio. En ese momento se percató de que Osborn, que se arrastraba sobre pies y manos, tirando ciegamente de los bolsillos de Scholl como un loco, hurgaba en un muerto para adueñarse de un botín.

—¿Qué está haciendo? ¡Tenemos que salir de aquí!

Osborn no le hizo caso. Dejó a un lado a Scholl y empezó a hacer lo mismo con Salettl rasgándole la chaqueta, la camisa y los pantalones. Era como si no existiese el fuego que bailaba a su alrededor.

—¡Osborn! ¡Están muertos! ¡Déjelos de una vez!

McVey ya estaba encima de él luchando para que se levantara. Tenía las manos, el rostro y la frente manchados con la sangre de los dos muertos, como si él mismo

fuese el asesino. Intentaba arrancar a los dos últimos cuerpos inertes una respuesta al porqué de la muerte de su padre. El hecho de que estuvieran muertos era fortuito. Eran el último eslabón de la cadena y después no había por dónde seguir.

De pronto la sala se sacudió cuando una tubería de gas en el techo se calentó y explotó. El techo se convirtió de inmediato en una bola de fuego que se desplazó de un extremo al otro de la habitación en una fracción de segundo. La tormenta de fuego desatada por el gas los lanzó al suelo, succionando todo lo que había en el salón hacia el centro para alimentarse de ello. Osborn desapareció y McVey se agarró a una pata de la mesa de reuniones hundiendo la cabeza bajo el brazo. Por segunda vez aquella noche se encontró rodeado por el fuego, esta vez en medio de un holocausto mil veces más devastador que el primero.

—¡Osborn! ¡Osborn! —gritó.

El calor era insoportable. La piel del rostro, tan gravemente quemada en el primer incendio, ahora se le freía literalmente contra el hueso de la cara. El poco aire que había parecía salir del interior de un horno y al respirar, se le abrasaban los pulmones.

—¡Osborn! —volvió a gritar McVey. El estruendo de las llamas era como olas rugiendo en el mar. Era imposible que nadie pudiese oír algo. En ese momento se dio cuenta del olor a almendras quemadas—. ¡Cianuro! —avisó alzando la voz.

Vio que algo se movía frente a él.

—¡Osborn! ¡Es cianuro! ¡Osborn! ¿Me oye? —Pero no era Osborn. Era su mujer, Judy. Estaba sentada en el porche de la entrada de su cabaña en el lago Big Bear. Los montes púrpuras, a su espalda, estaban coronados por la nieve. La hierba estaba crecida y tenía un color dorado y en el aire, limpio y puro, rondaban diminutos insectos. Judy sonreía.

—¿Judy? —oyó que decía. De pronto vio un rostro que caía junto a su cara, tan cerca como era posible. No lo reconoció. Los ojos eran rojos y tenía el pelo chamuscado y parecía un pez negro de aguas profundas.

—¡Deme la mano! —gritó el rostro.

McVey seguía mirando a Judy.

—¡Maldito sea! —Gritó nuevamente el rostro—. ¡Deme la mano!

Y de pronto McVey se sustrajo y tendió una mano. Sintió que se la cogían y luego oyó los vidrios rompiéndose. De pronto alguien lo levantó y él logró incorporarse a medias. Cubriéndose el rostro con el brazo, salieron por las puertas de vidrio recién partidas. Y luego vio la espesa niebla y el aire frío le llenó los pulmones.

—¡Respire! ¡Respire hondo! ¡Venga! ¡Respire, hijo de puta! ¡Siga respirando!

McVey no podía verlo, pero estaba seguro de que era Osborn quien le gritaba. Sabía que era Osborn. Tenía que ser Osborn. Aquélla era su voz.

CIENTO VEINTISÉIS

Joanna miró afuera por la ventana de la habitación del hotel. Berlín estaba oscuro y envuelto en un manto de niebla cada vez más espeso. Se preguntaba si su avión podría despegar a la mañana siguiente. Entró al baño, se lavó los dientes y tomó un par de píldoras para dormir.

No lograba entender por qué el doctor Salettl había cambiado tan repentinamente sus planes ni por qué había sido tan rudo. Tampoco entendía por qué Von Holden no le había dicho que saldría con el señor Scholl inmediatamente después de la ceremonia y se sentía profundamente confundida. Incluso se preguntaba si era verdad.

¿Y quién se creía Salettl? ¿Qué poder tenía para controlar el ir y venir de alguien como Von Holden o como Scholl? Ni siquiera se explicaba por qué se había molestado en ofrecerle un regalo. Para Salettl, ella no significaba más que un mosquito atrapado en una red, que podría ser liberado o aplastado, lo mismo daba. Salettl era un individuo cruel y manipulador, y Joanna estaba segura de que era el responsable del desagradable incidente sexual con Elton Lybarger. Pero no importaba. El verdadero responsable era Von Holden, el que había hecho que todo pareciera un sueño.

Se acostó pensando en él. Vio su rostro y sintió su tacto, y supo que en lo que le quedaba de vida no volvería a amar a nadie más.

Von Holden había llegado al límite de su resistencia física. Nunca, a lo largo de sus entrenamientos con la Septsnaz, el KGB o la Stasi, había sufrido tal agotamiento mental y físico. En esas condiciones, podían examinar su hoja de evaluación en la Spetsnaz —«Siempre ejecuta las tareas bajo las presiones más intensas, con clara capacidad de juicio y precisión»—, y enviarla de vuelta para ser sometida a «evaluación».

Inmediatamente después de su encuentro con Salettl fuera del mausoleo, se había dirigido a los apartamentos reales de la galería dorada para esperar a Scholl como se le había ordenado.

Pero desde el momento en que había cerrado la puerta, sintió el peso de la *Vorahnung*, la premonición. No la experimentó como un ataque en toda regla, pero sentía correr los segundos como en una bomba de tiempo. Al cabo de cinco minutos salió. Salettl ya estaba viejo y Scholl también, y Dortmund y Uta Baur. El poder, la fortuna y el tiempo los habían vuelto despóticos. Aunque parecía que a Scholl le preocupara que McVey y Osborn destruyeran toda su obra, en realidad no lo creía posible. La noción del peligro verdadero se había desvanecido tiempo atrás y ahora consideraban absurda la idea de que pudiesen fallar por algún motivo. Ni siquiera los

había inmutado la llegada de McVey y los inspectores de la BKA con una orden de arresto.

La ceremonia del mausoleo no se había anulado, sólo se había aplazado. Todo seguiría según lo planeado en cuanto intervinieran los abogados y la policía hubiese salido del recinto. La arrogancia más descarada se manifestaría porque en la ceremonia no sólo se desvelaría el secreto más absoluto de la Organización, sino porque se cometería un asesinato. El segundo paso de *Übermorgen* consistía en el ritual de la puesta a muerte de Lybarger, el prelude de lo que realmente anunciaba.

«Que jueguen a necios insolentes si no saben hacer otra cosa», se dijo, pero él, Von Holden, era diferente, era el *Leiter der Sicherheit*, el guardián último de la seguridad de la Organización. Había jurado protegerla de sus enemigos internos y externos a cualquier precio. Scholl le había impedido dirigir el ataque en el hotel Borggreve y Salettl le había comunicado la orden de Dortmund de esperar hasta nuevo aviso en los salones de la galería dorada. Esperando allí solo, con la pulsación siniestra del *Vorahnung* en su interior y oyendo los aplausos atronadores que saludaban la entrada de Lybarger en la galería dorada, el salón contiguo, decidió que los enemigos internos en ese momento eran tan peligrosos como los externos. Y debido a eso, la próxima orden no provendría de ellos sino de sí mismo. Bajó por una pequeña escalera, salió por una puerta lateral y pidió un coche de la Seguridad. En el Audi blanco se había dirigido directamente de nuevo a la casa del 45, Behrenstrasse, con el propósito de devolver el maletín a la cámara secreta y profunda de *das Garten*. No fue posible porque la calle estaba abarrotada de camiones de bomberos y equipos contra incendios. La casa del número 45 se hallaba envuelta en llamas.

Sentado allí, en la oscuridad de la calle, sintió que el miedo volvía a agitarse en su interior. Comenzó como ondas transparentes que se agitaban lentamente como manchas delante de los ojos y luego apareció el rojo de la aurora, seguido de un verde irreal.

Von Holden quiso resistirse y cogió la radio. Al diablo con lo que hacían en ese momento, se dijo, pero alguien tenía que saberlo. Scholl, Salettl, Dortmund o incluso Uta Baur. En el momento en que cogía la radio, escuchó la llamada desde el palacio.

—¡Lugo! —Llamaba desesperadamente el jefe de Seguridad suplente de Charlottenburg—. ¡Lugo!

Por un momento, Von Holden vaciló y luego decidió contestar.

—Aquí Lugo.

—¡Se ha desatado el infierno! ¡La galería dorada está cerrada y ardiendo! ¡Todas las entradas y salidas están selladas!

—¿Selladas? ¿Cómo?

—¡Las puertas de seguridad! ¡Cerradas! ¡No hay electricidad y no podemos abrirlas!

Von Holden salió de Behrenstrasse y cruzó Berlín como un enajenado. ¿Cómo era posible? No había ninguna señal, ningún indicio. Las puertas de seguridad habían

sido instaladas en el palacio dos años antes, como medida contra incendios y para prevenir robos, dieciocho meses antes de que se fijara la fecha e incluso el lugar de la celebración. Los equipos informatizados de seguridad revisaban constantemente la casa de Behrenstrasse y lo mismo había sucedido en Charlottenburg durante la última semana. Aquella misma tarde Von Holden había inspeccionado personalmente los equipos de seguridad de la galería dorada y de la galería *Romantik*, donde se celebraría el cóctel. No había nada fuera de lugar y los sistemas habían sido revisados.

Al acercarse al palacio se encontró con toda la zona acordonada. Lo más cerca que pudo llegar fue al cruce del puente Caprivi y tuvo que hacerlo a pie. Desde allí, a casi medio kilómetro, veía las llamas elevándose al cielo. Por la mañana el palacio entero estaría reducido a cenizas. Aquello era una tragedia nacional de enormes proporciones y Von Holden sabía que se la compararía con la quema del Reichstag en 1933. Si había o no razones para compararlo con lo que había sucedido en Alemania inmediatamente después, Von Holden lo ignoraba. Lo que sí sabía era que si hubiera obedecido las órdenes de Salettl y se hubiera quedado allí, él y el maletín de incalculable valor de *das Garten* se habrían encontrado en el centro de la devastación que ahora observaba. No habrían sobrevivido ni él ni el maletín.

Mientras miraba cómo se quemaba Charlottenburg desde el puente de Caprivi, Von Holden decidió a solas poner en operación el nivel 5, el *Entscheiden Verfahren*, el procedimiento concluyente, un sistema ideado en 1942 como medida extrema en caso de acontecimientos inesperados, y luego perfilado y puesto a prueba por los responsables a lo largo de medio siglo. Todos los miembros del nivel más alto de la Organización habían aprendido el procedimiento, lo habían practicado más de veinte veces y podían llevarlo a cabo a ciegas. Había sido diseñado deliberadamente para que un hombre pudiera ejecutarlo solo y sometido a condiciones de extrema tensión. Se libraba a cada cual las condiciones de ruta y medio de transporte en el momento de la ejecución. Su atractivo residía en su sencillez y en su movilidad y en el hecho de que funcionara. Había funcionado alternativamente contra los mejores elementos operativos de la Organización como simulacro de agentes enemigos que intentarían detener su ejecución.

Una vez tomada la decisión, Von Holden regresó al Audi y se alejó en medio de una muchedumbre de curiosos que intentaban ver el incendio. El hecho de que ambos siniestros, el de Behrenstrasse y el de Charlottenburg, fueran evidentemente obra de saboteadores, significaba que era esencial que saliera de Alemania lo más rápido posible. Quien fuera el responsable —la BKA, el espionaje alemán, la CÍA, el Mossad israelí o los servicios de espionaje franceses o británicos— estarían vigilando todos los puntos de salida para atrapar a cualquier miembro de la Organización que hubiese escapado con vida del terror. La espesa niebla en la que ya había reparado le impediría escapar en avión, aunque fuera su jet privado. Podía usar el Audi como alternativa, pero era un largo camino y podía toparse con barreras o sufrir una avería.

Si cogía un bus y lo detenían, no había escape posible. Quedaba el tren. Un hombre se podía perder en una estación llena de gente y luego comprar un billete con derecho a compartimiento privado. Las fronteras ya no estaban vigiladas como antes. Además, si tenía problemas, podía tirar del freno de emergencia y parar el tren en cualquier lugar y escapar en medio de la confusión. Es cierto que alguien recordaría a un hombre que viajaba solo de noche en un compartimiento privado, y, de ser así, podrían seguirle la pista y capturarlo. Sin embargo no había otra salida y Von Holden lo sabía. Pero lo que tenía que hacer antes era bastante más complicado.

CIENTO VEINTISIETE

Diecisiete compañías de bomberos habían acudido al incendio de Charlottenburg y estaban por llegar otras desde distritos vecinos. Miles de espectadores se apiñaban para mirar, contenidos por cientos de efectivos de la policía berlinesa. A pesar de la densa niebla, los medios de comunicación, la policía y los bomberos se disputaban el espacio aéreo por encima del fuego.

La segunda compañía del Cuerpo de Bomberos había logrado llegar a la parte de atrás, cortando a través de verjas provisionales de seguridad y, pisoteando los bellos jardines, intentaban concentrar los chorros de agua sobre la parte superior del edificio donde las llamas se propagaban furiosamente. En ese momento Osborn salió de la oscuridad gritando y pidiendo socorro.

Dejó a McVey en el sitio hasta donde lo había arrastrado, tendido en la hierba, tan lejos de las llamas como pudo llegar. El policía estaba inconsciente e intentaba respirar y Osborn le abrió la chaqueta y le rasgó la camisa, despojándolo de todo lo que le impidiera respirar libremente. Pero no había logrado aliviarlo de los espasmos en el cuello y en la parte superior de los brazos. La atropina era un antídoto para el cianuro, pero la necesitaba inmediatamente. Al otro lado de la explanada vio a los curiosos, y debilitado por el ahogo y las náuseas, envenenado por el gas pero en menor grado, corrió hacia el río gritando y agitando los brazos. Pero sólo tardó un momento en darse cuenta del nuevo enemigo, la distancia y la oscuridad. Nadie lo veía ni lo oía. Se volvió y vio a McVey retorciéndose en la hierba y a su espalda el infierno de llamas rugientes. McVey estaba a punto de morir y él no podría hacer nada salvo observar. Sólo entonces llegaron los bomberos.

—¡Es gas cianuro! —gritó tosiendo y ahogándose ante un macizo bombero joven y corpulento que corrió con él a través de una lluvia de brasas, humo y neblina. Osborn sabía que los bomberos americanos solían llevar el antídoto porque, al quemarse, los plásticos despiden gas cianuro, y tenía la esperanza de que los alemanes estuvieran igual de bien equipados.

—¡Aquí, antídoto para el cianuro! ¡Nitrito de amilo! ¿Me entiende? ¡Nitrito de amilo! ¡Es un antídoto para el gas!

—*Ich verstehe nicht Englisch*, no entiendo inglés —dijo el bombero, desesperado ante el americano.

—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Por favor! —rogó Osborn, pronunciando con cuidado sus palabras y rogando que el hombre le entendiera. El bombero de pronto reaccionó.

—*Arzt! Ja!*, un médico, ya le entiendo. *Ich brauche schnell einen Arzt! Cyanide Gas!* —El bombero alertó rápidamente usando el micrófono enganchado a la solapa de su chaqueta, pidiendo inmediata asistencia médica.

—¡Nitrito de amilo! —repetía Osborn, y de pronto se apartó a un lado, se dobló

en dos y vomitó sobre la hierba.

Remmer los acompañaba en la ambulancia cuando la droga comenzó a surtir efecto. Iban con ellos el enfermero que la había administrado y otros dos camilleros. McVey tenía la nariz y la boca cubierta con una máscara de oxígeno y su respiración recuperaba el ritmo normal. Osborn estaba tendido a su lado con un gota a gota como McVey, mirando a Remmer y oyendo el ruido de su radio por encima del ulular de las sirenas. Hablaban en alemán, pero Osborn logró entender que Charlottenburg y casi todos los que se encontraban dentro del edificio habían perecido entre las llamas. Sólo él, McVey y unos cuantos guardias de seguridad se habían salvado. La galería dorada seguía cerrada por las puertas metálicas, reducidas a una masa de hierro fundido y retorcido. Pasarían horas, si no días antes de que pudieran entrar los equipos de rescate con máscaras de gas.

Reclinó la cabeza e intentó alejar de su mente la imagen de McVey tendido en la hierba. El hecho de que, como adulto, hubiera aprendido el oficio de médico no significaba nada. No había podido hacer nada más que observar y finalmente correr y gritar pidiendo ayuda. Era parecido a lo poco que había podido hacer por su padre tendido en la acera junto a la tapa de cloaca en Boston muchos años antes.

Sintió que se estremecía con un sollozo involuntario cuando pensó que el enigma de la muerte de su padre había acabado allí, sepultado bajo los escombros calcinados de Charlottenburg. Lo único que había descubierto era que su padre, junto a muchos otros, habían sido víctimas de una compleja y macabra conspiración puesta en marcha por un reducido grupo de nazis que habían experimentado en secreto con cirugía atómica a bajas temperaturas. Un experimento que, de verificarse la teoría de McVey sobre Lybarger, había tenido éxito. Pero aún no conocía la respuesta al por qué. Lo que había descubierto ya debía ser bastante. Pensó en Karolin Henniger y en su hijo huyendo de él en el callejón. ¿Cuántos más habían muerto debido a su búsqueda particular? La mayoría eran totalmente inocentes y aquello era culpa suya. La pesadilla de su existencia se había reproducido injustamente en la de otras personas. Vidas que jamás debían haberse cruzado, se habían encontrado con resultados trágicos.

Cualquiera fuera el dios que lo había abandonado a los diez años, había vuelto a hacerlo. Y había perdido a Vera, que durante unos pocos días brilló como una luz con la que ni siquiera soñara. Los dioses la habían marcado con el estigma de la conspiración, la habían arrancado a él y confinado en una prisión.

De pronto se la imaginó bajo la luz perenne de los módulos. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿A qué la estarían sometiendo? ¿Cómo se defendía ella? Tenía ganas de estirar la mano y tocarla, consolarla, decirle que eventualmente todo saldría bien. Luego pensó que, aunque pudiese decírselo, ella se alejaría, rechazaría su contacto y no confiaría en él. Lo que había sucedido podía haber destruido también eso.

—Osborn —se oyó la voz de McVey bajo la máscara. Osborn lo miró y vio el rostro de Remmer iluminado por las luces del interior de la ambulancia. El inspector miraba a McVey. Quería vivir y recuperar su salud.

—Osborn está aquí, McVey. Está bien —le aseguró Remmer.

Osborn se sacó su propia máscara y se inclinó para cogerle la mano a McVey. Remmer lo estaba mirando.

—Enseguida llegamos al hospital —dijo Osborn intentando infundirle confianza.

McVey tosió, el pecho se le agitó dolorosamente y cerró los ojos.

Remmer miró al médico alemán.

—Se pondrá bien —comentó Osborn, sosteniéndole aún la mano a McVey—. Hay que dejarlo descansar.

—Al diablo. Escuchadme —protestó McVey, y le apretó la mano a Osborn. Abrió los ojos—. Salettl... —dijo, y calló respirando profundamente— dijo que la fisioterapeuta de Lybarger... la chica... se iría en...

—¡El avión a Los Angeles! ¡Por la mañana! —Intervino Osborn para arrebatarse la frase—. Dios mío, ¡por algo lo dirá! ¡Tiene que seguir viva aquí, en Berlín!

—Sí...

CIENTO VEINTIOCHO

La habitación privada de la sexta planta de la Universitäts Klinik Berlin estaba a oscuras. A McVey lo habían internado en la unidad de quemados. A Remmer le hicieron radiografías de la muñeca y se la escayolaron, y a Osborn lo dejaron en paz. Sucio y exhausto, tenía el pelo y las cejas chamuscadas que le daban el aspecto, pensó, de Yul Brynner o de un marine duro. Después de examinarlo, lo acostaron. Quisieron darle un calmante, pero él se negó.

Cuando los policías berlineses salieron en busca de Joanna Marsh, Osborn debería haberse marchado, pero no lo hizo. Tal vez estaba demasiado cansado, o puede que el envenenamiento con cianuro tuviera efectos secundarios desconocidos y que funcionara como una dosis de adrenalina que lo mantuviera alerta. Cualquiera que fuera la razón, Osborn permanecía totalmente despierto.

Desde donde estaba, veía su ropa arrugada colgada junto al traje de McVey en el armario. Más allá, a través de la puerta abierta veía el cuarto de las enfermeras. Había una rubia de guardia y mientras hablaba por teléfono registraba datos en el ordenador. Entró un médico en ronda de noche y Osborn vio que ella levantaba la mirada cuando el médico se puso a estudiar los informes. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que él había hecho su última ronda. Como si nunca hubiera hecho una. Ahora, en Europa le parecía haber vivido un tiempo sin límite. En rápida sucesión, un médico enamorado se había convertido en perseguidor, luego en víctima y más tarde en fugitivo. Después de nuevo en perseguidor, en connivencia con policías de tres países. Entretanto había disparado y matado a tres pistoleros terroristas, de los cuales uno era mujer. De su vida y su trabajo en California sólo quedaban retazos de recuerdos. Estaba y no estaba formando una imagen especulativa de su vida. Sí y no a la vez. No había podido enterrar en el recuerdo la muerte de su padre. A pesar de lo vivido, seguía sin hacerlo. Era eso lo que lo mantenía despierto. Había intentado descubrir la respuesta en los cuerpos de Scholl y Salettl. Pero no la había. Todo parecía terminar allí hasta que McVey había recordado las palabras de Salettl. Podía estar diciéndoles que buscaran a Joanna Marsh. La mujer tendría alguna respuesta aunque fuera inocente. Pero era un cabo sin atar, como Scholl después de la muerte de Merriman. Así, el viaje aún no llegaba a su fin. Pero con McVey convaleciente y fuera de juego por quién sabía cuánto tiempo, la pregunta era ¿cómo continuar?

CIENTO VEINTINUEVE

Mientras el diminuto caniche le tiraba de la correa, Baerbel Bracher hablaba con los inspectores de Homicidios de la *Polizeipräsidium*, la Jefatura Central de Policía.

Baerbel Bracher tenía ochenta y siete años y pasaban treinta y cinco minutos de la medianoche. Su perro *Heinz*, de dieciséis años, sufría de la vejiga y algunas noches debía sacarlo a pasear hasta cuatro veces. Si *Heinz* lo pasaba muy mal, hasta cinco o seis veces durante toda la noche. Esa noche lo había pasado mal, y en su sexto paseo Baerbel había visto los coches de la policía, y luego a los policías y a los adolescentes que se arremolinaban en torno al taxi.

—Sí, yo lo vi. Era joven y guapo y llevaba frac —dijo la anciana, y dejó de hablar cuando llegó el furgón del forense y el médico y sus asistentes de batas blancas bajaron y se acercaron al taxi—. En ese momento me pareció extraño ver a un hombre guapo vestido de frac bajar de un taxi, tirar las llaves en el interior y marcharse —explicó.

Trajeron una camilla y una funda, y la anciana los vio abrir el maletero, sacar el cuerpo de la joven taxista, meterla dentro de la funda y cerrar la cremallera.

—Bueno, ya sé que no tengo por qué entrometerme, pero llevaba un maletín blanco muy grande colgado al hombro. Pensé que era raro que un joven vestido de frac llevara una cosa tan aparatosa. Pero bueno, hoy en día se ve de todo. Yo ya no pienso nada y prefiero no opinar.

El detalle del frac relacionaba al hombre con el incendio de Charlottenburg. Hacia la una de la madrugada, llevaron a Baerbel Bracher a la jefatura a mirar fotos. Debido a la conexión con Charlottenburg, se contactó a la BKA. Inmediatamente después, Bad Godesburg se ponía en contacto con Remmer.

—Mezclad entre las fotos la del jefe de Seguridad de Scholl, la que hicimos a partir del vídeo de la casa de Hauptstrasse —ordenó Remmer desde su habitación en el hospital—. No le digáis nada, sólo metedla en medio.

Veinte minutos más tarde, Bad Godesburg llamó para confirmar la corazonada. Eso significaba que un miembro de la Organización había escapado del incendio en Charlottenburg y andaba ahora suelto. Se envió la alerta a todas las unidades y Remmer pidió una orden de captura internacional contra Von Holden, de nacionalidad argentina y portador de un pasaporte suizo, sospechoso de asesinato.

Al cabo de una hora, un juez de Bad Godesburg extendió la orden de arresto. Momentos después, la foto de Von Holden era enviada a todos los departamentos de policía de Europa, el Reino Unido, América del Norte y del Sur. El aviso llevaba el código «rojo», es decir de busca y captura. Y, más abajo: «Está armado y es extremadamente peligroso».

—¿Cómo se encuentra? —Eran más de las dos de la tarde cuando Remmer entró en la habitación de Osborn.

—Estoy bien —contestó Osborn, que comenzaba a dormitar en el momento en que entró Remmer—. ¿Cómo tiene la muñeca?

Remmer levantó el brazo.

—Escayolada, por ahora.

—¿Y McVey?

—Durmiendo.

Remmer se acercó y Osborn se percató de la intensidad de su mirada.

—¿Han encontrado a la fisioterapeuta de Lybarger!

—No.

—Entonces, ¿qué?

—El hombre que Noble identificó como miembro de la Spetsnaz, el mismo que usted encontró en el Tiergarten, escapó al incendio.

Osborn se espabiló por completo. Aún quedaban cabos sueltos.

—¿Von Holden? —preguntó.

—Un hombre que correspondía a su descripción abordó el tren de las once menos doce minutos a Frankfurt. No estamos seguros de que se trate de él, pero yo voy hacia allá de todos modos. Hay demasiada niebla para coger un avión. No hay trenes. Voy en coche.

—Voy con usted.

—Eso veo —dijo Remmer con un amago de sonrisa—. Precisamente venía a preguntárselo.

Diez minutos más tarde salía un Mercedes gris oscuro por una de las autopistas de Berlín. El coche era de un motor de seis litros en V-8, un modelo que solía usar la policía. La velocidad máxima era asunto clasificado, pero se decía que en una recta podía alcanzar los trescientos kilómetros por hora.

—Me gustaría saber si se marea en coche —preguntó Remmer tajante.

—¿Por qué lo pregunta?

—El tren de Berlín llega a las siete y cuatro minutos. Ahora son las dos y pico. Un conductor que va rápido por autopista desde Berlín a Frankfurt, puede hacerlo en cinco horas y media. Yo voy rápido. Y además soy policía.

—¿Cuál es el récord?

—No hay récord.

CIENTO TREINTA

Von Holden se reclinó en el respaldo y oyó el traqueteo del tren contra los raíles. Pasaron de largo un pequeño poblado que brilló en medio de la noche y, al cabo de un rato, otro.

Poco a poco el holocausto de Berlín quedaba atrás, lo cual le permitía concentrarse plenamente en la tarea que le esperaba. Miró enfrente y la vio a ella observándolo desde su sitio.

—Por favor, duérmase —aconsejó.

—Sí —admitió Vera, se dio media vuelta e intentó hacer lo que le decía.

Habían venido a buscarla después de las diez. La sacaron de su celda, la llevaron a una habitación, le entregaron la ropa que llevaba en el momento de la detención y le dijeron que se vistiera.

Luego la habían bajado en ascensor y la condujeron al coche donde la esperaba este hombre. Era un *Hauptkommissar*, un inspector jefe de la Policía Federal. La entregaban a su custodia y debía hacer todo lo que le dijera. El nombre del inspector era Von Holden.

Momentos más tarde caminaban unidos por las esposas mientras cruzaban el andén y abordaban un tren en Banhoff Zoo, la estación central de ferrocarriles de Berlín.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella con ciertas reservas cuando él cerró la puerta del compartimiento y le echó llave.

Von Holden tardó un momento en responder y dejó en el suelo un enorme maletín blanco que llevaba colgado al hombro. Luego se inclinó y le sacó las esposas.

—Donde Paul Osborn —dijo él.

¡Paul Osborn! Aquellas palabras la sorprendieron.

—Lo han llevado a Suiza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Vera pensando aceleradamente—. ¡A Suiza! ¿Por qué? Dios mío, ¿qué ha sucedido?

—No tengo más información. Sólo órdenes —contestó Von Holden, y la llevó hasta su asiento. Él se sentó enfrente. Poco después el tren salió de la estación y Von Holden apagó la luz.

—Buenas noches —dijo.

—¿En qué lugar de Suiza?

—Buenas noches.

Von Holden sonrió en la oscuridad. La reacción de Vera había sido previsible, una grave inquietud seguida casi inmediatamente de esperanza.

Temerosa y agotada como debía de estar Vera Monneray, su principal

preocupación seguía siendo Osborn. Eso significaba que no le causaría problemas mientras creyera que la llevaban adonde estaba él. El hecho de que fuera bajo la custodia declarada de un inspector de policía de la BKA era una garantía más.

A Von Holden le habían notificado de su detención desde la sección de Berlín en el interior de la cárcel aquel mismo día. En ese momento, la información había sido puramente fortuita, pero con el correr de las horas se había revelado imprescindible. Media hora después de que diera la orden, la sección Berlín se había encargado de que soltaran a Vera. Entretanto, Von Holden se había cambiado de ropa y había cubierto la caja con una funda de nailon negra que le permitía llevarla como mochila, estampada con el logo de identificación de la BKA.

Resultaba una paradoja que, al detener a Vera, McVey le hubiera proporcionado a Von Holden involuntariamente la complicación que andaba buscando. Ya no era un hombre que viajaba solo sino un hombre que viajaba en el mismo compartimiento con una mujer de notable belleza.

Vera Monneray serviría para un fin más importante, porque se había convertido en un rehén de primera categoría.

Von Holden se miró el reloj. En poco menos de cinco horas estarían en Frankfurt. Dormiría cuatro horas y luego decidiría qué hacer.

CIENTO TREINTA Y UNO

Von Holden despertó a las seis en punto. Frente a él, Vera dormía. Se levantó, entró en el pequeño lavabo y cerró la puerta.

Se lavó la cara y se afeitó con los artículos del baño. Entretanto pensaba en Charlottenburg. Cuanto más analizaba lo que había sucedido, mayor era su convicción de que la conspiración era obra de alguien y quizá de varias personas que pertenecían a la Organización. Pensando retrospectivamente, recordó la expresión fantasmal de Salettl fuera del mausoleo. Se había puesto muy nervioso al comentarle a Von Holden que la policía buscaba a Scholl con una orden de arresto. Parecía enfático al ordenarle que llevara el maletín a las dependencias reales y que esperara allí, lo cual lo habría dejado a merced de las llamas si no hubiese tomado la iniciativa de abandonar el palacio.

Sin embargo, parecía absurda la idea de culpar a Salettl. Como médico, había estado en *Übermorgen* desde sus inicios a finales de los años treinta. Era él quien se había encargado de todos los aspectos médicos, quien había dirigido las operaciones de decapitación y los experimentos quirúrgicos. ¿Cómo era posible que, en el punto culminante de todo aquello a lo que se había consagrado durante más de medio siglo, de pronto cambiara de parecer y lo destruyera todo? No tenía sentido. Pero al mismo tiempo, ¿qué otras personas tenían tan fácil acceso, no sólo a Charlottenburg sino al entramado más secreto de *Übermorgen*?

El silbato del tren sacó a Von Holden de sus cavilaciones. Faltaban cuarenta minutos para llegar a Frankfurt. Ya había tomado la decisión de evitar los aeropuertos y servirse de los trenes hasta donde le fuera posible. Con suerte, eso podía significar el resto del camino. A las 7.46 había un tren expreso que los dejaría en Berna, Suiza, a las doce y doce minutos. Desde allí había una hora y media hasta Interlaken y luego los últimos transbordos, uno en el tren de la red Bernese-Oberland ascendiendo el sobrecogedor paisaje de los Alpes, y el otro hasta la cumbre en los ferrocarriles del Jungfrau.

CIENTO TREINTA Y DOS

Remmer llevaba veintiuna horas sin dormir y el día anterior apenas había descansado tres. Ésa fue la razón por la que tardó en reaccionar al ver la primera línea de luces que apareció en la lluviosa autopista, al norte de Bad Hersfeld. Osborn fue el primero en dar la alarma, y la reacción de Remmer contra los frenos redujo la velocidad del Mercedes en cuestión de segundos, de doscientos setenta kilómetros a ciento cincuenta por hora.

A Osborn se le quedaron blancos los nudillos apretando el asiento de cuero cuando la parte posterior del Mercedes perdió el equilibrio y el coche giró, descontrolado, describiendo una curva de trescientos sesenta grados. Mientras giraban, Osborn tuvo una visión de la catástrofe que se aproximaba. Había dos camiones de remolque y una media docena de coches desparramados por la autopista. El Mercedes seguía girando a más de cien kilómetros por hora y a menos de cincuenta metros del primer remolque volcado. Osborn se afirmó para recibir el impacto y miró a Remmer. Éste permanecía inmóvil sosteniendo el volante con ambas manos, como si volaran al abismo y fuera incapaz de remediarlo.

Osborn estaba a punto de abalanzarse sobre el volante, arrancárselo de las manos a Remmer e intentar pasar junto al camión desde el lado del pasajero, cuando el morro del coche quedó alineado. Remmer aceleró, las ruedas se agarraron instantáneamente, el Mercedes se enderezó y salió disparado hacia delante. Remmer redujo, dio unos leves golpes en el freno y el coche pasó a escasos centímetros del camión volcado. Con otro toque de frenos y un giro al volante, Remmer evitó chocar contra un Volvo en medio del camino. Siguieron hasta salirse de la autopista y rozar la piedrecilla del arcén. El Mercedes se levantó de las ruedas traseras, osciló, volvió a caer hacia atrás y se detuvo.

El tren avanzaba a paso de tortuga al cruzar de una vía a otra en las cercanías de Hauptbahnhof, la estación central de ferrocarriles de Frankfurt. Von Holden permanecía de pie junto a la ventana mirando afuera al entrar en la estación. Tenía todos los sentidos alerta, como a la espera de algo. Vera estaba sentada y lo observaba. Había pasado la noche dormitando, medio despierta, con la cabeza hecha un torbellino de ideas. ¿Por qué había venido Paul a Suiza? ¿Por qué el policía la llevaba con él? ¿Estaría herido de muerte?

Sintió que el tren reducía aún más la marcha y luego se detenía. Un silbido agudo proveniente de los frenos hidráulicos fue seguido de las puertas de los vagones que se abrían.

—Cuando salgamos cambiaremos de tren —anunció Von Holden sin preámbulos—. Le recuerdo que aún se encuentra bajo la custodia de la Policía Federal.

—Si me lleva a donde está Paul, ¿por qué cree que se me ocurriría huir?

De pronto se oyeron unos golpes secos en la puerta.

—Policía. ¡Abra la puerta, por favor!

—¿Policía? —preguntó Vera mirando a Von Holden.

Éste la ignoró, se dirigió a la ventana y miró hacia fuera. La gente se movía de un lado a otro del andén, pero no vio más policías, al menos agentes uniformados.

Se repitieron los golpes en la puerta.

—Debe de ser un error, andarán buscando a alguien —comentó Von Holden volviéndose.

Se acercó a la puerta y la entreabrió justo lo suficiente para mirar hacia fuera.

—*Ja?* —preguntó, y se puso unas gafas como si quisiera verlos mejor.

Había dos hombres de civil, uno algo más alto que el otro. Los acompañaba un policía uniformado, con una metralleta. Era evidente que los dos primeros eran inspectores.

—Salga del compartimiento, por favor —urgió el más alto.

—BKA —dijo Von Holden, abriendo la puerta y dejando que vieran a Vera.

—¡Salga del compartimiento! —repitió el más alto de los inspectores. Los habían enviado en busca de un fugitivo llamado Von Holden. Tal vez fuera el hombre que buscaban o tal vez no. Sólo tenían una foto y el hombre aparecía sin gafas. Además, ¿BKA? ¿Qué significaba eso? ¿Quién era aquella mujer?

—Desde luego. —Von Holden salió al pasillo. El inspector más bajito miraba a Vera y el policía de uniforme a Von Holden. Von Holden le sonrió.

—¿Quién es? —preguntó el más alto señalándola a ella.

—Prisionera en tránsito. Sospechosa de actos terroristas.

—¿Tránsito a dónde?

—A Bad Godesburg. Cuartel general de la BKA.

—Debería haber una agente. ¿Dónde está?

—No está —respondió Von Holden tranquilo—. No había tiempo. Tiene que ver con Charlottenburg.

—Identificación.

Von Holden vio que el policía uniformado miraba hacia fuera distraído por el paso de una chica atractiva. Se estaban relajando. Comenzaban a creerlo.

—Claro —asintió Von Holden. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó una cartera delgada y se la entregó al detective más bajito.

Von Holden se volvió hacia Vera.

—¿Se encuentra bien, señorita Monneray?

—No entiendo lo que está sucediendo.

—Yo tampoco.

Von Holden se volvió y se oyeron dos golpes secos, como dos escupitajos. El agente uniformado abrió desmesuradamente los ojos y se derrumbó. Al mismo tiempo, el cañón chato del silenciador se apoyó contra la frente del inspector más

bajo. Von Holden se volvió en el momento en que el segundo inspector desenfundaba su Beretta de 9 milímetros. La pistola de Von Holden era una automática con silenciador del calibre 38. Le disparó dos veces, encima y debajo del esternón. Por un instante, al hombre se le dibujó una mueca de rabia y luego resbaló lentamente al suelo.

Un momento más tarde, Von Holden y Vera Monneray bajaban del tren y se alejaban por el andén mezclándose con los pasajeros hacia el interior de la estación. Von Holden cargaba el maletín forrado de nailon colgando del hombro izquierdo, y con su derecha llevaba firmemente a Vera de la mano, que caminaba a su lado pálida de terror.

—Escúcheme —advirtió Von Holden con la mirada fija delante de él como si hablaran de cualquier cosa—. Esos tipos no eran policías.

Vera seguía caminando intentado recobrar la compostura.

—Olvídese de lo que ha sucedido. Borre la imagen de su mente.

Estaban dentro de la estación. Von Holden miró a su alrededor alerta a la presencia de policías, pero no vio a ninguno. Un reloj encima de un quiosco de periódicos marcaba las siete y veinticinco. Recorrió el tablero con una mirada rápida buscando los horarios del tren de enlace. Cuando encontró lo que buscaba, condujo a Vera a un local de comida rápida y pidió café.

—Bébalo, por favor —dijo.

Vera cogió la taza con las manos temblando. Se percató de que seguía estando aterrorizada. Bebió un sorbo y sintió el calor del café en su interior. Notó que Von Holden no estaba y luego que volvía con un periódico bajo el brazo.

—Repito que esos tipos no eran policías —masculló, en voz baja—. Existe un movimiento neonazi en Alemania desde la reunificación y en este momento son clandestinos, pero tienen la misma determinación de convertirse en un gran movimiento. Anoche, cien de los demócratas más poderosos e influyentes de Alemania se reunieron en el palacio de Charlottenburg en Berlín. Estaban allí para informarse acerca de la realidad del nazismo en el país y para prestar su apoyo a quienes lo combaten.

Von Holden lanzó una mirada al reloj del quiosco y abrió el periódico. En la primera página aparecía una dramática foto de Charlottenburg envuelto en llamas. El titular en alemán decía: ¡Charlottenburg arde!

—Lo provocaron con bombas incendiarias. Murieron todos. El movimiento neonazi ha reivindicado el atentado.

—Tendrá alguna razón para decírmelo —preguntó Vera, que sabía que Von Holden no decía toda la verdad.

Más allá, Von Holden vio a media docena de policías que corrían hacia el tren del que habían bajado. Volvió a mirar el reloj. Eran las siete y treinta y tres.

—Camine junto a mí, por favor —ordenó Von Holden, la cogió por el brazo y se dirigió a un tren que esperaba la partida.

—Paul Osborn descubrió que los hombres que lo acompañaban no eran lo que parecían.

—¿McVey? —Vera no podía creerlo.

—McVey era uno de ellos.

—No, es imposible. ¡Es americano, como Paul!

—¿Acaso no es una coincidencia que al policía francés que trabajaba con McVey lo asesinaran ayer en un hospital de Londres más o menos a la misma hora que descubrían en Francia el cuerpo del primer ministro?

—¡Dios mío...! —murmuró Vera recordando a Lebrun junto a McVey en su apartamento. Era como revivir todo el terror de la ocupación alemana de Francia. Entre toda una multitud de rostros, era imposible fiarse de nadie. Era la esencia de lo que François Christian había combatido en Francia. Lo que más temía, el espíritu de los franceses sometido a la influencia de Alemania. Entretanto la propia Alemania, desgarrada por luchas internas y por el descontento social, se encaminaba al fascismo.

—Es la realidad de nuestra lucha —insistió Von Holden—. Terroristas nazis organizados y con un entrenamiento riguroso que operan en Europa y en las dos Américas. Osborn lo descubrió y recurrió a nosotros. Lo sacamos de Alemania por su propia seguridad. Por la misma razón la sacamos a usted.

—¿A mí? —preguntó ella incrédula.

—No era a mí a quien buscaban en el tren, sino a usted. Saben lo de su relación con François Christian. Suponen que sabe usted algo, aunque tal vez no sea así.

Vera recordó claramente a Avril Rocard en la granja a las afueras de Nancy y a los agentes de los servicios secretos que había dejado a su espalda.

—¿Cómo sabía usted lo de François? —preguntó ella sintiéndose vulnerada.

—Osborn nos lo dijo. Por eso la sacamos de la cárcel, antes de que McVey y los suyos pudieran extender sus tentáculos.

Ahora caminaban por el andén en medio de una multitud en dirección al tren y Von Holden miraba los números de los vagones. Los altavoces anunciaban la llegada de un tren y la salida de otro. ¿Cómo sabía la policía que iba él en el tren? Von Holden escrutaba cada rostro y cada movimiento de los cuerpos que se movían en torno a él. El ataque podía venir de cualquier lado. En la distancia se oyeron las sirenas. En ese momento encontró el vagón que buscaba.

A las siete y cuarenta y seis minutos, el expreso Inter City salía de la estación de Auptbahnhof. Vera se acomodó, aún nerviosa, en el asiento de terciopelo rojo en el compartimiento de primera clase junto a Von Holden. A medida que aceleraba el tren, Vera se reclinó y miró por la ventana. Era imposible que McVey no fuera quien aparentaba ser. Sin embargo, Lebrun estaba muerto y François Christian también. Y además Von Holden sabía demasiado acerca de todo como para no creerle. Habían

muerto cien personas en el incendio de Charlottenburg, sin contar los hombres que Von Holden acababa de matar en la estación. En otro momento, bajo otras circunstancias, tal vez habría pensado con mayor claridad. Pero habían sucedido demasiadas cosas, y demasiado rápida y brutalmente.

Lo más aterrador era que todo aquello estaba sucediendo bajo el espectro de un movimiento político naciente en Alemania, algo verdaderamente inquietante y desolador.

CIENTO TREINTA Y TRES

Durante una hora desapareció toda idea no relacionada con la escena de aquella horrible carnicería. Primero con ayuda de Remmer y luego con los enfermeros, Osborn se ocupó de las medidas elementales de emergencia en el asfalto ensangrentado de la autopista. Tuvo que recurrir a sus habilidades de cirujano y a todo lo que había aprendido desde su primera clase de medicina. No contaba con instrumentos, medicamentos o anestesia.

La hoja de un cortaplumas suizo de uno de los camioneros, esterilizada con una cerilla, sirvió de bisturí para proceder a una traqueotomía con una monja de setenta años.

Osborn la dejó y se acercó a una mujer madura. Su hijo adolescente, presa de un ataque de histeria, gritaba que su madre se había cortado la pierna y que se desangraba. Pero no se trataba de un simple corte, la pierna estaba cercenada. Osborn se sacó el cinturón y se lo colocó como torniquete, pero luego tuvo que llamar al hijo para que lo sujetara. Remmer le gritaba para que le ayudara a sacar a una muchacha de debajo de un coche pequeño tan destrozado que parecía difícil que alguien hubiera sobrevivido. Se tendieron en el asfalto, Osborn ayudándole a salir y Remmer empujando con los pies para levantar un montón de hierros retorcidos. Y sólo cuando la sacaron se percataron de que sostenía a un recién nacido en brazos. Estaba muerto. Cuando ella se dio cuenta, se levantó y se alejó caminando. De pronto, el conductor de un furgón Volkswagen, sujetándose un brazo roto con el otro sano, salió corriendo detrás de ella cuando la vio dejar atrás los coches parados y dirigirse al flujo de los que se aproximaban en dirección contraria. Seguían llegando coches de policía, ambulancias y bomberos, y desde Frankfurt habían enviado un helicóptero ambulancia. Remmer sostenía a un joven enfermo de sida, de cuerpo esquelético, mientras Osborn le manipulaba el hombro dislocado para volverlo a su sitio. El joven no dijo nada y ni siquiera dejó escapar un grito, a pesar del espantoso dolor provocado por la manipulación. Cuando todo hubo terminado, se reclinó hacia atrás y murmuró un *Danke*.

Después llegó el personal de urgencias. Amanecía cuando empezaban y pronto se hizo de día. La carnicería que los rodeaba era un auténtico campo de batalla. Los dos se alejaban hacia el Mercedes estacionado en el arcén cuando el helicóptero ambulancia se posó en el suelo desatando un torbellino de polvo.

Los equipos de rescate se acercaron corriendo con una camilla y un enfermero los acompañaba sosteniendo un gota a gota.

Osborn miró a Remmer.

—Creo que hemos perdido el tren —dijo en voz baja.

—*Ja* —asintió Remmer. Apoyaba la mano en la puerta del Mercedes cuando sonó la radio. Una breve enumeración en código fue seguida del nombre de Remmer. Éste

cogió inmediatamente el micrófono y respondió. Siguió un rápido diálogo en alemán. Remmer escuchó, respondió con una frase breve y colgó.

—Von Holden disparó contra tres agentes en la estación de Frankfurt. Mató a los tres y él consiguió escapar —dijo Remmer, y siguió mirando fijamente a Osborn. A éste le molestó la mirada del policía.

—Hay algo más que no me ha dicho. ¿Qué es?

—Viajaba con una mujer.

—¿Y...?

—La soltaron de su celda a las diez y treinta siete de la noche —explicó Remmer por encima del chirrido de neumáticos que provocó el coche al salir a toda velocidad—. El responsable de su liberación se ha encontrado muerto hace menos de una hora en el asiento trasero de un coche aparcado cerca de la estación ferroviaria de Berlín.

—¿Me está diciendo que la mujer que viaja con Von Holden es Vera? —Osborn se sintió embargado por la ira y el resentimiento.

—No estoy emitiendo juicios de valor, me limito a enunciar un hecho. A la luz de lo que está pasando, es importante que lo sepa.

Osborn lo miró fijamente.

—¿La soltaron y ahora nadie sabe dónde está?

Remmer negó con un gesto de la cabeza.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Ya me gustaría poder responderle.

Tres personas habían visto a un hombre y una mujer bajando del tren Berlín-Frankfurt cuando llegó a la Hauptbahnhof. Después de cruzar el andén, habían desaparecido en la estación. Los tres sostenían opiniones radicalmente opuestas con respecto a la dirección que podían haber tomado. Todos estaban de acuerdo en que el hombre era el mismo que aparecía en las fotos de la policía y que llevaba una especie de maletín al hombro.

Por el testimonio de esas tres personas y por las pruebas de que disponían, los consternados inspectores de Homicidios de Frankfurt pudieron entender la sucesión de los acontecimientos. Los policías habían subido al tren de Berlín nada más llegar, a las siete y cuatro minutos. Los habían asesinado poco después, tal vez unos cinco o seis minutos, víctimas de disparos desde el interior de un compartimento ocupado por un hombre llamado Von Holden. Un hombre de negocios italiano había descubierto los cuerpos al salir de su compartimento, aproximadamente a las siete y dieciocho minutos. El hombre había oído hablar en el pasillo, pero no había escuchado disparos, lo cual hacía pensar que el asesino llevaba un arma con silenciador. Hacia las siete y veinticinco habían llegado los primeros policías y hacia las siete y cuarenta y cinco, la estación fue acordonada. Durante las tres horas siguientes se detuvo la salida de trenes, personas o taxis hasta ser registrados

minuciosamente. Remmer había recibido la llamada por radio a las siete y treinta y cuatro. A las ocho y diez minutos, él y Osborn entraron en la estación.

Osborn esperó a un lado mientras Remmer revisaba los detalles con los inspectores de Frankfurt y luego interrogaba personalmente a los tres testigos. Remmer no le dijo nada de los disparos hasta que lo llamaron por radio. Pero Osborn oyó que pronunciaban el nombre de Von Holden seguido inmediatamente de la palabra *Fräulein*, una mujer joven. Remmer no dijo nada y Osborn no preguntó, pero Remmer sabía, o le daba miedo, que Osborn hubiera oído que la *Fräulein* que acompañaba a Von Holden era Vera Monneray.

Y ahora, mientras Remmer interrogaba a los testigos, Osborn intentaba descifrar lo que oía. Pero le faltaban palabras para entenderlo todo. La principal preocupación, había dicho Remmer después de la llamada, era la logística. Tal como él lo veía, Frankfurt era un nudo de enlace más que una terminal, lo cual significaba que Von Holden se dirigía a algún otro lugar. El aeropuerto distaba diez kilómetros de la estación de ferrocarril y un metro directo unía a ambos. Pero era evidente que los inspectores lo habían sorprendido o habría bajado del tren antes de llegar a Frankfurt. Después de matarlos, estaría sometido a una fuerte presión. Por lo tanto, era improbable que intentara coger un vuelo, especialmente en Frankfurt. Tenía dos alternativas: esconderse en la ciudad y esperar durante un tiempo o salir de allí utilizando otro medio de transporte. Esto último le ofrecía tres posibilidades, coche, tren o autobús. A menos que robara un coche o los esperara alguien, era difícil que optara por ese medio, porque no podría alquilarlo sin llamar la atención en el momento del trámite. Eso reducía las alternativas al autobús y al tren y planteaba un problema a la policía, porque Frankfurt tenía enlaces de autobús con doscientas ciudades en toda Europa. Habían buscado en todos los vehículos, pero era posible que por algún medio hubiesen burlado el cerco. Lo mismo sucedía con los trenes. Entre las siete veinte y las ocho y veinte, esa mañana habían salido veinticinco trenes y la búsqueda sólo había comenzado una vez acordonada la estación, a las siete y cuarenta y cinco. En los treinta minutos transcurridos entre los asesinatos y el acordonamiento, es decir, entre las siete y cuarto y las ocho menos cuarto, habían salido de Frankfurt dieciséis trenes. Los billetes de autobús tenían que comprarse con antelación y los taquilleros de las líneas no recordaban haber vendido pasaje a nadie que se pareciera a Von Holden. Los billetes de tren, por el contrario, solían adquirirse una vez el tren había salido. No se dejaría nada a la improvisación y la policía peinaría la ciudad de Frankfurt, vigilaría el aeropuerto durante varios días y seguiría buscando en trenes y autobuses. En cualquier caso, Remmer intuía que Von Holden había escapado en uno de los dieciséis trenes antes de que se acordonara la estación.

—¿Qué aspecto dicen que tenía ella? —preguntó Osborn irritado y ansioso, abriéndose paso entre los testigos hasta llegar a Remmer.

—Las descripciones de la mujer varían —contestó Remmer—. Puede que se trate de ella y puede que no.

—Oiga, ¡este hombre los ha visto! —decía un policía apartando a los curiosos y conduciendo a un negro delgado vestido con bata.

Remmer se volvió para mirarlos.

—¿Usted los vio?

—Sí, señor —respondió el hombre, que insistía en mirar al suelo.

—Le sirvió café a la mujer a eso de las siete y media —dijo el policía, que permanecía de pie junto al negro, a quien superaba en estatura en unos treinta centímetros.

—¿Por qué no lo dijo desde el principio? —preguntó Remmer.

—Es mozambiqueño y en alguna ocasión lo han golpeado los cabezas rapadas. Teme a los blancos.

—Mire —interpeló Remmer tranquilamente—. Nadie le va a hacer daño. Simplemente cuéntenos lo que vio.

El negro levantó la mirada hasta Remmer y enseguida volvió a mirarse los pies.

—El hombre pidió café para la mujer —explicó con tosco acento alemán—. Ella muy guapa, mucho miedo. Las manos le temblaban y casi no pudo beberse el café. Él fue buscar un periódico y le enseñó cuando volvió. Luego se marcharon...

—¿Adónde? ¿En qué dirección iban?

—Allá, al tren.

—¿Qué tren? —preguntó Remmer abarcando con un gesto la estación llena de ellos.

—Allá, o puede que allá. No estoy seguro —contestó el negro en dirección a uno de los andenes y luego al de al lado, y se encogió de hombros—. No miré más cuando marcharon.

—¿Cómo era ella? —preguntó Osborn enfrentando de pronto al hombre cara a cara, sin poder controlar su ansiedad.

—Pregúntele el color del pelo —insistió Osborn—. ¡Pregúnteselo!

Remmer tradujo al alemán.

El negro sonrió apenas y se tocó su propio pelo.

—*Schwarz*.

«Dios mío» pensó Osborn, que sabía lo que significaba. Negro. El color de Vera.

—Vámonos —decidió Remmer, se volvió y se abrió camino entre una multitud de curiosos y policías. Un momento más tarde entraban dando un portazo en el despacho del jefe de estación. Remmer miró el reloj al entrar. Eran las ocho y cuarenta y siete minutos.

—¿Adónde iban los trenes que han salido de los andenes C3 y C4 entre las siete y veinte y las siete cuarenta y cinco? —preguntó al atónito jefe. A su espalda, había un mapa de Europa en el muro, encendido con una miríada de pequeños puntos que indicaban todas las grandes líneas del continente.

—*Mach Schnell!* —le ordenó Remmer—. ¡Dese prisa!

—C3, Ginebra. Expreso Inter City. Llega a las dos y seis de la tarde, con un

trasbordo en Basilea. C4, Estrasburgo, Inter City. Llega a las diez treinta y siete, trasbordo en Offenburg —respondió el hombre con la rapidez de un ordenador.

—Suiza o Francia —dijo Remmer enardecido—. En cualquiera de los dos casos, están fuera del país. ¿A qué hora llegan los trenes a Basilea y Offenburg?

En pocos minutos, Remmer había tomado posesión de la oficina del jefe de estación y alertado a la policía en la ciudad alemana de Offenburg, a la policía suiza en Basilea y Ginebra, y en Estrasburgo, Francia. Todos los pasajeros que bajaran en Offenburg y Basilea serían conducidos a una sola salida, y al mismo tiempo agentes de civil se mezclarían entre los pasajeros en el último tramo de los trayectos a Ginebra y Estrasburgo. Si Von Holden iba con la mujer e intentaban bajar en algún punto intermedio, los cercarían y cogerían al salir. Si decidían quedarse en el tren, los identificarían, los reducirían y detendrían.

—¿Y qué sucederá con... —inquirió Osborn cuando Remmer colgó— ella?

—La detendrán igual que a Von Holden —contestó Remmer, que entendía el significado de la pregunta. Se había informado a todas las unidades que Von Holden había asesinado a varios policías. Si los fugitivos viajaban en uno de los dos trenes, y Remmer estaba seguro de que así era, sus posibilidades de escapar una segunda vez eran nulas. Si ofrecían cualquier tipo de resistencia, los matarían.

—¿Y qué hacemos nosotros? —Osborn miraba fijamente a Remmer—. ¿Va usted a una de las ciudades y yo a la otra?

—Doctor —dijo Remmer, y Osborn tuvo la sensación de que se preparaba para extenderle la alfombra bajo los pies—, ya sé que quiere estar presente y lo importante que es para usted. Pero no puedo correr el riesgo de que se interponga.

—Remmer, el riesgo déjeme a mí. No se preocupe.

—No estoy hablando de usted, doctor. Tiene usted la cabeza muy liada y puede que mande toda la operación al carajo. Una taxista de diecinueve años y tres policías han sido asesinados a sangre fría. Los métodos sugieren que Noble tiene razón y que la mujer, sea quien sea, pertenece a la Spetsnaz. Eso significa que él o ella fueron preparados por el ejército soviético y después tal vez por la GRU, agentes seis veces más certeros que el mejor del ex KGB. Eso los sitúa entre los asesinos mejor entrenados del mundo, con una estructura mental que usted no entendería. No será fácil reducirlos. Yo no correré el riesgo de perder a otro policía ni por usted ni por nadie. Vuelva a Berlín, doctor. Le prometo que podrá interrogarlos a ambos en su debido momento —concluyó Remmer, se apartó de la mesa del jefe de estación y se dirigió a la puerta.

—Remmer —dijo Osborn cogiéndolo por el brazo y obligándolo a volverse—. No se va a deshacer de mí así como así. McVey no habría...

—¿Que McVey no habría? —Lo cortó Remmer con una risa, y se soltó de la presión que hacía Osborn en su brazo—. McVey lo trajo para sus propios fines, doctor Osborn, y sólo para sus fines. No se crea lo contrario. Ahora, haga lo que le digo, ¿vale? Vuelva a Berlín e instálese en una habitación en el hotel Palace, nuestro

primer cuartel general. Ya me pondré en contacto con usted ahí.

Remmer abrió la puerta, pasó junto al jefe y se dirigió a la estación. Osborn lo siguió, pero no de cerca. A cierta distancia, observó que a Remmer lo rodeaban los policías de Frankfurt y luego lo vio apartarse para hablar brevemente con los tres testigos y el negro del bar. Al poco se separaron todos y aquello se llenó de rostros desconocidos y todo era como si nada hubiese sucedido. Osborn estaba solo en medio de la estación de ferrocarril de Frankfurt. Podría haber sido un turista cualquiera que transitaba por ahí, sin otra cosa en mente que el programa del día. Pero no lo era.

Von Holden y la mujer que viajaba con él —Osborn pensó que no podía ser Vera sino alguna otra persona, tal vez alguien de pelo negro que se le pareciera, pero no ella— llevaban rumbo a Francia o Suiza. ¿Y luego qué harían?

¿Qué era peor? ¿Que la búsqueda de Remmer fracasara y que escaparan o que no fracasara? Sea lo que fuere lo que sabía la enfermera de Lybarger, suponiendo que la encontrarán, Von Holden era el último eslabón de la Organización, la última conexión directa con la muerte de su padre. Si la policía lo cercaba, Von Holden se resistiría y lo matarían. Eso significaba el final de todo.

«Vuelva a Berlín —le había dicho Remmer—. Regrese allá y espere». Ya había esperado treinta años. No pensaba repetir la experiencia.

De pronto, Osborn se percató de que caminaba cruzando la estación y que se había acercado a una de las puertas de salida. Algo le llamó la atención por el rabillo del ojo y vio al negro que caminaba rápidamente en su dirección. Miraba por encima del hombro como si temiera que lo siguieran, mientras se deshacía de la bata blanca de trabajo. Cuando llegó a la puerta, lanzó una última mirada atrás, dejó la bata en un cubo de basura y salió a la calle. En un segundo, Osborn se preguntó qué significaba aquello, y de pronto dio con la respuesta.

¡El hijo de puta había mentido!

CIENTO TREINTA Y CUATRO

La intensa luz del sol le dio de lleno en los ojos a Osborn y por un instante lo cegó. Se escudó con la mano, intentando encontrar al hombre en medio del tráfico que pasaba frente a la estación, pero le fue imposible. Y de pronto lo vio cruzar a toda carrera y doblar en una esquina. Osborn corrió tras él.

Giró por la misma esquina y lo vio a media manzana, caminando rápidamente por la acera de enfrente, dejando atrás tiendas de souvenirs y bares. Osborn cruzó al mismo lado de la calle y lo siguió. Entonces sucedió lo mismo que en París, pero en lugar de perseguir a Albert Merriman o Henri Kanarack, como se hacía llamar, estaba siguiendo a un negro. Kanarack se había metido en el metro y había desaparecido. Había tardado tres días en encontrarlo. No podía dejar que sucediera lo mismo, pensó. Al cabo de tres días, Von Holden y su acompañante, quienquiera que fuese, estarían en la otra punta del mundo.

Osborn empezó a correr. En ese momento el negro miró atrás, lo vio y echó a correr también. Veinte pasos más allá entró en un callejón.

Osborn tiró la bolsa de compras de manos de una mujer mayor con gafas y entró en el mismo callejón, haciendo oídos sordos a los gritos de indignación. Al final de la manzana, el hombre saltó por encima de una verja. Osborn lo imitó. Al otro lado había un patio y la puerta trasera de un restaurante. La puerta acababa de cerrarse cuando Osborn tocó suelo.

Un momento después estaba en el interior. Un pequeño pasillo, una despensa y una pequeña cocina. Tres trabajadores de la cocina lo miraron al entrar. La otra puerta daba directamente al restaurante. Osborn penetró bruscamente y se encontró en medio de un banquete de bodas. Los novios posaban para una foto junto a la tarta, en medio del camino hacia la puerta. Osborn se volvió sobre sus talones y regresó a la cocina.

—Acaba de entrar un hombre negro. ¿Dónde está? —preguntó brusco. Los cocineros se miraron unos a otros.

—¿Qué quiere? —preguntó en alemán el chef, un gordo sudoroso con una bata grasienta. Avanzó hacia Osborn y echó mano de un gancho para la carne.

Osborn miró a la derecha del pasillo por donde había entrado.

—Lo siento —dijo al chef y comenzó a retroceder hacia la puerta. Se detuvo en la mitad del pasillo, abrió de un golpe la puerta de la despensa y entró. La despensa estaba vacía. Se volvió para salir y de pronto algo se movió a un lado. El negro intentó escapar desde detrás de un montón de sacos de harina, pero Osborn lo cogió por el cuello de la camisa. Tiró de él firmemente y lo atrajo hacia sí hasta tenerlo frente a frente.

El negro se volvió hacia el otro lado y levantó una mano para protegerse.

—No me haga daño —dijo en inglés.

—¿Hablas inglés? —preguntó Osborn con la mirada fija en su presa.

—Un poco... No me haga daño.

—El hombre y la mujer de la estación —inquirió—. ¿Qué tren cogieron?

—Dos vías —contestó el hombre, y se encogió de hombros intentando sonreír.

—No lo sé. ¡No vi nada!

Osborn estaba excitado.

—Mentiste a la policía. ¡No me mientas a mí, o los llamaré y te meterán en la cárcel!

El hombre lo miraba fijo y al final asintió.

—El otro me dijo que llamaría a las cabezas rapadas si contaba algo. Que me pegarían. Y a mi familia.

—¿Te amenazó? ¿No te dio dinero?

El hombre negó elocuentemente con un gesto de cabeza.

—No, no pagó. Dijo que vendrían los cabezas rapadas a pegarme otra vez.

—No vendrá ningún cabeza rapada —contestó Osborn tranquilo. Aflojó su presión y se metió la mano en el bolsillo. El hombre gritó e intentó escapar nuevamente, pero Osborn volvió a cogerlo.

—No te haré daño —afirmó sosteniendo un billete de cincuenta marcos—. ¿Qué tren cogieron? ¿Qué destino tenía el tren?

El hombre miró el dinero y luego a Osborn.

—No te haré daño —le dijo éste—. Pagaré.

Al hombre le temblaban los labios y Osborn vio que aún tenía miedo.

—Por favor, es muy importante —rogó—. Por mi familia, ¿me entiendes?

El hombre levantó lentamente la mirada. —Berna— respondió. Osborn lo dejó ir.

CIENTO TREINTA Y CINCO

McVey estaba tendido de espaldas mirando al techo. Remmer no estaba. Tampoco Osborn. Nadie le había dado explicaciones. Faltaban cinco minutos para las diez de la mañana y lo único que tenía en la habitación del hospital era el periódico y la televisión de Berlín. Llevaba al menos la tercera parte del rostro vendada con gasa y tenía las tripas revueltas a causa del envenenamiento de cianuro, pero se sentía bien. Excepto que no sabía nada y nadie le explicaba nada.

De pronto se preguntó dónde estaban sus cosas. Desde la cama, vio su traje colgando en el armario y los zapatos en el suelo. Al otro lado de la habitación había una cómoda con cajones y al lado una silla para las visitas. Su maletín, sus apuntes y el pasaporte estarían en la habitación del hotel. Pero ¿dónde estaban su cartera y sus papeles? ¿Y su arma?

Lanzó la sábana atrás, deslizó las piernas a un lado de la cama y se incorporó. Las piernas le temblaban y permaneció un rato quieto para cerciorarse de que podía sostenerse en pie.

Dio tres pasos irregulares y llegó hasta la cómoda.

En el cajón de arriba encontró su ropa interior y calcetines. En el segundo, las llaves, el peine, las gafas y la cartera. Pero no estaba la pistola. Tal vez la tenían en custodia. O la habría guardado Remmer. Cerró el cajón y volvió a la cama. Se detuvo a medio camino. Tenía la sensación de que pasaba algo raro. Se volvió y abrió el segundo cajón una vez más, sacó la cartera y la abrió. Habían desaparecido su placa y la carta oficial de Interpol.

—¡Osborn! —exclamó, enfurecido—. ¡Maldita sea!

Ni Remmer ni McVey. Nada de policía. Osborn se reclinó en su asiento del vuelo 533 de Swissair, que ya esperaba en la pista el visto bueno para despegar. Había hecho lo que se imaginaba que haría McVey. Llamó a Swissair y habló con el jefe de Seguridad. Por teléfono le explicó que venía de Los Ángeles y que, como inspector de Homicidios, trabajaba con Interpol. En ese momento le seguía la pista a uno de los principales sospechosos del incendio del palacio de Charlottenburg. El hombre había llegado por la mañana desde Berlín en tren y había logrado escapar, matando a tres policías de Frankfurt. Ahora se dirigía a Suiza y él necesitaba urgentemente una plaza en el vuelo de las diez a Zurich. ¿Había alguna manera de ayudarlo a embarcarse?

A las diez y tres minutos se presentó el capitán del vuelo 533 de Swissair. Osborn se identificó como el inspector William McVey, del Cuerpo de Policía de Los Ángeles. Le hizo entrega de su revólver calibre 38, su chapa y su carta de presentación de Interpol y eso era todo lo que tenía. Explicó que había dejado sus papeles y su pasaporte en el hotel debido a la prisa. También llevaba una foto del

sospechoso, de nombre Von Holden. El capitán estudió la foto y leyó la carta de Interpol y luego escrutó al hombre que decía ser el inspector de policía de Los Ángeles. Él inspector McVey era americano a todas luces y las ojeras de su rostro y su barba sin afeitar indicaban que llevaba horas sin dormir. Eran las diez y seis minutos, cuatro minutos antes de la hora de embarque.

—Inspector —interpeló el capitán mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí, señor —respondió Osborn.

«¿Qué estará cavilando? ¿Que le miento? —pensó—. ¿Que soy el fugitivo y que me he apropiado de la chapa y el arma de McVey? Si te acusa, lo niegas todo y te mantienes firme. Eres tú el que tiene razón aquí, cueste lo que cueste, y no tienes tiempo para discusiones».

—Las armas me ponen nervioso.

—A mí también.

—Entonces, si no le importa, la guardaré conmigo en la cabina hasta que aterricemos.

Y eso fue todo. El capitán abordó su avión, Osborn pagó su billete en marcos alemanes y escogió un asiento en clase turista. Cerró los ojos y esperó el acelerón de los motores y el impulso hacia atrás en el asiento que le confirmara el éxito de su iniciativa, esperando que el capitán no cambiara de parecer o que McVey no se hubiese dado cuenta y alertado a la policía sobre la desaparición de sus pertenencias. Si sucedía así, no sabía cómo reaccionaría. Al cabo de un rato, el capitán anunció el despegue. Los motores rugieron y se produjo el acelerón. Treinta segundos después estaban en pleno vuelo.

Osborn observó cómo se desdibujaba la campiña alemana a medida que ascendían hacia un delgado banco de nubes. Luego subían hacia la luz del sol y el cielo aparecía, azul profundo, por encima de las blancas nubes.

—Señor —se acercó una azafata sonriente—. Nuestro vuelo no va completo. El capitán desea invitarlo a viajar en la primera clase.

—Muchas gracias —dijo Osborn, y dibujó una sonrisa al incorporarse. El vuelo era breve, poco más de una hora, pero en primera clase podría relajarse y tal vez dormir durante unos cuarenta minutos. En los lavabos de primera encontraría hojas y espuma de afeitar. Sería una suerte poder refrescarse.

El capitán debía de ser un hombre celoso de la ley y el orden o un admirador de la policía de Los Ángeles, porque además del trato privilegiado, al aterrizar le proporcionó a Osborn algo de un valor infinitamente superior. Lo presentó a la policía suiza en el aeropuerto, portándose como garante personal y explicando por qué viajaba Osborn sin pasaporte. Además enfatizó la urgencia de la persecución del sospechoso del holocausto de Charlottenburg. La presentación fue seguida de una escolta policial por aduana y muchos deseos de buena suerte.

Una vez fuera, el capitán le devolvió el arma, le preguntó adónde se dirigía y si podía llevarlo en su coche.

—No, gracias —respondió Osborn aliviado, pero absteniéndose deliberadamente de mencionar el nombre de su destino.

—Entonces, que le vaya bien.

—Si alguna vez va a Los Ángeles, búsqume. Tomaremos unas copas —se despidió Osborn sonriendo y estrechándole la mano.

—Eso haré —dijo el piloto.

Eran las once y veinte del sábado quince de octubre. Hacia las once treinta y cinco, Osborn viajaba en el expreso EuroCity de Zurich que llegaba a Berna a la una menos cuarto de la tarde, treinta y cuatro minutos después de que el tren de Von Holden llegara de Frankfurt. A esa hora, Remmer ya habría puesto fin a su búsqueda en los trenes de Ginebra y Estrasburgo, sin resultados. Estaría desconcertado. Tendría que buscar en alguna parte. Pero ¿dónde?

Luego Osborn pensó que si el negro le había mentido a Remmer, ¿por qué no le mentaría también a él? ¿Acaso viajaba a Berna jugándose a que atrapaba a Von Holden en un lapso de treinta minutos o estaba destinado a terminar como Remmer, es decir, sin resultados? Una vez más... sin resultados.

CIENTO TREINTA Y SEIS

Faltaban cuarenta y cinco minutos para llegar a Berna y Osborn necesitaba pensar qué haría al llegar. Había atajado considerablemente la ventaja que le llevaba Von Holden, pero aún existía una diferencia de treinta y cuatro minutos. Von Holden sabía adónde se dirigía y Osborn no. Debía situarse en el lugar de Von Holden. ¿De dónde venía? ¿Adónde se dirigía y para qué?

Según se había informado en Frankfurt, Berna tenía un pequeño aeropuerto con conexiones a Londres, París, Niza, Venecia y Lugano. Sin embargo, los vuelos no eran frecuentes sino uno al día. Un aeropuerto pequeño se podía vigilar fácilmente y Von Holden se lo pensaría. Su única salida consistía en coger un vuelo privado y podía ser que lo esperara un avión.

Se oyó un estruendo cuando un tren cruzó en dirección opuesta. Luego apareció un paisaje de verdes predios agrícolas y, más allá, los cerros abruptos recubiertos de extensos bosques. Durante un momento Osborn se distrajo en la belleza del paisaje, en la claridad del cielo azul en contraste con el verde profundo y la luz del sol brillando entre las hojas. Pasaron junto a un pueblo y luego subieron a lo largo de una curva. En una cima distante, Osborn divisó la silueta imponente de un inmenso castillo medieval. Le gustaría volver allí algún día.

De pronto quiso consolarse con la idea de que la mujer que acompañaba a Von Holden no era Vera Monneray sino otra. Estaba seguro de que a Vera la habían liberado de su detención legalmente y que en ese momento volvía a París.

Al pensar en ella de ese modo, imaginándola a salvo nuevamente en su apartamento, viviendo como siempre había vivido antes de que sucediera todo aquello, lo embargó una nostalgia que le resultó a la vez dolorosa y bella, una añoranza por ellos y por lo que podrían vivir juntos.

Observando el paisaje de la campiña suiza vio a unos niños y oyó risas, atisbó el rostro de Vera y sintió el contacto de su mejilla. Pensó en ellos contentos cogidos de la mano y...

—*Fahrkarte, bitte.* —Osborn levantó la mirada. A su lado había un joven revisor con un bolso de cuero negro colgándole del hombro.

—Lo siento, no...

—Su pasaje, por favor —pidió el revisor, con una sonrisa.

—Sí —dijo Osborn, y sacó su pasaje del bolsillo de la chaqueta. Luego tuvo una idea—. Perdón —dijo—, tengo que ver en Berna a una persona que viene de Frankfurt en el tren de las doce y doce. Él no... sabe que lo espero. Es una... sorpresa.

—¿Dónde se hospeda en Berna?

—No, creo que... —balbuceó. Acababa de caer en la cuenta de que Von Holden no tenía Berna como destino final. Lo primero que pensaría después del tiroteo en el

tren sería en salir del país lo más rápido posible. Si era así, la idea del avión esperándolo no era muy acertada—. Creo que piensa coger otro tren. Me parece que a... —No sabía adonde iría. No volvería a Alemania ni a ningún país del Este, donde había demasiados conflictos—. A Francia. O a Italia. Es vendedor.

El joven revisor lo estaba mirando.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Yo...? —sonrió Osborn, tímido. El revisor lo había ayudado a aclararse, pero tenía razón. ¿Qué podía decirle?—. Sólo intentaba aclararme para saber qué hacer si no lo encuentro. Imagínese, es posible que ni siquiera esté allí esperando otro tren.

—Le sugiero que consulte un folleto con el horario de trenes y vea los que han salido de Berna entre las doce y diez y la hora en que usted llegue. Puede usted avisarlo por el altavoz de la estación.

—¿Por el altavoz?

—Sí, señor —asintió el revisor con un gesto de cabeza, le entregó un horario de trenes y continuó por el pasillo.

«Por el altavoz», pensó Osborn mirando a la distancia.

Von Holden esperaba en la puerta de una pastelería en un ángulo de la estación de Berna. Vera había entrado en el lavabo de mujeres que había enfrente y no había otra salida. Vera estaba agotada y había hablado poco durante el viaje, pero Von Holden sabía que pensaba en Osborn, y puesto que estaba segura de que la llevaban con él, no cabía duda de que lo seguiría tal como había prometido.

La primera hora de trayecto entre Frankfurt y Berna había sido la más inquietante. Si Von Holden no había logrado intimidar al negro del bar con la amenaza de los cabezas rapadas y éste había confesado en qué tren se había marchado él efectivamente, la policía no habría tardado en detenerlo. Pero no había sido así. Al llegar a Berna, Von Holden había observado sólo las habituales medidas de seguridad.

A la una menos siete, Vera salió del lavabo de mujeres y lo acompañó a obtener unos pases de Euroraíl para viajar a cualquier dirección del continente. Von Holden le decía que les daría flexibilidad de movimiento. Pero no le dijo que de ese modo podían subir a cualquier tren cuyo destino fuera desconocido por Vera.

—*Achtung, herr von Holden, Telephonanruf, bitte! Herr von Holden, Telephon, bitte!* —llamó el altavoz. Von Holden se sobresaltó. ¿Qué sucedía? ¿Quién podía saber que se encontraba allí?

—*Achtung, herr von Holden, Telephonanruf, bitte!*

Osborn esperaba junto a las cabinas telefónicas, de espaldas al muro. Desde allí dominaba toda la estación, incluyendo las ventanillas de los pasajes, las tiendas, los

restaurantes y la oficina de cambio de divisas. Si Von Holden estaba en la estación, lo cual era una posibilidad remota, desde el momento de su llegada hasta entonces habían salido de Berna trece trenes. Seis de ellos tenían como destino ciudades suizas, otro Amsterdam y el resto Italia. Pero si Von Holden estaba allí y se le ocurría contestar la llamada, Osborn seguramente lo vería. La otra posibilidad es que esperara un tren en los andenes de arriba.

Osborn había contado ocho andenes al entrar en la estación.

—Lo siento, señor. El señor Von Holden no contesta —dijo la operadora en inglés.

—Por favor, ¿podría intentarlo una vez más? Es muy urgente.

Se volvió a oír la llamada. Von Holden cogió a Vera por el brazo y se alejó rápidamente de las ventanillas de los pasajes en dirección al pasillo que conducía a los andenes.

—¿Quién es? ¿Quién lo llama?

—No lo sé —contestó Von Holden mirando hacia atrás por encima del hombro. No reconoció ningún rostro. Doblaron en una esquina y subieron las escaleras hacia los andenes. Llegaron arriba y caminaron por el andén. Al otro extremo de la estación había un tren esperando.

Osborn colgó y se dirigió a los andenes. Si Von Holden estaba en la estación, no había contestado la llamada, y tampoco lo había visto entre los pasajeros que se dirigían a los andenes. Si estaba aún allí, sólo cabía la posibilidad de que ya hubiera abordado un tren o que estuviera a punto de abordarlo.

Osborn caminó por la galería que conducía a los trenes. Había escaleras a izquierda y derecha y tenía que escoger entre cuatro andenes. Se dirigió al tercero sabiendo que lo situaría más o menos en medio.

El corazón le palpitaba aceleradamente cuando llegó al final de las escaleras. Esperaba encontrar la estación llena de gente, tal como estaba a su llegada. Le sorprendió encontrarla casi desierta. Entonces vio un tren al final de la estación, dos andenes más allá. Una mujer y un hombre caminaban rápidamente en aquella dirección. No distinguía a ninguno de los dos con claridad, pero observó que el hombre llevaba un bulto al hombro. Osborn corrió por el andén y no se atrevió a saltar por encima de las vías porque sabía que si había un tercer conducto, moriría electrocutado. La pareja había llegado casi al tren y ambos caminaban dándole la espalda. Osborn corría lo más rápido posible, casi a la misma altura que ellos. Los vio llegar al tren. El hombre ayudó a la mujer a subir y luego se quedó inmóvil y miró hacia el otro lado. Osborn se detuvo en ese momento. Por un instante brevísimo, las miradas se cruzaron. Luego el hombre subió y desapareció en el interior. Al cabo de

un instante, el tren se sacudió y comenzó a avanzar. Cobró velocidad y salió de la estación.

Osborn se quedó paralizado. El rostro que lo había mirado desde el vagón era el mismo rostro que vio aquella noche en el Tiergarten. El mismo rostro siniestro de la casa de Hauptstrasse una vez ampliada la imagen que habían visto en vídeo. Era Von Holden.

A la mujer la había visto durante una fracción de segundo cuando subía al tren. Y en ese preciso instante se derrumbó su mundo y todas sus esperanzas. No cabía duda de ningún tipo. Vera Monneray.

CIENTO TREINTA Y SIETE

—Pascal —había dicho Scholl—, quiero que observes el debido respeto por el doctor Osborn. Mátalo a él primero.

—Sí... —había contestado Von Holden.

Pero no lo había matado. Por diversas razones, no lo había matado. Sin embargo, las razones no importaban cuando eran excusas.

Osborn estaba vivo y lo había seguido hasta Berna. Cómo lo había conseguido estaba más allá de toda comprensión. Sin embargo, era un hecho. También era un hecho que cogería el próximo tren para perseguirlo.

—Interlaken —le informó un supervisor en los andenes, cuando Osborn le preguntó por el destino del tren que acababa de salir de la estación. Los ferrocarriles a Interlaken salían cada media hora.

—*Danke* —dijo Osborn.

Aturdido, bajó a la galería principal de la estación. Quería creer que Vera viajaba como prisionera de Von Holden, contra su voluntad. Pero según la manera como los había visto caminar juntos hacia el tren, vio que no era así. Ahora lo sabía y lo que él querría creer no importaba. Tenía la verdad ante sus ojos y McVey, toda la razón. Vera formaba parte de la Organización y donde fuera que Von Holden se dirigiera, ella lo acompañaba. Había sido un estúpido al creer en ella, un estúpido al enamorarse.

Llegó hasta la ventanilla de venta de billetes y quiso coger uno a Interlaken. Pero entonces pensó que podía tratarse de una parada en el camino. Podían cambiar de tren una, dos o más veces. No quería detenerse en cada ocasión. Con la tarjeta de crédito obtuvo un billete abierto para cinco días. Era la una y cuarto de la tarde y al cabo de un cuarto de hora salía el próximo tren a Interlaken.

Entró en un restaurante, pidió café y se sentó. Necesitaba pensar.

Casi inmediatamente se dio cuenta de que no tenía idea de dónde estaba Interlaken. Si lo supiera, al menos sabría lo que quería hacer Von Holden. Se levantó, fue hacia un quiosco y compró un mapa y una guía de Suiza. Oyó que se anunciaba una salida. Del alemán sólo entendió una palabra. Era todo lo que necesitaba saber. «Interlaken».

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Vera cuando el tren entró lentamente en el pequeño pueblo de Thun. Se había adormecido con la mirada perdida en el vacío y ahora, desperezada, sus preguntas eran directas. Fuera, la enorme torre del castillo de Thun apareció como un gigante de piedra anclado en el siglo XII.

Von Holden, alerta, observaba posibles indicios que delataran la presencia de policías al llegar a la estación. Si Osborn había avisado a las autoridades, Thun sería el primer lugar donde lógicamente detendrían el tren para revisarlo. Tendría que estar preparado en caso de que sucediera. Estaba seguro de que Vera no había visto a Osborn o no estaría actuando de aquella manera. Sin embargo, por esa razón la había traído consigo. Era una carta que sus perseguidores no tenían.

Ahora llegaban a la estación. Si el tren iba a detenerse, tenía que ser ahora. Al cabo de un momento, la estación quedó atrás y el tren cobró velocidad. Von Holden lanzó un suspiro de alivio y un momento después volvían al paisaje de la campiña, bordeando el lago Thun.

—Pregunto cuánto falta para... —Von Holden la estaba mirando.

—No me está permitido revelarle cuál es nuestro destino. Iría contra las órdenes.

Se levantó bruscamente y se dirigió al lavabo por el pasillo. El tren iba casi vacío. Los primeros trenes habrían circulado llenos. Las excursiones del sábado comenzaban por la mañana, de modo que la gente gozara de todo el día para explorar el imponente paisaje alpino. En Interlaken caminarían hasta el otro extremo de la estación para hacer trasbordo. Habría tiempo suficiente entre una y otra llegada para que Von Holden pudiera llevar a cabo su plan. Después de subir al tren con Vera, se disculparía —con una llamada de teléfono o de alguna otra manera—, la dejaría en el vagón, bajaría y volvería a la estación a esperar la llegada de Osborn. Lo buscaría y lo liquidaría.

CIENTO TREINTA Y OCHO

Al salir de Berna, el tren de Osborn cruzó el puente de acero sobre las aguas verdes del río Aar, dominado por la magnífica catedral gótica de Münster, velando por encima de la ciudad. Luego el tren entró en una curva aumentando la velocidad y la vista de Münster se desdibujó entre el traqueteo de las vías y los almacenes de la estación. Luego se sucedieron árboles y la campiña volvió a aparecer súbitamente.

Osborn dejó deslizarse la mano dentro de la chaqueta y sintió la empuñadura del revólver de McVey en la cintura. Sabía que McVey ya la habría considerado desaparecida, así como su chapa y sus papeles. No tardaría mucho en comprender lo que había sucedido y quién se lo habría sustraído.

Pero la furia de McVey era lo de menos ahora. Tenía lugar en un mundo diferente.

Estudiando el mapa de Suiza, Osborn vio que Interlaken se encontraba al sudeste de Berna. Se internaban en el campo, no se alejaban. ¿Qué había en Interlaken o más allá?

A través de los árboles se filtraba el sol brillando en las aguas de un río o un lago. Osborn pensó en el bulto que Von Holden se había echado al hombro al subir al tren. Había algo dentro, pesado y de forma cuadrada y Osborn recordó su conversación con Remmer al salir de Berlín. La mujer que había visto a Von Holden abandonar el taxi decía que transportaba una bolsa blanca colgando del hombro. Los testigos de la estación de Frankfurt también lo habían descrito así. Eso significaba que la llevaba en el taxi en Berlín, en el trayecto Berlín-Frankfurt, y ahora todavía la tenía consigo.

«Si me hubiera cargado a tres policías y estuviera intentando largarme lo antes posible, ¿acaso me preocuparía por una maleta? —Pensó Osborn—. Si fuera muy importante, sí».

Fuera lo que fuese, aún estaba en manos de Von Holden. Pero aquello no le ayudaba a entender adónde se dirigía o qué pretendía hacer al llegar a su destino.

Luego cayó en la cuenta de que mientras pensaba, hojeaba mecánicamente la guía que acababa de comprar en Berna. Se dio cuenta porque algo le llamó la atención. No era una imagen sino una palabra.

Leyó el párrafo: «Desde la estación de Jungfrauoch —la más alta de Europa— un pasaje rocoso conduce al Berghaus, el hotel y restaurante más alto de Europa. El complejo se incendió en 1972, pero desde entonces ha sido reemplazado por el famoso “Albergue de las Nubes”, restaurante y cafetería».

—Berghaus. —Esta vez lo dijo en voz alta y sintió un escalofrío. Berghaus era el nombre del grupo que auspiciaba el homenaje a Lybarger en Charlottenburg.

Abrió rápidamente el mapa de Suiza y buscó con el dedo. Jungfrauoch estaba cerca de la cima del Jungfrau, una de las cumbres más altas de los Alpes, hermanada con el Mönch y el Eiger. Volvió a la guía, descubrió que se podía acceder a ella tomando el tren más alto del continente, el ferrocarril del Jungfrau. Osborn de pronto

sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. El punto de partida para ascender al Jungfrau era Interlaken.

CIENTO TREINTA Y NUEVE

McVey insistió en hablar con Remmer y finalmente lo consiguió. Eran las dos menos cuarto de la tarde.

—¿Dónde diablos se ha metido Osborn?

Remmer hablaba desde Estrasburgo y había electricidad estática en la línea.

—No lo sé —se escuchó la voz en medio de interferencias.

—¡Remmer! ¡Ese hijo de puta se ha largado con mi chapa, mis credenciales de Interpol y mi revólver! ¿¡Dónde coño se ha metido!?

La electricidad estática aumentó, se oyó una intensa distorsión, tres acordes de Beethoven y el tono de marcar. Enfurecido, McVey colgó.

—¡Maldita sea!

Un rayo de sol cortaba la plataforma en un ángulo agudo cuando el tren entró pausadamente en la estación de Interlaken. Los aceros entrechocaron chirriando y el tren se detuvo. Del primer vagón bajó un revisor seguido de tres chicas con uniforme escolar. Del segundo vagón bajaron unas seis personas de aspecto anodino, que luego cruzaron el andén y entraron en la estación. Unos veinte americanos aficionados al ferrocarril bajaron del tercer vagón en medio de un jolgorio y se alejaron en grupo. Después todo quedó en silencio. El tren, detenido entre las moles imponentes de los Alpes, parecía un juguete abandonado. Al otro lado de la estación, alguien bajó y apoyó el pie en el canto rodado junto a la vía. Después de vacilar un instante, puso un segundo pie en tierra. Era Osborn, que se volvió y caminó rápidamente a lo largo del tren hasta el final. Dio la vuelta alrededor del vagón de cola y miró en todas direcciones. El andén estaba vacío y la vía también. Volvió a palpar el revólver en la cintura. Era indudable que en el andén de Berna, Von Holden lo había reconocido, y tampoco cabía dudar de que sabría que Osborn viajaría en el próximo tren. Pensándolo bien, deseó no haber seguido el consejo del revisor en Berna. El único resultado que había conseguido la llamada por altavoz era hacerle saber a Von Holden que lo seguían. ¿Pensaba que sería tan tonto como para responder la llamada? Había sido un error, como lo había sido llamar la atención al correr hacia el tren de Interlaken. Un tercer error de ese calibre podía costarle la vida.

Oyó el silbato de un tren en la distancia. Los altavoces anunciaron la salida del tren del Jungfrauoch. Si lo perdía, pasarían treinta minutos antes del próximo tren y le daría a Von Holden una hora de ventaja, el doble de la que ya tenía. A menos que ahora estuviese allí, en una esquina, esperándolo.

Se repitió el aviso de la salida al Jungfrauoch. Para alcanzar el tren, tenía que cruzar hasta el otro lado de la estación. Si Von Holden lo esperaba allí, también lo vería. La única ventaja de Osborn era el momento, media tarde, y que se encontrara a

plena luz y en un lugar público, una pequeña estación de ferrocarril. Von Holden tendría que ser muy osado para creer que escaparía impunemente. Sin embargo, ¿no era precisamente eso lo que había sucedido con su padre?

Volvió a mirar a todos lados, salió de detrás del vagón, cruzó el andén y caminó hacia el otro lado de la estación. Se desplazó a paso rápido, con la chaqueta abierta y la mano cerca del revolver, con todos los sentidos alerta. El movimiento de una sombra, un paso a su espalda, alguien que apareciera repentinamente en el umbral de una puerta. De pronto recordó París y al hombre alto tirado sobre la acera de Montparnasse fuera de La Coupole, y luego vio a McVey levantando la pernera del pantalón para descubrir las prótesis con que cambiaba de estatura. ¿Tendría Von Holden los mismos recursos o tal vez otros, más complejos e ingeniosos?

Osborn permaneció en el espacio abierto, donde cualquiera podía verlo. Pasó junto a un anciano que caminaba con dificultad sirviéndose de un bastón, y se preguntó si llegaría a vivir tanto tiempo.

¡Un anciano con un bastón!

Osborn se dio media vuelta veloz, con la mano bajo la chaqueta, preparado para desenfundar y disparar. Pero el anciano era un viejo auténtico y seguía tranquilamente su camino. Con el aviso del silbato, Osborn se volvió. Más adelante divisó a los americanos aficionados al ferrocarril, que también se dirigían hacia el tren del Jungfrauoch. Si los alcanzaba, podría mezclarse con ellos.

—*Achtung, Achtung! Doctor Osborn. Telephon, bitte!*—resonaron los altavoces en el recinto de la estación. Osborn se detuvo como paralizado por un rayo. Von Holden no sólo sabía que estaba allí, sino también su nombre.

—Doctor Osborn, de Estados Unidos, ¡acuda al teléfono, por favor!

Osborn miró a su alrededor en busca de los teléfonos. Los vio al final del edificio. Las dos cabinas, situada una contra la otra, estaban vacías. Tuvo el impulso de preguntarle a alguien dónde se encontraba la operadora del altavoz, pero no tenía tiempo. A través de la puerta abierta, vio a los últimos americanos subir al tren. ¿Qué tramaba Von Holden? Tal vez estaba apostado en algún punto con un rifle de largo alcance apuntando a las cabinas. ¿O se trataba de un explosivo de alta tecnología preparado para detonar al levantar el teléfono o por control remoto, como la explosión del hotel Borggreve? El último aviso de la salida del tren del Jungfrauoch fue seguido de inmediato por el anuncio de una llegada. Luego volvieron a llamarlo a él. Fuera, los revisores pedían a los últimos pasajeros del tren al Jungfrauoch que se dieran prisa.

«¡Tienes que pensar! ¡Piensa! —Se dijo Osborn—. No conoces la estación del Jungfrauoch ni lo que Von Holden piensa hacer al llegar allá. Si se trata de un truco y pierdes el tren, te llevará una hora de ventaja. Tiempo suficiente para escapar definitivamente, ahora que has llegado tan cerca. Pero si aún está aquí espiando y subes al tren, sólo tiene que esperar que parta y quedará libre, porque cogerá el próximo en dirección contraria y no volverás a verlo mientras vivas. Tal vez no

habría decidido venir al Jungfrauoch, para empezar. ¿Y qué pasaría si no fuese así? Jungfrauoch es la última parada. Si es allí adonde se dirige con relación a Berghaus, piensa por qué. ¿Con qué objetivo? Si ha cargado con lo que sea en esa bolsa desde Berlín hasta Interlaken (sobre todo después de escapar del incendio en Charlottenburg y de matar a los policías de Frankfurt), es que se trata de algo muy importante, incluso algo vital para la Organización. Si es así, podría ser que tuviera que entregársela a alguien en el Jungfrauoch. En ese caso, ¿qué sería más importante? ¿La misión o el hombre que intenta detenerla en solitario? Si me mata, no puede ir más lejos. Pero si algo va mal o es apresado, entonces su misión termina aquí».

—¡Atención, doctor Osborn! ¡Acuda al teléfono, por favor!

«¡No! ¡No caigas en la trampa! ¡Es él quien te llama, pero es un truco! ¡Seguro que se ha ido en el último tren!» Osborn decidió moverse repentinamente. En un par de zancadas llegó a la puerta y comenzó a correr para alcanzar el tren. Un momento más tarde estiró la mano, se agarró al pasamano del último vagón y saltó a bordo. El tren partió casi de inmediato. A su espalda, el paisaje de las pintorescas aldeas de Interlaken, con sus macetas de geranios germinando en alegres colores, se nubló poco a poco. El tren comenzó a ascender y Osborn vio el rojo y el amarillo intenso de las hojas otoñales y, más allá, a medida que subían, las aguas profundas y azules del lago Thun.

CIENTO CUARENTA

En la Spetsnaz lo llamaban camarada mayor. ¿Quién y qué era Von Holden ahora? ¿Seguía siendo *Leiter der Sicherheit*, jefe de Seguridad, o el último soldado solitario en la misión más difícil de su vida? Ambos, pensó, era ambos.

A su lado, Vera miraba el paisaje, contenta de que pasaran las horas, pensó Von Holden. Se dobló en su propio asiento para mirar hacia fuera. Momentos antes, habían trasbordado en Grindewald y ahora oyó crujir los engranajes al fijarse el tren en el raíl del centro y comenzar un agudo ascenso por entre un bosque de abundante vegetación alpina moteada con flores silvestres y el ganado que pastaba.

Faltaban veinte minutos para llegar a Kleine Scheidegg, donde la vegetación acababa abruptamente al pie de los Alpes. Allí trasbordarían de nuevo, esta vez para subir al tren de color marrón y crema de la línea del Jungfrau que los conduciría hasta el corazón de los Alpes, más allá de las estaciones de Eigerwand y Eismeer, hasta llegar finalmente a la de Jungfraujoch. A la izquierda de Von Holden se divisaba el Eiger y más allá la cumbre nevada del Mönch. Más arriba, aún no visible, pero tan familiar para él como las líneas de su mano, estaba el Jungfrau. A tres mil cuatrocientos cincuenta metros, la cumbre quedaba a casi un kilómetro del final de la vía en la estación de Jungfraujoch. Al mirar atrás, Von Holden divisó la imponente cara norte del Eiger, una gran mole de piedra caliza que se elevaba a mil cuatrocientos metros desde la plataforma de los últimos bosques. Pensó en los más de cincuenta escaladores que habían muerto intentando escalarlo. Era un riesgo, como todo lo demás. Uno se preparaba, rendía todo lo posible y de pronto sucedía algo imprevisto y caía al vacío. La muerte alrededor amenazaba simplemente.

Thun había sido el primer lugar donde lógicamente la policía habría interceptado el tren. El hecho de que no fuera así dejaba sólo Interlaken como última posibilidad. Pero la policía tampoco estaba allí y eso significaba que Osborn había llegado por sus propios medios. Von Holden no sabía cuántos trenes pasaban a diario por Interlaken. Lo que sí sabía era que un tren había salido de Lucerna diez minutos después de que su tren hubiera llegado de Berna. Lucerna era el punto de enlace para destinos tan dispares como Holanda, Bélgica, Austria, Luxemburgo e Italia. Jungfraujoch era una línea secundaria, un descanso para turistas y escaladores alpinos. Von Holden era un fugitivo de la ley y era poco probable que pensarán que se dedicara a pasear tranquilamente por el monte, sobre todo si su paradero era la última estación. Al contrario, intentaría interponer entre él y sus perseguidores tantos kilómetros como le fuera posible. Y si eso le permitía cruzar de un país a otro, tanto mejor.

Von Holden abandonó la idea de matar a Osborn en Interlaken por considerarla demasiado arriesgada. Pero decidió utilizar el mismo truco que Osborn y lo hizo llamar por el sistema de megafonía con la intención de despistarle y asustarlo. Confundirlo para neutralizar su astucia y el instinto que lo habían conducido hasta allí

y, de paso, hacerlo perseguir, casi a ciegas, la única pista con que contaba. Era lógico. Después de Berna, sólo había dos modos de salir de Interlaken. O cogía el tren que subía a la cumbre o el de vía estrecha rumbo a Lucerna. En Interlaken, Osborn descubriría que pocos minutos después de que el tren de Von Holden llegara de Berna, había partido otro hacia Lucerna. Von Holden tendría que estar en ese tren. Al pensar así, Osborn abordaría sin titubear el siguiente tren a Lucerna y se lanzaría a la persecución de una sombra.

Osborn bajó rápidamente del tren en Grindewald y cruzó a toda velocidad hacia el tren que hacía la conexión en Kleine Scheidegg y lo llevaba hasta Jungfrauoch. Esta vez no había duda. Estaba seguro de que Von Holden había viajado en el tren anterior y que no lo esperaba oculto en la estación. Von Holden había pecado de suficiencia al pensar que lo había despistado en Interlaken y que permanecía allí, asustado y sin saber qué hacer, o peor aún, que había seguido la dirección más obvia en un tren hacia Lucerna.

La estación de Jungfrauoch, según le había informado uno de los americanos que viajaban con él, consistía en una pequeña oficina de correos y una tienda de souvenirs, una exposición para los turistas en el llamado Palacio del Hielo, con esculturas de hielo literalmente recortadas de las paredes del glaciar que albergaba a la estación, una pequeña estación meteorológica automatizada y el restaurante «Albergue de las Nubes». Todos estos sitios se situaban en diferentes niveles a los que se accedía mediante ascensores. Más allá sólo quedaba la montaña y el paisaje desolado del gran glaciar de Aletsch que se extendía por delante. Si Von Holden tenía que encontrarse con alguien para entregarle el contenido de la bolsa, tenía que ser en el recinto de la estación. Osborn no tenía la menor idea de quién podría ser ese contacto o dónde podría tener lugar el intercambio. No había nada que hacer antes de la llegada.

Con un agudo chirrido de las ruedas contra los raíles, el tren se inclinó al girar en una curva y por primera vez Osborn vio la dimensión de los montes que los rodeaban, las cumbres blancas y brillantes bajo la luz del atardecer. El más cercano era el Eiger, e incluso a esa distancia, Osborn divisaba los torbellinos de nieve escurriéndose desde la cima.

—Hacia allí nos dirigimos, cariño, después de pasar por Kleine Scheidegg. —Le hablaba una rubia teñida que viajaba con los aficionados al tren, señalando la cima que él miraba. No era difícil percibir que la mujer se había sometido a un *lift* de cara. Tampoco costaba adivinar, cuando le dio unos golpecitos en la rodilla con su mano sin anillos, que era soltera y que deseaba hacérselo saber—. Vamos a la falda del Eiger y el túnel interior. Si miras hacia abajo, se ve todo el valle hasta Interlaken —añadió.

Osborn sonrió y le agradeció la información mirándola con rostro inexpresivo

hasta que ella levantó la mano de su rodilla. No era que le molestaran las mujeres agresivas, pero ahora pensaba en otra cosa. Pensaba que además de la pistola calibre 38 de McVey, le habría gustado disponer al menos de uno de los frasquitos de succinilcolina que había obtenido en París para enfrentarse a Albert Merriman.

CIENTO CUARENTA Y UNO

Von Holden también miraba los montes, observando cualquier indicio de nubes o de tormentas de nieve que indicaran un viento en aumento y frente de mal tiempo. Pero no divisó nada y para variar, aquello fue un signo favorable. Haría las cosas más fáciles si se presentaban problemas y se veía obligado a escapar al monte.

Vera estaba sentada frente a él y lo miraba. Von Holden estaba abstraído, perdido en sus ideas. Había algo en aquel hombre que la inquietaba cada vez más. Pero era algo vago y Vera no lograba comprenderlo. Sí, era verdad que se trataba de un policía y que la conducía junto a Paul Osborn. Tenía que ser verdad porque la habían liberado bajo su custodia y porque Von Holden sabía cosas que no podría saber si no hubiese sido quien decía ser. De todos modos, había algo que no encajaba y le habría gustado saber qué era. Levantó la mirada y vio su bolsa de nailon sobre el portaequipajes encima de su cabeza. La llevaba consigo desde Berlín y ella no le había prestado atención. Ahora se preguntaba qué habría en el interior.

—Pruebas —contestó Von Holden lacónico.

El tren ascendía en ángulo agudo entre formaciones rocosas y rápidos arroyos y cascadas que caían a ambos lados de la vía.

—Son documentos y pruebas que identifican el núcleo de la organización neonazi. Nombres, lugares e información financiera.

El vagón en que viajaban contaba con otros seis pasajeros, al igual que el que lo precedía. La locomotora del pequeño tren formado por dos vagones los empujaba por detrás. Vera se estaba volviendo agresiva y a Von Holden no le gustaba la idea. El trauma de su detención en Berlín y el impacto de la muerte de los policías de Frankfurt comenzaban a desvanecerse. Ahora se volvía más consciente y analizaba su situación, la sondeaba, incluso dudaba de ella. Aquello significaba que él debía anticiparse y ofrecerle algo que le diera seguridad.

—Creo que ya le puedo decir que nuestro destino es la estación de Jungfraujoeh —dijo sonriendo—. La llaman la Cima de Europa. Puede mandar una postal desde la oficina de correos más alta del continente.

—Y Paul estará ahí.

—Así es. Y también habrá un lugar seguro donde guardar los documentos.

—¿Qué pasará cuando llegemos arriba?

—Eso no lo puedo decir yo. Mis órdenes consisten en dejarla a usted a buen resguardo junto con los documentos. Después —dijo, y volvió a sonreír—, espero volver a casa.

De pronto, el tren penetró en un túnel y sólo brilló la luz de las lámparas del vagón.

—Faltan veinte minutos —informó Von Holden. Vera se relajó y se reclinó en su asiento. «Por el momento, he satisfecho su curiosidad», se dijo Von Holden. Al llegar

a la estación de Jungfrauoch, bajarían con el resto de los pasajeros y se dirigirían inmediatamente a la estación meteorológica. Después, lo que Vera pensara o dijera no tendría importancia porque, una vez dentro, se sumergirían en las profundidades y nadie podría dar con ellos.

El tren disminuyó bruscamente la marcha al acercarse a Eigerwand, una pequeña estación excavada en el interior del túnel rocoso en la cara norte del Eiger. El tren entró en una vía muerta y se detuvo, dejando la vía principal libre para que pasara el tren de bajada. El conductor abrió las puertas e invitó a todos a mirar el paisaje y a sacar fotos.

—Venga —dijo Von Holden, y se levantó invitándola con una sonrisa—. Por el momento, somos turistas igual que los demás. Deberíamos relajarnos y gozar del paisaje.

Bajaron del tren, cruzaron la plataforma con los demás pasajeros y entraron en uno de los pequeños túneles. Desde unos enormes ventanales recortados en la roca, se podían ver kilómetros a la distancia, los valles bañados por el sol mirando hacia Kleine Scheidegg, Grindewald e Interlaken, la ruta por donde habían ascendido. Von Holden había visto ese paisaje docenas de veces y en cada nueva ocasión le parecía más impresionante, como si mirara desde la cumbre del mundo. A su espalda, el conductor hizo sonar el silbato y los pasajeros volvieron al tren. En ese momento, Von Holden vio el tren que llegaba a Kleine Scheidegg. De pronto sintió que le faltaba el aire y el corazón comenzó a palparle con fuerza. Sintió unas pulsaciones detrás de los ojos y aparecieron los velos rojos y verdes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Vera.

Durante una fracción de segundo, Von Holden vaciló, luego respiró hondo y logró sustraerse a su influjo maligno.

—Sí, gracias... —dijo, la cogió por el brazo y volvieron—. Puede que sea la altura. —Mentía. Las palpitaciones no se debían a la altura ni al cansancio. Eran reales. El *Vorahnung*. Y eso sólo significaba una cosa.

Osborn iba en ese tren.

CIENTO CUARENTA Y DOS

Osborn empezó a sentir la presión de la gravedad cuando el tren salió de Kleine Scheidegg e inició la larga ascensión hacia el Eiger. La rubia teñida divorciada, que se llamaba Connie —y que, de hecho, contaba con dos divorcios en su haber— seguía intentando entablar conversación con él. Finalmente, Osborn se disculpó y se dirigió al primer vagón. Necesitaba pensar. Faltaban poco más de cuarenta minutos para llegar a Jungfrauoch. Tenía que saber qué haría desde el momento en que bajara en la estación. Volvió a sentir el bulto del revólver de McVey en la cintura. Por algún motivo, le hizo pensar en una avalancha.

En más de una ocasión, los disparos de arma habían desatado avalanchas arrolladuras. Sabía que en las estaciones de esquí, los equipos de alta montaña utilizan rifles sin retroceso para precipitar las avalanchas antes del comienzo de temporada. Sin embargo, estaban a mediados de octubre y el tiempo era despejado. Una avalancha era lo último en que pensar.

Pero no era lo último.

Algo se agitaba en el subconsciente de Osborn. ¿Qué era? Estaban a mediados de octubre, pero Von Holden se había internado en la región de las nieves. El Jungfrauoch tenía casi cuatro mil metros de altura y descansaba sobre un glaciar. Su interior de hielo contenía salas excavadas y exposiciones para turistas.

El hielo.

El frío.

El frío extremo. Los glaciares eran la expresión más fría de la naturaleza. Sobre todo si uno podía internarse en ellos. En sus entrañas habían aparecido, al cabo de muchos siglos, hombres y animales en perfecto estado de conservación. ¿Era el Jungfrauoch el escenario donde se habían llevado a cabo las operaciones experimentales? En ese caso, en apariencia una atracción turística, en realidad cobijaba las instalaciones secretas.

El chirrido del motor y de los dientes contra el engranaje de las vías se hizo más agudo.

Entonces Osborn volvió al segundo vagón.

—Connie —dijo sentándose a su lado—. ¿Has estado alguna vez en Jungfrauoch?

—Por supuesto, cariño.

—¿Hay algún lugar fuera de los circuitos turísticos?

—¿En qué estás pensando, cariño? —preguntó ella con sonrisa maliciosa, y deslizó provocadoramente sus uñas rojas sobre el muslo de Osborn.

Osborn estaba seguro de que aquella mujer podía perder la cabeza con un par de martinis, pero no le gustaría confirmarlo.

—Escucha, Connie. Sólo quiero un poco de información. Nada, y quiero decir

«nada» más. ¿Vale? Por favor, sé buena conmigo e intenta recordar.

—Me gustas.

—Ya lo sé.

—Bueno, déjame pensar.

Osborn la vio incorporarse y mirar por la ventana. No era fácil porque el tren ascendía por una pared del Eiger y se inclinaba en un ángulo de casi cuarenta grados. De pronto todo se oscureció al penetrar en un túnel.

Cinco minutos más tarde, Osborn y Connie miraban por los ventanales recortados en la roca del Eiger en la estación de Eigerwand. Connie lo tenía cogido del brazo y no lo soltaba.

—No me gusta reconocerlo, pero la verdad es que me mareo.

Osborn miró su reloj. Von Holden debía de haber llegado o estaba a punto de llegar. Osborn podía haberse equivocado en lo relativo a las instalaciones. Puede que Von Holden sólo fuera a encontrarse con alguien como lo había pensado al principio. Si era así, entregaría el contenido de la mochila y volvería a bajar en el siguiente tren, y aquello podía suceder en cuestión de minutos.

—Hay una estación meteorológica.

—¿Qué? —preguntó Osborn. Connie le hablaba al mismo tiempo que los llamaban al tren.

—Una estación meteorológica, ¿sabes?, un observatorio.

Ahora cruzaban el andén hacia el tren. En ese momento, otro tren bajaba del Jungfrauoch serpenteando lentamente y rebasando al que esperaba en vía muerta.

—Cariño, ¿me escuchas o crees que estoy hablando por amor al arte?

—Sí, te oigo —contestó Osborn mientras se esforzaba en mirar en el interior del tren. Avanzaba tan lento como para distinguir las caras, pero no reconoció ninguna.

Volvieron al tren, se sentaron y éste comenzó a avanzar por el túnel cobrando velocidad.

—Perdón, has dicho algo sobre...

—Una estación meteorológica. ¿No me has preguntado si acaso hay lugares donde los turistas no puedan ir? Bueno, hay una estación meteorológica allá arriba. Arriba del todo, me parece. Debe de ser del gobierno. Y desde luego, está la cocina.

—¿Qué cocina?

—La del restaurante. ¿Por qué quieres saberlo?

—Una investigación. Estoy... escribiendo un libro.

—Cariño —dijo Connie, y le volvió a colocar la mano en el muslo, inclinándose tan cerca que los labios casi le rozaban la oreja—, ya sé que no estás escribiendo un libro —murmuró—. Porque si estuvieras escribiendo un libro esperarías hasta llegar arriba y verlo con tus propios ojos. También sé —continuó soplándole un hálito de aire caliente en la oreja—, que una pistola asoma por tu cintura. ¿Qué vas a hacer? ¿Matar a alguien? —preguntó, y se reclinó en el asiento sonriendo—. Cariño, ¿me prometes una cosa? Antes de disparar, por favor grita, porque no quiero estar en

medio cuando empiece el jaleo.

CIENTO CUARENTA Y TRES

Eismeer era la última estación antes de Jungfrauoch y al igual que en Eigerwand, el tren se detuvo y los pasajeros bajaron a hacer fotos mientras lanzaban exclamaciones de asombro ante las crestas rocosas. Sin embargo, la vista desde Eismeer era diferente a la de Eigerwand y todo lo que habían dejado atrás. En lugar de prados, lagos y bosques profundos bañados por el perezoso sol del otoño, aquí no había más que una superficie blanca y helada. Las enormes masas de nieve se perdían de vista o se detenían contra las rocas escarpadas de los precipicios. En la distancia, el sol del ocaso teñía de rosa anaranjado las nieves de las cumbres y, más arriba, brillaba una franja delgada de cielo perdiéndose hasta el infinito, rasgado aquí y allá por una voluta de nube. Por la mañana o al mediodía, quizás el paisaje era diferente. Pero ahora, antes de oscurecer, parecía frío e inhóspito y el paraje cobraba un aire extraño donde el hombre no encajaba. La naturaleza parecía advertirle que, si por algún percance tenía que aventurarse allá fuera, lejos de la compañía de los hombres y de la estación, debía entender que aquél no era su lugar. Que tendría que contar sólo con sus propios medios. Que Dios no lo protegería.

Sonó el silbato del tren para seguir adelante y los pasajeros volvieron. Osborn miró el reloj. Faltaban diez minutos para las cinco. Darían las cinco al llegar a Jungfrauoch y el último tren bajaba a las seis. A esa hora habría oscurecido totalmente. A lo sumo dispondría de una hora para dar con Von Holden y Vera y arreglar sus asuntos con ellos. Y, si vivía, para coger el último tren hacia abajo.

Osborn fue el último en subir y las puertas se cerraron inmediatamente. Hubo una sacudida y los engranajes se fijaron al raíl central. Osborn se reclinó, respiró profundo y miró distraídamente a su alrededor.

Connie estaba sentada en la parte de atrás conversando con sus colegas y no se dignaba lanzarle una mirada. Aquello era una ventaja, pensó, un asunto menos de que ocuparse. Y de pronto, curiosamente, se encontró añorando su compañía. Pensó que si se sentaba frente a un asiento vacío, vendría ella a acompañarlo. Caminó hacia los aficionados al tren, encontró un asiento doble vacío y se sentó de cara a ella. Pero si ella lo vio, no lo dio a entender porque siguió conversando. Él la observaba gesticulando y se preguntaba por qué habría de ponerse aquellas uñas rojas postizas tan horrorosas o por qué se teñía el pelo en aquel rubio esperpéntico. Entonces se dio cuenta de que estaba muerto de miedo. Remmer le había advertido no pocas veces que permaneciera alejado de Von Holden. Noble le había comentado que después de vérselas con él en el Tiergarten tenía suerte de estar vivo. Aquel hombre había sido entrenado para asesinar y en las últimas veinticuatro horas había tenido la oportunidad de afinar su habilidad matando a una taxista de diecinueve años y a tres policías alemanes. Sabía quién era Osborn y que iba tras él. Y llegado este punto, ¿sería Von Holden tan ingenuo como para pensar que su perseguidor se encontraba en

un tren que rodaba apaciblemente rumbo a Lucerna? No, no era probable. Puesto que Von Holden no estaba en ninguno de los trenes, significaba que aún se encontraba en Jungfrauoch, donde no había nada, excepto Jungfrauoch.

En menos de cinco minutos, pensó, penetraría en un infierno de creación propia. Se sintió arrollado por un flujo de asuntos pendientes que le rebasaban como si de una máquina impresora se tratara. Los pacientes, la casa, los recibos del coche, el seguro de vida, ¿quién se encargaría de llevar su cuerpo a casa? ¿Quién de sus cosas? Después del último divorcio, pensó, no había hecho testamento. Tuvo ganas de reír. Era todo una comedia. Los cabos sueltos de la vida. Había venido a Europa a un congreso médico y se había enamorado. Y a partir de entonces, todo fue como rodar cuesta abajo. «*La descente infernale*», solía decir Vera. El descenso a los infiernos.

La oía tal como la recordaba, no como lo que era. Volvía a sus pensamientos una y otra vez, y una y otra vez se esforzaba en hacerla salir. Cuando llegara el momento y finalmente se enfrentara a ella, sólo entonces caería en la cuenta de todo el asunto, porque ahora debía concentrarse únicamente en Von Holden.

El tren disminuyó la marcha. Al mirar afuera vio el cartel.
«Jungfrauoch».

—Dios mío —murmuró. Se llevó la mano como por instinto a la cintura y palpó la empuñadura del revólver. Al menos aún contaba con eso.

«¡Piensa en tu padre! —se dijo a sí mismo—. ¡Recuerda el crujido del cuchillo de Merriman en su vientre y la expresión de su mirada! Sus ojos se vuelven hacia ti y te pregunta qué ha sucedido. Mira cómo le flaquean las piernas y se desploma sobre la acera. ¡Alguien ha gritado! Tiene miedo. Sabe que va a morir. Ahora levanta la mano para tocarte, para que se la cojas, para que lo ayudes. Recuérdalo, Paul Osborn, ¡recuérdalo bien y no tengas miedo de lo que puedas encontrar por delante!».

Hubo un chirrido de frenos, una sacudida y el tren aminoró la marcha. Al final se veían dos vías y un semáforo y ya habían llegado. La estación se abría dentro del túnel, como Eigerwand y Eismeer, le contó Connie. Pero aquí la vía no continuaba, la encerraba el final. La única salida era por donde habían venido, cruzando el túnel.

CIENTO CUARENTA Y CUATRO

—Un incendio en la estación meteorológica, señor. Ocurrió anoche —dijo el empleado del ferrocarril—. No hay heridos, pero la estación ha quedado totalmente destruida.

Von Holden había preguntado sobre el montón de escombros calcinados que yacían recogidos a un lado del túnel.

¡Un incendio! ¡La noche anterior! Como en Charlottenburg, lo mismo que en *das Garten*. Von Holden se había vuelto más aprensivo a medida que se acercaban a la estación de Jungfrauoch y tenía miedo de que los ataques recrudecieran. Ahora la fuente principal de sus preocupaciones no era Osborn sino Vera. Durante la última etapa del viaje había permanecido callada, distante, y Von Holden intuía que se daba cuenta de lo que sucedía y que intentaría hacer algo. Había neutralizado rápidamente su estado de ánimo bajando con ella del tren y llevándola al ascensor nada más llegar a la estación. Estaban a tres o cuatro minutos de la estación meteorológica. Una vez allí, todo estaría bajo control, porque al cabo de poco, Vera estaría muerta. Pero entonces Von Holden había visto los escombros y le habían informado del incendio. La destrucción de la estación meteorológica era una circunstancia que no había considerado.

—¿Allí está Paul, allá arriba?

—Sí —afirmó Von Holden. Habían salido a la penumbra del crepúsculo y subieron una larga escalera hasta llegar a la carcasa de lo que había sido la estación meteorológica. Más abajo quedaba la masa de hormigón y acero iluminada del restaurante y el Palacio del Hielo. A su derecha, cayendo hacia el vacío, se extendía el glaciar de quince kilómetros de largo, un mar de hielo y nieve retorcido que se sumía ahora en la oscuridad. Cuatrocientos metros más arriba se alzaba la cima del Jungfrau, teñida de rojo como la sangre del crepúsculo.

—¿Por qué no hay equipos de rescate? ¿Ni bomberos? ¿Por qué no hay maquinaria pesada? —preguntaba Vera irritada, con miedo, incrédula, y a Von Holden le parecía bien. Demostraba que, a pesar de otras cosas en las que estuviera pensando Vera, su preocupación principal seguía siendo Osborn. Eso le mantendría la guardia baja si no accedían al pasaje interior y tenían que volver afuera.

—No hay ningún equipo de rescate porque nadie sabe que están aquí. La estación meteorológica es automática. Nadie entra en las instalaciones excepto un técnico de vez en cuando. Nuestros niveles se encuentran en el subsuelo y los generadores de emergencia los cierran todos automáticamente en caso de incendio.

Alcanzaron la cima. Von Holden arrancó una pesada plancha de madera que cubría la entrada y cruzaron un umbral de troncos calcinados. Estaba oscuro y había

un denso olor de humo y acero fundido. El incendio había sido sumamente violento, mucho más de lo que habría provocado un incendio accidental. Lo confirmaba una puerta de acero fundida en la parte posterior de un armario de instrumentos. Von Holden cogió una barra de acero del equipo de demolición e intentó abrirla, pero le fue imposible.

—Salettl, cabrón —murmuró por lo bajo, y lanzó la barra a un lado. No había necesidad de abrirla porque ya sabía lo que encontraría en el interior. El túnel de dos metros de alto, construido con titanio y recubierto de cerámica, sería una masa impenetrable.

—Vamos —dijo—, hay otra entrada. —Si los niveles inferiores habían sido sellados como era debido, no habría problema.

Von Holden salió primero y dejó pasar a Vera para bajar las escaleras. Vio los últimos rayos de sol que le acariciaban el pelo, dándole un suave tinte vermellón. Por un instante, Von Holden pensó qué sería de él si fuera un hombre normal. Pensó en Joanna y en la verdad de lo que le había dicho en Berlín, que no sabía si era capaz de amar, y ella había respondido: «Sí que puedes...». La idea estaba fuera de lugar y le hizo pensar que, aunque Joanna fuera una mujer sencilla y corriente, en el fondo de su corazón era realmente bella, tal vez la mujer más bella que había conocido. Se asombró al pensar que Joanna tenía razón, que era capaz de amar y que el amor que tenía le pertenecía a ella.

Luego desvió la mirada y vio un gran reloj encastrado en la roca al final de la escalera, con el minutero recto hacia arriba. Eran exactamente las cinco. En ese momento, los altavoces avisaron de la llegada de un tren. Von Holden salió de su desvarío en un segundo. Ahora tenía otro objeto de concentración. Osborn.

CIENTO CUARENTA Y CINCO

Osborn se apartó de la puerta y dejó bajar a los demás pasajeros. Sin darse cuenta, se limpió el sudor del labio superior con la mano. Estaba temblando pero no se percataba de ello.

—Que tengas suerte, cariño —dijo Connie tocándole el brazo al bajar. Luego desapareció junto al resto de los americanos hacia un ascensor al otro lado de las vías. Osborn miró a su alrededor. El coche estaba vacío y él estaba solo. Sacó la pistola y abrió el cargador. McVey lo había llenado con las seis balas.

Cerró el cargador y volvió a metérsela bajo el cinturón. Respiró hondo y bajó rápidamente del tren. Sintió inmediatamente el frío, el frío de montaña que se siente en las excursiones de esquí, cuando uno baja de una cabina templada y sale al aire de los galpones semicubiertos donde se detienen las cabinas. Le sorprendió ver un segundo tren en la estación y pensó que si el último salía a las seis, el otro sería para trasladar a los empleados después del cierre.

Cruzó la plataforma y se unió a un grupo de turistas ingleses, en el mismo ascensor que los americanos. El ascensor subió una planta y la puerta se abrió sobre una gran sala con cafetería y tienda de souvenirs.

Los ingleses salieron y Osborn con ellos. Se retrasó y se detuvo en la tienda y miró distraídamente una muestra de camisetas del Jungfrauoch, postales dulces, mientras observaba disimuladamente los rostros de la gente que abarrotaba la cafetería. Se acercó un niño regordete de unos diez años, acompañado de sus padres. Eran americanos y padre e hijo llevaban cazadoras idénticas de los Chicago Bulls. Osborn jamás se había sentido tan solo como en ese momento. No sabía bien por qué y pensó que se había distanciado tanto del mundo que si llegaba a morir a manos de Von Holden o incluso de Vera, el hecho pasaría desapercibido y a nadie le importaría que hubiese existido. La imagen del hijo con su padre magnificaba el dolor y la amargura por lo que le habían quitado. También se trataba de algo a lo que nunca se había atado en toda su vida, una familia propia.

Osborn tuvo que arrancarse a las profundidades de sus propias emociones y volvió a escudriñar la sala. Si Von Holden y Vera estaban allí, no los veía. Salió de la tienda de souvenirs y se dirigió al ascensor. La puerta se abrió y salió una pareja de ancianos. Después de echar un vistazo más a la sala, Osborn entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta siguiente. Se cerró la puerta y el ascensor comenzó a subir. Al cabo de varios segundos, la puerta volvió a abrirse y Osborn se encontró ante un océano de hielo azul. Era el Palacio del Hielo, un túnel semicircular cortado en el hielo del glaciar y lleno de cuevas con esculturas de hielo. Más adelante divisó a los americanos del tren, Connie entre ellos, caminando fascinados entre las esculturas de animales, seres humanos, un coche de tamaño natural y una barra con taburetes, mesas y un viejo barril de whisky.

Osborn vaciló, salió del ascensor y caminó por el túnel, mezclándose entre la gente e intentando parecer un turista cualquiera. Escrutando las caras que encontraba a su paso, pensó que tal vez había cometido un error al no permanecer con los americanos del tren. Estiró la mano y tocó delicadamente la superficie de la pared como si pensara que no fuese hielo y sí una sustancia artificial. Pero era hielo, al igual que el techo y el suelo. El entorno le reforzó la idea de que aquel lugar guardaba una conexión con la cirugía experimental bajo condiciones de frío extremo.

Pero ¿dónde? Jungfrauoch era pequeño. La cirugía, especialmente de características tan delicadas, requería mucho espacio. Salas de equipos, pre y postoperatorias, unidad de tratamiento intensivo y salas para el personal. ¿Cómo podía habilitarse todo eso en este lugar?

El único lugar fuera de límites, le había dicho Connie, era la estación meteorológica. A unos quince metros de allí, una joven guía suiza observaba mientras un adolescente se sacaba una foto en el túnel de hielo. Osborn se dirigió a ella y le preguntó cómo podía llegar a la estación meteorológica. Ella le dijo que quedaba más arriba, cerca del restaurante y la terraza exterior. Pero ahora estaba cerrada debido a un incendio.

—¿Un incendio?

—Sí, señor.

—¿Cuándo sucedió?

—Anoche, señor.

—La noche anterior, como Charlottenburg.

—Gracias —concluyó Osborn, y se alejó. A menos que se tratara de una portentosa coincidencia, había sucedido lo mismo en los dos sitios. Cualquiera que fuese la naturaleza de lo que se había destruido en Charlottenburg, también se había destruido aquí. Pero Von Holden no lo sabría, o no habría venido, a no ser que tuviera la intención de encontrarse con alguien. De pronto, algo lo hizo levantar la mirada. Vera y Von Holden estaban al final del pasillo, bañados por la luz azulada del hielo. Ambos lo miraron durante medio segundo, giraron bruscamente por un pasillo y desaparecieron.

Osborn se sentía como si el corazón quisiera reventarle las orejas. Recuperó la compostura y se acercó a la joven guía.

—Allá abajo —dijo, señalando hacia donde acababa de verlos—. ¿A dónde lleva?

—Fuera, a la escuela de esquí y a los trineos de perros. Pero, desde luego, hoy están cerrados.

—Gracias —respondió Osborn con un hilo de voz. Los pies le pesaban como dos rocas, como si se hubieran congelado al contacto con el hielo del suelo. Se llevó la mano al cinturón y cogió la pistola. Las paredes del túnel brillaban como el azul cobalto y Osborn podía ver el vaho de su propio aliento. Avanzó cautelosamente, afirmándose en la barandilla hasta llegar a la curva del túnel donde Von Holden y Vera habían desaparecido.

La zona del túnel estaba vacía. Una señal de la escuela de esquí indicaba una puerta al final del pasillo. Una segunda señal apuntaba a la zona de los trineos de perros.

«Conque queréis que os siga, ¿eh?», pensó Osborn con la imaginación desbocada. Ésa era la idea. Cruzar la puerta. Afuera. Lejos de la gente. «Tienes que salir y, si lo haces, él te liquidará. No volverás aquí, porque Von Holden tirará lo que quede de ti por un precipicio. No te encontrarán hasta la primavera. No te encontrarán nunca».

—¿Qué hace? ¿Adónde me lleva?

Vera y Von Holden habían entrado a una pequeña y claustrofóbica sala de hielo en un pasillo lateral del túnel principal. Von Holden la sostenía por el brazo mientras caminaban y la detuvo en seco al ver a Osborn. Esperó a que Vera estuviese a punto de llamarlo en voz alta y la hizo volverse y alejarse a toda prisa para conducirla primero a un pasillo y luego a la sala.

—El incendio fue provocado. Están aquí y quieren tendernos una encerrona. A usted y a mis documentos.

—Paul...

—Él también debe de ser uno de ellos.

—No. ¡No puede ser! De alguna manera logró escapar.

—¿Eso cree?

—Tiene que haber escapado... —Vera no pudo terminar. Entonces le cruzó por la mente la imagen de los hombres que se hacían pasar por policías en Frankfurt, antes de que Von Holden les disparara. «¿Dónde está la agente? ¿La mujer policía que ha de ir con ustedes?», habían inquirido.

—No está —había dicho Von Holden—. No hubo tiempo.

No era una cuestión de fugitivos lo que les preocupaba, ¡sino una cuestión de procedimientos! ¡Un inspector no podía viajar solo con una detenida en un compartimiento cerrado sin la compañía de otra mujer!

—Tenemos que saber qué ha pasado con Osborn. De otro modo, no saldremos vivos de aquí —comentó Von Holden, y el vaho de su aliento quedó suspendido en el aire. Sonrió gentilmente al acercársele. Llevaba la bolsa de nailon colgando del hombro izquierdo y la mano derecha en la cintura. Su aspecto era tranquilo, relajado, el mismo del que había hecho gala al enfrentarse a la policía. El mismo aire de Avril Rocard al abatir a los agentes franceses en la granja de las afueras de Nancy. En ese momento, Vera entendió aquello que la había turbado al salir de Interlaken, algo que no había comprendido, aunque siempre se había hecho presente. Sí, Von Holden daba las respuestas correctas, pero por motivos diferentes. Los hombres del tren eran policías. No eran ellos los asesinos nazis, sino Von Holden.

CIENTO CUARENTA Y SEIS

Osborn volvió rápidamente por donde había venido. Ahora veía a los americanos del tren entrando en el ascensor al otro lado del Palacio del Hielo. Aceleró la marcha y logró introducirse cuando la puerta se cerraba. Osborn la paró con la mano y se hizo un hueco entre ellos.

—Perdón... —dijo sonriendo.

Se cerraron las puertas y el ascensor subió. ¿Qué hacer ahora? Osborn sentía la sangre latiéndole con fuerza en la carótida y el bum, bum, bum golpeaba en su interior como un martillo neumático. El ascensor se detuvo repentinamente y las puertas se abrieron dejando ver un amplio restaurante autoservicio. Osborn tuvo que salir primero. Luego se detuvo para quedarse en medio del grupo. Fuera estaba casi a oscuras. A través de los ventanales divisaba las cumbres en la cara opuesta del glaciar de Aletsch. Más allá, en la débil luz del crepúsculo, vio que se avecinaban nubes de tormenta.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Connie, que caminaba a su lado. Osborn la miró y tuvo un sobresalto cuando una ráfaga de viento hizo temblar los vidrios de los ventanales.

—¿Qué voy a hacer...? —murmuró Osborn. Barrió rápidamente la sala con la mirada mientras seguían al grupo hacia la cola del autoservicio—. Pues... creo que... tomaré una taza de café.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué habría de pasarme algo?

—¿Estás metido en un lío? ¿Te busca la policía?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué estás tan nervioso? Estás más nervioso que un potrillo recién parido.

Habían llegado al mostrador de la comida. Osborn volvió a mirar la sala. Algunos de los americanos ya se habían sentado en dos mesas próximas. La familia que había visto en la tienda de souvenirs se había sentado a otra mesa. El padre señaló al hijo en dirección a los lavabos y el chico se dirigió allá. Había dos jóvenes sentados a una mesa cerca de la puerta, fumando y conversando animadamente.

—Siéntate conmigo y bébete esto. —Ya habían pagado y Connie lo llevó a una mesa lejos de los americanos del tren.

—¿Qué es? —preguntó Osborn mirando el vaso que Connie había dejado sobre la mesa.

—Café con coñac. Ahora, sé un chico bueno y tómatelo todo.

Osborn la miró, cogió la copa y bebió. «¿Qué hacer?», pensó. «Estarán aquí,

dentro del edificio o fuera. Yo no los seguí. De modo que ellos me seguirán a mí».

—¿Es usted el doctor Osborn?

Osborn levantó la mirada. El chico de la cazadora de los Chicago Bulls estaba frente a él.

—Sí.

—Un hombre me dijo que lo esperaba fuera.

—¿Quién espera? —preguntó Connie, y frunció sus cejas teñidas.

—Junto a la pista de los trineos.

—Clifford, ¿qué haces? Creía que ibas a los lavabos —intervino el padre cogiéndolo de la mano—. Disculpe —dijo a Osborn—. ¿Qué haces molestando a la gente, eh? —le recriminó al hijo cuando se alejaban.

Osborn pensaba en su padre tirado en la acera, sintió aquel terror elemental que se le pintaba en los ojos. Estaba horrorizado. Levantando la mano, agarrando a su hijo para que lo ayudara a morir. De pronto se levantó. Sin mirar a Connie, abandonó la mesa y se dirigió a la puerta.

CIENTO CUARENTA Y SIETE

Von Holden esperaba en la nieve, apartado de las pistas vacías donde se guardaban los trineos durante el día. El maletín dentro de la bolsa permanecía con él. En las manos sostenía una pistola automática Scorpion de 9 milímetros, montada con un supresor de llama y silenciador. Era ligera y maniobrable y tenía un cargador de treinta y dos tiros. Estaba seguro que Osborn estaría armado, como lo estaba aquella noche en el Tiergarten. No había manera de saber cuán entrenado estaba, pero poco importaba, puesto que esta vez Von Holden no le daría la menor oportunidad.

A unos quince metros, entre él y la puerta de la escuela de esquí, Vera esperaba en la oscuridad, esposada a un pasamanos de seguridad que recorría el camino cubierto de hielo hasta las pistas de los trineos. Podía gritar, chillar, o hacer lo que quisiera. Aquí fuera, en la oscuridad, con el restaurante cerrado por la noche, el único que podía oírla era Osborn cuando saliera. Quince metros era suficiente para que Osborn la oyera y la viera, pero lo bastante lejos del edificio para que alguien se percatara desde el interior. La intención de Von Holden consistía en atraerlos a ambos a la oscuridad, más allá de las pistas de trineo, donde podría liquidarlos a sus anchas. Estaba usando a Vera tal como había pensado desde el principio, pero ya no se trataba de un rehén sino de un anzuelo.

A unos cuarenta metros de Vera, se abrió la puerta de la escuela de esquí al final del Palacio del Hielo. Por la hendidura se filtró un chorro de luz y una figura solitaria asomó al exterior. Una hilera de grandes carámbanos cerca de la puerta brilló en la oscuridad, la puerta se cerró y sólo quedó la silueta recortada en la nieve. Al cabo de un momento empezó a caminar.

Vera vio que Osborn se acercaba andando sobre las huellas de una motonieve que acompañaba a los trineos, mirando recto hacia delante. Ella sabía que Osborn era vulnerable en la oscuridad y que tardaría un momento en acostumbrarse a la poca luz. Miró por encima del hombro y vio a Von Holden colgarse la bolsa al hombro, deslizarse atrás y desaparecer tras un montículo. Von Holden la había sacado del Palacio del Hielo a través de un conducto del aire, la había esposado sin decir nada y se había alejado. Cualquiera que fuera su intención, lo había planeado todo cuidadosamente y cualquiera que fuera la trampa, Osborn se dirigía sin vacilar hacia ella.

—¡Paul! —Su grito resonó en la oscuridad—. ¡Está ahí fuera, esperándote!
¡Vuelve! ¡Llama a la policía!

Osborn se detuvo y miró en su dirección.

—¡Vuelve, Paul! ¡Te matará!

Vera observó que Osborn vacilaba, se movía repentinamente hacia un lado y desaparecía. Miró hacia donde había ido Von Holden pero no dijo nada. Se percató de que había comenzado a nevar. Por un momento reinó un silencio absoluto y vio el

vaho de su propio aliento en el aire frío. De pronto sintió la dureza del acero contra una sien.

—No te muevas. Ni te atrevas a respirar. —Era Osborn y le apuntaba a la cabeza con el calibre 38 de McVey, buscando en la oscuridad más allá. De pronto la miró—. ¿Dónde está? —preguntó, con voz sibilante. Tenía una expresión dura, implacable.

—¡Paul! —exclamó ella. Vera no entendía qué hacía.

—Te he preguntado dónde está. «Dios mío, no puede ser», pensó Vera, que de pronto lo entendió todo. Osborn creía que era una de ellos, que pertenecía a la Organización.

—Paul —le imploró—. Von Holden me recogió en la prisión bajo custodia. Dijo que era policía federal alemán y que me llevaba a donde estabas tú.

Osborn relajó la presión del arma. Volvió a mirar a lo lejos sondeando la oscuridad. De pronto su pie derecho rasgó el aire y se oyó un estallido como el de un disparo de fusil. El pasamanos de madera se rompió en dos y Vera se liberó de su atadura, con las dos manos aún presas por las esposas.

—Camina —dijo él empujándola hacia las pistas de trineo, manteniéndola en la línea de fuego entre él y Von Holden.

—Por favor, Paul, no...

Osborn la ignoró. Más adelante estaba la escuela de esquí, cerrada, y luego las instalaciones de los trineos.

Más allá, una débil luz azulada brillaba a través de la nieve como una alucinación. Osborn la empujó atrás y miró por encima del hombro. No había nada. Se volvió.

—¿Esa luz?, ¿qué es?

—Es... —Vera titubeó— es un conducto de aire, un túnel. Por ahí salimos del Palacio del Hielo.

—¿Estará él ahí? —preguntó Osborn, y la hizo volverse para que lo mirara—. ¿Es ahí donde está? ¿Sí o no?

No la veía, sólo veía a alguien de cuya traición estaba seguro. Tenía miedo y estaba desesperado, pero tenía la intención de seguir adelante.

—No lo sé. —Vera estaba aterrada. Si Von Holden estaba en el interior y ellos entraban a por él, había un sinnúmero de vueltas y recovecos donde podía esperarlos para tenderles una emboscada.

Osborn miró a su alrededor y volvió a empujar a Vera hacia el círculo de luz que emanaba del conducto. No se oía más que el murmullo del viento y el crujido de las pisadas sobre la nieve. Al cabo de unos segundos llegaron frente a la pista de trineos, cerca de la luz.

—No está en el túnel, ¿no es así, Vera? —preguntó Osborn barriendo la oscuridad con la mirada, intentando ver a través de la nieve—. Está escondido en la oscuridad, esperando que me lleves a la luz, como el tiro al blanco en una feria. El tipo ése es un tirador profesional, un soldado de la Spetsnaz.

¿Cómo era posible que Osborn no entendiera lo que le había ocurrido y que no la

creyera?

—Maldita sea, Paul. Escúchame... —Vera se daba la vuelta para mirarlo. De pronto se detuvo. Había huellas de pisadas en la nieve delante de ellos. En el fulgor azulino proyectado por la luz, Osborn también las vio. Pisadas frescas que la nieve comenzaba a cubrir, que se dirigían desde donde estaban ellos hasta la entrada del túnel. Von Holden había estado en ese mismo lugar momentos antes.

Osborn la empujó a un lado y Vera cayó hacia la oscuridad y contra las rejas de las perreras. Osborn se giró y volvió a mirar las pisadas.

Ella lo veía debatirse, inseguro de lo que debía hacer ahora. Osborn estaba agotado, casi al final de sus fuerzas. Sólo pensaba en Von Holden, nada más. Estaba cometiendo errores y no se daba cuenta. Y si seguía así, Von Holden los mataría a ambos en un instante.

—¡Paul, mírame! —gritó Vera en un arranque, con voz quebrada por la emoción.

Durante un rato él permaneció inmóvil, mientras la nieve caía silenciosamente a su alrededor. Luego, lentamente, a contrapelo, se volvió a mirarla. A pesar del frío, estaba empapado en sudor.

—Por favor, escúchame —rogó—. No sé cómo has llegado a ninguna conclusión. La verdad es que no tengo nada que ver con Von Holden ni con la Organización, ni ahora ni nunca. Éste es el momento en que debes creerme, tienes que creerme y confiar en mí. Cree y confía en que lo que hemos compartido es real y trasciende todas las cosas... —y su voz se desvaneció.

Osborn la miró. Había pulsado una cuerda interior muy sensible, un nervio que él creía extirpado. Si decidía que no, se acababa. Era simple, se acababa todo. Si decidía que sí, significaba confiar más allá de lo que jamás había confiado en nadie. Era separarse de sí mismo, de su padre, de todo. Volverlo todo irrelevante. Decir, a pesar de todo, confío en ti y en mi amor por ti y si al hacer eso muero, entonces muero.

Tenía que ser una confianza total. Absoluta.

Vera lo miraba esperando. A sus espaldas, bajo la nieve que caía, brillaban las luces del restaurante. Todo dependía de él. De su decisión.

Levantó la mano con una lentitud prolongada y le tocó la mejilla.

—Bueno —dijo finalmente—. Bueno.

CIENTO CUARENTA Y OCHO

Von Holden se apoyó sobre los codos y avanzó. ¿Dónde estaban? Habían llegado hasta el borde de la luz y luego desaparecido. Debería resultar sencillo. Había preferido poner a Osborn a prueba de encontrarse con Vera en el túnel del Palacio del Hielo. Si en vez de eso, Osborn los hubiera seguido, lo habría empujado a él hasta el túnel lateral adonde había llevado a Vera y lo habría matado. Pero Osborn no lo había seguido. Había usado a Vera como una carta más. Sabía que Osborn los había visto a ambos subir al tren en Berna. La última vez que la vio, había sido detenida por la policía alemana en Berlín. Osborn debía de pensar que eran cómplices en la conspiración y que huían del atentado de Charlottenburg. Cegado por la ira y por un sentimiento de traición, Osborn encontraría una manera de liberarla y, a pesar de sus explicaciones, la obligaría a conducirlo hasta Von Holden, ya fuera como rehén o como objeto de negociación.

Una ráfaga de viento levantó la nieve a su alrededor. A Von Holden no le gustaba el viento más de lo que le gustaba la nieve. Miró el cielo y vio un frente de nubes que se acercaba por el oeste. La temperatura bajaba. Debería haberlos matado antes, cuando los veía avanzar hacia la escuela de esquí, pero cargarse a dos personas y deshacerse de los cuerpos tan cerca del edificio principal era demasiado arriesgado, sobre todo si sacrificaba su objetivo principal. El túnel del aire quedaba a unos ochenta metros de allí, y en medio de la oscuridad y la nieve, sería más fácil liquidarlos. Osborn, irritado y desequilibrado, seguiría las huellas y caería directo en la celada. Los dos disparos, con un segundo de intervalo, no se escucharían. Luego Von Holden llevaría los cuerpos a la parte de atrás de las perreras, donde los precipicios eran profundos y los lanzaría a la oscuridad del abismo. Primero Osborn y luego...

—¡Von Holden! —se oyó la voz de Osborn surgir como un eco de la oscuridad—. Vera ha ido a llamar a la policía. Supongo que le interesa saberlo.

Von Holden se sobresaltó, luego retrocedió y se deslizó detrás del saliente de una roca. Las cosas se habían vuelto en su contra. Aunque llamaran a la policía pasaría una hora o más antes de que llegaran. Tenía que olvidar todo lo demás y seguir adelante.

Directamente frente a él, el Jungfrau se erguía como un centinela fantasmagórico, a más de setecientos metros. A otros cien metros a su derecha y unos quince más abajo, había un sendero rocoso tallado en el promontorio donde se asentaba Jungfrauoch. Después de avanzar unas tres cuartas partes, escondida por una formación rocosa, había una toma de aire secundaria, abierta en 1944, cuando se había construido el laberinto de túneles y ascensores debajo de la estación meteorológica dentro del glaciar. Si podía refugiarse allí antes de que llegara la policía, podría permanecer durante una semana o dos, e incluso más si era necesario.

CIENTO CUARENTA Y NUEVE

Osborn se inclinó junto a la pista de trineos y escuchó. Pero sólo oyó el ulular suave del viento, que aumentaba progresivamente de intensidad. Al salir con McVey en Berlín, se había puesto unas Reebok de caña alta. Además, todavía vestía la camisa y el traje que llevaba al llegar. No era mucha ropa, a los casi cuatro mil metros de altura, en la oscuridad y en medio de la nieve barrida por un viento que se volvía más intenso.

En un instante único e insólito, la ira y la desconfianza con Vera habían desaparecido en Osborn. Era lo que ella decía y lo que él había podido ver en sus ojos refiriéndose al asunto, que resultaba un desafío ante sí mismo, quién era y en qué creía.

En ese momento desapareció la duda. Osborn recordaba haber apartado a Vera de la pista de los trineos y haber caído sobre la nieve, al otro lado de las perreras, abrazándola, los dos llorando unidos por la conciencia de lo que había sucedido y de lo que él había estado a punto de provocar. Luego le dijo que se marchara.

Por un momento Vera vaciló. Volverían los dos. Von Holden no los perseguiría hasta el interior, con tanto foco y en medio de toda aquella gente.

—¿Y si se le ocurre venir? —inquirió Osborn. Y tenía razón. Von Holden era capaz de cualquier cosa—. Hay una rubia, una americana —le explicó a Vera—. Estará esperando el tren para bajar. Se llama Connie. Es buena persona. Coge el tren con ella hasta Kleine Scheidegg y llama a la policía suiza desde allí. Diles que se pongan en contacto con el inspector Remmer, de la Policía Federal alemana en Bad Godesburg.

Osborn la recordaba mirándolo fijamente durante mucho rato. Él no se quedaba sólo con la intención de cubrirla. Había una razón por la que buscaba a Von Holden, la misma por la que lo había hecho con Albert Merriman en París y por lo que había viajado con McVey a Berlín. Se lo debía a sí mismo y a su padre, y no había retorno posible hasta que hubiera acabado. Vera lo besó entonces y se volvió para irse.

Pero Osborn la atrajo de nuevo hacia él. Volvía a tener vida en la mirada y comenzaba a prepararse para lo que fuera. Le preguntó si sabía qué había en la bolsa que transportaba Von Holden desde Berlín.

—Dijo que eran documentos sobre los conspiradores neonazis. Pero estoy segura de que no es verdad.

Osborn la vio volver entre las sombras hacia la seguridad del edificio principal. Pasaron los segundos y de pronto una franja de luz cortó la noche al abrirse la puerta y entrar Vera, y luego nuevamente la oscuridad al cerrarse la puerta. Osborn pensó de inmediato en el contenido de la bolsa que transportaba Von Holden. Sin duda eran documentos, pero no identidades de neonazis sino textos de criocirugía, tratados y discursos sobre las técnicas, procedimientos de congelación y descongelación,

instrucciones de programas informáticos, esbozos de diseño de los instrumentos y podía ser que estuviera incluido el bisturí de su padre. Debía de tratarse de ejemplares únicos y de ahí el celo de Von Holden en protegerlo. Cualquiera que fuera el mal para el que se había inventado el proceso, para el mundo de la medicina se trataba de un trabajo de proporciones fantásticas y, más allá de lo que sucediera, era imperativo conservar las notas.

Entonces Osborn se dio cuenta de que divagaba. Von Holden podría habersele acercado por detrás. Se volvió rápidamente pero no vio nada. Verificó el mecanismo de la pistola calibre 38 y se aseguró de que no se hubiera congelado con el frío. Se la volvió a colocar bajo el cinturón y miró hacia el edificio principal. Vera ya debía de haber llegado y ahora estaría buscando a Connie.

Osborn avanzó siguiendo el borde de la pista de trineos hasta que divisó la luz del túnel. Estaba seguro que el rastro de huellas había sido un truco para atraerlo hacia la luz. Von Holden se había dirigido hacia el túnel pero no había entrado. Era un espacio demasiado cerrado y corría el riesgo de verse atrapado, sobre todo si alguien entraba por el lado opuesto.

A la derecha de Osborn, el Jungfrau se elevaba casi recto hacia arriba. A su izquierda, el terreno bajaba y luego parecía nivelarse. Soplándose las manos para calentarlas, se dirigió hacia allá. Suponiendo que tuviera razón, era la única dirección que, por lógica, Von Holden habría tomado.

Übermorgen y la maleta que lo contenía en la bolsa. Eran la preocupación esencial de Von Holden. Tal como debía ser para el último superviviente de la jerarquía de la Organización. Para este tipo de emergencias se había creado el Sector 5, *Entscheiden Verfahren*, el llamado Procedimiento Final. El hecho de que hubiera resultado más difícil de lo previsto era la razón por la que lo habían escogido y porque había sobrevivido. Pensó optimista que lo peor ya había pasado. Había una alta probabilidad de que los ascensores inferiores no hubiesen sido destruidos por el incendio, porque la entrada de arriba habría funcionado como chimenea y escape para el calor, lo cual habría salvado las instalaciones de abajo.

La idea de llegar al ascensor y el sentimiento de que ejecutaba su tarea como combatiente, le inspiraron ánimos mientras avanzaba por el sendero de piedra recortado en la pared de la montaña. La nieve que caía, el frío y el viento que aumentaban harían tanto daño a Osborn como a él, y puede que más, ya que Osborn no estaba entrenado en alta montaña. Esa ventaja ampliaba sus posibilidades de huida. Tendría la suerte de llegar hasta la toma de aire y entrar cuando la nieve hubiera ya borrado sus huellas.

Sólo quedaban Osborn y él. Y el tiempo.

CIENTO CINCUENTA

El sendero giraba bruscamente a la izquierda y Osborn lo siguió. Buscaba las huellas de Von Holden en la nieve, pero no veía nada, a pesar de que la nieve caída no era suficiente para borrarlas. Confundido y temiendo haberse encaminado en dirección equivocada, llegó hasta lo alto de un pequeño promontorio y se detuvo. Atrás sólo quedaba un torbellino de nieve y oscuridad. Se agachó y se inclinó en una rodilla para mirar abajo. Un sendero estrecho serpenteaba bordeando el borde del precipicio, pero no parecía haber un camino para llegar hasta él. No había manera de saber si era el camino que había tomado Von Holden. Podía ser uno de tantos. Osborn se levantó y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando las vio. Pisadas frescas en el lado de la montaña. Alguien había pasado por allí y no hacía mucho. Bajaban ciñéndose al lado interior del sendero cortado en la pared rocosa. Quienquiera que fuese, había comenzado a bajar varios cientos de metros antes. Pero podía tardar horas en encontrar ese punto y para entonces las huellas estarían borradas.

Moviéndose por el borde, Osborn pensó que sería posible bajar por la roca deslizándose por la pared. No era demasiado alto. Unos siete metros cuanto más. Pero podía ser peligroso. El terreno estaba formado por rocas, hielo y nieve. Ni árboles, ni raíces ni ramas, nada de qué sujetarse. No se sabía lo que había más allá, ni contar con la velocidad previendo el riesgo de seguir de largo y caer al vacío rodando a lo largo de miles de metros como una piedra.

Osborn estaba dispuesto a intentarlo de todos modos, cuando de pronto vio un saliente de roca que caía directamente sobre el sendero más abajo. Estaba cubierto de carámbanos debido a la descongelación constante y al hielo del glaciar. Parecían lo bastante sólidos como para agarrarse a ellos. Osborn llegó hasta el borde y empezó a deslizarse por el lado. El sendero a esa altura no estaba a más de cinco metros más abajo. Si los carámbanos no se rompían, llegaría enseguida. Estiró la mano y se agarró a un carámbano de unos ocho a diez centímetros de grueso y lo probó. Podía aguantar su peso y Osborn se dejó oscilar para bajar. Buscó un apoyo para el pie, hizo contacto con la punta y quiso soltar la mano para coger el carámbano de más abajo. Pero su mano no se movió. El calor de su piel se había fundido con el hielo del carámbano. Estaba atascado, con la mano derecha por encima de la cabeza y el pie izquierdo extendido para alcanzar un asidero más abajo. La única solución era tirar de su mano, lo cual significaba arrancarse la piel. Pero no tenía alternativa. Si seguía inmovilizado, moriría de frío.

Respiró profundo, contó hasta tres y dio un tirón. Sintió un dolor cortante y la mano se liberó. Pero el movimiento le hizo perder el asidero del pie izquierdo. Cayó, la espalda contra la roca. Un segundo más tarde se deslizó sobre el hielo y cobró velocidad. Utilizó desesperadamente las manos, los pies, los codos, todo lo que podía para disminuir la velocidad, sin resultados. Bajaba cada vez más rápido. De pronto

vio que ante sus ojos se abría la oscuridad y supo que caería al vacío. En un último intento desesperado quiso agarrarse con la mano izquierda a la última roca que vio. La mano resbaló, pero el brazo se enganchó y lo hizo detenerse a escasos centímetros del suelo.

Sintió que se le estremecía el cuerpo entero y empezó a temblar. De espaldas a la pared enterró un tacón en un resquicio de la roca. Luego el otro. Se desató una ventolera que barrió la nieve en todas direcciones. Osborn cerró los ojos y rogó para que, habiendo llegado a ese punto, después de tantos años, no fuera a morir congelado en la cima de un glaciar. Su vida no habría tenido sentido. ¡Y él se negaba a que su vida no tuviera sentido! A su lado vio una ancha hendidura en la pared rocosa. Se incorporó sobre el lado, hizo oscilar un pie sobre el otro y lo hundió en la nieve. Luego rodó sobre el vientre, se apoyó y alcanzó la hendidura con las dos manos y se impulsó. Un poco más y pudo meter la rodilla en la hendidura y luego un pie. Finalmente logró sostenerse.

Von Holden estaba por encima de él. A unos treinta metros directamente más arriba, de espaldas a la roca. Estaba en el sendero cuando Osborn pasó a su lado deslizándose. Si hubiera estado a menos de dos metros, Osborn lo habría arrastrado en su caída. Miró hacia abajo y vio al americano agarrado a la roca por encima de un vacío de más de seiscientos metros. Si su intención era volver a escalar, tendría que hacerlo sobre una pendiente de hielo y roca azotados por el viento y la nieve. En ese punto, Von Holden se encontraba a menos de trescientos metros de la entrada de aire por el sendero escarpado y serpenteante. Era un paso peligroso, pero a pesar de la nieve, tardaría entre diez y quince minutos en llegar. Osborn no podría escalar —si es que era capaz de moverse— desde donde estaba hasta el punto en que se encontrara Von Holden en ese lapso de tiempo, y mucho menos seguirlo hasta su destino final. Una vez dentro del túnel, Von Holden desaparecería.

Sí, llegaría la policía, pero a menos que permanecieran una semana o más hasta que él volviera a salir, lo cual era dudoso, podían suponer que Vera los había conducido hasta allí para cubrir la retirada de Von Holden por otro lado. También podían pensar que había caído en una grieta o desaparecido en una de las miles profundas hondonadas del glaciar Aletsch. Al fin y al cabo se marcharían y acusarían a Vera de cómplice del asesinato de los policías en Frankfurt.

En cuanto a Osborn, aunque esa noche lograra sobrevivir donde estaba, su versión no sería más válida que la de ella. Había seguido a un hombre hasta la montaña. ¿Y luego qué? ¿Dónde estaba aquel hombre? ¿Qué iba a contestar? Desde luego, era preferible que estuviera muerto. Von Holden podría asomarse al borde y dispararle en medio de la oscuridad. Pero no serviría de nada. El saliente era demasiado frágil y si resbalaba o no acertaba, no valía la pena intentarlo. Si hería o mataba a Osborn, sabrían que había estado allí, lo cual corroboraría la versión de Vera. Comenzaría la búsqueda. No. Era mejor dejarlo donde estaba y confiar en que cayera al vacío o muriera congelado. Era la manera más razonable de pensar, y por eso Scholl lo había

nombrado *Leiter der Sicherheit*.

CIENTO CINCUENTA Y UNO

Osborn tenía la cara y los hombros aplastados contra la roca. Las puntas de las Reebok encontraron asidero en lo que parecía un saliente de algo más de cinco centímetros. Abajo, la oscuridad fría del vacío. No tenía idea de cuánto caería si resbalaba, pero cuando una piedra grande se desprendió por encima de su cabeza y rebotó a su lado en su caída, Osborn se quedó escuchando y no la oyó estrellarse. Miró hacia arriba intentando situar el sendero, pero una masa de hielo que colgaba sobre su cabeza se lo impedía. La hendidura en la que estaba suspendido corría verticalmente a la pared rocosa en que se afirmaba. Podía ir a la izquierda o la derecha, pero no hacia arriba, y después de desplazarse un par de metros en cada una de las direcciones, encontró que era más fácil hacia la derecha. Se volvía más ancha y sobresalían trozos de roca que podía usar para agarrarse con las manos. A pesar del intenso frío, sentía la mano derecha con la piel rasgada por el carámbano como aplastada con una plancha al rojo vivo. Y al querer cerrar los dedos en torno a los trozos de roca, el dolor era insoportable. Sin embargo, en cierta manera, le favorecía porque lo obligaba a concentrarse. Sólo pensaba en el dolor y en cómo agarrarse de un trozo de roca sin perder asidero. Mano derecha. Asirse. Pie derecho deslizándose, encontrar un apoyo, probar el peso. Cambiar de punto de apoyo. Equilibrarse. Mano izquierda, pie izquierdo, repetir la operación. Ahora estaba al borde de la cara rocosa, que se inclinaba hacia dentro en una sima. En esquí se le llamaba «chute» o caída. Pero con la nieve y el viento resultaba imposible decir si la hendidura seguía más allá o se acababa. Si se detenía en el borde, Osborn dudaba que pudiera volver y desandar todo lo que había avanzado. Se llevó una mano a la boca y se la calentó con el aliento. Repitió la operación con la otra. El reloj se le había introducido dentro de la manga y le era imposible sacarlo otra vez sin poner en peligro su equilibrio. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Pero sabía que faltaban aún muchas horas para que llegara la luz del día y que, si se detenía, moriría de hipotermia en cuestión de minutos. De pronto se produjo un claro entre las nubes y la luna brilló unos instantes. Osborn vio a su derecha y unos tres o cuatro metros más abajo un reborde ancho que conducía a la montaña. Parecía helado y resbaladizo, pero lo bastante ancho para caminar. Luego vio un sendero estrecho que serpenteaba hacia el glaciar abajo. Y en el sendero descubrió a un hombre con una bolsa.

La luna desapareció tan rápido como había salido y el viento arreció. La nieve le daba en el rostro como astillas de vidrios disparadas a presión y tuvo que cubrir la cabeza bajo la roca. «El borde está ahí —pensó—. Es lo bastante ancho para sostenerte. La fuerza que te ha traído hasta aquí te ha dado una oportunidad más. Confía en ella». Se acercó al borde y estiró una pierna. No había más que vacío. «Confía, Paul. Confía en lo que has visto», pensó antes de dejarse caer a la oscuridad.

CIENTO CINCUENTA Y DOS

Por una razón que no se explicaba, Von Holden pensaba en Scholl y en esa enfermiza, incluso asesina manía que tenía de que no lo vieran desnudo. Según algunos rumores, Scholl no tenía pene porque había sufrido una emasculación en un accidente de juventud y según otros era un verdadero hermafrodita, con útero y pechos de mujer pero también con pene, razón por la cual se consideraba a sí mismo un monstruo.

Von Holden sostenía que Scholl se negaba a que lo vieran desnudo porque rechazaba todo tipo de calidez humana, lo cual incluía el cuerpo humano. Sólo importaban la mente y sus facultades, y a pesar de que las necesidades físicas y emocionales formaran parte de él, como de cualquier ser humano, le producían asco.

De pronto, Von Holden salió de su ensueño y se percató de la existencia del camino y del glaciar que se extendía a su izquierda a lo largo de kilómetros.

Levantó la mirada y vio la luna revoloteando entre las nubes. Entonces vislumbró una sombra que se movía en la roca por encima de él. ¡Osborn escalaba la pared! Debajo había un ancho saliente. Si lo veía y lo alcanzaba, no tardaría en descubrir las huellas de Von Holden en la nieve.

Las nubes cubrieron la luna y todo volvió a oscurecerse. Cuando Von Holden volvió a mirar, le pareció ver a Osborn dejándose caer hasta el saliente. Aún faltaban unos cincuenta metros para la entrada del túnel de aire y, a tan corta distancia, Osborn podría seguirle fácilmente las huellas. «Basta —pensó Von Holden—. Mátalo ya y cargas el cuerpo hasta el túnel. No lo encontrarán».

A Osborn, la caída lo había dejado sin aliento y tardó un momento en recuperar el sentido. Se apoyó en una rodilla y miró hacia donde había visto a Von Holden la última vez. Sólo podía adivinar el sendero recortado en la pared de la roca, pero Von Holden había desaparecido. Se incorporó y se sobresaltó al pensar que había podido perder la pistola de McVey. Pero no, aún la tenía bajo el cinturón. La sacó, abrió el cargador y lo giró hasta alinear el percutor sobre una bala. Luego, con una mano contra la roca y el arma en la otra, comenzó a caminar hacia delante siguiendo el borde.

Von Holden se sacó la bolsa y se colocó en una posición desde donde podía ver con claridad el sendero de abajo. Sacó la pistola automática de 9 milímetros, se echó hacia atrás y esperó.

Cuando Osborn llegó al sendero principal, el saliente se volvió más angosto. En ese

momento apareció la luna por encima de las nubes. Fue como si alguien lo hubiera iluminado con un foco. Se lanzó instintivamente al suelo en el momento en que el disparo de un arma automática dio contra la roca donde se había detenido. Sobre él llovieron trozos de roca y hielo. La luna desapareció y con el viento volvieron la oscuridad y el silencio. No sabía de dónde provenía el disparo. Tampoco había oído la detonación, lo cual significaba que el arma de Von Holden iba equipada con silenciador y supresor de llama. Si Von Holden estaba encima de él o se dirigía a esa posición, Osborn quedaba totalmente al descubierto. Arrastrándose sobre el vientre, llegó al borde y miró abajo. A unos dos metros había otro saliente rocoso. No era muy grande, pero sí mejor apoyo que el que tenía. Escudándose en la oscuridad, se incorporó de un salto, corrió y se lanzó al suelo. En la carrera sintió que algo duro le golpeaba el hombro, lo lanzaba a un lado y hacia atrás. Al mismo tiempo oyó una terrible explosión. Se estrelló de espaldas contra la nieve y por un momento todo se oscureció. Cuando abrió los ojos sólo vio la punta del promontorio. Olió la pólvora y se dio cuenta de que se le había disparado su propia pistola. Buscó apoyo con una mano para levantarse cuando en su campo de visión apareció una sombra. Era Von Holden. Llevaba la bolsa al hombro y una pistola singular en la mano.

—En la Spetsnaz nos enseñaron a sonreírle a nuestro verdugo —musitó Von Holden—. Eso nos vuelve inmortales.

Osborn supo que estaba a punto de morir. Y que en ese momento acabaría todo lo que lo había llevado hasta ahí, en pocos segundos. Lo triste y trágico era que no podía hacer nada para evitarlo. Sin embargo aún estaba vivo y había una posibilidad de que Von Holden le confesara algo antes de dispararle.

—¿Por qué mataron a mi padre? —preguntó—. ¿Por el bisturí que inventó? ¿Por la operación de Elton Lybarger? Dígamelo, por favor.

—*Für Übermorgen* —pronunció Von Holden triunfante con una sonrisa arrogante—. ¡Por la Aurora del Nuevo Día!

De pronto Von Holden levantó la mirada, porque de la oscuridad que los envolvía surgió un estruendo sordo. Era un viento avasallador rugiendo y chillando como si la tierra fuese literalmente sacudida de sus raíces. El estruendo se volvió ensordecedor y cayó una lluvia de piedras y roca de pizarra. Luego apareció el frente de la avalancha, arrollador, y Von Holden y Osborn fueron lanzados hacia atrás, arrastrados como muñecos por encima del borde. Cayeron de cabeza a una profunda hondonada. De repente, en plena caída, mientras daba vueltas, Osborn divisó a Von Holden, la expresión deformada por el horror y la incredulidad, paralizado por un terror indescriptible. Luego desapareció barrido por una ola de hielo, nieve y rocalla.

CIENTO CINCUENTA Y TRES

Von Holden fue el primero en salir a la superficie, lanzado de golpe sobre una plataforma de rocas y piedras sueltas. Se levantó tambaleándose y miró a su alrededor. Más arriba divisó la huella de la avalancha y la estrecha hondonada a que ésta lo había arrastrado. Seguían cayendo hilillos de nieve y hielo. Se volvió y vio el glaciar, imponente, en el mismo lugar. Pero nada más en aquel paraje le era familiar. No sabía dónde se encontraba el sendero por donde caminaba antes. Levantó la mirada confiando en que la luna volvería a aparecer entre las nubes, pero sólo vio el cielo. El gris espeso de las nubes se había desvanecido y ahora apareció un cielo límpido. Pero no había luna ni estrellas. Al contrario, vio el rojiverde de la aurora encumbrándose hacia el cielo, los imponentes velos entrelazados de su pesadilla.

Lanzó un grito, se volvió y empezó a correr. Buscó desesperadamente el sendero que llegaba hasta la entrada del túnel. Pero ya nada estaba en su sitio. Jamás había estado en ese lugar. Corrió aterrorizado hasta encontrarse frente a un muro rocoso y entonces se dio cuenta de que había caído en un bolsón y que las paredes rocosas se alzaban a cientos de metros hasta el cielo rojiverde.

Sin aliento, con el corazón desbocado, se volvió. El rojo y el verde se volvían brillantes y el manto implacable iniciaba su caída libre hacia él. Al mismo tiempo empezaba a ondular lentamente, de arriba abajo, como los gigantescos pistones de sus pesadillas.

El manto se acercó, ondulando grotescamente, bañándolo con los colores de su fulgor, como si amenazara cubrirlo con un áurea negra.

—¡No! —gritó, deseando romper la maldición y alejar los colores de su mente. El grito chocó contra las masas rocosas y se extendió sobre el glaciar. Pero la maldición no cesó y, al contrario, el manto cayó sobre él latiendo pesadamente, como si se tratara de un organismo vivo que reinaba sobre los cielos. De pronto, las hebras de color se volvieron traslúcidas, como los espantosos tentáculos de una medusa, inclinándose para derramarse sobre él. Enmudeciendo de terror, Von Holden se volvió y escapó corriendo por donde había venido.

Volvió a encontrarse en el bolsón, atrapado entre paredes de roca lisa. Se volvió y, horrorizado, vio que los tentáculos se cernían sobre él. Translúcidos, brillantes, ondulaban sobre su cabeza. ¿Acaso su presencia le auguraba la inminencia de la muerte? ¿Era la muerte misma? Retrocedió. ¿Qué querían? Él no era más que un soldado que obedecía órdenes y cumplía con su deber.

La idea se apoderó de él y el temor desapareció. ¡Él era un soldado de la Spetsnaz! ¡Era el *Leiter der Sicherheit!* No permitiría que la muerte se lo llevara sin haber llevado a cabo su objetivo.

—*Nein!* —Gritó a todo pulmón—. *Ich bin Leiter der Sicherheit!* ¡Soy el jefe de Seguridad! —Se quitó la bolsa, abrió las correas y sacó la caja del interior. La cogió

en los brazos para protegerla y dio un paso adelante—. *Das ist meine Pflicht!* ¡Es mi deber! —Exclamó, ofreciendo la caja en alto con ambas manos—. *Das ist meine Seele!* ¡Es mi alma!

De repente desaparecieron los velos de la aurora y Von Holden permaneció temblando a la luz de la luna, sosteniendo la caja en sus brazos. Pasó un rato antes de que pudiera oír su propia respiración. Al cabo de un momento, constató que su pulso volvía al ritmo normal. Comenzó a escalar para salir del fondo del bolsón. Fuera, vio que se encontraba en el borde del monte que miraba sobre el glaciar. Más abajo divisó nítidamente el sendero que conducía al túnel de aire. Empezó a bajar inmediatamente, apretando con fuerza la caja en sus brazos.

La tormenta había pasado y la luna y las estrellas se dibujaban con claridad en el cielo. El ángulo en que caía la luz de la luna sumía al paisaje nevado en una total atemporalidad donde se mezclaban pasado y futuro. Von Holden tuvo la sensación de que había pedido pasar a un mundo que sólo existía en un plano muy distante y que se lo habían concedido.

—*Das ist meine Pflicht!* —repitió levantando la mirada hacia las estrellas. ¡El deber antes que nada! Por encima del mundo. Por encima de Dios. Más allá del tiempo.

Tardó sólo unos minutos en llegar a la abertura en la roca que ocultaba la entrada al túnel de aire. La piedra se prolongaba más allá del borde de la huella y Von Holden tuvo que pasar de un lado a otro para entrar. En ese momento vio a Osborn. Estaba tendido sobre una plataforma rocosa cubierta de nieve, unos treinta metros más abajo de donde él se encontraba, y tenía la pierna doblada en una posición extraña. Von Holden supo inmediatamente que estaba rota. Pero Osborn no estaba muerto. Tenía los ojos abiertos y lo observaba.

«No le des otra oportunidad —se dijo—. Mátalo ahora».

Se alzó una nubecilla de nieve de la bota de Von Holden cuando se acercó al borde y miró hacia abajo. Al desplazarse había quedado oculto en la oscuridad y la luz de la luna caía de lleno en la cima del Jungfrau, por encima de él. Pero aun así, Osborn veía que sostenía la caja en el brazo izquierdo. Cuando Von Holden hizo otro movimiento, Osborn vislumbró que llevaba la pistola en la mano derecha. Él ya no tenía el revólver de McVey, lo había perdido en la avalancha que le había salvado la vida. El destino le había dado una oportunidad. Si él mismo no hacía algo, no tendría otra.

Con el rostro contorsionado por el dolor que sentía en la pierna izquierda, bajo el peso de su cuerpo, Osborn se ayudó con los codos y empujó sobre su pierna sana. El cuerpo entero se le estremeció con una punzada desgarradora cuando se arrastró hacia atrás, debatiéndose como un animal desvalido sobre el hielo y las rocas, intentando desesperadamente llegar al otro lado de la plataforma rocosa para escapar de la línea de fuego. De pronto sintió que la cabeza se le iba atrás y que había llegado al borde. Desde abajo soplaban ráfagas de aire helado. Al mirar por encima del hombro,

Osborn no vio más que un inmenso vacío en el glaciar abajo. Volvió lentamente la cabeza. Sentía la sonrisa de Von Holden cuando su dedo se disponía a apretar el gatillo.

De pronto, los ojos de Von Holden brillaron en la oscuridad. La pistola se le sacudió en la mano y él se volvió de lado disparando hacia el cielo. Von Holden seguía disparando y el cuerpo entero se le sacudía con el retroceso de la pistola hasta que el cargador estuvo vacío. La mano cayó floja y la pistola se deslizó al suelo. Por un instante se quedó parado, los ojos totalmente abiertos, sosteniendo aún la caja en el brazo izquierdo. Muy lentamente empezó a perder el equilibrio y se inclinó hacia delante. El cuerpo cayó al vacío por encima de Osborn, flotando libremente en el prístino aire de la noche hacia las oscuras profundidades.

CIENTO CINCUENTA Y CUATRO

Después de los ladridos de los perros, Osborn recordaba haber visto unos rostros. Un doctor del pueblo y enfermeros suizos. Un equipo de rescate lo llevaba en una camilla hasta arriba en la oscuridad. Vera. El interior de la estación. El rostro de ella, pálido y tenso de miedo. Policías uniformados en el tren que bajaba. Hablaban, pero Osborn no recordaba haberlos oído. A su lado, Connie, sonriendo para darle confianza. Y luego Vera, una vez más, cogiéndole la mano.

Lo venció el calmante, el dolor o el agotamiento, porque se desmayó. Después, algo había sucedido en un hospital de Grindewald. Una discusión sobre su identidad. Habría jurado que Remmer entraba en la sala y detrás de él McVey con su traje arrugado. Luego McVey había echado mano de una silla y se había sentado junto a la cama a observarlo.

Volvió a ver a Von Holden en la montaña. Lo percibió balanceándose al borde del precipicio, antes de caer.

Por un breve instante, tuvo la impresión de que había alguien más en el filo del abismo, directamente detrás de él. Intentó recordar quién era, hasta que cayó en la cuenta de que había sido Vera. Tenía en la mano un enorme carámbano lleno de sangre. Luego, esa visión se nubló para dejar paso a otra, infinitamente más nítida.

Von Holden estaba aún vivo y caía hacia donde estaba él, protegiendo la caja con sus brazos. No caía a una velocidad normal sino en una cámara lenta distorsionada, dibujando un arco en su caída que lo arrastraría hasta el vacío insondable y oscuro, a miles de metros más abajo. Luego desapareció y sólo quedó la nada, y en ese momento se desató la avalancha.

—¿Por qué mataron a mi padre? —había preguntado Osborn.

—*Für Übermorgen* —había contestado Von Holden. Por la Aurora del Nuevo Día.

CIENTO CINCUENTA Y CINCO

Berlín

Lunes, 17 de octubre

Vera iba sola en el asiento trasero de un taxi que giraba por el Clay Allee hacia Messelstrasse y el corazón de Dahlem, uno de los barrios más elegantes de Berlín. Era el segundo día que caía una lluvia fina y la gente ya empezaba a quejarse. Aquella mañana, el conserje del hotel Kempinski le había entregado personalmente una rosa roja, junto a un sobre sellado con una nota escrita a toda prisa pidiéndole que se la llevara a Osborn cuando fuera a verlo al pequeño y exclusivo hospital de Dahlem.

La nota estaba firmada «McVey».

Para ir a Dahlem, tuvo que seguir un desvío por obras en la carretera y pasó junto a las ruinas del palacio de Charlottenburg.

Los obreros trabajaban bajo la lluvia y terminaban la demolición de la estructura. Las grúas y aplanadoras rodaban sobre los jardines para despejar los escombros, apilándolos en grandes montones humeantes que se llevaban los camiones. La tragedia había dado la vuelta al mundo y las banderas de toda la ciudad estaban a media asta. Se celebraría un funeral de Estado como homenaje a las víctimas. Asistirían dos expresidentes de Estados Unidos, el presidente de Francia y el primer ministro de Inglaterra.

—Ya se quemó una vez, en 1746 —le explicó el taxista con la voz henchida de orgullo—. Y lo reconstruyeron. Ahora lo volverán a reconstruir.

Vera cerró los ojos cuando el taxi giró por Kaiser Friedrichstrasse hacia Dahlem. Había bajado de la montaña con Osborn y había permanecido a su lado el tiempo que le habían permitido. Luego le asignaron una escolta para que la acompañara a Zurich y le dijeron que trasladarían a Osborn a un hospital de Berlín. Todo había sucedido en muy poco tiempo. Se sucedían las imágenes y los sentimientos y se mezclaba lo bello, lo doloroso y lo horrible. El amor y la muerte caminaban de la mano. Demasiado estrechamente. Vera tenía el aspecto de haber sobrevivido a una guerra.

A lo largo de todo el episodio, McVey siempre había estado presente.

En cierto sentido, era una especie de abuelo preocupado por los derechos humanos y por la dignidad de todos. Pero desde otro punto de vista, parecía una versión del general Patton. Egoísta e implacable, severo e incluso cruel. Impulsado por la búsqueda de la verdad. Costara lo que costase.

El taxi se detuvo y Vera entró en el hospital. La recepción era pequeña y cálida y le sorprendió ver a un policía. El agente le lanzó una mirada escrutadora hasta que se presentó en el mostrador de recepción y le sonrió cuando ella entraba en el ascensor.

Había un segundo policía apostado junto al ascensor en la segunda planta y en la puerta de Osborn, un inspector de paisano.

Los dos hombres parecían conocerla y el segundo incluso la saludó por su nombre.

—¿Corre peligro su vida? —preguntó ella, inquieta ante la presencia de la policía.

—Es una precaución.

—Ya entiendo —dijo Vera, y se volvió hacia la puerta. Al otro lado yacía un hombre que apenas conocía pero a quien amaba como si llevaran siglos viviendo juntos. El breve tiempo que habían compartido no se parecía a ningún otro momento de su vida y Osborn había pulsado fibras que nadie más conocía. Tal vez era porque la primera vez que se habían mirado a los ojos también miraban juntos el camino. Y lo que habían visto, lo habían visto juntos, como si jamás llegara el momento de separarse. Más tarde, arriba en la montaña, viviendo circunstancias atroces, él se lo había confirmado. Lo había confirmado para ambos.

Al menos ése era su sentimiento. De pronto tuvo miedo al pensar en ella como en la única que lo sentía. Podía haberlo malinterpretado todo y lo ocurrido entre ellos resultaba fugaz y unívoco, y al cruzar la puerta no encontraría al Paul Osborn que conocía sino a un extraño.

—¿Por qué no entra? —preguntó el inspector sonriendo, y abrió la puerta.

Osborn estaba tendido en la cama, con la pierna izquierda colgando de una red de poleas, cuerdas y contrapesos. Llevaba puesta la camiseta de los King de Los Ángeles, calzoncillos rojos y nada más. Al verlo, todos los temores de Vera se desvanecieron y soltó una carcajada.

—¿Qué te parece gracioso? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella ahogando una risilla—. No lo sé... Es que...

Cuando el inspector cerró la puerta, ella cruzó la habitación y se lanzó a sus brazos. Todo lo que había sucedido en el Jungfrau, en París, en Londres y Ginebra volvió como un torrente.

Fuera llovía y Berlín se quejaba. Pero a ellos les daba igual.

CIENTO CINCUENTA Y SEIS

Los Angeles

Paul Osborn estaba sentado en el patio de su casa en Pacific Palisades mirando la herradura de luces de la bahía de Santa Mónica. Eran las diez de la noche y la temperatura de veinte grados. Faltaba una semana para Navidad.

Lo sucedido en el Jungfrau era demasiado enrevesado y complejo de entender. Los últimos momentos eran especialmente desconcertantes, porque Osborn no sabía a ciencia cierta qué había sucedido o hasta qué punto era cierto tal como él recordaba.

Como médico, entendía que había sufrido un trauma físico y emocional, no sólo en las últimas semanas sino a lo largo de toda la vida, desde la niñez hasta su condición de adulto, si bien los últimos días en Alemania y Suiza habían sido los más agitados. En el Jungfrau, la línea fronteriza entre la realidad y la alucinación había dejado de existir. La noche y la nieve se habían fundido con el miedo y el agotamiento. El horror de la avalancha, la certeza de la muerte inminente a manos de Von Holden y el dolor insoportable de la pierna rota lo habían despojado de toda conciencia de existencia. Resultaba imposible discernir entre la realidad y el sueño. Ahora que había vuelto a casa, herido pero vivo y en vías de recuperación, ¿acaso tenía alguna importancia?

Bebió un sorbo de té frío y miró hacia la bahía. Al cabo de una hora, Vera estaría en el tren rumbo a Calais, a casa de su abuela. Juntas irían en trasbordador hasta Dover y luego a Londres en tren. Al día siguiente, a las once de la mañana saldrían del aeropuerto de Heathrow en un vuelo de British Airways a Los Ángeles. Vera había estado en Estados Unidos en una ocasión acompañando a François Christian. Su abuela jamás había ido. No tenía ni idea de lo que pensaría la anciana sobre la idea de pasar la Navidad en Los Ángeles, pero no cabía duda de que sabría expresar sus sentimientos. Hablaría del tiempo y de cualquier cosa, incluido él también.

La llegada de Vera lo entusiasmaba. Que viajara con su abuela legitimaba la relación. Si su idea era quedarse y obtener el título de médico en Estados Unidos, Vera tendría que cumplir con las rigurosas exigencias de la Comisión de Educación para Licenciados en el Extranjero. En el caso de algunas materias, tendría que volver a la universidad y para cubrir otras tendría que cumplir una residencia larga y tediosa. Sería un compromiso duro y difícil, en tiempo y energía, al que en realidad no tenía por qué someterse, porque a todos los efectos ya era médico en Francia. Pero él le había pedido que se casaran y que viniera a California a vivir felices para siempre.

Su respuesta a la proposición de Paul, formulada con una sonrisa en la habitación del hospital fue un «lo pensaré».

«¿Pensar qué?», preguntó él. ¿Si quería casarse con él? ¿Vivir en Estados

Unidos? ¿En California? Pero lo único que había contestado era: «Lo pensaré». Luego se despidió de él con un beso y abandonó Berlín rumbo a París.

El paquete que Vera le había traído contenía su pasaporte, devuelto por la Prefectura Central de Policía de París. Le adjuntaban una nota en francés y firmada por los inspectores Barras y Maitrot, deseándole buena suerte y esperando sinceramente que en el futuro hiciera lo posible por no pisar suelo francés. Una semana después de su traslado del Jungfrau a Berlín, y dos días después de que Vera se hubiera marchado a París, lo dieron de alta en el hospital.

Remmer vino de Bad Godesburg para acompañarlo al aeropuerto y lo puso al día con las noticias. Le contó que a Noble lo habían llevado a Inglaterra y que se recuperaba en un centro de quemados. Harían falta varios meses y varias operaciones de trasplante de piel antes de que pudiera volver a hacer una vida normal, si es que eso era posible. El propio Remmer, a pesar de su muñeca rota, ya había vuelto al trabajo y le habían nombrado responsable de la investigación del siniestro de Charlottenburg y del tiroteo en el hotel Borggreve. A Joanna Marsh, la fisioterapeuta americana de Lybarger, la habían encontrado en un hotel de Berlín. Después de un exhaustivo interrogatorio, la habían liberado y McVey la había escoltado de vuelta a Estados Unidos. Remmer ignoraba qué había sucedido con ella después, pero suponía que había regresado a casa.

Cuando recuperó el recuerdo de cuanto había vivido en el Jungfrau, Osborn interrogó a Remmer detalladamente.

—¿Saben desde dónde llamó a la policía suiza? ¿Desde qué estación, Kleine Scheidegg o Jungfrauoch?

Remmer dejó de mirar el camino y se volvió a él.

—¿Me pregunta por Vera Monneray?

—Sí.

—No fue ella quien llamó a la policía suiza.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Osborn.

—La llamada la hizo una americana. Era una turista... Connie algo, creo...

—¿Connie?

—Así es.

—¿O sea que Vera sabía dónde estaba y les indicó dónde podían encontrarme?

—Lo encontraron los perros —explicó Remmer frunciendo el ceño—. ¿Por qué cree que fue la señorita Monneray?

—Ella estaba en Jungfrauoch cuando me trajeron... —dijo Osborn, titubeando.

—Y mucha gente también.

Osborn desvió la mirada. «Perros. Bueno, dejémoslo así». Dejaría que la imagen de Vera en el sendero con un carámbano ensangrentado en la mano fuera sólo eso, una ilusión. Parte de sus sueños alucinantes y nada más.

—Está preguntando si es inocente o no. Quiere creerlo, pero no está seguro.

Osborn miró hacia atrás.

—Estoy seguro —afirmó.

—Bueno, tiene razón. Encontramos la imprenta con que Von Holden había falsificado los papeles de la BKA en el piso del topo que la Organización tenía infiltrado en la cárcel como supervisor, el mismo que la entregó a la custodia de Von Holden. Ella creía que la llevaba con usted. Von Holden sabía demasiadas cosas como para que ella dudara de su palabra.

Osborn no necesitaba confirmación. Si no lo hubiera creído en la montaña, cuando Vera partió hacia París ya estaba totalmente convencido.

—¿Y qué pasó con Joanna Marsh? —preguntó—. ¿Se pudo aclarar por qué Salettl nos habló de su partida?

Remmer guardó silencio durante un rato largo y luego negó con un gesto de la cabeza.

—Tal vez algún día lo descubramos —dijo. Pero había algo en su actitud que sugería que sabía más de lo que decía. Osborn tuvo que reconocer que, aunque hubiesen vivido juntos muchas cosas, Remmer seguía siendo un policía. Osborn pensaba en todo lo que le habían hecho a Vera, aún cuando sabían, al cabo de unas horas y tal vez desde el principio, que no estaba implicada en la Organización y que no era Avril Rocard.

Era un poder temible el que tenían, y era muy fácil utilizarlo para otros fines.

—¿Y qué ha hecho McVey? —inquirió Osborn.

—Ya se lo he dicho. Acompañar a la señorita Marsh a casa.

—Me mandó el pasaporte.

—No habría podido salir de Alemania sin él —observó Remmer, y sonrió.

—No me dijo nada. Incluso cuando fue a verme al hospital en Grindewald. No dijo ni una palabra.

—En Berna.

—¿Qué?

—Lo llevaron al hospital de Berna.

Osborn se quedó mirando con expresión vacía.

—¿Está seguro?

—Sí, estábamos con la policía de Berna cuando recibimos la llamada diciendo que lo habían encontrado en la montaña.

—¿Usted estaba en Berna? ¿Cómo...?

—McVey le siguió la pista —sonrió Remmer—. Usted compró un Euroraíl en Berna. Pagó con tarjeta de crédito, y McVey revisaba sus cuentas entretanto. Cuando la usó para comprar el billete, supo dónde se encontraba usted y a qué hora había pasado por allí.

—Pero eso no es legal —protestó Osborn incrédulo.

—Usted se llevó su arma, sus papeles y su chapa —le recordó Remmer con tono más serio—. Tampoco es legal hacerse pasar por inspector de policía.

—¿Dónde estaría Von Holden ahora si no lo hubiera hecho? —se defendió

Osborn. Remmer no dijo nada—. ¿Qué va a pasar ahora?

—No soy yo quien tiene que decidirlo. No llevo yo el caso, es de McVey.

CIENTO CINCUENTA Y SIETE

No pasaba ni un solo día sin que volviera a oír las palabras de Remmer. «No llevo yo el caso. Es de McVey». ¿Cuál sería la condena por hacer algo así? No sólo se había escapado con el arma y los papeles de identificación de un inspector de policía, sino que además los había utilizado para cruzar una frontera. Tal vez lo juzgarían en Los Ángeles y luego lo extraditarían a Alemania o a Suiza para enfrentarse a los cargos en esos países. E incluso a Francia, si Interpol decidía tomar cartas en el asunto. Con suerte, se trataría de acusaciones secundarias incidentales. La auténtica acusación era el intento de asesinato de Albert Merriman. Aunque viviese oculto en París, Merriman seguía siendo ciudadano americano. Eran cosas que McVey no olvidaría.

Faltaban pocos días para Navidad y Osborn no había tenido noticias de McVey. Sin embargo, cada vez que veía un coche de la policía, se sobresaltaba. Su culpabilidad lo estaba volviendo loco y no sabía qué hacer para remediarlo. Podía llamar a un abogado y preparar su defensa, pero eso sería contraproducente en caso de que McVey considerara que ya había sufrido suficiente y dejara correr el asunto. Decidió no obsesionarse con la idea y concentrarse en sus pacientes. Dedicaba tres noches a la semana a las sesiones de fisioterapia para recuperar la articulación de su pierna rota. Pasaría un mes hasta que pudiera caminar sin muletas, y dos más hasta que dejara de cojear. Pero podría vivir así, claro está, cuando pensaba en cuál habría sido la alternativa.

Día a día, el tiempo también ayudaba a sanar las heridas más profundas. Había dilucidado el misterio de la muerte de su padre en muchos aspectos, a pesar de que el móvil verdadero seguía siendo una incógnita. Suponiendo que lo vivido en el Jungfrau fuera una realidad y no una alucinación, la respuesta de Von Holden, *für Übermorgen*, «la Aurora del Nuevo Día» dejaba de ser algo abstracto, sin significado para él.

Para preservar su propia salud y su futuro, y por Vera, tuvo que dejar a Merriman, a Von Holden y a Scholl en un reducto del pasado y empezaba, poco a poco, a demostrarse a sí mismo que era capaz de desprenderse de los trágicos recuerdos de la muerte de su padre.

Un día, cuando faltaban cinco minutos para el mediodía, el día antes de la llegada de Vera y su abuela, llamó McVey.

—Me gustaría enseñarle algo. ¿Puede venir?

—¿Adónde...?

—Cuartel general. Parker Center —dijo McVey con tono desprendido, como si hablaran todos los días.

—¿Cuándo...?

—Una hora.

«Dios mío, qué es lo que pretende». Osborn sintió que el sudor le corría por la

frente.

—Iré —dijo. Al colgar, se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Tardó veinticinco minutos desde Santa Mónica al centro de Los Ángeles. El calor y la atmósfera contaminada habían borrado la silueta de la ciudad. Osborn estaba aterrorizado y eso tampoco le facilitaba las cosas.

McVey lo saludó en cuanto cruzó la puerta. Se dijeron «hola» sin estrecharse las manos y luego subieron en ascensor con otras seis personas. Osborn se apoyaba en las muletas y miraba al suelo. McVey se limitó a decirle que quería que viera algo.

—¿Cómo está la pierna? —preguntó cuando se abrieron las puertas del ascensor y ambos caminaron por el pasillo. La quemadura que tenía McVey en la cara sanaba bien y el inspector parecía estar en buena forma. Hasta tenía el rostro algo bronceado, como si hubiera estado jugando al golf.

—Va bien... Veo que tiene buen aspecto —dijo Osborn intentando parecer tranquilo, amigable.

—Estoy bien, para mi edad —contestó McVey mirándolo sin sonreír. Lo condujo por un laberinto de pasillos poblados de rostros que parecían a la vez hastiados, confundidos e irritados.

Al final de un pasillo, McVey empujó una puerta y penetraron en una habitación dividida por una malla metálica. Dentro había dos agentes de uniforme y estanterías repletas de bolsas que contenían pruebas. McVey firmó una hoja y le entregaron un paquete del tamaño de un vídeo. Al otro lado del pasillo, entraron en una sala de reunión vacía. McVey cerró la puerta y se encontraron a solas.

Osborn no tenía la más mínima idea de lo que McVey pensaba hacer, pero quería saberlo de inmediato, sin rodeos.

—¿Por qué me ha llamado?

McVey se acercó a la ventana y cerró las cortinas.

—¿Ha visto la televisión esta mañana? ¿A la familia vietnamita en el valle?

—Sí, algo... —dijo Osborn, abstraído. Había visto algo mientras se afeitaba. Habían encontrado muerta a una familia de vietnamitas en un barrio residencial del valle de San Fernando. Padres, abuelos, hijos.

—Yo llevo el caso. Voy camino a una autopsia, así que terminemos lo más rápido posible —le avisó McVey. Abrió la bolsa plástica y sacó una cinta de vídeo.

—Sólo existen dos copias. Ésta es el original. La otra la tiene Remmer en Bad Godesburg. El FBI quería esta copia ayer. Les dije que se la entregaría mañana. Por esto Salettl nos puso en la pista de Joanna Marsh. Le había hecho un regalo. Lo llevaba en la cartera, incluso cuando estaba con usted allá arriba en la montaña. Era la llave de una caja oculta en una jaula para perros. Un cachorro que Von Holden le había regalado en Suiza y que ella había mandado a Los Ángeles. Dentro de la caja había otra llave correspondiente a una caja fuerte en un banco de Beverly Hills. La cinta de vídeo estaba en la caja fuerte —concluyó McVey, e introdujo la cinta en el vídeo debajo del televisor.

—No entiendo —confesó Osborn desconcertado.

—Ya lo entenderá. Pero hay un par de cosas que debe saber antes. Usted dijo que cuando Von Holden cayó en la ladera del Jungfrau y desapareció en el vacío, no lo vio tocar tierra.

—Había una oscuridad absoluta.

—Pues cayó, o pensamos que cayó en la grieta de un glaciar. Un profundo agujero dentro del glaciar. Unos montañeros suizos bajaron hasta donde fue posible, pero no encontraron ni rastro de él. Eso significa que aún está allá abajo y ahí se quedará los próximos dos mil años, o tal vez no. Quiero decir que eso no nos permite aseverar que esté muerto.

»Hay otro asunto que tiene que ver con las huellas dactilares de Lybarger —continuó McVey—. O las huellas del hombre que dice llamarse Lybarger. El hombre que Remmer y Schneider vieron media hora antes de que Charlottenburg quedara hecho cenizas —añadió McVey tosiendo y con una mueca de dolor. La quemadura aún le dolía—. Los expertos en huellas dactilares de la BKA han dicho que las huellas de Lybarger coinciden con las de Timothy Ashford, el pintor de Londres que fue decapitado.

—Dios mío —murmuró Osborn, y sintió que se le erizaban los pelos del cuello—. Usted tenía razón...

—Sí —asintió McVey—. El problema es que Lybarger está en las mismas condiciones que todos los demás en ese salón, convertido en cenizas. De modo que sólo podemos suponer que se realizó con éxito una intervención quirúrgica que consistía en unir la cabeza de un hombre con el cuerpo de otro y que esa criatura vivió. Y que caminó, pensó y habló como si fuera tan real como usted o yo. Y sin cicatrices visibles, por lo que pudieron observar Remmer y Schneider. O, en último extremo, ni Joanna Marsh. Nos lo contó ayer por la mañana en el curso de una declaración ante el juez. Como fisioterapeuta pasó mucho tiempo con él y dice que jamás descubrió marcas que sugirieran ningún tipo de intervención quirúrgica.

—Los síntomas de un hombre que se recupera de un infarto —murmuró Osborn—, que no fueron causados por tal infarto sino por la recuperación de una intervención quirúrgica de proporciones gigantescas —afirmó, y luego miró a McVey—. ¿De eso trata la cinta?

—La cinta trata de algo que quedará entre usted y yo y estas cuatro paredes. Si alguien dice algo, será en Washington o en Bad Godesburg —dijo McVey. Cogió un mando a distancia y se lo entregó a Osborn—. Esta vez, doctor, nadie tomará iniciativas por su cuenta. Ni por razones personales ni por nada. Espero que lo entienda, porque si no, podemos traer a colación otras cosas del pasado. Ya sabe a qué me refiero.

Durante un momento, los dos hombres permanecieron en silencio el uno frente al otro. De pronto, McVey abrió la puerta y salió. Osborn lo vio salir por un despacho que daba al exterior y rebasar una puertecilla de madera y desapareció. Así, sin más,

sin presentar ningún cargo, lo había dejado libre.

CIENTO CINCUENTA Y OCHO

Osborn permaneció sentado largo rato y luego apuntó con el mando hacia el vídeo y pulsó *play*. Se oyó un clic seguido de un leve zumbido y apareció una imagen en la pantalla. El escenario era el ambiente formal de un estudio y, en primer plano, una silla de cuero de respaldo recto. A la izquierda una mesa de escritorio grande y, a la derecha, una pared forrada de libros. La luz provenía de una ventana, sólo parcialmente visible, detrás de la mesa. Pasaron varios segundos y, de pronto, entró Salettl. Vestía un traje azul oscuro y estaba de espaldas a la cámara. Al llegar a la silla, se volvió y se sentó.

—Les ruego disculpen esta forma tan primitiva de presentación —empezó a decir—, pero estoy solo y debo manejar yo mismo la cámara de vídeo. —Se cruzó de piernas y adoptó una actitud más formal—. Me llamo Helmuth Salettl. Soy médico. Mi residencia está en Salzburgo, Austria, pero soy alemán de nacimiento. Tengo, en el día de esta grabación, setenta y nueve años. Cuando la vean ya no estaré vivo —dijo, y concentró una mirada aguda en el objetivo de la cámara, como si quisiera destacar el impacto de lo que dijera a continuación. La idea de su propia muerte no parecía afectarle demasiado.

»Lo que sigue es una confesión de asesinatos, de fanatismo, de delirios. Confío en que disculparán el inglés que hablo.

»En 1934, yo era un joven cirujano en la Universidad de Berlín. Optimista y tal vez algo arrogante, un día vino a verme un representante de la Cancillería del Reich y me pidió que participara como miembro del Consejo consultivo para prácticas quirúrgicas avanzadas. Más tarde, como miembro del partido nazi y como dirigente de la *Schutzstaffel*, la SS, fui ascendido al comisariado de Salud Pública. Puede que todo esto ya lo sepan, porque es de dominio público y, si lo desean, encontrarán información complementaria en el archivo federal de Koblenz.

Salettl se detuvo y cogió un vaso de agua. Bebió un trago, dejó el vaso en su lugar y se volvió a la cámara.

—En 1946 fui juzgado en Nuremberg, acusado del crimen de haber preparado y ejecutado actos de guerra violentos. Fui absuelto de las acusaciones y me trasladé a Austria, donde ejercí la medicina general hasta mi jubilación, a la edad de setenta años. Al menos así parecía. En realidad seguí trabajando como ministro del Reich, a pesar de que éste oficialmente había dejado de existir.

»En 1938, Martin Bormann era secretario de Hitler, y más tarde fue diputado del Führer. Al igual que Hitler, Bormann era partidario de la idea de que Dios sólo ayuda a las naciones que no se dan por vencidas y se ocupó precisamente de eso, a saber, de preservar el Tercer Reich. Con ese fin creó un programa y diseñó los medios para llevarlo a cabo.

»Todo comenzó con una proyección del futuro muy elaborada y sumamente

detallada en términos socioeconómicos y políticos. Bormann reunió a una amplia gama de expertos, a quienes se les explicó poco o nada del proyecto para el que trabajaban, y en un plazo de dos años logró esbozar un cuadro especulativo de la situación mundial desde 1940 hasta el año 2000, aunque en términos retrospectivos, dicha proyección se ajusta bastante a la realidad.

»Sin entrar en detalles, diré simplemente que el estudio preveía la derrota del Tercer Reich a manos de los aliados y la separación de Alemania. Predecía el auge de las superpotencias, es decir, Estados Unidos y la Unión Soviética, junto a la inevitable “guerra fría” y la carrera armamentista que originaría. También contemplaba el poderío económico de Japón, potenciado por una demanda mundial de automóviles y de tecnología avanzada. Se incluían en el estudio cuatro elementos de primer orden que se producirían a lo largo de cinco décadas: el resurgimiento de Alemania occidental hasta convertirse en la potencia económica e industrial más sólida de Occidente; el reconocimiento de la necesidad de integración entre los países europeos; la reunificación de Alemania y, en último lugar, se vaticinaba que la carrera armamentista conduciría a la quiebra de la Unión Soviética, lo cual ocasionaría la ruptura de todo el bloque soviético. En el marco de estas sombrías predicciones, muy simplificadas en esta exposición, plantamos las semillas para la conservación en secreto del Tercer Reich.

»Una organización clandestina (que no adquirió nombre y a la que pertenecen personajes de todos los países del mundo) fue creada por un puñado de empresarios alemanes ricos y poderosos, patriotas y expatriados por igual, consagrados a la causa del nazismo pero nunca abiertamente conocidos por ello. Con los años, la organización creció y sus miembros fueron seleccionados con métodos rigurosos.

»Al principio, el movimiento tenía que crecer lentamente, como una pequeña corriente en el interior de la derecha alemana. La palabra clave era nacionalismo. Jamás se pronunciaron términos como Reich, ario o nazi. Nuestra tarea debía llevarse a cabo sin aspavientos y fríamente calculada, impulsada por enormes riquezas y por la influencia popular de todo el espectro de la sociedad alemana, de derecha a izquierda, desde los más viejos hasta la vibrante juventud, abarcando a empresarios e intelectuales, a marginados, analfabetos y parados. Luego, con la reunificación de Alemania, el rumor se extendería, sería más distintivo y estallaría la confusión que nacería de dicha reunificación, entre el poderío de Alemania occidental y las carencias del antiguo Este comunista. Un creciente clima de desconfianza e irritación sería alimentado por una ola masiva de inmigrantes provenientes de las ruinas del antiguo bloque soviético.

»No sólo Alemania estaba implicada. Durante todos estos años, hemos trabajado en secreto con movimientos afines en los gobiernos establecidos de la Comunidad Europea. En Francia nacerían los primeros ecos. En otros países, donde también habíamos sembrado, despertarían siguiendo nuestras instrucciones.

»Iniciamos nuestro propio y ambicioso programa tecnológico para demostrar lo

que éramos capaces de lograr como líderes, primero para unirnos entre nosotros y, más tarde, en el momento preciso en que decidiéramos anunciarlo, para unir al mundo entero.

»Durante la guerra construimos las instalaciones de medicina experimental ocultas bajo la ciudad de Berlín. Estructuralmente a salvo de los bombardeos aliados, lo llamamos “El Jardín”. Fue allí, en *Das Garten*, donde decidimos desarrollar nuestro potencial. El programa recibió el nombre secreto de *Übermorgen*, “la Aurora del Nuevo Día”, símbolo del día en que el Reich renacería como una potencia mundial terrible y dominante. Esta vez, nuestro poderío sería económico y sólo usaríamos el poder militar como una fuerza de vigilancia policial.

De pronto, Osborn detuvo la cinta. El corazón le latía con fuerza. Se sentía mareado, como si estuviera a punto de desmayarse. Empezó a respirar profundamente, luego se levantó y caminó por la habitación. Se dio la vuelta y miró el televisor, como si el aparato le estuviera gastando una especie de broma. Pero sólo vio la pantalla gris y la luz roja de la señal del vídeo.

Übermorgen! «¡La Aurora del Nuevo Día!».

Las palabras de Salettl quedaron suspendidas como humo ácido en un pensamiento fugaz. ¡No era posible! ¡No podía ser posible! Tenía que haberlo entendido mal. Salettl tenía que referirse a otra cuestión. Volvió a sentarse y cogió el mando a distancia. Lo orientó hacia el vídeo y pulsó «rewind». La máquina zumbó y Osborn pulsó casi inmediatamente el *stop*. Respiró hondo y apretó *play*.

—... *das Garten* donde decidimos desarrollar nuestro potencial —repitió Salettl, revivido—. El programa recibió el nombre secreto de *Übermorgen*, «la Aurora del Nuevo Día».

Osborn deslizó el dedo y la imagen se congeló.

Volvió a pensar en el Jungfrau. Vio a Von Holden por encima de él, con la pistola automática. Se oyó a sí mismo preguntando por la causa de la muerte de su padre. Recordó la respuesta de Von Holden.

—*Übermorgen!* ¡La Aurora del Nuevo Día!

Si eso había sido un sueño, una alucinación, ¿cómo era posible que conociera la palabra? Según reconocía Salettl, era un término «top secret», sólo conocido por la Organización y celosamente guardado. La respuesta era, por lo tanto, que no podía reconocer aquella palabra. A menos que Von Holden se lo hubiera dicho. Y para que hubiera sucedido eso, Osborn tendría que haber vivido una especie de viaje astral.

Remmer contaba que lo habían encontrado los perros. Y él había visto a Vera en la estación después de que lo rescataran. Y, sin embargo, en sueño o en realidad, estaba seguro de que Vera había estado en la montaña. ¿Era posible que hubiese salido y regresado antes de que llegara la policía? Y aunque así fuera, ¿cómo habría encontrado a Von Holden? Osborn tenía la cabeza hecha un lío. ¿Era posible? Pulsó el «replay» y volvió a ver a Salettl, y otra vez, y otra. *Übermorgen* era el secreto más celosamente guardado de la Organización y lo había sido durante cincuenta años.

¿Cómo podía saberlo él si Von Holden no se lo había dicho?

Cuanto más lo pensaba, más reales se volvían los recuerdos y más lejos quedaba el sueño.

Descorazonado, Osborn miró la pantalla. Pulsó *play* y Salettl volvió a su discurso.

—Nos propusimos simbolizar el renacimiento del Reich mediante nuestra propia manipulación de los procesos vitales —continuaba—. Hacía años que existían técnicas de trasplantes de órganos humanos. Pero nadie había trasplantado una cabeza humana. Nos propusimos llevarlo a cabo y finalmente lo logramos.

»El momento crítico ocurrió en 1963. Seleccionamos a dieciocho varones de un total de mil, que habían sido estudiados sin que ellos mismos lo supieran. El criterio era que su constitución genética se pareciera lo más posible a la de Adolf Hitler —en cuanto a rasgos de personalidad, constitución física y psíquica, etc—. Ninguno de ellos sabía lo que le estaba sucediendo. A algunos se les permitió surgir, como pasó con Hitler, desde la sombra al poder, y a otros se les dejó desarrollarse por sus propios medios, lo cual nos permitía observar su crecimiento en un esquema natural. Había diferencias de edades de hasta diez años que nos permitió experimentar y, si fallábamos, corregir. Diez días después de que los sujetos cumplieran cincuenta y seis años, se les inyectaba un poderoso sedante. Se les cortaba la cabeza y se congelaba a bajas temperaturas. El cuerpo era incinerado. Poco después, su familia... —Salettl titubeó presa de su propio dolor, pero se recuperó y siguió su discurso— su familia y todo aquel que estuviera estrechamente relacionado con él moría en un accidente o simplemente desaparecía, lo cual eliminaba todo rastro de su pasado.

»Como he dicho, muchos experimentos fallaron. Por fin tuvimos éxito con el hombre que ustedes conocen como Elton Lybarger. La celebración de Charlottenburg, esta noche, es una demostración. Y los fieles del partido, los que ocupan los más altos puestos, los más comprometidos, todos aquellos que conocen perfectamente la historia del proyecto, estarán presentes.

»Hemos tardado cincuenta años en llegar a este momento cumbre. Durante ese período, mucha gente inocente que colaboró sin saberlo fue ejecutada porque no queríamos dejar huella alguna. Contratamos a asesinos profesionales para matarlos y después nuestros propios hombres liquidaron a los asesinos. Una cantidad enorme de gente normal y corriente trabajaba para nosotros. Algunos creían peregrinamente en la causa aria y a otros se les obligó a colaborar con métodos violentos. También había quienes figuraban en nóminas de empresas legítimamente constituidas y que no tenían ni idea del objeto de su trabajo. Este proceso, como he dicho, se desarrolló a lo largo de cincuenta años. Cuando por fin tuvimos éxito, había llegado el momento de la segunda fase de *Übermorgen*.

¿La segunda fase? A Osborn le volvió a latir con fuerza el corazón. Acercó la silla a la pantalla.

—Habíamos criado a dos jóvenes gemelos. Los enviamos a las mejores instituciones académicas y, más tarde, en los años que precedieron a la reunificación,

a la Academia de Cultura Física en Leipzig, una escuela de élite en Alemania del Este. Productos de la ingeniería genética, arios puros de nacimiento, se encuentran actualmente entre los especímenes vivos más finos de la raza. A los veinticuatro años, los dos están preparados y ansiosos de someterse al sacrificio supremo.

»La presentación de Elton Lybarger hoy en Charlottenburg es una afirmación científica y espiritual de nuestro objetivo. Es la prueba de nuestro compromiso con el renacimiento del Reich. Al final de nuestro encuentro, el programa contempla la celebración de una segunda ceremonia en el mausoleo del palacio en compañía de los invitados más selectos. Allí se elegirá a uno de los dos jóvenes para que tome el lugar de Lybarger y se convierta en el Mesías del nuevo Reich. En el momento de la elección, Lybarger será sacrificado por el joven elegido, que a su vez será preparado para la intervención quirúrgica y al cabo de dos años se convertirá en nuestro líder.

»El que les habla, Erwin Scholl, Gustav Dortmund y Uta Baur, los miembros más antiguos del círculo interior, somos los que seguimos adelante después de Nuremberg, en la huella de Martin Bormann, Himmler y los demás.

»En cincuenta años, Scholl, Dortmund y Uta Baur se han convertido en personas ricas y poderosas, mientras yo he permanecido en segundo plano supervisando los experimentos. En cincuenta años han envejecido y a medida que nos acercábamos al momento final, se han convertido en seres crueles y orgullosos.

»El éxito del trasplante de Lybarger le permitió a Scholl escoger una fecha para su presentación en Charlottenburg. Siete de los sujetos originalmente seleccionados aún estaban con vida y ya no los necesitábamos. Scholl ordenó matarlos como a los otros, pero en lugar de incinerarlos, decidió dejar sus cuerpos sembrados por toda Europa. Se dejó a sus familias con vida, en medio del sufrimiento y la angustia, mientras los medios de comunicación hacían su agosto con reportajes sobre los atroces asesinatos. Aquello era el desprecio en su máxima expresión, esgrimido contra el mundo. La vida humana dejaba de tener valor desde el momento en que ya no servía a los fines de la Organización. Para Scholl, se trataba de un eco triunfante del pasado. Un pasado que, estaba convencido, volvería por sus fueros.

»En cincuenta años, he tenido tiempo para reflexionar sobre lo que hemos hecho, sobre lo que estamos haciendo y sobre lo que el futuro nos depara. Intentamos lo imposible y tuvimos éxito y ese hecho es un testimonio de nuestras capacidades. Trabajando en casi total aislamiento del resto del mundo, desarrollamos unos procedimientos de cirugía atómica utilizando una tecnología a bajas temperaturas de la que nada saben la medicina o la física moderna. Se trataba de mostrar lo brillantes e ingeniosos que éramos, que en un mundo donde se tiene acceso cada vez a más tecnología, nadie podía igualarnos. Ni japoneses ni americanos. La plaza del mercado sería nuestra, no cabía ninguna duda. Queríamos demostrar que esto no era más que el principio.

»Pero... —De pronto, como si hubiera caído un velo sobre su conciencia, Salettl quedó pensativo y serio. En pocos segundos pareció envejecer una década—. El

objetivo de nuestro trabajo era el mismo que había llevado a la muerte a seis millones de judíos y de otros varios millones más de personas en los campos de batalla y en los miles de ciudades que cayeron arrasadas por los bombardeos. Era la misma maquinación que había dejado en ruinas a las grandes ciudades de Europa.

»Yo estuve en el banquillo en Nuremberg en 1946, rodeado de muchos de los que habían provocado el holocausto. Goering, Hess, Ribbentrop, Von Papen, Jodl, Raeder, Donitz, antes orgullosos y arrogantes y ahora viejos, deprimidos y sucios. Cuando estaba junto a ellos, recordé la advertencia que me habían hecho de no acudir a los *Vernichtungslager*, los campos de exterminio. “No vaya —me dijeron— porque no se le permitirá describir lo que ha visto.” Pero yo fui a Auschwitz. La advertencia era correcta, no porque no se me permitiera contar lo que había sino porque aquello era indescriptible, los montones de gafas, las pilas de zapatos, los huesos y cabello humano. Pensaba que no podía haber sido testigo de las ideas que habían provocado aquello, que no había visto esa realidad, ni en el cine ni en el teatro y, sin embargo, era real.

»Ahora, como miembro clave de una conspiración secreta, yo planeaba su renacimiento antes de que se extinguiera. Era horrible, imposible. Pero si hubiera alzado la voz o intentado renunciar, me habrían matado y todo habría seguido adelante. Por eso decidí no hacer nada y dejarlo crecer hasta la madurez, mientras me erguía más allá de toda sospecha. Luego, en el momento debido, lo destruiría todo.

»El escritor Gunter Grass ha dicho que, como alemanes, debemos entendernos a nosotros mismos. Somos los técnicos más depurados que ha conocido la humanidad y capaces de obrar milagros. Pero nada de lo que podamos llevar a cabo puede hacernos olvidar Auschwitz, Treblinka, Birkenau o Sobidor, o cualquiera de los otros campos, porque forman parte de nosotros, están en nuestras vidas y debemos saber que existen y entender el porqué, para que nunca... jamás... permitamos que vuelva a suceder.

»Cuando ustedes vean esto, todo lo que hemos creado estará destruido. El nuevo Reich se habrá extinguido en Charlottenburg, en *das Garten*, en la estación de Suiza, sepultada por los glaciares bajo el Jungfrauoch.

»No habrá *Übermorgen*.

Habiendo dicho esto, Salettl se incorporó, pasó junto a la cámara y salió de escena. Un momento después, la pantalla quedó en blanco.

CIENTO CINCUENTA Y NUEVE

Cuando abandonó el centro de la ciudad, Osborn no se dio cuenta, abrumado como estaba, con la mente y los sentimientos sumidos en una nebulosa. Intentaba separarlos y reflexionar sobre lo que acababa de ver. Quería concentrarse en el alcance y en los antecedentes de lo que Salettl había revelado, indignado por el dolor que el Tercer Reich había infligido al mundo, ¡y por la audacia de lo que habían intentado repetir! Quería gritar y condenar el horror de los campos de exterminio. Quería ver los rostros de los asesinos en el banquillo de Nuremberg y agregar los rostros de Scholl y Dortmund y de otros que sólo conocía de nombre. Quería saber si las incursiones clandestinas de la Organización en Francia habían llevado directamente a la muerte de François Christian.

También quería reconocer el singular peso con que Salettl había cargado durante tantos años, así como el siniestro heroísmo de su «solución final». Luego se indignaba contra él por no revelar algún detalle sobre la cirugía atómica o sobre los métodos para alcanzar temperaturas en el límite del cero absoluto. ¿Cómo habían procedido en cuestiones de cirugía? Para la medicina, para el dolor y el sufrimiento en el mundo, la revelación habría tenido un valor incalculable.

En algún momento se dio cuenta de que rodaba por la autopista de Santa Mónica en dirección a su casa. Era una hora punta y los coches avanzaban pegados unos a otros. Osborn llevaba puesto el piloto automático. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que había salido del cuartel general de la policía. Podría haber cogido hacia el norte o al este tan fácilmente como hacia el oeste. Habría sido igual. Luego se percató de que llegaba al final de la autopista y que se encontraba cerca del túnel McClure. Cruzó y salió a la autopista del Pacífico. Frente a él, las montañas de Santa Mónica parecían surgir del mar y luego el mismo Pacífico desaparecía en la «V» que dibujaba el sol poniéndose en el horizonte.

Le asaltó un súbito sentimiento de afecto por McVey. McVey le había enseñado la cinta con la esperanza de que aquello acabara con los demonios y que su alma descansara. Darle un sentido real y comprensible de lo que había sucedido donde antes sólo había fragmentos. Era un gesto generoso y decente, y Osborn habría querido decírselo, deseando que hubiera un modo de agradecerse y hasta de quererlo, si era posible. Como un hijo podía amar al padre, aunque hubiesen estado reñidos durante gran parte de sus vidas.

Pero entonces sus pensamientos se fragmentaron en el torbellino de emociones que lo había embargado mientras miraba el vídeo y que lo arrastraba hacia el límite.

Era algo que había quedado fuera del mensaje de Salettl y que lo obligaba a confrontar realidades que no quería tocar. Era algo que McVey no sabría nunca. Ni Noble, ni Remmer, ni Vera, ni nadie, porque para Osborn no había manera racional de hablar de ello. Tal vez Salettl no lo había mencionado porque pensaba que ya había

tomado las disposiciones necesarias, como había pasado con todo lo demás.

De pronto cayó en la cuenta de que los coches se habían detenido y tuvo que frenar bruscamente para no incrustarse en el de delante. Pasó un coche de policía seguido de dos camiones grúa por el carril del centro. Seguro que más adelante había un accidente y se bloquearía el tráfico durante horas. No podía quedarse allí sentado tanto tiempo, porque lo único que podía escuchar en ese momento era su discurso interior o se volvería loco. Tenía que salir de allí. Avanzar y no dejar de avanzar.

Miró por encima del hombro y vio que el carril del centro estaba vacío. Aceleró de golpe, adelantó al coche que tenía delante, giró en redondo y regresó por donde había venido. Al cabo de un rato giró a la derecha y entró en un aparcamiento frente a la playa. Se quedó mirando el océano un rato largo.

Bajó, con las muletas por delante, y luego se incorporó hasta que se sostuvo de pie. Dejó la puerta abierta y las llaves en el contacto y descendió a la playa. Las muletas se hundieron y le costó avanzar. No importaba. Sólo importaba el movimiento y siguió caminando por la playa hacia las rocas. Se le llenaron los zapatos de arena, se los arrancó y los dejó caer. Tocó la arena dura y húmeda de la orilla y luego el agua. Se dejó caer de rodillas apoyándose en las muletas y la espuma leve le empapó los pantalones.

La audacia de todo el asunto era que alguien pudiera llegar a concebir todo aquello y luego llevarlo a cabo.

Habían pasado treinta años y la muerte de su padre dejaba de ser un misterio. No se trataba, desde luego, de un final que él hubiera imaginado o previsto, ni siquiera en sus momentos más sombríos. Si no hubiera sido por el vídeo de Salettl, todo habría seguido siendo una extensión de lo que había vivido en el Jungfrau y que había aceptado como un sueño, una alucinación gestada en los horrores de su imaginación.

Ahora, después de haber visto aquello, no cabía duda de que lo suyo no era ningún sueño. Era algo real. Y no sólo aclaraba la razón oculta de la muerte de su padre sino que también explicaba el viaje de Von Holden al glaciar y la guarida en la profundidad del hielo.

Oyó la voz de Salettl.

—Habíamos criado a dos jóvenes... producto de la ingeniería genética, arios puros de nacimiento... veinticuatro años... entre los más finos especímenes vivos de la raza... que sería elegido... preparado para la intervención quirúrgica... el Mesías del nuevo Reich...

—¡Oiga, señor, se está mojando! —gritó un chico cerca de la orilla. Pero Osborn no oía nada. Ahora estaba en el Jungfrau y Von Holden caía hacia él, y en los brazos aún sostenía la caja que había traído desde Berlín.

—*Für Übermorgen!* ¡Por la Aurora del Nuevo Día! —había gritado Von Holden, y la caja se le había escapado cuando su guardián caía por la pendiente, tragado por los hielos del glaciar como si un soplo de aire lo hubiera borrado de la existencia. La caja aterrizó cerca de donde Osborn yacía, sobre la nieve, y siguió dando tumbos

impulsada por su propio peso. De pronto, se abrió y Osborn pudo ver lo que había en el interior. Antes de que cayera al abismo, Osborn vio con claridad qué era lo que Salettl no había mencionado. Osborn pensó que jamás podría contárselo a nadie porque no le creerían. Era la razón de ser de *Übermorgen*. Era la esencia que le insuflaba vida, su núcleo vital. Era la cabeza cercenada y totalmente congelada de Adolf Hitler.

Resumen

En París, un cirujano norteamericano puede al fin vengar el brutal asesinato de su padre.

En Londres, un policía de Los Ángeles colabora con Scotland Yard en la investigación de una serie de decapitaciones.

En Ginebra, una joven doctora se ve envuelta en una historia de amor que cambiará su vida.

En Nuevo México, una terapeuta acompaña a un paciente muy especial de vuelta a Suiza.

En Alemania, un selecto grupo de empresarios se prepara para celebrar un hecho histórico.

[1] El monte Rushmore, en Dakota del Sur, es famoso porque en su pared rocosa están esculpidos los rostros de cuatro presidentes: G. Washington, T. Jefferson, A. Lincoln y T. Roosevelt. (*N. del T.*) <<